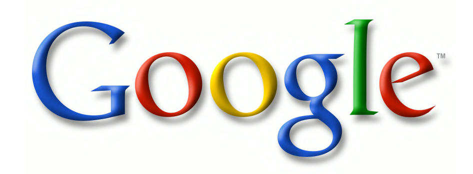
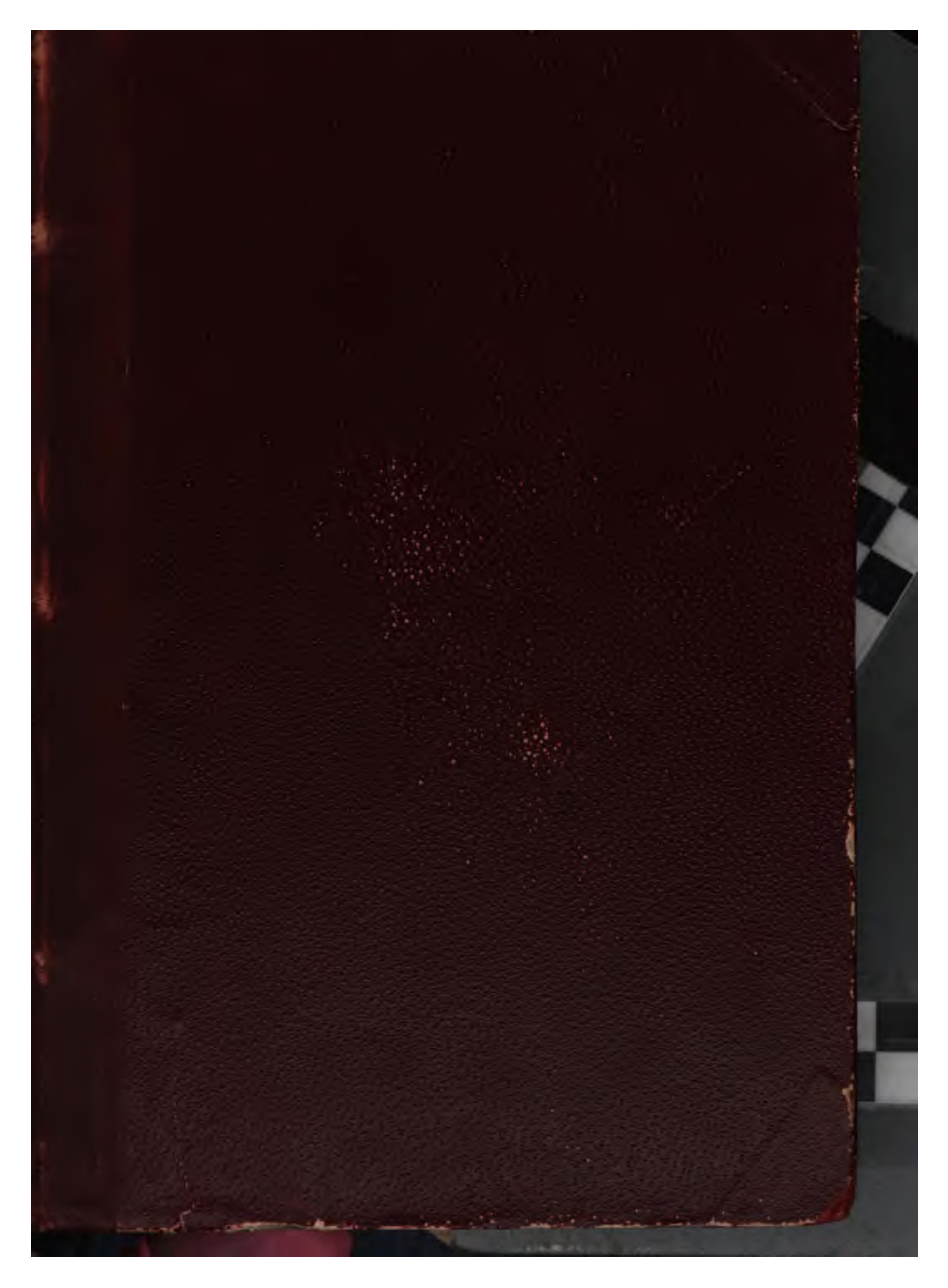





LELAND STANFORD JUNIOR UNIVERSITY
ORGANIZED 1891
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES

HISTORIA
GENERAL DE ESPAÑA

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

ESCRITA POR INDIVIDUOS DE NÚMERO

DE LA

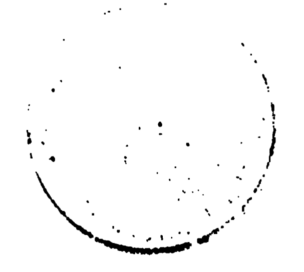
REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

BAJO LA DIRECCIÓN DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

DIRECTOR DE LA MISMA ACADEMIA





MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL
35—Calle de la Reina—35
1892

REINADO DE CARLOS IV

POR

EL GENERAL D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO II

CAPÍTULO PRIMERO

LA ALIANZA CON FRANCIA

Primeros efectos del tratado de Basilea.—Actitud de Inglaterra.—Situación de Francia.—El 1.º Prairial.—El Directorio.—El 13 Vendimiario.—Viaje del rey á Sevilla.—Malaspina y su desgracia.—Viaje de *La Descubierta* y *La Atrevida*.—Preliminares de la alianza con Francia.—La consulta al Consejo de Estado.—Proposiciones que se discuten.—Se resuelve la alianza con la República.—Estado de España por entonces.—La Marina.—El Ejército.—Campaña de Bonaparte en Italia.—Ventajas de la alianza para los Franceses.—Su ingratitud para con España.

Si el tratado de Basilea hubiera dado á España la independencia que parecían informar sus artículos, absolutamente necesaria para el mejoramiento de la administración y gobierno al par de las ideas que se iban abriendo paso en toda Europa á favor de las puestas á discusión en la Asamblea francesa, otros habrían sido los juicios que provocara á la posteridad; no censuras, sino elogios mereciera para D. Manuel Godoy, el que realmente negoció, según hemos visto en el tomo anterior, convenio tan varia y apasionadamente interpretado. [1] Tal

1 No hay más que leer su última carta á Iriarte para asegurarse uno de que no sólo dirigió las negociaciones para el tratado sino que las terminó, aun

como pudo examinarse en los momentos de su promulgación; tal como se ofreció de halagüeño y beneficioso á los que tocaban sus primeros resultados con el fomento que de nuevo se dió á la agricultura y al comercio, la regeneración del crédito y de todos los valores públicos, y las concesiones hechas á la emisión de las ideas que representaran un adelantamiento en nuestra cultura literaria, apareció la paz, acabada de restablecer, como principio de una era de gran progreso para la nación española. Es verdad que no se hacía sino reverdecer ó dar nueva fuerza á disposiciones dictadas durante la administración de Floridablanca en los ramos que más podían importar á nuestro pueblo en cuanto á sus aspiraciones de entonces y á sus intereses materiales de siempre; pero, de todos modos se abrieron los pechos á esperanzas que la guerra parecía haber desterrado de ellos para todo el tiempo, al menos, en que prevalecieran los consejos de aquel á quien exclusivamente se escuchaba en las altas esferas del gobierno.

No tardaría mucho en comprenderse cuán ilusorias é infundadas eran esas esperanzas.

Porque lo más venturoso del porvenir que ofrecían era la libertad de acción en que aquel tratado dejaba á España para en adelante, permitiéndola entregarse sin preocupaciones ni temores de género alguno á su regeneración, ya que en cor-

cuando con una precipitación que desmiente la dignidad con que supone en sus Memorias haberlas coronado. Hela aquí: «Cada día se hace más necesaria la paz. No hay esperanza de que las cosas se restablezcan. En Navarra la cobardía ha disuelto aquel ejército y los Franceses nos darán la ley, pues en manera alguna puede reponerse el orden militar. Temo que lleguemos tarde á intermediar con nuestras diligencias los desastres del mal; temo á las peticiones de los Franceses pues serían excesivas; y no hallo otro camino para podernos salvar que la condescendencia de V. S. á la otra parte. No tema V. S. la dureza de las proposiciones; oígalas V. S., admítalas y diríjamelas en el supuesto de que éstas no serán tan malas como podrán serlo los efectos del retardo en negociar. Conserve V. S. su negociación y no la interrumpa, por más que se presentase contraria pues al cabo será ventajosa á nuestra existencia, ya que los intereses sufran por ahora».

Esta carta era del 6 de Julio y no bien la recibió Iriarte quedó firmado el convenio, pero protestando en su contestación al valido de la premura que se le había impuesto.

tos años y sin motivo ostensible, de los que determinan un cambio radical en la situación política de los pueblos, se veía al poco antes poderoso nuestro desplomarse hasta descender á una que pronto se iba á hacer para él inconcebible y después irremediable decadencia. La conducta de varias de las potencias que habían tomado parte en la coalición; la ruina de otras, siquier no fueran las más influyentes para el equilibrio europeo, y el aislamiento en que iban quedando las que no cejaban en sus propósitos de hostilizar á la Francia mientras no se aviniera á restablecer sus antiguas instituciones, parecían, con efecto, convidar á no quedarse atrás en empresa tan gloriosa y útil como la de la paz que, así, prometía hacerse antes general y duradera. No se contaba, sin embargo, con que, entre no pocos suele prevalecer el interés sobre las ideas más generosas, y con que había entrado en la contienda que estaba presenciando el mundo quien pretendía sacar de ella ventajas más positivas, suele decirse, que las generosas á que en un principio aspiraba realmente la coalición y siempre nuestra España, llevada tan sólo de la de restaurar el trono de Francia y ver de nuevo en él á los representantes más genuinos de la familia de sus reyes.

Actitud de Inglaterra.

La Inglaterra veía en la paz de Basilea la pérdida de sus más halagüeñas esperanzas, las con que había entrado tan calurosamente en la lucha. No era fácil se le ofreciera ocasión mejor para, sin temor á fracaso alguno pues que, invulnerable en sus islas, dominaría soberanamente en los mares desde que no aparecieran unidas las escuadras de España y Francia, destruir ambas separadamente; la republicana, con el poderoso choque de sus naves, muy superiores en todos conceptos, y la española, sometiéndola primero á su dirección y debilitándola en aquella lucha para después en circunstancias distintas que su torcida política buscaría, acabar con ella ó, por lo menos, reducirla á la impotencia más completa. Y sea que lo sintiera así, ya que parecía escapársele tal pensamiento en su primera parte, sea porque, firme el

Austria en su empeño de no aceptar una paz que iba á privarla de provincias tan importantes como las de los Países Bajos y de aliados como los que aún conservaba en Italia, creyera que le bastarían elementos con que tener á la Francia suficientemente distraída para no acometer otras empresas superiores á la de su propia defensa y la consolidación de su nuevo régimen político, la Inglaterra, repetimos, se propuso continuar la lucha comenzada tres años hacía y extremarla provocando á los mismos que hasta entonces habían sido sus mejores y más desinteresados amigos. No es el Gobierno británico de los que tiemblan ante contratiempos de esa naturareza; y mientras tuviera de su parte la opinión pública dentro del reino, y ésa se le conservaba favorable todavía, la guerra era para él una esperanza de no perder los primeros frutos alcanzados á favor de las alianzas cuya deserción total no veía, y de mantenerse en la dirección de los asuntos del interior, aun hostigado por el poderoso partido que regían sus implacables enemigos políticos Sheridan y Fox. Los últimos sucesos militares de la campaña de 1795 en el Rhin y el mantenimiento, por otro lado, de la insurrección en la Vendée y la Bretaña ofrecían alguna esperanza de que aún pudiera mantenerse la lucha en el continente, que era lo que más importaba á Inglaterra pues que la permitía maniobrar libremente en las costas, ya amenazando desembarcar en puntos á que no les sería fácil acudir á los ejércitos franceses, ya destruyendo los establecimientos navales de la República, apartados de su acción militar ó con población influída todavía por las ideas monárquicas. El desastre de Walcheren se consideraba, mejor que militar puramente, como consecuencia de un error geográfico, y el de Quiberón, si afectaba al honor inglés, como decía Sheridan en el Parlamento, no había costado una gota de sangre, como respondía Pitt, y para los isleños del Reino Unido este era un argumento de gran fuerza, casi incontestable. Aún quisieron combatir al célebre ministro con armas de otra índole, con la idea de que se aca-

barían los recursos de la Gran Bretaña antes que los de Francia, amenazando como próxima una bancarrota; pero Pitt amontonó razonamientos políticos y en tal número en sus discursos, que, hechos valer y apoyar por sus partidarios, le proporcionaron el empréstito á que aspiraba, con lo que se alejó también la probabilidad de una ruina financiera, muy difícil, por otro lado, en la Gran Bretaña.

Tranquilo con su triunfo en el Parlamento el Gobierno inglés en cuanto á su existencia política dentro del país, se dedicó muy luego á vengar las que suponía ofensas de aliados con los que contaba para ejecutar cumplidamente sus planes. Y como fuese España el de quien esperaba valerse mejor y de quien debía temer más por su condición de potencia marítima, á España dirigió los primeros tiros de sus iras, tan potentes como traidores y certeros. Lo de menos era que á las reclamaciones de nuestros embajadores sobre los designios hostiles que revelaban preparativos que, ciertamente, no iban contra la Francia, contestara Pitt con evasivas irónicas y no pocas veces insultantes; lo malo era que, con efecto, se podían observar en los puertos del Reino Unido el movimiento y la concentración de fuerzas que, sin género de duda, se ponían en acción para añadir á los insultos, inferidos á nuestro pabellón en completa paz y aun en el período, acabado de terminar, de nuestra alianza, provocaciones que establecerían un estado peor que el de la misma guerra [1].

1 «Siendo aliados, nos ocultaron su tratado de 24 de Noviembre de 1794 con la Unión americana del Norte; confiscaron los valores, cerca de cien millones, que traía á España el galeón *Santiago*, represado de los Franceses, y que debieron devolvernos por el convenio con ellos establecido; infestaron nuestras costas de contrabando que llegó á arruinar á muchas de las fábricas que poseíamos en ellas; organizaron en la América española tal propaganda de ideas contrarias á nuestra dominación, que no tardaría en dar sus frutos, y cuando más apurados nos vieron á principios de la campaña de 1795, nos negaron todo subsidio que pudiera ofrecer algún alivio á nuestro exhausto erario.» Esto dice Godoy en sus Memorias; Pitt lo disculpaba todo con una frase: «En las guerras de una importancia tan subida como la que sostenemos con Francia, es imposible que las grandes medidas necesarias para abatir al enemigo no toquen y trasciendan á las demás naciones que tengan con él cualquier contacto.»

«Después hacía promesas, exclamaba nuestro ministro, y ninguna era cumplida: peor estado que el de la guerra, en que el sufrimiento prolongado por más tiempo, y el deseo de la paz sometido á nuevas pruebas, sin apartar la guerra, debía añadir la humillación de haberla huído cuando el honor la decretaba.»

Situación de Francia.

En Francia, ya lo hemos dicho, produjo excelente efecto el tratado de Basilea. Su nuevo gobierno comprendía que la paz le daba una fuerza que meses antes y en la lucha que sostenía con las facciones que no cesaban de combatirle, no le era dado esperar de otro modo. Al 9 Thermidor que puso término al imperio del *Terror*, disueltos como parecían quedar en el descrédito y la guillotina los elementos que le daban vida y carácter entre las varias y encontradas tendencias que representaba la Revolución, sucedió uno como gobierno que mal podría mostrarse todo lo necesariamente enérgico dentro todavía de las formas que habían constituído el anterior. La Convención seguía asumiendo la autoridad y el poder en los múltiples y gravísimos accidentes que todos los días y á cada paso encontraba en su camino á través de un campo sembrado de ellos, por la guerra exterior, en todas las fronteras de la República, la civil en algunas de las provincias, y el estallido en su derredor de las desatadas pasiones de los vencidos en aquella memorable jornada, y también de los que esperaban sacar de ella un fruto, por muchos años aún vedado á la satisfacción de sus aspiraciones. Los jacobinos y alborotadores de siempre, por un lado, y los monárquicos por otro; aquéllos, con el despecho de su reciente derrota, y los demás buscando su medro por el de los escándalos y el desorden, acosaban sin cesar á la Convención. Nada de extrañar, así, que el 12 Germinal (1.° de Abril de 1795), se retrocediera en París á las alarmas y los riesgos de meses antes; viéndose invadida la Convención por las heterogéneas turbas de un populacho feroz que á nada menos aspiraba que á la restauración del ominoso reinado de los Robespierre y

Saint-Just, sustituídos con hombres que, á su misma índole feroz, unían la ignorancia y hasta el salvajismo más soez y brutal. Aun castigando rudamente aquel atentado, no pudo evitarse su repetición el 1.º Prairial (20 de Mayo); y entonces, con furia tal por parte de los terroristas, que estuvieron á punto de obtener la victoria más completa. Los arrabales de Saint-Antoine, Saint-Marceau, las *secciones* del Temple, de las calles de Saint-Denis y Saint-Martin, y de la Cité se alzan en armas; llevando por vanguardia bandas de mujeres que, á los gritos de *Pan y Constitución del* 93, invaden la Asamblea con la mayor algazara y obligan á los convencionales á retirarse á los bancos más altos del salón de sus sesiones, llenos de temor hasta por su vida. Féraud, un joven diputado que acaba de volver del ejército, después de disputar la entrada á aquellos forajidos, vuela al socorro del presidente, Boissy d'Anglas, amenazado de muerte y á quien rodea un bosque de picas y de sables aunque sin lograr atemorizarle ni que abandone su puesto. Pero Féraud cae de un pistoletazo al pie de la presidencia; y sus asesinos, después de arrastrar su cadáver por las calles próximas, le cortan la cabeza que, clavada en la punta de una pica, ponen ante los ojos del imperturbable Boissy que se descubre ante aquel horrible trofeo, gloriosa muestra, empero, de una abnegación tan heroica como digna. Ni aun así lograron los sublevados domar la entereza del presidente; y fué necesario que, tras de una lucha de seis horas, en que con su noble actitud pudo imponerse á ellos, tuviera, agobiado por la fatiga y las emociones, que retirarse y entregar la presidencia á su colega Vernier que, con los demás convencionales, bajados de sus asientos, cedió á las exigencias de aquel bárbaro populacho. Se dictan la libertad de los terroistas presos, la suspensión de las comisiones de gobierno recientemente elegidas y el nombramiento de una compuesta de cuatro amigos de los rebeldes; nadie se atreve á oponer resistencia y, á la voz de *adopté* y quitándose sus sombreros, autorizan los diputa-

El 1.º Prairial.

dos cuanto se les antoja á las turbas, tan soberbias con su triunfo como exigentes y enfurecidas momentos antes.

Pero no contaban con que, mientras creían tocar el poder absoluto con las manos y recobrar, muchos, sus anteriores y codiciados puestos en la administración y la política, los *comités* del Gobierno, olvidados, puede decirse, y libres en su acción fuera de la Asamblea, habían reunido varias secciones leales y marchaban á las Tullerías con las tropas y á su cabeza Legendre que los arrojó á bayonetazos, dispersándolos completamente y devolviendo á la Convención su anterior independencia y libertad de acción. Todavía intentaron los rebeldes repetir el ataque y, rechazados, quisieron defender al asesino de Féraud en el arrabal de Saint-Antoine, donde se fortificaron en las casas y con barricadas; pero el general Menou los cercó de fuerzas numerosas obligándoles á entregar su héroe y la artillería con que contaban, llevada inmediatamente en triunfo á la Convención. Ésta no se satisfizo con vencer, sino que quiso asegurar la victoria vengando los ultrajes que había recibido en el santuario mismo de las leyes, aplicando las que dictó de nuevo con un rigor que recordaba el de los furiosos que la habían precedido en el poder y pretendían acapararlo de nuevo. Una comisión militar envió al cadalso á varios de los diputados convictos de haber tomado parte en la asonada del 1.° Prairial, al que fueron á perecer los que no lograron hundirse bastante en el pecho el puñal de Romme, transmitido de uno á otro en los momentos de marchar para el patíbulo. Al hacer los honores á los manes de Féraud, mezcló también la Convención sus más calurosos elogios, bien justos ciertamente, con órdenes que apartasen de ella todo peligro, reorganizando la guardia nacional, que se compuso en adelante de hombres de la llamada *Burguesía*, gente bastante acomodada para interesarse por el orden y la tranquilidad en las poblaciones, y llevó á París tropas del ejército aun á riesgo de debilitar los que peleaban en las fronteras. Y, por fin, después de sofocar motines, parecidos á

los de la capital, en Tolón, sobre todo, en Marsella, Nimes y otros puntos, ejerciendo matanzas que no desdecían de las de Carrier y Fouché en Nantes y la primera de aquellas ciudades, hizo desaparecer el Tribunal revolucionario, y hasta proscribió la palabra *Revolución* en sus decretos, decidió la acusación de los miembros de la Junta de Salud pública, excepto Carnot, y de los que componían la de Vigilancia, á quienes se imputaba el delito de mantener el fuego de la insurrección en las masas populares. No sin fundamento se dijo que el *Terror se había revuelto contra los terroristas*.

Ese rigor alentó á los realistas que, como ya hemos dicho, buscaban su camino por el de las violencias y las divisiones de sus enemigos los republicanos; y, recomendando á sus partidarios una actitud vigilante sobre la clase media, la más dispuesta á la reacción, procuraron mañosamente y por medio de escritos exagerados y alarmantes fomentar la discordia en los partidos revolucionarios, cualesquiera que fuesen su matiz político y sus aspiraciones en el espantoso desorden que dominaba en sus filas. Así es que la Convención tuvo también que defenderse de tales amaños lo mismo que de las violencias de los que acababa de vencer en los primeros días de aquel mes de Prairial, y no halló medio mejor que el de constituir un gobierno que, reconcentrando la autoridad en su seno, supiera imponerse á unos y otros, ejerciéndola, como llegó á hacerlo, casi dictatorialmente.

De ahí nació el *Directorio*, comisión ejecutiva de El Directorio.
un todo constitucional, compuesto de dos Consejos, el de los *Quinientos* y el de los *Ancianos*, cuerpos legislativos, el uno destinado á proponer las leyes y el otro á sancionarlas. La Constitución del año III, que es como se la llamaba, tendiendo á evitar la dictadura, establecería una república, pudiera decirse anodina, débil y aun anárquica, que, de mantenerse en un país tan trabajado, como la Francia, por las pasiones políticas, sería á favor del talento de elementos extraños, á su representación en el gobierno y á la fortuna de sus fuer-

zas militares. Validos de la debilidad innata en aquella Constitución, todos los partidos, pero especialmente el monárquico, se pusieron á conspirar con el pretexto también ó motivo de que, debiendo ser las dos terceras partes de los miembros futuros del Consejo de los Quinientos Convencionales de los que acababan de cesar en sus funciones de la Asamblea, se hacía imposible una mayoría que pudiera llevar al gobierno á los terroristas ni á los secuaces del antiguo régimen, que eran los que con mayor ahinco y con más probabilidades trataban de entrar en él. No cogieron desprevenida á la Convención aquellos manejos; y el 13 Vendimiario (5 de Octubre de 1795), al sublevarse algunas secciones de la Guardia nacional, instigadas por realistas con careta de revolucionarios y que se habían atraído al general Menou que mandaba las tropas del campamento próximo de Sablons, encargó de su defensa á Barras, ya acreditado por su energía en las jornadas del 9 Thermidor.

El 13 Vendimiario.

Entonces comenzó á tomar parte en las contiendas politicas aquel oficial de artillería que vimos en Tolón decidir del éxito de la reconquista de aquel emporio naval por los republicanos, hecho allí general de brigada para mandar las baterías del ejército en las fronteras de Italia y que, destituído el 9 Thermidor, se había trasladado á París en espera de nuevo destino. No podía disponer aquel día más que de 6 á 7.000 soldados, eso sí con artillería, que no tenían los sublevados; pero, haciendo de las Tullerías un campo atrincherado y centro de sus operaciones, de tal modo combinó su acción en Saint-Honoré, Saint-Roch, el Pont-Royal y el Quai-Voltaire, que los seccionarios, cubiertos en todas partes por la metralla, flanqueados y envueltos, tuvieron que apelar á la fuga para ponerse á salvo de aquel huracán y entregar sucesivamente las armas. El 26 de aquel mismo mes de Octubre pudo, así, la Convención declarar terminada su misión victoriosa y tranquilamente; y, al día siguiente, los Ancianos y los Quinientos elegían sus respectivos presiden-

tes, y cinco más tarde nombraban el Directorio, compuesto de cinco regicidas, probos y laboriosos los tres primeros, La Réveillère-Lepeaux, Rewbel y Letourneur, hombre eminente el cuarto, el célebre Carnot, y el quinto, Barras, de honradez dudosa pero con la fama de gran energía, tan necesaria y apreciable en aquellos tiempos. No nos toca ahora detenernos en el estudio de aquella situación, débil á veces y, no pocas, violenta é intransigente hasta la exageración, pero ganando terreno en la opinión de las demás naciones con las prodigiosas campañas de Buonaparte: tenemos que volver los ojos á nuestra España que libre de una guerra simpática á la nación por los principios religiosos, políticos y sociales que sustentaba, iba á verse comprometida en otra para la cual difícilmente podría reunir los medios con que hacerla afortunadamente.

Viaje del Rey á Sevilla.

Entre las muestras del contento que produjo la paz en el ánimo de la corte española puede contarse el enlace de dos hijas de Carlos IV, celebrado pocos días después, en el del cumpleaños de la Reina, 25 de Agosto de 1795. La infanta María Amalia se casó con el infante don Antonio, tío carnal suyo, tan célebre después por sus ingenuidades, y la infanta María Luisa, de quien también ha de tratarse largamente en esta historia, con el heredero de Parma, D. Luis de Borbón, hijo del que había obtenido el trono de aquel ducado en las guerras de Italia, provocadas por la ambición insaciable de Isabel Farnesio, segunda mujer de Felipe V. A las fiestas celebradas en Madrid con motivo tan fausto para Carlos IV, que en el amor ardiente que sentía por su familia, no hallaba enlaces mejores que dentro de ella, aun repugnando á las leyes de la naturaleza y de la higiene, se unieron casi las que provocaría un viaje, ya proyectado, á Sevilla con el objeto de *visitar*, como decía el Real Decreto de 13 de Diciembre, *el cuerpo de San Fernando*, en cumplimiento de un voto hecho por la Reina en el caso de que recobrara su salud, por entonces muy delicada, el príncipe de Asturias. El tal viaje tenía más visos de di-

rigirse á la satisfacción de una vanidad pueril, la del flamante Príncipe de la Paz, alojando en su antes pobre solar de Badajoz á la familia real como muestra del favor de que gozaba y de la omnipotencia de que hacía alarde; y la prueba es que se verificó por la capital de Extremadura, alargándolo considerablemente aunque con el pretexto de conferenciar en la frontera con los príncipes del Brasil. Parece que el cumplimiento del voto debía ser lo primero; y al no hacerlo así, se demostraba, siéndolo de la Reina, que apremiaba más el anhelo de halagar á quien ya no tardaría en poner de manifiesto su desvío al regio enfermo. Pero nunca como entonces era necesario satisfacer aquel capricho del favorito; porque, muy poco antes, las veleidades de María Luisa habían puesto en peligro su privanza, amenazada de derrumbarse á impulsos de una intriga palaciega de que la presunta víctima supo hábilmente librarse. La verdadera víctima fué el desventurado marino Malaspina, jefe que acababa de realizar la expedición, de cuya partida se dió cuenta en el primer tomo, con las goletas *Descubierta* y *Atrevida*, no dando la vuelta al mundo como era su destino y generalmente se dice, pero realizando uno de los viajes científicos más notables con la mayor felicidad. La provocadora de tales manejos fué la Reina misma, cansada del especie de despotismo que ejercía sobre ella su, más que sincero, presuntuoso amante, valido de las prendas de todo género de que sin duda se hallaba en posesión: los agentes eran dos damas de la corte, la de Matallana y la de Pizarro, confidentas de la Reina y encargadas de conducir al valiente marino á las redes de su desgracia con el aliciente de las esperanzas más halagüeñas. El de la Paz, que olfateó la intriga, logró hacerla fracasar, se deshizo de Malaspina y quedó más asegurado que nunca en el favor del Rey y en el corazón de su veleidosa cómplice.

Malaspina y su desgracia.

He aquí cómo describe aquel misterioso suceso el P. Villanueva en la «Vida literaria».



EL BRIGADIER DE LA REAL ARMADA
DON ALEJANDRO MALASPINA

«En un intervalo de desafecto, dice, y resentimiento en cuyo tiempo andaba la Reina á caza de medios para cortar la privanza del valido, fué buscado Malaspina por estas damas para que á la vuelta de la Lombardía, su patria, adonde iba con licencia, trajese realizado el plan de cierta corte (la de Parma ó la de Roma), que había de influir con el Rey para tan santa obra. Este plan escrito incautamente por Malaspina y guardado por la Reina en una gaveta, fué revelado á Godoy por la *Pizarro,* estrechada por él por sospechas que le inspiró una indeliberada expresión de la Reina. La *Matallana,* de quien exigió primero la revelación del secreto, se negó á ello constantemente. El plan descubierto y pintado por Godoy á Carlos IV, con los colores que le convenían, sirvió de instrumento á su venganza. La *Matallana* fué presa y desterrada de la corte. Á Malaspina, después de haber permanecido preso en el cuartel de Guardias de Corps y de haber sido trasladado desde allí al castillo de San Antón de la Coruña, se le permitió restituirse á su país, previniéndole, so pena de muerte, que no volviese á territorio ninguno de la monarquía española. Los achaques contraídos en sus viajes y en el encierro, deterioraron su robusta salud en términos que á poco tiempo de haber llegado á la Lombardía falleció con el desconsuelo de no haber podido volver á España, á la cual llamaba patria suya en las cartas de sus amigos.»

Aun cuando no afectasen mucho á Godoy las veleidades de la Reina, á las que ya podía estar acostumbrado, tan frecuentes eran en ella caprichos de esa índole, no pudo menos de alarmarse con una que bien se dejaba ver iba dirigida á derrocarle de una altura que, aun sin contar con haberla escalado fácilmente, le interesaba mucho mantener porque desde ella se caía sin remedio en las descalabradoras escabrosidades de la roca Tarpeya. Si no le inspiraba apego el afecto de una Mesalina, sí el del poder, tanto más anhelado cuanto peor lo había ejercido hasta entonces [1]. Por eso no perdonó

1 Por más que en el proceso formado á Malaspina y al P. Gil por suponerse

Godoy nunca á sus detractores y rivales en el gobierno, ensañándose en aquella ocasión con los que creía haber entrado en la conspiración contra su persona, incluso el P. Gil, de los menores de Sevilla, que de Madrid, donde se hallaba, fué enviado á los Toribios de la capital andaluza, sin más delito que el de su amistad con Malaspina, el parte de cuyo viaje estaba corrigiendo, ya que su autor no podía escribirlo con lenguaje correcto y elegante.

Y bien lo merecía la relación de jornada tan notable como la de las corbetas que había mandado durante tanto tiempo cruzando los mares y reconociendo países que si, algunos, visitados antes, nunca con las luces científicas de entonces ni con el detenimiento necesario para que pudiera sacarse el fruto debido para los intereses políticos y comerciales de la patria. La *Descubierta* y la *Atrevida*, ya lo dijimos, salieron de Cádiz á fines de Julio de 1789, construídas bajo las reglas mejor calculadas para aquella época y tripuladas por un personal que nada dejaba que desear bajo el punto de vista científico y práctico en la oficialidad y marinería.

Á los cuatro días, el 3 de Agosto, alcanzaban las dos elegantes naves la punta de Naga en la isla de Tenerife, donde

al ilustre marino ambicionando el poder para realizar pensamientos, algunos bastante aventurados, sobre la administración de nuestras colonias, se vele siempre el odio que en el ánimo de Godoy provocaran las veleidades de la Reina y más, por supuesto, los manejos cortesanos de las damas mencionadas y del mismo que al fin resultó víctima de ellos y de su propio engreimiento, las prendas personales que atesoraba y los obsequios con que se vió favorecido en el palacio real hacen se tenga la relación del P. Villanueva por más que verosímil, por exacta. Decía de él D. Antonio Valdés, ministro entonces de Marina: «Que por sus conocimientos, cuna, nobleza y elegancia de la persona y maneras, arrogante presencia, afabilidad, firmeza de carácter y talento de sociedad, era Malaspina el primero de la Armada española y el único para aquel cargo (el del mando de la expedición), alma de la culta y distinguida sociedad que nuestros marinos debían representar en los países americanos, para influir favorablemente en el ánimo de los criollos y ayudar á la política y demás fines que la expedición llevaba.»

¡Cuántas dotes para provocar en el corrompido corazón de María Luisa una de aquellas borrascas de que con frecuencia se dejó arrastrar en el proceloso mar de sus pasiones!

ya empezaron sus trabajos corrigiendo errores geográficos de algunos marinos extranjeros, y el 18 anclaban en el puerto de Montevideo, sin haber experimentado otros accidentes que los naturales en tan largo trayecto. Allí y en las diferentes excursiones científicas sobre las márgenes del Plata se encontraron D. Santiago Liniers y D. Juan de la Concha, que las habrían luego de ilustrar con las hazañas de Buenos Aires y su gloriosa muerte, y después de profundos estudios náuticos y de historia natural y de reparar en las tripulaciones las bajas de algunos de sus individuos, temerosos, sin duda, de los peligros de tan aventurada navegación, zarpaban las corbetas el 13 de Noviembre para el Puerto Deseado, acompañadas de un bergantín, regido por el piloto D. José de la Peña, que debía regresar al Plata desde las Malvinas ó los términos continentales de la Patagonia. Ya trabaron nuestros navegantes relaciones de amistad con alguna de las tribus patagónicas de la costa, cuya imagen, habla y costumbres describía Malaspina en su relación histórica del viaje [1]; pero, aun satisfechos de tan curiosas ex-

1 Forma contraste en esa relación lo agigantado y salvaje de los hombres, la garrulidad de las mujeres, la modestia y el pudor, sobre todo de alguna de ellas que produjo la admiración de nuestros marinos.

En cuanto á la talla de los patagones, ya había llamado la atención de los compañeros de Magallanes á su paso por el estrecho que recibió el nombre del célebre navegante portugués españolizado. En la «Historia de Juan Sebastián del Cano» por D. Eustaquio Fernández de Navarrete, al recordar el descubrimiento del cabo de Hornos y las peripecias de las naves de Loaisa en 1526 en el estrecho, se dice: «Elcano envió el esquife de la *Anunciada* para que le trajese algunos (Patagones) á bordo con intención de agasajarlos: pero no habiendo podido coger más de uno, procuró inspirarle confianza con su agrado. El agasajo y buen término del capitán lo aseguró de tal modo, que estuvo á bordo contento y sin recelo hasta el anochecer, en que pidió por señas lo volviesen á tierra. Se le dió de comer manjares europeos y de beber vino, de que se mostró el bárbaro muy satisfecho; le regalaron un espejo, que al ver en él su figura quedó muy espantado, haciendo extraños visajes de asombro: en fin le mostraron oro y plata, de que no hizo ningún aprecio. Su repugnante fealdad y descomunal estatura resaltaban más en lo agreste de su traje, que era una pelleja de cebra que le cubría el cuerpo hasta los muslos, abarcas en sus enormes y aplastados pies, en la cabeza un cerco de plumas de avestruces, y como complemento su arco y flechas.»

ploraciones, el 14 de Diciembre se dirigían á dar la vuelta al cabo de Hornos después de haber en el camino observado las islas Malvinas y aun puesto el pie y hecho trabajos en alguna de ellas. En los primeros días de Enero de 1790 la *Descubierta* y la *Atrevida* daban la vuelta al famoso cabo «con una navegación, al decir de Malaspina, que era más bien una de las más placenteras de entretrópicos que de las penosas á que la embarcación y el ánimo del navegante están ya bien dispuestos», y en los de Febrero siguiente anclaban en Chiloé, donde volvían nuestros compatriotas á ver una guarnición española en perfecta armonía con los naturales del país, pero donde se vieron detenidas también por vientos tan varios como huracanados. Una vez fuera el 20 del mes últimamente nombrado, las corbetas siguieron el rumbo de la costa hacia el Norte haciendo escala en varios puntos, Valparaíso, entre otros, y el Callao, en cuyas aguas fondeaba la *Descubierta* el 28 de Junio junto á su compañera que lo había hecho días antes.

De aquella derrota que hasta poco antes había sido la misma casi que habían seguido Magallanes y Juan Sebastián del Cano en las dos expediciones en que se descubrieron el paso del estrecho y el cabo de Hornos, Malaspina se remontó á la exploración de la costa Noroeste de América, pero á latitudes muy altas, alcanzando la de 60° en la bahía de Behering, donde anclaban las corbetas el 27 de Julio de 1791. Ya desde allí se hizo preciso el regreso; y después de, en unión con otros buques del Estado, haber presenciado el desenlace de las diferencias ocurridas con motivo de los sucesos de Nootka, á que nos referimos en el tomo anterior, y la salida de la expedición que debía determinar las proporciones del estrecho de Fuca y las probabilidades de su comunicación con el Atlántico, volvieron á juntarse nuestras goletas en Acapulco para, desde allí y en Enero del 91, dirigirse á las islas Marianas y Filipinas, fondeando frente á Manila el 26 de Marzo.

Mientras la *Atrevida* surcase los mares de China cuyos puertos de la Taipa y Macao visitó, su compañera de expedición se dedicó á recorrer las costas del archipiélago filipino como varios de sus oficiales, ayudados de las autoridades y hasta de los padres de las diferenres religiones allí en misión, reconocieron la topografía de Luzón y de otras islas hasta la de Mindoro. Ya desde entonces se ve que no era el destino de aquella expedición el de rodear el globo; pues, en vez de dirigir su rumbo al cabo de Buena Esperanza como la nao *Victoria* del descubridor guipuzcoano después de la muerte de Magallanes, y las demás españolas, en una de las cuales había navegado el mismo Malaspina, tomó el del Sur, verificando experiencias, las del péndulo particularmente, para apreciar la gravedad de los cuerpos en los dos hemisferios de la tierra y sus paralelos correspondientes. Era, así, conveniente bajar al 45° austral, y haciéndolo primero directamente por Panay, Negros y Mindanao, la utilidad ó no de cuyo presidio de Zamboanga discutieron largamente nuestros expedicionarios con el gobernador, las corbetas se ponían el 11 de Febrero del 92 á la vista de las Nuevas Hébridas para un mes después ser galantemente acogidas en la tan celebrada colonia inglesa de Sidney.

«Los últimos pasos de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* en el mar Pacífico, dice Malaspina en su *Relación general del Viaje*, ya no podían ser en modo alguno importantes para la Hidrografía. Una nueva visita á las islas de la Sociedad sin motivo alguno urgente renovaría sólo los desórdenes de los europeos en aquellas regiones, ó haría insufrible una disciplina rígida á bordo. Las islas Desiertas reconocidas antiguamente por Quirós, sitas á más ó menos distancia al Sueste de aquel archipiélago, habían sido nuevamente avistadas en los últimos años por los navegantes nacionales ó extranjeros; y si bien en la nueva carta de las navegaciones del capitán Cook, se advirtiese colocado en los 32° de latitud un pequeño archipiélago, que decía haber sido descubierto por los Es-

pañoles, todo parecía indicar que fuese apócrifa aquella noticia por mucho que examinásemos las navegaciones nacionales verificada shasta nuestra época [1]. En estas breves líneas se pone de manifiesto la resolución de rehacer el camino que habían las corbetas recorrido; y, con efecto, llevadas en él una gran parte de su trayecto por vientos favorables, volvían á aparecer en las costas del Perú, fondeando en el Callao el último día de Julio de 1793.

En aquellos momentos llegaba precisamente á América la noticia de la ejecución de Luis XVI y el rompimiento de España con la república establecida en Francia después de aquel bárbaro atentado. Con ella, aunque pocos días más tarde, á fines de Agosto, fueron á Lima por el camino de Buenos Aires las prevenciones que dirigía nuestro Gobierno á las autoridades de todas las colonias para que arreglasen su conducta á las nuevas circunstancias en que se veía la nación. Y como se supiera al mismo tiempo que la Inglaterra tomaría también parte en la lucha por la buena causa; pues que hasta se ordenaba en aquellas instrucciones que se acogiese y abrigase en nuestros puertos á las embarcaciones británicas, y no temiendo, por consiguiente, en el viaje á España el encuentro de ninguna escuadra francesa, las corbetas, una vez repuestas y aviadas para ejecutarlo, lo emprendieron por Montevideo, primero, donde se reunió la *Descubierta* que había dado la vuelta al cabo de Hornos para reconocer las islas entonces problemáticas, de Diego Ramírez y las Malvinas, á la *Atrevida*, mientras Malaspina, después de atracar al Sur del estrecho de Magallanes y de situar también las islas ya citadas del navegante español, llegaba felizmen-

1 Todas estas noticias están sacadas de esa misma *Relación*, dada á luz en 1885 con un erudito prólogo por el teniente de navío D. Pedro Novo y Colson, que ha sabido en ella vindicar la reputación de la Marina española puesta torpemente en tela de juicio en diferentes libros extranjeros, dictados por el desconocimiento de sus autores en cuanto han hecho nuestros compatriotas respecto á la ciencia náutica y sus resultados más practicos en todos los mares.

te al Plata, término que podía considerarse, de las observaciones geográficas que se le habían encomendado. El 21, por fin, de Septiembre de 1794 entraban las corbetas en la bahía de Cádiz, donde, á seguida de saludar la insignia del general Lángara, eran amarradas, «conservándose, decía Malaspina, por este tiempo sus tripulaciones en tan buena salud, que no fuese necesario enviar al hospital un enfermo siquiera».

No daríamos por acabada esta ligerísima noticia del viaje de aquellas dos naves, que constituyen una de las glorias más puras de la Armada española, si en honor de sus tripulantes no copiáramos un elegante párrafo de la «Introducción histórica» con que exorna la obra del desventurado pero ilustre Malaspina el Sr. Novo y Colson, dejándose llevar del fuego patriótico que le caracteriza. Dice así: «Para disponer el ánimo á seguir los rumbos de las corbetas Descubierta y Atrevida, necesito valerme de un término de comparación exacto y oportuno. Los viajes (publicados) de D. Antonio de Córdoba en 1785 á bordo de la fragata *Nuestra Señora de la Cabeza*, y en 1788 mandando los paquebots *Santa Casilda* y *Santa Eulalia*, rindieron un hermoso estudio descriptivo é hidrográfico del *Estrecho de Magallanes;* pues bien: con no menor amplitud los Jefes de las corbetas estudiaron, levantaron planos y recorrieron cuanto solicitaba entonces la curiosidad científica, desde las cercanías de *Beering* á Nueva Holanda, desde el Alta California al Cabo de Hornos, desde el Círculo Boreal hasta las barreras del Polo Sur. Y si en las expediciones de Córdoba brillaron Oficiales tan entendidos como don José de Gardoqui, D. Alejandro Belmonte, D. Miguel de Lapiain; de tan sobresaliente mérito como D. Francisco Javier de Uriarte, que por espacio de un mes reconoció en un débil bote el proceloso *Estrecho* descubriendo islas y puertos, de los cuales uno lleva su nombre; D. Dionisio Alcalá Galiano, que efectuó trabajos admirables; D. Ciriaco Cevallos y D. Cosme Churruca, que unidos soportaron, con va-

lor inaudito, la inclemencia de aquellas regiones, tripulantes de otra lancha, mientras levantaban planos de la Tierra de Fuego en la totalidad de su costa, desde Cabo Dunes hasta el Pacífico..., es lo cierto, que tambien á las órdenes de Malaspina y Bustamante, Jefes de las corbetas sirvieron (escogidos por el primero), además de los mismos señores Cevallos y Alcalá Galiano, infatigables y entusiastas, el famoso sabio D. Felipe Bauza, cuyos servicios fueron solicitados más tarde, aunque sin fruto, por los ingleses; el inimitable en la construcción de cartas, de las que legó un sinnúmero de portentosa exactitud, D. José de Espinosa y Tello, cuyo saber pregonan el reconocimiento que hizo de los canales de Nutbea y de los mares de la India, y años después las extensas *Memorias* que dió á luz siendo primer Director del Depósito Hidrográfico; D. Juan Gutiérrez de la Concha, digno compañero de los anteriores, y á quien estaba reservado alcanzar en América la palma de la gloria y la palma del martirio; don Cayetano Valdés, el más joven de esta Oficialidad, pero no el menos inteligente, segun lo prueba su exploración difícil del Estrecho de *Juan de Fuca*, hecha con rapidez y maestría. Y por último, los hermanos D. Arcadio y D. Antonio Pineda, notabilísimo naturalista éste, que á su muerte acaecida durante el viaje, legó al primero el arreglo y continuacion de sus observaciones y escritos.» «Con tan valiosos auxiliares, añade el Sr. Novo y Colson, no sorprenderá que transcurridos los cuatro años de navegación hubiera presentado al gobierno de España el ilustre Malaspina, para que vieran la luz pública, además de la RELACIÓN GENERAL DEL VIAJE, verdaderos tratados de cada una de las ciencias que fueron objeto de sus estudios, á saber: Astronomía, Hidrografía, Física, Historia Política é Historia Natural.»

Cumplido el voto de la Reina y después de haber visitado á Cádiz y la escuadra surta en su magnífica bahía, la corte volvió á Madrid por la carretera general, recibiendo en Andalucía y la Mancha las muestras más calurosas de la adhe-



LA CORBETA «ATREVIDA» ENTRE BANCAS DE NIEVE EL DÍA 28 DE ENERO DE 1794

Copia de una acuarela original de Brambila, que existe en el archivo del Depósito Hidrográfico.

sión proverbial, y más por aquellos tiempos, de nuestro leal y entusiasta pueblo [1].

Preliminares de la alianza con Francia.

Ni antes del viaje ni en el tiempo que duró (del 4 de Enero al 22 de Marzo de 1795), se había dado al olvido la magna cuestión de las consecuencias que habría de tener el tratado de Basilea. Y de que serían de trascendencia suma no cabía dudar vista la actitud que tomó la Inglaterra desde los primeros momentos en que se sintió burlada respecto á las ideas de dominación que abrigara al emprender la guerra en 1793. Don Domingo Iriarte, gran partidario de la alianza francesa, nombrado ya embajador de España en París, usaba, para obtenerla, en su correspondencia con Godoy, argumentos iguales ó parecidos á los empleados para la paz que tan hábilmente había negociado; y al dar aviso de sus conferencias con Barthelemy, anunciaba los deseos del diplomático francés para entablar nuevas gestiones á fin de establecer con nosotros tal concordia que pudiera servir en adelante «á asistirse España y Francia con socorros iguales, si alguna de las potencias beligerantes acometiese las respectivas posesiones en cualquiera parte del mundo» [2].

Esas eran las ideas más generalizadas en Francia y las ha-

1 Los detractores de Fernando VII aprovechan la ocasión de su embarque entonces en una nave de la flota para poner de manifiesto un acto de timidez que con ese motivo se le atribuye. Hasta el sesudo Muriel, al quererlo recordar, lo expone así á sus lectores: «Se cuenta, dice, que habiendo ido el Rey y la corte en pos de Su Majestad al puerto de Cádiz á ver la escuadra anclada en él, la artillería de la armada hizo las salvas en honor del soberano, como prescribían las Ordenanzas de Marina, hallándose S. M. á bordo de un navío de línea. El estruendo fué grande, y el príncipe de Asturias experimentó tal sobrecogimiento que buscaba, dando vueltas por todas partes, un asilo. Carlos IV se apercibió del temblor de su hijo y le hizo sentir lo indecoroso de una tal acción en un príncipe.»

Y añade Muriel, así como por corolario: «Como en el reinado de Fernando VII hayan sido tan frecuentes y perniciosas las resultas de su timidez y falta de carácter, se recuerda el hecho de la bahía de Cádiz, como uno de los primeros antecedentes, y que anunciaba ya lo que había de suceder en el curso de su gobierno.»

2 Carta de Iriarte á Godoy el 20 de Julio.

bía proclamado recientemente en la Convención, el 14 de Noviembre, Tallien que decía desde lo alto de la tribuna: «Fomentad las medidas convenientes para hacer una paz honrosa con algunos de nuestros enemigos y después, con la ayuda de los navíos holandeses y españoles, arrojémonos con denuedo sobre las costas de la nueva Cartago». Aquellas palabras, frenéticamente aplaudidas por los convencionales, revelaban el espíritu que, para Francia, debía informar el tratado de Basilea, causa de la facilidad con que su agente Barthelemy se conformaba á las peticiones, tan patrióticamente sostenidas, de Iriarte, en quien no dejaría de observar á su vez las tendencias más conciliadoras hacia la República. Y como Boissy D'Anglas, al mismo tiempo que Tallien y Treillard y cuantos hablaron en aquella sesión, acabada de citar, no encontraban palabra que mejor cuadrase con la de *Paz* que la de *Alianza* en sus nuevas relaciones con España, hay que reconocer, y esto sin violencia alguna, que sus seguridades tendrían de que no sonaban mal en los oídos de Carlos IV y sobre todo en los de su prepotente favorito [1]. Aun cuando parezca imposible, lo cierto es que no andaban lejos de la verdad los representantes de la Asamblea francesa en sus declamaciones y raptos de entusiasmo por España, poco antes inconcebible pero que explica perfectamente el objeto á que se dirigían aquellos oradores y las probabilidades, si no la certeza, que tenían de conseguirlo. Decimos que parece imposible, porque ni se veía tan claro el porvenir de

1 Dice Rosseeuw Saint Hilaire: «La actitud de la Francia no podía ser puesta en duda; el Directorio hallaba en Carlos un aliado útil, el único que podría ayudarla á luchar en los mares con la arrogante supremacía de la Inglaterra. No eran soldados, eran las escuadras de España lo que Francia necesitaba. Sus puertos, sembrados, como sus colonias, por todos los puntos del globo, y su Península bañada por dos mares, ofrecían á los corsarios franceses puntos preciosos de abrigo donde depositar sus presas; y si una sola de las dos marinas no era bastante fuerte para luchar con la reina de los mares, las dos reunidas podrían ensayar por lo menos el combatirla.» «Así es que, añade el eminente historiador, el Directorio no dejaba nada por hacer para estimular las buenas disposiciones del Gabinete de Madrid y despertar sus antiguos rencores contra la Inglaterra.»

la República en aquellos días como para darlo por seguro y duradero en su nueva fase después del 9 Thermidor, ni había pasado tiempo bastante para borrarse de la memoria de nuestros gobernantes los, más que serios, terribles, sangrientos y vergonzosos motivos de la guerra de tres años que terminaba entonces.

Es verdad que el rey de Prusia había hecho la paz antes que el de España, pero no le asistían los mismos motivos para continuar la guerra, y tenía otros muy poderosos á que atender, preocupado, en primer lugar, con sus proyectos sobre Polonia, que no podría realizar de mantener sus ejércitos en el Rhin peleando con los Franceses, y con los de una compensación, además, que se le ofrecía en perspectiva de su neutralidad, al secularizarse los obispados, tan influyentes antes en las eternas contiendas de toda Europa por las orillas de aquel río. Aun así, la Prusia no cedió á las pretensiones de la Convención para el establecimiento de una alianza ofensiva y defensiva en contingencias futuras, y mantuvo su independencia de acción con tal energía que no dejó lugar á duda alguna de que no pelearía con las potencias que habían formado con ella la coalición.

Pero España ¿se hallaba en caso igual ni siquiera parecido? Y, sin embargo, apenas puesta su firma en el tratado de Basilea, Iriarte recibía, con el nombramiento de Embajador, las instrucciones más precisas para entablar en París tratos, que no tardarían en solemnizarse, de una alianza, tan deseada, al parecer, por el Gobierno español como por el francés [1]. No pudo Iriarte emprenderlos porque enfermó á los pocos días y deseando restablecerse en Madrid y conferenciar con

1 Carta de Godoy á Iriarte el 11 de Septiembre de 1795, copiada por Muriel en su manuscrito. Le encarga se traslade inmediatamente á Paris donde podrá seguir mejor la marcha de los asuntos políticos; manifestar la resolución de hacer más íntima la alianza con la República y tratar abiertamente con su Gobierno de tales medidas; y entre mil frases todas acordes con esta idea, suelta la de que, «para obtener á Gibraltar, es indispensable hacer la guerra, y para declararla, muy necesaria la alianza con la Francia.» Luego veremos, y en ello hay que hacerle justicia, que ese era su bello ideal.

Godoy, le sorprendió la muerte en Gerona el 22 de Octubre de 1795. Sustituyóle en la embajada el marqués del Campo, que desempeñaba la de Londres, quien no pudo presentar sus credenciales en París hasta Marzo siguiente, sin que, por eso y á pesar de hallarse la corte distraída con su viaje á Badajoz y Sevilla, se abandonasen ni el pensamiento ni, según ya hemos dicho, las gestiones para unirse con los lazos de una estrecha alianza al Directorio francés.

Nunca habrá podido recomendarse á España la neutralidad con motivos más poderosos que en aquella ocasión. Si, como decía Godoy en el Consejo, la neutralidad armada, siendo las fuerzas inferiores, «no es más que una ilusión, una quimera para excitar la risa y el desprecio», ¿á qué los alardes ofrecidos en cada página de sus Memorias, del poderío español alcanzado por los aciertos de su administración?;. ¿á qué asegurar poco antes, que una liga bien concertada de las fuerzas navales de España, Holanda y Francia conseguiría, por lo menos, ocupar la atención de Inglaterra en los mares de Europa y apartarla de empresas serias contra nuestras Indias? Los grandes estadistas y Maquiavelo, uno de los primeros, han sentado esa máxima en sus escritos; pero es seguro que en caso igual no hubieran comparado la España de 1795 con las antiguas repúblicas griegas y menos con las microscópicas de Italia en los siglos XV y XVI. La misma guerra con la Gran Bretaña desmiente al pretencioso Godoy; porque si las fuerzas aliadas contra aquella potencia no eran suficientes para vencerla y domarla, ¿para qué la declaraba en tales condiciones que habrían seguramente de producir á nuestra patria un desastre, irremediable siendo patente nuestra inferioridad? No; por aquel entonces, Godoy creyó dar un golpe decisivo á la Inglaterra aliándose á la Francia, y eso porque consideraba á España con medios suficientes para inclinar el platillo hacia ella y su nuevo aliado en la balanza de los destinos de Europa. Unidas las escuadras española y holandesa á la de Francia y desvanecido el temor que infundía

la emperatriz Catalina con la amenaza de una gran expedición de sus fuerzas también unidas á las de Suecia, se consideraba Godoy seguro de la victoria y de un porvenir tan duradero como feliz para sus ambiciones patrióticas y personales [1].

De todos modos, Godoy no quiso cargar solo con la responsabilidad de resolución tan preñada de riesgos como la de emprender la guerra con la Gran Bretaña y la hizo discutir en el Consejo de Estado á cuyas sesiones, varias y largas, asistieron también algunos generales de mar y tierra, ministros del Consejo Real y del de Indias, y diplomáticos de los que pasaban por más expertos y hábiles.

La consulta al Consejo de Estado.

El Príncipe de la Paz se había preparado con toda clase de noticias sobre la situación de nuestro país así como de las procedentes del extranjero, derivadas de los despachos de nuestros agentes oficiales y de los privados que tenía en las más importantes cortes de Europa revelando, en cuanto esto podía conseguirse, el estado respectivo político y militar, el de la opinión pública y las intenciones de sus soberanos y ministros. Todos esos datos, como es de suponer, estaban inspirados en los proyectos é intereses que se sabía abrigaba y defendía el valido que, de ese modo, hallaría en la discusión argumentos, cuando no otra cosa, para que prevaleciesen sus opiniones. Las noticias de mayor autoridad procedían del negociador de Basilea que no habría de aconsejar la reproducción de nuestra lucha con Francia, cuando consideraba imposible el mantenerse en paz con la República y la Inglaterra á la vez, él que, influído por Barthelemy, creía hacedera una como coalicción de España, Francia, Holanda, Génova,

1 En una carta dirigida al marqués del Campo, se atribuye el haber impedido la expedición rusa. «Con efecto, le decía, la Emperatriz arrastraba á la corte de Suecia, y puede V. E. asegurarlo así en mi nombre al Ministro Delacroix; pero al mismo tiempo convendrá que le diga que he sido yo quien ha suspendido el paso á la intriga, cuya fuerza hubiera sido irrepulsable si con tiempo no hubiese yo manifestado á la corte de Suecia los intereses que sacrificaría..., etc.»

Dinamarca y no sabemos cuántas naciones más, inclusa la Prusia, para reducir á los Ingleses á propósitos conciliadores y pacíficos. También los facilitó nuestro embajador en Londres, y las de éste eran, como suele decirse, el reverso de la medalla en que Iriarte había grabado los beneficios de la paz con Francia. El desprecio con que el Gobierno inglés miraba cuanto pudiera afectar al decoro y á los intereses españoles; las arrogancias de Pitt respecto á los que pretendieran representar el papel de neutrales en la contienda mantenida con la República francesa; proyectos como el que se abrigaba de ataques á nuestros puertos y desembarcos en las costas de la Península para decidirla de una vez á la paz, esto es, á la alianza inglesa, ó á la guerra, que, de seguro, se extendería á nuestras vastas colonias de Ultramar; amenazas diarias, ya para amedrentar al Rey, ya con la intención de ejecutarlas con la energía propia de los Gobiernos ingleses y presentando la opinión de su pueblo como decidida á una guerra que no tardaría á estallar; todo eso y más se pintaba en los despachos de nuestro agente diplomático en Londres con los colores más vivos, como para excitar los sentimientos patrióticos de los consejeros que pudieran estudiarlos y calcular sus consecuencias [1]. Á esos datos se agregaron otros muchos sobre los recelos que abrigaba el Directorio de que se tratase de soliviantar en España la opinión en favor de Inglaterra, sorprendiendo la lealtad de Carlos IV, ó las buenas intenciones de su ministro, é informes á montón acerca de las tropelías provo-

1 Según el Príncipe de la Paz, Mr. Pitt habría dicho al marqués del Campo: «Entre amigos y neutrales la distancia es inmensa. Al contrario, es tan corta entre enemigos y neutrales, que cualquier suceso inopinado, una ocasión feliz, un recelo, una sospecha, una ilusión tan sólo hace forzoso confundirlos.»

Tambien dice Godoy en sus Memorias que le escribía el Embajador al tratar de los planes del Gobierno inglés: «Muchos de ellos, son amenazas arrojadas de intento para intimidarnos y sacar partido de nosotros; otros son verdaderos, mas de cualquiera manera la guerra es inminente, y la guerra será traidora cuando hubieren desesperado de hacer la España un instrumento y un teatro permanente de su lucha con la Francia.»

No parece sino que el del Campo y Godoy habían tenido un mismo maestro de retórica.

cadoras de los Ingleses, atentatorias á la dignidad é independencia de la nación española, informes, varios, que procedían de nuestros agentes consulares y de los funcionarios políticos y eclesiásticos de las costas y aun del interior.

Al exponer todas estas noticias ante el Consejo, Godoy, así como para hacer ver sus opiniones particulares, que no dejarían de ser las del Rey, ofreció á los consultados un resumen de ellas dividido en cuatro partes; una, dirigida á poner de manifiesto la reacción, verificada en el país, de los sentimientos en él provocados al iniciarse la revolución francesa con todos sus atentados religiosos y políticos, hacia una benevolencia producida por el cambio de gobierno y los triunfos obtenidos en los últimos años; otra, en que se describía el contento general de la Nación por la paz convenida en Basilea, evitando la invasión armada y la más trascendental quizás de las ideas revolucionarias de la Francia; la tercera, haciendo resaltar el contraste de la impresión favorable por la paz reciente con la indignación que causaban las señales de venganza y los designios siniestros que parecía abrigar la Inglaterra, así como las buenas disposiciones que presentaban el comercio y los marinos mercantes de nuestros puertos para rechazarlos; la cuarta, por último, con las representaciones de los prelados bendiciendo la paz, en algunas de las cuales, la del arzobispo de Granada entre otras, resaltaba un espíritu bien marcado de animadversión á los Ingleses, á quienes, en són de profecía, acusaba de todos los trastornos y desgracias que años adelante tendrían lugar en nuestras posesiones del Nuevo Mundo [1]. Aún se presentaron al Consejo el infor-

1 Mucho será que el escrito atribuído por Godoy al arzobispo D. Juan Manuel Moscoso y Peralta no esté redactado al tiempo que las Memorias del famoso privado. Aun teniendo el talento que se le supone, y aun interesándose tanto por la suerte de su país (América), es necesario concederle el dón de la profecía, para dar fe á la autenticidad de tan curioso documento. «La conservación, dice, de aquel país, depende de la tranquilidad de la España. Cualquiera turbación en su gobierno, la dominación extranjera sobre todo, aun cuando fuese pasajera ó momentánea, movería en las regiones de la América le deseo natural de evitar igual suerte, y este deseo sería un pretexto para

me del Tribunal de la Inquisición, haciendo ver que la paz con Francia había servido para que cesase la propaganda anticristiana ejercida durante la guerra y, sobre todo, en la época de nuestros desastres, y después un anónimo, que Godoy atribuye al duque del Infantado, *el primer campeón*, dice, *que de un principio se movió en contra mía*, el cual había llegado á manos del Rey, que era tanto como llegar á las del valido, en que, después de recordar el ya antiguo refrán de *con todo el mundo guerra y paz con Inglaterra* estampándolo por epígrafe de aquel escrito, entrañaba una larga serie de declaraciones contra Francia y de elogios á su rival insular con la crítica más severa de la conducta política y privada del favorito ministro. Por supuesto que la lectura de aquel papel impuesta por Godoy, produjo la cólera y el desprecio de los consejeros que lo hallaron indigno del tiempo que habían ocupado en oirla.

aquellos que querrían hacer su patria independiente. Si, resucitada la guerra, ocurrieran en España desgracias del tamaño de las de Italia, ¿quién nos asistiría para conservar las Américas? ¿Por ventura los Ingleses, que por interés propio suyo y por venganza, no desean sino apropiarse el comercio y las riquezas de aquel país afortunado? Aliada con la Inglaterra, si una lid nueva con la Francia nos trajese reveses y desastres, no pudiendo atender á otro objeto que á defender su propio suelo, ¿confiará la España á los Ingleses la conservación y la guarda de sus Indias, y al lobo la custodia del rebaño apetecido? La experiencia de lo que han tentado en los tres años de la guerra que se ha tenido con la Francia, deja ver lo que harían, si una guerra más empeñada y más incierta en sus resultas les volviese el tiempo que les ha faltado para falsear en las Américas todo el sistema de intereses que les une á su metrópoli. Hablo de ciencia cierta, de experencia mía propia; nadie en España me aventaja para juzgar de los negocios que conciernen á la América; la América española no tiene simpatías con los Ingleses, y al contrar.o, con los Franceses tiene muchas. Apartados éstos, acariciados los Ingleses por nosotros, dueños estos últimos á su salvo de surtir aquellos puntos y de halagar el gusto y ganarse la voluntad de aquellos naturales ¿les daremos una influencia y una acción que aun no tienen? Mi conciencia, mi lealtad y mi calidad como obispo, de consejero nato de la corona, me hacen salir tal vez de los lindes del informe que se me ha pedido; mi deber es de ilustrar al Gobierno en la materia de que hablo, porque en España hay muy pocos que conoccan como ella es, la cuestión de Ingleses y de Américas. No es la Francia donde apuntan éstos, provocando nueva rotura contra ella; el objeto de sus tiros en esta lucha en que quieren empeñarnos es la riqueza de la América que la paz de Basilea ha salvado de sus manos, etc. etc.»

Con ese preámbulo ya podía empezarse la consulta, seguro el que la presentaba de que no iba á ser muy reñida la lucha de las opiniones que en ella se emitiesen, así como del resultado que habría de obtenerse según el aspecto del Consejo en aquel primer paso tan perfectamente preparado.

Proposiciones que se discuten.

La primera de las proposiciones que se iban á discutir era: «La situación de la Europa y la conducta de la Francia, con respecto á España, después del 22 de Julio del año próximo anterior en que fué ajustada la paz de Basilea, ¿han ofrecido algún motivo para desistir de las ideas pacíficas adoptadas con la República francesa? [1]

2.ª «El temor de una guerra marítima de que la monarquía española se encuentra amenazada por la Inglaterra, ¿podría ser una razón que obligase á la España á declarar la guerra nuevamente á la República francesa?»

3.ª «En suposición de que la guerra con la Gran Bretaña se hiciese inevitable, ¿deberá adoptarse la alianza con la República francesa?»

4.ª «Á propósito de alianza, ¿en qué términos convendrá que se ajuste con la Francia? ¿Deberá limitarse á un tratado puro y simple de alianza ofensiva y defensiva contra la Inglaterra, ó deberá renovarse entre las dos naciones la sustancia del antiguo pacto de Familia?»

No se dirá que todas esas gravísimas cuestiones no fueron presentadas con habilidad, enlazándolas con tal arte que admitida la primera debían lógicamente aprobarse las demás, á poco que las apoyara su autor con la exuberancia de datos, y la, de que tanto presumía después, de su verbosidad. Y como nadie habría de negar lo correcto de la conducta observada por Francia en el tiempo transcurrido desde el término de la

1 Godoy hace seguir cada propuesta de la discusión que produjo y del acuerdo que se tomó en ella; nosotros vamos á imitar el procedimiento del historiador Lafuente que, primero, las enuncia todas por no necesitar, como el favorito, detenerse tanto en los razonamientos, ya que su objeto y la índole de su obra son tan distintos.

guerra, ni dejarse imponer en pleno Consejo por el temor á otra lucha, fuese con quien quisiera, es evidente que las dos primeras proposiciones serían aceptadas por unanimidad en el sentido que presidía á su presentación. Estaba hecha la paz con la República; había sido recibida con aplauso por los más en el país, y éste gozaba ya en parte de sus beneficios y temblaría ante la idea de que sin motivo alguno nuevo, sin ton ni son como suele decirse, fuera á reproducirse una lucha que tantos sacrificios le había costado. Se apelaba, además, á la dignidad de una nación y, ante la amenaza, no es la nuestra, arrogante hasta la jactancia, de las que ceden y menos se humillan por graves que sean los riesgos que prevea para sus resoluciones. Pero es el caso que, al rechazar las que se suponían imposiciones de los Ingleses, se amenazaba con los riesgos que iban á correrse de volver á la lucha con los republicanos de Francia, de quienes se temía el recrudecimiento de su propaganda, acreditada en toda Europa y particularmente en España con los ejemplos de Fuenterrabía, San Sebastián y Burgos. En la discusión de aquellas dos proposiciones no se oyeron sino alabanzas de la Francia, mezcladas con los cálculos de lo que podría acarrearnos su enemistad, si se la provocaba nuevamente, y quejas de Inglaterra con el temor de las hazañas, traídas *proféticamente* á cuento, si, aun por vía de ayuda, se acercaban sus naves á nuestros arsenales ó ponía en tierra un ejército que de seguro acabaría con nuestras industrias, como después hizo en la guerra de la Independencia.

En la tercera cuestión, en la de si, en guerra con los Ingleses, debería España aliarse con Francia, todos los consejeros estuvieron acordes en ser imposible la lucha de acometerla nosotros solos; pero dice Godoy en sus Memorias; «todos mostraron su persuasión de que una liga bien concertada de las fuerzas navales de España, Holanda y Francia, cuando no bastase á domar el poder marítimo de la Inglaterra, conseguiría á lo menos, en provecho nuestro, ocupar su

atención en los mares de la Europa y apartarla de empresas serias contra nuestras Indias...»

Quedaba la magna cuestión de las proporciones que habrían de darse á nuestra alianza con la República; y entonces salieron á luz las diversas ideas de los consejeros sobre la variedad de tales convenios y acerca de si convendría ó no á España una actitud de la más estricta neutralidad en los futuros sucesos de la lucha, todavía existente entre Inglaterra y Austria con Francia. En esa discusión pudo Godoy lucir todas las galas de su genio político con las de su dialéctica y elocuencia. Y lo mismo que en aquella célebre sesión, presidida por el Rey, donde con tal suma de razonamientos y tan rara habilidad, si se da fe á la narración de Godoy, éste rebatió las ideas del conde Aranda á favor de la paz con Francia, así en esta nueva ocasión combatió la neutralidad, según dijimos antes, y arrastró á sus oyentes, no sólo á concederle la razón sino que también á dejar á su arbitrio las diferencias ó conjunciones, si así puede decirse, de la alianza futura con el famoso y funestísimo *Pacto de Familia*. No reproduciremos las diferentes fases del discurso de Godoy, no vaya á creer alguno en tanto talento, tal perspicacia política y verbo como nos ofrece en sus Memorias; nos basta para nuestro objeto copiar aquí el último párrafo en que nos da á conocer el resultado que obtuvo, dice así: «El entusiasmo y la alegría se apoderaron del Consejo, agregándose todos á mi voto. Lleno de aprobaciones y de testimonios los más sinceros del aprecio con que me honró aquella junta respetable, salí de allí encomendando á Dios mi esperanza y mi fortuna para hacer buenas mis palabras y promesas.»

Se resuelve la alianza con la República.

Ya se había orillado hasta la más pequeña dificultad que pudiera oponerse á la celebración del nuevo tratado con Francia; y el 18 de Agosto de 1796 lo firmaban en San Ildefonso el Príncipe de la Paz y el ciudadano Perignon, Ministro plenipotenciario entonces de la República en la corte de España.

Estipulábase en aquel tratado de alianza, ofensiva y defensiva, el socorro mutuo entre España y Francia, en caso de ataque ó amenaza, de una escuadra y un ejército; aquélla, compuesta de 5 navíos de 80 ó 70 cañones, 6 fragatas y 4 corbetas, y éste, de 18.000 infantes, 6.000 caballos y la artillería correspondiente. Los barcos deberían estar armados y equipados, provistos de víveres para seis meses y de aparejos para un año, reuniéndose en el puerto que indicara la potencia demandante; y el ejército no podría ser empleado más que en Europa ó en las posesiones del golfo de Méjico. Aquellos socorros se podrían solicitar de una vez ó por mitades para su destino dentro del término de tres meses, pagados, alimentados y reemplazados por la potencia requerida, empleándolos la demandante donde y como juzgase, sin necesidad de dar cuenta de los motivos que provocaran la demanda, aun cuando con una excepción, sin embargo, la de que no tendrían lugar entonces sino contra la Inglaterra. Á esas estipulaciones se unían la de auxiliarse ambas potencias con más fuerzas en caso necesario; la de no hacer la paz sino de común acuerdo á no ser en el caso de ser una de ellas parte principal en la guerra y auxiliar la otra; la de determinar las respectivas fronteras al tenor del tratado de Basilea, ajustar un nuevo tratado de comercio, ventajoso á las dos, y hacer respetar la seguridad de los pabellones neutrales [1].

Dos asuntos habían retardado algo la celebración oficial de la alianza, el en que se estipulaba que no tuviera lugar más que en caso de guerra con la Gran Bretaña, con lo que se marcaba la diferencia de este convenio con el Pacto de Familia, y el de la solicitud de nuestro Gobierno para que no se hiciese público el tratado hasta cuatro meses después; en primer lugar, para ver en ese tiempo de atraer al Gabinete inglés á una concordia con Francia y después para prevenir los peligros que corrían nuestras colonias de América y Asia de verse sorprendidas por la guerra en el estado de desarme.

1 Véase en el apéndice núm. 1.º el tratado íntegro.

de abandono puede decirse, en que se hallaban. El primero se resolvió satisfactoriamente con la inserción en el tratado de su artículo 18, que á la letra dice: «Siendo la Inglaterra la única potencia de quien la España ha recibido agravios directos, la presente alianza sólo tendrá efecto contra ella en la guerra actual, y la España permanecerá neutral respecto á las demás potencias que están en guerra con la República.» En cuanto al segundo, los Franceses se negaron á toda dilación; pero entre las varias contestaciones que produjo y el ir y venir de los correos de Madrid á París y viceversa, pasó casi todo el tiempo solicitado por Godoy, que lo aprovechó enviando sus instrucciones á los virreyes y capitanes generales de Ultramar para que se apercibiesen á la defensa.

Estado de España por entonces.

Y veamos ahora cuál era el estado en que cogía á España la futura guerra, un acontecimiento de condiciones tan diversas de las con que acababa de arrostrar las iras y las fuerzas de la República francesa, á quien ahora se unía con lazos de tan estrecha amistad como en los años prósperos del reinado de Carlos III.

La Marina.

Por más que Godoy se ornara luego con el título de Almirante no debía ser muy fuerte en los asuntos referentes á la Marina; y al proponerse declarar la guerra ó hacérsela declarar por la Gran Bretaña, no contaba con el conocimiento exacto de las fuerzas navales de que á España le era dado disponer. Si en tiempo de Ensenada se podía prestar crédito á las manifestaciones de su genio organizador al poner la escuadra de nuestra nación en tal estado que se la hiciera árbitra de la suerte de las armas, según luchara del lado de la Francia ó del de Inglaterra, como decía el gran ministro á su soberano en la notable memoria que escribió, de todos conocida; pasado aquel tiempo venturoso, había desaparecido el tesoro con que se mantenía tan ingente fábrica como la naval creada entonces y, por el contrario, no era posible imaginar mayor miseria, abandono más punible ni decadencia, en fin, como la bien patente de la armada española

al terminar la guerra con la República francesa. Era, ¿á qué negarlo? más numerosa que á la muerte de Carlos III, aumentada, como había sido, al surcar los mares para hacer frente á la francesa ó bloquear sus puertos y destruir sus arsenales, siquier fuera en combinación con la de Inglaterra ó unida á ella; pero examinada, como si dijéramos, por dentro, dejaba mucho, muchísimo que desear.

Eran 76 los navíos, 51 las fragatas y hasta 184 los buques menores que poseía España, algunos, es verdad, desarmados, y necesitaban 104.000 hombres si habían de estar bien marinados y servidos; cifra enorme si se consideran la población, ocho millones, con que se contaba en Europa y las necesidades que representan el mantenimiento de tanta gente, la unidad de condiciones en ella para su mejor régimen y disciplina, su vestuario, equipo y armamento. Aquella escuadra era el resultado del pugilato que provocaran en los últimos gobiernos los alardes de fuerza hechos por Alveroni y Ensenada en los anteriores reinados sin los apuros que el actual había pasado y pasaba todavía por efecto de la guerra y, más, por el de su mala administración. Así decía nuestro inolvidable compañero Don F. Javier de Salas en su libro de la «Marina Española»: «¡Qué error tan funesto! ¡qué triste afán de sostener á todo trance un boato que necesariamente debía ser ficticio! España era pobre, y su indigencia la más terrible, porque podía compararse con la de un magnate arruinado sin el preciso valor para abdicar de su rango por un determinado período.» Y aunque pudieran atribuirse los desastres que experimentó nuestra marina de guerra, más que á ese error de aumentarla desproporcionadamente, á la necesidad que impuso de variar la organización de su personal admitiendo en él elementos heterogéneos y hasta de los que habrían de proporcionar los muelles, presidios y garitos, gentes, en fin, de lo más abyecto é ignorante de la sociedad, el estado del Erario hacía que, así, no se cuidara de mantenerla con el esplendor y en la disciplina de cuando era más redu-

cida y sin aspiraciones al rango á que se había pretendido elevarla, al de rival de las armadas francesa y británica. El mismo Ensenada, para no remontarnos á épocas más lejanas, tan previsor en cuanto se refería al material, tan minucioso en la administración y en los reglamentos por que había de servirse la tan brillante como numerosa marina que supo crear en poco tiempo, comprendió la necesidad de un cuerpo de oficiales, y eso formándolo con elementos españoles, muy escasos aún, como los de tropa que, sin embargo, calculaba no sería imposible obtener, suponiendo á nuestros compatriotas mejor predispuestos á las faenas del mar que lo creían varios de sus antecesores en el ministerio. Pero, aun de ese modo, era en concepto de que se pagase puntualmente á los embarcados, fueran españoles ó extranjeros, y se socorriera á sus familias para que creciese el número de los voluntarios, y no siguiera haciéndose uso de los medios bochornosos que hasta entonces para reclutarlos.

Pero como los presupuestos de nuestra fuerza de mar ascendían en el año á que nos venimos refiriendo, el de 1795, á una cifra próxima á la de 100.000 tripulantes, resultaba la imposibilidad de atender al sostenimiento de material tan monstruoso con el decoro debido, y hasta al de tanta gente que, como se puede calcular, llegó así á carecer de lo más indispensable para la vida. Los armamentos para lo de la bahía de Nootka, y más tarde para la ocupación y defensa de Tolón, se habían puede decirse que improvisado, y eso tenía que ser en perjuicio de la buena organización de aquellas escuadras, que si no desmerecieron entonces, al ponerse enfrente ó al lado de las inglesas, fué á fuerza de abnegación por parte de los jefes y la oficialidad; porque, al revés que los Ingleses que llenaron el cupo de sus tripulaciones requisando las de los buques mercantes, nosotros sin completar las de los nuestros de guerra, recurrimos á la leva, llenándolos, como después decía un ministro en las Cortes de Cádiz, de hombres «tan desnudos de ropa como cargados de vicios, que

son generalmente las prendas de que abundan los viciosos.»

«Sobrecargada la Nación con las atenciones del exército, añadía el Sr. Vazquez Figueroa en 1811, pero refiriéndose al tiempo de que aquí se trata, nada pudo facilitarle á la marina. de modo que no fué posible vestir á los que no tenían camisa, y la desnudez, la suciedad, el trabajo, para ellos desusado, y el pavor que infunde la mar al que á sus rigores no se acostumbra desde niño, unidos á veces á los malos alimentos hubieron de producir en ellos unas fiebres que se hicieron muy malignas, y contagiados los demás, padecieron nuestras escuadras las epidemias más horribles.» De ahí las bajas enormes que sufrían las naves de guerra, el descontento de todos, la vergüenza de los verdaderos marinos, la deserción de los más honrados, el desaliento y la desesperación en sus oficiales y generales [1].

¿Es que se podía con tales elementos arrostrar los vigorosísimos de la marina británica?

Sucedía que, como durante la guerra con Francia toda la atención del Gobierno se fijaba en el ejército para que combatiese en las fronteras, la marina, aun puesta al pie de guerra á fin de no hacer un papel desairado junto á la inglesa, carecía de lo más necesario si había de ser en todos casos útil. Ahora parece que habría de suceder lo contrario; y cualquiera que lea las Memorias de Godoy lo creerá así, según lo que en ellas se vanagloria del estado en que puso la marina de aquellos tiempos. Pero nada de eso: el ejército quedó estacionario, sin más reformas que las pueriles del peinado y la única, verdaderamente útil, de la adop-

El Ejército.

1 El general D. Domingo Pérez de Grandallana, ministro que fué de Marina y con la reputación, bien justa, de ser uno de los jefes más ilustrados y beneméritos de nuestra armada, y autor de un manuscrito que ha obtenido los elogios más calurosos de los hombres expertos en las cosas del mar, pinta en él con colores aún más sombríos la situación precaria de la marinería española al tiempo que, examinando los sistemas tácticos de las naciones de Europa, deduce nuestra inferioridad y explica luego las causas de nuestros desastres navales y entre ellos el del cabo de San Vicente, en cuya descripción le volveremos á citar como su historiador más competente.

ción de la mochila con que se sustituyó la talega ó saco que usaban nuestros infantes; así es que la reorganización de nuestras tropas sufrió un eclipse á pesar de los progresos que se observaba hacían las demás de Europa, y las obras de fortificación que la guerra pasada había indicado como indispensables para impedir otra invasión como la de 1794, quedaron en proyecto, aun estando autorizada la construcción de varias, por hombres tan eminentes como O'Farril, Morla y otros generales y jefes, no inferiores á ellos en el conocimiento de las ciencias militares [1]. Habíase ideado para la frontera de Guipúzcoa y para cerrar el paso al puerto de Pasajes, un sistema de fuertes que nos debiera ahorrar en otra ocasión las vergüenzas de Fuenterrabía y San Sebastián, y que consistía en una gran plaza poligonal junto á Oyarzun cerrando los dos caminos que desde cerca de Irún se dirigen al interior por San Sebastián y Hernani, apoyada por sus dos flancos en grandes reductos que se elevarían en los montes Jaizquibel y de Feloaga. En Navarra se proyectaba también cerrar los caminos que conducían á Pamplona, especialmente los de Valcarlos y el Baztán, más difíciles, es verdad, pero conocidos de muy antiguo como propios para una invasión francesa; y ya que el Pirineo central continuaba intransitable por fortuna, se procuraría mejorar la gran fortaleza de Figueras en Cataluña y apoyarla á retaguardia con las de Gerona y Hostalrich, rehabilitándolas también para defensas supe-

1 Es verdad que en Agosto de 1794 se había ordenado la construcción de un fuerte respetable de campaña en Pancorbo, empezándose las obras en los primeros días de Septiembre, tan amenazador era el aspecto que ofrecía la invasión francesa por la frontera de Guipúzcoa. En Noviembre y tomando vuelo la construcción del fuerte de Santa Engracia, se hicieron los presupuestos de artillería, guarnición y víveres de que habrían de dotarse cuantas obras se proyectaban para toda la línea de Frías á las Conchas de Haro; pero hecha la paz en 1795, si aun siguieron los trabajos hasta esperarse la creación de un vasto campo que cerrara completamente aquel importante desfiladero, hubieron de cesar por Octubre de 1796 atendiendo á informes de la brigada de generales que debía proponer las defensas de toda la frontera pirenaica. Pancorbo quedó olvidado y cuantos gastos se habían hecho hasta entonces, que fueron muchos y no todos pagados, resultaron infructuosos.

riores á las que entonces podía suponérseles. ¡Todo pura ilusión, fantasías de un hombre que acariciaba la idea de su engrandecimiento personal con el del país que el mal sino de España había puesto en sus manos, pero sin medios ni fortuna para realizarlo! En los Pirineos occidentales las reformas se redujeron á proseguir las obras comenzadas en Pancorbo para muy luego abandonarlas, y en los orientales, todo quedó como estaba. Los arsenales fueron los únicos que se mantenían con defensas para abrigar en ellos á nuestras escuadras, gracias á la previsión de Fernando VI y de Carlos III que se habían cuidado de preservarlos de la rapacidad de nuestros enemigos eternos en el mar.

En esa situación y dudosas las causas de enojo patriótico que pudiera tener el Gobierno español hacia la nación inglesa iba á declararse una guerra de la que no sería de extrañar sino, por el contrario, lo más probable que saldríamos, como nunca de mal parados y en ruina. ¿Era, acaso, que cabían esperanzas de triunfo en los que Francia alcanzaba ya por aquellos días en Italia y el Rhin?

Campañas de Buonaparte en Italia.

El general Buonaparte comenzaba, con efecto aquella marcha triunfal que había de conducirle al supremo poder, al dominio obsoluto de la Francia y al avasallamiento de la Europa central, haciéndole soñar con un nuevo Imperio de Occidente, tan glorioso ó más que el de Carlomagno [1]. Destinado por el Directorio, que tanto le debía, al mando del ejército de los Alpes, fué en un principio mal recibido por los que iban á ser sus subordinados, Masséna, Laharpe, Serrurier, Augereau, Berthier y otros generales que se habían ilustrado en aquella guerra, al verle, como dice un historiador, *petit, maigre et de chetive apparence:* pero luego se supo imponer á ellos, no necesitando, para con-

1 Habremos de llamarle Buonaparte, que era su verdadero apellido, hasta Marzo de 1796 en que comenzó á firmarse Bonaparte, para, una vez elevado á la dignidad imperial en 1804, hacerlo con su nombre de pila, Napoleón. Todo documento referente á él que no lleve esos signos ó firmas es apócrifo, y ahí está la magna obra de su correspondencia para demostrarlo.

seguirlo por el pronto, más que la revelación de su plan de campaña [1]. Su primera orden general electrizó á la tropa que apenas si había pasado un mes cuando, valiéndose de esas peregrinas frases de que nadie sabe hacer mejor uso que el soldado francés, lo elevó al rango de su *Petit caporal*.

No era, en verdad, la cosa para menos; porque el 11 y 12 de Abril de 1796, en vez de seguir el camino de la costa, donde le esperaban los Austro-sardos de Beaulieu, cruzó la cordillera por Montenotte, y el 13 y 14 batía á los piamonteses en Millesimo y el 14 y 15 á los Austriacos en Dego, separando á los dos ejércitos enemigos, con lo que se hizo dueño, por un lado, del camino de Turín y, por el otro, del de Milán. «Aníbal, les dijo á sus soldados, salvó los Alpes cruzándolos, nosotros los hemos envuelto.» No tardaría más de un mes, después de derrotar al ejército sardo en Mondovi y de imponer á su soberano el armisticio de Cherasco y luego una paz que daba á Francia la Saboya con los condados de Niza y Tenda y la abría las puertas de las fortalezas de Coni, Tortona y Alejandría, en dirigir á sus conmilitones aquella arenga, tan celebrada que ha merecido grabarse en los bronces dedicados á la memoria de la campaña y, más aún, á la de su general en las medallas y monumentos que le fueron después dedicados: «Soldados, les decía, habéis ganado en quince días seis batallas, tomado veintiuna banderas, cincuenta y cinco piezas de artillería, varias plazas fuertes y conquistado la parte más rica del Piamonte; habéis hecho 15.000 prisioneros y muerto ó herido á más de 10.000 enemigos. Hasta ahora os habéis batido por rocas estériles, ilustradas por vuestro valor pero inútiles á la patria: hoy os igualáis por vuestros servicios con el ejército de Holanda y del Rhin. Desnudos de todo, á todo habéis suplido. Habéis ganado batallas sin artillería, pasado ríos sin puentes, hecho

1 Cuentan que Masséna dijo á Augereau al salir del primer consejo de guerra que celebró Napoleón con los generales de aquel ejército: «Ya tenemos maestro (Nous avons trouvé notre maître).

marchas forzadas sin calzado y acampado sin aguardiente y muchas veces sin pan. Las falanges republicanas, los soldados de la libertad eran los únicos capaces de sufrir lo que habéis sufrido. Gracias os sean dadas.»

Esa, aunque mutilada, es la primera arenga del que nuestros compatriotas habrían de llamar el *segundo azote de Dios*, después de admirarle como ningún otro pueblo y esperar de él una regeneración que mal podía obtener el español en su seno mismo, tales llegaron á ser su desgracia y desaliento.

Napoleón había, como César, llegado, visto y vencido, y, como el dictador romano, no cesaría en su tarea de completar la victoria llevándola en sus banderas hasta, humillado el enemigo, imponerle la paz. Porque, ya se lo decía también, aquellos soldados tenían mucho que hacer aún; y Napoleón los lanzó sobre Beaulieu que se retiraba lleno de espanto por tan rápidos triunfos como le veía alcanzar de los Piamonteses. Atrincherado en una gran posición cubierta de artillería con que trata, al mismo tiempo, de impedir á los Franceses el paso del puente de Lodi, el general austriaco se detiene, por fin, para en ella contener á su formidable adversario. Éste dirige al puente una fuerte columna á cuya cabeza marcha aquel Masséna á quien la historia había de dar á conocer con el sobrenombre glorioso de *Hijo mimado de la victoria*, que ataca el obstáculo á la carrera y lo ocupa, mientras una nube de jinetes, vadeando el Adda, envuelven la posición enemiga y ponen á sus defensores en la más atropellada fuga. Ya se han abierto al afortunado vencedor las puertas de Milán, que le recibe el 15 de Mayo con un alborozo que luego desmentirá un motín fraguado al abrigo del castillo, en poder todavía de los Austriacos. Pero castigado por Buonaparte lo mismo que el de Pavía, más formal aún y obstinado, avanzan los Franceses al Oglio sin consentir la división del ejército aconsejada por Carnot, tan desgraciado en aquella ocasión como en la de su primitivo plan de aquella guerra, y del

Oglio al Adige, apoderándose de Peschiera y de Verona para aguardar en aquella excelente línea la vuelta que se le había anunciado de los Austriacos, acogidos á su abrigo favorito del Tirol. Esto sucedía en Junio, mientras se celebraban armisticios y paces con Roma y Nápoles, con Parma y Módena; temerosos sus soberanos de la suerte de Turín y Milán, y cuando Napoleón trabajaba por la administración de los países conquistados y el vestuario y equipo de sus hasta entonces hambrientos y desnudos soldados.

Formidable era el ejército que le iba á oponer el Imperio, por lo numeroso, pues contaba con 60.000 hombres de todas armas, y por mandarlo Wurmser, que era tenido por el mejor de sus generales. Pero sea para mejor alimentarlo, sea por creer que convenía mejor á su plan de campaña, Wurmser comete el error, que la ciencia ha condenado siempre, de dividir el ejército, enviando á Quasdanovich con una parte por el lado del lago de Garda, en tanto que él, con la otra, va á caer sobre el Adige, donde en último caso podrá reunirse con su teniente. Esas concentraciones al frente y cerca del enemigo han dado siempre el mismo y fatal resultado de una derrota; y, con efecto, Quasdanovich es vencido en Lonato el 3 de Agosto perdiendo cerca de 4.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y Wurmser lo era el 5 en Castiglione á pesar de la inmensa superioridad de sus fuerzas. Trata el viejo mariscal de rehacerse, reforzado con nuevas tropas; pero Napoleón, que el 4 de Septiembre bate en Roveredo á los que guardan las entradas del Tirol, desciende por el Brenta á Bassano, y vence el 8 de aquel mes á Wurmser y el 15 en San Giorgio, obligándole á meterse con las tropas que le restan en Mantua, donde no tardará á entregarse á su rival vencedor.

No eran tan favorables á los Franceses sus operaciones en Alemania. El error cometido por Carnot al dirigir los ejércitos de la República por los valles del Mein y el Necker para unirse en el del Danubio, tenía que dar el mismo resultado

que el de la maniobra de Wurmser en el Brenta. El mariscal austriaco tenía á su frente al general Buonaparte que supo tan rudamente escarmentarle, y Jourdán y Moreau se encontraron con el archiduque Carlos que, cuando se retiraba delante de Moreau, tuvo la inspiración de dirigirse al Mein y, reuniéndose con Wartensleben, que también retrocedía, acometió á Jourdán que se vió obligado á acogerse á Wurtzburg y después al Lahn, no sin perder en la retirada á Marceau, el vencedor de los vendeanos en el Mans, una de las esperanzas más legítimas y fundadas de la Francia. Con eso apenas si pudo Moreau, al saberlo, emprender la retirada con tranquilidad relativa; teniendo que atravesar la Selva Negra, siempre acosado por el Archiduque que no cesó de seguirle hasta la Alsacia, donde el 28 de Octubre lograba el general francés entrar en buen orden después de 23 días de continuo combatir, unas veces con próspera y otras con adversa fortuna.

Como puede calcularse por las fechas acabadas de estampar, no se habían recibido en Madrid sino las buenas noticias de Italia al celebrarse el tratado de alianza entre España y la República francesa, y esas, como se ha visto, eran para enloquecer á nuestro gran ministro, haciéndole soñar con la inmediata humillación del Austria que arrastraría en su desgracia, muy pronto también, á la Inglaterra, dejándola sola en la contienda. Es verdad que cuando pudo conocer el fracaso del plan de Carnot en Alemania, le llegaban noticias tan lisonjeras ó más que las anteriores de Italia, donde Napoleón, puesto en el mayor apuro por la derrota de sus colegas y la presencia de fuerzas inmensamente superiores en número á las de su mando, había con una hábil maniobra envuelto la posición de Caldiero que no había podido tomar de frente. Aun así, le era necesario combatir en campo muy desigual; y lo hizo durante tres días, los del 15 al 17 de Noviembre, en los que tuvo lugar aquel episodio legendario del puente de Arcole, en que hubiera perecido sin el auxilio poderoso de

los granaderos á quienes había guiado con la bandera de la Francia en sus manos [1].

Ventajas de la alianza para los Franceses.

En ese balance de victorias y reveses de la Francia, podía, sin embargo, observarse que sola ya en el continente el Austria y abandonada de las grandes potencias que habían constituído la coalición contra la República, sería ella, á pesar de la pertinacia militar que tan honrosamente la caracteriza, la que habría de pagar las defecciones, algunas bochornosas, de las demás y su propia generosidad. Y así lo comprendió Godoy sin pensar que no en Italia, ni en Alemania tampoco, irían á decidirse los destinos de la nación española en la lucha á que se comprometía con el tratado de alianza, siendo la contienda de tan distinta índole como diverso el teatro en que debía decidirse. Esa alianza, pues, entrañaba males que sólo la ceguera política de que adolecía el presuntuoso favorito y la humildad vergonzosa de los que, por ambición ó miedo, se amoldaban á sus voluntades, podían no descubrir, lo mismo en la sustancia del tratado que en los manejos que se habían puesto en juego para celebrarlo por las dos partes contratantes.

La Francia republicana era, á no dudarlo, la gananciosa en tal convenio. Por el tratado de Basilea se encontraba con una de sus fronteras, la en que más reveses había experimentado al principiar la guerra, no sólo abierta y libre de enemigos, sino ocupada por un pueblo amigo, comprometido á prestarle auxilios considerables de todo género. Ese pueblo tenía además grandes escuadras con las que, si Francia, uniéndolas á las suyas, no lograse vencer á las más numerosas y maniobreras de la Gran Bretaña, podría, sin embargo, hacerse árbitra del Mediterráneo, su aspiración secular y más halagüeña. El aislamiento, por otra parte, en que llegaría á

1 «Los habitantes de Verona, dice una historia de aquel tiempo, no lograban salir de su asombro al ver cómo volvía en triunfo aquel puñado de franceses que habían partido como fugitivos de la ciudad. El Directorio dispuso que las banderas que llevaban Augereau y Bonaparte en Arcole les fueran entregadas para que sus familias pudieran conservarlas.»

verse la tan odiada Albión, si por la fuerza de las armas ó el cansancio de lucha ya tan dilatada se llegaba á separarla del Austria, obligaría á entrar en tratos con el Directorio á los políticos ingleses, entre los que habían estallado divisiones profundas en los Consejos y el Parlamento. Y si llegaban á obtenerse tales resultados en más ó menos corto plazo, ¿qué triunfo podría igualar al de la República? Sola en la lucha había salido vencedora defendiendo el suelo patrio y las instituciones que se diera, aun siendo tan radicalmente opuestas á las antiguas suyas y á las de tantas naciones como se habían coaligado contra ella; en paz con varias de esas potencias, y hasta aliada con la que podría prestarle lo que más falta le hacía, barcos y soldados, ¿qué no debería esperar para asegurarse el reconocimiento de todas y, así, un predominio absoluto en Europa? La alianza de España era, pues, en sentir de los republicanos franceses más intransigentes, y lo manifestaron repetidamente en sus Asambleas, la adquisición de un amigo útil, el único, según ya hemos dicho, que les pudiera poner en situación de luchar con Inglaterra; y, por eso, no ocultaban sus deseos de obtenerla, por más que entre los delegados de su gobierno los hubiera que no renunciarían á sus instintos, ya costumbres, de violencias contra los mismos parientes de su nuevo aliado si los encontraban en su camino ó creían poderles servir de estorbo en sus ambiciones.

Su ingratitud para con España.

Ahí está la conducta del general Buonaparte en Italia para darnos la medida de lo que serviría á España la alianza con los republicanos del otro lado de los Pirineos.

Ya hemos recordado el armisticio de Cherasco, convertido muy luego en convenio después de las victorias de Napoleón en Millesimo y Dego. El rey Víctor Amadeo, temiendo el despojo que iba á hacérsele de una buena parte de sus estados, se acordó de que era tío del monarca español, amigo ya de la Francia, y solicitó su mediación con tanto mayor fundamento de éxito cuanto que se hallaba consignada en el trata-

do de Basilea para con todos los soberanos allegados de Carlos IV. Pues bien, Napoleón se río de la que pretendía interponer D. Ignacio López de Ulloa, ministro plenipotenciario del rey católico en Turín, al celebrarse las conferencias para la paz, negándose á sus pretensiones y hasta poniendo de manifiesto lo corto de los talentos, de la instrucción y hasta de la seriedad del diplomático español. Otro tanto sucedió al duque de Parma, pariente próximo de D. Carlos. Buonaparte le impuso exorbitantes contribuciones de dinero, caballos, víveres y cuadros, los mejores, éstos, de sus museos y palacios, y eso estando en paz con la Francia, y *teniendo presente* su célebre general, *la mediación del enviado de España.*

No se hable de Toscana, á cuyo Gran Duque, el primero, que había sido, en reconocer la República Francesa y que tenía su representante oficial cerca del Directorio, ocupó Napoleón su puerto de Liorna y los fuertes que lo defendían é impuso también muy fuertes contribuciones; todo para tan sólo causar esas que él consideraba pérdidas de Inglaterra en aquel país. El Gran Duque apeló al Directorio, apoyándose en la mediación del ministro español, marqués del Campo; pero el Gobierno francés debía grandes consideraciones al general en jefe del ejército de Italia y aprobó su conducta.

Las victorias de los Franceses y los atropellos que cometían sus generales alarmaron naturalmente á todos los gobiernos de la península italiana, y no habían de ser de los que menos temieran los de Nápoles y Roma. Viendo que ni la neutralidad de Parma y Módena ni el carácter amistoso de las relaciones de Toscana con la República las salvaba de los atropellos de Buonaparte, creyeron deber apelar á las armas para mantenerse incólumes en la general conflagración que amenazaba á Italia. Nápoles formó un ejército de cerca de 40.000 hombres que fué á situarse en sus fronteras continentales, y Roma se preparó también á la lucha y hasta pensó en utilizar un cuerpo de tropas que tenían en Córcega los Ingleses que se le ofrecieron para combatir á los republicanos en la

margen derecha del Po; pero una demostración, hecha por parte de las tropas de Napoleón sobre las Legaciones de Ferrara y Bolonia, bastó para que, amedrentados el rey de Nápoles y el Papa, le enviasen sus embajadores á fin de aplacar sus iras y convenir con él en armisticios ó paces que les pudieran ofrecer alguna seguridad para sus respectivos estados. El enviado del soberano de las Dos Sicilias fué el Príncipe de Belmonte, un caballero cumplido y hábil diplomático que supo captarse las voluntades y aprecio de Napoleón, y el de Pío VI, lo fué nuestro ministro en Roma D. José Nicolás de Azara, hombre de una gran aptitud para los asuntos de Estado y de muchas otras excelentes condiciones de carácter é instrucción que le valieron el favor de Su Santidad y el aprecio general de los romanos que, más que español, le consideraban conciudadano suyo. Belmonte iba autorizado para contratar un armisticio que, en efecto, se celebraba en Junio de 1796; y Azara, para ofrecer al ejército francés una contribución que Napoleón preguntaba al Directorio si podría ser de 25 millones en metálico y 5 en suministros. No satisfizo esto: sólo la suspensión de hostilidades concertada en Bolonia por Napoleón con Azara costó á los Estados Pontificios la clausura de sus puertos para los enemigos de la Francia, la continuación de las Legaciones de Bolonia y Ferrara en poder de las fuerzas republicanas que ya las ocupaban, la entrega á ellas de la plaza de Ancona con todo el material de guerra que contenía, y la de cien cuadros, bustos ó estatuas entre las que se comprendían la de Junio Bruto, de bronce, y la de Marco Bruto, de mármol, que se conservaban en el Capitolio, representación, sin duda de la entereza y virilidad republicanas. También daría el Papa 50 manuscritos de los del Vaticano, á elección de los comisionados que se encargasen de tan precioso botín, y pagaría 21 millones de libras, 15 en dinero ó barras de oro ó plata y 5 en frutos, mercancías ó ganado.

Estos eran los resultados tangibles de la mediación de

nuestro soberano en favor de sus aliados y parientes, tan preconizada al celebrarse la paz de Basilea [1]. «Y tales circunstancias, decimos, ¿eran para acordar una alianza que, además, imponía condiciones tan onerosas para España y que sólo bochornoso rubor debía causar en los que así veían ultrajados la dignidad nacional, el sentimiento monárquico y los fueros de la conciencia clamando por la conservación de su fe religiosa, libre de todo contagio y atropello?»

1 Es tan curiosa la relación de las negociaciones establadas en el cuartel general de Napoleón por Azara y en París por el marqués del Campo en favor del Papa, que, aun no perteneciendo propiamente á la historia de España, vamos á trasladar á este libro parte de ella según aparece en a curiosa correspondencia de aquellos dos ilustres diplomáticos. Véase en el apéndice núm. 2.

CAPÍTULO II

LA GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA

El Manifiesto contra Inglaterra. Misión de Malmesbury en París.—Negociaciones de Francia con Austria.—Proyecto de invasión en Irlanda.—Rívoli y la Favorita.—Tratado de Tolentino.—Otra intriga contra Godoy.—Operaciones marítimas.—Combate del cabo de San Vicente.—Ataque á nuestras posesiones de Ultramar.—Á Cádiz y las Canarias.—Invasión del Austria por Bonaparte.—Armisticio de Leoben.—Misión del marqués del Campo y de Cabarrús.—Conferencias de Lille.—El 18 Fructidor.—Tratado de Campo-Formio.

El tratado de alianza, celebrado el 18 de Agosto de 1796 con la República francesa, llevaba á España á una nueva guerra en condiciones, según ya hemos expuesto en el capítulo anterior, muy otras de las en que se había combatido durante tres años en la recientemente acabada con el de Basilea. Si no lo parecían al inexperto y obcecado ministro que tan desacertadamente manejaba el timón de la nave española entre los mil escollos que le oponían la revolución francesa, de un lado, y las ambiciones por otro, nunca satisfechas, de nuestra también enemiga secular, la Inglaterra, era que entre vacilaciones é inconsecuencias, fruto de su falta de talentos políticos, vivía y gobernaba al

día, esto es, según las impresiones del momento, siempre temerosas para los hombres no acostumbrados al tráfago de los negocios en circunstancias tan críticas. Porque para todo estadista medianamente acordado, la alianza francesa traía aparejada la guerra con que no los habían querido tomar parte en las negociaciones tanto tiempo abiertas en Basilea.

Así es que á nadie sorprendió el *Manifiesto contra la Inglaterra*, síntesis, asaz lacónica pero perfectamente expresiva, de la Cédula de 7 de Octubre de 1796, en que se incluyó para conocimiento del Consejo el Real decreto de 5 anterior, que á la letra dice así: [1] «Uno de los principales motivos que me determinaron á concluir la paz con la República francesa luego que su Gobierno empezó á tomar una forma regular y sólida, fué la conducta que la Inglaterra había observado conmigo durante todo el tiempo de la guerra, y la justa desconfianza que debía inspirarme para lo sucesivo la experiencia de su mala fe. Ésta se manifestó desde el momento más crítico de la primera campaña en el modo con que el almirante Hood trató á mi escuadra en Tolón, donde sólo atendió á destruir cuanto no podía llevar consigo; y en la ocupación que hizo poco después de la Córcega, cuya expedición ocultó el mismo almirante con la mayor reserva á D. Juan de Lángara cuando estuvieron juntos en Tolón. La demostró luego el Ministerio inglés con su silencio en todas las negociaciones con otras potencias, especialmente en el tratado que firmó en 24 de Noviembre de 1794 con los Estados Unidos de América, sin respeto ó consideración alguna á mis derechos, que le eran bien conocidos. La noté también en su repugnancia á adoptar los planes é ideas que podían acelerar el fin de la guerra, y en la respuesta vaga que dió milord Grenville á mi embajador, marqués del Campo, cuando le pidió socorros para continuarla. Acabó de confirmarme en el

1 Lo publicamos íntegro porque nada parece mejor para explicar los motivos en que se fundó aquella desacertada resolución de la guerra, y nos evita las consideraciones á que su extracto nos provocaría.

mismo concepto la injusticia con que se apropió el rico cargamento de la represa del navío *El Santiago*, ó *Aquiles*, que debía haber restituído, según lo convenido entre mi primer secretario de Estado y del Despacho, Príncipe de la Paz, y el lord Saint-Helens, embajador de S. M. británica; y la detención de los efectos navales que venían para los departamentos de mi marina á bordo de buques holandeses, difiriendo siempre su remesa con nuevos pretextos y dificultades. Y finalmente no me dejaron duda de la mala fe con que procedía la Inglaterra las frecuentes y fingidas arribadas de buques ingleses á las costas del Perú y Chile para hacer el contrabando y reconocer aquellos terrenos bajo la apariencia de la pesca de la ballena, cuyo privilegio alegaban por el convenio de Nootka. Tales fueron los procederes del Ministerio inglés para acreditar la amistad, buena correspondencia é íntima confianza que había ofrecido á la España en todas las operaciones de la guerra, por el convenio de 25 de Mayo de 1793. Después de ajustada la paz con la República francesa, no sólo he tenido los más fundados motivos para suponer á la Inglaterra intenciones de atacar mis posesiones de América, sino que he recibido agravios directos que me han confirmado la resolución formada por aquel Ministerio de obligarme á adoptar un partido contrario al bien de la humanidad, destrozada con la sangrienta guerra que aniquila la Europa, y opuesto á los sinceros deseos que le he manifestado en repetidas ocasiones de que terminase sus estragos por medio de la paz, ofreciéndole mis oficios para acelerar su conclusión. Con efecto, ha patentizado la Inglaterra sus miras en las grandes expediciones y armamentos enviados á las Antillas, destinados en parte contra Santo Domingo, á fin de impedir su entrega á la Francia, como demuestran las proclamaciones de los generales ingleses en aquella isla: en los establecimientos de sus compañías de comercio, formados en la América septentrional á la orilla del río Misuri, con ánimo de penetrar por aquellas regiones hasta el mar del Sur. Y

últimamente en la conquista que acaba de hacer en el continente de la América meridional de la colonia y río Demerari, perteneciente á los Holandeses, cuya ventajosa situación les proporciona la ocupación de otros importantes puntos. Pero son aún más hostiles y claras las que ha manifestado en los repetidos insultos á mi bandera, y en las violencias cometidas en el Mediterráneo por sus fragatas de guerra, extrayendo de varios buques españoles los reclutas de mis ejércitos que venían de Génova y Barcelona; en las piraterías y vejaciones con que los corsarios corsos y anglo-corsos, protegidos por el Gobierno inglés de la isla, destruyen el comercio español en el Mediterráneo hasta dentro de las ensenadas de la costa de Cataluña, y en las detenciones de varios buques españoles cargados de propiedades españolas, conducidos á los puertos de Inglaterra, bajo los más frívolos pretextos, con especialidad en el embargo del rico cargamento de la fragata española *La Minerva*, ejecutado con ultraje del pabellón español, y detenido aún á pesar de haberse presentado en tribunal competente los documentos auténticos que demuestran ser dicho cargamento propiedad española. No ha sido menos grave el atentado hecho al carácter de mi embajador, D. Simón de las Casas, por uno de los tribunales de Londres, que decretó su arresto, fundado en la demanda de una cantidad muy corta que reclamaba un patrón de barco. Y por último han llegado á ser intolerables las violaciones enormes del territorio español en las costas de Alicante y Galicia por los bergantines de la marina real inglesa *El Camaleón* y *El Kingeroo*; y aún más escandalosa é insolente la ocurrida en la isla de la Trinidad de Barlovento, donde el capitán de la fragata de guerra *Alarma*, D. Jorge Vaughan, desembarcó con bandera desplegada y tambor batiente á la cabeza de toda su tripulación armada para atacar á los Franceses y vengarse de la injuria que decía haber sufrido, turbando con un proceder tan ofensivo de mi soberanía la tranquilidad de los habitantes de aquella isla. Con tan reiterados é inauditos in-

sultos ha repetido al mundo aquella nación ambiciosa los ejemplos de que no reconoce más ley que la del engrandecimiento de su comercio por medio de un despotismo universal en la mar, ha apurado los límites de mi moderación y sufrimiento, y me obliga, para sostener el decoro de mi corona y atender á la protección que debo á mis vasallos, á declarar la guerra al rey de Inglaterra, á sus reinos y súbditos, y á mandar que se comuniquen á todas las partes de mis dominios las providencias y órdenes que correspondan y conduzcan á la defensa de ellos, y de mis amados vasallos, y á la ofensa del enemigo. Tendráse entendido en el Consejo para su cumplimiento en la parte que le toca.—En San Lorenzo á 5 de Octubre de 1796.—Al obispo gobernador del Consejo.»

Seguía como siempre la publicación del decreto en el Consejo, lo cual tuvo lugar el 6, acordando su cumplimiento y la expedición de la Cédula correspondiente de S. M.

Una cosa se había previsto al dar al público aquel *Manifiesto*, muestra elocuentísima de la inepcia de nuestro Gobierno, la fecha en que convendría hacerlo conocer á todos los de Europa y principalmente al de la Gran Bretaña, contra quien iba dirigido. Sea que el Directorio comprendiera la razón con que se pedía el plazo de cuatro meses para, antes de hacer público el Manifiesto, avisar á todas las autoridades de Ultramar á fin de que no las sorprendiese la guerra, no fueran á sufrir las provincias de su mando alguna agresión de las que acostumbraban los Ingleses á cometer en casos semejantes; sea que los retardos que sufrió la negociación se hicieron tan considerables como para todo eso, lo cierto es que el Gobierno español tuvo tiempo para dar ese aviso, tan oportuno y eficaz como podía desearse. Así, la declaración de guerra contra el Reino Unido llegó á todas partes sin que se hubiera tenido que lamentar ningún ataque de los con que casi siempre anunciaban las naves inglesas la ruptura de sus relaciones pacíficas con alguna nación.

Misión de Malmesbury en París.

¿Era que ignorasen aquellos isleños la resolución de Carlos IV, ó que, preocupado su gran ministro Mr. Pitt con el mal aspecto que presentaba la guerra después del desmembramiento de la coalición abandonada por Prusia y España, quisiera no irritar la opinión que tanto parecía inclinarse en su país hacia la paz? Esa opinión se hacía más y más exigente según iba el pueblo inglés observando que la guerra se alargaba hasta no poderse calcular su término, cuando en sus comienzos parecía imposible que la Francia resistiera por tanto tiempo á las principales potencias de Europa y, lo que es más, unidas para una acción común y simultánea contra ella en todas sus fronteras. Para satisfacerla, pues, ó, por lo que se vió luego, para simular que se la quería satisfacer y, de no conseguirlo, fingir también que no era por falta de buena voluntad del Gobieno, éste comisionó á lord Malmesbury para que ofreciese al Directorio bases donde apareciera bastante fundada una negociación dirigida al establecimiento de la paz general y, cuando menos, á la de Inglaterra con la República. Esas bases, con todo, no resistían á la prueba de su solidez si se examinaban atentamente á la luz de los intereses de Francia y Austria, las dos naciones que más los tenían comprometidos en aquella contienda. Lo primero que exigía el Gobierno inglés era que la República abandonase los Países Bajos austriacos, recientemente incorporados á la Francia, en primer lugar, por la conquista y además constitucionalmente; lo cual era exigir la humillación del Directorio y provocarle un conflicto, puesto que tendría, para acceder á las pretensiones de Pitt, que reunir las asambleas primarias, que nunca se someterían á revocar la que ya era una ley fundamental, la anexión de territorio tan codiciado siempre por los Franceses. Bien se dejaba conocer que si el Directorio se avenía á continuar la negociación, una vez planteada en tales términos por Malmesbury, no era porque esperase resultado alguno de ella; y que sólo por descubrir las intenciones que pudiera ocultar aquel diplomático,

eco, según es de suponer, de su Gobierno, consentiría el francés en escucharle y aun discutir con él. Malmesbury se empeñaba en convencer al ministro Delacroix, que era el negociador por parte del Directorio, de que sus proposiciones de devolución mutua de conquistas durante la guerra eran justas y proporcionadas; que el Gobierno francés podía sin inconvenientes infringir la Constitución que le impedía desprenderse de los Países Bajos, fundado en un derecho público europeo anterior y, de consiguiente, más respetable; que Inglaterra estaba comprometida con el Emperador á no dejar las armas sin la restitución de cuantos dominios hubiera podido perder y, que, sabiéndose esto en Francia, nunca se debieron poner trabas en sus leyes para una pacificación futura, remota ó próxima. «Apiiqué esta máxima, decía el diplomático inglés en la relación que dirigió á su ministro sobre aquellas conferencias, á las islas de las Indias occidentales y á los establecimientos de las Indias orientales, y le pregunté *si se imaginaba que nosotros renunciaríamos á nuestros derechos de posesión porque se les antojase considerarles aún como partes integrantes de la República que debiesen ser restituídos sin que su valor pudiera servir de compensación en la balanza.* Puse también el caso de que la Francia, en vez de haber hecho adquisiciones por la guerra, hubiese perdido una parte de lo que ella llama la *integridad de sus dominios*, y pregunté si, habiendo llegado á tener otros mayores quebrantos el Gobierno francés actual, no se creería con poderes suficientes para sacar á su país de un riesgo inminente haciendo la paz, sacrificando una parte de sus provincias por salvar todas las demás.»

Estos razonamientos, convincentes en otra diferente situación respecto á las obligaciones del Directorio para con el pueblo francés por aquella ley clásica de su salvación, no podían tenerse por válidos cuando las ventajas estaban todas del lado de la República, cuyo primer interés radicaba en Europa, donde nunca como entonces sonreía la fortuna á sus armas. Así es que, no atendiéndolos Delacroix, deslizó en los oídos

de su contrincante la idea de compensar al Emperador de la pérdida de los Países Bajos con la secularización de tres de los electorados eclesiásticos del Rhin y de varios obispados de Alemania é Italia, á cuyo frente se podrían poner personas tan afectas á Austria como el Stathouder y los duques de Brunswich y Wurtemberg, proposición á que Malmesbury se opuso, por atentatoria, decía, á la constitución germánica, de que aquellos estados formaban parte esencial.

Para este tiempo habían llegado á nuestro embajador en París pliegos en que el Príncipe de la Paz, sabedor de lo que se trataba entre el Gobierno francés y el de la Gran Bretaña, le enviaba instrucciones para que hiciese presente á Delacroix su deseo de que, al tratarse la paz, si tal caso llegaba, no se olvidaran los intereses de España, aliada tan sincera como decidida de la República. Eran tan recientes la reconciliación de España con Francia y el tratado de su alianza, que el ministro francés creyó deber atender aquella reclamación del Gobierno español, y contestó al marqués del Campo que no quedarían olvidados los intereses de nuestra nación y que, de todos modos, le tendría al tanto del curso de las negociaciones con Malmesbury, por más que no esperase resultado alguno de ellas. Hay que observar cuán corto sería el interés que hubiera de tomarse la Francia por un aliado que la convenía tener de su parte, sí, pero en el caso principalmente de contender con una potencia marítima, por lo numeroso todavía y respetable de sus escuadras; interés no atendible desde que aquellas negociaciones llegaran á término feliz. Creyendo, sin embargo, Delacroix que por parte de Malmesbury no se opondrían obstáculos á las observaciones del ministerio español en la discusión entablada entre la Inglaterra y la Francia, no quedaron olvidadas aunque hubieran de redundar en provecho, y ahora se verá cuán manifiesto, de la Gran Bretaña.

Hay también que ver, por lo referente á España en aquella ocasión, la facilidad de moverla á entrar en el concierto

propuesto por la Inglaterra, no teniendo que pedir compensación alguna, ya que, al perder la isla Española, había sido con la Francia y tan á disgusto del Gobierno de la Gran Bretaña, que éste amenazaba con oponerse eficazmente á tal cesión. Pero, aun así, Malmesbury logró que Francia abandonase á su nueva aliada, proponiendo la retrocesión á España de Santo Domingo, mediante cesiones considerables á las dos potencias contratantes ó, en el caso de quedar aquella isla en poder de los Franceses, entregando á Inglaterra la Martinica, ó Santa Lucía y Tobago, lo que bastó para que en el resto de las conferencias no se volviera á hablar de España. No menores dificultades se opusieron á la protección que Francia pretendía prestar á Holanda; y, añadiendo á lo expuesto la gravísima de que á cada proposición necesitaba ó fingía necesitar Malmesbury consultarla con su Gobierno, lo cual producía pérdidas de tiempo que se iban haciendo sospechosas al Directorio, Delacroix notificó al Lord el 19 de Diciembre la orden de salir inmediatamente del territorio de la República. Así acabó aquel conato de paz que, más que sincero, se consideró dirigido por Pitt para, ganando tiempo, prepararse mejor á la nueva lucha á que se la provocaba.

Negociaciones de Francia con Austria.

Mientras Inglatera se proponía paralizar por algún tiempo la acción de sus enemigos con las negociaciones encomendadas á lord Malmesbury, el Directorio que, repetimos, ni las creyó serias ni mucho menos leales, las emprendió directamente con Austria por medio del general Clarke, que debía trasladarse á Viena por Italia para poder, así, conferenciar previamente con Bonaparte y hacerle conocer los proyectos de que era portador. Si las conferencias de París encerraban un lazo en que al fin no cayó el Gobierno francés, las que iban á proponerse en Viena tampoco eran de naturaleza para engañar al austriaco, ligado á la Inglaterra con los más apretados lazos del interés de ambas naciones y de la amistad particular de sus sobera-

nos. Los descalabros sufridos por Jourdán y Moreau en Alemania inducían al Directorio á un armisticio, á cuyo favor pudiera reponerse de ellos; y el Emperador, que tan mal parados veía á sus ejércitos en Italia, no iría á rechazarlo por el momento aun cuando no fuera más que para salvar la plaza de Mantua del estrecho bloqueo con que la tenía Napoleón próxima á rendirse. No se permitió á Clarke proseguir su marcha á Viena; pero se envió al cuartel general de Alvinzi un negociador, el ministro Thugut, con poderes para establecer los precedentes de un tratado que conviniera á sus propios intereses y sin olvidar los de Inglaterra, tan generosa siempre con el Imperio.

Pero Napoleón descubrió las intenciones del Austria en el pliego que llevaba un oficial, cogido al penetrar ya en Mantua; y anhelante de proseguir las operaciones que podrían valerle la gloria que tanto ambicionaba, como pedestal de su fortuna política, hizo romper una negociación, en su concepto, muy perjudicial para la Francia [1].

Proyecto de invasión en Irlanda.

Después de la de Arcole se preparaba una campaña que había de servir de ejemplo de talento y de pericia en el arte de maniobrar al frente de un enemigo superior en fuerza, y de combatirlo como no se había visto desde los tiempos, que pudiéramos llamar clásicos, en que florecieron los más renombrados capitanes de la antigüedad. Mientras el archiduque Carlos sitiaba á Kehl y á la fortaleza que cubría el puente de Huningue para impedir á los Franceses su vuelta á la derecha del Rhin, el mariscal Alvinzi seguía en sus preparativos contra Bonaparte, espe-

1 Parece que el oficial austriaco, al verse en poder de los Franceses, se había tragado el despacho que, envuelto en un pequeño tubo de lacre, llevaba para Wurmser. Retenido el oficial en una habitación con centinelas de vista, á las veinticuatro horas apareció el despacho que era copia de otro del Emperador para que el Mariscal defendiese á Mantua lo posible y, en caso de no lograrlo, se retirase hacia el interior de Italia, hasta Toscana ó Roma, destruyendo antes todo el material de la plaza. Alvinzi le decía después que en tres semanas, por lo menos, le sería imposible emprender operación alguna en su socorro.

rando, con la ayuda de las tropas que se organizaban en los Estados pontificios, hacer levantar el bloqueo de Mantua y repeler de Italia á los ejércitos de la República hasta sus fronteras naturales. Aunque se veía á la Francia disfrutar de una tranquilidad desconocida hasta poco antes y dando á su Gobierno fuerza para arrostrar la situación, harto crítica, en que la tenían los partidos políticos en el interior y la guerra en el exterior, creían los Ingleses y los Austriacos que no estaba para resistir la acción, ya inmediata y formidable, que se habían propuesto ejercer sobre ella donde mejor pudieran herirla, en Italia y el Rhin. Y sin embargo, los Franceses, por su lado, no aviniéndose á la idea, que tanto les repugna, de la defensiva, pero manteniéndola todo lo enérgica posible contra los Austriacos, trabajaban para nada menos que invadir la Gran Bretaña por la Irlanda, su Vendee también bajo el aspecto político y aún más el religioso desde los tiempos, particularmente, de Enrique VIII. El general Hoche, celoso del papel que representaban en lucha tan dilatada sus camaradas Bonaparte, Jourdán y Moreau, pretendía un teatro donde ejercer sus aptitudes militares con tanto ó más brillo, y no hallaba otro más amplio y lucido que el en que lograra humillar á la orgullosa enemiga de siempre de su patria. El pensamiento parecía no sólo oportuno, ya que, hecha la paz con España, podía contarse con fuerzas navales muy considerables, sino que tan grandioso también, que podría con sus resultados dar ocasión á una paz general que no era de esperar por el camino ya recorrido de las batallas campales. La acción simultánea de las escuadras francesas y españolas en el canal de la Mancha y en la India, para acometer un desembarco en Irlanda y ayudar á Tippo-Saeb, el incansable enemigo de los Ingleses en las regiones del Maissour, hacía esperar á Hoche y al ministro de Marina Truguet un éxito que obligaría á los Ingleses á seguir el camino de las demás naciones que habían formado la anterior coalición.

Con tales ánimos y la aquiescencia del Directorio, el 16 de Diciembre de 1796, se daba á la vela la escuadra francesa de Brest, compuesta de 15 navíos, 20 fragatas y los transportes necesarios para un ejército de 22.000 hombres, con dirección á la bahía de Bautry, la más austral de la verde Erín, tierra tan simpática siempre para todos los católicos del mundo. La tempestad separó los buques y alejó, sobre todo, de los demás al que montaban Hoche y el almirante Morard de Galles que, al llegar á su destino, hallaron la bahía evacuada por la escuadra que, viendo ser imposible el desembarco, se volvió á Francia, azotada por los temporales y perseguida por los cruceros ingleses que lograron echar á pique el navío pomposamente llamado por los republicanos *Los Derechos del Hombre*. Adiós la magnífica combinación de las escuadras de las Antillas, de Tolón y Cádiz para, mientras la de Brest se apoderaba de Irlanda, juntarse en la isla de Francia y dirigirse á la India, humillando en Asia, como en Europa, el orgullo británico: era imposible vengar tanto ultraje en los mares y había que volver los ojos á los ejércitos de Italia y Alemania, relegados á representar un papel secundario en tales momentos. En el primero de aquellos teatros era donde la guerra podía ofrecer mayores resultados; así es que los Austriacos, aun habiéndose hecho dueños de Kehl, procuraron reforzar con parte de las tropas vencedoras en el Rhin y con otras organizadas en Viena el ejército de Alvinzi que, de ese modo, llegó á reunir más de 60.000 hombres de todas armas, sin tomar en cuenta la guarnición de Mantua que constaba de 20.000. Con eso y con haber enviado al Papa un buen número de oficiales con el general Colli á su cabeza para que pusieran el contingente pontificio en estado de habérselas con los Franceses atacándolos por la espalda, esperaba el Consejo áulico arrojarlos de Italia.

Rivoli y La Favorita.

No se descuidaba, empero, Bonaparte en sacar el fruto debido á sus anteriores operaciones y conquistas. Aunque poco

numeroso su ejército, puesto que sólo podía contar con unos 40.000 hombres disponibles para la lucha que ya veía próxima, pequeño, repetimos, para las atenciones que debía llenar al frente de un enemigo superior en fuerza y de una plaza, como Mantua, bien guarnecida, y con otro, por fin, á su retaguardia espiando el momento de acometerle con ventaja, se hallaba bien armado, vestido y equipado, no en las miserables condiciones en que principió la campaña. Y si en ellas había alcanzado triunfos tan gloriosos y hecho conquistas tan importantes, ¿qué no debía esperarse de él en estado relativamente brillante y regido por un general que contaba con tantas victorias como batallas y con el prestigio de servicios tan extraordinarios y de talentos tan excepcionales para el mando? De esos 40.000 franceses, 10.000 bloqueaban la plaza de Mantua y los demás, organizados en tres divisiones, cubrían la línea del Adige en Legnago, Verona y Rívoli, ó guarnecían las posiciones y fortalezas de Dezenzano, junto al lago de Garda, Bérgamo, Milán y alguna otra.

Pero ante un enemigo tan bien establecido, y concentrado de manera de poder acudir al mutuo auxilio de sus divisiones en cualquier momento de riesgo para una ó más de ellas, Alvinzi cometió el error de dividir su ejército, mandando 20.000 hombres con Provera al bajo Adige en busca de su comunicación con Mantua en tanto que él iría por el alto á acometer al grueso de las tropas francesas que esperaba aplastar con la masa muy superior de las suyas. Y mientras Provera avanzaba sobre Verona, donde Massena logró escarmentarle rudamente haciendo prisionera una parte de su vanguardia, y al tiempo de amenazar la posición de Legnago con fuerzas que á Augereau parecían considerables, Alvinzi bajó por el camino abierto entre el lago de Garda y el Adige para emprender el ataque de Rívoli el 12 de Enero de 1797. Joubert, que mandaba allí, supo resistir hasta la llegada de su general en jefe que, como saben cuantos han procurado estudiar aquella admirable campaña, obtuvo dos días después,

el 14, una de las victorias más esplendorosas que registran los anales de su triunfal carrera. Para colmo de su fortuna militar, el día siguiente podía acudir en auxilio de Augereau y de los sitiadores de Mantua, logrando el 16 una nueva victoria, la llamada de «La Favorita», en que Wurmser era rechazado en su salida de aquella plaza, y Provera quedaba prisionero con una gran parte de su fuerza. Así, en una jornada de tres días, subiendo al Norte del Adige, para vencer á Alvinzi, y bajando después al Sur, para derrotar á Provera, Bonaparte hacía de 20 á 23.000 prisioneros que, añadidos á los muertos en ambos combates, componían la mitad del ejército austriaco que momentos antes se consideraba bastante fuerte para recuperar sus primeras posiciones en toda la región septentrional de la península italiana.

El ejército de Alvinzi era el tercero de los austriacos vencidos por Bonaparte, que había, así, con 50.000 hombres derrotado á 200.000, haciéndoles más de 80.000 prisioneros y sobre 20.000 muertos ó heridos en doce batallas, más de sesenta refriegas y varios sitios de plazas, la última de las cuales, Mantua, se rindió á los pocos días del triunfo de La Favorita. «Cuando la guerra, dice Thiers, es sólo una rutina mecánica que consiste en rechazar y matar al enemigo que está al frente, no es muy digna de la historia; pero cuando se ve uno de esos encuentros, en que un ejército de hombres llevados por un pensamiento único y grandioso, que se desenvuelve en medio de rayos y tormentas con tanto desembarazo como el de Newton ó Descartes en el silencio del gabinete, entonces el espectáculo es tan digno del filósofo como del político y militar; y si esta abnegación de la muchedumbre á un solo individuo que lleva la fuerza á su más alto grado, sirve para proteger y defender una causa noble, la de la libertad, la escena entonces es tan moral como grandiosa [1].

1 Y sin embargo, un general de cuya ilustración no cabe dudar según las obras que ha escrito y los servicios que ha prestado á la Francia, su patria, el general Pierron, ha tenido la desgraciada ocurrencia de negar el genio á Na-

Tratado de Tolentino.

Uno de los resultados más inmediatos de aquella campaña habría de ser el que los Franceses llamaban castigo de la conducta audaz y falsa del Gobierno pontificio en ella. La situación del Papa se hizo, con efecto, sumamente comprometida, y se iría haciendo cada día más por la sumisión de todos los príncipes soberanos de Italia, temerosos de las consecuencias de triunfos tan decisivos como los últimamente conseguidos por las armas francesas, ó aspirando á aprovecharse de ellos para su propio engrandecimiento. El de Parma recibía los plácemes del vencedor por su comportamiento durante aquella contienda y por el tratado de paz que, siguiendo el ejemplo de España, había celebrado con la República; el de Toscana buscaba modo y caminos por donde no chocar con el Directorio y, particularmente, con Bonaparte, que ya le había puesto en peligro de perderse; y si Nápoles se mostraba vacilante entre el temor á la Inglaterra y el que no podía menos de sentir á la Francia en aquellos momentos, su resolución se hacía urgente, y en tal aprieto acabaría por confirmar sus recientes tratos de paz. Sólo Venecia se mostraba contraria á la invasión francesa en la alta Italia, creyéndose en sitio y estado en que, con el apoyo de los ejércitos austriacos, podría librarse de la general catástrofe. Roma, así, quedaba sin protección alguna en la península, aislada y sin posible defensa, pues que las tropas que andaba levantando, bisoñas y nunca bien acreditadas, mal podrían resistir el empuje poderoso de las aguerridas y consideradas ya como incontrastables de la Francia, si iban, sobre todo, regidas por su general favorito. Éste, que no daba paz á la mano cuando se trataba de pelear, ni descanso á su ardiente imaginación meditando el fruto que debería sacar de sus victorias, se preparó inme-

poleón en esa misma campaña, atribuyendo sus triunfos á los planes de invasión en Italia del mariscal Maillebois, publicados después de su muerte y que el grande hombre sacó del Ministerio francés al partir de París en 1796 para los Alpes y la frontera del Piamonte.

diatamente después de la ocupación de Mantua á invadir los Estados romanos, calculando antes, sin embargo, qué convendría hacer de comarcas y de instituciones, como las del Pontificado, que tanto influían en los destinos del mundo. Mucho debía preocuparle esa cuestión, que será raro el estadista que no la califique de *magna*, ya que en el estado de las opiniones en Francia sería muy difícil se resolviese como lo habían hecho los Gobiernos españoles en el siglo XVI; y entre tan varias determinaciones, así vacilaría el espíritu, á veces conservador y á veces revolucionario, del general, entonces republicano y luego autócrata, que, al consultar sus futuras operaciones con el Directorio pareció inclinarse á entregar Roma á España, consejo que, de haberse aceptado en París, Dios sólo sabe las consecuencias que habría traído para Europa y para todo el orbe católico. Ni estuvo el Directorio lejos de aceptarlo; tales ideas provocaban la reacción producida por el 9 Thermidor y los embates asaz rudos que había tenido que resistir de las facciones revolucionarias, irritadas hasta el último grado con su derrota. Porque, aun en su convicción, aparente al menos, de que el catolicismo sería siempre enemigo, *irreconciliable* decía, de la República, «primeramente por su esencia, y en segundo lugar, porque ni los que lo profesan ni sus ministros podrán perdonarle nunca el mal que ha hecho á las riquezas y al crédito de los unos y á las prevenciones y costumbres de los otros», el Directorio deslizaba en sus despachos á Napoleón una frase que está demostrando que no se atrevía, por lo menos, á rechazar esa idea. «Mas ya sea, le escribía, que Roma haya de quedar *en poder de otra potencia*, ó ya sea que establezcáis en ella un gobierno interior que haga despreciable y odioso el régimen clerical, obrad en tal manera que ni el Papa, ni el Sacro Colegio puedan esperar quedarse nunca en Roma, y que vayan á buscar asilo dondequiera, ó, cuando menos, que si se quedan no tengan en lo sucesivo ninguna autoridad temporal.»

De modo que queda, hasta oficialmente, demostrado, que no es sólo de este siglo la idea de hacer á España copartícipe de los destinos de Roma, y, aun en caso tan lastimoso, de los de la Iglesia que tiene allí su centro espiritual, inconmovible para el mayor bien de la humanidad.

Afortunadamente Napoleón distaba poco de estas ideas; y después de una marcha que mal puede llamarse campaña, de quince días en que derrotó á Colli junto á Faenza y Ancona, llegaba á Tolentino el 13 de Febrero, para el 19 concluir el tratado que lleva el nombre de aquella ciudad [1]. Con él quedó completamente pacificada la Italia; y con dejar guarnecida la ciudadela de Ancona de tropas francesas, agregando á la República cispadana, que hacía poco había creado, las legaciones de Bolonia y Ferrara así como la Romagna, y celebrando un convenio con el Piamonte é imponiendo á los venecianos, se preparó en el Adige á la invasión de los Estados austriacos, decidido á llegar hasta las puertas de Viena si el Emperador no accedía á estipulaciones que satisficiesen al Gobierno francés.

No había dejado el español de intervenir en favor del Papa, por el interés que le inspiraba como jefe de la Iglesia universal y por el que tenía el Rey en apoyar y sostener á persona á quien profesaba una sincera y especial veneración. Nada consiguió con sus gestiones en París, desatendidas por el Directorio las que había hecho el marqués del Campo, nuestro embajador; pero, si no sugeridas desde Madrid por creerlas al parecer estériles, en Italia debieron hacer efecto las continuas súplicas de Azara en el ánimo de Napoleón. Porque si pudieran atribuirse á atención cortés del omnipotente general hacia nuestro ilustre compatriota las frases benévolas de su carta de dos horas después de firmado el convenio de To-

1 Qué lejos no estaría Bonaparte de las ideas del Directorio en aquellos días cuando lo primero que dijo á los prisioneros romanos fué que los soldados franceses no iban á destruir la religión ni la Santa Sede, sino á libertar al Papa de los malos consejeros que le rodeaban.

lentino, el sentimiento que revela porque no se hubiera hallado en Roma para neutralizar las influencias que rodeaban al Papa cuando ya lo había salvado con el armisticio de Bolonia, y su empeño porque volviese al ejercicio de su misión en la ciudad eterna, demuestran el aprecio y la verdadera consideración que le inspiraba nuestro distinguido diplomático [1].

Otra intriga contra Godoy.

Pero ya que Carlos IV no había logrado hacer oir su voz en París y, aun complacido con las noticias que le llegaban sobre el resultado de las gestiones de Azara en Italia, necesitaba para satisfacer sus escrúpulos religiosos y sus deseos hacer algo más en obsequio del Papa, pensó en dirigirle una manifestación de sus sentimientos de amor y adhesión por medio de algunos prelados que supieran consolarle en el aflictivo estado en que debería hallarse. Y he aquí que con este motivo, pretexto quizá para el Príncipe de la Paz, se desenvuelve en la corte española un drama que, á través del misterioso y amenazador prólogo que parecía agorar la desgracia, y ésa tremenda, del valido, concluye en uno de los triunfos más decisivos que obtuvo en las sombras de su tenebrosa política palaciega. El inquisidor general había recibido una delación en que se acusaba á Godoy de ateo, ya que en los ocho años últimos no había cumplido con el precepto de la confesión y comunión pascual y, de todos modos, llevaba una vida licenciosa, indigna de persona tan calificada. El cardenal Lorenzana, que era el inquisidor, se resistía á secundar el propósito de los inspiradores de la intriga que aspiraban á la entrega del favorito al tribunal del Santo Oficio; pero el confesor de la Reina, D. Rafael de Múzquiz, arzobispo de Seleucia, y el de Sevilla, D. Antonio Despuig, le apremiaban para que incoara el proceso correspondiente y aun resolviera la prisión del acusado, asegurándole que nada de eso se vería con disgusto en palacio si se lograba convencer al Rey de la carencia de ideas religiosas en su primer ministro. La cosa era de resolución ardua y arriesga-

1 Despacho núm. 1513 de la correspondencia de Napoleón I; tomo II.

da, de consecuencias tan graves como ruidosas; y Lorenzana creyó que debía andarse, como decirse suele, con tiento para tomarla; por lo que el metropolitano de Sevilla se brindó á escribir al cardenal Vincenti en Roma á fin de que decidiese á S. S. á dirigir una amonestación al inquisidor por su indolente conducta en asunto tan escandaloso. Y dicho y hecho; con lo que corto tiempo después salía de Roma un correo con las apetecidas cartas que, para fortuna de Godoy, fueron interceptadas cerca de Génova por Bonaparte, que las remitió á Perignon, embajador, como ya se ha visto, del gobierno francés en Madrid. Esto era como entregarlas al favorito, quien, para satisfacer su enojo por tamaño atentado contra su persona, inspiró al Rey la idea de enviar á Roma algunos prelados para que consolaran á Su Santidad, y la de que esos prelados fueran precisamente el irresoluto Lorenzana y los instigadores, acaso, de la intriga, cuyo origen Dios sabe dónde se hallaría cuando uno de ellos era nada menos que el confesor de la Reina.

Se hace ineludible, por eso, el recuerdo, no lejano todavía, de aquella otra conspiración de que fué instrumento y víctima el infeliz Malaspina.

Operaciones marítimas.

Sucedía éso en los días en que acababan de hacerse sentire n España por primera vez los efectos de la malhadada política que había adoptado el Gobierno al, contra todo buen sentido, romper con la Gran Bretaña, los efectos del tratado de San Ildefonso.

El Directorio había solicitado algunas fuerzas de nuestro ejército para aumentar el suyo de Italia; pero el Gobierno español las denegó con pretextos plausibles. No así respecto á las de mar, y Lángara se hallaba ya recorriendo las costas de aquella península en apoyo de las operaciones de Bonaparte y apresando cuantas naves inglesas cruzaban el Mediterráneo que la escuadra de su nación, al mando del almirante Jerwis, acababa de abandonar.

La española adolecía de cuantos defectos hemos atribuído

á nuestra armada en general, conocidos de todos los marinos españoles, de entre los cuales el teniente general Don José de Mazarredo, que se hallaba mandando en Cádiz, hizo llegar al ministro quejas y reflexiones tan justas como atinadas y, al verlas desatendidas, le envió la dimisión de su cargo. El Gobierno, al admitírsela, le destinó de cuartel al Ferrol, enojado sin razón con un general que tantos y tan distinguidos servicios militares y científicos había prestado. «Lágrimas de sangre costó á España este paso impremeditado», dice D. Francisco de Paula Pavía, en su *Galería Biográfica de los Generales de Marina*, «y la pérdida, añadimos nosotros, para la causa patria de un hombre que, incansable en promover los intereses de la Armada, hubo de experimentar tales contrariedades que le llevaron á un campo del que los antecedentes de su vida parecían deberle apartar para siempre.»

Aun así, se reconoció en Madrid la necesidad de poner á la cabeza de la Marina persona más apta que D. Pedro Varela que desempeñaba el Ministerio y, para colmo de desdichas, se llamó á Lángara, dando el mando de su escuadra al general D. José de Córdova, que lo recibió en Cartagena el 16 de Diciembre de 1796. Componíase aquella escuadra, después de unida á ella la que mandaba también el conde Morales de los Ríos, llamada del Mediterráneo, esto es, el 1.° de Febrero del año siguiente, que es cuando abandonó aquel puerto, de 27 navíos, 13 fragatas, 1 bergantín y 4 urcas, sin contar 28 lanchas cañoneras, obuseras y bombarderas destinadas á la bahía de Algeciras. Á su paso por Málaga recogió la escuadra un gran convoy que debía dejar y dejó después, con efecto, en Cádiz, así como al entrar en el Estrecho destacó á Algeciras tres navíos con las lanchas, algunas tropas de Guardias españolas y walonas, y pertrechos y municiones que debían dirigirse al campo de San Roque. La escuadra, reducida, así, á 24 navíos, las fragatas, las urcas y el bergantín, no entró en Cádiz sino que se fué engolfando

en el Océano, dedicándose el 12 á la caza de varios barcos mercantes que se habían visto al amanecer de aquel día y de los que algunos, suecos ó dinamarqueses, quedaron en poder de nuestras fragatas, dejando en libertad los anglo-americanos por considerárseles neutrales. Una fragata que navegaba en conserva de los mercantes, quiso hacer frente á la española *Atocha*; pero, viendo que al ruido del fuego acudían otros buques de nuestra nación, huyó á toda vela y, según se supo después, fué á dar aviso de todo á la escuadra inglesa, surta en la ensenada de Lagos, al E. del cabo de San Vicente. Al señalar la presencia de nuestros buques en aquellas aguas, la fragata inglesa fugitiva debió advertir al almirante Jerwis el desorden en que iban, sobre todo desde que varios de ellos se habían puesto en su persecución, perfectamente inútil por ser ella más velera que sus enemigos, con lo que pudo aquel jefe hacer los preparativos y tomar las disposiciones más convenientes para la función que no podría menos de celebrarse inmediatamente.

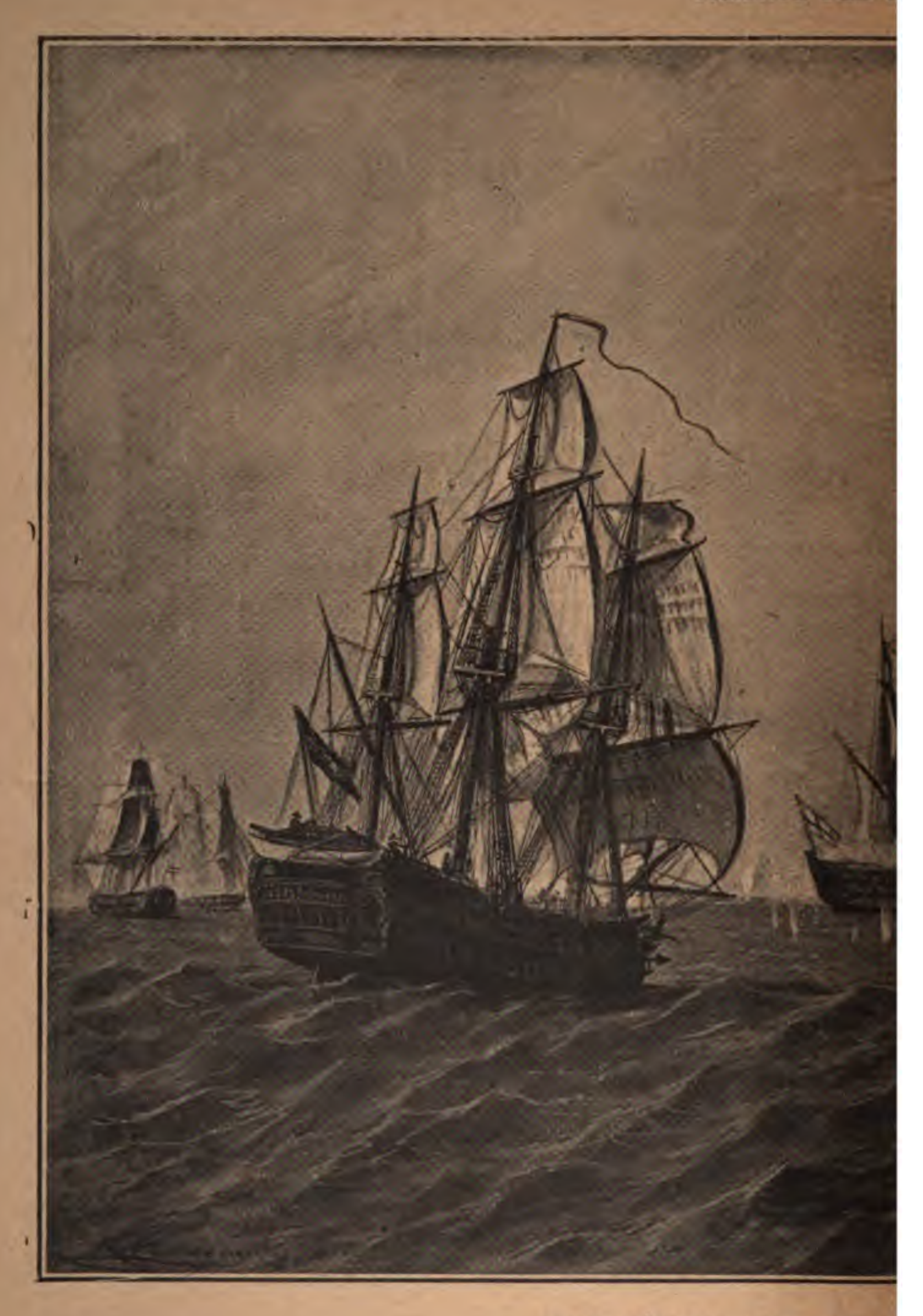
Combate del cabo de San Vicente.

Al amanecer del día 14, tristemente célebre, la niebla, á pesar de ser bastante espesa, permitió distinguir algunas embarcaciones que no eran españolas, pero ó no se vieron las señales con que lo avisaba un barco nuestro ó no se les quiso dar importancia, como tampoco á las diez de la mañana, hora en que ese mismo buque, el navío *Oriente*, con un cañonazo, y *El Firme* y algunas fragatas, con otros varios, dieron á entender que se hallaba, puede decirse que encima la escuadra inglesa navegando en dos columnas y muy estrechas las distancias de navío á navío.

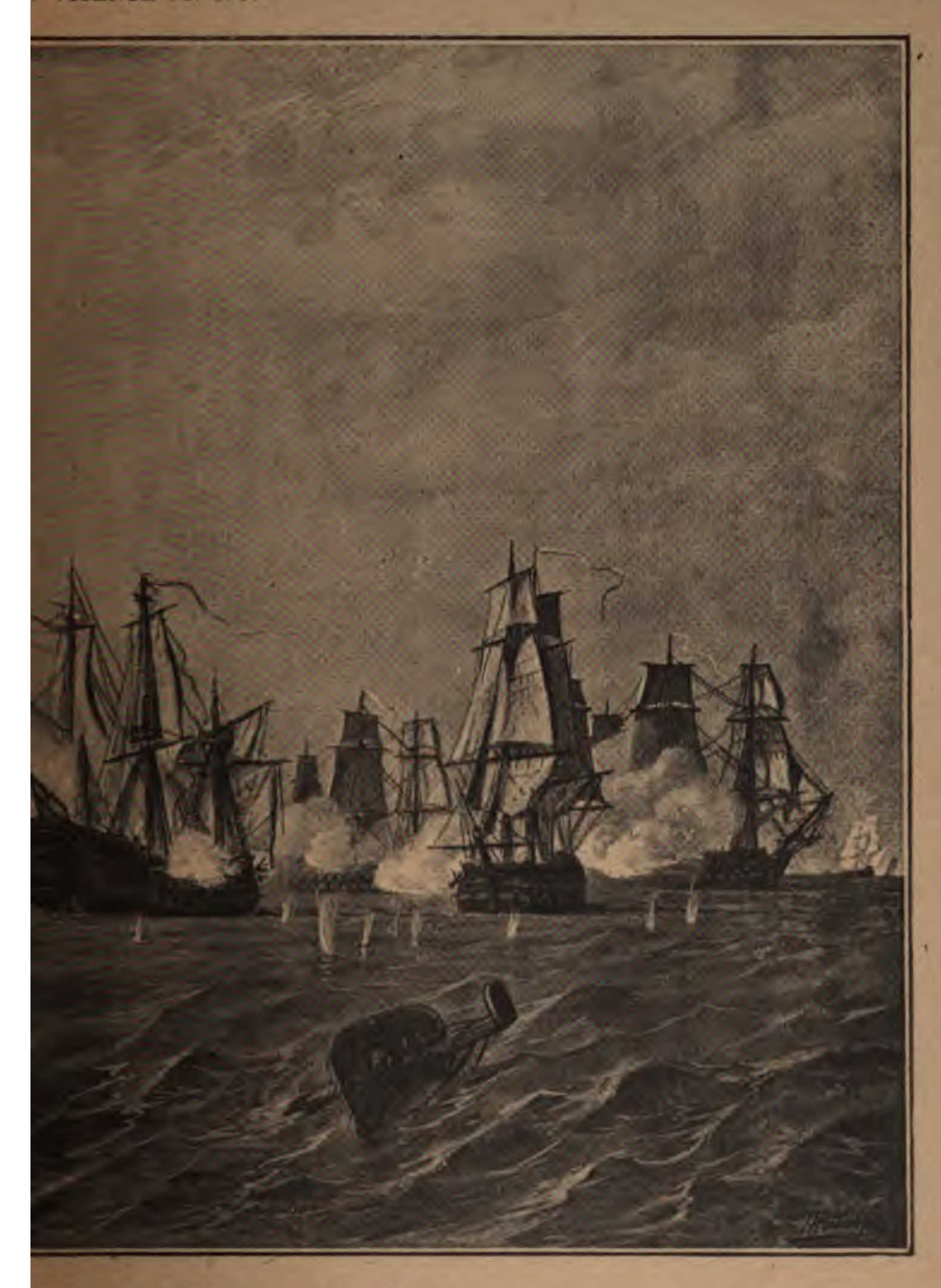
Tenemos á la vista una carta dirigida por el inteligentísimo teniente de navío D. Martín de Olavide, que servía en *El Oriente*, á su tío el tantas veces nombrado en este libro marqués de Iranda, dándole cuenta del combate de aquel día, y no queremos dejar desatendido alguno de sus párrafos, el siguiente, sobre todo, que nos pondrá en camino de

conocer las causas más influyentes en tal desastre. Dice así: «Serían las 10 ½ quando ya se contaban hasta 17 Buques grandes que parecían Navíos, todos alineados en debida formacion, y navegando con fuerza de vela por las aguas de nuestra escuadra á distancia de 3 á 4 millas. A vanguardia del enemigo, venían sirviéndole de batidores tres fragatas, un Bergantin y un Cúter ó Balandra, que empezaron á orzar, sin duda con la idea de atacar nuestras Urcas y presas hechas el 12, que estaban á barlovento. El suceso de un Bergantin Mercante que venía en nuestra conserva desde Cartagena y fué apresado á nuestra vista por dicho Cúter, acreditó esta sospecha. A las 11 ¼ hizo el General la señal de ceñir el viento por babor; zafarrancho de combate; y formar una pronta Linea de combate mura á babor sin suxecion á puestos. Para executar este movimiento, era necesario birar de buelta encontrada al enemigo, y empeñar por consiguiente muy pronto la accion, en caso de no querer éste evitarla con sus oportunas maniobras. Todo el Mundo conviene, aun los que apenas tienen nocion de la Táctica naval, que si el General no se precipita en hacer esa birada que nos echó prontamente encima del enemigo, y fué indubitablemente el origen ó causa de nuestra derrota, hubiéramos tenido más tiempo de prepararnos al combate, que muchos de los Navíos, y quizás el mismo General, no se lo esperaban; y sobre todo, siguiendo con la mura á estribor, podíamos facil y brevemente formar en linea al menos 15 ó 16 Navíos, arribando al intento los mas inmediatos de barlovento sobre los que estábamos sotaventados. Formada esta Linea, es muy probable que los Ingleses no hubiesen atacado, temerosos de la reunion de los 8 ó 9 que teníamos á barlovento, distantes 4 á 5 leguas del Cuerpo fuerte de la Escuadra; y en caso de haberlo hecho, hubiera sido solo de paso, sin esperar á formarse, como lo hicieron luego que vieron nuestro desorden» [1].

1 La autoridad de este autógrafo está en la de su autor, oficial que, como



EL NAVÍO «PELAYO» ACUDE



O DEL «SANTÍSIMA TRINIDAD»

He aquí la clave de un revés tan inesperado para el que observe la diferencia en el número de las fuerzas de una y otra de las escuadras que riñeron el combate del cabo de San Vicente, conocido entre nuestros marinos por el del 14 de Febrero.

Advertido el error de nuestro almirante, el inglés maniobró con tal habilidad que á la una y media y formada su línea de batalla á sotavento, atacaba con la vanguardia, en uno de cuyos navíos iba arbolada su insignia, á la retaguardia española, acometiendo con tres navíos, de los que dos de tres puentes, al *Santísima Trinidad* que montaba el general Córdova, y con tal furia, que uno de nuestros marinos dice que hacían más fuego que todos los demás de la escuadra británica juntos. La situación se iba haciendo por momentos más y más difícil; y á las dos vieron los buques más próximos al navío *Almirante* las señales que les hacía de atacar al enemigo, de acortar de vela los de la cabeza y navegar, según el tecnicismo naval, arribados cuatro cuartas. Por desgracia no advirtieron esas señales y no llegaron, de consiguiente, á cumplimentarlas los ocho ó nueve navíos de vanguardia; que, de no ser así, hubiera podido entablarse el combate en mejores condiciones y dádose tiempo á que tomaran parte en él algunos de los que aún andaban dispersos á barlovento. Y á las cuatro de la tarde se descubría en dos de nuestros navíos *El Jack* inglés, señal de haberse rendido, y poco después lo izaban otros dos, sin que bastara á salvarlos la acción de varios de los demás que acudieron á la señal de virar por avante que se les hizo. Igual suerte hubiera corrido *El Trinidad*, que tuvo por cortos momentos izado aquel odiado pabellón, signo de desgracia, si el almirante inglés no hubiera creído en aquel mismo instante que, visto el estado de sus buques, muy maltratados también, debía retirar-

hemos dicho, pasaba por muy inteligente, acreditándolo el haber formado parte de la expedición de Malaspina, y en el carácter de una carta confidencial en que no suele ocultarse la verdad.

se; con lo que el gigante español volvió á ostentar nuestro glorioso oriflama [1].

La retirada de los Ingleses fué lo tranquila que debía esperarse de acción tan afortunada. Pero ahí está el mayor error acaso de cuantos cometió el general Córdova en tan fatal jornada. Porque en vez de consultar á los capitanes de sus navíos si se hallaban en condiciones de atacar al enemigo, á lo que tres ó cuatro contestaron resueltamente que sí y los demás que no ó pidiendo algún retardo, debió seguir á la escuadra inglesa para combatirla antes de que se estableciera de nuevo en la ensenada de Lagos. La mayor parte de las opiniones están contestes en que se hubiera logrado recobrar los cuatro navíos españoles rendidos y aun algunos ingleses, que iban tan desmantelados como los nuestros y que mal pudieran defenderse contra los muchos, todavía útiles ó intactos, de que pudo disponer Córdova muy pocas horas después del combate [2].

Varias fueron las causas de aquel desastre, y algunas de ellas aparecen en el largo escrito que Córdova dirigió en 17 de Diciembre de 1805 al Príncipe de la Paz, para que se le restableciese, como se hizo, en el empleo de teniente gene-

1 Véase cómo describe Olavide esa situación: «Esta arribada del enemigo, dice, que fué la señal de retirada ó de concluirse la acción, no puede atribuirse sino á estas causas: 1.ª, conocer el general inglés, que ya no podía continuar mucho tiempo un combate que había durado cerca de seis horas, y que de éstas, tres y media á lo menos había él por su parte sostenido y hecho un fuego vivísimo y continuo, del que debía indispensablemente habérsele calentado mucho la artillería y consumido la mayor parte de sus municiones; 2.ª, la birada de los navíos que arriba expresé, y la llegada de refresco del *Pelayo* y *San Pablo*, que según he sabido después, estaban comisionados por nuestro general desde la mañana á la descubierta. Sin estas consideraciones, creo que los ingleses intentan marinar *El Trinidad*, y tal vez la hubieran conseguido, como consiguieron una victoria que no debían esperarse.»

D. Antonio Alcalá Galiano dice que lo que salvó al *Trinidad* fué la aproximación del *Pelayo*, cuyo capitán, D. Cayetano Valdés, «oficial de extraordinaria bizarría, obrando por sí solo, se fué para *El Trinidad*, y gloriosamente le rescató á punto en que ya se daba por presa de los ingleses.»

En aquel combate pereció el general Winthuysen, tan celebrado por su admirable intrepidez.

2 Véase en el Apéndice núm. 3, la relación de los buques que componían aquella escuadra.

ral de que se le había privado en 1799. Pero nadie las ha expuesto con la exactitud y suma de conocimientos que el general Grandallana en su citado manuscrito, haciendo ver que la principal consistió en la falta de un reglamento de maniobras para los combates navales, apropiado á los progresos del arte en aquel tiempo y á las necesidades de un servicio que exige gran libertad de acción en los comandantes de los buques que, aun estando concedida á los Ingleses, por ejemplo, les estaba absolutamente negada á los marinos españoles. Esto sin contar con el estado miserable en que, según ya dijimos, se hallaba el cuerpo general de la Armada; tan exageradamente miserable por aquellos días que en uno de los navíos de aquella escuadra, que Godoy se atreve á calificar de *bella*, fué necesario curar y vendar á los heridos con tela de los sacos de la pólvora; á tal punto llegaba la carencia de recursos médicos en los barcos.

Dice así el general Grandallana: «No quisiera hablar de este combate ni de este desgraciado general, que cuando se vió abandonado en lo más duro de él exclamó como otro Ruiter diciendo: *¡De tantas balas como me rodean no hay una para mí!* y cuya sola expresión demostró el fondo de su honor y de su espíritu: lo hizo acreedor á mejor suerte, y excita en este momento mi consideración por su desgracia y la de sus desventurados compañeros porque los considero como á víctimas sacrificadas al mal sistema sobre que se sostuvo la batalla, y cuya reforma es mi principal objeto. Por esto me veo como precisado á ser defensor de ellos en cuanto impugno el mismo sistema que los arruinó y manchó, en cierto modo la honra de la Armada; y no puedo en este caso contener el hilo de mi discurso que está arrebatado á un tiempo por el amor á la justicia y á la caridad: á la justicia digo porque siendo monstruoso el que quince navíos tomen á quatro de veinte y quatro, pide la justicia un castigo muy severo contra esta atrocidad; pero pide la caridad que el castigo no se imponga sobre el inocente sino sobre el culpado; y

el culpado ó el reo de esta atrocidad es, á mi opinión, la constitución militar y marinera de nuestra Marina, y no las personas que obraron en aquel caso; en el qual si hubiera habido un sistema como el que guiaba á nuestros enemigos hubieran llevado el digno castigo á su atrevimiento, y no hubiera quedado manchada la honra española, y la de un cuerpo y unos individuos que tuvieron la desgracia de ser mal guiados, y la de que no se conociese antes de aquel hecho, el error para el remedio, y en el acto del juicio para encontrar al reo en la constitución, y castigando solo al que tuvo ó tuviere sobre sí la más chica mancha de cobardía, declarar á los demás víctimas, repito, de los errores de ella, y enmendarla para prevenir iguales males en lo sucesivo» [1].

Ya hemos indicado que fué muy censurada la conducta del general Córdova: un consejo de guerra presidido por el capitán general D. Antonio Valdés, declaró su insuficiencia y falta de acierto en aquel combate, condenándole á la pérdida de su empleo y á su extrañamiento de Madrid y de las capitales de los departamentos marítimos de la Península, lo mismo que á otros varios jefes por su inacción ó ineptitud. Al mismo tiempo el Gobierno comprendió el error y la injusticia que había cometido al desatender las observaciones que le dirigiera el general Mazarredo sobre el estado de nuestra marina y la necesidad y urgencia de su remedio; y levantándole el destierro que sufría en Ferrol, le destinó al departamento de Cádiz donde se miraba ya como inminente un ataque por parte de los Ingleses.

Ataque á nuestras posesiones de Ultramar.

Éstos no se descuidaban en la tarea de atacar y arrebatarnos, cuando podían, nuestros mejores establecimientos de Ultramar; pero la actividad de Godoy en aprovechar el tiempo que le dejaron las dilaciones

1 Godoy en sus Memorias menciona como de soslayo aquel combate y sólo en nota hace una ligerísima descripción de él, atribuyendo su resultado á *desgracia, desacierto, negligencia, y sobrada confianza del general Córdova, oficial*, dice, *que hasta entonces había gozado de una reputación ventajosa.*

surgidas para la publicación del tratado de alianza con la República francesa, valió á España el que los Ingleses hallaran nuestras colonias apercibidas para su defensa. La isla de la Trinidad de Barlovento, sin embargo, la que parecía en mejores condiciones para impedir su ocupación por los Ingleses, fué la única posesión española de que lograron enseñorearse. Era su gobernador el brigadier de marina Don José María Chacón que la hizo prosperar extraordinariamente en el largo tiempo de su mando; tenía á sus órdenes algunos batallones de tropa veterana y de milicias, con suficiente artillería y abundantes municiones, y contaba con el apoyo de una escuadra, compuesta de cuatro navíos y varios barcos menores, mandada por el brigadier, también, D. Sebastián Ruiz de Apodaca, acreditado, como Chacón, de jefe bizarro y de notables talentos. Pero Chacón creía poder contar con la gratitud de los colonos, los cuales gozaban de una prosperidad envidiable, gracias á los privilegios y franquicias de todo género que se les había concedido para promover la población de la isla; y esos colonos, extranjeros en su mayor número y amenazados por los Ingleses en sus propiedades, no quisieron resistirlos como debían. Apodaca, de otra parte, viéndose bloqueado por la escuadra enemiga en su surgidero de Chaguaramas, creyó inutil la resistencia desde que los habitantes renunciaban á ella, y para que sus naves no cayesen en poder de los Ingleses, las quemó.

Esos ejemplos que, á pesar del fallo favorable de un consejo de guerra de generales celebrado después en Cádiz, costaron á sus autores su destitución y destierro, no se repitieron afortunadamente en las demás partes de América á que llegaron los Ingleses ya para sublevar á los habitantes contra la metrópoli española, ya para apoderarse de ellas y robárnoslas. En Caracas fracasó una conspiración urdida por el revolucionario Miranda, incansable en su empeño de procurar la independencia de aquella rica provincia; en Guatemala fué rechazado un desembarco de tropas inglesas que

pretendían establecerse en la costa, teniendo que reembarcarse con graves pérdidas; y en Puerto Rico, donde en el mismo mes de Abril en que la escuadra de Sir Ralph Abercombry, que había ejecutado la empresa de la Trinidad con tal éxito, puso en tierra hasta 10.000 hombres, la guarnición y los habitantes, negros y blancos, regidos por su gobernador, el brigadier D. Ramón de Castro, los combatieron tan denodadamente que, después de 15 días de incesantes escaramuzas y combates, los obligaron á volver á sus barcos con pérdida de mucha de su gente entre muertos, heridos ó prisioneros, toda su artillería, sus municiones, caballos y víveres. Ni fueron más felices los Ingleses al amenazar con otro desembarco á las islas Filipinas; porque ante el aparato de defensas que ofreció aquel archipiélago y la actitud resuelta de la guarnición y pueblo de Manila, les entró el desánimo; dando tiempo á que uno de los furiosos temporales que con frecuencia se desencadenan allí, destrozara sus barcos ó los hiciera huir á sus posesiones de la India de donde habían salido.

Á Cádiz y las Canarias.

En Europa era, con todo, donde, con la victoria del cabo de San Vicente y los refuerzos recibidos inmediatamente después, esperaba Inglaterra causarnos más graves perjuicios é imponer más á nuestro Gobierno, intentando una de aquellas hazañas que tan preciados frutos le había proporcionado en tiempos anteriores, tan funestos para España. Pero por pronto que quiso procurárselos, halló también aquí quien la resistiera y escarmentara. La escuadra vencedora el 14 de Febrero, reforzada, según acabamos de decir, hasta juntar el número de 23 navíos, 5 fragatas, más de 20 cañoneras y bombarderas y llevando en su capitana al celebérrimo Nelson que acababa de ser nombrado contraalmirante por su valor y pericia en aquella fatal jornada, se propuso, no sólo bombardear á Cádiz sino que incendiar también nuestro arsenal y los buques de guerra guarecidos en él, si es que no los podía apresar y llevárselos.

Mas para cuando intentaron tal sorpresa, el general Mazarredo con su extraordinaria actividad, su talento y el prestigio de que disfrutaba entre los marinos y los gaditanos, había logrado reunir y disponer fuerzas y medios con que rechazar la agresion, por violenta que fuera, de los enemigos. La ciudad fué, con efecto, bombardeada los días 3 y 5 de Julio pero sin recibir gran daño y haciéndolo, por el contrario, sus baterías en los buques ingleses; y si Nelson abrigaba esperanzas de entrar en la bahía ó de que saliese Mazarredo á combatirle, las vió muy pronto defraudadas en uno y otro concepto. La plaza y sus fuertes estaban perfectamente armados y no habían de permitirle el ingreso en la rada, ni iba á ser tan torpe Mazarredo que saliera con buques vencidos hacía poco por muchos menos de los que ahora los provocaban á nueva batalla. El general español se satisfizo con preparar la defensa construyendo muchas cañoneras de un modelo recientemente inventado por Barceló [1]; y de tal modo combinó su acción con la de los navíos y fragatas surtas en aquel fondeadero y con la de los fuertes que cubrían la entrada, que después de sus provocaciones y algunas escaramuzas, casi todas favorables á los Españoles, los Ingleses volvieron á darse á la mar con rumbo que los gaditanos no pudieron distinguir.

Ese rumbo, sin embargo, era hacia tierras también españolas, decidido como debía ir Nelson á vengar aquel primer fracaso de sus iras, más que en nadie, inglesas, y de sus ambiciones de gloria. Dirigióse á las islas Canarias, cuya capital avistaba el 23 de Julio, atacándola el 24 por la noche

1 Dice Godoy en sus Memorias: «D. José de Mazarredo, comandante general de la escuadra del Océano, el teniente general D. Federico Gravina, el mayor general D. Antonio Escaño, D. Domingo de Nava y D. Juan Villavicencio jefes de escuadra, D. Antonio Miralles capitán de fragata, el teniente de navío D. Miguel Yrigoyen y otros muchos oficiales, adquirieron en aquellos días nuevos títulos al reconocimiento de la patria.»

No adquiriría pocos, sin duda, él mismo cuando los gaditanos, según dice, le nombraron regidor perpetuo de su ciudad, celebrando después su toma de posesión con tres días de fiestas públicas.

con más de 1.000 hombres desembarcados de su escuadra. No bien tocó Nelson el muelle, cayó herido en un brazo; sufriendo suerte parecida su segundo, varios oficiales de nota y sobre 500 hombres, azotados por la artillería de la plaza y el fuego de fusil que les llovía de los terrados de las casas y de las barricadas construídas para impedir el acceso de la ciudad. Cuál no sería el estrago recibido y el riesgo en que se verían los Ingleses, cuyo reembarque también se hizo extremadamente difícil por lo movido que estaba el mar y la pérdida de un cúter, *El Fox*, echado á pique por nuestras baterías, así como la de varias lanchas que se estrellaron en la oscuridad de la noche contra la costa; cuál no sería el espanto producido en ellos viéndose en situación de caer todos prisioneros, que su jefe, á quien habían retirado del combate, se apresuró á ofrecer al gobernador de las islas una capitulación en que prometía no atacar nunca punto alguno del archipiélago. Don Francisco Gutiérrez, que era el gobernador, accedió á la demanda de Nelson enviándole además medicamentos y otros objetos para su curación, á lo que el célebre marino británico correspondió trayendo á España el parte de su propio vencimiento, suscrito naturalmente por su adversario, vencedor en refriega tan gloriosa para España y las Canarias [1].

Si estos triunfos parecían compensar en parte los reveses del cabo de San Vicente y la Trinidad, luego vendrían á relegarlos al olvido desgracias más trascendentales todavía, atraídas sobre nuestra patria en aquella guerra; pero, de

1 Se decía en una correspondencia de Londres: «Se acaban de recibir noticias de oficio por los despachos del Lord St Vicent al Almirantazgo, de que su expedición contra la isla de Tenerife el día 25 de Julio se desgració completamente: que perdimos 300 hombres entre muertos y heridos; que el almirante Nelson, que mandaba la expedición, perdió el brazo derecho; y que el comandante español de Santa Cruz se portó con tanta generosidad y humanidad que excitó la admiración de los enemigos, poco acostumbrados á dar ni á seguir semejantes ejemplos.»

Su gobierno había hecho al almirante Jerwis Par de Inglaterra, barón Jerwis y conde de San Vicente.

todos modos, sirvieron para realzar la gloria de quien entonces y después habría de jactarse de haberlos alcanzado con su habilidad y previsión. Porque puede justificarse la última de esas cualidades en las consecuencias de la dilación que Godoy impuso á las negociaciones de la alianza francesa para que en las más remotas colonias pudieran las autoridades españolas y sus gobernados aparejar la defensa para cuando fueran á hostilizarlas los Ingleses; pero no la primera, en cuanto era necesario hacer si había de sacarse fruto de una política que, de otra parte y ya creemos haberlo probado, no lograría producirlo sino amargo sobre todo encarecimiento y funesto. Ya hemos dicho cuál era el estado en que se hallaban el Ejército y la Armada; y, para remediarlo en lo que por el pronto fuera dable, era indispensable una Hacienda tan sólida como suficiente. Cinco empréstitos iban hechos en el reinado de Carlos IV hasta la fecha en que llevamos la narración presente, importando hasta cerca de un centenar de millones de pesos; se habían recibido cuantiosos donativos para los gastos de la guerra con Francia en dinero y en especies; y, sin embargo, no tenía el Gobierno recursos con que organizar los nuevos, urgentes y costosísimos servicios que exigía una lucha para cuyo sostenimiento lo primero y lo último, lo más esencial, era el dinero. Y tanto, que el hombre que se jactaba de haber, nuevo Atlante, mantenido sobre sus hombros la ingente máquina de la gobernacion de España *sin que el pueblo sintiese casi el peso de la pasada guerra*, decía poco después que *la enemistad de la Inglaterra fué á enturbiar la claridad de aquellos días*, los últimos de un año, transcurrido, según él, *con perfecta bonanza y remediando las llagas del Estado*. ¿Por qué, entonces la situación miserable anterior y presente del primer elemento con que habría de contarse para resistir esa enemistad de la nación más poderosa en todos los mares del orbe; ni por qué comprendiendo los peligros que entrañaba, provocarla y hasta vanagloriarse de haberla provocado? ¿Por qué? Porque

se hacía necesario disculpar otro empréstito, el sexto, abierto el 15 de Julio de 1797, de cien millones de reales al cinco por ciento y reintegrable en doce años y con la hipoteca de la renta del papel sellado, *renta segurísima*, decía el confeccionador del decreto, *y que no se hallaba afecta á ninguna otra carga del Estado*. Y creciendo los apuros antes de que pasaran cuatro meses de realizado ese empréstito, se amplió por otros sesenta millones, cohonestándolo, por supuesto, con imaginarios beneficios para la extinción de la deuda nacional y fomento de la prosperidad pública, si bien ese fomento se procuraba por la aplicación de principios favorables á la idea de convertir en propiedad particular rentas que lo eran de pueblos ó corporaciones, con lo que, además, el Gobierno se proporcionaba otros no pequeños recursos.

Á pesar de todo eso, Godoy debió comprender que necesitaba la ayuda, mejor dicho el auxilio de otros hombres que los que hasta entonces había tenido á su lado, más entendidos ó expertos en los asuntos financieros que, ya está visto, le preocupaban con preferencia para mantener la lucha tan imprudentemente suscitada. Y, como diremos luego en sitio apropiado, se asoció al que pasaba en la corte por el hacendista más hábil, el único acaso que sabría sacarle del abismo en que su ignorancia, nada de extrañar, y la de sus colegas en el ministerio le habían sumido y del que, bien lo comprendía, no llegarían á sacarle en las graves circunstancias por que atravesaba el país. Para hacerlo con alguna reflexión y hasta holgura, dábanle espacio la parsimonia que Inglaterra observaba al verse tan valerosa como tenazmente rechazada en cuantas empresas iban acometiendo en las costas de España y sus posesiones de Ultramar, así como los sucesos militares y políticos que tenían lugar en Italia y Alemania, por un lado, y en Francia donde, por otro, iba á decidirse si su Gobierno, esto es, el Directorio lograría sobreponerse á las intrigas y á la acción, en último caso, de los diferentes partidos que desde el momento de su instalación no habían parado de hostilizarlo.

Invasión del Austria por Bonaparte.

El general Bonaparte, á quien dejamos en Italia preparándose á invadir los Estados austriacos después de haberse impuesto al Papa arrebatándole una parte de los pontificios suyos, se había creado con ellos y con nuevos repartimientos de los antiguos principados de aquella península, un punto de apoyo, una base, en su concepto sólida, para futuras operaciones en la República cispadana, tan hábilmente fundada á sus espaldas. Tras de Colli y Beaulieu habían sido derrotados Wurmser y Alvinzi, y el Austria creyó que era indispensable la presencia en aquel teatro del archiduque Carlos, última esperanza suya en la desastrosa situación á que la había reducido en Italia el vencimiento de aquellos sus más ilustres generales. Como hijo póstumo de Leopoldo II, era el Archiduque hermano del Emperador, y, aunque muy joven puesto que entonces tenía 26 años, se le habían confiado los primeros mandos en el ejército del Rhin, donde venció, como ya hemos dicho, á Jourdan y Moreau, arrebatándoles á su misma vista las fortalezas de Kehl y Huningue. Ahora iba á combatir á otro general, joven como él y, como él, aspirando á la inmortalidad en la historia y á demostrar que hay en el hombre algo más allá de la experiencia adquirida en el ejercicio militar y aun en los campos de batalla. «El uno, dice Thiers, salvando la Alemania con un feliz pensamiento, adquirió el año anterior célebre nombradía: era valiente, extraño á las rutinas alemanas, pero desconfiado del triunfo y muy aprensivo por su gloria. El otro había asombrado á Europa con la fecundidad y la audacia de sus combinaciones y no temía nada en el mundo». Iban, pues, á encontrarse y medir sus fuerzas frente á frente y en campo abierto los dos representantes más genuinos de sus respectivos pueblos, el del imperio más linajudo de Europa, adalid nobilísimo de la casa de Habsburgo, y el soldado demócrata de una República fundada el día anterior en cimientos amasados con la sangre de sus antiguos soberanos, y que él sería el primero en socavar para sobre ellos elevarse á su vez has-

ta las esferas más altas de la gloria y el poder. Había, sin embargo, una diferencia más notable entre los dos caudilos; la de que aquél, el Archiduque, tenía que someterse á las instrucciones, harto absolutas, del Consejo áulico, juez supremo en la conducta militar de los jefes imperiales, coartándoles toda libertad de acción y las más espontáneas inspiraciones de su genio; y el otro, Napoleón, aun habiéndose hecho sospechoso de arbitrariedad y ambición extremadas, podía con el prestigio obtenido sobre los soldados y camaradas del ejército de su mando, desafiar á su Gobierno como de poder á poder, si tratase de detenerle siquiera en la ejecución de sus pensamientos, así militares como políticos, dentro, como luego se verá, ni aun fuera del campo señalado á su misión.

Así, mientras al archiduque Carlos se le obligaba desde Viena á cubrir la Carniola imponiéndole un plan cuyo principal objeto parecía ser la defensa de Trieste, por la circunstancia, sin duda, de su puerto, descuidando, así, la avenida del collado de Tarwis en el camino directo de la capital del Imperio á través de los Alpes, al general francés no se le ponía cortapisa alguna en sus movimientos, dejándolos á su voluntad inquebrantable y á su extraordinario talento. De ese modo el Archiduque no pudo elegir el punto que más le convendría para centro de sus operaciones en las tres vías por donde fuera á ser atacado su ejército; no quedándole otro recurso que el de interceptar la línea de Trieste, según se le había mandado, con la mayor fuerza, y cubrir, siquier imperfectamente, las de Tarwis y el Brenner por la Carintia y el Tirol, error manifiesto que no dejaría de aprovechar su hábil competidor en aquella campaña.

Y así fué: mientras Bonaparte, valiéndose de una estratagema, cruzaba el Tagliamento obligando al Archiduque á retirarse, Joubert emprendía el ataque del Tirol hasta, llegado al Brenner, cambiar la dirección de su marcha á la derecha y dirigirse á Tarwis, á cuyo frente hallaría á Massena que, por Osoppo, había llegado á situarse en Ponteva sin hallar gran-

des obstáculos en su camino. Demasiado conocía el Archiduque cuál debió ser siempre el centro de las posiciones que estaba llamado á defender á pesar de toda la sabiduría del Consejo áulico, y una vez cumplido el mandato y sin éxito, como era de esperar, mandó á Tarwis una parte considerable de sus fuerzas, siguiéndolas él con las mejores del ejército imperial, que recobraron aquella magnífica posición, poco antes ocupada por Massena. Era necesario á los Franceses volverla á tomar; y tras esfuerzos de uno y otro lado de los beligerantes, en que si Massena avanzaba en medio de sus infantes más adelantados, salíale el Archiduque al encuentro á la cabeza de los suyos, á punto de verse á veces casi en las manos de sus adversarios, Bonaparte, llegando tan oportunamente como siempre, decidió la lucha haciéndose dueño de los Alpes Julianos y de su paso á los valles del Drave y el Danubio. Aun así, Napoleón, á quien preocupaba no poco, la noticia de los movimientos que se iban sucediendo en el Véneto, donde se perseguía y aun se asesinaba á los amigos de la Francia y á los Franceses mismos, invitó al archiduque Carlos á que, valiéndose de su influencia en la corte imperial, procurase la paz y evitara con ella que *se derramase más sangre que nunca*, le decía en su carta del 31 de Marzo, *pues aquella sexta campaña se presentaba bajo auspicios muy siniestros*. No tenía el Príncipe facultades para tratar; pero después de dos nuevos combates en Neumarkt y Unzmarkt, entraba Bonaparte en Leoben el 7 de Abril al mismo tiempo que dos emisarios austriacos con quienes se acordó un armisticio, preliminar del convenio del 18 que lleva el nombre, desde entonces más célebre, de aquella ciudad. En ese convenio el Austria renunciaba á sus derechos sobre los Países Bajos y reconocía las fronteras constitucionales de la República francesa; se acordaba la celebración de un Congreso para tratar de la paz definitiva con el Imperio alemán; cambiábanse las posesiones austriacas del Oglio por la parte de los Estados venecianos comprendida entre el Po y el Adriático, la Dal-

Armisticio de Leoben.

macia también veneciana y la Istria, así como Palma Nova, Mantua y Peschiera; á Venecia se le indemnizaría con la Romagna, Bolonia y Ferrara, y el Austria, con eso, debería reconocer la nueva República cisalpina que se formaba con provincias que antes le pertenecían.

Misión del marqués del Campo y de Cabarrús.

Pero se aspiraba á la paz general y, á fin de lograrla, se convocó para Rastadt un Congreso donde se tratara la del Imperio germánico, mientras en Berna se acababa la obra de Leoben entre el Austria, sus aliados y la Francia. La misma impresión que había causado en Madrid la presencia, antes, de Malmesbury en París, produjo ahora la noticia de la reunión de los diplomáticos imperiales y republicanos en la ciudad suiza; y, como antes también, se apresuró Godoy á comisionar al marqués del Campo y al conde de Cabarrús para que representaran al rey de España en las pretensiones que abrigaba respecto á sus parientes de Italia. Cabarrús fué inmediatamente á reunirse con su colega en París á principios de Junio, apresuramiento inútil porque se había allí convenido en que, no en Berna, sino en Udina, más cerca de Viena y á la vista de Bonaparte, se celebraran las conferencias para la paz que después se firmó en la aldea inmediata de Campo-Formio. Las alteraciones verificadas en el Norte de aquella península, llamadas por algunos *Las Pascuas Veronesas*, que tan rudamente castigó el generalísimo francés, irritado con que se le turbara, primero, en sus operaciones contra el Austria y después en el ejercicio de la autoridad omnímoda que se atribuyó y el Directorio no se atrevía siquiera á disputarle, alteraciones que produjeron también la ruina de aquella constitución tantas veces secular con que se envanecía la famosa y en otro tiempo preponderante República de Venecia, aconsejaron al Gobierno de París la celebración en Italia de las conferencias que, como hemos dicho, acabaran la obra comenzada en Leoben. Así es que los plenipotenciarios enviados por el Príncipe de la Paz hubieron, como éste, de renunciar por algún tiempo á su intervención

en asunto de tal interés para los destinos de la Europa continental. Se quería en Madrid una indemnización por los sacrificios que se habían hecho y seguían haciéndose en una guerra que según sus principios no dejaba augurar grandes ventajas, y se pretendía esa indemnización en Italia, según los deseos, principalmente, de la reina María Luisa que conservaba allí sus parientes más próximos.

Conferencias de Lille.

Pero he aquí que vencida el Austria, lo mismo en Italia que en el Rhin, donde Hoche y Desaix habían iniciado de nuevo las operaciones militares con fortuna, aunque paralizadas muy pronto por las noticias pacíficas enviadas por Napoleón y el Directorio, la Gran Bretaña se encontraba sola, puede decirse que abandonada de todas las potencias continentales, únicas que, con su ayuda, podrían imponer á la Francia. De allí en adelante no tendría sino riesgos que esperar, ya en los mares, donde las escuadras españolas, francesas y holandesas reunidas buscarían una ocasión, no improbable, de vencerla, ya en su mismo suelo, puesto que podría repetirse la expedición á Irlanda, y ahora con superiores medios y más probabilidades de éxito que en la anterior, castigada tan sólo por los elementos. La escuadra de Cádiz, reorganizada por Mazarredo, podría, obligado Jerwis por los vientos á alejarse, hacer rumbo al canal de la Mancha para, en combinación con la francesa de Brest y la que los Holandeses habrían reunido también, facilitar el paso de Hoche á Irlanda con las fuerzas que llevaría del ejército de la Sambre y el Mosa, innecesarias ya en aquella frontera por la paz celebrada con el Austria. El estado, además, de su hacienda, precario por los inmensos gastos de guerra tan larga, y el de la opinión dentro del Reino Unido, anhelante por un momento siquiera de calma, en que reponerse de sus trabajos y pérdidas, llegaron á convencer á M. Pitt de la necesidad de la paz. Y aceptando el Directorio la idea de una nueva conferencia, se señaló la ciudad de Lille como punto de reunión para los negociadores de uno y otro gobierno, nom-

brando el inglés á aquel mismo Malmesbury, si desgraciado en su primera misión á París, con esperanzas, en ésta, de acabar su brillante carrera con un tratado favorable á su patria, y el francés al ex director Letourneur, acompañado, como su contrincante, de otros dos, diplomáticos. Los Españoles, que aún permanecían en París, solicitaron de nuestro Gobierno nuevos poderes con que presentarse en Lille; pero, á instancia de Malmesbury, se acordó entre los conferenciantes de Inglaterra y Francia no admitir los de las potencias aliadas de una y otra, bastando que ellos se encargaran de tomar en cuenta y defender sus respectivos intereses. Así lo prometió el Directorio respecto á los de España, con lo que el marqués del Campo y Cabarrús presentaron uno como *memorandum* solicitando la restitución de Gibraltar, la del territorio de que la Gran Bretaña se había apoderado también en la costa de la bahía de Nootka y la promesa de no formar allí ningún establecimiento en adelante, la autorización de establecerse los Españoles en algún punto del banco de Terranova para la pesca del bacalao, la abrogación de los tratados contrarios al derecho de determinar nuestras relaciones de industria y comercio, el trueque entre España y Francia ó su compensación mutua de la isla de Jamaica, que convenía no dejar á la Gran Bretaña, y la fijación, por último, del derecho público acerca de la navegación de los neutrales con garantía de todas las naciones marítimas.

Al leer estas proposiciones cualquiera supondrá que nuestros triunfos en la guerra marítima de aquellos días eran ó habían sido tan decisivos que á nada menos provocaban que á pretender tales ventajas é indemnizaciones tan costosas para Inglaterra. El patriotismo, por puro que sea y arrogante, no puede forjarse ilusiones como las que presuponen propuestas tan exageradas, y mucho menos cuando han de formularse y ser mantenidas por quien no tiene el mismo interés nacional y, por el contrario, quizás abriga el de no aumentar con su influjo el de su aliado, por cordiales que sean sus

relaciones políticas con él. Y ¿cómo los republicanos franceses habían de tomárselo tan vivo por la grandeza y la gloria de un monarca, pariente el más próximo del que acababan de derrocar del trono y hasta hacerlo morir en un patíbulo?

En cuanto á los plenipotenciarios ingleses, comenzaron por conceder á los republicanos la restitución de los territorios arrebatados á Francia en aquella guerra; pero de ninguna manera la de la isla española de la Trinidad, ni la del cabo de Buena Esperanza que, con algunos otros establecimientos, habían conquistado de los Holandeses en los términos australes del continente de África. Ni siquiera se provocó en aquellas conferencias la magna cuestión de Gibraltar y de la bahía de Nootka, considerándose por los Franceses, los primeros, que allí no podía tratarse más que de los efectos ó resultados de la lucha á que se quería poner término, nunca de aquellos que reconocieran sus causas ú origen en acontecimientos de épocas diferentes. Así es que las pretensiones y la insistencia del marqués del Campo resultaron completamente estériles; y aunque Cabarrús, ocultando á su colega parte de sus intenciones ó, por decir mejor, de su misión, se trasladó á Amsterdam creyendo atraerse á los Holandeses, tampoco llegó á conseguir nada de provecho á la causa española que representaba. Andaba en todo por medio Talleyrand, ministro ya por entonces de la República, y aunque Godoy abrigara la vanidad de creer que con sus cartas lograría templar al hábil diplomático francés en sus conclusiones de excluir de las conferencias lo relativo á Gibraltar, ni el patriotismo de Campo, ni los manejos de Cabarrús ni la elocuencia del Príncipe de la Paz consiguieron absolutamente nada en ese asunto [1].

Los negociadores franceses no se cuidaban más que de

1 «La ausencia, escribía Godoy al Marqués, que acaba de hacer el conde de Cabarrus hubiera sido oportuna en circunstancias menos opulentas hacia la Inglaterra, pero en el día puede mirarse esta imprudencia como un paso decisivo para la determinacion del Rey; pues á pesar de la templanza que producirá en el ciudadano Talleyrand la carta adjunta que le dirigirá V. E. sin pérdi-

sus propios intereses, aunque de vez en cuando simularan defender también los de sus aliados, y éstos comprendieron luego que del Congreso de Lille no sacarían el fruto á que con justicia debían aspirar. Los sucesos que sobrevinieron por entonces en París al Directorio, habrían por otra parte de hacerle más exigente en sus pretensiones para con la Gran Bretaña. El 18 Fructidor (4 de Septiembre de 1797), que representa la victoria de las ideas republicanas sobre las realistas que iban recobrando en Francia importancia suma, hasta el punto de verse representadas en los dos cuerpos legislativos de los *Ancianos* y los *Quinientos* con un número traído en las últimas elecciones que revelaba elocuentemente el cambio verificado en el pueblo francés, bien por el temor á los anteriores excesos de la revolución, bien por el cansancio que producía la guerra ya tan larga y sangrienta, dió al Directorio una fuerza que así debía reflejarse en las conferencias de Lille como acababa de hacerlo en la administración interior de la Francia. El *Triunvirato*, como se llamaba á la unión de tres de los Directores, Barras, Rewbell y Lareveillère Lepaux, sobrepuesto á los otros dos, Barthelemy, que había sustituído á Letourneur, y Carnot, algo inclinados al famoso club de Clichy, á que asistían Pichegru, Royer-Collard, Camille Jordan y otros varios partidarios de la monarquía, el *Triunvirato*, repetimos con la ayuda de Bonaparte, que le había enviado el general Augereau y le prometía ir él mismo á París con una gran parte del ejército de Italia, obtuvo en aquel día un triunfo lo suficientemente decisivo para asegurarse en el poder y contar con la cooperación de las tropas, francamente republicanas desde aquel día. Su acción quedó así expedita y, si preparada antes con el nombramiento de varios ministros, par-

El 18 Fructidor.

da de tiempo, aunque no le trato de esto, sé que la desconfianza habrá llenado ya los nichos de la intriga, y que al Directorio será sospechosa la España en este momento, pero la generosidad puede soldar, remendar ó zurcir este defecto político.»

¡Cuidado con la grillera que tenía el Sr. Godoy en su cabeza!

tidarios suyos, y entre ellos el ya citado ex obispo de Autun, la aseguró después con la destitución de sus dos colegas disidentes y la prisión ó el destierro de muchos de sus hasta entonces encubiertos enemigos, miembros de los consejos, empleados de la alta administración y aun periodistas de los más acreditados en la opinión pública.

Con ese triunfo y el principio de paz que se celebró con Portugal, en cuyo convenio, á que principalmente contribuyó Carlos IV, tan interesado en conservarla con toda su familia, se obligaba el Gobierno lusitano á no dar abrigo en el Tajo á más de seis naves de las escuadras británicas á la vez, con lo que y con lo adelantado de las conferencias de Udina, iba la Inglaterra á verse absolutamente sola en su lucha con la República francesa, el Directorio creyó, según hemos indicado, poderse hacer más exigente en Lille y dirigió á Malmesbury un *ultimatum* en que, acordándose entonces de sus aliados, pidió la devolución completa de las conquistas hechas en la guerra sobre Francia, España y Holanda. Aquello era echar en la balanza la espada de Breno; y el negociador inglés, sintiendo mucho no terminar con la paz unas conferencias que como tan próxima la ofrecían ya los acuerdos tomados con M. Maret, uno de los agentes franceses, y sintiéndose como despachado, pidió sus pasaportes y se trasladó á su país [1]. Con eso acabó también la misión del marqués del Campo y del conde de Cabarrús en aquellas negociaciones, en

1 Las negociaciones no debieron romperse con la marcha de Malmesbury, porque días después le escribían Tre.lhard y Bonnier que por acuerdo de su Gobierno esperarían su vuelta hasta el 16 de Octubre, á lo que el diplomático inglés les contestó el 5 de ese mes que: «Por lo tocante á volver á las conferencias no podía dejar de remitirse á su última nota, en la cual había declarado con franqueza y exactitud los únicos medios que quedaban para continuar la negociación, observando al mismo tiempo, que el Rey no podría tratar en país enemigo sin tener seguridad de que se respetasen en lo sucesivo en la persona de su Plenipotenciario los usos establecidos en todas las naciones cultas relativos á los Ministros públicos, y principalmente á los encargados del restablecimiento de la paz.»

Se conoce que no le habían tratado bien los republicanos franceses, ni como negociador ni como caballero.

que, después de todo no tuvieron intervención alguna [1].

Tratado de Campo-Formio.

Por mucho que se preparase Napoleón para el caso de una ruptura de las negociaciones que se habían emprendido en Udina, fortificando la plaza de Palma Nova y las líneas del Adda y el Isonzo donde resistir la acometida, que era de esperar, del ejército austriaco que estaba

1 Ya que se trata por primera vez en esta historia del conde de Cabarrús, no parece fuera de propósito copiar aquí otro autógrafo inédito de Jovellanos, en que describe, sucintamente siempre, los primeros años del célebre estadista francés naturalizado en España: «D. Francisco Cabarrus, dice nuestro eminente compatriota, nació en Bayona por los años de 52 ó 53 (el de 1752). Se educó en el colegio de PP. del Oratt.º de... Allí estudió con gran aprovechamiento las humanidades y descubrió gran talento para la eloquencia y poesía. Ya de diez y siete años aspiraba al uso de una honesta libertad, que no podía lograr de la autoridad de su P.e Prohibióle ir al teatro, y lo sintió á par del alma porque conocía el mérito de la buena poesía, y tenía gran pasion por la escena. Apenas había entretenimiento que los otros Padres suelen permitir á sus hijos ya grandes que le fuese concedido á Cabarrus. Cierto dia deseó un pariente suio en cuia tertulia estaba que se quedase á cenar, y aunque lo solicitó con importunidad de su Padre por recados, y personalmente no pudo conseguirlo. Esta injusta dureza exasperó notablemente el ardiente espíritu de M. Cabarrus, y desde entonces resolvió tomar por si mismo la libertad que tan sin razon le negaban: iba á la comedia, entraba y salía quando le parecía, y esta conducta, que su Padre conociendo su carácter, no se atrevía á reprimir, le obligó á enviarle á España. Encaminóle primero á un comerciante vascongado para que lo tuviese en la casa á pension, y allí se perfeccionase en el comercio. Este era uno de aquellos hombres preocupados que todo lo sacrifican á sus pequeños caprichos. Con pretexto de que no podía tenerle consigo, le encaminó á otro corresponsal residente en Zaragoza, á quien después informó que era de una familia afecta al partido Sanjenista, y mozo de ideas muy libres. Estos informes le privaron del asilo de Zaragoza y obligaron á partir á Valencia. Horrorizado del mal estado de nuestras posadas, resolvió no entrar en ellas en todo el viaje, y lo cumplió así, manteniéndose de los fiambres que había sacado de Zaragoza y durmiendo en la casela (calesa?). En Valencia se agregó á la casa de D. Antonio Salavert, de cuia hija se enamoró y con quien al fin se casó á pesar de la repugnancia que al principio manifestaron los Padres. Su salida de Bayona fué por los años de 69 á 70, su casamiento...»

Hasta aquí el autógrafo de Jovellanos. Cabarrús supo después hacerse lugar en España hasta ingerirse en la Administración pública naturalizándose en 1781 y obteniendo empleos, con lo que tres años después era Consejero de Hacienda, de cuya ciencia había hecho su especialidad, y en 1789 obtenía el título de Conde, que le daba voto en cortes, y el favor de la corte hasta que, muy poco tiempo después, fué encerrado en una fortaleza á pesar de la defensa que de él hizó Jovellanos en el Banco Nacional de San Cárlos. Luego logró reconciliarse con Godoy y obtener su favor.

cada día recibiendo fuerzas de todas armas y material considerables, desaprobó el *ultimatum* del Directorio en que veía un obstáculo, quizás insuperable, para la terminación del tratado de paz con el Austria. Los grandes trabajos que andaba organizando para el establecimiento de las nuevas repúblicas italianas; los ejecutados con el fin de crear una marina proporcionalmente respetable en el Adriático, y su pensamiento, allí nacido y favorito después suyo, de la supremacía francesa en el Mediterráneo, podían abismarse en la nada si, rotas las hostilidades otra vez, cambiábase la fortuna de la guerra inclinándose, poco ó mucho, en favor del Austria, ya que él no lograba recabar del Gobierno los refuerzos que incesantemente le pedía. Todos sus despachos al Directorio y al ministro de Relaciones Exteriores demuestran el disgusto de que se hallaba poseído, así como de la ira que le producían las exigencias altaneras y hasta extravagantes de M. de Cobentzel, enviado de Viena para mantenerlas en aquel Congreso [1].

Pero el diplomático austriaco halló, como suele decirse, la horma de su zapato en el general republicano que, á vuelta de consideraciones militares y políticas, de réplicas más ó menos agudas pero lógicas todas y contundentes, hubo, por fin, de recurrir á argumentos tales de energía y aun de violencia que el orgulloso conde acabó por atender y someterse. Cansado Napoleón de las exigencias y de frases poco meditadas de Cobentzel que atribuía la resistencia de su contrincante á la ambición militar que le dominaba, «permaneciendo, dice Thiers, sereno y sin turbarse por tan insultante apóstrofe, dejó acabar su discurso á M. de Cobentzel; después, dirigiéndose hacia un velador en que había una bandeja de porcelana que dió la Gran Catalina á M. de Cobentzel y éste ostentaba como un objeto precioso, la cogió é hizo pedazos

1 Dice al Ministro el 28 de Septiembre: «En mi primera visita, he tenido un choque bastante vivo con el conde de Cobentzel, que, á mi parecer, no está acostumbrado á discutir sino que pretende tener siempre razón.»

contra el suelo, pronunciando estas palabras: *Está declarada la guerra, pero acordaos de que antes de tres meses habré deshecho vuestra monarquía como ahora deshago esa porcelana.* Este hecho y estas palabras dejaron asombrados á los agentes austriacos. Les saludó, salió y subiendo inmediatamente á un coche, mandó á un oficial que fuese á anunciar al archiduque Carlos que las hostilidades empezarían á las veinticuatro horas. M. de Cobentzel, intimidado, envió inmediatamente firmado el ultimatum á Passeriano» [1].

Paz tan gloriosa para la Francia no hizo, con todo, que se cerraran las puertas del templo de Jano en Europa; porque, no suscribiéndola la Gran Bretaña, los horizontes marítimos se mostrarían, por el contrario, más oscuros y tempestuosos, preñados del rayo que iba á abrasar muy pronto á las naciones que con tal ahinco buscaban asiento sólido para las instituciones y la independencia patrias.

España, una de las más interesadas en la paz, ni siquiera había logrado intervenir en los trabajos preparatorios de su restablecimiento, proyectados ó emprendidos en Berna y Udina, como tampoco el que se tomasen en cuenta las aspiraciones de su Gobierno en las conferencias de Lila. Aun así, desairada en todas partes, se proponía que sus representantes acudiesen al Congreso anunciado para Rastadt á que Napoleón, aun asistiendo á él por unos días, negó toda importancia, con lo que regularmente se libraron de un nuevo desengaño el marqués del Campo y el conde de Cabarrús que debían allí presentar las todos los días cambiadas credenciales con que, el segundo particularmente, vagaba de un lado á otro de la Europa central. Y mientras en París se celebraban las fiestas, para siempre memorables, del 20 Fri-

1 Entre las muchas comunicaciones que Napoleón pasó al día siguiente, 17 de Ocubre, cuya fecha lleva el tratado de Campo-Formio, varias de oficio y algunas de confianza, no se halla ninguna en que se describa esa escena. Por otra parte el archiduque Carlos no estaba frente al ejército de Italia; se hallaba aquel día frente á los del Rhin y tenía su cuartel general en Schweitzingen, cerca de Manheim.

mario (10 de Diciembre de 1797) en honor de los ejércitos franceses y, sobre todo, del general Bonaparte, que debía entregar al Directorio en el Luxemburgo el tratado de Campo-Formio, coronamiento de una campaña como ninguna de gloriosa, en España comenzó á revelarse una opinión tan general y razonada contra su Gobierno torpe y desgraciado, que habría necesariamente de producir su modificación y poco después su cambio, aunque pasajero y estéril.

CAPITULO III

MINISTERIO DE DON FRANCISCO SAAVEDRA

El convenio portugués.—El Ducado de Parma.—El Maestrazgo de Malta.—La invasión en Roma.—Saavedra y Jovellanos.—El Directorio y Godoy.—Embajada de Truguet.—Sale de Cádiz la escuadra de Mazarredo.—Proyectos de desembarco en Inglaterra.—Pensamientos de Napoleón.—Retirada de Godoy.—El Ministerio Saavedra.—Azara, embajador en París.—Negociaciones sobre Portugal.—Expedición de Egipto.—Planes de otra coalición.—La Hacienda española.—Reformas de Jovellanos.—Su exoneración.—Saavedra enferma.—Su reemplazo por Urquijo y Soler.—Sucesos de Irlanda.—Mudanzas en Italia.—Pérdida de Menorca.—Concepto del Ministerio Saavedra.

EL papel desairado que representó España en las conferencias para la paz, lo mismo en Udina para la celebrada con el emperador de Austria que en Lila al fracasar la negociación entablada con la Gran Bretaña, creó no mucho más tarde, con otros varios motivos, un estado de tirantez en las relaciones de nuestro Gobierno con el de Francia que, visto el giro que tomaba la política internacional en Europa, habría de producir mudanzas quizás radicales en el más débil, naturalmente, de ellos. De esos motivos, varios como acabamos de decir, que pudieran comprometer la amistad, harto generosa, de España con el Directorio

francés, era uno de los primeros y más influyentes la necesaria protección que D. Carlos se consideraba obligado á prestar á Portugal, cuyo reciente convenio con la República se resistía á mantener su gobierno en todo el rigor que era de desear si hubiera de llevarse á su completa y más eficaz ejecución. No era, en verdad, fácil que los Portugueses se mostrasen todo lo severos que el tratado presuponía para con los que consideraba sus aliados más fieles, paladines, los más resueltos también de su independencia nacional, aunque por un interés de los más imperiosos en la política absorbente que siempre ha observado la Gran Bretaña en cuantos países posean un litoral militar ó comercialmente importante. La posición de Lisboa, así geográficamente vista como por las condiciones de su puerto, habría de ser disputada por los Ingleses con la tenacidad que les es característica; y con la previsión que también les distingue, no sólo la defendían con la influencia que en ella han ejercido de continuo sino que la tenían ya guarnecida, siquier provisionalmente, con una fuerza naval suficiente, la de 8.000 hombres de su ejército y un presidio, numeroso también, en la fortaleza de Belén que domina y hasta cierra con sus fuegos la entrada en el *Mar de la Palla*, su extensa y magnífica bahía. Así es que el Gobierno portugués, desoyendo los consejos del de Madrid, aun dictados por el paternal cariño de Carlos IV, tan amante de su familia y lastimándose de la violencia que se quería ejercer por la Francia en aquellos momentos, no descansaba en la tarea de dilatar el cumplimiento del convenio de que dimos cuenta en el capítulo anterior. La condición de no permitir la estancia de más de seis navíos á la vez en las aguas de Lisboa, no convenía en manera alguna á la Inglaterra que, desde ellas y en combinación de su escuadra del Estrecho, surta en Gibraltar, conservaba una superioridad indisputable en aquellos mares, teniendo así como bloqueada nuestra escuadra de Cádiz é impidiendo, por consiguiente, su reunión con las francesas y holandesas que, juntas, pudieran aspirar

al dominio del paso de Calais y servir de vehículo y apoyo para la invasión de Irlanda. Así es que valiéndose de cuantos pretextos pudiera sugerirle el compromiso en que se veía y recurriendo á mediaciones las más extrañas y hasta al soborno de los personajes que se tenían por más influyentes en el Directorio de la República con sumas que se pusieron en manos de un emisario especial, el caballero Araujo, el Ministerio lusitano trató de obtener la ampliación de las condiciones del convenio anterior, no ratificado aún, extendiendo al de 22 el número de los navíos ingleses que hubiera de recibir en sus puertos. La trama era muy burda para que no distinguieran los Franceses lo que se ocultaba tras ella y las manos que la habían confeccionado; y, descubiertos, además, los medios con que pretendía volver ciegos á los que tan avisados se mostraban en negociación para ellos de tal empeño, no sólo hubo de fracasar sino que costó la libertad al emisario portugués, que necesitó, para recobrarla meses más tarde, de la intervención de todo el Cuerpo diplomático acreditado en París.

En el Gabinete español podrían observarse las fluctuaciones que eran de esperar tratándose de una situación tan excepcional como la en que se encontraba, entre los sentimientos más opuestos, el del amor del soberano á sus hijos de Portugal, el del miedo á la Francia, omnipotente en Italia donde nuestra familia real tenía tantos intereses también á que atender, y el que propios y extraños le señalaban como aliciente superior á todos para aprovecharse de la ocasión más favorable, providencial, le decían, para realizar el gran pensamiento de la unidad política de la Península.

Porque si el Directorio, por su órgano el embajador general Perignon, le invitaba á la conquista de Portugal, sin exigirle en ella participación alguna, aun ayudándole con 30.000 hombres, sacados del *valeroso é ilustre ejército de Italia*, todo sin otra mira que la de humillar á la Inglaterra, el marqués del Campo contaba ya al vecino reino como parte integrante de

la monarquía española y sólo le preocupaba la suerte de las colonias portuguesas, sobre las que no se descuidaría en caer la Inglaterra como había hecho con las holandesas y la nuestra de la Trinidad de Barlovento [1]. Godoy no sabía á qué atenerse ni qué resolver. Entre sus habilidades políticas, andaba latente en lo posible la de servir á su augusto amo y pagarle tanto y tanto favor como le debía con el restablecimiento de la monarquía en Francia elevando al trono al conde de Provence, con quien él y Carlos IV seguían correspondencia, aunque, como es de suponer, secreta é ignorada entonces. Pero desvanecidas esas ilusiones con el resultado de la jornada del 18 Fructidor, tan fatal para los realistas franceses, Carlos IV y su gran ministro parecieron en el primer momento inclinarse del lado de la guerra con Portugal, eso sí, del peor modo, valiéndose de la cooperación material de los republicanos, aun con el peligro de una propaganda democrática, la más eficaz, como que habría de ser ejercida por soldados, en contacto perenne con los nuestros en la campaña, y con el pueblo que naturalmente los recibiría en su sociedad, alojamientos y mesa, tan hospitalario ha sido siempre y accesible.

La ocasión era, con efecto, una de las más propicias que se han ofrecido á España para el recobro de tal joya como el territorio portugués, tan torpemente legada por un monarca castellano y no hacía mucho más de un siglo perdida

1 Para apreciar el desinterés del Directorio, allá va uno de los párrafos de la nota de Perignon á Godoy, su fecha, la del 13 de Mayo de 1797. «Príncipe, le dice; Me glorío de ser el órgano de mi patria en tan propicias circunstancias, y creo con el Directorio ejecutivo que Su Majestad Católica sacará provecho de ellas para terminar la grande obra política en que tanto se interesa la seguridad de Méjico, quiero decir, la retrocesión á la República francesa de la Luisiana y la Florida.» Este desinterés se completaba con el siguiente consejo, referente, al parecer, á los temores de Campo: «Aceche V. E. el momento en que se halle libre el camino de las islas Azores, Madera y Cabo Verde, aproveche V. E. y haga guarnecer dichos puntos con tropas españolas. Venga después la entrada en Lisboa y Oporto por tierra y habrá V. E. comenzado á incomodar mucho á los ingleses en sus viajes á las Indias y confinarlos en su nebuloso país.»

por otro cuando con tan enérgica habilidad y con derechos, si discutidos, legítimos y patentes, la había reincorporado á la corona el más prudente y sagaz de nuestros soberanos. Hubiérales sobrado para su gloria á Carlos IV y su favorito, así como para la eterna gratitud de la patria el éxito de tal jornada, y hubiéranseles perdonado sus debilidades, tan perniciosas al primero, y su vergonzosa elevación al segundo, sus crasísimos errores, el mismo de guerra tan impopular como la de la Gran Bretaña. Pero, en vez de utilizar tal ocasión y circunstancias que á otro hubieran parecido providenciales, el Gobierno español, intimidado muy luego con la idea del paso de las tropas francesas para Portugal, trabajó por restablecer la concordia empleando cuantos medios podía tener á la mano, los conciliatorios de la diplomacia, los más influyentes de su amistad y alianza con la República y las artes que, equivocadamente entonces, supuso las más persuasivas para con los hombres que la representaban [1].

Eso valió á Godoy la gratitud de Portugal cuyo soberano le concedió el título de conde de Evora Monte, comprendiendo lo grata que sería á D. Carlos una gracia con la que supuso pagaría su tierna y eficaz solicitud.

El Ducado de Parma.

Otro motivo y no muy desemejante por los resultados que pudiera producir, era el de la necesidad, imperiosa en concepto de la corte española, de resguardar al Ducado de Parma de la suerte que se veía caber á todos los principados de la alta Italia con el establecimiento de las nuevas repúblicas creadas por el general Bonaparte. Ya hemos dicho cuán leal y correcta era la conducta observada por el Infante para con el Directorio, y Napoleón fué el primero en proclamarla como tal en sus despachos; pero

1 Se llegaron á poner 2.000.000 de francos en París para sobornar á los Directores; tanto apremiaba Cabarrús ponderando los peligros que se correrían en España con la entrada de los Franceses para su proyectada invasión de Portugal.

No se consiguió el soborno de los Directores ni el de las personas que más pudieran influir en ellos.

la vecindad de territorios con tan distinta forma de gobierno y la tirantez de relaciones de la República francesa con Roma y Nápoles tenían al país en continua agitación, por grande que fuera el cariño de los habitantes á su príncipe, que los trataba con uno verdaderamente paternal. Y no era que entonces se cuidase el Directorio de llegar por la violencia á la fusión de aquel Ducado con las otras repúblicas italianas, ya que su soberano tenía lazos de tan estrecho parentesco con el de España, sino que los republicanos de Italia tratarían de propagar sus ideas y con ellas adquirir nuevos prosélitos y extender su dominación. Para que lo consiguiesen sin las dificultades que eran de temer si hubiera de apelarse á la fuerza, se trató de dejar sin efecto el convenio celebrado á raíz del armisticio de Leoben, por el que se añadieron á los Estados de Parma dos pequeños feudos imperiales aislados en aquel territorio y que eran causa de frecuentes querellas, quedando así para el Ducado todo el de Plasencia con el uso de la pesca y la navegación por el Pó. Se entabló también una estipulación por la que irían á Parma 6.000 españoles que garantizasen su independencia, negándose el Gobierno español á enviar cuatro navíos á aquella costa, según lo deseaba Francia, por comprender que tal destacamento disminuiría la fuerza de nuestras escuadras sin prestársela suficiente al Ducado para la defensa de sus intereses marítimos.

Para obviar todas esas dificultades se ideó la cesión de la isla de Cerdeña al duque de Parma con su soberanía independiente y completa; pero el Infante se negó á aceptarla prefiriendo su destitución y extrañamiento de Italia al abandono de súbditos tan queridos y de quienes estaba diariamente recibiendo las demostraciones más calurosas de abnegación y lealtad. El Directorio, entretanto que se seguían estas negociaciones, había cambiado de opinión y no tardaron en sentirse las consecuencias, viéndose poco después las tierras de la izquierda del Pó invadidas por tropas de la Cisalpina mandadas por Pino que hizo plantar inmediatamente

en los pueblos ocupados el árbol de la libertad. Ante ese atropello y observando los efectos que iba produciendo la propaganda en sus vasallos, como buenos italianos, tornadizos y revoltosos, y con la entrada, para colmo de vejámenes, de una fuerza de más de 10.000 franceses en el Ducado contraviniendo el anterior convenio, el Infante manifestó conformarse con su traslación á Cerdeña. Era ya tarde, en Francia corrían otros vientos, como vulgarmente se dice, y en lo que menos se pensaba era en respetar los intereses del monarca español si se oponían en lo más mínimo á los proyectos que pudiera abrigar el Gobierno de la que Bonaparte había puesto en moda llamar *la Gran Nación.*

El Maestrazgo de Malta.

Para cohonestar esos desaires que ya se iban haciendo de todos los días, y pensando los republicanos franceses que con halagar la vanidad del Príncipe de la Paz, que entonces se mostraba muy enojado con ellos, se satisfacía mejor que de modo alguno distinto á su augusto amo, idearon una combinación que bien se veía iba principalmente dirigida al provecho y engrandeciminnto de la República. Se supo que estaba próximo á morir el Gran Maestre de la Orden de Malta; y no dudando de que Godoy aspiraba á una soberanía, se le hizo proponer por Perignon el maestrazgo de aquella isla, al que se temía aspirasen los monarcas de Nápoles ó San Petersburgo. Los gastos para la elección, si grandes para Francia, cuyo tesoro se hallaba exhausto, no lo serían para el rey de España ni aun para el Príncipe de la Paz, en concepto del Directorio, y no valían, de todos modos, lo que un cargo tan honorífico é importante en la política europea. Lo que no valía ciertamente era lo que á Francia el tener en el Mediterráneo un establecimiento como el de aquella isla, cuya ocupación influiría sobremanera en los destinos del mar que los Franceses deseaban poseer con dominio exclusivo, Napoleón, sobre todos, que ya soñaba con su jornada á Egipto. Y como, ocupada Malta por un príncipe español, podía considerarse en aquellos tiempos

posesión francesa, el Directorio, inspirándose en las ideas de su general favorito, como suyas, de aquella grandeza oriental que siempre le distinguió, hizo á Godoy tan halagadora propuesta. No dejaba Carlos IV de inclinarse á que la aceptara para lo que pensó en un enlace que dando á Godoy el carácter de tal príncipe y de casi, casi de la sangre real de España, le permitiera presentarse en las asambleas de los soberanos, su más ardiente deseo en el inmenso cariño que le había cobrado. Destinábale una sobrina suya, hija del infante D. Luis, casado, como saben nuestros lectores, con doña María Teresa de Vallabriga y excluído de la sucesión al trono por la real pragmática de 23 de Marzo de 1776. Cuentan, y asegura Muriel habérselo oído al mismo Godoy, que el Rey le había dicho con ese motivo: «Yo haré que puedas presentarte con honra á desempeñar la alta dignidad que te destinan.» Ya la hubiera aceptado, con efecto, el favorito, pero con las condiciones que imponía en su respuesta de 5 de Mayo de 1797 al embajador de Francia, entre las que descollaba la de no obligarse á *contraer un voto solemne de castidad renunciando al matrimonio*.

La invasión en Roma.

Si cupiera dudar de la política absorbente que se había propuesto la República ejercer en el Mediterráneo y especialmente en Italia, no hay más que echar una ojeada sobre lo que pasaba en Roma para comprender toda la extensión que se la quería dar desde el momento en que el general Bonaparte la hizo triunfar y consolidarse en las altas regiones de aquella península en que tantos laureles acababa de recoger. También ese asunto inspiraba á Carlos IV el más vivo interés, tanto por la causa en sí misma como por el afecto personal que sentía hacia el Sumo Pontífice, el venerable Pío VI. No escasearon, por lo tanto, al Papa los avisos de la corte de Madrid sobre las maquinaciones que se urdían contra él y los peligros que iba á correr. Á pesar de la protección que le había dispensado el rey de España por medio de Azara, según expusimos en el anterior

capítulo, no podían todavía sentirse los efectos del tratado de Campo-Formio, cuando, olvidando el Directorio las estipulaciones también del de Tolentino, hacía escribir á su embajador en Roma, José Buonaparte, hermano del general, que, lejos de contener á los enemigos del Pontificado en sus manejos revolucionarios, los estimulara á llevar á cabo sus proyectos de destruirlo y de establecer en su lugar el imperio de de la libertad. Con decir que Laréveillère Lépaux, el inventor y cacique de los *Theophilántropos*, se valía, para dar sus instrucciones al que después habríamos de llamar los Españoles el *Rey Filósofo*, de la astucia y maldad de Talleyrand, basta para comprender lo negro de la intriga con que se preparaba la ruina de la silla apostólica en la Ciudad Eterna [1]. Aquel mismo Director escribía á Napoleón: «Por lo que hace á Roma, el Directorio aprueba las instrucciones que habéis dado á vuestro hermano el embajador sobre que se impida que se nombre un sucesor á Pío VI. La coyuntura no puede ser más oportuna para fomentar el establecimiento de un gobierno representativo en Roma, y para sacar á Europa (bien podía haber dicho, al mundo entero) del yugo de la supremacía papal» [2].

1 Laréveillère estableció el culto de los teophilántropos, grosero y hasta ridículo, en cuatro iglesias de París que profanó con las pantomimas y canciones en que consistía. Cuéntase que las meretrices de París inventaron con esa palabra la de *Filoux en troupe*, retruécano que hizo mucha fortuna. Su profeta, que no era otro que el célebre Director que acabamos de nombrar, pretendió una subvención para el sostenimiento de aquel culto; y, quejándose de la frialdad con que el público lo miraba, le respondió Barras: «Jesucristo, para fundar la Religión, se dejó crucificar: haz tú que te guillotinen y quizá entonces la tuya hará fortuna.»

2 Las instrucciones de Napoleón á su hermano constan en uno de los despachos de su correspondencia, el que lleva el número 2.266, tomo III, con la fecha de 29 de Septiembre de 1797; pero, como antes dijimos, fué necesario, para darlas, olvidar cuanto había trabajado en Tolentino con el fin de garantir al Papa su residencia en Roma y sus atribuciones, así espirituales como las que le competían por su poder temporal. El principal objeto de ese despacho es el de que se haga salir de Roma al general austriaco Provera, encargado entonces del mando de las tropas del Papa, y de que no se elija, en caso de morir Pío VI, al cardenal Albini, á quien dice que España también quiere excluir.

No necesitaba tanto la gente más acalorada por las ideas republicanas en Roma para ponerse á laborar decididamente porque triunfasen cuanto antes; y con el beneplácito ó no del embajador francés que, á lo visto, no debería ser lo extraño que piensa el Sr. Azara en sus correspondencias, al movimiento insurreccional que se verificó en su tiempo, lo iniciaba el 29 de Diciembre al pie y dentro también del palacio de la embajada [1]. «Había en Roma, según escribía Azara, como en aquel tiempo había por todas partes muchos jóvenes atolondrados, entregados al desorden y al libertinaje, odiando cuanto pudiese reprimir sus pasiones, con la cabeza llena de teorías absurdas en materia de gobierno, cuyas consecuencias no eran ellos capaces de juzgar. Era entonces de moda, ó por mejor decir, contagio dominante ser republicano. En Roma era mucho mayor el número de tales cabezas que en las demás capitales de Europa, porque el gobierno papal era suave y tolerante, y porque ya en todo tiempo fué esta capital asilo de extranjeros y como una suerte de patria común que los protege á todos, sin distinción de naciones y creencias» [2]. Si á eso se añade la fuerza que había adquirido la propaganda de los republicanos cisalpinos, desde el trata-

1 En las Memorias del Rey José puede leerse el despacho que dirigió á Talleyrand desde Florencia describiendo los sucesos de aquel día en Roma y manifestándose ajeno á la conspiración que los produjo. Esa relación es en algunas partes parecida á la de Azara que la escribiría inspirándose en las frecuentes conferencias que celebró con el hermano de Napoleón aquel día; pero con las cartas de éste y de Laréveillère á la vista, atendiendo á la circunstancia de haber sido el teatro de la lucha la embajada de Francia, la del uso de las escarapelas tricolores por los revolucionarios romanos, y, sobre todo, la de haberse ido éstos en pos de él al marcharse (lo cual suprime en su despacho), pocos serán los que consideren á José Buonaparte exento de toda culpa en tan criminal atentado.

2 Por tan exacto tenemos ese relato de Azara, cuanto que, no semejante, sino que igual ha sido el espectáculo que ofreció Roma en 1849. Los que en este año estuvimos en aquella capital y en los Estados todos del Pontífice romano, observamos los mismos extravíos y semejantes ingratitudes y excesos en la nueva generación, si no educada como la anterior en las Escuelas Pías de Toscana y Roma, que así la inficionaron, buscando en la imitación los resultados de las jornadas de 1848 en París.

do, especialmente, de Campo-Formio, y la no menos activa que se puso á ejercitar el general francés Duphot que acababa de promover, y con éxito, una insurrección democrática en Génova, no es de extrañar que unos cuantos mozalbetes de todas las clases de la sociedad romana creyeran llegado el momento de emanciparse de la, aunque patriarcal, tutela al fin de un gobierno que les quitaba la esperanza de, como decía también nuestro embajador, lucir los plumeros y sables que la revolución y la guerra habían puesto en moda.

El tumulto del 29 de Diciembre, capitaneado por un sacerdote, el abate Piranesi, otro Talleyrand en lo de tirar los hábitos clericales para lanzarse al mundo de las concupiscencias, y con la acción de Duphot, que la pagó con la vida, si al pronto reprimido por la fuerza y produciendo la marcha de Buonaparte á pesar de todas las reflexiones que le hizo nuestro embajador, obtuvo, por fin, el objeto deseado. José Buonaparte salió de Roma, seguido, ya lo hemos dicho, de los revolucionarios que se habían amparado en su palacio; y su marcha, al ser conocida en París al mismo tiempo que la muerte de Duphot, produjo en el Directorio la resolución de acabar con el Pontificado inmediatamente. El general Berthier que, por ausencia de Napoleón, mandaba el ejército de Italia, se dirigió á Roma á la cabeza de fuerzas numerosas; y aun cuando fingiendo á Azara, que le salió al camino, y, por su conducto, al Papa la intención de satisfacerse con condiciones que en nada alteraban las esenciales del tratado de Tolentino, fraguó desde su campamento del Puente nuevo la conspiración, la farsa, después, en el foro de proclamar la República, y el destierro del Papa á Siena, en Toscana, elegido, es verdad, por él después de las graves dificultades opuestas por los cardenales y diplomáticos para que fuera S. S. á establecerse en España ó Portugal [1].

1 Sobre el despojo del Vaticano no hay que hablar, pues no quedó vaso sagrado ni relicario de que no se apoderaran los comisarios franceses, lo mismo que en las demás iglesias con inclusión de las españolas. Ese despojo se exten-

Claro es que Carlos IV habría de lamentar tamaña catástrofe como la sucedida al Vicario de Cristo; pero hasta hubo de desistir de hacer reclamación alguna al Directorio por los atropellos del general, su delegado en Roma, cuando el marqués del Campo manifestó á nuestro Gobierno que ni siquiera se había atrevido á presentar al francés las que se le trataban de dirigir al llegar á su conocimiento tan tristes sucesos. Escribía Campo: «Podríamos exponernos á un sonrojo»; como si no se hubieran ya experimentado varios desde que se entabló tan fatal alianza como la de San Ildefonso, recientemente, sobre todo, en las cuestiones de Portugal y Parma. Mas para que pueda apreciarse la perspicacia de nuestro diplomático, he aquí que el Directorio vino á acreditarla proponiendo y aun instando al Rey para que diese asilo en sus estados al Papa, á quien consideraba en Italia origen de graves compromisos para él y para la República. Y entonces, puesta á prueba la adhesión del soberano católico á la silla apostólica, sucedió que los deseos de ofrecerle asiento digno y venerado no pesaron en la balanza lo que los peligros que podrían correr las instituciones en España y la religión misma, que se harían blanco de los manejos y tiros revoluciona-

dió al cuarto mismo del Papa que describe así Azara: «No contento con eso (Haller) guardó para sí la honrosa prerrogativa de maltratar personalmente al Papa, puesto que entró en su cuarto, é hizo delante de S. S. el inventario y secuestro hasta de los muebles de menos valor. Le quitó el breviario y la caja del tabaco, que no valía un *sequín*, lo mismo que una cesta con bizcochos. Así en un abrir y cerrar de ojos quedó despojado de cuanto tenía: no le quedaba sino los hábitos que tenía puestos, sin dejarle ni una sola camisa para poder mudarse».

Aquí comete el Sr. Lafuente un error de traducción y otro de fechas que deben subsanarse. El primero consiste en decir de Massena, cuando este general quedó mandando en Roma: «Este guerrero, *que había salvado* á la Francia en Zurich»; y lo que dice Thiers, al referirse á los mismos sucesos, es: «Este héroe, á quien deberá la Francia eterno reconocimiento, porque la salvó en Zurich...» La batalla de Zurich tuvo lugar el 26 de Agosto de 1799. Lo de la insurrección de los Romanos contra los Franceses por haber sacado al Papa de Roma, y la de los soldados y oficiales republicanos contra Massena por sus violencias y rapacidad, no cuadran bien en el período histórico en que las coloca, que es algo posterior.

rios, y, negándose el asilo, se aconsejó el de Cerdeña, Malta, Nápoles, cualquiera que no trajese el menor compromiso á la hija predilecta de la Iglesia universal. Á pesar de eso no conviniendo al Directorio el de Portugal, que también se le indicó, ni á los gobiernos respectivos los antes señalados y hasta queriendo Toscana se enviase al Papa á Austria, fué preciso ceder también, aun no habiéndose acordado al Rey las condiciones que exigía para la traslación de Pío VI en último caso á Mallorca con todo su séquito de cardenales y servidores. Lo que ambicionaba el Gobierno de Francia era que, al morir el Papa, se celebrase en España el conclave, que así estaría al servicio del Directorio; tal idea se tenía de la dignidad y de la entereza de nuestros gobernantes. Importábales más á éstos, halagando las ambiciones de la Soberana, sacar fruto de desgracia tan deplorable para los arreglos, compensaciones y engrandecimiento de los duques de Parma, á que convidaba la nueva forma que iba dándose al mapa de Italia. El Gobierno español se interesaba mucho por la Iglesia y el Pontífice; pero no por su poder temporal cuya destrucción no le producía la inquietud que el del Infante que era preciso extender lo posible para secundar *los fines del Rey*.

Tantos y tan diversos y graves acontecimientos tenían que debilitar la acción del ministerio presidido por Godoy y hasta poner en peligro su existencia. Bien lo comprendía el favorito, y, si hubiera de creérsele, se andaba preparando á resistir la desgracia que tan de cerca ya le amenazaba.

Saavedra y Jovellanos.

Es indudable que deseaba acertar aun cuando no fuera más que por aparecer mereciendo los favores de que había sido objeto, injustificados en el concepto público, en el de todos los Españoles menos en el de quienes se los prodigaban sin tasa, teniéndole por el mejor de sus vasallos y el más hábil de cuantos ministros había conocido España. Con esa aspiración y la no menos laudable de mostrarse generoso cuando ya no creía muy difícil, y menos imposible, que se procurase su ruina en el ánimo de unos soberanos

que entonces no veían con otros ojos que los suyos ni confiaban más que en su lealtad y en su pericia, trató de asociarse personas que por sus antecedentes y por el favor de que gozaban en la opinión pública, sirvieran como de garantía de las intenciones patrióticas que abrigaba. ¿Era, como él dice en sus Memorias, que, decidido á abandonar la dirección de los negocios del Estado, inspirase al Rey la elección de algunos hombres especiales en unas circunstancias que exigían grandes luces para el gobierno? ¿Era que con el apoyo de esos hombres procurara sostenerse, lo mismo que en la gracia del Soberano, en la del país que, de ese modo, le consideraría tan magnánimo como hábil? Sea, en fin, por un recelo, no infundado, de que se le minaba con algún éxito en los ámbitos del palacio real, sea por arranque voluntario y comprendiendo lo errado de la marcha política por él emprendida ó por sugestión ajena, de algún amigo quizás, lo cierto es que el 21 de Noviembre de 1797 aparecía el nombramiento de D. Gaspar de Jovellanos para la Secretaría de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, y el de D. Francisco de Saavedra para la de Hacienda.

Parece que el conde de Cabarrús, vuelto de París tras de sus fracasos en Lila y Holanda, adulando, por supuesto, al valido con la esperanza de justificar y hasta hacer memorable su privanza, le aconsejó eso que Godoy supone inspiración propia, la elección de algunos hombres que, al ayudarle en su gestión gubernamental, le diesen fama de desinteresado y hábil. Y como Cabarrús era amigo íntimo de Jovellanos y de Saavedra y creía poder responder al favorito de que no defraudarían la confianza que en ellos depositara, se los propuso para esas Secretarías, logrando convencerle y arrancarle poco tiempo después sus nombramientos [1]. Godoy había

1 Tan amigo era Cabarrús de Jovellanos que, al dirigirse á la corte el ilustre asturiano, le salió aquél al encuentro en el puerto de Guadarrama para contarle la historia toda de su nombramiento y lograr de él que lo aceptase, resolución que no le costó poco alcanzar, así por las quejas que tenía de Godoy, como por las noticias que corrían en Asturias sobre las causas que con tal ra-

tenido que vencer la resistencia que le opuso la Reina á esa elección, prevenida, como estaba, principalmente contra Jovellanos, cuya presencia en Madrid la repugnaba tanto que, antes de consentir en su nombramiento de ministro, había conseguido del Rey el de embajador de Rusia con el objeto, así lo creyó la gente conocedora de las intrigas palaciegas, de tenerle todo lo más lejos posible de la corte. Fueron necesarias repetidas instancias, el empeño decidido de Godoy para que la Reina cediese en el suyo de no admitir en el consejo de ministros al poco antes desterrado, siquier fuera con pretextos fútiles de misiones que no podían disfrazar el verdadero objeto del viaje de Jovellanos al principado de Asturias. No costó, en verdad, tanto alcanzar el beneplácito de María Luisa para el nombramiento de D. Francisco Saavedra.

La elección no podía ser más acertada; disfrutando uno y otro de los escogidos de reputación general y justa fama de hombres probos, expertos en los ramos que se les encomendaban y, sobre todo, independientes, por razón de su carácter reconocidamente severo y patriótico. No necesitaríamos detenernos aquí en hacer su elogio, que mucho más elocuente aparecerá en la historia del reinado anterior al en que nos estamos ocupando; pero las vicisitudes, asaz interesantes, que hubieron de arrostrar en aquellos tiempos, y las mucho más graves y trascendentales en que les cupo después representar papel importantísimo en el espectáculo glorioso que ofreció al mundo la nación española, nos mueven, al recordarlas

pidez iban precipitando la nación á la bochornosa decadencia en que la veian cuantos no se hallaban obcecados por sus prejuicios en favor del privado. «Pero su honor, dice D. Cándido Nocedal en la *Vida de Jovellanos* al hacer el juicio de sus obras, su decoro, la confianza que tenía en sí mismo para resistir las malas tentaciones y para sufrir las consecuencias de la integridad de su carácter, ganaron, como debian, la partida, y se presentó en su puesto. ¡Puesto de espinas siempre en épocas revueltas y azarosas! Más aun en aquella en que le ocupó el ilustre Jovellanos»

Cean Bermudez dice por su cuenta: «Le escribe el Príncipe de la Paz dándole la enhorabuena, y él intentó responderle, pidiendo otra colocación más tranquila; pero su hermano lo resistió, y le obliga á obedecer y dar gracias».

ahora, á presentar á nuestros lectores algún dato que les dé á conocer esos dos meritorios é insignes varones.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos, nacido el 5 de Enero de 1744 en Gijón de una familia ilustre del Principado de Asturias y que había hecho brillantemente sus estudios en aquella ciudad y en las de Oviedo, Ávila y Alcalá de Henares, tuvo su ingreso en la carrera judicial como Alcalde de Cuadra, que así se llamaba entonces á los del crimen en la Audiencia de Sevilla; siendo, por curioso lo recordamos, el primero en desterrar de su cabeza el blanco pelucón que usaban los de su clase en los tribunales de España [1]. Trasladado á Madrid en 1778 con harto sentimiento de los sevillanos que habían podido apreciar los raros talentos que le adornaban, y después de ejercer, aunque por corto tiempo, las funciones de Alcalde de Casa y Corte, pasó al Consejo de las Órdenes, donde diez años después le cogía la muerte de Carlos III, lamentada en su tan controvertido *Elogio*. Allí también y con motivo de la defensa de Cabarrús, víctima entonces de las persecuciones de Godoy ó sus criaturas, del ministro Lerena principalmente, por asuntos del Banco de San Carlos; allí también le sorprendió el destierro con apariencias de comisión que le confinaba á Asturias, en cuya capital entraba el 12 de Septiembre de 1790.

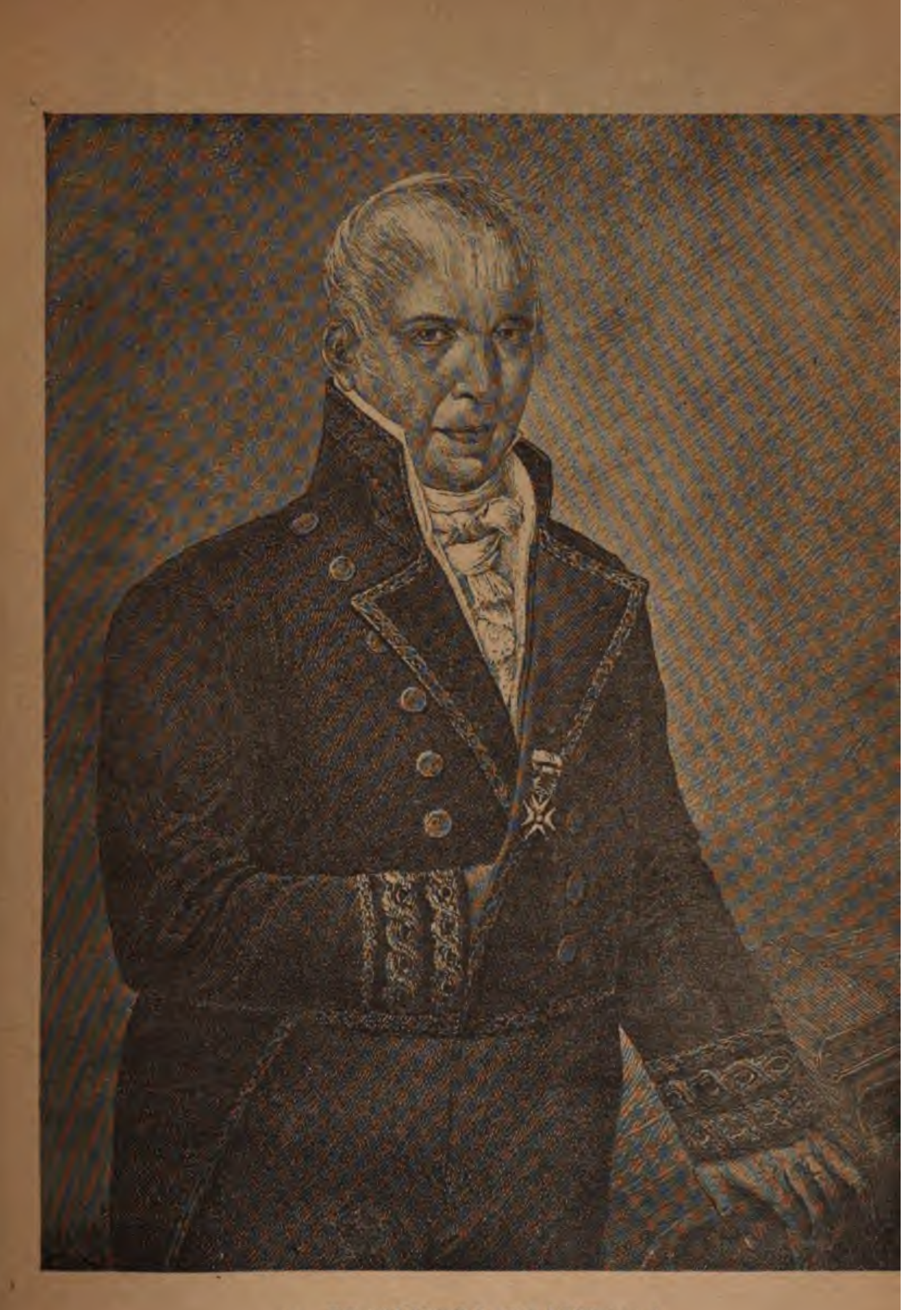
Su fama de excelente poeta y dramaturgo, corría ya de boca en boca en toda España con la de juez íntegro y severo y entendido administrador, siendo tan elogiadas sus composiciones de *El Pelayo*, *El Delincuente honrado* y la *Descripción del Paular*, como sus discursos académicos, el *Informe sobre la ley agraria* y la *Memoria sobre los espectáculos y diversiones públicas*. Era, la de Jovellanos, una reputación tan honrosa como merecida y justa: así es que su nombramiento para el

1 Cuentan que el conde Aranda, de quien fué á despedirse en Madrid, le había dicho: «No se corte usted su hermosa cabellera; yo se lo mando (era entonces Presidente del Consejo). Haga usted que se la ricen á la espalda, y comience á desterrar tales zaleas, que en nada contribuyen al decoro y dignidad de la toga».



D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

OPIA DE UN RETRATO AL ÓLEO AUTÉNTICO QUE CONSERVAN SUS DESCENDIENTES



D. FRANCISCO SAAVEDRA

(Reproducción de un retrato al óleo existente en Sevilla.)

ministerio de Gracia y Justicia fué recibido en España con aplauso universal.

No lo fué menos el de D. Francisco Saavedra, ministro que era entonces del Supremo Consejo de la Guerra, tenido por la opinión en grande estima, aun cuando no pudieran sus cualidades de ilustración y de carácter compararse con las de su nuevo colega [1]. Era hombre Saavedra de vastos y diversos conocimientos, de carácter dulce, complaciente y con el deseo de aparecer bondadoso para todos, altos y bajos, poderosos y humildes. El patriotismo, sin embargo, era su cualidad sobresaliente y á ella más que á ninguna otra debió el favor de que entonces gozaba en la opinión y el mucho mayor de que después disfrutaría en las ocasiones, más solemnes aún, que le ofreció la guerra de nuestra independencia de 1808 á 1814. Sus talentos en la presente de su elevación al ministerio no le servirían, sin embargo, lo mismo que al sapientísimo Jovellanos, sino para hacer más ruidosa y lamentable su ruina.

En algo se dió á conocer la presencia de Saavedra y Jovellanos en el ministerio, sobre todo en el ramo de Hacienda con la real cédula de 9 de Marzo de 1798 para la consolidación de la deuda, esto es, de tantas deudas como las contraídas en los anteriores reinados y las creadas en el de Carlos IV, de que ya hemos dado cuenta. En el de Gracia y Justicia, no bien se preparaba Jovellanos á tomar medidas que exigían la situación lamentable del jefe de la Iglesia y la actitud consiguiente del clero español, así como los procedimientos y la marcha de los tribunales, cuando un disentimiento con Godoy sobre la destitución ó no de un obispo de Ultramar, le hizo comprender que no cabían regularidad ni reformas en tan delicado ramo de la administración pública interviniendo en ella un hombre todo pasión, orgullo y des-

1 No es grande el concepto que de él revela D. Antonio Alcalá Galiano en su Historia de España. En ella le supone «tenido entonces en alta estima, y cuya reputación, según acreditó en ocasiones posteriores, y aun de allí á poco era muy superior á su mérito, aunque alguno tuviese».

ni de los botafuegos que trataban de comprometer al Directorio y á Talleyrand, Tallien y Bonaparte con sus temerarios proyectos y patrióticos furores, pero decidido á no dejarle traslucir la situación difícil de su gobierno y menos su espíritu hostil á la personalidad suya, la del Príncipe de la Paz, que tenía por el mayor estorbo á la política republicana. Porque hasta se le consideraba á la cabeza de un partido llamado inglés, del que formaban parte los duques del Parque y Osuna, calificado, este último, del *Orleans español* en los papeluchos que á voz en grito se anunciaban por las calles de París.

Embajada de Truguet.

Godoy, siguiendo esos consejos, recibió á Truguet con el mayor agasajo y trató de atraérselo á su amistad é interés; éso á pesar de lo violento del lenguaje usado por aquél al presentar al Rey sus credenciales, en un discurso dirigido, más que á otro objeto, al de juzgar la política del Gobierno español con una severidad inusitada en esa clase de ceremonias, y menos entre naciones ligadas con tan estrechos vínculos de amistad y alianza [1].

Aunque las alusiones hechas en un acto que tanto tiene de etiqueta, pues que los asuntos de gobierno más parece que deben tratarse con los ministros, iban dirigidas contra los emigrados franceses á quienes se suponía protegidos en España, demasiado comprendió Godoy que encerraban reticencias no poco transparentes contra él; y en su temor á los resultados á que pudieran conducir y en su deseo de sostenerse, por más que diga otra cosa en sus Memorias, procuró satisfacer, si es que ya cabía hacerlo, á un hombre tan mal dispuesto para con su personalidad, cediendo á varias de las reclamaciones y exigencias del Directorio.

1 Así concluía el discurso de Truguet: «Amistad sincera, deferencia y lealtad con los aliados, noble bizarría contra los enemigos armados, desprecio y castigo de los traidores; estos son, señor, los sentimientos del pueblo francés y de su gobierno, y estos mismos reclama y espera de sus aliados». Parece además, que, al retirarse, lo hizo volviendo la espalda al Rey, lo cual escandalizó grandemente á los cortesanos y ministros que presenciaban el acto.

Una de ellas, y de las más importantes, tenía por objeto el de que la escuadra española surta en Cádiz se hiciese á la mar para batir á la inglesa que bloqueaba aquel puerto, muy inferior á la nuestra puesto que sólo constaba de 8 á 10 navíos de línea. El general Mazarredo, á quien no puede tacharse de pusilánime, comprendía, y así lo hizo conocer al Gobierno, que no eran los barcos que le observaban los temibles; pero, seguro de que los aventaría al salir él con los suyos, lo estaba también de que no muy adentro del mar se vería frente á frente de una escuadra enemiga, tan superior á la de su mando que sería, más que una temeridad, una locura el esperarla y procurar resistirla. Ante las órdenes imperiosas del Gobierno hubo, sin embargo, de darse á la vela en la noche del 6 al 7 de Febrero de 1798 con 21 navíos, de los que 5 de tres puentes, algunos otros barcos, fragatas ó bergantines, y con *La Vestal* en conserva, fragata francesa con más oficios de espía y censora de la conducta del almirante español que de vigía y auxiliar suya. Y sucedió lo que Mazarredo había previsto. Los navíos ingleses, tan pronto como vieron el aparato de nuestra escuadra abandonando la bahía de Cádiz, tomaron el largo hacia la costa de Portugal, poniéndose luego en comunicación con la armada del almirante Jerwis, que, desde Lisboa, donde se mantenía fondeada contra lo pactado con Francia por el Gobierno portugués, salió precipitamente al encuentro de la española. Ésta ¿qué había de hacer? se volvió á Cádiz después de bordear entre Ayamonte y Sanlúcar de Barrameda hasta el 14, quedando todo á los pocos días como se hallaba antes; Mazarredo, inactivo y por añadidura enfermo, y Jerwis dirigiéndose de nuevo al Tajo, después de distribuir algunas de sus fuerzas para observar á las nuestras y para el bloqueo de las costas inmediatas. Pero el capitán de *La Vestal* tuvo, así, ocasión de interpretar la conducta de nuestros marinos á gusto de Truguet que, con eso, tenía pretexto, ya que no motivos, para, atribuyendo todo á culpa del

Sale de Cádiz la escuadra de Mazarredo.

Príncipe de la Paz, minarle en el concepto del Rey de España como estorbo para los planes más importantes que entonces tenía entre manos el Directorio.

Proyectos de desembarco en Inglaterra.

Porque es verdad, bien averiguada y patente ya para todo el mundo, que se andaba elaborando en Francia el proyecto de una formidable invasión de la Inglaterra, para la que se reunía en los puertos próximos al canal de la Mancha un poderoso ejército mandado por el general Bonaparte, á quien se consideraba como el único capaz de realizar con éxito una empresa que dejaría muy atrás, en opinión de los Franceses, á la tan feliz y decantada de Julio César. Se había reducido á cortísimas proporciones el ejército de Italia, suponiendo suficientes 25.000 soldados franceses y los de las repúblicas recientemente creadas para mantener la influencia de la gran Nación en aquella península; de los del Rhin se dejaban sobre 60.000 en observación de los resultados que pudiera dar el Congreso de Rastadt que tanto tardaba en constituirse y en abrir sus conferencias ó sesiones; y las tropas restantes iban encaminándose precipitadamente y llenas de entusiasmo á las costas del Océano. Era preciso aprovechar la época de los días cortos y de las nieblas espesas para sorprender á los Ingleses que, así, no lograrían impedir el desembarco de 60 ú 80.000 hombres y la ocupación después de su capital, objetivo el principal, de la irrupción francesa. Pero, de todos modos, convenía mucho que se unieran las escuadras de Francia, Holanda y España junto al Canal para proteger de todo evento el inmenso convoy que representaba fuerza tan numerosa y pertrechada. La escuadra holandesa había quedado inutilizada el 11 de Octubre en el combate reñido á la desembocadura del Texel con la inglesa del almirante Duncan que, además de hacer prisionero al enemigo Winter, echó á pique ó apresó varios de sus buques, quedando los demás inservibles por mucho tiempo para poderse unir á los franceses del Océano. De la española, no debía tampoco esperarse una acción bastante eficaz mientras

el lord San Vicente se mantuviera en aguas del Tajo, pudiendo disponer de fuerzas muy suficientes por su número y calidad para tenerla encerrada é inactiva en Cádiz. Por éso se estaban construyendo en Brest, Boulogne, Ostende y otros puertos de aquella costa lanchas cañoneras y gabarrones, bien armados también de artillería de grueso calibre, con que apoyar la marcha de los transportes que habrían de llevar las tropas al litoral opuesto.

Pensamientos de Napoleon.

Y con todo eso, el hombre singular destinado á tan grandiosa operación era el que menos pensaba en ella. No descuidó los preparativos para que se verificase con las mayores probabilidades de éxito; nombró los generales más expertos para que le secundasen, tanto del ejército del Rhin como del de Italia, que tan conocido le era; impulsó los armamentos que se hacían en toda la costa; pero era distinta la idea fija en su mente, la que de tal modo le preocupaba y le distraía de toda otra atención que en los mismos viajes realizados con el objeto de preparar la invasión proyectada en el Reino Unido, los papeles que llevaba, memorias, libros y planos, se referían á otro diverso y muy remoto de los lugares que iba visitando. Su imaginación, verdaderamente oriental, le llamaba á Oriente, á las tierras que pudiéramos llamar clásicas, teatro de aquella civilización maestra de todas las sucesivas, modelo de la misma en que vivía, civilización creada por los hombres más extraordinarios, cuya historia, doctrinas y progresos eran el alimento diario de su alma, siempre fija en la meditación de las grandes empresas ejecutadas en aquella antigüedad que le atraía y le subyugaba con su memoria y esplendores tan lúcidos como gloriosos [1]. Pero

1 En las Memorias de Talleyrand recientemente publicadas se lee, á propósito de esto, lo siguiente: «El joven general Bonaparte que hacía dos años ocupaba con tanto brillo la escena del mundo, no quería ir á perderse en la multitud de los generales de un orden común (simples); aspiraba á tener siempre en ejercicio á la fama y á continuar llamando la atención sobre él. Temía, por otra parte una situación en que se quedara sin defensa de los peligros que pudiera atraerle su misma gloria; bastante ambicioso para desear el poder su-

como ni la Grecia ni Roma unían á sus maravillosos recuerdos la idea de un objeto de alcance y resultados de interés moderno, práctico, como ahora se dice, y tangible, su ambición se remontaba al dominio de otros países que, superando á aquellos en lo estratégico de su posición lo mismo que en lo remoto de sus orígenes, cultura y poderío, llevasen á su patria al señorío del Mediterráneo, convirtiéndolo en un lago francés, como él decía, y á influir, así, de cerca en los destinos de las nuevas y ya grandiosas posesiones de sus enemigos en la India.

El Egipto y su ocupación por las armas francesas eran el bello ideal del general Bonaparte, que allí y no en el canal de la Mancha era donde esperaba dar el golpe de gracia á Inglaterra; considerando el solar británico, no difícil de asaltar pero imposible de someter, y sólo, en caso, amenazando sus aspiraciones de dominio desde Gibraltar á Constantinopla y desde el cabo de Buena Esperanza, que acababan los Ingleses de arrebatar á la Holanda, hasta las regiones más distantes del Asia, tocando ya al inconmensurable Imperio de la China. Sus estudios é investigaciones más prolijas, sus conferencias con las personas influyentes del Directorio y sus comunicaciones con los generales de quienes pensaba valerse, se referían á la gran expedición que tenía proyectada, si bien reservando en cuanto era posible el objeto, la oportunidad y la manera de su ejecución. No eran todos los consultados de ese parecer, y en el Directorio los había que, creyendo más urgente para la salud de la República la conquista de Inglaterra, se oponían á enviar á Egipto una parte, la más

premo, no estaba tan ciego como para creer posible llegar á él en Francia sin el concurso de acontecimientos que no se veían próximos ni aun probables.»

Y se continúa luego: «Firmada en Campo-Formio la paz con Austria y después de haberse dejado ver un momento en Rastadt, lugar convenido para tratar de la paz con el Imperio (porque á imitación de los antiguos romanos, la República francesa tenía por máxima el no comprender á dos de sus enemigos en un mismo tratado), vino á París para proponer al Directorio la conquista del Egipto.»

florida, del ejército y á su general favorito, á aquel precisamente de quien esperaban el éxito completo de una jornada tan halagadora para los Franceses. Pero tales fueron las instancias hechas por Bonaparte y tantos y tan fundados los razonamientos en que las apoyaba, que el Directorio, atendiéndolas por fin, aprobó la expedición á Egipto [1]. La de Inglaterra quedaría para el invierno, más propio para las operaciones que exigía, y para el venidero de 1798 al 99 contaba Napoleón con estar de vuelta después de haber convertido el Egipto en colonia francesa á que afluiría todo el comercio que entonces se estaba haciendo por el cabo de Buena Esperanza, y que iba á ser punto de escala y base de operaciones contra la India, sobre todo si se llegaba á formar en el mar Rojo una escuadrilla, considerable por el número y las condiciones de los buques que la constituyeran. Muy aventurada era la promesa por mucho que pudiera esperarse de tal hombre y por grande que fuese el optimismo de los que le escuchaban y habrían de ayudarle, deslumbrados por los brillantes discursos del general y la grandiosidad de una empresa que tenía algo de las que ya podían considerarse mitológicas de Baco y Sesostris y las de Ciro, Alejandro y los héroes romanos, sus sucesores en tal género de expediciones.

Desde ese momento, la actividad ejercida para la formación y establecimiento de los ejércitos franceses en las costas opuestas á las de Inglaterra é Irlanda, se dirigió al Mediterráneo, en cuyos puertos de Marsella, Tolón y otros se reconcentró

1 «Estas discusiones, dice Thiers, fueron en extremo acaloradas y produjeron una escena que nunca se ha referido exactamente. Bonaparte en un arrebato de impaciencia, pronunció la palabra dimisión. Yo estoy muy distante de proponerla, contestó con firmeza Lareveillére; pero si la hacéis, soy de parecer de que se os acepte. Desde entonces no volvió Bonaparte á pronunciar tal palabra».

Talleyrand dice en sus Memorias ya citadas: «Pero el Directorio creía tan útil el desembarazarse de un hombre que tanta sombra le hacía y á quien no se hallaba con medios para resistir, que acabó por ceder á las instancias de Bonaparte, ordenó la expedición de Egipto, le dió el mando y, así, preparó los sucesos que más interés mostraba en evitar».

toda por el corto tiempo que duraron los preparativos; pues, como veremos luego, el 19 de Mayo de 1798, salían del segundo de ellos la escuadra y los transportes con las tropas hacia Malta y Alejandría. En la costa del Norte continuaron los preparativos bajo la dirección y el mando del general Kilmaine; pero no ya con el ardor de antes y sólo así como para mantener la alarma en Inglaterra, donde no se descansaba un momento en la tarea de crear nuevos cuerpos de milicias, fortificar los puntos en que pudiera intentarse un desembarco y armar cuantos buques fuera dable disponer para una campaña activa en los mares franceses. Llegó el número de los barcos de guerra por aquellos días al de 112 navíos de línea y 20 de á 50 cañones, 167 fragatas y 275 embarcaciones menores; necesitándose para el sostenimiento de armada tan formidable y el del ejército aumentar los tributos de todo género en proporciones que dieron lugar en el Parlamento á las más acaloradas polémicas con la oposición por lo exagerados que parecieron aún en circunstancias tan críticas.

Retirada de Godoy.

La agitación que todo eso producía en Francia era superior á cuanto puede ahora calcularse, excitados los ánimos con el inmenso triunfo de una paz tan gloriosa, conquistada con las armas sobre la Europa coaligada antes, y sobre el Imperio después, baluarte que se tenía por el más robusto de las antiguas monarquías, pero más aún, quizás, con la esperanza de acabar con su irreconciliable enemiga la Gran Bretaña y eso en su solar mismo, no violado por extranjera planta desde la época de Guillermo el Conquistador. Pero esa agitación se extendía en sus impulsos contra los que la opinión en París consideraba cómplices de los Ingleses en su gigantesca lucha, contra Portugal, de consiguiente, que les daba abrigo en sus puertos, y contra la misma España, aliada y todo, pero que no ponía de su parte cuanto fuera necesario para imponerse á la corte lusitana, disculpándose con afecciones de familia que la política no debía reconocer como legítimas. Y como el Directorio no

sospechaba del pueblo español proclamándolo siempre como afecto y leal á la Francia, ni del Rey cuyo carácter caballeroso reconocía, achacaba todas las resistencias opuestas á sus miras al Príncipe de la Paz, teniéndolo por desafecto á la República y amigo, siquier solapado é hipócrita, de la Inglaterra.

Las quejas del Directorio eran contestadas por Godoy con otras no menos amargas; valiéndose de la conducta observada por el Gobierno francés en los asuntos de Roma, Parma y Portugal, como argumento para demostrar una falta de consideración y aun de buena fe para con el Rey que acabarían por enfriar sus sentimientos de amistad y alianza con la República. Escribía Godoy al marqués del Campo después de algunas frases apoyadas en esas consideraciones: «El Rey me manda decir esto á V. E. para que pida una respuesta categórica al Directorio, tal cual lo exigen sus relaciones con la España, su amiga y aliada; y desearía que sin embarazarse de otras cosas, ni interrumpir las unas con las otras, dijese el Gobierno francés qué piensa de Roma, si ha de quedar el Papa con dominio temporal, qué extensión se ha de dar á los estados del Señor Infante Duque de Parma, cuáles al rey de Nápoles, cómo ha de quedar la República Cisalpina, cómo la de Génova, si ha de haber en Italia más gobiernos que los de Nápoles, Cerdeña, Parma, Florencia, Santa Sede, cisalpino y ligúrico. Estas cosas que se responden prontamente cuando hay confianza, no deben empachar al Directorio para satisfacerlas, y antes bien conviene no ignorarlas para formar desde luego los planes que interesan á cada soberano.

Obtenga V. E. una satisfacción cual le encargo; y en su vista le daré las instrucciones que convengan al mejor servicio del Rey.»

Este despacho del 15 de Enero de 1798 era á todas luces fundado, y difícilmente podría contestarlo el Directorio que andaba ejerciendo una política tan contraria á la que aquel escrito revelaba como la única digna del gobierno español. No hallando, pues, respuesta satisfactoria que dar, hizo lo

que todo el que no tiene la razón de su parte, desahogó su cólera amenazando á su vez si á él no se le satisfacía en sus primeros motivos de queja, la permanencia de los prófugos y emigrados franceses en España. El agente republicano en Madrid, el ciudadano Perrochel, entregó al Príncipe de la Paz una nota en que le decía: «En vista del tratamiento de los Franceses en España, se pregunta uno á sí mismo, si Francia y España están todavía en guerra. Príncipe, es preciso que cese tal escándalo.»

De modo que si amenazador era el despacho de Godoy, más aún lo era el del Directorio, con la diferencia, sin embargo, de que el ministro español aducía razones de gran peso y en asuntos de verdadera importancia, de interés y dignidad innegables para la corona, y el agente francés, saliéndose, como vulgarmente se dice, por la tangente, contestaba con un argumento tan trivial en causa más baladí todavía. Mas, aun siendo así, se dió el 23 de Marzo la orden para que todos los emigrados saliesen de España, exceptuando sin embargo, la isla de Mallorca donde, los que lo quisiesen, encontrarían albergue seguro y tranquilo. Condescendencia estéril; porque ya nada que no fuese la caída de Godoy lograría calmar la irritación del Directorio hacia su persona [1]. Truguet, impaciente por ejecutar las instrucciones de su Gobierno

1 No es cierto, como han dicho algunos historiadores, que la orden de expulsión de los emigrados franceses sea del tiempo del Ministerio Saavedra. Al tiempo mismo que el decreto autorizando al embajador francés para publicar el de 23 de Marzo, cinco días antes de la exoneración de Godoy, en que se mandaba hacer el empadronamiento de todos los franceses residentes en España, «para conocer, tanto á los ciudadanos franceses, se decía, establecidos ó que viajan por España, á quienes debe asegurar la protección y garantía de su nación, como á los individuos que sin tener circunstancia alguna de las que se requieren, reclaman ó usurpan esa misma garantía y protección, y á fin de poder tirar entre unos y otros la línea de demarcación señalada por las leyes de la república...» se circuló otro del rey de España disponiendo la expulsión á que nos venimos refiriendo. El del embajador se halla en la *Gaceta* del mismo 23 de Marzo: el de Carlos IV, que es de igual fecha, no se hizo público en ella; pero está dirigido al Príncipe de la Paz, prueba la más fehaciente de que se dió en su tiempo. Muriel lo transcribe íntegro.

llegó hasta á presentar al Rey un escrito enérgico, diplomáticamente hablando, contra el Príncipe y no destituído de expresiones, avisos saludables se decía, que podrían herir las justas susceptibilidades del Soberano, y que surtieron el efecto á que iban dirigidas. Si á eso se añade que no dejaban los ministros Saavedra y Jovellanos de, temiendo mayores males, cooperar á la ruina del favorito, insinuándose algunas veces en el ánimo de Carlos IV; y la flojedad por parte de la Reina en su defensa, no tardó en conocerse por la corte que no sería ya remota esa ruina, con lo que salieron á luz odios, hasta entonces encubiertos, de los enemigos y, se puso de manifiesto también la tibieza de muchos que antes tanto ensalzaban las cualidades del ministro para no verse privados de sus favores [1]. Y aun cuando el Rey parecía no atender á esos clamores y menos á las intrigas con que se quería pintar como peligrosa la permanencia del Príncipe en el mando por las relaciones que había adquirido entre todas las clases del Estado y el prestigio que se le suponía, dándole muestras de mayor afecto aún, como la de nombrarle coronél general de los regimientos de la infantería suiza, acabó por ceder y el 28 de Marzo le dirigía el decreto exonerándole, eximiéndole, por mejor decir, de dos de sus cargos, entre ellos el de Secretario de Estado.

Decía así aquella real disposición, que era preciso fuese todo lo honorífica posible: «Atendiendo á las reiteradas súplicas que me habéis hecho así de palabra como por escrito

1 Dice Godoy en sus Memorias: «Entonces fué cuando los mismos que antes me suponían odiado en todo el reino, no hablaban de otra cosa que del aura popular que yo gozaba, de los amigos que contaba en todas las clases, de las personas elevadas en todas las carreras que me rodeaban y me asistían con su influencia, de los grandes que me hacían la corte, de los hombres de letras que llenaban mi casa, de los aplausos y vivas que me daban las plebes, del afecto que me mostraban los cuerpos del ejército, del poder y ascendiente que tenia sobre las tropas de casa real, de mi protección á las ciencias y á los estudios nuevos, de mis largos proyectos de mejoras y reformas, de mis ideas en fin que las pintaban como novedades peligrosas al sistema religioso y al sistema monárquico. Estas voces las hacían llegar hasta el Rey, tan pronto por anónimos, tan pronto por intrigas y sutiles maniobras de palacio.»

para que os eximiese de los empleos de Secretario de Estado y de Sargento mayor de mis Reales Guardias de Corps, he venido en acceder á vuestras reiteradas instancias, eximiéndoos de dichos dos empleos, nombrando interinamente á Don Francisco de Saavedra para el primero, y para el segundo al marqués de Ruchena, á los que podréis entregar lo que á cada uno corresponda, quedando vos con todos los honores, sueldos, emolumentos y entradas que en el día tenéis; asegurándoos que estoy sumamente satisfecho del celo, amor y acierto con que habéis desempeñado todo lo que ha corrido baxo vuestro mando; y que os estaré sumamente agradecido mientras viva, y que en todas ocasiones os daré pruebas nada equívocas de mi gratitud á vuestros singulares servicios.»

El Ministerio Saavedra.

En la misma *Gaceta* y con igual fecha apareció también el nombramiento de D. Francisco Saavedra para el cargo interino de la Secretaría de Estado.

Parecía haber caído por tierra la ingente fábrica levantada por el favoritismo, cuyos cimientos se pusieron el día mismo en que bajó al sepulcro el rey Carlos III; y, sin embargo, los palaciegos, hábiles en conocer y distinguir las palpitaciones de la corte, y los estadistas, aun los medianamente instruídos en el arte de la política en tiempos en que el poder no tenía más fuerza ni más representación que la de la persona del soberano sin otros que lo ilustraran ó moderasen, comprendieron muy pronto que la exoneración de D. Manuel Godoy era tan sólo uno como punto de espera á fin de dar tiempo á que pasara la borrasca formada en los horizontes transpirenaicos y que en aquellos momentos se consideraba como incontrastable. Porque Saavedra y Jovellanos no se atrevieron á tomar la única medida capaz de robustecer, si era dable, la situación política de que eran representantes, aun cuando bien podían pensarlo, amenazados constantemente de cualquiera explosión del capricho ó de las pasiones á que desde los primeros tiempos de aquel reinado estaba sometida la gobernación de España. Esa medida no po-

día ser otra que el alejamiento del poderoso valido de una corte, toda ella postrada á sus pies por tanto tiempo y pendiente de un gesto, de una mirada de quien era señora absoluta del corazón y de la mente y las voluntades del soberano, árbitra, por consiguiente, como de los destinos del país, de la suerte de los que exteriormente pudieran representarlo. Y tan tímidos y tan débiles se mostraron los dos ministros, aun pensando que tal determinación sería la única salvadora de sus personas, que contuvieron al Rey en su primer impulso de dictar un decreto severísimo de proscripción que alejara á Godoy de su residencia de Madrid [1]. Saavedra y Jovellanos meditaron sobre el caso; pero debió arredrarles la idea de que una disposición que consideraban tan rigurosa podría acarrearles el odio de la reina y desistieron de ella. No había andado tan meticuloso Godoy con los que tomaba por estorbos al logro de sus ambiciosos proyectos; y ahí están los ejemplos elocuentísimos de sus exclusivismos y rencores en un Floridablanca y en un conde de Aranda, no sólo arrojados violentamente de la corte, sino metidos luego en las fortalezas de Pamplona y de la Alhambra. El acto de generosidad de los nuevos ministros no fué, pues, sino una torpeza inexplicable de la que tendrían muy pronto que arrepentirse.

Azara, embajador en París.

Pero si débiles se mostraron en ocasión tan propicia para sacar á España por algún tiempo y quizás para siempre, conocidas, como eran, las veleidades de la Reina, de la vergonzosa dominación en que yacía, más aún aparecieron en su política exterior, con lo que quitaron á la

1 Al ser Jovellanos llamado al ministerio, recibió una carta en que Godoy le decía: «Venga usted pues, amigo mío, á componer nuestro directorio monárquico.» Parece que Jovellanos enseñó la carta y algún *malsin*, como le llama el Príncipe en sus Memorias, hizo llegar al Rey esa frase, pero cambiando su última palabra *monárquico* por la de *ejecutivo*. Don Carlos quiso saber el origen de aquel cuento que Godoy le explicó, pero sin lograr satisfacerle completamente, á pesar de haberle presentado la minuta de la carta y de rogarle se hiciera presentar también la recibida por Jovellanos, que ya estaba en la corte.

vuelta del favorito al poder parte de lo odiosa que, de otro modo, se hubiera hecho [1]. Una de las muestras de la sinceridad de sus sentimientos amistosos hacia la Francia, fué el nombramiento de embajador cerca del Directorio recaído en D. José Nicolás de Azara, persona, como ya se ha visto, muy relacionada con los generales franceses del ejército de Italia y especialmente con Napoleón, quien le distinguía sobremanera y otorgó, por su influjo, al Papa y al duque de Parma favores que otro, quizás, no hubiera conseguido. «Este nombramiento, dijo Saavedra á Truguet, es la mejor prueba que nuestro Gobierno puede dar del vivo deseo que le anima de cultivar la buena inteligencia con la República francesa». Y con efecto, Azara, á la circunstancia de sus relaciones con Bonaparte y su hermano José como con Berthier y los demás jefes que tantas veces le habían visto en su cuartel general, reunía la de una afición, acaso exagerada, á la causa francesa. Había sido propuesto por Godoy para su nuevo cargo y éso cediendo al deseo de mostrarse agradable al Directorio; con lo que es más de extrañar que después le criticase por el lenguaje, en su concepto, demasiado humilde que usó al presentar en París las credenciales el 29 de Mayo, y por sus condescendencias para con el Directorio. Su discurso ante el Directorio era, con efecto, para autorizar en parte esa opinión del privado de Carlos IV, aunque injustificada en el que desde el tratado de Basilea no desperdició ocasión de mostrarse humilde servidor de la República, aun tratando de minarla por medios y procedimientos tan desleales como tenebrosos. Después de una despedida sumamente afectuosa del marqués del Campo, en que naturalmente se sacó á plaza la alianza ofensiva y defensiva contraída en el tiempo de su embajada entre la Francia y el Rey Católico, Talleyrand, como ministro de Relaciones Exteriores, presentó al Directorio en el salón de Audiencias públi-

1 Dice Rosseeuw Saint-Hilaire: «Separado Godoy, la única inspiración del reinado de Carlos IV es el miedo.»

cas el nuevo plenipotenciario español con frases que, como de tan hábil estadista, habrían de ser en tal circunstancia lisonjeras hasta no poder más para nuestro soberano y su representante. «La España, dijo entre otras cosas el ministro republicano, aliada mucho tiempo de la Francia, estaba destinada á serlo nuevamente de la República y á no separar nunca su causa de la nuestra. Su paz y alianza han excitado el gozo de los Franceses y la desesperación de sus enemigos. Sin duda que semejante pacto no experimentará la suerte de las alianzas antiguas, pues tiene por garantía, no ya aquellas vanas y frágiles combinaciones de una política momentánea, sino el interés bien manifiesto de los dos gobiernos y la lealtad tan justamente célebre de las dos naciones. Se consolidará todavía con el odio de aquel implacable enemigo del sosiego del mundo, que en sus proyectos insensatos se ha atrevido á meditar la ruina de una y otra.»

Con presentación tan expresiva habría de esperarse una arenga que no desmintiera sentimientos inspirados en intereses políticos que, una vez hecha la alianza tan preconizada por el precedente embajador, tenían forzosamente que resultar mutuos y comunes. Y Azara, que así lo entendía, representando, á la vez, á un gobierno que acababa de dar pruebas de humildad tales como las de la salida al mar de la escuadra de Cádiz, la expulsión de los emigrados franceses del suelo de la Península y la caída, sobre todo, de Godoy, no iría, de seguro, á quedarse atrás en la expresión, al parecer tan cordial, de la amistad y las esperanzas del Directorio en aquella nueva y solemne ocasión. Tocó hablar á nuestro embajador y dijo: «Ciudadanos directores. Al presentarme á vosotros por primera vez como Embaxador del Rey Católico, no repetiré lo que sabeis muy bien, y lo que es tan notorio: pues muy inútil sería recordaros que el Rey mi amo es vuestro primer aliado, el amigo más leal, y aun el más útil de la República francesa, supuesto que si las alianzas y la buena fe política se fundan en los intereses respectivos de las po-

tencias, jamás dos naciones habrán estado tan íntimamente unidas como la Francia y la España. Ninguna disputa territorial existe entre ellas; unos mismos son nuestros amigos y nuestros enemigos; la riqueza de España hará siempre la de Francia y la ruina del comercio de los españoles arruinará tarde ó temprano el de los franceses. El carácter moral del soberano á quien tengo la honra de representar aquí, afianza toda la exactitud deseable para cumplir sus empeños, y su probidad os asegura una amistad franca, leal y sin sospecha. La nación á quien gobierna está reconocida por su delicado pundonor: es vuestra amiga sin rivalidad cerca de un siglo hace; y las mudanzas acaecidas en vuestro gobierno, en vez de debilitar dicha unión, no pueden servir sino á consolidarla cada día más, porque de ella depende nuestro interés y nuestra existencia común. He sido testigo de las pasmosas hazañas de los franceses en Italia, y ahora vengo á admirar más de cerca la sabiduría que las dirigió. Harto feliz de que haya recaído en mí esta elección, seré el instrumento que estreche aún más los vínculos de nuestras dos naciones: y si he merecido muchas veces que el Directorio haya aprobado la conducta que tuve con ciudadanos franceses en momentos muy críticos, espero que mi reputación no se desmentirá jamás en esta parte» [1].

No estuvo menos expresivo el Directorio en su contestación. «Asegurad, Señor Embaxador, decía, asegurad á Su Majestad el Rey de España que en cambio de los sentimientos que ha manifestado al Directorio executivo de la República francesa, hallará de su parte respeto inviolable á sus empeños, y el más ardiente deseo de contribuir á la prosperidad de la nación española, y á la felicidad personal de Su Majestad.» Y para que se viera cuán acertada había sido la

1 Hemos transcrito íntegro el discurso de Azara y tal como lo estampó la *Gaceta de Madrid* porque al truncarlo, como han hecho otros, aparecen exagerados acaso los propósitos de amistad hacia el Directorio y el pensamiento de apretar aún más los lazos de la alianza, contraída tan imprudentemente por el mismo que después criticaba ese discurso.

elección de Azara en tales momentos como los en que se quería satisfacer tanto al Gobierno francés, continuó el Presidente del Directorio: «Por lo que á vos toca, Señor Embaxador, el interés que habeis tomado en la suerte de los franceses en tiempo y circunstancias muy espinosas, os ha grangeado el afecto de los numerosos amigos de la humanidad, y con una satisfaccion muy viva aprovecha el Directorio la ocasion de manifestaros solemnemente su agradecimiento en nombre de la República.»

Negociaciones sobre Portugal.

No tardó en presentarse la ocasión de hacer ver si, con efecto, ejercía D. José Nicolás de Azara la influencia que con tales antecedentes era de esperar en el Directorio francés. Porque se hallaba pendiente de un acuerdo definitivo la magna cuestión de Portugal, tantas veces tratada entre los gobiernos respectivos y el de España, y siempre sin resolverse de un modo ú otro hasta producir la paz ó la guerra. Carlos IV tenía el mayor empeño en sacar á Portugal del grave compromiso en que se hallaba, entre las amenazas, puede decirse que diarias, que le dirigía el Gobierno francés y el temor natural de romper con la Gran Bretaña, salvaguardia que consideraba como la más robusta de su independencia. Porque era realmente una quimera, lo ha sido siempre y es probable que siga siéndolo por mucho tiempo, lo de separar al reino lusitano de la, más que alianza, tutela en que se ha constituído respecto á Inglaterra, temeroso de verse, como debía ser, absorbido por la gran nacionalidad de que era parte y de que la separaron la torpeza de uno de nuestros soberanos, las discordias incesantes que han tenido siempre dividida á España y el mal entendido espíritu de separatismo que, de secular, se ha hecho innato en los Portugueses. Es indudable que desde poco después de la disgregación de la Lusitania en el siglo XII, la influencia inglesa ha ido ejerciéndose progresiva y cada día más eficazmente en aquel reino que, olvidando los lazos fraternales que lo unían al resto de la Península y exagerando sus sentimientos

de independencia y el orgullo por sus éxitos al mantenerla, se ha formado una valla que están haciendo infranqueable las miras interesadas y los poderosos esfuerzos de la Inglaterra. Si la decadencia accidental de esta gran nación permitió la conquista de Portugal en 1580, pronto, al recobrar su preponderancia marítima y para mejor influir en la Europa continental, buscó en el territorio de su antigua aliada punto de escala para el Mediterráneo, base de operaciones, teatro amplio y abrigo seguro para las con que debilitar á España, manteniendo impotentes nuestras fuerzas para cualquier conflicto internacional que pudieran provocarle sus enemigos.

Nada de extraño, pues, que Portugal observase la conducta equívoca que en 1798 provocaba las iras del Directorio francés; y apoyada, siquier hipócritamente, por D. Carlos, que en esa cuestión, ya lo hemos dicho, magna, no calculaba ni sentía más que por los impulsos de su corazón paternal, se propuso ganar un tiempo, precioso para ella, es verdad, pero más aún para sus aliados que entretanto tenían á su disposición los puertos todos del litoral portugués.

El rey de España buscó en la habilidad de Azara y en las simpatías, bien manifiestas de los Franceses hacia él, modo de salvar á sus hijos los príncipes portugueses del peligro con que amenazaban Truguet, desde el momento de su llegada á Madrid, y un señor Perrochel, encargado de negocios interino, que era antes, de la República. Para hacer más eficaz la acción de Azara, se le remitieron fuertes sumas con que ganar votos entre las personas más influyentes y los Directores mismos; que, al decir de un historiador, así se acostumbraba á tratar con el corrompido Gobierno del Directorio. Y ya tenía mucho adelantado, ofreciendo Azara tal confianza al Gobierno francés que la exigencia mayor suya era en aquellos momentos la de que el embajador español fuese quien hubiera de firmar el convenio, como plenipotenciario que, por mediación de Don Carlos, había sido nombrado del Gobierno de Portugal.

Todo, así, parecía fácil; pero Azara exigió la autorización del tratado por un diplomático portugués que, aun repugnándolo el Directorio, llegó, con efecto, á París, mas sin los poderes ilimitados, absolutamente necesarios según se había convenido. El disgusto del Gobierno francés no reconoció límites; y hubiéralo pasado muy mal el enviado portugués, señor Noronha, á quien se mandó prender, si Azara no le hubiese avisado y hecho huir. No por éso cesó Portugal en sus procedimientos dilatorios, aconsejados los ministros por Pitt, y ya entonces proponiendo excluir á España de toda mediación, á España que, precisamente, era el único apoyo que podría encontrar para mantener las miras que abrigase si no había de caer completamente en ruinas al empuje de la Francia.

Todos los esfuerzos, así, de Carlos IV y de Azara quedaron frustrados; Portugal creyó poder respirar con la paralización de las negociaciones, los sucesos que comenzaban de nuevo á ocupar la atención del Directorio y el influjo inglés, vencedor al parecer; pero tardaría poco en ver que la Francia no había olvidado la nueva ofensa que acababa de inferírsele.

Expedición de Egipto.

La Francia se hallaba, con efecto, empeñada en dos empresas á cual más grandiosas y comprometedoras, y éso cuando no se veían terminadas ni mucho menos las negociaciones en Rastadt que, rotas, podrían producir otra guerra en el continente, tan general y sangrienta como la á que se procuraba poner el sello en aquel Congreso. La primera de esas empresas se dirigía, ya lo hemos indicado, á la invasión de Inglaterra, que no se dejaba de la mano aun cuando apareciera prorrogada, manteniendo un gran ejército en las costas septentrionales donde tampoco se cesaba de reunir cuantos recursos navales serían precisos para efectuarla y provocando en Irlanda la insurrección de sus habitantes, siempre dispuestos á sacudir el para ellos insoportable yugo de sus dominadores los Ingleses. La se-

gunda y la que, al descubrirse su objeto, habría de llenar de admiración al mundo tomándola muchos por aborto de una fantasía, sublime, es verdad, y heroica en sus revelaciones, pero rayando en la demencia, era la que hemos visto también preparándose en el litoral francés del Mediterráneo, desde Tolón á Ajacio, Córcega y Civita-Vecchia en los estados recientemente invadidos del Pontífice romano. En esos puertos principalmente y en los de Marsella y Génova se iban reuniendo los transportes necesarios para el numeroso ejército que, á la vez, se acercaba á ellos desde sus cantones; ya de Italia, cuyas tropas serían las preferidas por haberlas tan recientemente llevado á la victoria el jefe de la expedición, ya de Bretaña y Normandía de que procedían algunas de ellas [1]. Más que á una conquista parecía dirigido aquel inmenso armamento á una jornada de aquellas antiguas, hasta mitológicas, que iban á transformar el país ganado á la Naturaleza ó á los hombres en emporio de riqueza y civilización, según los elementos de que se la hacía partícipe, como de fuerza, de ciencia y artes. M. Thiers, en una de sus brillantes páginas, describe perfectamente ese armamento, y nada mejor para darlo á conocer que el trasmitirla á nuestros lectores. «El convoy principal, dice, debía salir de Tolón, el segundo de Génova, el tercero de Ajacio y el cuarto de Civita-Vecchia. Mandó á los destacamentos del ejército de Italia, que volvían á Francia, se dirigiesen á Tolón y Génova,

1 Los depósitos de las divisiones del ejército estaban: el de la división Desaix, en Civita-Vecchia; el de la de Baraguey d'Hilliers, en Génova; de la de Menard, en Hyéres; de la de Kleber, en Tolón; de la de Reynier, en Beausset; el de la artillería, en Tolón, y el de la caballería, en Solliés. Baraguey d'Hilliers, que volvió desde Malta, y Menard fueron luego sustituídos por los generales Bon y Menou.

Se acusó después á Napoleón de haberse llevado á Egipto los mejores generales; pero ante el temor de la guerra continental, que ya era de prever, ofreció al Directorio, aunque sin resultado, que se quedaran en Europa Kleber y Desaix.

Las fuerzas que se embarcaron para Egipto constaban de 33.000 hombres de todas armas. Las navales de guerra eran 13 navíos y 6 fragatas, á las que despues se unieron otras en el mar.

y á Civita-Vecchia á una de las divisiones que se habían encaminado contra Roma. Entabló negociaciones en Francia y en Italia con varios capitanes de buques mercantes, y se procuró así en los puertos que habían de servir de puntos de partida cuatrocientos barcos. Reunió numerosa artillería y eligió dos mil quinientos ginetes de los mejores, haciéndoles embarcar sin caballos, porque se proponía montarlos con los de los Árabes. Sólo quiso llevar sillas y jaeces, y colocó únicamente á bordo trescientos caballos para tener á su llegada algunos hombres montados y algunas piezas enganchadas. Reunió artistas de toda clase, tomando en Roma las imprentas griega y arábiga de la Propaganda y una porción de impresores, y formando además una completa colección de instrumentos físicos y matemáticos. Los sabios, artistas, ingenieros, dibujantes y geógrafos que llevaba eran en número de más de ciento; y entre ellos le acompañarían en su empresa los hombres más distinguidos, Monge, Bertolet, Fourrier, Dolomieux, Desgenettes, Larrey y Dubois, pues todo el mundo quería participar de la fortuna del joven general. Nadie sabía adónde iría á parar; pero estaban todos resueltos á seguirle adonde quiera» [1].

No nos incumbe la relación de aquella campaña tan extraordinaria, como por su objeto, por la ocasión en que se emprendió, las circunstancias que la acompañaron y lo singular, habil y rápido de las operaciones que la hubieran sacado triunfante sin la intervención de un agente eficacísimo, la marina inglesa, que debió preverse. Hasta tanto que apareció ese agente en el teatro de la acción, todo fué como era de esperar del portentoso genio del general francés que la

1 Decia una correspondencia de París: «Están nombrados 3 astrónomos, 3 geómetras, 2 mineralogistas, 4 chímicos, 3 profesores de historia natural, y 4 mecanistas para la nueva expedicion importante que dispone el gobierno: el 10 se despacharon de París para su destino los varios instrumentos de que han de servirse dichos sugetos. El obgeto de esta empresa es todavía un misterio para el público: unos sostienen que va contra el Egipto, otros que á la India, algunos suponen que se trata de cortar el istmo de Suez, etc.» *Gaceta de Madrid* del viernes 4 de Mayo de 1798.

dirigía, pero cuando los éxitos hubieron de depender de fuerzas que no estaba en sus manos regir, se pudo calcular el resultado fatal que daría una empresa fascinadora, es verdad, y digna de los héroes que la acometieron, pero necesariamente estéril en los tiempos y en las condiciones en que se pretendió ejecutar.

El 19 de Mayo de 1798, ya lo hemos dicho, salió de Tolón la escuadra, á la que después se unieron los buques y transportes procedentes de Bastia, Génova y Civita-Vecchia, y el 10 de Junio se apoderaba Napoleón de la isla de Malta mediante inteligencias entabladas de antemano con algunos individuos de la Orden, franceses, más patriotas que adictos á una institución ya tan caduca. Bien guarnecida la fortaleza, la expedición siguió su rumbo á Alejandría, donde el 1.° de Julio entraban los Franceses por asalto; continuando el 6 á Rahmanhyeh y, después de un combate victorioso con Murad-Bey en Chebreiss, presentándose el 21 á la vista de aquellas pirámides desde cuya altura iban á contemplarlos cuarenta siglos según la elocuente frase de su caudillo. La batalla de las Pirámides reune al esplendor de una victoria conseguida en tales lugares, teatro de contiendas ilustradas por los Faraones, los Césares y después por el santo rey que acaudilló la séptima cruzada, el de la originalidad y el arte en la manera de combatir á la caballería más brillante que se haya presentado en los campos de batalla. «Nada iguala, dice un historiador francés, á lo hermoso del golpe de vista que ofrece aquella caballería africana; las formas elegantes de los caballos árabes, realzadas por los arneses más ricos, el aire marcial de los jinetes y lo abigarrado y brillante de sus trajes, los soberbios turbantes de sus oficiales; todo eso formaba para nosotros un espectáculo tan curioso como nuevo» [1]. Los cuadros franceses en el ala derecha

1 Vie politique et militaire de Napoléon, racontée par lui-même, au tribunal de César, d'Alexandre et de Frèdèric. Por supuesto que toda esta portada es una pura ficción.

resistieron el violento empuje de esa caballería, destrozándola completamente y haciéndola huir hasta el alto Egipto, donde Desaix, meses adelante, acabaría con ella; mientras las columnas de la izquierda, apoderándose de los atrincheramientos en que se apoyaba el ejército turco, hundían en las aguas del Nilo á los fugitivos que, llenos de espanto, las cruzaron para introducirlo en las tropas de Ibrahim-Bey que se dirigió á ocultarse en el desierto de la Siria. La falange, tan preciosa para los Griegos en Asia ante la veloz caballería de los Persas, modificada en virtud de la diferencia de las armas, reapareció en Egipto por igual necesidad en los arenales del desierto contra la caballería de los mamelucos, tan ligera en sus movimientos y tan fuerte por sus armas [1].

Todo marchaba perfectamente: las poblaciones más importantes de Egipto se veían ocupadas por las tropas francesas, y Napoleón, poco escrupuloso en materia del dogma y mucho en cuanto pudiera conducirle al dominio del país conquistado y á su mejor administración, se ocupaba en atraerse á los ministros del islamismo y por su vehículo á los pueblos de aquel país excepcional en todo, cuando un revés, para cuya evitación no fueron escuchados sus consejos, fué á arrebatarle las esperanzas que pudiera abrigar de mantener sus comunicaciones con Francia y recibir lo que más habría de necesitar, noticias y refuerzos. El combate naval de Abukir, en que Nelson con una maniobra tan feliz como atrevida destruyó la escuadra francesa, fué á arrebatar á los soldados de Napoleón esas esperanzas y á introducir en sus filas, si no el temor á un peligro inmediato, de acceso siempre difícil en sus corazones, el desaliento que arranca de la separación ilimitada del suelo nativo, en ninguna tan de notar como en la nacionalidad gala. Ya logró levantar el espíritu de las tropas aquella serie de triunfos alcanzados en Siria y las tierras bíblicas del Jordán y el Thabor, y, aun con el fracaso de San

1 Frase de Carrión-Nisas en su magistral obra *Histoire générale de l'Art militaire.*

Juan de Acre, el desquite gloriosísimo tomado en la margen misma de la ensenada fatal de Abukir, en que fué completamente destruído un ejército turco á la vista de los Ingleses, los vencedores de la víspera en el mar. Pero ni esos triunfos, ni el conseguido sobre el ánimo de los naturales hasta hacerles creer en la conversión al islamismo del héroe francés y sus soldados, á cuyo amparo esperaban verse libres de las depredaciones de los mamelucos, bastaron á crear en el Delta egipcio una situación que llegara á satisfacer á sus nuevos conquistadores y menos á su jefe, al llegarle, sobre todo, la noticia de los trascendentales sucesos que tenían lugar por entonces en Europa.

Lo que más había afectado á aquel hombre, todo ambición y todo cálculo, que lo mismo hacía fusilar á los genízaros prisioneros que le estorbaban en su marcha á Siria, que envenenaba á sus enfermos incurables al retirarse á Egipto, era el fracaso de sus manejos para atraerse la Puerta Otomana á sus miras contra los Ingleses. Talleyrand, que él esperaba obtendría en Constantinopla cuanto pudiera desearse en ese punto, había confiado á otro misión tan interesante y delicada, temeroso, al decir después de Napoleón, de ser encerrado en las *Siete-Torres*. Los manejos de los diplomáticos rusos é ingleses lograron, de otro lado, acabar con las vacilaciones del Sultán pintándole con los colores más negros la expedición francesa á un punto tan importante de sus estados, y haciéndole luego conocer el desastre de Abukir que la dejaba aislada y sin esperanza alguna de salvación. *Le Renard*, como escribía Bonaparte, escapaba á su encierro en las Siete-Torres, donde le sustituiría Ruffin, encargado de negocios de la República, pero dejando á los Franceses de Egipto en lucha con los Turcos que, ayudados por los Ingleses, harían sumamente precaria su situación, harto difícil ya y comprometida [1]. Disgustado, pues, Bonaparte por el aisla-

1 Véase lo que dice Napoleón en sus Memorias dictadas al general Gourgaud en Santa Elena: «Se habia convenido con el Directorio y con Talleyrand

miento en que se veía, con la decepción, para él inesperada, de las negociaciones con el Sultán, y las noticias que, en su concepto y en el embriagador anhelo de sus ambiciones, aconsejaban su presencia en París, determinó aprovechar la primera ocasión de alejarse de Egipto, pero acompañado tan sólo de muy pocos de los oficiales de su Estado Mayor y algunos de sus generales predilectos.

Las noticias, con efecto, insertas en periódicos que le hizo entregar el almirante inglés Sidney-Smith, que bloqueaba con su escuadra la costa de Egipto, eran para alarmar á cualquier francés y sobre todo, á uno que, como Napoleón, andaba espiando ocasiones en que lanzarse á la ardiente arena de la política para dirigirla, con provecho de la patria, sí, pero con fruto también, honra y gloria de su nombre y persona. Y aun cuando sabía por los cruceros franceses que podían burlar la vigilancia de los enemigos, que se trataba de reunir una escuadra numerosa, compuesta de las francesas de Brest y Tolón y la española de Cádiz, capaz de llevarle á Francia con todo el ejército, el no presentarse en aquellas aguas aumentaba sus zozobras aguijoneándole más y más á no perder coyuntura para llevar á ejecución su proyecto de

que inmediatamente después de la salida de la expedición de Egipto se abrirían negociaciones con la Puerta sobre ese objeto. El mismo Talleyrand debía ser el negociador y partir para Constantinopla veinticuatro horas despues de haber abandonado la expedición el puerto de Tolón. Esta circunstancia, formalmente exigida y de un modo positivo aceptada, había sido puesta en olvido; pues que no sólo Talleyrand se había quedado en París sino que tampoco se emprendió negociación alguna.»

Como si respondiese á ese cargo, dice Talleyrand en las Memorias citadas, tan discutidas en cuanto á su paternidad en los periódicos de estos días: «El proyecto que hacía mucho tiempo abrigaba yo de retirarme me hizo tomar una precaucion. Había confiado mis ideas al general Bonaparte antes de que saliese para Egipto, y él había aprobado los motivos de mi retiro y prestádose gustoso á pedir para mí al Directorio la embajada de Constantinopla, si se presentaba ocasion de tratar con la Turquía, ó la autorización de ir á reunirme con él en el Cairo, donde era de suponer que habrían de entablarse negociaciones con los agentes de la Puerta Otomana. Armado de esa autorizacion y después de haber presentado mi dimision, me retiré al campo, cerca de París, á esperar los sucesos.»

fuga. Las noticias, repetimos, eran graves y muy fundados los temores que pudieran infundir, particularmente á los que no dejarían de abultárselas á tal distancia como se hallaban de la patria.

Planes de otra coalición.

Amenazaba á la Francia otra coalición como la que por tantos años había mantenido una guerra que ahora continuaba sola la Gran Bretaña, con alternativas á veces, pero avivando siempre en los demás pueblos las ambiciones de un desquite que los lavara de la mancha del vencimiento de tantos por uno solo. El Directorio no cesaba en sus jactanciosas exigencias; y de arrogante, como podía mostrarse por sus triunfos dentro y fuera del suelo francés, tan ensanchado por sus armas, iba haciéndose cada día más y más invasor, sin reflexionar que sus proyectos contra Inglaterra, la expedición á Egipto y el estado de excitación en que se encontraban los partidos políticos en el seno mismo de la República, lo tenían á él debilitado en extremo y á la patria en inminente peligro de un esfuerzo á que no cabía dudar se preparaban los vencidos en la lucha recientemente acabada. Los agentes del Directorio en las nuevas repúblicas se mostraban, á manera de los antiguos procónsules romanos, tan déspotas como avaros; sus propagandistas, asalariados ó no, excitaban por todas partes á la revolución, provocando turbaciones tan graves que el Piamonte, por ejemplo, pedía la presencia en su territorio de tropas francesas que las sofocaran, pero á costa de entregarles la ciudadela de Turín y otras fortalezas para su conservación y custodia. Invadidos los Estados romanos y formada con los de que no había dispuesto Napoleón para sus combinaciones políticas en el alta Italia, una nueva república que, ayudada del ejército francés, había arrojado de la Ciudad eterna á Pío VI para que fuera luego á morir en Valence del Delfinado, desposeído de su silla y proscrito; los Estados romanos, repetimos, se hallaban en tal estado de desorganización y anarquía que convidaban á otra nueva ocupación francesa

que, además, amenazaba extenderse á Nápoles, cuyo soberano, lleno de espanto, se creyó en el caso de levantar en armas el país y defenderse como mejor pudiera y supiese. Fernando IV y su mujer María Carolina, activa y enérgica como su madre la insigne María Teresa, no confiando y con razón en la mediación de Carlos IV, se entregaron, aunque disimuladamente en un principio, á la Inglaterra, y haciendo un llamamiento á la juventud hábil y reorganizando y completando los regimientos, consiguieron formar un ejército de 60.000 hombres.

Otro tanto procuró hacer el Gran Duque de Toscana, austriaco de origen y corazón; y con el establecimiento de la República helvética de Leman, valiéndose de las discordias suscitadas entre Vaud y Berna, y con las rapiñas y vejaciones impuestas á sus habitantes, el Directorio logró que éstos volviesen sus ojos al Austria y la abriesen un nuevo camino por donde invadir algún día la Francia.

En el Congreso de Rastadt, no satisfecho tampoco el Directorio con que se hubiera concedido á Francia la posesión de la orilla izquierda del Rhin, había hecho que sus representantes exigieran nuevas posiciones que dominaran la derecha en los puntos más estratégicos, libertad de navegación en los ríos alemanes, indemnización, cuanto de más repulsivo podía ofrecerse y absurdo, á punto de producir la ruptura de las negociaciones y hasta la muerte de los plenipotenciarios franceses, asesinados á su salida por la plebe. Los directores de entonces, Rewbel, Barras, Merlin, Lareveillère y François de Neuchateau, políticos pretenciosos pero de corto alcance en sus miras y pensamientos de gobierno, no hacían sino resucitar los anteriores antagonismos, dar nuevo pábulo á los rencores y provocar con su ineptitud, arrogante á veces y á veces débil como todas las inepcias, á la venganza en la primera ocasión favorable que se presentara.

La cual no tardaría en presentarse; porque el sucesor de la emperatriz Catalina de Rusia, Pablo I, aun abandonando

al principio de su reinado la política de su madre, que tan hábilmente se había aprovechado de la lucha de la Prusia y el Austria con la Revolución para sacar la mejor parte en la desmembración de la Polonia, se decidió á aliarse con aquellas potencias tan pronto como tuvo noticias de la expedición de Egipto que le podría arrebatar la presa de Constantinopla, señalada como la más legítima y apetecida de los Czares desde los tiempos de Pedro el Grande. Y aunque no fué posible sacar á Federico Guillermo de la neutralidad que se había propuesto para indemnizar á la Prusia de los gastos y perjuicios causados por su padre, el emperador de Rusia, después de entenderse con la Inglaterra, lo cual era muy fácil en tales circunstancias, halló en el Gabinete austriaco quien atendiese sus excitaciones, conformes con las que no podía menos de provocarle tanto y tanto motivo de descontento y alarma como le había dado Francia después del tratado de Campo-Formio. Animaban, además, al Austria las esperanzas de recobrar su antigua influencia en Italia donde, ya lo hemos dicho, las violencias ejercidas por los emisarios franceses, producían el mayor descontento entre los nuevos republicanos, no remediado con el relevo de Brune por el general Joubert en el mando del ejército de aquella península.

Si no todos los necesarios en tal situación, la Francia tenía soldados, y ésos expertos y aguerridos; pero le faltaban generales que, como antes, los llevasen á la victoria. El 18 Fructidor había inutilizado á Carnot; la fuga de Pichegru había comprometido á Moreau; y podía decirse que los jefes más caracterizados en el mando de las tropas se hallaban en Egipto junto al que la opinión señalaba como el único capaz de salvar la República, razón, acaso, para que el Directorio le viese con gusto tan lejos y sin medio alguno de comunicarse con Europa.

Para el completo aislamiento de la Francia en crisis tan tremenda, sólo la restaba malquistarse con España, y ciertamente que lo hubiera logrado, á tal punto querían llevar

Truguet y los demas agentes franceses que pululaban en Madrid su imitación á los procedimientos arbitrarios y á las exigencias de los que hemos llamado procónsules en Milán y las demás repúblicas italianas, sin el empeño decidido en Carlos IV de conservar la paz en el reino y no faltar á los compromisos contraídos con la República, su mayor enemiga pocos años antes. «Ofrecimientos de hombres, de navíos, de dinero, dice Lafuente, de tratados ventajosos con Inglaterra, halagos de toda especie, amenazas en caso contrario, todo lo empleó el Czar para ver de conseguir que Carlos IV renunciara á su amistad con la República; pero todo fué inútil y lo que hizo el monarca español fué ponerlo en noticia del Directorio, protestando nuevamente de su adhesión y de sus sinceros deseos de conducirse en todo como un aliado fiel y constante.» Y era también, no hay para qué negarlo, era que el Ministerio español, tal como estaba constituído y en las condiciones á que le sometían las influencias, todas contrarias á él, de la Corte, eco de otra oculta tras ella imperando sin responsabilidad alguna, y las que, de modo no menos despótico, ejercía, acabamos de decirlo, el embajador francés, carecía de fuerza para resolución tan enérgica como la de reanudar con las potencias del Norte las relaciones que en 1793. Se acababa de romper con Inglaterra; y en la lucha imprudentemente acometida contra poder tan formidable como el suyo y medianamente gloriosa hasta entonces, no se había podido observar cuál era el ayuda que prestaran á España las escuadras francesas ni sus ejércitos tampoco, empleados, por el contrario, en atropellar en Italia intereses que eran en parte españoles, ya de familia, ya los más respetables aún, de los religiosos que importaban sobremanera á nuestra nacionalidad que tanta sangre había vertido en su defensa. Pero ¿es que el Gobierno español, representado por un mismo soberano aunque con distintos ministros, podía entregarse á ese género de veleidades políticas cuando era uno de los que simbolizaban en Europa el go-

bierno de uno solo, absoluto, con los rasgos característicos todos del despotismo?

Así es que Saavedra y Jovellanos, hombres formales y de conciencia harto severa, seguían el camino que encontraron trazado; y si no descuidaban la defensa del suelo patrio y el honor de la bandera; si, demasiado escrupulosos, no olvidaban los compromisos contraídos con la Francia, ayudándola honradamente, á la española, á pesar de lo mal pagados que veían sus esfuerzos, parecían, como hombres de ciencia y cuanto más de la administración rutinaria de aquellos tiempos, dedicarse principalmente, el primero, al arreglo y orden de los asuntos financieros casi exclusivamente, y el segundo, Jovellanos, á la práctica de sus estudios favoritos, los de la instrucción pública con preferencia y, si le daban espacio, al mejor asiento posible y distribución de los tribunales de justicia.

La Hacienda española.

El enorme déficit que ofrecían los presupuestos por efecto de las guerras sustentadas desde la emprendida con la República francesa, en aumento después por la pérdida de nuestras comunicaciones con América, tenía forzosamente que preocupar á Saavedra. Si ya desde su entrada en el ministerio en tiempo de Godoy había procurado poner remedio á tan grave mal, debía después estimularle aún más á buscárselo el asumir una responsabilidad con que antes podía cubrirle su situación, cuya falta de independencia era notoria. Su espíritu de reformas se había hecho manifiesto con la creación de una Junta de Hacienda, compuesta de personas que entonces pasaban por verdaderas eminencias en el ramo; el marqués de Iranda, Cabarrús, Canga-Argüelles, Soler, González Vallejo, Espinosa, Huici y Angulo, la cual, con los datos que la pudieran proporcionar las Memorias presentadas en 1796 y 97 por los anteriores ministros Gardoqui y Varela y en vista de los apuros que presuponía un déficit de más de 800.000.000, arbitrase, pero inmediata y eficazmente, los recursos necesarios, la consolidación del crédito

público y los especiales del Banco, los Gremios y la Compañía de Filipinas, primeros mantenedores del Gobierno en sus varios y frecuentes apuros [1]. Gardoqui se había mostrado duro en sus arbitrios extendiendo á todas las provincias, aun con tan diferentes y especiales organismos, y á todas las clases, hasta las más privilegiadas, incluso el clero, la obligación ó el deber de contribuir al alivio del Tesoro, exhausto siempre. Varela, más rigoroso y hasta cruel, abarcaba en su plan mayores espacios contributivos, comprendiendo en ellos, no sólo á los militares y eclesiásticos para cercenarles sus sueldos en sumas considerables y suprimiendo plazas, sino á la Corona misma, de la que pretendía vendiese en favor del Erario cuantas posesiones tuviera en Valladolid, Andalucía y Valencia, cuantas fincas, casas y sitios no fueran los reales próximos á Madrid que solía disfrutar en sus excursiones de costumbre. Con decir que al tiempo que suprimían prebendas y canongías, se vendían encomiendas de las Órdenes militares y se rifaban títulos de Castilla, se abrían las puertas de España á los comerciantes y capitalistas hebreos dándoles esperanzas de hacerlo á la que tan impropia y torpemente se llamaba su nación, se puede comprender cuáles no serían los apuros de nuestra Hacienda y hasta dónde llegarían los que la manejaban en el camino de la desamortización.

La Junta dió su informe sobre la manera de atender á necesidad tan grande y perentoria de corregir abusos y allegar recursos, y propuso una serie de arbitrios que, si no muy distantes de los buscados por Gardoqui y Varela, aparecían más suaves y fáciles en su adquisición; un préstamo patriótico por acciones de á 1.000 reales sin interés; el envío de buques muy veleros á América para que trajesen todo el oro y plata que pudiesen; el otorgamiento de títulos de nobleza á gentes

1 No creemos deber detallar esos planes financieros, cuyos pormenores ocuparían un espacio desmesurado, impropios, como son, de una historia de la índole de la presente, parte de la general de España, de lectura inacabable si hubieran de comprenderse en ella con mayores proporciones las vastas materias de que ha de dar cuenta.

honradas, mediante donativos cuantiosos; la venta de bienes de la Corona de que pudiera ésta prescindir; la de bienes también de hospitales, hermandades y obras pías del mismo modo que se había hecho con los de propios, y el uso, como ahora, del sello en las operaciones de cambio y giro del comercio [1]. Pero ¿bastarían esos recursos ó se harían, en caso afirmativo, efectivos hasta sufragar los inmensos gastos que causaba la guerra con los Ingleses, mucho mayores por su índole que los que producen los terrestres?

Saavedra llevó á la práctica una parte de esos proyectos y acaso hubiera llegado á más, como lo demostraban el establecimiento, no del todo original en él, de la Caja de Amortización y la venta de las fincas urbanas, de propios y arbitrios; pero ni sería todo eso suficiente para salir de tanto apuro ni se le dió tampoco tiempo para madurar sus planes rentísticos ó siquiera ponerlos en camino de dar resultado. En cuanto á los préstamos ó empréstitos, la mayor parte de los que habrían de proporcionarlos desconfiaban de las ofertas del Gobierno, suponiendo que no les serían devueltas las sumas que le dieran. Algo, pero no lo que se esperaba, dió de sí la disposición sobre las vinculaciones y sobre la venta de bienes y obras pías, cuyos productos ingresaron en la Caja

1 Dice Galiano: «Escaseando los fondos, y no queriendo el Gobierno estar sin los que tenía en América, siendo grande á la sazón el producto de las minas mejicanas, y habiendo los Ingleses con su superioridad marítima puesto empeño en interceptarles el paso á la Península, fué despachado á esta comisión el capitan de navío D. Dionisio Alcalá Galiano, oficial de los mejores de la real armada española, el cual desempeñó su encargo con singular habilidad y valor, teniendo la fortaleza de tomar sobre sí responsabilidad voluntaria y superior á la que le señalaban las leyes de la ordenanza naval y los decretos y usos vigentes, y aportando felizmente con los caudales en 1799 al puerto de Santoña.»

Y para que no se extrañe este elogio, añade en nota: «Este distinguido oficial, padre de quien esto escribe, gozó de gran renombre en sus días por su vida, y también luego por su muerte. Si hoy está olvidado, no hay razón para que el amor y reverencia de un hijo no se empleen en hacerle justicia. Si hay quien por esto culpe al escritor de estos renglones, hágalo enhorabuena.»

No es cierto que los Españoles hayan olvidado á los héroes de Trafalgar y entre ellos, como los más notables, á Gravina, Churruca y Galiano, perdurablemente memorables por sus virtudes militares, sus talentos y gloriosa muerte.

de Amortización después de obtenida para la de las últimas la correspondiente licencia de la Sede apostólica. Pero, aun así y en vista quizás de tan exiguos resultados, hubo que apelar á nuevos empréstitos y á otra emisión de vales reales, cometiéndose con ese motivo el gravísimo error de hacer obligatoria su aceptación en los tratos y por todo su valor, lo cual aumentó su descrédito, se escondió el metálico y se introdujo en las contrataciones un desorden muy difícil de remediar. Para colmo de desaciertos, se confió la dirección de la Deuda al Consejo de Castilla que tan alejado debía mantenerse de ese género de asuntos [1]. Ni sirvió para estimular á todas las clases del Estado el desprendimiento de los reyes que cedieron la mitad de las consignaciones que se hacían para sus bolsillos secretos y mandando á la Casa de Moneda la plata de la casa real y su capilla. El ejemplo fué seguido por algunos magnates y capitalistas; pero ni con todo eso ni con la esperanza de que no tardarían, acaso, en llegar los buques enviados á América para, como los antiguos galeones, traer los tesoros allí acumulados, se logró inspirar la confianza necesaria para sacar al Tesoro de situación tan angustiosa.

Jovellanos, talento de vuelo más alto, lo remonta á las regiones de lo abstracto en materia, ya de sí tan filosófica, como la de la instrucción pública, base de toda cultura y pros-

1 Es cosa averiguada, aun cuando no lo recuerden varios historiadores, que llegó también á formarse una llamada *Junta eclesiástica de vales reales*, compuesta de canónigos y prebendados de las iglesias metropolitanas y sufragáneas de España, que habría de proponer las reformas que creyeran más propias para aumentar aquellos valores. De esa Junta fueron D. Juan Antonio Llorente, canónigo de Calahorra, á quien veremos figurar en esta historia para otros asuntos, y D. Felix Amat, magistral de Tarragona y que tan alto puesto habría de ocupar en la corte, es verdad que para desgracia suya al fin de aquel reinado. Sus proyectos, que resultaron encontrados, tendían, y en esto damos la razón al Principe de la Paz, á poner en manos del clero la suerte del país, teniéndolo sujeto, lo mismo que al Gobierno, con la dirección de su hacienda; pero afortunadamente esos planes quedaron sin efecto y reservados en la Cámara real y en las diócesis á que se circularon por la Junta, aunque verdaderamente con el carácter de secretos.

Los autores creían poder elevar las rentas eclesiásticas de los 60.000.000 que producían á 150 á que así se las haría llegar.

peridad en los pueblos. Su erudición vastísima le lleva á ambicionar el extenderla por todas partes y, para conseguirlo, toma el camino de las reformas, considerando caducos y hasta absurdos ya los procedimientos que en otras épocas habían hecho la gloria de nuestros centros docentes. Entre éstos era el de fama más sólidamente cimentada la Universidad de Salamanca, la que á pesar de los cargos que se le hicieron de haber despreciado á Colón y perseguido al autor de la *Profecía del Tajo*, y resistiendo los desaires de su rector el célebre Conde Duque, fué llamada la *Atenas Española*.

Reformas de Jovellanos.

Pero en los tiempos á que nos vamos contrayendo se mostraba, en opinión de muchos y en la de Jovellanos particularmente y sus admiradores, como todas las demás universidades, en decadencia lamentable, á punto de escribir alguno que «en ellas se veían lo extraviados que andaban los entendimientos». «Pervertidos, añade, por falsas ideas, tenían por saber la ignorancia, por ingenio la vana sutileza, por elocuencia y buen gusto las hipérboles y frases vacías de sentido, por conocimientos útiles la jerigonza escolástica» [1]. Las ciencias, sobre todo las exactas, parecían proscritas en la enseñanza general, y sólo en la que daba la universidad de Salamanca quedaban todavía algunos maestros bastante eruditos para que se la señalasen como rastro de aquel esplendente foco de luz que atraía á las gentes desde las más remotas regiones del mundo civilizado ó que pretendían serlo. Por eso quiso Jovellanos establecer en ella la base fundamental de sus reformas, para lo que presentó al Rey un informe tan luminoso como todos los suyos, dirigido á demostrar á S. M. que, siendo la instrucción la medida común de la prosperidad de las naciones, se

1 Muriel que, para dar á su vez autoridad á tan graves recriminaciones, cita una frase del famoso Torres que dice así: «Todas las cátedras de las universidades estaban vacantes y se padecía en ellas una infame ignorancia. Una figura geómetrica se miraba en este tiempo como las brujerías y tentaciones de San Antón, y en cada círculo se les antojaba una caldera, donde hervían á borbotones los pactos y los comercios con el demonio.»

hacía imprescindible buscar en nuevos métodos de enseñanza la que fuera más conveniente á nuestro pueblo, acostumbrado hasta entonces á ver en las universidades españolas *unos cuerpos eclesiásticos con autoridad pontificia*. La Teología y el Derecho, con la Filosofía por preliminar de aquellos estudios, y la Medicina y la Jurisprudencia mismas, cultivadas por el amor del hombre á la vida y á sus bienes, habían hecho descuidar ó mantener olvidadas las ciencias exactas y naturales, relegándose al desprecio las matemáticas, cuya enseñanza se había ensayado como la de la Física en alguna universidad, y que sólo sirvieron, al decir de Jovellanos, para hacer almanaques y reducir á la nada la materia prima.

Para establecer esas reformas y conseguir el objeto á que se dirigían, se necesitaba un hombre de gran capacidad, de carácter firme y además invulnerable por sus virtudes é investidura. Y á nadie halló que superase en tales condiciones á D. Antonio Tavira, obispo de Osma entonces y cuya historia literaria y sacerdotal le ponía á salvo de los tiros que pudieran dispararle los que por rutina, interés ó espíritu de partido se opondrían al desarraigo de los vicios y abusos antiguos todavía existentes, por absurdos y hasta monstruosos que fueran [1]. Era el prelado, con efecto, modelo de los de su jerarquía en lo evangélico, en lo sabio y perito en el arte de enseñar; orientalista distinguido, maestro de griego y hebreo y práctico en los dialectos siriaco y caldeo como en el idioma árabe; había ocupado una capellanía de honor de las de la Orden de Santiago, á que pertenecía, en la Capilla Real, donde predicó varias veces con aplauso; fué después obispo de Canarias, dejando en aquellas islas memoria honrosa y perdurable de su celo y virtudes; y pasó de allí, por motivos de salud, á la Península para sentarse en la silla episcopal de Osma que ilustró con sus investigaciones en la

1 El Sr. Muriel emplea en la biografía del obispo Tavira veinte cuartillas de las magnas de su manuscrito, cuyo extracto, sucinto y todo, aparecería exageradamente largo é infructuoso en esta obra.

zona arqueológica de Termes, Clunia, Oxama y Numancia, como había hecho en Uclés con las practicadas en Cabeza del Griego descubriendo columnas, relieves, sepulcros y templos sumamente notables. Mas para la ejecución de los proyectos de Jovellanos convenía la presencia de Tavira en Salamanca; y después de una larga y erudita correspondencia entre ambos y á pesar de las dificultades que opuso el prelado á los propósitos, asaz optimistas, del ministro, se expidió el real decreto de 6 de Julio de 1798 en que, «atendiendo S. M. á la urgente necesidad de mejorar los estudios de Salamanca, para que sirviesen de norma á los demás del reino, y á las dotes de virtud, prudencia y doctrina que requería aquel encargo y concurrían en el Ilmo. Sr. Don Antonio Tavira, obispo de Osma, venía en nombrarle para el obispado de Salamanca... etc.»

Tavira fué, con efecto, á Salamanca donde, aunque con repugnancia, se preparaba á llevar á ejecución la obra que se había puesto á su cuidado, cuando la caída de Jovellanos y su destierro le dejaron libre de carga tan pesada. En España, ya se sabe, á nuevos agentes, nueva administración, generalmente la más opuesta á la que acaba de ejercitarse: y ya que no se tomara en aquella ocasión este último rumbo porque, al fin, el trabajo fatiga, se dió al olvido el comenzado por el venerable obispo, sin dejarle, por eso, en la paz por que tanto ansiaba, los que más debían temer su inteligente celo, los partidarios de los antiguos abusos, los ignorantes y egoístas. Libres del susto que habían sufrido, se dedicaron al espionaje de los actos y de las palabras del prelado acudiendo á su propio palacio para conocer aquéllos y al templo y á sus sermones por si lograban sorprender la sombra siquiera de un pensamiento que no cupiera en la especial ortodoxia de tan celosos oyentes de la divina palabra. Sólo á la muerte de tan ejemplar obispo, digno de eterna loa, acaecida, como se verá más adelante, en 1805, el ministro que había sustituído á Jovellanos cayó en la cuenta de las de-

ficiencias de que adolecía la instrucción; pero no fué para inspirar las reformas que pudieran creerse necesarias en el espíritu de la época y en las que se practicaban en otros países más adelantados, sino para, con el consejo de los rabiosos enemigos de su antecesor y de Tavira, caer en una reacción cien veces más perniciosa que el anterior estado de los estudios universitarios.

En otras reformas, trascendentales también aunque de distinta índole, pensó Jovellanos en el corto tiempo de su ministerio. Una de ellas, aventuradísima para una época en que, no los ministros y más altos dignatarios de la corte, sino los mismos favoritos del monarca se veían amenazados en su libertad y vida si la acometían, fué la de la formación y substanciación de los procesos por el tribunal del Santo Oficio, si no lograba, como era de desear, el suprimirlo. No era la Inquisición lo temible que antes. Aun había habido quien se atreviera á intentar lo que ahora Jovellanos, entre otros el Sr. Abad y la Sierra, inquisidor general, que era, obligando á aquel tribunal á juzgar por las reglas comunes del derecho, lo cual le costó su exoneración y destierro; y Godoy mismo, si partidario y protector del Santo Oficio durante la guerra con Francia, su adversario después al aliarse con los revolucionarios, fué hecho, así, blanco de sus tiros como no ha mucho expusimos al recordar la conjura de los prelados de Toledo.

Pero, aun no siendo tan de temer, y eso ya desde los tiempos, sobre todo, de Carlos III, todavía repugnaban sus procedimientos tenebrosos al espíritu, no poco levantado, de las ideas de aquella época en la misma España; y así como para la reforma de los estudios universitarios se valía del talento y el prestigio del Sr. Tavira, usó para la de la Inquisición de la enérgica iniciativa del luego tan célebre canónigo D. Juan Antonio Llorente, auxiliar antes del Sr. Abad y autor de unos *Discursos sobre el orden de procesar en los tribunales de la Inquisición*.

Animado por sus éxitos en Asturias en materias literarias, científicas y económicas, Jovellanos creía tan posibles como útiles las reformas que meditaba, sin pensar en los obstáculos que habrían de oponerle en la corte tantos intereses encontrados, la rutina y la envidia, por fin, y la inepcia de los que sólo pensaban en mantenerlos y acrecentarlos si les fuese dable. Pronto hubo de ver desvanecidas tan caras ilusiones, alimentadas, repetimos, por las grandes ventajas que obtuviera en su país natal con el establecimiento del *Real Instituto Asturiano*, modelo de los de su clase, en que se cultivaban con el mayor aprovechamiento varias ciencias, las Matemáticas, la Cosmografía y, como derivadas de ésta, la Navegación y el servicio en los buques, además, por supuesto, de las Humanidades, el Dibujo y el estudio de las lenguas modernas. Ni tenía ni podía tener en Madrid la autoridad moral y el prestigio que en Oviedo, su país y donde la desgracia le había hecho permanecer largo tiempo y fructuosamente. En la capital de la monarquía, adonde acuden las pretensiones de todas partes, y en la corte, espelunca en que anidan la ambición, la envidia y las intrigas más hábiles, á espaldas, casi siempre, de la rectitud de intenciones, de la sinceridad de las palabras y de los propósitos más firmes de labrar la prosperidad de la nación, se necesita más arte que ciencia, y dotes de carácter muy superiores si han de dominarse tantas y tan odiosas concupiscencias. Y Jovellanos, adornado de todas las virtudes y de grandes talentos, carecía, como tantos otros hombres de vasta instrucción y hasta de experiencia de la vida, carecía, se ha dicho por muchos, de la aptitud para el despacho de los negocios comunes y para las áridas tareas gubernativas [1].

Ayudaban poco á Saavedra y Jovellanos los demás ministros, si se exceptúa de entre ellos al ilustre marino D. Juan de Lángara, llamado en mal hora del mando de la escuadra del Mediterráneo, vencida luego con la del Océano en el cabo

1 Así lo dice D. Antonio Alcalá Galiano en su citada *Historia de España*.

de San Vicente, el cual fomentó, en cuanto pudo, el *Depósito hidrográfico*, en que publicó la carta del *Seno mejicano* Bauzá, uno de los compañeros de expedición de Malaspina, que con tal interés había promovido aquel establecimiento científico. Igual protección obtuvo el *Observatorio Astronómico de Cádiz*, fundado por Fernando VI á propuesta de Don Jorge Juan. Por iniciativa también del general Mazarredo, fué el Observatorio trasladado á la isla de León en el año de 1797, donde continuó sus trabajos y publicaciones y rivalizando con los de Greenwich y París, los más acreditados entonces de Europa.

Por lo demás, la *Gazeta de Madrid* seguía no dando más noticias oficiales en los demás ramos de la Administración que las referentes al movimiento del personal en España y sus Indias, las promociones de golillas, y eclesiásticos, que, por lo general, llenaban las escasas páginas destinadas á la sección de España y casi exclusivamente á la de Madrid.

Su exoneración.

Cuando con más celo parecían trabajar Saavedra y Jovellanos, alma de aquel ministerio, porque no se echara de menos la presidencia en él del Príncipe de la Paz, y aun creían haber conseguido del Rey muestras de un favor tan difícil de conquistar de quien tantos años llevaba de otorgárselo ilimitado á aquel remedo de los antiguos y prepotentes validos de la corte española, asaltó á ambos ministros una grave dolencia que ofreció los caracteres de no ser espontánea ni reconocer causa alguna de las que generalmente afectan á la salud [1].

1 Dice Cean Bermúdez á propósito de esto: «Entusiasmado S. M. corría á contar á la Reina todo lo que le referían (Saavedra y Jovellanos), y la Reina todo lo apoyaba y celebraba, al paso que lo sentía en su corazón, pues preveía que el término á que se dirigían aquellas exposiciones era la ruina de Godoy, como causa principal de los males que intentaban remediar. Godoy que estaba al corriente de cuanto pasaba, hacía la misma reflexión, y para evitar su ruina trató de cortar los vuelos á las instrucciones de los dos ministros. Se observaba con cuidado los progresos que iban haciendo en el corazón del monarca, y cuando se advirtió que S. M. comenzaba á conocer la ignorancia y los absurdos del favorito, se meditaron los medios de deshacerse de ellos.»

Aun sin que tomase el mal las proporciones que después, se buscó con su disculpa el preparar el apartamiento de Saavedra de los negocios que él mismo debió comprender no podría en tal estado continuar desempeñando con el desembarazo de los primeros días de su entrada en el ministerio. El 18 de Mayo se expedía un decreto disponiendo que la superintendencia de la Real Hacienda y la Dirección del Despacho universal del mismo ramo se confiasen al consejero Don Miguel Cayetano Soler, honorario, que era también, del de Castilla, con la reserva, tan sólo, de la correspondencia con la Tesorería, los negocios respectivos á la Real Casa y aquellos que á Saavedra pareciese para el mejor desempeño de los encargos que se le tenían encargados. Y que aquella disposición era de un carácter permanente lo demuestra la circunstancia de que se añadía en su contexto que *para hacer más respetable su persona* (la de Soler), *y que pudiera mantenerse con el decoro propio de su distinguido empleo*, se le concedía plaza efectiva en la Cámara de Castilla, *con un sobresueldo y la asistencia con la mesilla, carruaje y alojamiento proporcionado en los Reales sitios*.

La enfermedad continuaba, entretanto, haciendo progresos difíciles de atajar por desconocerse la causa que uno de los pacientes llegaría á descubrir más tarde, pero, aun cuando lenta, sin detener su marcha, por lo que el 4 de Agosto se habilitaba al mismo Soler para que comunicase las reales resoluciones, poniendo en la antefirma que lo hacía por indisposición de Saavedra.

Jovellanos era robusto y logró vencer una enfermedad que, iniciada en el Escorial, se recrudeció en Aranjuez á punto de exigir prontos y enérgicos remedios [1]. Saavedra adoleció

1 Su amigo Cean Bermúdez pone, al dar esa noticia, la nota siguiente: «La causa de estos cólicos ya puede inferirse cuál haya sido. Para hacer el milagro se sobornó con diez onzas de oro á uno de los lacayos de D. Gaspar, según averiguó de él mismo poco después; y tuvo la grandeza de alma de no perseguirlo por este atentado, contentándose con echarle de casa.»

Por supuesto que con ese dato, verdaderamente fidedigno, como procediendo

más gravemente aún; así es que con pocos días de diferencia hubieron los dos de verse separados de los negocios de Estado, si Jovellanos de manera definitiva, su colega provisionalmente en los de la Secretaría de Estado también, aunque, al intentar su vuelta á ellos, tuvo muy pocos días después que abandonarlos por un plazo más largo, hasta principios del año siguiente en que fué destituído. Así, con efecto, Saavedra entregaba la Secretaría de Estado por primera vez á Urquijo el 13 de Agosto de 1798, y Jovellanos aparecía exonerado el 24, dejándole plaza y sueldo de Consejero de Estado, pero destinándole á Asturias para que continuase en las mismas comisiones de que se hallaba encargado al recibir el nombramiento de ministro cinco meses antes. La *Gazeta* de aquella misma fecha publicó el decreto de la exoneración de Jovellanos, escueto y duro como si se tratara de un hombre á quien pudiera imputársele una gran falta ó careciese de mérito alguno. ¡Cuáles no serían los manejos puestos en juego para perderle, que el Rey en su audiencia de despedida, le dijo que quedaba satisfecho de su celo y de lo bien que había desempeñado su cargo, pero advirtiéndole de que tenía muchos enemigos sin que entre ellos debiera contar á la Reina que no había tomado parte alguna en su desgracia! Hay, sin embargo, motivos y no de los de que deba desentenderse el historiador, para creer

Saavedra enferma.

de quien acompañaba á Jovellanos y servía en su secretaría, Muriel da asenso á la noticia, de la que se desentienden otros, aun cuando Lafuente, sin darle ni quitarle crédito, la saque á plaza en su obra con otros argumentos y aun correspondencias de Godoy que infunden sospechas de que al menos, ya que no de un hecho tan criminal, echaba mano de toda su perniciosa influencia con la Reina para derribar á Saavedra y Jovellanos. Pero no hace mucho, en 1889, D. Julio Somoza de Montsoriu, en un curiosísimo libro á que ha impuesto el título de «Las amarguras de Jovellanos», da por probada *la repugnante y odiosa comisión del delito, que providencialmente, dice, no llegó á consumarse, gracias á la energía con que Jovellanos arrancó la verdad de los labios mismos del vil instrumento, y de la activa diligencia del médico Sobral, en libertar aquella preciosa vida.* El Sr. Somoza se vale para demostrar su juicio de la obra de Cean, de los manuscritos de la Quintana y de la historia publicada por Gebhardt donde se dice que la enfermedad de Saavedra y Jovellanos *se atribuyó generalmente á un brebaje.*

que medió un trabajo sutilísimo á la par que tenebroso, comenzado al notar las muestras de satisfacción del Rey por el comportamiento de sus dos ministros y lo sano de los consejos que le daban, trabajo de dudas y sospechas sobre sus intenciones y que seextendió al terreno de la calumnia haciendo creer al cándido Carlos IV que estaba depositando su confianza en quien tenía más puntas de hereje que del acendrado é intransigente catolicismo correspondiente á un ministro español. La calumnia era para despreciada por un Jovellanos; pero surtía el efecto que buscaban los conspiradores en el ánimo de un soberano como aquél, atacado ya de la nostalgia del favorito en cuya virtud, talento y lealtad estaba acostumbrado á descansar sin temores ni prevenciones.

Jovellanos permaneció pocos días en Madrid, pasando luego á Trillo, cuyas aguas le procuraron el restablecimiento de su quebrantada salud, para luego dirigirse á Gijón, donde el 27 de Octubre le esperaban sus amigos, sus libros y aquel *Instituto Asturiano,* objeto de su paternal cariño y sus mayores desvelos. El día que llegó al Escorial escribía: «Todo amenaza una ruina próxima que nos envuelve á todos. Crece mi confusión y aflicción de espíritu. El príncipe de la Paz nos llama á comer á su casa: vamos mal vestidos. Á su lado derecho la princesa; á su izquierdo, en el costado, la Pepita Tudó... Este espectáculo acaba mi desconcierto... mi alma no pudo sufrirlo. Ni comí, ni hablé, ni pudo sosegar mi espíritu. Huí de allí: en casa toda la tarde inquieto y abatido, queriendo hacer algo y perdiendo el tiempo y la cabeza.» Y el día en que salió del ministerio y al reanudar su diario hacía notar así el contraste de una y otra situación: «Escribo con anteojos. ¡Qué tal se ha degradado mi vista en este intermedio! ¡Qué de cosas no han pasado en él! Pero serán omitidas, ó dichas separadamente. Exonerado del ministerio de Gracia y Justicia por papel del 15, y despedido el 16 de Agosto, volví el 17 á mi casa de Madrid: estuve en ella el 18 y el 19, y el 20, á las cuatro de la tarde, salí para Trillo

y llegué después á las nueve á Alcalá...» [1] Cuando llegó á Gijón, añadía: «Al siguiente día 27 salimos de madrugada (de Oviedo), y estábamos á las diez en Gijón felizmente, cerrada tan borrascosa época de once meses y medio... Nada me ocupa de cuanto dejo atrás; pero á su entrada me llenó de amargura la falta de mi hermano, que tanto contribuía á la felicidad y dulzura de mi vida en el tiempo más venturoso. Su sombra virtuosa se me presenta en todas partes, y empezando á venerarle como el espíritu de un justo que descansa, casi no me atrevo á llorar sobre sus cenizas.»

La verdad es que un hombre así podrá ser utilísimo para el consejo, pero difícilmente para la acción pronta y enérgica que exige época, como la en que ejerció en el ministerio, tan difícil y turbulenta.

Su reemplazo por Urquijo y Soler.

Por más que la necesidad del descanso hiciera aparecer como interina la separación de Saavedra del despacho de las dos secretarías que desempeñaba, y fuera sustituído en la de Estado por D. Mariano Luis de Urquijo, oficial mayor de aquel ministerio, y en la de Hacienda por D. Miguel Cayetano Soler, consejero del mismo ramo, la exoneración de Jovellanos ponía así como el sello á una situación política de que podían los dos considerarse como los únicos representantes de valía, autorizados, como en España, en todos los Gabinetes de Europa.

De un ministerio interino como el que quedaba al frente de la administración española, poco podía esperarse; y luego veremos, en efecto, que cuantos ramos la componían fueron arrastrando esa existencia anémica que revela la falta de caracteres y de talentos que la exciten al movimiento y á la acción. Y gracias á que la guerra con la Gran Bretaña, por los dobles peligros con que amenazaba, los comunes de una lu-

1 La exoneración se halla consignada en la *Gazeta* del 24, sin citar la fecha en que, según el diario de Jovellanos, debió firmarse y comunicársele el 15. Los que conocen ese documento, publicado por el erudito D. Julio Somoza en 1885, no pueden dudar de la exactitud de esas fechas: los demás han tenido que atenerse á las estampadas en el periódico oficial de aquel tiempo.

cha ya manifiestamente desigual y los que hacía augurar el aislamiento en que iba á quedar la Metrópoli de sus vastísimas y ricas posesiones de Ultramar, provocaba en el ministerio la necesidad y la urgencia de atender á su prosecución en las mejores condiciones posibles. Lángara, apartado completamente de la política, que sólo podría causarle tedio al observar la que se desenvolvía á su vista, se había dedicado con toda su voluntad y todas sus fuerzas á reorganizar la armada española, ayudado, principalmente en Cádiz, donde se hallaba la mejor parte de ella, por el general Mazarredo, incansable en su tarea de ponerla en disposición de darse otra vez al mar con esperanza de otros resultados que los hasta entonces obtenidos.

Por lo demás, Urquijo no pensaba más que en fortificar su nueva posición, ya que veía á Saavedra obligado á buscar el recobro de su salud lejos de Madrid; posición que esperaba asegurar con seguir la misma conducta observada por su anterior jefe en las relaciones internacionales y contendiendo con Godoy en las que éste seguía cultivando en la corte para recuperar el antiguo favor momentáneamente perdido. No era fácil continuar las primeras ante un Gobierno, como el francés, decidido á echar por tierra todas las monarquías que aún quedaban dentro de su esfera de acción en Europa, en Italia particularmente, donde tantos intereses conservaba la española. El despojo del poder temporal, con tal saña arrancado al Sumo Pontífice, sin que ni aun dejando pasar eso sirviera para salvar al duque de Parma del que muy pronto fué, á su vez, objeto y víctima, así como el riesgo que amenazaba á Nápoles de seguir suerte igual, tenían al rey Carlos afectado tristemente, temeroso, además, de las consecuencias de una alianza que le arrebataba toda libertad de acción para impedir tales agravios como los que le había inferido la Francia. Aunque latente, existía, pues, en la corte una divergencia de opiniones tan perjudical que á todos desarmaba: al Rey por el miedo á las violencias á que se veía inclinado

el Directorio que, al decir de un historiador, reinaba en Madrid y dirigía la política extranjera del Gobierno, y á éste porque inclinado por su patriotismo á rechazar las imposiciones que le venían de fuera, comprendía cuán difícil iba á serle sacudir el yugo que, una vez cometido el error de la alianza, le imponían las obligaciones contraídas con ella. Así es que ni Carlos IV hallaba camino para volver al de la política española de otros tiempos, ni sus ministros tenían fuerza, autoridad ni prestigio para, apoyándose en el de la corona ó en la opinión, tomar rumbos independientes de toda otra obligación que la de sostener la dignidad nacional, entonces por el suelo. España tendría que seguir atada al carro de la Francia en la marcha vertiginosa que el Directorio, ante la perspectiva de una reacción, aun acabada de sofocar, é impelido por sus propias inclinaciones revolucionarias, había tan locamente emprendido.

Sucesos de Irlanda.

Con eso, la nueva coalición, flojamente iniciada según hemos visto, recibió mayor impulso, á lo que contribuyó no poco el fracaso de los proyectos de sublevación comenzados á ejecutarse en Irlanda esperando el apoyo y aun la cooperación del ejército y la escuadra con que la República amenazaba á la Gran Bretaña. Había, con efecto, estallado en aquella isla una insurrección que, de ser hábilmente fomentada, hubiera podido hacerse formidable. Los Irlandeses, ya se sabe, no desperdician ocasión de sacudir el yugo inglés; y con las noticias de los grandes armamentos que se preparaban en Francia para acudir en su ayuda y acometer un desembarco en la metrópoli, se habían decidido á levantarse en armas, aun consistiendo la mayor parte de ellas en chuzos y hoces por ser escasísimo el número de los fusiles y cañones con que podían contar. El Mediodía de Irlanda era teatro de los estragos que siempre acompañan á la guerra civil y más cuando el sentimiento religioso y el espíritu de independencia son sus principales móviles. En el condado de Wesford principalmente, una de las regiones de fácil

acceso para las escuadras francesas, el movimiento popular tomó gran incremento contando con cifras de combatientes, tan numerosas que pusieron en cuidado extremo al Gobierno. Pero no se descuidó en enviar refuerzos al virrey. gobernador de la isla, que á los pocos días de haberse iniciado la sublevación contaba con tropas que se creyeron entonces suficientes, embarcadas en Plymouth, Liverpool, Newcastle y otros puertos de donde también salieron fuerzas navales que bloquearan á los insurrectos é impidiesen la llegada de los socorros que esperaban de Francia. Y si en un principio, como sucede siempre en las luchas civiles, los sublevados redujeron su acción á combates parciales y de corta fuerza, la derrota y muerte del coronel inglés Lamberto Walpole les dió, con algún armamento y cañones que le conquistaron, alientos para mayores y más importantes empresas. Pronto cayeron en su poder poblados de vecindario considerable, la ciudad de Ennyscorthy y la de Waterford, amenazando con el ataque de la misma de Dublin desde un gran campo establecido en las alturas de Blackmoor, cubiertas de atrincheramientos. Á principios de Junio, los rebeldes dominaban en más de 30 condados, donde no sólo los hombres sino las mujeres también tomaban parte en los combates y hasta había alguna que los dirigía como Miss Keating, la célebre heroina de aquella insurrección, hecha luego prisionera de los ingleses realistas.

El *Morning-Post* decía: «Las cartas de Dublin y de Waterford, que acabamos de recibir, no dan esperanzas de que se concluya muy pronto aquella rebelión; y las medidas que adopta aquí el Gobierno acreditan esto mismo, como también que para restablecer el sosiego juzga indispensable echar mano de medios más rigorosos, y así costará mucha sangre.» En aquella fecha, la ya citada, se calculaba el número de rebeldes en el condado de Kildare en 150.000 hombres y en el de Wexford en 20.000, cifras indudablemente exageradas pero que no estarían muy distantes de la verdad

cuando eran cuatro los generales ingleses, Dundes, Johntone, Eustace y Duff, los que combatieron en New-Ross, batalla reñidísima en que, con exageración también, se atribuyó á los Irlandeses-unidos, que es como se les llamaba, la enorme pérdida de 5 á 6.000 de ellos. Tan furiosos se mostraron en la pelea, sobre todo al lanzarse sobre la artillería inglesa, que tanto valor, rayano á la temeridad, se supuso resultado de la embriaguez de que iban poseídos al emprender el ataque. Duró la lucha todo el día; fué muerto lord Montjoy con otros jefes y oficiales ingleses, y lord Kingbourough cayó en poder de los rebeldes quienes, con eso, tomaron tal incremento que fué necesario enviar á Irlanda nuevos y poderosos refuerzos con otro virrey de condiciones de carácter superiores á las de su antecesor.

De lo que más necesitaban los Irlandeses era de armas, que las de fuego, según ya hemos dicho, eran escasísimas en su campo; así es que establecieron una fundición de artillería en Ennyscorthy y comenzaron las obras para otra en Wexford; extendiendo entretanto la sublevación á las provincias del Norte de la isla, sin que las proclamas del general Nugent ni las del nuevo virrey, el marqués de Cornwallis, sirvieran para desarmar á unos hombres que se consideraban á punto de obtener su independencia á poco que les ayudasen desde Francia y desde España, sobre todo, que por su espíritu religioso les inspiraba mayores simpatías y esperanzas. Para conseguir esos socorros iban concentrando en el condado de Cork y en la bahía de Gallovay fuerzas bastante numerosas con que apoyar el desembarco de sus aliados, sin que los agentes que empleaban para la comunicación con ellos se arredrasen por los tormentos á que se les sujetaba, si eran cogidos, para que descubrieran los secretos de las conferencias y planes de que eran poseedores.

En Inglaterra, sin embargo, circulaban todos los días noticias favorables á la causa realista, suponiendo vencidos en varios encuentros á los Irlandeses y ahorcado su principal

jefe Harvey con otros también caracterizados pero de menos nombradía, así como pacificadas algunas regiones de la isla y, entre ellas, la importantísima de Wexford. Y era que, como siempre ha hecho el Gobierno inglés, si dirigía refuerzos, cada vez más numerosos, al teatro de la guerra llevando á él hasta cuerpos de milicias de la metrópoli, conminaba con tal energía al virrey y á sus generales para que no perdonasen esfuerzo alguno de vigor por su parte, ni medidas, las más rigurosas, para con los rebeldes, que, antes de empezar el mes de Julio, Cornwallis se había puesto al frente de las tropas y el general Lake iniciaba el ataque de Wexford apoderándose del campamento de Vinegai-Hill, aunque con pérdidas gravísimas de varios coroneles y otros oficiales de distinción. Pero á pesar de esas operaciones que, con efecto, iban haciendo precaria la situación de los Irlandeses que no veían llegar los socorros prometidos de Francia, y á pesar también de que cada día desembarcaba en la isla tal número de regimientos ingleses que hacían temer quedase Inglaterra sin defensa, si se llegaba á verificar el desembarco del ejército francés acantonado en la costa opuesta, Dublin se hallaba amenazado de un asalto desde el campamento, que antes anunciamos, cubierto de fortificaciones que los Ingleses no se habían decidido aún á atacar; viéndose desde las torres cómo los insurrectos hacían quemar las casas de campo de sus enemigos ó de los partidarios de la causa inglesa. No es, pues, de extrañar que en la clausura del Parlamento el 29 de Junio pronunciara el Rey, entre otras frases, la siguiente: «Nada se ha omitido por mi parte para sofocar aquel espíritu peligroso que amenaza á un mismo tiempo los intereses y la seguridad de todas las partes del Imperio británico. No podré alabar bastante la fidelidad incontrarrestable y el valor de mis tropas de línea, como también de mis *fencibles* (voluntarios) y de mis milicias de Irlanda. Iguales elogios de mi parte merecen los *yeomens* (guardias de á pie) y los voluntarios que se han presentado como

defensores de la vida y de los bienes de sus conciudadanos y como apoyos del gobierno legítimo.» Y añadía después: «Con medios tan poderosos y en vista de las ventajas importantes que en las últimas operaciones hemos conseguido contra las fuerzas principales de los rebeldes, espero que no tardará el momento en que todos aquellos que por seducción han faltado á su obediencia y lealtad, conocerán en su conciencia sus delitos, y se harán acreedores al perdón y á la protección que constantemente he anhelado dar á todas las clases pacíficas de mis vasallos.»

Los indultos iban realmente haciendo su efecto, apoyados por el general Lake con su acción militar y la insidiosa de perdonar á los soldados que cogía, fusilando á sus oficiales. Así es que á mediados de Julio todo el condado de Wexford aparecía sometido, Dublin libre de los ataques de los Irlandeses del próximo campamento, y sólo en el condado de Wicklow se hallaba concentrada una fuerza de rebeldes bastante considerable para no deberse tener por pacificada la isla.

En ese estado se hallaba la lucha civil provocada en Irlanda por las tiranías del Gobierno inglés y los estímulos de los enemigos de éste en el continente, cuando el 22 de Agosto desembarcaban en la bahía de Killala sobre 1.500 franceses que, inmediatamente de haber tocado tierra, tomaban el pomposo nombre de *Ejército de Irlanda* á las órdenes del general de división Humbert. Habían ido en tres fragatas, que luego volvieron á Burdeos sin accidente alguno, y pocas horas después atacaban la población de aquel mismo nombre que el ayudante general Sarracín tomó inmediatamente, obteniendo el empleo de general de brigada en el campo mismo de batalla. Al día siguiente se dirigían al interior para reunirse á un cuerpo de irlandeses que, armados y equipados por el general Humbert, fueron arrollando á los destacamentos ingleses hasta la fuerte posición de Castlebar, donde el 27 obtuvieron una gran victoria que también deci-

dió el general Sarracín que, así, en cinco días, alcanzó el grado de general de división.

Aquella fuerza formaba así como la vanguardia de una gran expedición salida de las costas de Francia que debería constar de 8 á 10.000 hombres y que, burlando la vigilancia del almirante Bridport que bloqueaba el puerto de Brest, logró acercarse el 21 de Septiembre al litoral de Irlanda, en cuyo puerto de Rutland supo el general Rey, que iba en el bergantín *Anacreonte*, la derrota de Humbert dando aviso luego de ella á los demás expedicionarios que, como era de esperar, retrocedieron á Francia.

El desastre de Humbert era, por desgracia, decisivo para la suerte de Irlanda. Dirigíase la columna franco-irlandesa hacia Carrik cuando, ya próxima á Boyle y comprendiendo que iban en su seguimiento fuerzas enemigas muy superiores mandadas por Lake y Cornwallis, trató de retirarse hacia la costa; pero alcanzada cerca de Granard el 8 de Septiembre y depuestas las armas por su retaguardia, se entregó entera, quedando prisioneros de guerra todos los Franceses con sus oficiales y generales [1]. Los Irlandeses huyeron á las montañas y bosques dispersándose completamente y llevando el pavor de que iban poseídos á las demás comarcas sublevadas que, desde entonces y salvo el grupo mandado por el impertérrito Holt, fueron acogiéndose al indulto proclamado en seguida por el virrey.

Ignorante el Directorio de estos sucesos, hizo salir la expedición de Brest que, según ya hemos dicho, halló en Rutland quien la avisase del desastre de Humbert; con lo que se volvió á Francia no sin que en la travesía los temporales y el almirante Bridport la produjesen pérdidas de consideración, la del navío *Hoche*, particularmente. Todavía el 27 de Octubre se avistaba en la bahía de Donegal y en la próxima

1 El general Humbert fué llevado á Dublin, donde se le dejó en libertad para, como lo hizo, volver á Francia bajo palabra de no servir en aquella guerra si antes no era canjeado.

de Killala, donde parecía haberse dado cita las expediciones, otra escuadrilla francesa con tropas de desembarco, pero, en vez de Irlandeses que los esperasen para reunirse á los tripulantes, salió á su encuentro en la playa tal fuerza del ejército inglés y de las milicias, que, sin intentar siquiera ponerlos en tierra, se dió á la mar inmediatamente, temerosa de que la alcanzasen las naves del almirante Home que andaban en su busca.

Así acabó aquel segundo intento de sublevar la Irlanda, llevado á cabo con tanta parsimonia como torpeza. «Una invasión, dice Rosseuw Saint-Hilaire, verificada en aquellos momentos tan propicios por una flota franco-española que hubiera puesto sólo 10.000 hombres en las costas de Irlanda habría tenido probabilidades de éxito, pues que, abandonada á sí misma, la rebelión pudo resistir y mantenerse tanto tiempo. Pero el Directorio, enteramente preocupado con la expedición de Egipto y la creciente fortuna de Bonaparte, no estaba dispuesto á operar allí aun cuando comprendiese la necesidad de hacerlo. Dió órdenes que no se ejecutaron y la expedición preparada en Brest no pudo darse á la vela, falta de fondos con que pagarla» [1].

En cuanto á la falta de cooperación de los Españoles en favor de Irlanda, no puede en manera alguna achacarse á nuestro Gobierno, porque adhiriéndose á las disposiciones del Directorio, mejor dicho, obedeciéndolas, se formó en el Ferrol un cuerpo de tropas de 3 á 4.000 hombres que transportó á Rochefort el teniente general de la Armada D. Francisco Javier de Melgarejo. Mandaba aquellas fuerzas el general O'Farril que, bloqueado Rochefort por los Ingleses, se trasladó con ellas á Brest esperando ser dirigido á Irlanda en una de las expediciones intentadas aunque sin fruto, pero siendo, por cierto, sumamente elogiado de los Franceses por el brillante comportamiento que observaron nuestros soldados

1 Ya hemos visto que esto no es exacto: lo que hay es que, por falta también de esos fondos, la cosa se hizo tarde y muy mal.

y la disciplina de que dieron muestras elocuentes con admiración de cuantos podían presenciarlas. La escuadra de Melgarejo, compuesta de seis navíos, varias fragatas y buques menores, se mantuvo en Rochefort rechazando los ataques de la muy superior de los Ingleses que hubieron de limitar su acción á la de un bloqueo riguroso, hasta que, con ocasión de un huracán que hizo se retirase de la vista del puerto la armada británica, lanzóse nuestro bravo almirante al mar con todas sus naves, arribando á Ferrol sin perder una sola á pesar de conducir entre ellas el navío *Castilla*, de muy poco andar, ser tantas para eludir la vigilancia de los enemigos y haber tenido que separarse mucho del litoral para mejor burlarla.

Mudanzas en Italia.

No contribuiría poco el fracaso de la sublevación de Irlanda, tan mal ayudada por los Franceses, para que todas las naciones dispuestas á la nueva coalición se resolvieran á emprender la lucha que debía ser su natural consecuencia. Pero, entre todas ellas, Nápoles se mostraba la primera en su deseo de emancipar la Italia del dominio de los republicanos franceses. Animado el Rey con la presencia de la escuadra inglesa de Nelson en las aguas de Nápoles, y excitado por la Reina, Lady Hamilton y el ministro Acton, trinidad que, compuesta de elementos tan enemigos de la República como una archiduquesa de Austria, un general irlandés y una favorita insolente, ligada por vínculos tan estrechos con el embajador, que era su marido, y con el almirante, objeto de uno de sus mil caprichos, dominaba en absoluto á la corte, se creía como el primer paladín y palanca la más poderosa para la reacción monárquica á que convidaban la expedición de Egipto, el desastre de Irlanda y sobre todo la debilidad que mostraba el Directorio en su marcha política dentro y fuera de Francia [1]. Fernando IV, engreído, en efec-

1 Aquí, aun hallándose tan lejos, empieza á intervenir en los asuntos de España la célebre Lady Hamilton, la aventurera que destinada, al parecer, á sólo ocupar un lugar preferente entre las meretrices de Londres, llegó á subyugar con sus encantos y supercherías la corte de Nápoles á punto de representar en ella un papel importante é influir en muchas de sus más graves determina-

to, con tales auxiliares y la llegada á Nápoles del general austriaco Mack, una de las mayores ilustraciones militares de Europa en aquellos días, se puso á organizar un ejército, tan numeroso como nunca se había formado en aquel reino. Si no á 80.000 hombres como hizo correr la fama de aquel formidable armamento, llegaba el número de los soldados napolitanos al de 40.000, para el ejército de operaciones y otros 20.000 para guarnecer los puntos fuertes del país y los de la frontera inmediata al que iba á ser teatro de su acción [1]. Con eso era grandísima la efervescencia que dominaba, como en la capital, en todas las provincias napolitanas, comunicándose al mismo Roma donde los atropellos y exacciones que cometían los Franceses, habían hecho cambiar no poco la opinión, antes, al parecer, tan favorable al establecimiento de la República.

El ejército francés, situado en la capital del mundo católico y que debía oponerse á tan numerosas fuerzas como las napolitanas que iban á acometerle, constaba, tan sólo, de unos 12.000 hombres; eso sí, de buenas y sólidas tropas que habían combatido en las campañas anteriores de la alta

ciones. Más adelante, sirvió así como de vehículo de noticias y tomó parte en gestiones entre aquella familia real, la nuestra de España y el almirante Nelson, que produjeron sucesos de varia importancia, llegándose, conocido el juego, á valerse Napoleón de ellas para sus combinaciones estratégicas.

Véase ahora quién era la tal Hamilton. Había nacido en Inglaterra; y de los más bajos oficios, incluso el de cocinera, había pasado á una casa de lenocinio de donde la sacó un charlatán, inventor de un elixir de amor, proclamándola y exhibiéndola como *diosa de la salud*. Un sobrino del embajador de Nápoles que, viéndola tan hermosa y sólo cubierta con una gasa harto transparente, se enamoró de ella, se la traspasó después á su tío que, acabando por casarse, la presentó en la corte de las Dos Sicilias. Logró hacerse amiga de la reina Carolina y su confidente; y amante luego de Nelson por medios que pueden verse en el apéndice núm. 4, influyó mucho en sus destinos.

Hay publicadas unas Memorias de Lady Hamilton de donde traducimos la parte referente al apéndice.

1 Casi todos los historiadores dan á aquel ejército los 80.000 hombres á que nos referimos; el mariscal Macdonald en sus Memorias, publicadas este mismo año de 1892, dice que eran de 70.000 á 80.000; pero es lo cierto que confiesa en ellas también que sólo eran 40.000 los que penetraron en el territorio romano con el Rey y Mack á su cabeza.

Italia, puestos á las órdenes del general Macdonald, si de origen escocés y de familia partidaria de los Stuardos, francés de nacimiento y apegado á las glorias de *la gran nación*, en cuyo ejército había obtenido el empleo de general de división por sus brillantes operaciones en el Rhin.

Noticioso del armamento, de los entusiasmos y los proyectos de los napolitanos, había pedido refuerzos para defender á Roma de la invasión que por instantes se temía, según las noticias que le daban los destacamentos que había establecido en todas las entradas de la frontera. Fuéronle, con efecto, enviados hasta reunirse en el territorio de aquella república unos 18.000 hombres, pero poniéndose todos á las órdenes del general Championnet, como su general en jefe, quien á los dos días de haber llegado á Roma recibía la noticia de haber salvado la frontera los napolitanos, divididos en varias columnas y tomando por objetivo la capital y varios de los cantones franceses en el camino de Ancona hasta la cumbre de los Apeninos. Aunque el primer intento de Championnet fué el de salir al encuentro de los invasores y aun se adelantó á la frontera, al comprender que el pequeño número de sus fuerzas no podría estorbar la marcha de tantas columnas como las que se acercaban en distintas direcciones, y menos dejando á su espalda una población á punto, según todas las noticias, de sublevarse, decidió su retirada á Roma y poco tiempo después, entrando en negociaciones con el general Mack, hizo evacuar la ciudad aunque no sin dejar una corta fuerza establecida en el castillo de Sant Angelo con la orden de defenderlo hasta el último extremo. No costó poco al general Macdonald cumplimentar aquellas órdenes porque, impacientes los romanos por verse libres de la dominación francesa, trataron de apoderarse del General y su Estado Mayor que, sin embargo, supieron imponerse á los revoltosos de tal manera que al día siguiente, el 27 de Noviembre de 1798, atravesaban los puentes del Tíber con toda tranquilidad para situarse en Civita-Castellana, la antigua Veyes, po-

sición, como es sabido, sumamente fuerte por su castillo y la naturaleza del terreno que le rodea [1].

Los napolitanos cuyas columnas de la derecha habían sido entretanto batidas en Terni y Porto-fermo, fueron á sitiarle en Civita-Castellana, donde, después de ser rechazados por poco más de 6.000 hombres cogiéndoles muchos prisioneros, artillería, bagajes y hasta los fondos de su caja militar, huyeron á Roma, dirigiéndose algunos, sin embargo, á Otricoli para cortar la comunicación de Macdonald con Championnet que se hallaba entre Narni y Terni. También allí fueron rechazados, y en Calbi hubieron de rendirse hasta 7.000 hombres mandados por el general Moesk. Resultado; que los 40.000 napolitanos fueron vencidos por los 12.000 de Macdonald y en número que hizo muy corto el grande de los prisioneros que dejaron sus varias columnas en manos de los Franceses, volvieron á su país, salvándose su rey en Roma por torpeza ó poca energía del gobernador de Sant Angelo que, de seguir las órdenes de su general, le hubiera cogido también prisionero.

No había ya que vacilar para seguir la marcha sobre Nápoles: el ejército napolitano no era tal ejército en el verdadero sentido militar de la palabra, y mal podía sacar fruto de él un general como Mack acostumbrado á mandar las tropas austriacas, tan sólidas en el campo de batalla como tenaces y prontas á reorganizarse aun á pesar de los mayores reveses.

1 Las Memorias de Macdonald ofrecen bastantes detalles sobre las brillantes operaciones que aquel general ejecutó hasta desbaratar completamente al ejército napolitano de Mack; pero puede observarse en ellas, lo mismo en esta parte que en todas las demás, un exclusivismo verdaderamente británico, dejando en bastante mal lugar á los generales franceses y en lo que vamos refiriendo á Championnet, de quien dice que era un valiente pero de muy poca capacidad, afamado por sus éxitos al frente de una división en el ejército del Sambre y Meuse, pero con un Estado Mayor que no hacía sino adularle, formado de envidiosos y presumidos. Cuando Macdonald se retiraba de Roma, aseguró á sus amigos y á los partidarios de Francia que no estaría ausente de ellos más de quince días y se comprometió á no afeitarse la barba durante su ausencia; y con efecto, cumplió su palabra en los diez y siete días que tardó en volver.

Los republicanos se pusieron muy pronto al frente del campo atrincherado de Capua, cuyo gobernador les ofreció un armisticio que rechazó Championnet aconsejado de Macdonald; pero después de muchas vacilaciones por una y otra parte y de algunos pequeños combates en derredor de la plaza, se convino en que cesaran los hostilidades. Los Lazzaroni de Nápoles que trataban de organizar la defensa de su ciudad, obligaron á que se rompiese aquel pacto, único en tales momentos capaz de salvar al reino y á su soberano, que eludió ambos riesgos, el de los invasores y el de sus mismos despóticos vasallos, embarcándose el 31 de Diciembre en la escuadra inglesa. El general Mack, viendo deshecha su negociación de Capua y el estado de Nápoles, entregada á las violencias de la más feroz demagogia, se presentó á los Franceses, que lo dirigieron, primero á Roma, y luego al alta Italia. Los Lazzaroni hicieron algo más que los soldados sus compatriotas, batiéndose con denuedo aunque en el desorden que es de suponer; no tardaron, empero, á verse obligados á entregar su ciudad á los Franceses, verificándolo el 23 de Enero de 1799, tantos días, como se ve, después de haberla abandonado de noche y por caminos subterráneos la familia Real que se dirigió á Palermo con Actón, por supuesto, y la Hamilton, el marido de ésta, Nelson y cuantos tesoros encerraban los palacios de Caserta y Nápoles y todas las alhajas de la Corona [1].

El reino de Nápoles fué así transformado en república Parthenopea con un Directorio como el de la francesa, si bien de poca duración por acontecimientos militares que no tardaremos en recordar á nuestros lectores.

1 Escribía Nelson que jamás había sufrido tormenta tan terrible como la que asaltó á su escuadra en la navegación de Nápoles á Palermo, en cuya travesía murió el príncipe Alberto Feilpe, hijo de Su Majestad siciliana, de seis años y ocho meses de edad, expirando ¿cómo no? en brazos de Lady Hamilton. Y eso á pesar de los talismanes, filtros y demás artes de encantamiento que poseía aquel portentoso silfo, escudo de la dinastía napolitana y estrella polar de las naves del gran almirante británico.

Los sucesos de Roma y Nápoles debían tener eco en las demás monarquías que aún subsistían en Italia; pero, aun cuando no lo tuviesen, por allí andaban los Franceses deseando acabar con todas ellas. Ya dijimos cómo habían obligado al rey Carlos Manuel á recibir una guarnición francesa en la ciudadela de Turín; y con el pretexto de que tanto él como el Gran Duque de Toscana hacían causa común con el rey de Nápoles, y el de haber interceptado cartas en que se manifestaba á la corte de Viena el deseo de ver aquel país desembarazado de los Franceses, el general Joubert, que mandaba el ejército de Italia, reunió el 5 de Diciembre las divisiones Víctor y Dessolles en el Tesino, y mientras otras fuerzas francesas sorprendían las plazas de Novara, Suza, Coni y Alejandría, se dirigió á Turín, apoderándose de aquella capital en combinación con los presidiarios de la ciudadela, y obligando á Carlos Manuel á descender de su trono para acogerse, decía, voluntariamente el 23 de Febrero á la isla de Cerdeña. Otro tanto iba á hacer con el Gran Duque de Toscana, para lo que había dirigido una de sus divisiones sobre Florencia, cuando le llegaron órdenes en contrario del Directorio, atento, sin duda, á no romper del todo con la corte de España, ya que ésta no lograba fomentar allí los intereses monárquicos ni después serían oídas sus pretensiones al trono de Nápoles que Azara consideraba corresponder á Carlos IV como único representante ya de la casa de Borbón en Italia y en España. Sin embargo de eso, Joubert hizo ocupar á Liorna y la parte inmediata del Gran Ducado, con lo que pudo ofrecer á Championnet algunos refuerzos para la conquista de Nápoles.

Bien puede observarse por esta sucinta relación de los sucesos de Irlanda, y particularmente de los de Italia, que los reveses como los triunfos de la República, su aliada, eran desastres y considerables para los intereses y el decoro de la monarquía española. En Irlanda quedaba ahogada la causa católica que tanto importaba á España, su mantenedora más caracterizada en Europa, la que mayor obligación tenía, por

consiguiente, de verla triunfar en la *Verde Erin*, esclava de los errores religiosos y de las intransigencias de la mal llamada Iglesia anglicana establecida por el apóstata Enrique VIII. En Italia eran arrojados del trono Carlos Manuel, el único soberano en el Norte de aquella región privilegiada, y Fernando IV, hermano del rey de España que ocupaba el de Nápoles; quedando sólo en el centro el Infante Duque de Parma, pero después de haber sido juguete de los caprichos del Directorio y de los generales franceses, y traído y llevado de una parte á otra y de proyecto en proyecto, de los distintos elaborados en París ó Milán según los triunfos ó reveses de los que, aun así, se proclamaban siempre y en tono de mofa sus más eficaces protectores.

De manera que la tan decantada alianza, la que con tal ahinco había perseguido el príncipe de la Paz después de tres años de encarnizada lucha con aquella República, con la que decía él era el mayor de los delitos transigir, delitos de lesa majestad y de lesa nación, costando á sus simpatizadores más ilustres insultos, persecuciones y destierros, venía á ser, y eso por la ley más natural de la política, motivo de continuos desaires y desengaños, causa de todo género de desgracias en el mar, en las colonias y en cuantas partes conservaba España intereses de familia, de instituciones, de honor y gloria. Sólo faltaba para llenar la medida de tamañas calamidades que viniese el enemigo á arrebatarnos en nuestro mismo suelo una de sus más estimadas joyas. Daban ocasión á ello la incuria de nuestros gobernantes y su ineptitud para apreciar el valor de las posiciones que bajo el concepto estratégico pudieran ser salvaguardia de nuestros intereses defensivos en la Península y sus islas adyacentes, así como el desprecio con que los Franceses miraban cuanto á ellos no hubiera de lastimarles. Ocupados en lo que pudiera dar de sí la expedición de Egipto que debía interesarles doblemente por la gloria que entrañaba y por la ausencia de su caudillo, tan sospechoso ya y temible para el Directorio,

éste piensa, por su parte, en sostenerse aunque arrastrando una existencia gastada ya, sin prestigio alguno y temiendo los triunfos de quien le hace presentir el de la monarquía, en otra forma, es verdad y sin reacciones, pero más absoluta, más despótica, como apoyada en la fuerza y la gloria que ha de darle el triunfo que va á obtener sobre la Europa entera coaligada contra él.

No lo creían así los realistas franceses, cuyas esperanzas se reanimaban con el espectáculo de las debilidades del Directorio y la acción de conspiraciones las más insensatas, con las ofertas, acaso, que se les hacía desde España, anhelante siempre por ver de nuevo restaurada entre sus vecinos la monarquía, á la que, según hemos indicado, no estaba lejos de aspirar nuestra familia real.

Todo, así, quedaba supeditado á intereses, pudiéramos decir mezquinos por ser personales, lo mismo en Francia que en España, sin tomar en cuenta que un poder enemigo, siempre vigilante y cada día más encarnizado andaba acechando la ocasión de vengar el aislamiento mismo en que se le había dejado en la lucha.

Pérdida de Menorca.

Con efecto; mientras parte de la escuadra de Nelson, unida á nuevos buques enviados de Inglaterra á quienes también acompañaban otros portugueses anclados hasta entonces en el puerto de Lisboa; mientras esa armada, repetimos, se dirigía á Malta con el objeto de arrebatar á los Franceses aquel punto tan importante para las operaciones navales en el Mediterráneo, otra, no menos poderosa, salía de Gibraltar con fuerzas suficientes de desembarco, prueba de que iba á acometer alguna empresa no menos interesante. Díjose que se dirigía á la isla de Elba, posición desde la que podría amenazar el centro de Italia, á cuya inmediación se halla. Pero su verdadero destino era el de conquistar la isla de Menorca, cuyo puerto principal, el de Mahón, daría á Inglaterra la llave del Mediterráneo, del que, con Malta, la haría puede decirse que dueña absoluta. Ya

podía soñar Napoleón con hacer de aquel mar un lago francés; la bandera inglesa izada en las fortalezas de Gibraltar, Mahón y Malta, el desastre de Abukir y el predominio de las naves de la Gran Bretaña en Egipto, los Dardanelos y Sicilia le harían ver cuán lejos se presentaba de realizarse proyecto que, por otra parte, estarían decididas ó estorbar tantas y tantas potencias como hay ribereñas del mar de la civilización en el antiguo mundo.

La escuadra inglesa, puesta á la altura de las Baleares, destacó una fragata con bandera parlamentaria en un principio, que luego fué cambiada por la inglesa reduciendo su misión á la de preguntar si había ó no allí prisioneros de su país. Seis días después, el 6 de Noviembre de 1798, ya se distinguían desde lo alto de la Mola y del monte Toro, eminencia la más encumbrada de la isla, tres de los siete navíos que se dieron por salidos de Gibraltar con unos 20 transportes en los que iban hasta 7.000 hombres. Al día siguiente, ya el Toro anunciaba la presencia de 28 naves y el principio de un desembarco cerca de Mahón á la boca de cuyo puerto fueron enviados por las autoridades de la isla una gran cadena que la cerrara y anclas y cañones para su mejor defensa. Las tropas, muy pocas en número, de la guarnición se dirigieron al punto del desembarco; pero, rechazadas por las inglesas que ya habían tomado tierra, se retiraron á Ciudadela, dejando Mahón á merced de los invasores, puesta la ciudad, para el orden en su interior, al cuidado de las autoridades populares, y el castillo al de unos cuantos suizos y soldados de Valencia, de los que muchos hubieron de abandonarlo para trasladarse también á Ciudadela. El 10 era un coronel inglés, el célebre Lord Paget, dueño de todos los fuertes de Mahón, habiendo capitulado desde el castillo el teniente de rey de la plaza con las condiciones que quiso y quitándose la cadena de la boca del puerto, por la que penetraron un barco de guerra y varios transportes. Los demás buques, excepto algún navío que se presentó en el puerto de Fornells, se

establecieron frente á Ciudadela, cuyo gobernador, después de haber rechazado el 15 las proposiciones de capitulación que le dirigió el general Stuart y hecho un par de disparos de cañón desde las murallas, en són de protesta á lo visto, entregaba también la plaza el 16, saliendo los sitiados sin ser prisioneros y llevándose consigo sus equipajes y haberes. Así quedaba más á la vista el error incalificable de haber destruído el castillo de San Felipe después de su conquista por Crillón, dejando sin defensa el mejor puerto del Mediterráneo, á pesar de que, para ser codiciado por los Ingleses, bastaba saber que habían sido dueños de él dos veces, y por espacio de 50 años en la primera de ellas. Nada, pues, de extraño que el historiador Gebhardt, que en lo demás no hace sino seguir la lacónica relación de Lafuente, añada de su parte que la conquista de Menorca se llevó á cabo por una armada inglesa y algunos buques portugueses sin gran esfuerzo *por el mal estado de las fortificaciones* y *la escasa resistencia de la guarnición*.

Un consejo de guerra sentenció á aquel gobernador que harto castigo tuvo con la honda melancolía que le llevó al sepulcro en la ciudadela de Barcelona. Releguemos su nombre al olvido, ya que la honra de las armas españolas fué muy pronto vengada por los Palafox, los Álvarez y Herrastis en la defensa de otras plazas en condiciones polémicas quizás inferiores.

«Y queda, decíamos en otro libro, la isla de Menorca, en las relaciones históricas de aquel tiempo como si se hubiera abismado en el golfo en que afortunadamente para sus habitantes y para España se levanta todavía. Ni siquiera alcanza la gloria de que brille su nombre en el tratado de Amiens que la devolvió al seno de la madre patria» [1]. Apenas si la noticia de tal desastre logró hacer impresión en algunos esespañoles de los pocos que pudieran calcular cuáles serían el

1 «Nieblas de la Historia patria»—Capítulo «Mahon»; donde se describen todas las vicisitudes por que ha pasado aquella isla.

estado de nuestra patria y los resultados de la alianza francesa para esperar uno medianamente beneficioso de tan monstruosa liga, considerada política y moralmente. Porque el Gobierno español, privado de una mano bastante vigorosa para conducir al país recta y decididamente hacia los fines á que aspiraba por sus sentimientos de constante adhesión á las seculares instituciones que se había dado, se encontraba huérfano de las dos más poderosas inteligencias que tenía en su seno, apartadas de los negocios políticos por un accidente tan lastimoso como inesperado.

Concepto del Ministerio Saavedra.

Ya hemos dicho cuál era el estado en que quedó el Gobierno al enfermar esas dos eminencias que constituían su fuerza. No bastó la dolencia que las inutilizaba para gestión tan laboriosa como la que se les había encomendado al abandonarla quien de tantos recursos disponía para su mejor desempeño, sino que al ver que esa dolencia no acababa con Jovellanos por su robustez ó por la virtud de los remedios que se le aplicaron, se le exoneró, dejando sólo en la palestra al que mal podría mantenerla en tan lamentable situación de sus fuerzas y del arena en que le tocaba ejercitarlas.

Vuelto Godoy al favor real, si es que lo había perdido momentáneamente como algunos creyeron, el Ministerio Saavedra, lo mismo que los interinos que le fueron sucediendo, ¿cómo habían de adquirir la solidez necesaria ni la autoridad consiguiente para hacer cara al huracán político que por todas partes les azotaba; de la de Francia, con sus imposiciones, los atropellos cometidos con cuantos gobiernos podía conservar el español interés en proteger y los compromisos á que se exponía; de la de Inglaterra, con sus exigencias primero, y sus egoístas exclusivismos y la guerra después, hecha á mansalva, puesto que era dueña de los mares á pesar de cuantas combinaciones se idearon entre la República, Holanda y España; en fin, de la ya cubierta de negras nubes con que amenazaban las naciones del Norte,

empeñadas en llevarse la nuestra á su campo en la nueva coalición que andaban elaborando?

De modo que cuando más urgente se hacía la presencia en el Gobierno de un hombre que, al conociminnto de los asuntos puestos, como suele decirse, sobre el tapete, á la costumbre de su manejo y á un carácter firme y perseverante, uniese la confianza ilimitada de la corona, sólo personas sin importancia alguna política, siquier recomendables por sus servicios, componían el ministerio, salvo dos, y ésas enfermas desde los primeros días, que habrían de cargar con tamaña responsabilidad. Y muy luego, por la exoneración de una de ellas quedaría otra, la que realmente representaba en España y fuera de España á ese Gobierno, inutilizada por sus dolencias y más inutilizada por la falta de confianza que pudiera inspirar á su soberano, hecha blanco de los tiros de todo género en la corte y en las regiones de la administración pública sublevadas por la envidia y el encono de quien todo lo manejaba desde las sombras de su omnímodo influjo. Y ese hombre tiene valor para escribir después: «¡Santo Dios! Yo logré retirarme, yo alcancé mi reposo, yo dejé intacto y limpio el honor de la España, yo la dejé bien quista en todo el continente; y he aquí mis enemigos me han cargado los errores, los desaciertos y pecados de cerca de tres años que estuve ajeno enteramente de los negocios públicos interiores y exteriores, malquerido de la Inglaterra y malquerido de la Francia, porque ni á ésta ni á aquélla les permití imponernos sus pretensiones orgullosas.»

Precisamente los errores y desaciertos que Godoy achaca á Saavedra y á los que le sucedieron en el gobierno, son suyos, exclusivamente suyos; la alianza francesa, la guerra con la Gran Bretaña, son de su tiempo; las debilidades con el Directorio, los agasajos á Truguet, la expulsión de los emigrados, que achaca luego á Saavedra, comienzan con él como las tristes expediciones de los almirantes Córdova y Mazarredo; el desprecio de los republicanos despojando en

Italia á los príncipes allegados á Carlos IV, se manifiesta durante su administración; la pérdida, en fin, de la isla de la Trinidad con la de tanto y tanto navío echado allí á pique, y como decía un marino de aquel tiempo, *los insoportables gastos del erario, los desastres incalculables de nuestro comercio, la ruina de nuestra navegación mercantil y la completa destrucción de nuestra armada*, obra fueron *del favorito engreído y casquivano, que siendo Guardia de Corps había soltado de repente las riendas del caballo para empuñar las del Estado* [1].

¡Pobre Saavedra, sin medios, es verdad, para la magna obra de restaurar tamaña ruina, pero inválido, además, durante casi todo el tiempo de su ministerio por la misteriosa dolencia que le acosó hasta el fin prematuro de su vida! Porque, nombrado el 28 de Marzo de 1798, tenía que encomendarse en 18 de Mayo el despacho de Hacienda á Soler, y poco después el de Estado á Urquijo para en 4 de Agosto entregárselo del todo hasta el 21 de Febrero de 1799 en que se expedía el decreto de su exoneración, prueba irrecusable de su irresponsabilidad. Decía así: «En consideración á *los continuados quebrantos que padece en su salud* D. Francisco de Saavedra, he venido en exonerarlo de la Secretaría de Estado que servía, debiendo continuar en el despacho de ella D. Mariano Luis de Urquijo, sin poner en la antefirma, *como lo ha hecho hasta aquí, el motivo de la indisposición de Saavedra;* á quien en premio de sus buenos servicios he tenido á bien conservarle el sueldo, casa de aposento y demás emolumentos correspondientes á la plaza efectiva que tiene en mi Consejo de Estado.»

¿Qué había, pues, de hacer Saavedra ni cómo pueden dirigírsele cargos por una administración en que apenas tomó parte? Siguió el rumbo que halló señalado al Gobierno de la Nación, y en ese rumbo continuó cometiendo los mismos

1 «Juicio crítico sobre la Marina militar de España.» Su autor, según la edición de 1820, Patricio Vitoriano, ciudadano español.

errores de la anterior situación política, anémica en el interior y aventurera y temeraria en el exterior, preñada de peligros y conduciendo irremediablemente á la decadencia más vergonzosa. Y decimos irremediablemente porque, ni aun ayudado por un Jovellanos en el corto tiempo hábil de éste que dispuso, le era dable contener la marcha á esa decadencia de que su primer autor, lejos ya de los acontecimientos que la produjeron, pretende hacerse irresponsable valiéndose de sofismas muy fáciles, sin embargo, de conocer y rechazar [1].

1 «Nuestro ejército, dice en sus Memorias Godoy, el ejército que él dejó en un estado respetable, el ejército más que nunca necesario entonces, no tan sólo para impedir las invasiones que podría intentar la Inglaterra, sino también y aun más, para hacer nuestra alianza respetable, no como amigos mercenarios de la Francia, sino como potencia independiente y señora en todo de sí misma, el ejército, mal pecado, exclama, se encontraba reducido á una mitad de lo que era hacía dos años, mal vestido y mal pagado, triste efecto de los cálculos errados y especiosos que en aquellos años se adoptaron en el manejo de la Hacienda.»

Pues bien; el ministro de la Guerra era y lo fué hasta Septiembre de 1799, D. Juan Manuel Álvarez Faria, pariente y hechura de Godoy; y en cuanto á la Hacienda, la manejó, en cuanto pudo, el elegido por él, Saavedra que pasaba por autoridad en el ramo.

CAPÍTULO IV

EL MINISTERIO INTERINO

Segunda coalición.—Incidente de Bernadotte en Viena.—El czar Pablo I. Turquía.—Congreso de Rastadt.—Campaña de 1799.—Atentado de Rastadt. —Operaciones de las escuadras aliadas.—Las de Macdonald en Italia.— Situación del Directorio.—Proyecto de una reacción monárquica.—El general Joubert.—Su muerte en Novi.—Discordias de los aliados.—Reacción en Nápoles y Roma.—Exoneración de Azara.—Pío VI y su muerte.—Novedades eclesiásticas.—Elección de Pío VII.—El 18 Brumario.—Napoleón primer cónsul.—Ofrece la paz á Inglaterra y Austria.—Su conducta con España.—Campaña de Marengo.—Ataque de los Ingleses al Ferrol.—Otro á Cádiz.—Misión de Berthier.—Cesión de la Luisiana.—Sus condiciones.— Nuevo tratado de San Ildefonso.—Plan de Mazarredo.—Misión de Luciano Bonaparte.—Caída de Urquijo.—Relevo de Mazarredo.—Paz de Luneville.

Ocupados en la narración de los acontecimientos que más inmediatamente podrían afectar á la monarquía española en sus intereses y al soberano que la regía en sus sentimientos, no hemos cuidado de consignar aún los accidentes de mayor eficacia que determinaron el principio y el acuerdo definitivo de la segunda coalición de las grandes potencias de Europa contra la República francesa.

Habían quedado tan mal paradas en la anterior contienda, que no es de extrañar que las que se daban por más poderosas pretendieran un desquite glorioso, viéndose tan humilladas ante la soberbia y las imposiciones del vencedor, su

enemigo, que no cabía se retardara por mucho tiempo la satisfacción, en concepto de todas probable, de su venganza. Incitábalas á ella la Inglaterra, si constante en la lucha tantos años hacía emprendida, incansable también en la tarea de procurarse aliados que, lo hemos dicho, ya que no en el mar, la ayudaran en el continente con sus ejércitos á destruir la prepotencia que en él se atribuía la Francia. La más interesada, con todo, en el desquite era el Austria, la que más había perdido en la lucha anterior en cuanto á la extensión y valor de los territorios antes suyos y ahora agregados á la República ó repartidos para la constitución de gobiernos que, por amor á su independencia, la serían hostiles en sus futuras operaciones. Deseaba por lo menos que se la indemnizara de tantas desmembraciones y del establecimiento de las nuevas repúblicas junto á sus fronteras occidentales, el de la helvética, sobre todo, por su posición y proximidad; y aun cuando consiguió de Francia el acuerdo de conferencias con tal objeto en Seltz, punto no distante de Rastadt, y se reunieron allí el negociador republicano Francisco de Neufchateau y el austriaco Cobentzel, nunca llegaron á conformar sus ideas ni pretensiones, separándose más discordes é irritados que antes.

Incidente de Bernadotte en Viena.

Además de la cuestión de indemnizaciones, en que Cobentzel se mostraba intransigente aspirando á obtenerlas en Italia, país codiciado por el Imperio desde la edad media en que tal preponderancia había empezado á ejercer sobre él y sobre Roma particularmente, habría de tratarse de otra que lo era de honor para la República. Por considerarle á propósito para la comisión que se le confiaba ó por adversario, entonces, de Bonaparte, se había nombrado embajador de Francia en Viena al general Bernadotte. Poco tiempo después de su llegada á aquella capital y debiéndose celebrar el aniversario del armamento de los Voluntarios para defenderla en el caso de que llegara á sus puertas el ejército republicano de Italia, Bernadotte ha-

bía querido oponerse á la fiesta y amenazado con otra en su domicilio en honor de las victorias de los Franceses, y, no logrando el desistimiento del Emperador de aquella muestra de patriotismo por parte de sus súbditos, había hecho enarbolar la bandera tricolor con esta inscripción: *Liberté et Égalité*. Los Vieneses, furiosos por aquel que consideraban insulto hecho á su patria, habían prorrumpido en gritos para que se arriase el pabellón francés; y, no consiguiéndolo, se había entablado una corta acción entre los asaltantes y los defensores del palacio de la embajada, resultando algún muerto y varios heridos. Bernadotte había solicitado una reparación al ministro Thugut, y, no satisfecho con la respuesta, se había dirigido al Emperador que se la dió muy cortés é invitándole á no marcharse de Viena; pero, aun así, salió para Rastadt, donde se encontraba el 25 de aquel mismo mes de Abril.

El Director Neufchateau, agente de la República en Seltz, mostraba el mayor empeño en que se la diera una satisfacción, y la exigía como preliminar de cualquiera otra de las negociaciones que debían ser objeto de aquellas conferencias, creyendo Cobentzel, por el contrario, suficiente reparación la de declarar que el Emperador desaprobaba lo acontecido peros in conceder otra cosa.

Los sucesos de Viena y las reclamaciones de Bernadotte tuvieron eco en París, y el Directorio se hubiera dejado llevar del apasionamiento que produjo sin la intervención del general Bonaparte que, con espíritu más conciliador y deseoso de que no fracasara su expedición á Egipto, ya á punto de realizarse, logró calmar el ánimo de los Directores escribiendo una carta, muy enérgica entre las mil suavidades que contenía, á Cobentzel, de quien, acaso por su exaltación en las conferencias de Campo-Formio, se había hecho amigo. Así terminó aquel conflicto que no, por desvanecerse, dejó de contribuir á que se uniera á la coalición el Austria, á quien mal podría negarse el derecho de celebrar un

acto patriótico cuando muy poco antes se habían prodigado las fiestas en París por los triunfos del ejército de Italia.

El czar Pablo I.

Otro elemento, y poderoso, entraba como agente y como actor en la coalición, el cual llegó, con efecto, á inclinar más que ningún otro la balanza en su favor. El emperador de Rusia, Pablo I, aun dando vado á las aspiraciones tradicionales de sus antecesores, mostraba un gran empeño en vengar el que suponía desaire inferídole al disolver la Orden de Malta á cuyo maestrazgo aspiraba, llevado, tanto de su espíritu caballeresco como de miras políticas dirigidas al dominio, por otra parte, del Mediterráneo cuando fuese dueño de aquella isla tan admirablemente situada para conseguirlo. Empujábale á satisfacer tan ambicioso proyecto el gobierno de la Gran Bretaña, aun siendo manifiestamente opuesto á los intereses de su nación, cual sin gran trabajo puede comprender quien se detenga á estudiar la historia de los con tanta saña disputados en aquel mar por las potencias más importantes de Europa. Una de ellas, aun cuando no de las primeras en fuerza y representación política, era el reino de Nápoles, de quien era feudo la caballería de Malta; pero así era de delicada su situación frente á las invasiones de Francia en la península italiana, que veía con gusto los arrebatos del Czar y nunca sería estorbo para que entrase de lleno en la coalición.

Por no interrumpir el relato de la expedición de Egipto hicimos observar la presencia de un ejército turco en el Delta y su acción en la batalla campal de Abukir, donde el general Bonaparte obtuvo uno de sus mayores triunfos así como para desquite del de los Ingleses en la naval del mismo nombre. Vimos también entonces que se tenía previsto el efecto que podría causar en Constantinopla aquella expedición á un país sujeto á la autoridad del Sultán, siquier la desnaturalizasen y hasta hiciesen odiosa las tiranías de los Beyes, sus delegados imperiales, y cómo Talleyrand, que debía calmar con su presencia y su gestión diplomática las iras

de Selim III que ocupaba desde 1789 el trono de Turquía, había abandonado el ministerio en Francia y retirádose cautelosamente de sus funciones en él.

La conducta de Napoleón para con el Sultán Turquía. después, sobre todo, de la ocupación de Malta, era muy otra de la que por todas partes y en todos sus manifiestos parecía haber tomado por norma. Su correspondencia desde aquella isla pone de manifiesto por manera irrecusable esa mala fe denunciada por escritores como Muriel, por ejemplo, antes de que se hiciera oficialmente pública en la grande obra de Napoleón III, donde consta la misión de su ayudante Lavallette cerca del bajá de Janina, el célebre Alí que tanto dió que hacer al Sultán y tanto que hablar y discutir en las demás naciones de Europa y sus periódicos por su espíritu rebelde y sus gestiones por la independencia de Albania. La carta, dirigida al bajá, está fechada en Malta el 17 de Junio de 1798 y sirve de credencial de Lavallette que debía hacerle manifestaciones de la mayor importancia para los proyectos sediciosos que se le atribuían, con la mayor reserva, por supuesto, aun teniéndose que valer de un intérprete pero de su mayor confianza. Claro es que esas manifestaciones tenían por objeto el animar en sus rebeldías al bajá, con el fin, único para Napoleón, de distraer y estorbar la acción del Sultán si, como debía esperarse, quería ejercerla contra el ejército francés de Egipto. No impidieron, sin embargo, el que Turquía, excitada por el emperador Pablo, se uniera á él y á la Inglaterra, tomando parte en la proyectada coalición y recibiendo ¡suceso extraordinario!, una escuadra rusa en el Bósforo para penetrar, unida ó en combinación con las naves turcas, en el Mediterráneo. Por grandes que fueran los esfuerzos hechos por Don José de Bouligny, nuestro encargado de Negocios en Constantinopla, para impedir aquella unión y salvar á los Franceses, agentes de su gobierno ó domiciliados en el Imperio, de la severidad del Sultán y de los atropellos del po-

pulacho turco, disculpando al Directorio y atribuyendo a Napoleón tan sólo la invasión de Egipto, apenas si logró la libertad de Ruffin, destinado, como dijimos antes, á las Siete Torres, sin evitar la alianza que veía por momentos irse celebrando contra el gobierno de la revolución francesa.

Prusia. Más temible era todavía para el Directorio la entrada de la Prusia en esa alianza. Así es que con la noticia de que el emperador Pablo había enviado á Berlín á uno de los más caracterizados personajes de su corte, el príncipe de Repuin, y el de Austria á Cobentzel para que, unidos al embajador inglés, aconsejaran al rey su ingreso en la coalición, el Directorio mandó á Sieyes, tenido en Francia, como en toda Europa, por uno de los hombres más importantes de aquella época. Su misión tenía para el Gobierno francés un doble objeto; el de aprovechar los talentos de ciudadano tan distinguido proporcionándole, á la vez, recursos que la Revolución le había arrebatado, y el de alejarle de París, donde, «siempre enojado, como dice Thiers, y vituperando al Gobierno, no por ambición, como Bonaparte, sino por odio á una Constitución que no había hecho él», era su presencia importuna. Pero no podía hacerse elección peor en aquellas circunstancias; porque ¿cómo recibir con gusto en la corte de Federico Guillermo á hombre tan significado por sus ideas revolucionarias, el que aconsejó la constitución de la Asamblea nacional, el regicida á quien, aunque falsamente, se atribuía haber votado *la muerte* sin *frases*? Sieyes, así, representó en Berlín un papel muy desairado, si recibido cortésmente en la corte y las reuniones del cuerpo diplomático, haciéndole, sin embargo, comprender que era más curiosidad que respeto ó consideración lo que inspiraba, sentimientos que no podían escaparse á su clara y perspicaz inteligencia. Su más encarnizado adversario en Berlín era el embajador moscovita que no se cansaba de criticarle por la sencillez de sus trajes, lo grave de sus modales y lo lacónico, al par que misterioso, de su lenguaje; no yéndole en zaga

los de Austria é Inglaterra en su afán de aislarle más y más en un Gobierno que esperaban acabaría por unirse á los suyos [1]. Por eso causó en el cuerpo diplomático mayor extrañeza el que, al presentar Sieyes sus credenciales, se le mostrara el rey afable y benévolo, entreteniéndole más de media hora con su conversación después de pronunciados los discursos de rúbrica en tales ceremonias.

Pero ni el de Sieyes acabó de convencer al monarca prusiano, ni los manejos de Rusos, Austriacos é Ingleses lograron sacarle de la neutralidad que se había propuesto observar en la contienda á que se le invitaba. Su lealtad no se lo consentía. Porque si la Prusia había tomado las armas en la primera coalición para defender los tronos que la Revolución amenazaba y vengar el martirio injustísimo de Luis XVI, fué, en cambio, la primera en transigir celebrando el tratado de Basilea con aquellos mismos reformadores y regicidas. De modo que la conducta del rey Federico Guillermo entrañaba, con efecto, un principio innegable de imparcialidad y de justicia.

Congreso de Rastadt.

Con tantos motivos para turbarse la paz en Europa y manejos tan hábiles por parte de los que no podían conformarse con la anteriormente celebrada por humillante ó perjudicial, coincidía otro de que iba á depender su continuación ó su ruptura. No había modo de entenderse en las conferencias de Rastadt. De tal cuantía eran los intereses discutidos en ellas y tan embrollados estaban con afectar á instituciones y personalidades de la más diversa

1 Se conoce que el embajador de España, marqués de Múzquiz, era el único cuya amistad cultivaba Sieyes, porque el príncipe de Repuin comprendía á los dos en sus críticas: «De vez en cuando, escribía, visita al ministro de España, que es tan taciturno como él. Las palabras sacramentales de ambos son *silencio* y *profundidad*. No se dará un hombre menos agradable que este provenzal, cuya altanería pedantesca no respeta el amor propio de nadie; se sobrepone á os usos, se imagina que no tiene necesidad de violentarse por nada y, en fin, cree que los demás hombres deben prosternarse ante su elevado entendimiento. Cuando toma fríamente la máscara de la falsedad, aleja á todos de sí; si monta en cólera, y esto le sucede á menudo, espanta...»

¡Si le tendría amor el orgulloso y furibundo cosaco!

índole en el inextricable laberinto de la Confederación germánica principalmente, que á cada momento surgía una cuestión, con ella una nueva dificultad, un aplazamiento, por lo menos, ó un peligro que diera al traste con tan largo y turbio congreso. Sobre cuál debería ser la línea que separase las naciones ribereñas del Rhin, si una de las orillas ó el thalweg de aquel río; cuáles las fortificaciones que hubieran de mantenerse ó destruirse y sus zonas polémicas; cuáles los puentes que seguirían comunicando ambas márgenes; de qué modo habría de practicarse la navegación y cómo su policía, lo mismo que la de los caminos y sus portazgos, y quién y de qué modo se iban á reconocer ó pagar las deudas de los países que cambiaban de dueño; sobre todos esos puntos y muchos más que la diplomacia multiplicaba y confundía con sus torpes habilidades, se anduvo discutiendo tanto que no era dado prever cuándo ni de qué manera iba á acabarse de resolverlos. Podía observarse, con todo, que la mayor parte de las dificultades opuestas á la celebración de un tratado definitivo, procedían de los negociadores austriacos, manteniendo vivo el disgusto que forzosamente había de producir en los príncipes desposeídos, tanto en los seglares como en los eclesiásticos, mientras los Franceses, por lo mismo, se mostraban más firmes y, como Sieyes en Berlín, retraídos de todos los demás allí congregados. La situación se hacía, pues, muy tirante de una parte y otra; y eso precisamente cuando en Italia, en Suiza y Holanda iban también los ánimos enardeciéndose con las vejaciones y despojos que los delegados republicanos no se cansaban de ejercer en las nuevas repúblicas establecidas y apadrinadas por la Francia y en los países vecinos, cuya independencia no se quería respetar. «El Directorio, dice Thiers, perfectamente enterado de la situación de la Europa, conocía que se preparaban nuevos riesgos y que iba á encenderse otra vez la guerra en el continente según el movimiento que se observaba en diferentes Gabinetes. Cobentzel y Repuin no habían logrado sacar

á la Prusia de su neutralidad y la abandonaron muy descontentos; pero Paulo I, enteramente seducido, había estipulado un tratado de alianza con el Austria, y hasta se decía que sus tropas se habían puesto en marcha.» Ese era el soberano que mostraba mayor empeño en ensanchar la esfera de acción de la nueva alianza de las potencias del Norte, extendiéndola, además, á las del Mediodía para aislar completamente á la república francesa en Europa. Sus gestiones con el rey de España resultaron inútiles, rechazadas, como fueron, sus amenazas, desatendidos sus ruegos y ofrecimientos, como los de los Ingleses y Austriacos; siendo tal su imperial enojo que no tardó mucho en declararnos la guerra con la solemnidad á que debieron provocarle su orgullo de autócrata y el desvarío de sus vanidades de desfacedor de los agravios inferidos á la realeza [1]. Esos alardes produjeron aquí un efecto contrario al que de ellos esperaban los monarcas coaligados, llegando el de España á denunciarlos al Directorio francés para que sin duda le agradeciera tanta lealtad de su parte y abnegación.

Cuando esto sucedía, Francia que, aun conociendo el estado de inferioridad de sus fuerzas respecto al de sus enemigos y la falta de generales, según ya hemos dicho, en que la había dejado el sublime desacierto de la expedición de Egipto, creyó que no le estaría bien esperar el ataque con que se la amenazaba, hizo que sus ejércitos se adelantasen á invadir la Alemania y el Austria desde el Rhin y la Suiza. El general Jourdan, con los 36.000 hombres que

Campaña de 1799.

1 No nos detenemos á puntualizar las causas y resultados de esa declaración, porque, después de todo, no dió ninguno tangible para España. Carlos IV la contestó publicando un contramanifiesto en la *Gaceta* del 13 de Septiembre de 1799 en que, á vuelta de otras cosas, se decía: «Entre ellas (las naciones que formaron la coalición) ha querido señalarse particularmente la Rusia, cuyo emperador, no contento con arrogarse títulos que de ningún modo pueden corresponderle y de manifestar en ellas sus objetos, tal vez por no haber hallado la condescendencia que esperaría de mi parte, acaba de expedir el decreto de guerra, cuya publicación sola basta para conocer el fondo de su falta de justicia.»

formaban el ejército del Danubio, debía dirigirse á Ulma; Massena, con los 38.000 del de Helvecia, avanzaría por los Alpes réticos y del Tirol hasta el Inn, y Schérer, con 47.000, atacaría á Verona y la línea del Adige. El primero de esos generales y de esos ejércitos iba á encontrarse con el archiduque Carlos y cerca de 80.000 austriacos; el segundo con Hotze y Bellegarde á la cabeza de 40.000; y Schérer con Kray que mandaba 70.000 entre Verona y Udina, apoyado, además, por dos grandes cuerpos rusos á las órdenes de Suwarow.

Antes de que entraran éstos en línea, los Franceses, siempre ansiosos de anticiparse á sus enemigos, rompieron la marcha contra los ejércitos que tenían cada uno á su frente. Massena dió principio á la campaña con felicidad. El 6 de Marzo de 1799 pasó el Rhin; y, después de apoderarse del fuerte de Luciensteig, obligó al general Auffenberg á deponer las armas con sus 3.000 hombres en Coira, mientras Lecourbe penetraba en la Engadine y Dessolles acometía desde la Valtelina á Laudon; concentrándose luego los tres para hacerse, como se hicieron, dueños del importante territorio de los Grisones. Aquel triunfo, sin embargo, fué el único del comienzo de las hostilidades y el único de sus resultados, verdaderamente efímeros. Porque noticioso el archiduque Carlos de haber Jourdan pasado el Rhin, le salió el 25 al encuentro en Stockach y, á pesar de la cooperación de Massena acometiendo por dos veces los atrincheramientos del general austriaco Hotze en Feldkirch, lo batió completamente burlando los movimientos envolventes de Saint-Cyr y Ferino que, como Massena, lograron salvar sus fuerzas puede decirse que milagrosamente.

No tuvo más fortuna el general Schérer en el Adige. Queriendo imitar la sabia operación de Bonaparte en Arcole sin tener presente la diferencia de las circunstancias y de las condiciones en que se hallaba, no ocupando á Verona y á Legnago como le había sucedido á su antecesor en el mando del ejér-

cito de Italia, cometió tal cúmulo de errores, que después de verse recha zado en todos los puntos de aquella línea, hubo el 5 de Abril de retirarse de ella á espaldas de la Chiesa, satisfaciéndose con completar las guarniciones de Mantua, Ferrara y Peschiera. Si el Consejo áulico no hubiese mantenido al general Bellegarde independiente del Archiduque ó si éste no cayera enfermo, el ejército de Massena, aun después de habérsele incorporado el de Jourdan, depuesto del mando, habría sufrido derrota igual á la de Schérer, con quien todavía no andaban á las manos los cuerpos rusos que iban en reserva de los austriacos de Kray.

El general Suwarow no llegó, con efecto, hasta el 12 de Abril á la margen izquierda de la Chiesa, pero tampoco se detuvo un momento en ella, haciendo retroceder á los Franceses hasta el Adda y al otro lado del Po. Ni aun allí pudieron detenerse los Franceses, á cuya cabeza puso el Directorio al general Moreau que, falto de fuerzas, pues que su ejército no pasaba de 30.000 hombres, de los que 20.000 situados en la izquierda del Po, continuó su retirada al Tesino; hundiéndose así el soberbio edificio construído en Italia por el talento y la pericia del general Bonaparte.

Atentado de Rastadt.

Mientras Suwarow ocupaba á Milán y los generales austriacos iban sitiando y apoderándose de cuantas fortalezas quedaron á su espalda, tenía lugar en Rastadt un horrible atentado, el cometido contra los negociadores franceses con objeto de arrebatarles papeles en que se suponía comprometidos á varios príncipes del Imperio, más ó menos complacientes con el Directorio. Por más que el archiduque Carlos quiso oponerse á aquel acto verdaderamente criminal, Debry, Bonnier y Roberjeot fueron asaltados el 19 al salir de Rastadt para Strasburgo; salvándose sólo el primero, aunque gravemente herido, en casa del ministro representante de Prusia en aquel Congreso. La irritación que este acto de salvajismo y las derrotas de los ejércitos franceses en Alemania é Italia produjeron en París es indecible. El

Directorio, cuyo descrédito aumentó con eso, valióse, sin embargo, del mismo peligro que corría la Francia y de la indignación que tantas desgracias causaron para realizar el llamamiento á las armas de la quinta ó conscripción hecha poco antes por la hábil intervención del general Jourdan. Los nuevos reclutas marcharon á reunirse á los ejércitos y se emprendió una expedición naval en que el almirante Bruix, reuniendo las escuadras francesas del Norte con las españolas en el Mediterráneo, debía retirar las tropas de Egipto y volver con ellas al Océano para emprender el tantas veces proyectado desembarco en Irlanda.

Operaciones de las escuadras aliadas.

Ya hemos hecho observar las exigencias que el Directorio no se cansaba de tener para con nuestro Gobierno respecto á los servicios que, según el tratado de San Ildefonso, debían prestar á la República las escuadras españolas. Con mostrar recelos acerca de la sinceridad de nuestra alianza; esto es, haciendo recaer sobre los ministros, los generales y hasta el Rey sospechas de algún trato, aun el más superficial, el más propio entre beligerantes cuyas prendas de carácter se estiman recíprocamente aunque no cesen por eso de combatirse, ó clamando contra las costumbres religiosas de los Españoles que parecían ofender la vista y los oídos de sus marinos en Cádiz ú otros puertos en que anclaban las naves republicanas, el Directorio tenía la casi seguridad de que el Gobierno de Madrid acabaría por acceder á cuantas pretensiones planteara ó exigencias tuviera. Una procesión ó un rosario que se celebrase por las calles, ofrecía motivo al ciudadano Perrochel para entablar las más acres reclamaciones, fundadas en la cólera que producía en los republicanos, adoradores tan sólo de la *Diosa Razón* ó partidarios de la secta de los *teophilántropos*, pero dirigidas á imponer nuevos sacrificios á España y á la cooperación, sobre todo, de nuestras escuadras y soldados á sus proyectos militares. Y el Gobierno español, tomando en serio esas reclamaciones y temiendo lo que menos debía temer en

aquellas circunstancias que era la venganza del Directorio, se allanaba á todo complaciendo en cuanto podía satisfacer aquellos que bien pudieran llamarse desplantes groseros de los revolucionarios franceses. Era necesario que un Lángara opusiera una resistencia vizcaína á las órdenes, disfrazadas con el título de avisos, que emanaban de París sin explicar siquiera los antecedentes ni la razón de ellas.

Así, según hemos visto también, se había verificado la salida de Mazarredo en Febrero de 1798, y así se pretendió que nuestras escuadras se unieran á las francesas para reparar en Egipto el desastre de Abukir [1]. La escuadra de Melgarejo pudo llegar á Rochefort y eludir después la vigilancia y la persecución de los Ingleses que la bloqueaban; y se logró hacer desistir al Directorio del proyecto de desquite que tenía pensado en los mares de Egipto, así como del de la conquista de la isla de Jamaica que también se quería hacer con nuestros buques del mar de las Antillas y una escuadra que saldría de Cádiz con 5.000 hombres de desembarco. Pero ¿no está manifestando esto, además de la torpeza cometida al celebrar la alianza con la República, la de suponer que, unidas las escuadras de ambas naciones, se harían dueñas del mar y llegarían á encerrar á las británicas en sus puertos y arsenales?

El nuevo proyecto para dominar en el Mediterráneo de-

1 Entonces pidió el Directorio al Rey que le enviase un cuadro detallado de nuestras fuerzas navales. Lángara hizo ver que, si bien la escuadra de Cádiz aparentaba ser de 22 navíos, sólo podía contarse con 15 y cuatro fragatas para darse á la vela y combatir; tal era la falta de marineros y tantos los inhábiles de entre ellos. Añadió que del Ferrol no podrían salir más que cuatro navíos y dos fragatas, que fueron los buques de guerra enviados á Rochefort con las tropas de O'Farril para la expedición de Irlanda, y que en Cartagena no existían sino algunas fragatas destinadas á varias comisiones en el Mediterráneo, una, la de defender á nuestros buques mercantes de los corsarios, desde el cabo de Creus á Algeciras. Lángara aconsejaba, pues, que todo lo que podía facilitarse á los Franceses para sus futuras operaciones era los navíos del Ferrol para dirigirse á la costa norte de la República, y 11 para reunirse á sus escuadras y maniobrar con ellas.

Este informe de Lángara, ministro entonces de Marina, databa del 18 de Octubre de 1798.

muestra la mala fe del Directorio para con España y la impotencia de todas sus fuerzas y de todas sus combinaciones al querer burlar las de los Ingleses en cuantos puntos se había propuesto disputarles.

El Directorio quiso hacer creer al Gobierno español que aquella expedición iba principalmente dirigida á la reconquista de Menorca; pero nuestro embajador Azara supo cuál era su verdadero destino y así lo escribió á Madrid. Hasta logró se cambiase el proyecto de los Directores para cumplir los votos de D. Carlos y con las obligaciones que imponía su alianza, tan leal como resuelta; con lo que la escuadra de Cádiz recibió la orden de incorporarse á la francesa cuando ésta penetrara en el Mediterráneo. Bruix se dió á la mar á principios de Abril con 25 navíos; y, poco después y haciendo despejar el estrecho de Gibraltar á la escuadra del almirante Keith, que se mantenía en él para guardarlo y observar á la vez á la española de Cádiz, hizo rumbo á Tolón, base de operaciones que, sin duda, había elegido para las futuras que habría de emprender en aquellos mares. Mazarredo salió también al mar; se mantuvo algunos días en el Estrecho para impedir que la escuadra inglesa que lo había evacuado y la que fondeaba en Lisboa lo cruzasen en seguimiento de Bruix, y luego entró en el Mediterráneo, en el que una furiosa tempestad, desarbolándole varios de sus buques, le obligó á acogerse al puerto de Cartagena para reparar las averías sufridas y recibir las instrucciones que pudiera enviarle el almirante francés. Bruix, sea por nuevas órdenes del Directorio, sea por saber que el lord San Vicente iba en su seguimiento buscando su encuentro en Malta ó Egipto, pasó á Cartagena, de donde, y reunidas las escuadras aliadas en número de más de 40 navíos, retrocedió al Estrecho y por fin á Brest, llevándose la nuestra para, según dice un historiador francés, tenerla como en rehenes ó dejarla pudrirse inactiva en aquel puerto. La expedición, pues, no dió resultado alguno: no reforzó ni avitualló la guarnición de

Malta, no recogió las tropas de Egipto, no pudo proporcionarles ayuda ni auxilio, y puso en evidencia que habría pensado en todo eso, en operar en la costa de Italia, en cualquier cosa menos en hacer esfuerzo alguno para satisfacer al Gobierno español ayudando á la reconquista de Mahón [1].

Las de Macdonald en Italia

La situación, entretanto, del ejército francés de Italia se iba haciendo por días más y más difícil y peligrosa. Pero todavía lo era en mayor grado la del cuerpo de Macdonald que, habiendo relevado en el mando al general Championnet, destituído por su conducta enérgica y honrada con los comisarios tan avaros como crueles que el Directorio había puesto á su lado, andaba peleando sin descanso en Nápoles, los Abruzos y La Puglia contra la insurrección numerosísima que se abrigaba en aquel terreno intrincado y montuoso. Al conocerse en París la marcha arrebatada de Suwarow sobre el Tesino, se envió á Macdonald la orden de dirigirse al Po, pero dejando guarniciones en Nápoles, Capua, Gaeta, Roma y Civita-Vecchia, que disminuyeron considerablemente el número de sus tropas; pero siendo tardía la orden y no resolviéndose Moreau á concentrarse para cubrir la plaza de Génova y los pasos del Apenino, cuya conservación era indispensable para salvar al ejército de Nápoles, Macdonald se vió en situación tan crítica que sólo su energía y su habilidad lograron sacarle airoso en tan aventurada marcha [2].

1 Tan grande armamento y las voces por España esparcidas de que se intentaba destinarlo á la jornada de Menorca, alarmaron á los Ingleses respecto á la defensa de posición tan importante para ellos, á punto de que D. Pedro Riudavets y Tudury en su Historia de aquella isla escribía: «Y como se temiera alguna invasión por parte de los Españoles ó Franceses, ó aunados los dos, se activaban las fortificaciones de la costa, se abría un campamento en *San Pons* con camino hasta *Addaya*, y otro hasta el río de *San Bou*, y se recibían numerosos refuerzos de tropa, que en Agosto ascendían ya á 7.700 soldados de todas armas. Se ensanchaba asimismo el camino que contornea la isla, llamado *camí des cavalls* á fin de que pudieran pasar á la vez dos soldados de á caballo, y se trabajaba con inusitada actividad en las obras del fuerte Jorge.»

¡Lo mismo que habíamos hecho nosotros desde los tiempos de Crillón!

2 Dice Macdonald en sus Memorias: «El temor de no poder reunirme al ejér-

Suwarow entraba vencedor el 27 de Mayo en Turín á pesar de un gran combate de vanguardia en que Moreau logró escarmentar á los Rusos que avanzaban sobre Marengo y Alejandría. No sonreía tampoco la fortuna á Massena en Suiza, viéndose obligado á evacuar los Grisones ante el ejército austriaco y la insurección de los habitantes de toda aquella parte de los Alpes. Sin la imprevisión del Consejo áulico, cuya principal mira se dirigía á consolidar el dominio del Austria en Italia y que le hizo desmembrar el ejército del Archiduque, Massena no hubiera logrado retirarse á Zurich, donde pensó detenerse atrincherándose fuertemente, y después á la línea del Albis, montaña inmediata entre Bruck y Utznach, donde no fué atacado por órdenes que llegaron al príncipe austriaco para que esperase la incorporación de los 30.000 rusos de Gortchakow. Parecía abrigar el Gabinete austriaco un pensamiento de exclusivismo respecto á los resultados de aquella guerra, pensamiento que paralizaría por el pronto varias de las más importantes operaciones. Era el de recuperar el dominio y la influencia que Austria había ejercido en Italia hasta las anteriores campañas del general Bonaparte. Para obtener tamaño resultado sería de primera necesidad apoderarse, lo antes posible, de cuantas plazas iba dejando á sus espaldas Suwarow, cuyo mayor empeño era el de no dar respiro á los republicanos hasta meterlos en Francia. Así es que los generales austriacos estaban, en su mayor parte, destinados á sitiar las fortalezas que hace poco citamos, mientras el generalísimo ruso se adelantaba á combatir á Moreau y en aquellos mo-

cito de Italia, era mi mayor preocupación. Aquel ejército había sido rechazado hasta el Piamonte y se propagaban por el país las sublevaciones provocadas por el enemigo. El general Gauthier, que mandaba en Toscana, tenia muy cortas fuerzas y los destacamentos que me precedían eran poca cosa como refuerzos, por lo que le mandé que, en el caso de verse en la necesidad de evacuar aquel territorio, se reuniera á mí.» Y más adelante añade: «Llegué á Pistoja y mi primer movimiento se dirigió á tomar posición en los Apeninos y guardar todos sus pasos. Hice atacar al enemigo en Sarzana y Pontremoli y los dos puntos fueron tomados y mis comunicaciones con Génova quedaron restablecidas.»

mentos á evitar su unión con el ejército de Nápoles. Macdonald la había realizado mediante dos combates sumamente encarnizados, los de Sarzana y Pontremoli, pero un error suyo, si no fué descuido de Moreau, estuvo para deshacer la obra, con tanta fortuna llevada á cabo por los dos generales franceses. El 15 de Junio los atacaba Suwarow junto á la Trebbia, con la mayor parte de las divisiones austro-rusas puestas á sus órdenes, pero que por obstáculos que encontró Kray en su marcha no logró superasen en número á las enemigas. El combate se prolongó por tres días consecutivos, indeciso y sangriento á punto de perder cada uno de los ejércitos de 12 á 14.000 hombres, pero salvándose el francés de una destrucción completa, el cuerpo de Macdonald, en la Spezzia, y el de Moreau en Génova y sus inmediaciones.

Situación del Directorio.

Cuatro meses después de la ruptura de las hostilidades, los Franceses habían perdido todas las conquistas hechas dos años antes; toda la alta Italia estaba en poder de los Austro-Rusos y la Suiza amenazada de la invasión; el rey de Nápoles y el gran duque de Toscana habían vuelto á sus capitales y el de Piamonte había sido llamado por Suwarow á la de sus estados: la coalición, por fin, triunfaba en todas partes. Y si á eso se añade que Napoleón, rechazado en San Juan de Acre, se veía, al volver á Egipto, á las manos con los Turcos, que los Ingleses se apoderaban de Mysore en la India y tenían proyectado con los Rusos un desembarco en las costas de Holanda, se comprenderá fácilmente el descrédito en que había caído el Directorio. Por más ilusiones que se hiciera y esperanzas fundara en su fuerza para salir vencedor de los enemigos exteriores, no dejaría de sentir el huracán pronto á estallar en el seno de la República misma que regía, pero sin los recursos de la autoridad dictatorial, absoluta, de la Junta de Salud pública. Se le acusaba de haber provocado una guerra injustificada á Suiza y Turquía, suprimido en Francia la libertad erigiendo cárceles y declarando traidores, para que las ocupasen, á cuantos no

fueran amigos suyos, reduciendo, en fin, á los representantes de los dos grandes Consejos á una verdadera servidumbre [1]. Las elecciones del año VII llevaron al Cuerpo legislativo un número considerable de diputados dispuestos contra el Directorio que, recibiendo en su seno á Sieyes en el lugar de Réwbel, se encontró con quien, teniendo de su lado á Luciano Bonaparte y á Genisieux, muy influyentes en los Consejos, acabaría por destruir la mayoría compuesta de Merlin, Treilhard y Laréveillére. Á Treilhard, cuya elección fué anulada, siguieron los otros dos Directores, acabados de nombrar, que presentaron su dimisión; y elegidos en sustitución suya Gohier, el general Moulins y Roger Ducos, los tres de cortísima importancia, Sieyes se encontró puede decirse que soberano en el Directorio. Pero, aun así, ni el nombramiento de Bernadotte para el ministerio de la Guerra, ni la destitución de Talleyrand, á quien se atribuía la expedición de Egipto, y su relevo por Reinhard, consiguieron calmar los ánimos ni impedir la formación de clubs, entre los que, el del *Picadero,* llegó á hacer temer los excesos del *Terror*, si bien se logró cerrarlo por fin y someter la prensa á una ley como nunca de intolerante y represiva. Las circunstancias apuraban, particularmente al saberse el desastre de la Trebbia que, sobre todo, hacía echar de menos

1 Dice Talleyrand en sus Memorias: «Sucedió al Directorio lo que acontece siempre á los déspotas. Mientras nada resistió á los ejércitos de que disponía, se le odiaba pero se le temía también. En cuanto fueron vencidos sus ejércitos, se le despreció. Atacáronle en los periódicos, en libelos, en todas partes. Ni se libraron tampoco sus ministros; y eso me proporcionó la facilidad, que esperaba, de abandonar mi puesto.»

De los datos reunidos para el esclarecimiento de este último punto, no resulta que la separación de Talleyrand fuera voluntaria. En el *Moniteur* del 17 de Julio de 1799 se halla el extracto del *Journal des Hommes Libres,* leído en la sesión celebrada por el club del *Picadero (Manége)*, donde aparecen las respuestas dadas por el célebre ex obispo de Autun á las inculpaciones que se le habían dirigido. Entre ellas hay por cierto un párrafo que ofrece interés en la presente historia. Dice así: «Me hacen el cargo de que no se hubiese atacado á Portugal; y si hubiera tenido lugar ese ataque y hubiese encontrado una fuerte oposición de parte de España, se creerían con derecho para hallar malo el que se irritara á esta última potencia cuya alianza era tan útil conservar.»

al general Bonaparte; y, así para resistir á la demagogia en el interior como para ejecutar un nuevo plan de operaciones militares dirigido á restablecer el honor de las armas francesas en Italia y Suiza, se nombró á Moreau para mandar en el territorio de esta república el ejército, para el de los Alpes á Championnet, y para el de Italia al general Joubert, joven, como Napoleón, emprendedor, lleno de talento y que inspiraba, como él, las más fundadas esperanzas.

Proyectos de una reacción monárquica.

¡Cuál no sería el estado de Francia para que en las mismas esferas de su gobierno se pensara en el restablecimiento del trono! «Arrojando, dice un libro que ya hemos dicho se supone inspirado por Napoleón, arrojando una mirada al pasado, se debieron entonces lamentar todas las extravagancias de 1798. ¡Qué diferencia de resultados, de haberse propuesto consolidar el influjo de la República en Italia interesando á España con el engrandecimiento del Infante duque de Parma y á la casa de Saboya con indemnizaciones justas en vez de enajenarse las cortes de la Península con las revoluciones de Génova, Roma y el Monferrato! Elevar una potencia en favor del yerno de Carlos IV, hubiera sido un medio excelente de demostrar á la reina de las Dos Sicilias y á Carlos Manuel de Piamonte que nosotros sabíamos estimar la alianza de los príncipes que entraban francamente en relaciones de amistad con nosotros; hubiera sido al mismo tiempo estimular á España á redoblar sus esfuerzos en los mares y darnos para la defensa común de Italia el contingente estipulado en San Ildefonso. Así, lejos de haber tenido necesidad de enviar á Macdonald á Nápoles y á Gothier á Toscana, hubiéramos reunido 140.000 combatientes franceses, españoles é italianos para presentarlos á los imperiales en el Adige.»

Y que estas ó parecidas reflexiones debieron pasar por la mente de Barrás y de Sieyes en las apuradas circunstancias en que se hallaban comprometidos por sus ideas personales y los deberes que necesitaban llenar, lo demuestran por

modo harto elocuente la correspondencia seguida entonces por Azara con el Gobierno español, pero más aún sus Memorias inéditas. Echado del Ministerio Talleyrand, sea forzosamente ó como él dice y nosotros hemos copiado, Azara, bajo la impresión de aquellos acontecimientos y de los discursos pronunciados en el *Picadero*, en alguno de los cuales se había hecho la moción de declarar la guerra á España, *cuya conquista, se decía, y riquezas eran el único medio de resistir á la coalición y de consiguiente á Europa,* Azara, repetimos, se creyó en el caso de llamar la atención del Directorio sobre los peligros que, tanto para su país como para Francia, entrañaría el triunfo de la demagogia que parecía renacer en aquellos momentos. Y valiéndose de un argumento, no sabemos hasta qué punto fundado, el de la separación de Talleyrand del ministerio de Relaciones Exteriores, dirigió al presidente del Directorio una nota que viene á demostrar, á la vez que el patriotismo de nuestro embajador, la gran influencia que debía ejercer en un gobierno que tales audacias le toleraba.

He aquí la nota.

«Ciudadano presidente: Se dice de público que el ciudadano Talleyrand va á ser separado del ministerio de Negocios Extranjeros. El embajador de España sabe muy bien que no debe mezclarse en las determinaciones de la República, ni en su régimen interior; mas cree que no puede prescindir de hacer presentes al Directorio ejecutivo las resultas de esta mudanza de ministro, y del giro que va tomando este Gobierno, según se advierte.—Al Directorio le consta que de acuerdo con el ciudadano Talleyrand he trazado el plan de campaña marítima que va á abrirse contra el enemigo comun, y para efectuarle, todas las fuerzas navales de España van á llegar á Brest, para obrar de consuno con las de la República contra Inglaterra, por donde se ve manifiestamente la confianza sin límites que el Rey mi amo tiene en la honradez de sus aliados, puesto que le entrega sus armadas, sus tropas,

y todo cuanto sirve para defender sus estados de Europa é Indias.—Fundábase esta confianza, así en el convencimiento de que el poder ejecutivo era una autoridad libre é independiente, con la cual ya los amigos de la República y ya sus enemigos podían tratar, y descansaba tambien en los principios reconocidos por los ministros de quienes se servía.—Si el nuevo orden de cosas produjese los efectos que son de suponer, si se formase en la República un cuerpo, legal ó no, que pudiese impedir ó embarazar las operaciones del poder ejecutivo, la confianza del aliado, ó se disminuiría, ó se acabaría del todo. Los planes concertados no podrían ser puestos por obra.»

«No pretendo, ciudadano presidente, entrometerme en manera ninguna en vuestro régimen interior, como dejo ya dicho; respeto la forma de gobierno que plazca á los franceses establecer, y la respetaré en todo tiempo; pero tengo derecho y necesidad de saber cuáles sean los poderes de los que representan al pueblo: para tratar sin desconfianza ni reserva se necesita estar muy seguro de ello. Se han de considerar las naciones como individuos particulares, entre los cuales no puede haber contrato ninguno legítimo sin plena libertad é igualdad de contratar. Importa poco á los franceses que el rey mi amo se valga en sus relaciones con la República de tal ó cual cuerpo, de tal ó cual individuo, con tal que su voluntad sea transmitida por medio de su ministro competentemente autorizado, porque se puede contar en tal caso con la inviolabilidad de sus promesas. Del mismo modo, á S. M. C. son indiferentes la forma y el modo en que la República arregle sus deliberaciones; pero debe asegurarse de la solidez del canal por donde se entiende con él, y de que ninguna fuerza, ya interior, ya exterior, ha tenido poder para variarle.»

«Supongamos que la escuadra española haya llegado á Brest equipada y pronta á moverse segun el plan acordado con el Directorio ejecutivo, y que el Cuerpo legislativo, ó

cualquiera otra sociedad popular quiera meterse en las operaciones de la guerra, damos caso, para suponer aun lo imposible, que intente cometer algun atropellamiento contra los españoles, no habría nadie que no acusase á mi amo de imprudencia si no lo hubiese precavido; y yo que soy su embajador, debería ser tenido con razón por el más estúpido de los negociadores, si no pudiese justificar mi conducta á los ojos de mi rey y de mi nacion. He supuesto el caso posible de un atropello contra la armada española en el puerto de Brest, no porque semejante insulto, tan contrario al carácter y á la lealtad de los franceses se me pase siquiera por la imaginación; pero hay locos y traidores por todas partes, y como nuestros enemigos saben muy bien valerse de bandoleros y asesinos, que bajo las apariencias del republicanismo más exaltado trabajan por engañar y pervertir á las gentes más honradas, es menester vivir con precaucion. En una sociedad de estos falsos patriotas se hizo antes de ayer la propuesta siguiente: «Es preciso que España ayude á la República; es menester tratar de los medios que se podrán adoptar para hacer allí grandes mudanzas, y proclamar la *República Hispánica,* hallándose destruidas ya las de Italia, y no quedando en Francia otra riqueza mas que la de España.» Estas máximas, aunque atroces é infernales, que nadie diría sin execración, fueron allí muy aplaudidas. Si tales monstruos deben tener pues el influjo mas mínimo en las operaciones del Gabinete, ¿qué seguridad habrían de tener los aliados de la República, siendo así que al mismo tiempo que se les tiende la mano en señal de amistad, se les clava el puñal en el pecho con la otra?»

«Suplícoos, ciudadano presidente, que comuniqueis estas noticias al Directorio ejecutivo, rogándole que se sirva entrar conmigo en algunas explicaciones para tranquilizar á mi soberano y á mi patria; y saber si puedo confiarme en las fuerzas del Directorio, y en la buena fe del ministro de Relaciones Exteriores que vais á nombrar por dimision del ciudadano

Talleyrand, con quien he tratado hasta ahora todos los negocios con la franqueza que el Directorio sabe.—Dios, etcétera. Paris 24 de Junio de 1799.»

Demasiado comprendería el Directorio con cuánta razón representaba Azara contra las intenciones y actos de una revolución como la que preparábanse á reproducir los más fogosos partidarios de la del 93, cuando, no sólo recibieron la nota hasta disculpando no se deliberara sobre ella en los momentos de la fiesta de la República que iba á celebrarse, sino llamándole en seguida y acogiendo sus consejos, asaz enérgicos, que, aun no tomándolos en cuenta los historiadores franceses, debió seguir aquel Gobierno según sus más inmediatos resultados.

El plan de Sieyes, unido á Barrás que siempre encontraba bueno cuanto contribuyera á mantenerle en su puesto y á satisfacer la sed de dinero y placeres, su mayor vicio, era el de variar la Constitución, su empeño también constante á pesar de los varios desaires que se le habían hecho sufrir desde los primeros sucesos de la Revolución. Ahora se inclinaba á una restauración monárquica que, muertos Luis XVI y el Delfin, creía factible eligiendo en la familia real destronada persona que, no chocando con los actos ya irremediables de aquellos años últimos y aceptando los principios en ellos consignados, estableciese en Francia un gobierno representativo que calmara los despechos de los vencidos en esa reforma y las ambiciones y venganzas de los que aspiraban á la vuelta del tiempo por que tanto habían sufrido y peleado. Y para asegurar la ejecución de ese plan con resultado el más inmediato posible y la reserva que exigía, se catequizó al general Joubert, quien convino en hacerse el instrumento más eficaz para que no se malograse tan juicioso proyecto en varias conferencias celebradas con Azara, persona la más á propósito para manejar aquella intriga por la confianza que en él ponía el mayor número de los Directores y por su representación diplomática de la parte enton-

El general Joubert.

ces más influyente de la dinastía borbónica, que era la española. Joubert estaba de acuerdo, según dijo, con los generales en jefe de los ejércitos franceses en cuanto á la necesidad de echar abajo el Directorio; y creyendo ver que las costumbres y la opinión por consiguiente eran monárquicas en el país, había que volver á esa forma de gobierno. La cuestión, en ese caso, era la de qué príncipe habría de ejercerlo, puesto que, en su sentir, estaban excluídos los emigrados; el conde de Provenza por malquisto, se decía, y *por no poder andar por su pie*, y el de Artois *por libertino*. En concepto de Joubert sólo en España se encontraría el príncipe que se deseaba; pero Azara, «aunque interesado, dice en sus Memorias inéditas, en ensalzar á la familia Real colocando á uno de nuestros príncipes en el trono de su abuelo Luis XIV», se halló en la necesidad de responder que ninguno de ellos tenía educación ni ideas que pudieran convenir á la Francia, y que por consiguiente no había ninguno que fuera á propósito para tomar las riendas del gobierno de un país tan agitado. Entonces se pensó en llamar al trono al duque de Orleans, hijo, es cierto, del regicida Felipe Igualdad, pero que había prestado servicios á la Revolución combatiendo en los ejércitos contra los enemigos de la Francia y contra los emigrados, sus propios parientes.

Ya en ese punto quedó la discusión pendiente, pero el plan se llevó adelante cambiando el destino de Joubert, que había sido nombrado jefe del ejército de París, por el del mando del de Italia, donde si, como esperaba, salía vencedor de los Austro-Rusos, volvería á la capital de la República á, imponiéndose á todos los partidos, llevar á cabo su obra restauradora [1].

La Fortuna había tomado otro rumbo, el de Egipto, brindando con la suspirada dictadura á quien parece se había propuesto elevar á la suprema de una nación, anhelante por-

1 Parece que le dijo á Azara: «Venceré á los Austriacos: al día siguiente de la victoria les ofrezco la paz y me pongo en marcha sobre París.»

que se la sacara del miserable y crítico estado en que la tenían sus ineptos gobernantes del Directorio. Joubert con todas sus condiciones de valor y patriotismo se hundiría pronto en el oscuro piélago á que le condujeron las más halagadoras esperanzas de poder y gloria.

Su muerte en Novi.

Llegado al ejército y al desembocar del Apenino con Moreau, que no quiere dirigirse al Rhin hasta ver á su joven colega vencedor en Italia, su primera impresión es triste: sabe que Mantua se ha rendido, y que Kray, con 20.000 hombres de que dispone después de conquistada aquella formidable plaza, acude á reforzar á Suwarow que espera á los Franceses á la cabeza de más de 60.000 combatientes.

No por eso rehuye Joubert el combate, lleno de ardor su corazón heroico y de ilusiones su mente al verse con un ejército numeroso y en posición tan ventajosa como la meseta de Novi, en que supone no se atreverán á asaltarle los Austro-Rusos. Era no conocer á Suwarow que, por el contrario, ataca al amanecer del 15 de Agosto la posición francesa encomendando á Kray su ala derecha frente al punto más importante y clave de la línea enemiga. El combate allí se hace rudo y sangriento; las columnas austriacas, cruzando los campos del viñedo que cubre las faldas de la meseta, ganan el borde que los Franceses defienden con la mayor bravura. La acción se va haciendo por momentos más y más reñida; y cuando, para decidirla, acude Joubert á la cabeza de un regimiento, una descarga de la infantería de Kray lo derriba muerto entre ciento de los soldados que le siguen.

Eran las seis de la mañana y Moreau que, como dice un escritor francés, parece destinado á encargarse siempre del mando en las peores y más difíciles circunstancias de aquella campaña, si logra al principio rechazar los demás ataques de los aliados, tiene que retirarse y eso con los mayores trabajos, el sacrificio de muchos miles de los suyos, gran parte de la artillería y dejando, además, en poder de Suwarow ge-

nerales tan distinguidos como Perignon, Grouchy y otros que, por salvar al ejército, no han podido atravesar las masas de las cuádruples fuerzas de que se han visto rodeados.

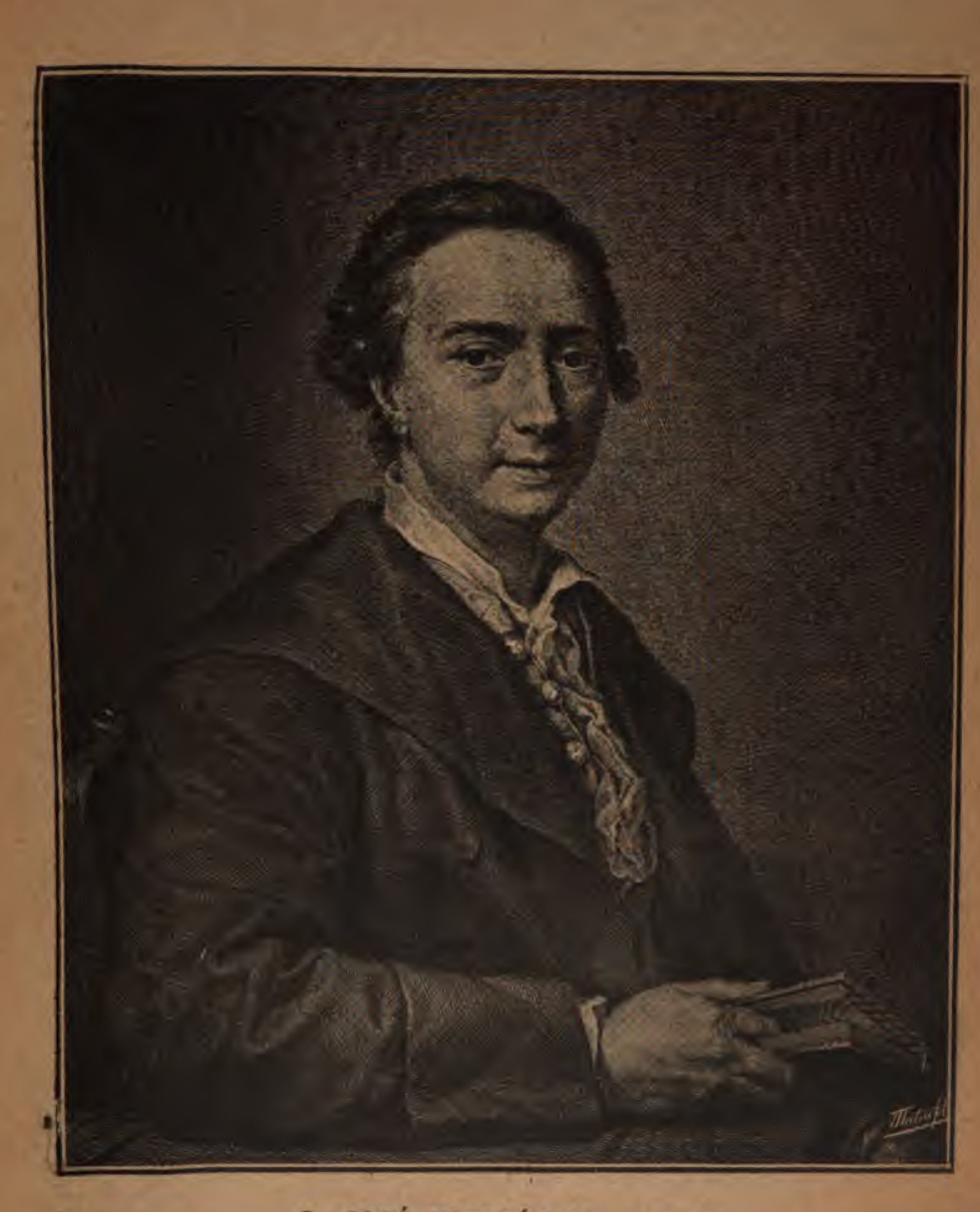
Pero, adiós las ilusiones de Joubert, los proyectos de sus amigos del Directorio y los trabajos y manejos diplomáticos de Azara por el establecimiento, primero, de una dictadura militar que se impusiera á todos los partidos políticos en Francia y la proporcionase, después, la restauración del trono [1]. Jamás se vió la República en mayor riesgo: la invasión del territorio francés parecía inminente, hasta había sido anunciada por Suwarow á sus amigos para días muy próximos; el Directorio se hallaba á punto de declarar la patria en peligro, y ya nadie ambicionaba en él más que mantenerse y correr lo menos mal posible tan deshecha borrasca. Habían

Discordias de los aliados.

entrado, sin embargo, tales elementos en aquella coalición que acabarían por descomponerse y divorciarse; y lo hicieron en los momentos mismos en que debían esperar un triunfo que ya nadie osaba disputarles, tan decisivo como inmediato. Las victorias de Suwarow habían creado en la Coalición antagonismos de gloria y antagonismos de intereses. Pablo I perseguía un ideal generoso, el de destruír la República y restablecer el trono de la Francia. Pero los Ingleses y Austriacos, inspirándose en pensamientos más positivos que los del Czar, ambicionaban resultados que les indemnizasen de las grandes pérdidas que hasta entonces llevaban sufridas, los unos en oro y los otros en extensión también de sus anteriores dominios. Así, mientras los Anglo-Rusos acometían la jornada de Holanda, cuya escuadra quedaría en poder de la Gran Bretaña á pesar de la capitulación que se vieron obligados á celebrar con el gene-

1 Si Joubert tardó en ponerse al frente del ejército de Italia, fué porque antes se trasladó á Bretaña para casarse con la señorita de Montholon, á quien supone alguno que la dijo estas memorables palabras: «Me volverás á ver muerto ó victorioso.»

Perdida la batalla de Novi, los revolucionarios franceseses se rebajaron hasta á insultar á la ilustre viuda.



D. JOSÉ NICOLÁS DE AZARA

ral Brune que tan valiente y hábilmente defendió aquel territorio de las fuerzas que habían desembarcado en él, Suwarow recibía la orden de trasladarse á Suiza adonde llegaba cuando, vencido su teniente Gorsakow por Massena el 26 de Septiembre en Zurich, se vería con un corto número de fuerzas y en un país escabrosísimo, sin comunicaciones, víveres ni socorro alguno, obligado á abandonar el teatro de la guerra en que había recogido tantos desengaños como glorias.

Thiers, después de resumir en muy pocos renglones tantas y tan memorables operaciones, concluye su narración con las siguientes frases: «La campaña de Oriente había terminado con gloriosos triunfos, pero, es preciso decirlo, si todas estas heroicas hazañas sostuvieron la República, próxima á sucumbir, y la dieron algún esplendor, no por eso la devolvieron su antiguo renombre y poderío. La Francia se hallaba salvada, pero nada más; pues no había recuperado su perdida gloria, y aún corría en el Var algunos riesgos.»

Reacción en Nápoles y Roma.

Una de las fuerzas que perdió Francia en aquella campaña, la que más debía sentir en su inmenso orgullo, fué la moral, ese prestigio que siempre se ha atribuído para que se respeten sus invasiones del espíritu en las materiales de sus armas. Á eso hay que achacar la perniciosa costumbre de dejar en los puntos que los Franceses abandonan por acudir á otros de mayor y urgente necesidad, guarniciones flacas é impotentes, por tanto, para sustentarlos contra la población y contra los enemigos. Al retirarse Macdonald de Nápoles dejó en los fuertes y lo mismo en Roma algunas tropas, compuestas en su mayor parte de los enfermos é inútiles que no podían seguir al ejército en la precipitada marcha que emprendió para unirse al de la alta Italia. Esas guarniciones, más que para defender las ciudades y á los mantenedores de las repúblicas recientemente creadas en ellas, servían para provocar la reacción y las represalias, los vejámenes y asesinatos en los partidarios de la monarquía y de los soberanos acabados de despojar. Así es

que los Calabreses insurrectos, á quienes se iban uniendo cuantos aborrecían la ocupación francesa por espíritu de independencia ó por el de sus ideas políticas, aumentando en número hasta formar un ejército de 25.000 hombres cuya organización y conducta dirigía el cardenal Ruffo, enviado desde Sicilia con el ayuda de los buques ingleses y rusos que acompañaron á la familia real á aquella isla, se encaminaron inmediatamente á Nápoles para destruir la flamante República Parthenopea y más aun para aprovechar la ocasión de, con pretexto de vengar los atropellos ejercidos en los monárquicos, entregarse á todo género de violencias, el saqueo, el asesinato y la destrucción. En vano fué que el eminente purpurado que los guiaba procurase templar sus iras y, avisando á los más comprometidos por la República, tratara de impedir la desgraciada suerte que les esperaba de quedarse en Nápoles: los nuevos invasores inmolaron sin piedad alguna á cuantos se mantuvieron en la población, y los Ingleses les entregaron los que, siguiendo el consejo del Cardenal, se habían embarcado para huir de aquel antro de furiosos y asesinos. No borrarán los años por muchos que transcurran la mancha que Nelson echó sobre su nombre en aquella fatal jornada: ni la recomendación de Ruffo, ni el salvoconducto que llevaban los fugitivos, firmado también por uno de los capitanes de la armada inglesa, bastaron á evitar que el célebre almirante los entregase á aquel populacho sediento de sangre que los sacrificó á su rabia. ¿Si sería para complacer á la espiritual Hammilton para lo que ponía al alcance de los verdugos de Nápoles al obispo de Carpi, al almirante Caracciolo, al conde Riario y tantos otros próceres que entonces fueron ajusticiados? Ni la presencia del Rey, que entró en Nápoles el 27 de Julio, impidió continuase la serie, que parecía inacabable, de los desmanes de la muchedumbre contra aquel infeliz vecindario.

«En Roma, escribía después Macdonald, y entre los partidarios de la República, la desolación y el espanto no eran

menores que en Nápoles. Á despecho de todo, era necesario marchar y marchar al momento, hacer el ensayo de dar la mano al ejército de Italia, rechazado á Piamonte y puesto á las órdenes de Moreau en lugar de Schérer.» Y no era infundado ese temor, porque bien veían los comprometidos por la causa republicana en Roma, aquellos cónsules, tribunos y ediles que tan cómicamente habían tomado á su dirección y cargo la Ciudad Eterna, que los pocos franceses dejados allí y en Civita-Castellana y Civita-Vecchia para defenderlos, no podrían hacerlo del ejército napolitano que iba hacia ellos á marchas forzadas. Para que, además, no les quedase duda sobre la confianza que los Franceses abrigarían en su propia fuerza y en la de los partidarios de la República, los vieron celebrar con el almirante Towbridge en Civita-Vecchia una capitulación que desaprobaron los Austriacos y Rusos, como poco después anatematizaba el emperador Pablo el convenio entre la guarnición francesa y el general austriaco para la entrega de Ancona, causas que no contribuyeron menos que la de la derrota de Gorsakow en Zurich al enfriamiento de los coligados en sus relaciones militares y políticas.

Exoneración de Azara.

España, entretanto, veía así como con indiferencia el torbellino de los importantes sucesos que, unos prósperos y otros adversos á la causa á que tan desatinadamente se había adherido, perturbaban á la Europa toda. Sus ejércitos se mantenían inertes en el suelo patrio como demostrando su impotencia ya que ni por un lado ni por otro ejercitaban las armas, y sus naves anclaban en puertos extranjeros, tenidas, más que por auxiliares, en rehenes de la lealtad española, de que ya se iba desconfiando aunque sin razón ni causa alguna de fundamento. Sólo un hombre, y ya se ha visto, aunque afecto á los Franceses por sus conexiones con los generales que más se habían distinguido en Italia donde él ejercía verdadera y legítima influencia, se portaba como español honrado, como vasallo leal y activo y eficaz funcionario para demostrar que no sería por falta suya el que

nuestro gobierno dejara de desplegar la patriótica energía y el acierto á que estaba obligado en tan delicadas circunstancias. Azara no descansaba, con efecto, en la tarea de, sin faltar á los compromisos de la alianza contraída con la República francesa, denunciar sus intolerables exigencias y la falsedad de sus intenciones en varios é importantes casos. Así como había inmediatamente avisado á nuestro gobierno del objeto que llevaba el almirante Bruix en su expedición al Mediterráneo, muy otro del de la reconquista de Mahón, y del peligro, que también denunció, á que estaba expuesta la escuadra de Mazarredo en Brest, intervino en los manejos de Sieyes, Barras, Talleyrand y Joubert para restablecer la monarquía en Francia, aun cuando con el carácter de constitucional y parlamentaria. Pero manejaba las riendas del gobierno en Madrid un hombre tan ignorante en arte preñado de tales dificultades como presuntuoso y de intenciones poco rectas para los que mejor podrían, de otro modo, servirle y ayudarle á soportar el grave peso que había echado sobre sus flacos hombros. Ese era el tantas veces nombrado D. Mariano Luis de Urquijo, á quien Azara se había quejado frecuentemente de que no lograba obtener su confianza en cargo en que le debía ser tan necesaria para desempeñarlo á satisfacción, y de que sus despachos iban á parar al conocimiento del embajador de Francia ó se presentaban truncados y desnaturalizados, por consiguiente, al Rey que mal podía así formar juicio exacto de ellos y menos de los asuntos á que se referían [1]. Urquijo, además, parece que sostenía correspon-

1 En las citadas Memorias de Azara se leía: «Mi situación era la más embarazosa. Mis cartas particulares á España por las que había podido instruir á los Reyes de lo que tanto les importaba, eran interceptadas con una inquisición la más rigorosa y era público en la Secretaría que apenas llegaba un correo mío, venía un oficial del correo de Madrid para abrirlas. Lo que escribía de oficio era aún más arriesgado porque ó se comunicaba á Portugal, si era negocio de aquella corte, ó á Guillermandet; torciendo las frases y el sentido de modo que pudiera hacerme odioso en Francia, ó á Walkenaer, que es lo mismo que escribirlo á Pitt; ó finalmente creía, á no poderme engañar, que Urquijo ó no ía mis cartas á los Amos ó las leía truncadas y tal vez torciendo el sentido.»

dencia secreta con personas de París que gozaban de la fama de jacobinos y de los más revolucionarios, enemigos de la monarquía y jueces severísimos, por tanto, de la conducta de Azara, de quien, por otra parte, no se recataba en censurar ante los Reyes españoles carácter é ideas, que le atribuía, así políticas como religiosas. Al ver los Franceses, amigos ó corresponsales de Urquijo, la influencia de Azara en el Directorio y su ingerencia victoriosa en los asuntos que provocó el 30 *Prairial*, sospechando, quizás, de lo que pudiera tratarse en las visitas que le hacían Joubert y algunos de los Directores, escribieron á Urquijo estimulándole á exonerar á un diplomático que así y con tal fruto trabajaba contra ellos. Y, al cabo, lo lograron, relevándose á Azara poco tiempo después con D. Ignacio Múzquiz, Ministro plenipotenciario entonces de España en la corte de Prusia, el único, según el príncipe de Repuin, con quien se trataba allí Sieyes, razón probablemente para que se le trasladara á París.

Pío VI y su muerte.

Otra de las causas que debieron producir la ojeriza bien manifiesta de Urquijo á nuestro embajador en Francia, fué el interés que éste había demostrado siempre por el Papa y por el mantenimiento de su poder temporal en Roma. Ya dijimos cuán grande era el que Carlos IV se había tomado por el venerable Pontífice enviándole socorros y los tres arzobispos á que también nos referimos anteriormente, de dos de los cuales, así como de varios cardenales y prelados residentes cerca de S. S., le privó el Directorio, receloso hasta de las atenciones que todos los católicos debían demostrarle. Pío VI, mortificado así por sus crueles enemigos en la que pudiéramos llamar su prisión de Siena, enfermo y en edad que hacía augurar su próxima muerte, no encontraba otro que le consolase en sus penas y trabajos que el mismo Azara, cuyos consejos anteriores le hubieran quizás, de haberlos seguido, evitado parte de los grandes disgustos que sufría; pero, siguiéndolos ahora, firmó una bula autorizando á los cardenales á reunirse después

de su muerte y celebrar el conclave para la elección del futuro Pontífice allí donde lo creyesen más conveniente. Esa bula fué entregada á Azara para que la estudiase, haciendo firmar su conocimiento á los cardenales con la mayor reserva, al mismo tiempo que conseguía de S. S. el que las expediciones eclesiásticas para nuestra patria se continuasen en Roma á fin de que no sufrieran retardo los negocios espirituales de España, tan importantes y frecuentes siempre.

Ya se comprende, y Azara fué el primero en confesarlo, que no podría el Papa permanecer mucho tiempo cerca de Roma donde los revolucionarios no cesaban de pedir su alejamiento y donde comprometía, así lo pensaba él, al gran duque de Toscana que en tal apuro no hacía sino consultar á los generales franceses que siempre también le aconsejaban lo echase de sus estados. Pero, al fin, el día 25 de Mayo de 1798, efecto de un terremoto que dejó inhabitable el convento en que se hospedaba, tuvo S. S. que trasladarse á la Cartuja de Florencia, donde, para ejemplo de la instabilidad de las grandezas humanas le visitaron el gran duque de Toscana, que no veía momento seguro en su gobierno, y los reyes de Cerdeña, arrojados días antes del Piamonte. Allí continuó el Papa hasta Abril del año siguiente en que la nueva guerra de la Coalición con Francia le hizo, no atendiendo á los ruegos del soberano de Nápoles ni á los del Directorio que le aconsejaba trasladarse á Cerdeña, le hizo, repetimos, pasar á Francia, en cuya ciudad de Valence del Delfinado, llegó por fin á establecer su asiento el 14 de Julio después de una peregrinación penosísima cual se puede suponer por el estado de las comunicaciones en aquel tiempo, las vejaciones, nunca interrumpidas, de las autoridades francesas y la avanzadísima edad de más de ochenta años que entonces contaba. Aunque acatado por aquel pueblo que no cesó de darle las pruebas más elocuentes de la veneración que le inspiraba el Papa, su mayor consuelo fueron la permanencia, que se le consintió, á su lado de D. Pedro La-

brador, ministro que era entonces de España en Toscana y que le acompañó constantemente hasta recoger su último suspiro el 29 de Agosto, después de haber regido la nave de San Pedro durante 24 años, 6 meses y 14 días [1].

Hay que poner aquí de manifiesto el no corto fruto que España sacó de los cuidados y socorros que no cesaba de prodigar al Santo Padre en su lamentable odisea. En cumplimiento de las instrucciones que le dirigía el ministro Urquijo, no muy adicto, al parecer, á las prerrogativas de la Sede Apostólica, D. Pedro Labrador consiguió de Su Santidad varios breves con que pudo nuestro gobierno, además de proporcionarle recursos en alivio de su extremada penuria, atender en algo á los inmensos gastos que producía la guerra con la Gran Bretaña. Un subsidio de 66 millones de reales sobre el clero todo de la monarquía: otro sobre las encomiendas de las Órdenes Militares y aun pudiendo vender sus capitales; otro aprobatorio del decreto de enajenación de los bienes de hospitales, cofradías, patronatos y obras pías que ya citamos anteriormente, y otro, si no á perpetuidad, por todo el tiempo del cautiverio del Papa, prorrogando la bula de Cruzada, fueron sugeridos al Pontífice y aprobados por él en varios de los distintos puntos en que, por los caprichos del Directorio ó por los achaques de S. S., hubo de permanecer más ó menos tiempo en su accidentada marcha al Delfinado. Si no alcanzaron á más las que bien pudiéramos calificar de exigencias del gobierno español en compensación de sus donativos y consuelos, fué porque Pío VI no se atrevió á acceder á ellas por el aislamiento en que se hallaba, privado de la asistencia del sacro Colegio y de las varias

1 Dió entonces mucho que hablar el que faltara tan poco tiempo para desmentir la antigua profecía, acreditada hasta los días de Pío IX, de *Non videbis dies Petri*. Ya dijo alguno que sin los trabajosos padecimientos que los Franceses ocasionaron á Pío VI en los últimos años, es probable que hubiera sido desmentido el famoso vaticinio; pero es lo cierto que sólo ha llegado á hacerlo el, por tantos títulos, venerable mártir de la revolución italiana en estos últimos años.

corporaciones que cuidan en Roma del despacho de los asuntos eclesiásticos más importantes.

Novedades eclesiásticas.

La muerte de Pío VI causó en España profunda sensación. Su sabiduría, su bondad, sus virtudes todas y la predilección que siempre había manifestado por nuestra patria, acaso más aún, los sufrimientos á que se le había sometido en sus últimos años, despertaron en el pueblo español y en la Corte los sentimientos de una veneración y pena que muy luego se pusieron de relieve en los templos todos. El Rey se manifestó hondamente impresionado; pero si ese sentimiento era general no impidió el que el Gobierno, su primer ministro particularizándose y al tenor de las ideas que se le atribuían, se valiese de la interinidad en que quedaba el ejercicio del poder apostólico de Roma para introducir variaciones en el régimen de la Iglesia española. Urquijo parece que intentaba devolverla el carácter y las primitivas facultades que había perdido. Más aún; sus opiniones alcanzaban á querer cercenar al Pontífice el poder temporal, acorde en eso y en muchas otras cosas con los más exaltados revolucionarios de Francia, con quienes se le suponía en relaciones muy cordiales. Decía, y así lo confirma una correspondencia de nuestro embajador en Viena, el conde de Campo Alange, «que al Papa que se eligiera le bastaría el dominio de cualquiera casco de ciudad de Italia, en donde mandase como señor, con lo que se excusaba gastos de tropas, celos de otras potencias, disensiones y querellas tan propias de los que poseen, como impropias y ajenas de la Tiara y de su divino ministerio» [1]. El hombre que abrigaba tales ideas, dignas de los revolucionarios italianos de hoy, habría de llevarlas en cuanto pudiera á la práctica; y en la misma *Gazeta* en que se anunciaba el fallecimiento de Pío VI (la del 10 de Septiembre de 1799), se publicó un decreto, el del día 5, por el que se devolvieron á los obispos españoles las facultades que habían tenido sobre las dis-

1 Muriel transcribe en su manuscrito la mayor parte de esa carta.

pensas matrimoniales y otros varios asuntos, así como se hizo mantener al Tribunal de la Inquisición como hasta entonces en sus funciones y al de la Rota sentenciando las causas «*en virtud de comision de los Papas*, decía aquella orden *y que Yo quiero ahora que continúe por si.*»

Con eso empezó á revelarse en el alto clero una escisión bastante marcada, no conformándose algunos prelados con la resolución de un regalismo en su concepto exagerado; y si se añade que esa escisión tomó mayores proporciones al renovarse la antigua lucha entre los llamados *jansenistas*, *jesuitas* y *molinistas*, de que se hicieron eco el púlpito y la prensa y en que hubo de intervenir hasta el mismo Santo Oficio, se comprenderá el desorden y la indisciplina que introdujo en España la acción, por lo menos inoportuna, de Urquijo en asunto por sí y por sus consecuencias tan trascendental. No era de extrañar lo del púlpito; pero en la prensa lo fué mucho, habiendo aparecido folletos y opúsculos en número suficiente para que el Gobierno se creyera en el deber de, como otras obras que también empezaron á circular por la Península, prohibir cuanto escrito se refiriese á materias tan delicadas, cualquiera que fuese el sentido en que se trataran.

El Nuncio de S. S., que lo era entonces Monseñor Casoni, arzobispo de Perges, elevó al Gobierno las más calurosas reclamaciones, á las que contestó Urquijo con una virulencia que llevó en pos la determinación de enviar al prelado sus pasaportes para que inmediatamente saliese del reino; pero mediando Godoy, y eso prueba que no había perdido ni el afecto de los Reyes ni su antigua influencia, se revocaron aquellas órdenes y el Nuncio continuó en Madrid sin menoscabo alguno de su dignidad. El ministro sintió el golpe y la mano que lo había dado; pero la habilidad del Príncipe de la Paz y más todavía la prueba de que no decaían las fuerzas que le sostuvieron tanto tiempo en el poder y habrían de volverle muy luego á él, le hicieron no rebelarse y disi-

mular, como pudiera, el desaire, sin, con todo, perdonárselo, al decir del favorito en sus Memorias.

Eleccion de Pío VII.

La elección del nuevo Pontífice fué en extremo laboriosa. Preparado por las instrucciones de Pío VI y la secreta y hábil gestión de Azara, reunióse el conclave en Venecia el 1.° de Diciembre; y aunque transcurrieron más de tres meses en graves discusiones, repetidos empates en el número de votos y dificultades diplomáticas con los gobiernos de Austria. Francia y España, elegíase el 14 de Marzo de 1800 al cardenal Gregorio Bernabé Chiaramonte que luego tomó el nombre de Pío VII [1].

Como esta elección fué hecha en los estados del emperador de Austria, y en Roma había vuelto á establecerse el antiguo orden de cosas después de la campaña de Suwarow y la retirada del ejército francés de toda la Italia meridional, el nuevo Papa pudo trasladarse desde Trieste, donde se embarcó, á la Ciudad Eterna, donde las autoridades napolitanas que la gobernaban continuaron, sin embargo, ejerciendo el poder militar como hasta entonces.

En España se tranquilizaron los ánimos de los fieles católicos con la elección del Pontífice y su vuelta á Roma, haciendo el Rey que se cantase en todas las iglesias un solemne *Te Deum* y se iluminase Madrid por tres noches consecutivas. Por lo demás y calmados, según ya hemos dicho, los ánimos que á tal excitación se habían entregado durante la época en que vacó el solio pontificio, el Gobierno español, más que á nada, atento á los graves sucesos que tenían lugar en el centro de Europa, seguía en la misma inercia en que se le había visto sumido desde la caída del Príncipe de

1 Los cardenales que tomaron parte en aquel conclave fueron 25: Albani, Duque de Yorck, Carafa, Zelada, Antonelli, Valenti Gonzaga, Calcagnini, Honorati, Givannetti, Gerdil, Martiniana, Herzan de Harras, Mattei, Archetti, Joseph Doria Pamphili, Chiaramonti, Antonio Doria Pamphili, Livizzani, Braschi Honesti, Carandini, Lorenzana, Busca, Borgia, Flangini, Caprara, Bellisomi, Vincenti, Dugnani, Mauri, Ruffo, Pignateli, Rinucini, Rovarella, Bussi de Pretis, Somaglia.

la Paz. Tal cual providencia sobre la administración interior aparecía en la *Gazeta,* alguna perteneciente tan sólo á etiquetas de corporación, pocas sobre servicios en las carreras profesionales, demostración la más completa de cuán sensible debía ser la ausencia de Saavedra y Jovellanos de sus respectivos ministerios. Una, sin embargo, llamó la atención y dió mucho que hablar, la dictada el 6 de Mayo de 1799, prohibiendo trasladarse á Madrid las mujeres é hijas de los magistrados y jueces á promover ó recomendar las pretensiones de sus maridos ó padres, á quienes se amenazó con que no se les ascendería mientras no se hallasen en sus puestos en familia [1].

El 18 Brumario.

No es extraño que los ministros españoles y aun el monarca mismo tuvieran su mirada y su atención fijas en los acontecimientos que entonces y con vertiginosa rapidez se sucedían en la Europa central. Uno, el de mayor trascendencia indudablemente en los destinos de Francia, se verificaba en los días de entre el 24 de Agosto y el 6 de Octubre al embarcarse el general Bonaparte en Egipto y tomar tierra en Frejus en los términos meridionales de la República. Ya anteriormente hemos expuesto la situación difícil que se le había creado con la derrota de la escuadra francesa en Abukir y el fracaso de sus ataques en San Juan de Acre. Si aún podía detener á Napoleón en Egipto la idea de abandonar su ejército en situación tan precaria, las noticias que, como también hemos dicho, le hizo llegar el almirante Sidney-Smith sobre el estado de Francia, en peligro de ser invadida inmediatamente por las armas victoriosas de Suwarow

1 En otra parte hemos expuesto cuál era el aspecto que ofrecía la llamada *corte* de Godoy en sus días de audiencia. D. Antonio Alcalá Galiano que, aun cuando de niño, asistió alguna vez á ella, la describe como de mano maestra en sus *Recuerdos de un anciano*. La pluma se resiste á trasladar los negros rasgos con que pinta la sociedad que allí vió de pretendientes de ambos sexos, en que sobresalían las mujeres de más ó menos equívoca fama, las allegadas, sobre todo, de empleados á quienes se refiere el real decreto que acabamos de recordar.

del lado de Italia y por las del archiduque Cárlos desde el Rhin, ahuyentaron de su ánimo cualquier escrúpulo que le pudiera quedar sobre resolución tan decisiva como la de huir de las filas de su, puede decirse, abandonado ejército. Con él vinieron á Francia algunos de sus mejores generales y al desembarcar fueron á ofrecérsele varios de los más distinguidos entre los que habían quedado en Europa. Jourdán, Augereau, Macdonald, Leclerc y otros, hasta Moreau que profesaba tan distintas opiniones y era tenido por rival suyo dentro y fuera del ejército. Volvió, por supuesto, á su inmediación Talleyrand, á quien el general, á pesar de su reciente defección, estimaba por sus talentos para utilizarlo en sus, no hay para qué decirlo, ambiciosos proyectos. Descontenta la Francia de la gestión política y militar del Directorio y abrigando las más halagüeñas esperanzas en el general victorioso que tanto la había engrandecido y tantas glorias procurado, toda ella aguardaba de Bonaparte un acto que la sacara de la postración en que yacía. Los partidos políticos estaban, á la vez, pendientes de la resolución que pudiera tomar un hombre que bien veían cuánto pesaba en la opinión pública, capaz por sus condiciones personales y su prestigio de influir en ella hasta cambiar la faz política de la nación como antes había cambiado la militar y era de esperar la cambiaría de nuevo tan pronto como se hallara con medios para hacerlo. Los revolucionarios, confiando en que, una vez vencedores por la influencia que conservaba, le sujetarían después hasta reducirle á ser mero instrumento suyo; los conservadores, por el deseo de vivir tranquilos al amparo de brazo tan robusto, y los que en París eran llamados *los podridos* por no ser más que los explotadores de toda situación, los primeros Barras y Fouché, por continuar gozando de la fortuna y engolfados en sus vicios que les perdonaría quien de ellos se valiere; todos en un concepto ú otro buscaban á Napoleón y le ofrecían sus servicios. Eso lo llevaba él previsto, comprendiendo que los diversos partidos que intervenían en la política de

Francia no estaban para pedirle cuenta de su conducta al abandonar á sus camaradas de Egipto, sino que le ayudarían porque les era necesario al derrumbarse, como ya se veía, el Directorio.

Una de las cuestiones que habría de resolver por el pronto era la del papel que más pudiera convenirle representar. El de Monck le repugnaba por la causa que habría de favorecer y por la clase de ambiciones de que ya adolecía; el de presidente del Directorio no le llevaba más que á continuar la lucha política dentro de una corporación hacía mucho tiempo desacreditada; y entre tan diversos pareceres y desatendiendo intereses tan encontrados como los que se discutían y chocaban en derredor suyo, se decidió por un nuevo organismo, ni lo repugnante que el á que conducía aquél ni lo desairado que el á que este último; ni el de Restaurador, en una palabra, ni el de agente de los Barras y compañía. Porque lo que decía Talleyrand: «Era cuestión de sustituir una especie de poligarquía á otra. Júzguese, pues, de lo que podría sucederle al que pensara en representar el papel de Monck, teniendo contra él á casi todos los que concurrieron de un modo ú otro al éxito del 18 Brumario». Y después añade: «Restablecer la monarquía no era volver á levantar el trono. La monarquía reconoce tres grados ó formas: es electiva temporalmente, electiva vitalicia ó hereditaria. Lo que se llama el Trono no puede pertenecer á la primera de esas formas y no pertenece por necesidad á la segunda. Ahora bien; llegar á la tercera sin haber pasado sucesivamente por las otras dos, á no ser que Francia se hallase en poder de fuerzas extranjeras, era cosa absolutamente imposible. Lo hubiera podido verdaderamente ser, viviendo Luis XVI, pero la ejecución de aquel príncipe había puesto á éso un obstáculo insuperable».

«No pudiendo ser inmediato el paso de la poligarquía á la monarquía hereditaria, seguíase por consecuencia necesaria que el restablecimiento de ésta y el de la casa de Borbón no podían ser simultáneos. Así, era necesario trabajar para

el restablecimiento de la monarquía sin ocuparse de la casa de Borbón que el tiempo podría traer de nuevo si acontecia que el que ocupara el trono se mostrase indigno de él y mereciese perderlo. Había que hacer un soberano temporal que pudiera llegar á ser vitalicio, y por fin, monarca hereditario. La cuestión no era la de si Bonaparte poseía las cualidades que fueran más de desear en un monarca; tenía incontestablemente las indispensables para volver á sus costumbres de disciplina monárquica á la Francia, infatuada aún con las doctrinas revolucionarias, y nadie poseía esas cualidades al grado que él».

«La verdadera cuestión era la de cómo se haría de Bonaparte un soberano por tiempo limitado. Si se pensaba en nombrarle Cónsul, se revelarían tan sólo miras que no podrían ocultarse por mucho cuidado que se pusiera en ello; y si se le daban colegas iguales en título y poder, sería como continuar en la poligarquía».

«Se continuaba también en la poligarquía al establecer un cuerpo legislativo ó permanente, ó que debiera reunirse en épocas determinadas sin convocatoria y suspendiéndose por sí mismo. Si ese cuerpo se dividía en dos asambleas distintas y podía él solo hacer leyes, se continuaba en la poligarquía. En fin, quedaba subsistente la poligarquía si los principales administradores y los jueces sobre todo continuaban siendo nombrados por las asambleas electorales. El problema que había que resolver era, bien se ve, muy complicado y estaba erizado de tantas dificultades, que se hacía casi imposible evitar las arbitrariedades. Así es que no se logró el evitarlas».

Napoleon primer Cónsul.

Y llegó el 18 Brumario del año VIII (9 de Noviembre de 1799). La opinión contra el Directorio estaba de hacía tiempo formada, así como la de la necesidad de que un general bien acreditado por su carácter y servicios la dirigiese, dócil, sin embargo, para seguir el rumbo que se le imprimiera; y como Moreau debía inspirar algu-

na desconfianza y había muerto Joubert cuando ya se contaba con él, toda Francia puso los ojos en Napoleón, el más ilustre por sus victorias y que, llevado en alas de la fortuna, acababa de desembarcar en Frejus salvándose como por milagro de los cruceros ingleses. Pronto se puso en combinación con su hermano Luciano, con Sieyes y cuantos andaban de tiempo atrás conspirando para variar la constitución de la República, y se convino en que la espada del vencedor de Italia acabaría la obra que ellos procuraban levantar [1]. La empresa no era de fácil realización, como que estaba prevista por los que más debían temerla; pero aun así y aun teniendo que emplear la fuerza, la cual fué puesta por el Consejo de los Ancianos en manos de Napoleón al trasladar el punto de sus sesiones á Saint-Cloud, pocas horas después de la reunión de los dos cuerpos colegisladores se declaraba abolido el Directorio, para que ejercieran provisionalmente el poder el general Bonaparte como primer Cónsul, Sieyes como segundo y Rogerducos como tercero, hasta el establecimiento de una nueva constitución.

Napoleón había corrido gran riesgo de perder el fruto de todas sus victorias y con él la libertad y hasta la vida, á pesar de haber obtenido el mando de las tropas de París, á las que tuvo que dirigir las arengas más enérgicas á la vez que halagadoras como luego las que pronunció en ambos consejos, el ayuda eficacísima de su hermano, presidente del de los Quinientos, y la de los varios generales que le acompañaban, entre los que brilló por su audacia Murat que, acaso, por aquel servicio alcanzó la mano de una de las hermanas del nuevo y glorioso Dictador de la Francia.

Aquel golpe de audacia afortunada por parte de un general que días antes se hallaba, al parecer, condenado á perder

1 Todos contaban conmigo, decía después, porque necesitaban una espada: yo no contaba con nadie y así nada me impediría elegir el plan que más me conviniera...» El Directorio no podía ser reemplazado más que por mí ó por la anarquía. La elección de la Francia no ofrecia dudas y en ese concepto su opinión iluminaba á la mía.»

en Egipto su libertad y quizás la vida en medio de un ejército que la opinión más sensata consideraba ya prisionero de los Ingleses, produjo en Francia una como resurrección en los ánimos, abatidos por tanta desgracia como en la que se veían, y en toda Europa un gran asombro y las preocupaciones más graves. Con tal y tan eminente soldado al frente de una nación belicosa por excelencia y dada siempre á turbar la paz de las demás con sus jactanciosos alardes de orgullo y superioridad, lo que todos los gobiernos calculaban era que quedarían muy atrás las sangrientas é inacabables guerras de la Revolución al compararlas con las que eran de esperar. Y, sin embargo, los primeros pasos de aquel hombre, que en todo había de mostrarse extraordinario, fueron dirigidos á buscar en la paz el camino de la reorganización que se proponía procurar á su país. Y contra lo que parecían dictar su situación, fundada en las glorias militares, y las erradas esperanzas que le pudieran atribuir los Franceses de volverle á ver arbitrando los destinos de la Europa como en Campo-Formio, su primer acto de política internacional fué escribir dos cartas á sus más poderosos enemigos, el rey de Inglaterra y el emperador de Austria. Manifestábale al primero sus deseos de una reconciliación sincera entre las dos naciones; y dirigíase al Emperador en términos parecidos en su esencia á los en que años antes había empleado con el archiduque Carlos con el objeto de evitar un derramamiento de sangre que ahora se haría mayor y de efectos mucho más trascendentales. Ni el rey de Inglaterra ni el Emperador le contestaron directamente; haciéndolo lord Grenville y Thugut á Talleyrand para rechazar las proposiciones de Napoleón; pero éste demostró con eso las más altas condiciones de un hombre de Estado cuando nadie podía suponer en él temor de género alguno, y puso á su servicio la razón, fuerza la más poderosa en las contiendas entre los grandes imperios del mundo. Su conducta, después, para con el emperador de Rusia no fué menos hábil y sí muy

Ofrece la paz á Inglaterra y Austria.

feliz; porque sabiendo el descontento que reinaba en el ejército moscovita por los manejos del Consejo áulico que, arrancando á Suwarow de Italia, el teatro de sus triunfos, cuando ya amenazaba invadir la Francia, llevándole á Suiza para presenciar el vencimiento de Gortchakow, imposible de remedio por él á la cabeza del diezmado ejército con que atravesó aquellas montañas casi inaccesibles, supuso, y con razón, que cualquier paso afectuoso de su lado sería bien visto y agradecido. Hizo, pues, reunir los rusos prisioneros que había en Francia, los vistió de nuevo y los envió á su país con un oficial de confianza para que, además, entregase al emperador Pablo la espada del famoso maestre La Valette encontrada en Malta al apoderarse Napoleón de aquella isla. El obsequio produjo los efectos que se había propuesto su hábil dispensador, y Pablo I, valiéndose del general Sprengtporten como emisario y de M. de Kalitcheff, como negociador, restablecía la paz entre Francia y Rusia el 8 de Octubre de 1801, pero sin que en el intervalo de épocas tan distantes como las de la iniciativa de Napoleón y la firma del convenio mediase acto ninguno de hostilidad por haberse retirado aunque paulatinamente á su país los ejércitos rusos [1].

1 Como el lector tendrá curiosidad por saber á que obedecía la pasión del emperador Pablo por la Orden de Malta, vamos á transcribir una nota estampada en las Memorias del príncipe de Talleyrand, extracto, sin duda, de las del abate Georgel, tan propia de este lugar como del á que la aplica el célebre diplomático francés. Dice así: «La intervención del Czar Pablo en los asuntos de la Orden de Malta es una de las singularidades de la historia de aquel tiempo. Las relaciones entre las dos potencias datan de 1795. La Orden poseía grandes bienes en Polonia; y esos bienes, estando englobados en los territorios que tocaron á Rusia en el tratado de partición, el gran maestre, príncipe de Rohan, buscó el medio de negociar un arreglo con la emperatriz Catalina. Habiendo, entretanto, ocupado el trono el emperador Pablo tomó á pecho el asunto y entró en relaciones con Malta, enamorado de las antiguas y gloriosas tradiciones de los caballeros de San Juan, y el 4 de Enero de 1797 se firmaba un acta por la cual los bienes de la Orden en Polonia venían á constituirse en un gran priorato de Rusia. Fueron creadas en un año setenta y dos encomiendas y el Czar y su hijo se hicieron caballeros de Malta. Después de la toma de la isla por los franceses, el Czar, á petición de aquel gran priorato, se declaró

De modo que el primer acto del general Bonaparte, elevado á la más alta magistratura de la República francesa, le valió el desmembramiento de la Coalición en la parte que más debía temer para la guerra continental en que estaba comprometida, con la esperanza muy fundada de que así no tardaría su primer Cónsul en deshacer lo que, en segundo lugar, era más importante, la del Austria: las demás serían barridas como el polvo de las eras con la primera victoria del que nunca había sido vencido en los campos de batalla.

En cuanto á las providencias del primer Cónsul al inaugurar el que bien puede decirse gobierno suyo, puesto que pronto llegó á considerarse en Francia como única su autoridad, una también de las primeras fué la de formar un ministerio, el nombramiento de cuyos miembros fué recibido con aplauso universal, lo mismo que las medidas económicas y políticas que tomó inmediatamente y la organización de los dos grandes ejércitos del Rhin é Italia cuyos mandos dió; el del primero al general Moreau y el del segundo á Massena mientras iba él á sacarle de la difícil situación en que se hallaba en Génova. Siguió á todo eso el proclamarse la nueva constitución que, parto del más que soñador filósofo Sieyes, autor de tantos códigos del mismo género rechazados hasta entonces, logró de la opinión un concepto bastante favorable, creemos que mejor que por su mérito y eficacia, que no habría de ser permanente, por haberse de practicar á la

protector de la Orden, (Septiembre de 1798), y dos meses después, quedando vacante la plaza de gran maestre, una parte de la Orden tuvo la idea de ofrecerla al Czar, que aceptó solemnemente su nueva dignidad. Bonaparte aprovechó hábilmente aquella circunstancia para acercarse á la Rusia y separarla de la Inglaterra. Entonces fué cuando envió al Czar bien la espada del gran maestre La Valette, encontrada en Malta, bien, según otra autoridad, la espada del gran maestre Villiers de L'Ile-Adam, que León X había enviado á aquel ilustre guerrero en recuerdo de su bella defensa de Rodas. Cuando los ingleses ocuparon la isla de Malta, Pablo la reclamó en su cualidad de gran maestre (Septiembre de 1800); pero ellos se negaron formalmente á ceder posición tan importante, de lo que se siguió la ruptura entre ambos paises. La muerte de Pablo (Marzo 1801) puso término á aquél curioso episodio. Alejandro, su sucesor no reclamó la isla, y el asunto quedó así.»

sombra protectora del que aclamaba la Francia por su más hábil general, estadista y administrador, según lo había demostrado en Italia y comenzaba entonces á hacerlo con tanto aplauso.

Su conducta con España.

España no había sido relegada tampoco al olvido por Napoleón. Después del desaire de los soberanos de Austria y la Gran Bretaña, del de esta última principalmente, le interesaba mucho tener de su lado la única potencia marítima que, unida á él, podría, si en alguna ocasión era dable, contrabalancear la fuerza naval de la que ya iba teniéndose por la dominadora de todos los mares, y el peso, también enorme, que estaba ejerciendo sobre las opiniones y acuerdos de los demás soberanos del antiguo continente. El español había recibido la noticia de la disolución del Directorio con una satisfacción que se puso de manifiesto en cuantas declaraciones fueron del dominio público y en las que, sin aparecer en la *Gaceta* para no herir susceptibilidades, habrían de hacerse particularmente á los representantes del nuevo gobierno francés. El antiguo se había mostrado tan exigente siempre con Carlos IV y á veces tan desatento, y había de tal modo atropellado los derechos é intereses de los príncipes sus allegados de Italia, que deberían esperarse del que se anunciaba como reparador de las torpezas é injusticias anteriores mayor cordura, formas corteses y las atenciones que merece siempre una nación independiente y, como la española, dotada de no escasa fuerza y hasta si se quiere de exceso de dignidad. Pero Napoleón nunca lo entendió así; y al recibir las protestas de amistad que inmediatamente le dirigieron el Rey y su gobierno, acompañó sus contestaciones de satisfacción y gratitud con exigencias que dejaban muy atrás á las del Directorio. Se había propuesto valerse de la situación comprometida en que se hallaba nuestra escuadra en Brest para hacerla servir á sus miras, que eran las de socorrer á Malta y sacar al ejército francés de Egipto, señalando en último lugar, como para dar interés español á

la jornada, su destino á la reconquista de Mahón. El general Mazarredo había dirigido á Napoleón una memoria manifestando la conveniencia de que las escuadras combinadas se trasladaran á Cádiz, de donde, reunidas con la del Ferrol, penetrasen en el Mediterráneo, que así podrían dominar para los fines que más aprovecharan á las dos naciones. El primer Cónsul se avenía á ese plan; pero véase cuáles fueron las condiciones que impuso á Mazarredo en un despacho que lleva la fecha de 28 de Febrero de 1800.

«1.ª Reunidas las dos escuadras, la española, de 15 navíos, y la francesa, de 17, saldrán de Brest, darán caza á la inglesa y por la noche harán rumbo directamente á Malta sin detenerse de ninguna manera ni en el Ferrol, ni en Cádiz; uniéndosele en aquella isla cuatro navíos franceses y las tres fragatas, también francesas, que se encuentran allí. Veinticuatro horas después que la escuadra combinada haya salido de Brest, un correo llevará la orden á los seis navíos del Ferrol para que se den á la vela y se trasladen á Cádiz.»

2.ª Las escuadras combinadas dejarán en Malta los socorros que la francesa lleve á bordo; y, después las dos reunidas se dirigirán á las islas Hyeres, donde se tomarán las medidas necesarias para sus subsistencias sin que permanezcan allí más de dos ó tres días, tiempo necesario para desembarcar sus enfermos, recibir algunos refuerzos para las tripulaciones y víveres. Desde aquella rada se pondrán en movimiento para la reconquista de Mahón y á fin de operar su unión con la escuadra de Cartagena ó de Mallorca.»

Y 3.ª Los navíos del Ferrol se reunirán con los de Cádiz, trasladándose después á Cartagena ó á un punto de Mallorca, si hay alguno bastante seguro á vuestro juicio. Si Su Majestad Católica hace todos los preparativos necesarios, la escuadra encontrará igualmente en las islas de Hyeres cuantos socorros en tropas y en oficiales de ingenieros y de artillería podais desear» [1].

1 Despacho núm. 4.625 de la correspondencia de Napoleón.

Mazarredo, que en tiempo del Directorio y al llegar á Brest con su escuadra había sido enviado á París para concertar con aquel gobierno las futuras operaciones marítimas, con cuyo fin se le revistió del carácter de embajador extraordinario y ministro plenipotenciario, carácter con que había seguido cerca del Consulado después del 18 Brumario, contestó á Napoleón el 1.º de Mayo indicando, parece, la idea de que, una vez las escuadras en el Mediterráneo, podrían dirigirse á Malta 12 de los navíos franceses que las componían. Esa comunicación debía tener varios razonamientos falsos, por lo menos en concepto del primer Cónsul, pues que en otro despacho de 4 de aquel mismo mes los combate persistiendo en la idea de que «las dos escuadras salidas de Brest se presenten al frente de Malta, hagan levantar el bloqueo de aquella plaza y metan en ella las provisiones que lleven, y que, acabada esa operación, él las deja á disposición de S. M. C. el rey de España, sea para dirigirse á Mahón, sea con cualquier otro objeto». Y añade seguidamente: «Sea que penseis que convenga ir á las islas de Hyeres ó dirigirse á Menorca ó Cartagena, el primer Cónsul hará con ese fin cuanto pueda convenir á S. M. C.» Lo que Napoleón lamentaba era en todo eso la pérdida del tiempo, la de cada día que iba pasando sin utilidad para la causa común.

Las contestaciones entre Mazarredo y Napoleón se iban haciendo cada día más y más agrias, fundándose el segundo en las noticias del almirante Bruix que hacían suponer de sólo 21 navíos la escuadra inglesa que bloqueaba á las aliadas de Brest, por lo que creía el primer Cónsul muy humillante y hasta vergonzoso el papel que representaban los 32 navíos allí encerrados, y llegó á mandar que se dieran á la vela aun cuando no fuera más que para dar caza á la escuadra inglesa durante veinticuatro horas. Pero es el caso que si en aquellos días no se hallaban á la vista de Brest más que 21 navíos ingleses, el 19 de Marzo se presentaban 45, lo cual quiere decir que debían hallarse en la costa opuesta 24 de

reserva siempre dispuestos para, á la primera noticia, combatir á los aliados que saliesen de aquella rada, dando así la razón á las observaciones que hacía Mazarredo para no comprometer nuestra escuadra y á las del general Gravina que interinamente la mandaba.

La energía y la tenacidad, vizcaína también, de Mazarredo lograron arrancar de Napoleón, á trueque de que se dieran á la vela aquellas dos escuadras juntas, la declaración siguiente, consignada en uno de los despachos de su correspondencia. «En cuanto á las operaciones que hayan de emprenderse en el Mediterráneo, el Primer Cónsul no hace sino referirse á las diferentes cartas que se os han escrito y á sus conversaciones. Levantar el bloqueo de Malta y recobrar Mahon; he ahí el objeto del armamento de las dos potencias, conforme á lo que se conoce de las intenciones de S. M. Católica. Para llegar á eso, se hace necesario que los seis navíos del Ferrol, los cuatro de Cádiz y los dos que se hallan en Cartagena estén preparados para unirse á las escuadras combinadas». El despacho añadía luego: «El Primer Cónsul aprecia vuestros talentos, y la bravura de las tripulaciones españolas es conocida en ambos mundos. Si hubiera dificultades para el éxito, no consistirían sino en la lentitud que pudiera darse á las operaciones.»

Napoleón debió convencerse de los peligros que correrían aquellas escuadras si se aventuraban á salir al mar, vigiladas como eran por la inglesa, muy superior en todos conceptos porque pasó mucho tiempo hasta que se acordara de ellas. Mazarredo triunfaba con sus sólidos razonamientos; pero á costa de su posición cerca del gobierno de París que no se lo perdonó en mucho tiempo, no desperdiciando ocasión de zaherirle hasta en despachos oficiales dirigidos por Talleyrand al Embajador francés en Madrid, acusándole de haber dado órdenes á Gravina para que «no operase con su escuadra cualesquiera que fuesen las circunstancias y las disposiciones del prefecto marítimo de Brest». La posición del

almirante español se fué así haciendo muy difícil junto á un hombre como Napoleón, violento y dominador, sin escrúpulos y no comprendiendo que hubiera quien se atreviese á rechazar sus argumentos ni á resistir sus voluntades [1].

Napoleón hacía indudablemente un gran aprecio de los servicios que pudiera prestarle España, porque antes de emprender la nueva campaña de Italia, proyectada desde el día de su advenimiento al Consulado, se le ve halagar al rey Cárlos con lo que más podía agradarle, su protección al duque de Parma, tan desatendido y despreciado, según ya hemos visto, por el Directorio. Si para disponer de la escuadra española surta en el puerto de Brest convida con la reconquista de Mahón, para obligar á nuestro soberano á conducir en sus embarcaciones menores, y mejor aún en las marroquíes que pueda obtener, víveres, armas y municiones que alivien la penuria en que debe encontrarse la guarnición de Malta, avisos también y semillas á las tropas de Egipto, brinda de igual modo con engrandecer los estados de Parma y proporcionar á España el ensanche de los peninsulares suyos en Portugal, con lo que, al restablecerse la paz en Europa, pueda, como en justa compensación, recuperar la isla de Menorca. «Escribid á Muzquiz, decía á su Ministro de Relaciones exteriores en Abril de 1800, haciéndole saber que en la conversacion que tuve ayer con él me habló del deseo que abrigaba S. M. Católica de que el Duque de Parma obtenga un aumento de Estados en Italia, y que, al entablarse las negociaciones, el Gobierno francés mirará como una cosa extremadamente agradable para él la tarea de hacer ver á la Europa entera la consideración que tiene para la

1 «La oposición firme y vigorosa de Mazarredo, dice el general D. F. P. Pavía en su *Galería Biografica*, tantas veces citada, á los planes que le presentaba Bonaparte para disponer á su arbitrio de las fuerzas marítimas de España, disgustaron á éste en términos que la corte de Madrid, ya sometida á la de París, separó á Mazarredo de la escuadra y embajada que desempeñaba, con el simulado pretexto de que hacían falta sus servicios en la Capitanía general del departamento de Cádiz.» Luego veremos cómo.

casa de España; que aquí los particulares sentimientos que me inspira el Duque de Parma y que le manifesté durante mi estancia en Italia, están de acuerdo con la política de la República, que será siempre la de agradecer los esfuerzos que ha hecho la corte de España en pro de la causa común, sobre todo desde la constitución del ministerio de M. de Urquijo [1].=Decid á Alquier que deseo me compre ocho hermosos caballos de montar, españoles de raza. Decidle también que, puesto que Portugal rehusa la paz, por qué España no ha de apoderarse de algunas provincias de aquel Estado, salvo el cambiarlas al hacerse la paz general por Menorca, y que si hiciesen falta, que no lo creo, fuerzas francesas, no hallaría yo inconveniente en conceder una división de nuestras tropas, mandada por el general que pareciera más agradable á España.=Que haga comprender á Urquijo cuán sensible sería el que Malta cayera en poder de los enemigos, y que deseo que se envíen allá cinco ó seis embarcaciones de 200 á 400 toneladas con provisión de trigo, aguardiente, carne y harina.»

Este despacho señala perfectamente la política conservadora de Napoleón desde que obtuvo el poder supremo y la conducta que se había propuesto observar para, halagando los sentimientos personales de Carlos IV, atraérsele de modo que pudiera disponer de los recursos que aún ofrecía España para llevar á feliz término los vastos proyectos que abrigaba en su poderosa mente.

Campaña de Marengo.

Porque ya andaba revolviendo en ella el plan de una campaña muy urgente por aquellos momentos, la en que habría de sacar á su querida Italia de la nueva servidumbre donde había caído, devolviendo á Francia el rango que, como él decía en su proclama del 21 Brumario,

1 Sirva esto para rectificar la opinión de un historiador español que supone injustificadamente que Napoleón estaba prevenido contra Urquijo, á quien atribuía las contrariedades que se le oponían en España, y eso por los informes que le hubiera dado Azara. Esa prevención se puso de manifiesto más tarde.

no debió perder nunca en Europa [1]. Massena había tenido que encerrarse en Génova seguido de un ejército austriaco, triple numéricamente que el de su mando, y amenazado además por otro inglés de 20.000 hombres que el general Abercromby andaba organizando en Menorca. Era urgente sacar á salvo de tal situación al héroe de Zurich; y Napoleón, comprendiendo que el paso por San Gothardo retardaría mucho su marcha, prefirió el del gran San Bernardo que iba á conducirle mucho antes sobre la retaguardia del enemigo. Y mientras Moreau, vencedor en Stockach y Moskirch, obligaba á Kray á abrigarse en el campo atrincherado de Ulma, Napoleón cruzaba los Alpes, flanqueado á su izquierda por Moncey y Bethencourt que los pasaron por el San Gothardo y el Simplón, y á su derecha por Chabran y Thureau que lo hicieron por el pequeño San Bernardo, Mont-Cenis y Mont-Genève. Ápesar de aquel terreno excepcionalmente escabroso, de la necesidad de desmontar la artillería para arrastrarla á brazo y la dispersión de las tropas que representan camino tan áspero y accidentes tan variados como los que debían entorpecer la marcha de un grande ejército, y á pesar de obstáculo tan influyente como el del fuerte de Bard, situado en una posición inexpugnable que obstruía el paso y que fué necesario flanquear á fuerza de trabajos desconocidos hasta entonces á las tropas francesas; después de varios combates de sus destacamentos en Chiusella, Turbigo y Montebello, este último decisivo para la realización completa del plan de campaña formado en París, el general Bonaparte desembocaba en la llanura de San Giuliano para dos días después, el 14 de Junio, dar la batalla de Marengo, perdida

1 Al secretario de Barras que esperaba le daría entrada en el Consulado, le dijo delante de Sieyes, Roger-Ducos, varios generales y una comisión del Consejo de los Ancianos: «¿Qué habeis hecho de aquella Francia que os dejé tan brillante? Os dejé la paz y encuentro la guerra; os dejé victorias y encuentro reveses; os dejé los millones de Italia y sólo encuentro por todas partes leyes expoliadoras y miseria. ¿Qué habeis hecho de 100.000 franceses que yo conocía, mis compañeros de gloria? Han muerto...»

en su primer período, y ganada en el segundo por la abnegación heroica de Desaix y el arranque victorioso de Kellermann cargando con furia incontrastable á la cabeza de sus escuadrones. Aun conservando Melas fuerzas suficientes para renovar el combate al otro día, vióse obligado á pedir un armisticio que le librara del espectáculo y la vergüenza de su rendición.

Napoleón comprendió que con sólo una firma podría recobrar la mayor parte de Italia; y, en efecto, en el convenio que acordó con el general austriaco, si éste obtuvo el permiso de retirarse con todo el ejército de su mando al Mincio, hubo de ser entregando á los Franceses las plazas de Coni, Alejandría y Génova, el fuerte Urbino, las ciudadelas de Tortona, Milán, Turín, Pizzighetone, Plasencia, Ceva y Savona y por fin el castillo de Arona [1].

El armisticio de Alejandría se hizo luego extensivo al ejército de Alemania, cuyas operaciones eran tan gloriosas si no tan decisivas, como las del de Italia; y si bien dió lugar á negociaciones como la del armisticio naval con Inglaterra, que pudieran conducir á la paz general, fueron al fin desaprobadas por los respectivos gabinetes, no logrando Napoleón el fin que se había propuesto al tomar las riendas del gobierno de Francia después del 18 Brumario. Los Ingleses comprendieron que de lo que se trataba era de salvar á Malta y al ejército de Egipto de caer, como indefectiblemente caerían, en su poder, y arrastraron en pos de sí al gobierno austriaco que acabó por romper el armisticio convenido en Hohenlinden y confirmado luego en Castiglione el 20 de Septiembre para el ejército de Italia. Tan próximo había estado el logro de aquellas laboriosas negociaciones que el desen-

1 Todo el mundo conoce la historia del sitio de Génova donde el general Massena, después de sesenta días de un bloqueo rigurosísimo, hubo de capitular el 5 de Junio cuando estaba decidido á abrirse paso por entre las tropas austriacas, resolución desesperada si se considera lo exiguo de sus fuerzas, reducidas á unos 8.000 hombres, y el estado miserable en que se hallaban por efecto del hambre y de las enfermedades.

canto exacerbó los ánimos más de lo que antes estaban, y pronto hubo de verse cómo los beligerantes se preparaban á reanudar la lucha por cuantos caminos se les ofrecieran más eficaces.

Ataque de los Ingleses al Ferrol.

Las escuadras inglesas redoblaron, con eso, sus esfuerzos; y sin olvidar su primer objetivo, Malta y Egipto, ni tampoco el de promover enemigos á la Francia en Toscana y las demás costas de Italia, se dirigieron entonces á las de España, procurando, á imitación de lo que habían hecho en Holanda, apoderarse de nuestros buques de guerra, surtos en Cádiz y el Ferrol.

Creyeron empresa no difícil la de la conquista del segundo de esos arsenales; y, para realizarla, organizaron una gran expedición que conduciría el almirante Pulteney con tropas de desembarco puestas á las órdenes del general Abercombry. Componían la escuadra 10 navíos de línea, de los que 4 de tres puentes, y 7 fragatas y varias embarcaciones menores con un convoy inmenso de transportes que llevaban de 10 á 12.000 hombres de infantería con sobrado número de piezas de campaña. Su destino al salir de Portsmouth era secreto; y lo mismo podía dirigirse á Holanda ó á Amberes, para cuyo caso preparó Napoleón en Amiens un cuerpo de tropas mandado por Murat, como á las costas de España y quizás á Egipto.

El 25 de Julio de 1800 se vió, con todo, que el objetivo, el primero al menos, de aquel armamento era el arsenal del Ferrol, con el fin indubitable de acometer contra él una hazaña semejante á la realizada poco antes en el Texel llevándose á Inglaterra, según ya hemos dicho, la parte más numerosa de la escuadra holandesa. Aquel día, con efecto, el vigía de Monte Ventoso descubrió muy de mañana á la escuadra enemiga siguiendo la costa como en busca de un fondeadero y de un punto propio para el desembarco que no había para qué dudar intentaba cerca del importantísimo establecimiento militar y naval del Ferrol. No se hallaba olvidada la defensa

de aquel litoral desde que se declaró la guerra á la Gran Bretaña, única potencia capaz de insultarlo; y en 1796 se había dado principio á un estudio detenido del terreno inmediato, y luego, propuesto el sistema defensivo más propio en las condiciones de tal guerra. Habíanse después construído nuevas baterías en las calas y fondeaderos próximos y establecídose en sus dominaciones y avenidas cuerpos volantes de todas armas que vigilasen el país y pudieran defenderlo en caso de ataque de tropas desembarcadas en alguno de los varios puntos que ofrece tan accidentada costa; todo al igual de lo que se había practicado para caso semejante en 1770. Era en 1800 comandante general interino del departamento D. Francisco Melgarejo, el que vimos volver de Rochefort con tal habilidad y tan buena fortuna; gobernaba la plaza el brigadier de la Armada D. Diego Contador; el teniente general D. Juan Joaquín Moreno mandaba la escuadra surta en el puerto, y el mariscal de campo, conde de Donadío, los cuerpos volantes, á las órdenes, por supuesto, del comandante general del reino de Galicia el teniente general D. Francisco Xavier de Negrete. Las tropas que llegaron á reunirse para la defensa dentro y fuera de la plaza ascendían á unos 3.000 hombres de varios regimientos, los del Rey, Guadalajara, Asturias y Órdenes Militares, de la división de granaderos de Orense y de fuerza de marina que fué desembarcada desde el primer momento del ataque [1].

La escuadra inglesa fondeaba á las cuatro de la tarde del día ya citado en la ensenada de Doniños, la más próxima al Norte del canal de entrada en el Ferrol, y seguidamente desembarcó en el arenal un gran golpe de tropas que, al apoyo del fuego de una fragata y dos balandras que acallaron el de una pequeña batería de la costa, se dirigieron á ocupar las

1 Bien se ve que no estaba tan descuidada ni desguarnecida la playa como se ha querido suponer por algunos y especialmente por los extranjeros que calculan las probabilidades del triunfo de los ingleses *por la negligencia en el servicio que reina siempre entre los españoles*.

alturas que, alzándose como en anfiteatro, atalayan y cubren el fondeadero, la playa y el pueblecillo que les da nombre. Á pesar de la sorpresa que debían producir las en aquellos días inesperadas presencia y maniobra de los Ingleses, Melgarejo y Donadío lograron contenerlos desde las alturas del Balón y Brión con tropas de la guarnición y del campo volante más inmediato, reforzadas por unos 500 marinos que hizo poner en tierra el jefe de la escuadra. La noche dió tiempo para establecer los servicios todos del arsenal y el puerto, armar nuevas baterías que aumentasen su aprovisionamiento y defensas, á la llegada de fuerzas de los otros dos campos y para que se situasen en los puntos exteriores, de donde se pudiera estorbar y, si era dable, impedir la acción invasora de los enemigos. Esas fuerzas, establecidas en dos líneas por Donadío, atacaron á los Ingleses al amanecer del 26; pero aun ganando en su primer ímpetu las alturas que dominan la ría por su parte septentrional, hízose la lucha sumamente desigual por el tres veces mayor número de los Ingleses que, á la vez, amenazaron con envolver la derecha española. La retirada era ineludible; y nuestras tropas la verificaron con el mayor orden, dirigiéndose, una parte, á la plaza para defenderla y, otra, á las posiciones de la espalda para hostilizar por cuantos medios pudiera á los sitiadores. Estos, así, ocuparon sólidamente el Balón y Brión, descendiendo después á Craña, donde se hicieron dueños de alguno de los depósitos allí establecidos, saquearon las casas y concluyeron por profanar la iglesia y cometer en ella todo genero de robos y sacrilegios.

Ya desde allí les pareció fácil apoderarse del próximo castillo de San Felipe: el fuego, sin embargo, que les hicieron las baterías de la plaza por un lado, los castillos de San Martín y de la Palma desde la orilla opuesta de la ría y, de otro, el macho del fuerte atacado y varias lanchas cañoneras, admirablemente situadas para apoyarlo, hicieron inútiles cuantos esfuerzos desplegó el enemigo para acabar la obra de

conquista y despojo que se había propuesto. Tan convencidos quedaron los generales ingleses de la insuficiencia de sus fuerzas y medios para vencer una resistencia que tan brava se presentaba desde los primeros momentos y que á pocos más crecería con la llegada de las tropas de que la autoridad española podía disponer en toda aquella costa, que en la mañana del 27 situaron sus tropas junto á la laguna de Doniños y por la tarde las reembarcaban, habiendo hecho sin estorbos la retirada durante la noche con gran silencio y las precauciones más exquisitas [1].

Las pérdidas de nuestra parte fueron relativamente pequeñas, consistiendo en 6 oficiales muertos, 9 heridos y uno contuso, y 31 muertos de las clases de tropa, 91 heridos, uno contuso y 5 extraviados, mientras á los Ingleses se les suponen cerca de 1.000 bajas, así causadas por el fuego como por los mil accidentes que siempre se sufren en ese género de empresas. Ellos no quieren confesar que la resistencia española fuese, como en Puerto Rico y Canarias, la causa principal de su retirada, atribuyéndola á que, bajando mucho el barómetro, se hacía insostenible la posición de la escuadra en la ensenada de Doniños y arriesgadísima la de las tropas puestas en tierra sin esperanza de auxilio. Ya podríamos citar expediciones inglesas en condiciones semejantes, en las que, sin embargo, sus jefes no temieron igual contratiempo que, después de todo, era en la época del año en que los temporales no suelen ser ni muy rudos ni largos.

El suceso causó, de todos modos, gran sensación en Europa, y en España el entusiasmo que es de suponer; revelando

1 Los partes de las autoridades militar y marítima difieren algo en las particularidades de aquella jornada, tan gloriosa para las armas españolas; pero están conformes en cuanto puede revelar el valor de sus respectivos subordinados, la unión íntima que observaron y la cooperación que recibieron del comandante general de aquel reino. De esos partes y de varios manuscritos que tenemos á la vista se ha sacado este ligero extracto, sin más detalles ni citas de los muchos jefes y oficiales que lograron distinguirse y cuyos nombres hallará el lector en el apéndice núm. 5.

que si en los mares se veía como muy remota la ocasión de vencer á los Ingleses, no lograrían éstos apoderarse de pedazo alguno del suelo patrio sino por alguna sorpresa como la que á principios de aquel siglo les había proporcionado la ocupación de Gibraltar. En la corte, el regocijo fué grande también y se celebró la victoria perpetuando su recuerdo con un cuadro que dibujó Ribelles y fué grabado por Enguídanos, apoteosis en que aparecía la Reina María Luisa, genio tutelar de la patria según se la quiso suponer en aquella estampa que, por rara ya, hallarán nuestros lectores reproducida entre las de este tomo.

También produjo su efecto en Francia, entre las tropas especialmente; distinguiéndose el ejército del Rhin, cuyo general en jefe, Augereau, conocedor, como el que más, de las condiciones de nuestra tropa con la que tantas veces había batallado en el Rosellón y Cataluña, publicó una orden general sumamente lisonjera para el amor propio y la gloria de los soldados españoles [1].

De Bonaparte no se sabe qué impresión le haría la defensa del Ferrol, pues que nada consta en su copiosísima correspondencia. Tan parco era en los elogios, que sólo por incidencia, y al tratarse de la invasión, que ya le preocupaba de Portugal, se acordó de que en el ataque emprendido por los

1 Hela aquí: «Exército del Rhin. En el quartel general de Munich 30 de Fructidor, año 8.º de la República francesa, una é indivisible. El general en jefe no pierde un momento en hacer conocer al exército el esclarecido valor que nuestros fieles aliados los españoles han manifestado en los días 7 y 8 de Fructidor contra nuestros comunes enemigos que habían intentado un desembarco en los puertos del Ferrol. Los ingleses en número de 10.000 hombres habían efectuado el desembarco; noticioso de sus designios el general español que mandaba en aquella parte, consigue reunir un cuerpo de tropas de 1.800 hombres, al que se unieron algunas pocas más, y atacados los ingleses intrépidamente por este puñado de soldados, fueron completamente batidos, obligándolos á reembarcarse con pérdida de más de 1.200 hombres, cubiertos de vergüenza y desesperados de ver nuevamente fustrados sus proyectos. Tal es el resultado de este ataque que llena de gloria y honor á las valerosas tropas españolas.—Por el general de division, xefe del estado mayor general, el general de brigada, N. Fririon.» (*Gaçeta* del 11 de Noviembre de 1800). El conde de Donadío contestó cortésmente á esta comunicación.

Ingleses contra Cádiz, del que vamos á dar ahora cuenta, *la gloria castellana habia tomado vigor nuevo bajo el reinado de Cárlos IV*.

Otro á Cádiz. La escuadra inglesa había hecho rumbo, de la bahía de Doniños, á la de la ciudad hercúlea, esperando hallar á los habitantes y á su guarnición, azotados por la peste, además de desprevenidos, sin fuerzas para disputar la presa que el almirante Pulteney y Abercromby se habían propuesto hacer de los navíos españoles allí surtos. Indigna el solo pensamiento de tal empresa en circunstancias tan tristes, pues que la fiebre amarilla estaba causando en la población los mayores estragos y las autoridades parecían más ocupadas en procurar contenerlos que en los preparativos de la lucha inesperada y violenta con que de repente se vieron amenazadas. Ni la jornada lamentable de Essex en 1596, ni las infructuosas de 1626 y 1702, y menos aún la reciente de Nelson habían ofrecido los repugnantes caracteres de la de ahora, cuando acababan los invasores de ser vencidos en el Ferrol y parecían tomar por objeto de su venganza una ciudad desolada por calamidad, nunca como en tal ocasión tan mortífera y aterradora. Detenida algunos días en Gibraltar y otros pocos en la costa de África para proveerse de agua, la escuadra inglesa se presentó al frente de Cádiz y desde el placer de Rota preparó el 6 de Octubre el desembarco de fuerzas numerosas que deberían emprender el ataque del arsenal. Era gobernador de Cádiz el general Morla, quien, al observar los preliminares de aquella operación, dirigió al Almirante inglés Keith, que había tomado el mando en el Estrecho, dos parlamentos, uno tras otro, haciéndole conocer el estado sanitario de Cádiz, «devorada, le decía, por la epidemia, en cuya extinción se hallaba interesado el mundo entero y más inmediatamente la Europa, esperando que no querría cubrirse de ignominia si, en lugar de aliviar á los moradores de la infeliz ciudad, trataba de hostilizarlos multiplicando sus agonías». Añadíale que, aun así, «tuviese enten-



MARÍA LUISA REINA DE ESPAÑA

EN MEMORIA DE LA DEFENSA DEL FERROL EL 25 DE AGOSTO DE 1800

dido que, la guarnición acostumbrada á mirar la muerte con semblante sereno y á contrastar peligros superiores á todos los hostiles, sabría oponer una resistencia enérgica y un dique inexpugnable que no lograría superar sino por su total ruina». Keith y Abercromby interrumpieron sus preparativos; pero en el supuesto, quizás, de que en situación tan apurada bastaría una intimación para conseguir su objeto, pues contestaron á Morla que iban enviados por su gobierno para destruir el arsenal y la escuadra española y que desistirían, sin embargo, de su misión si se les entregaban los navíos ya equipados ó que estuviesen equipándose en aquel establecimiento.

Á pretensión tan insolente, Morla respondió con la carta que á continuación transcribimos, más elocuente que cuanto pudiéramos decir para interpretar su pensamiento y encarecer su resolución. «Señores Generales de tierra y mar de S. M. Británica: Escribiendo á VV. EE. la triste situación de este vecindario, á fin de excitar su humanidad para separarlo del estrépito de las armas, no me pude imaginar que jamás se creyera flaqueza y debilidad semejante procedimiento, mas por desgracia veo que VV. EE. han interpretado muy mal mis espresiones, haciéndome en consequencia una proposicion que al mismo tiempo que ofende á quien se le dirige, no hace honor al que la profiere. Estén VV. EE. entendidos de que, si intentan lo que proponen, tendrán ocasión de escribirme con más decoro, pues estoy que las tropas que tengo el honor de mandar, harán los más terribles esfuerzos para grangear el aprecio de VV. EE., de quienes queda su más atento y afecto servidor. Cádiz 6 de Octubre de 1800.»

Sea por resultado de tan enérgica y digna comunicación ó sea por haberse levantado una marejada tan dura que amenazaba arrojar la escuadra inglesa y el convoy sobre la costa, lo cierto es que al día siguiente desaparecía de la vista de los Gaditanos aquel formidable armamento que, por otra

parte, se nos figura no hubiera logrado su intento, de haberlo puesto en ejecución, según el continente que ofrecían nuestras tropas de tierra y mar, animadas del mayor ardimiento y del reciente ejemplo dado el año anterior de 1797.

Misión de Berthier.

Lo que á Napoleón, repetimos, le tenía por entonces preocupado era el pensamiento de distraer á los Ingleses del de terminar el sitio de Malta y la capitulación del ejército francés de Egipto, una vez rechazada por ellos la de *El-Arisch* que el general Kleber había estipulado con el Visir Mehemed-Bajá. Para eso necesitaba apretar aún más de lo que estaban los lazos que unían á España con la República; y creyó conseguirlo halagando, como ya hemos expuesto, los afectos y las ambiciones de nuestros soberanos con otorgar al duque de Parma todo su protector influjo. Si en el despacho, que hemos transcrito, de 23 de Abril se lo ofrece á Carlos IV para el engrandecimiento de los Estados del Infante, y en otro de 20 de Junio perdona á éste los socorros que la Archiduquesa su esposa ha enviado á los insurrectos de Fontana contra el ejército republicano, el 28 de Julio decide el destino del general Berthier á Madrid en concepto de plenipotenciario «con los poderes necesarios, dice la orden dirigida á Talleyrand, para concluir y firmar los convenios que puedan ser más agradables á S. M. el Rey de España en favor del Duque de Parma, y para que se entreguen á Francia, añade, la Luisiana y diez navíos de guerra.»

Á este artículo, que es el 1.° del despacho, siguen otros tres que demuestran por qué Napoleón envía cerca de nuestro gobierno persona tan caracterizada como su jefe de Estado Mayor de siempre, la que más confianza le inspiró y su amigo y servidor más leal. En el 2.° le encarga «excitar, por todos los medios posibles, á España á la guerra contra Portugal, haciendo comprender que no se podrá nunca recuperar Mahón y que es indispensable en los momentos en que está para terminar la guerra continental y en que probable-

mente no tardará en entrarse en negociaciones para la paz general, tener en las manos el mayor número posible de equivalencias». En los otros dos artículos le manda visitar, como viajero, los principales puertos militares de la Península, á fin de conocer los recursos que le pueden ofrecer para la guerra marítima, y tomar, en Barcelona ú otro puerto del Mediterráneo, las medidas convenientes para hacer llegar á Malta toda clase de socorros, entre los que 10.000 quintales de trigo. Aún debieron parecerle pocas esas instrucciones, porque en la carta que dirigió al rey Cárlos el 20 de Agosto siguiente para que sirviese como de presentación de Berthier en la corte, deslizaba la idea de su satisfacción por la conducta de Gravina en Brest, que era tanto como anatematizar la de Mazarredo que mandaba en jefe la escuadra española guarecida en aquel puerto.

Lo de la Luisiana había sido objeto de comunicaciones dirigidas por un correo extraordinario al embajador M. Alquier, quien no inspiraría á Napoleón gran confianza cuando seis días después se mandaba á Berthier con la misión que hemos recordado, y entre cuyos encargos entraba también el de la adquisición de aquella colonia, española entonces y cedida poco antes, en 1763, por Luis XV á nuestros soberanos.

Todo eso formaba la base de los proyectos del primer Cónsul sobre la organización de la Europa occidental y meridional, constitución muy diferente ya de aquella que él mismo había querido darla cuando se hizo dueño de Italia con sus primeras victorias pero atemperándose, obediente y resignado, á las ideas y órdenes del Directorio. Ahora ejercía la autoridad suprema en Francia, pues que nadie osaba disputársela ni con derecho ni sin él; y sus pensamientos políticos iban tomando el rumbo que les dictabael carácter eminentemente autocrático que no tardaría á desplegar con violencia aterradora por todos los confines de nuestro viejo continente. En ese concepto, mandaba al general Brune invadir la Toscana, pero sin dar proclamas ni pasos que pudieran

hacer creer á sus habitantes que se trataba de republicanizarlos. Y aun cuando no dejara por el pronto traslucir los proyectos que pudiera abrigar respecto á aquel Estado que así arrebataba á un miembro de la casa de Austria, Berthier había llevado á Madrid instrucciones para insinuarse como portador del de una combinación que proporcionara al duque de Parma una verdadera soberanía con la autoridad toda y los atributos reales.

Berthier fué recibido en la corte con muestras tales de satisfacción y agradecimiento que debieron encantarle, si ha de darse fe á su correspondencia con el primer Cónsul y su ministro Talleyrand. Carlos IV y María Luisa se extendieron á abrazarle con la mayor efusión; y sabiendo, sin duda, que Napoleón había dado el encargo de ocho caballos españoles para su uso, hicieron sacar diez y seis de sus caballerizas, los cuales se enviaron á París debidamente cuidados por gentes y picadores de su servicio particular en Palacio. Á ese regalo se acompañó una orden dirigida al Embajador para que encargase al célebre pintor David dos retratos del primer Cónsul, que deseaban SS. MM. colocar en sus reales habitaciones; tal era el entusiasmo que debía inspirarles el que no se cansaban de llamar *el grande hombre*, «incomparable por sus hazañas, restaurador de la gloria y de la existencia política de la Francia» [1].

Berthier no estaba para perder tiempo con el cargo que ejercía de ministro de la Guerra en París y de jefe de Estado Mayor de Napoleón en las ocasiones de campaña; y á los pocos días del de su llegada á Madrid entabló con Urquijo las negociaciones que se le habían encomendado. La primera se dirigía á conseguir para Francia la reretrocesión de la Luisiana con las dos Floridas á fin de com-

Cesión de la Luisiana.

1 «El Rey me abrazó, escribía Berthier á Junot, y la Reyna me dió su mano á besar, y después me abrazó tambien. Y lo que apenas parece creible es el afecto extraordinario que tienen á la República y particularmente á nuestro amado Cónsul.»

pensar el aumento de los territorios que iban á cederse al duque de Parma, en virtud del cual, decía la nota, pueda S. A. ponerse sobre un pie más conforme á su dignidad. La segunda tenía por objeto pedir al gobierno español diez navíos de su armada que serían tripulados y provistos de municiones por la Francia que tenía de sobra oficiales, marineros y soldados. La tercera se refería á la guerra con Portugal, que era lo en que más empeño mostraba Napoleón, por considerarlo como de la mayor importancia para la paz general [1]. Consentir por más tiempo la conducta falaz y hasta ofensiva de Portugal no sería buena política en el gobierno de España. Y concluía así la nota: «Amenazas, cuando no se presentan grandes fuerzas para realizarlas, parecen debilidad. Una gran resolucion es siempre honrosa y será además política en caso de que la guerra vuelva á empezar, puesto que, si no fuese posible tomar á Mahon, es indispensable buscar por cualesquiera medios compensaciones para España, á fin de resarcir pérdida tan importante en el Mediterráneo. En las provincias meridionales de Francia hay dispuestas ya tropas para apoyar la entrada del ejército español en Portugal, si se creyese conveniente.»

Sus condiciones. Urquijo manifestó en su contestación que el Rey cedería la Luisiana, pero sin las Floridas que estaban consideradas como la llave del golfo de Méjico y cuya enajenación sería mal vista en América y hasta en Europa, siempre, con todo, que el primer Cónsul aceptara cuatro condiciones; la de formar y asegurar al duque de Parma en Italia un Estado soberano é independiente, que contuviese una población de 1.200.000 habitantes; la de que ese Estado consistiera en la Toscana con el puerto de la Spezzia, ó en las tres legaciones romanas unidas al Ducado de Parma ú otras provincias de Italia de iguales proporciones, siempre,

[1] Como se ve, estas negociaciones están completamente conformes con el fondo del despacho á Talleyrand para el nombramiento de plenipotenciario en favor del general Berthier.

por supuesto, con títulos reales; la de que Francia se obligara á hacer dar y reconocer esos derechos á las demás potencias y poner á S. A. R. en posesión de su nuevo reino en el término y época que se determinase en el tratado que se celebrara al efecto.

Con esas condiciones cedería España la Luisiana, tal como la ocupaba S. M. Católica; entregaría seis navíos pero sin armamento, y daría satisfacción completa á las quejas del Cónsul respecto á Portugal, diciéndole que ya se habían expedido las órdenes para juntar un ejército de más de 50.000 hombres, que se consideraba suficiente para reprimir la terquedad de los Portugueses sin hacerse necesaria demostración alguna por parte de la Francia; no dudando «traer á la memoria del Gran Bonaparte que hay que guardar entre los Estados consideraciones y miramientos recíprocos, los cuales se sienten mejor que se expresan.»

Nuevo tratado de San Ildefonso.

Y el 1.º de Octubre de 1800 firmaban Berthier y Urquijo el nuevo tratado de San Ildefonso, conforme en sus más esenciales partes con esas propuestas y condiciones [1].

Al leer ese tratado puede observarse que no se dice en él nada que se refiera á la magna cuestión de Portugal; pero quedaron los negociadores en que continuarían los preparativos militares para obligar al Regente á separarse de la alianza con Inglaterra. En cuanto á la suerte del duque de Parma, se hizo definitivo el tratado al confirmarse como luego veremos con el de Luneville y en el de Aranjuez de 21 de Marzo del año siguiente de 1801, después de verificada la creación del reino que se confería á aquel Príncipe.

Para eso había Napoleón prescrito á Brune que apresurase el desarme de la Toscana y no fomentara el republicanismo en aquel Ducado, ordenándole á la vez no se tocara á las obras de arte de sus museos, salvo la *Venus de Médicis* que, por el momento, era la única que debería remitirse á

1 Véase en el apéndice núm. 6.

París por Lucca y Génova. Pero, una vez hecho el tratado, Napoleón, no satisfecho con las evasivas de nuestro gobierno respecto á su acción pronta y enérgica para con Portugal, dispuso, al volver Berthier á París, el envío de Luciano Bonaparte á la corte de España, escribiendo al Rey una carta, tan hábil como todas las suyas cuando era necesario algo más que su voluntad para conseguir el objeto que se había propuesto. Principiaba así: «En la situacion en que se halla Europa, he creido conveniente encargar al ciudadano Luciano Bonaparte, mi hermano, haga á Vuestra Magestad lo presente útil que sería para los aliados la conquista de Portugal». Y después de demostrarle esa utilidad y de ofrecerle, para mejor obtenerla, los oficiales de ingenieros y artillería que pudiera necesitar, concluía con la siguiente frase, algunas de cuyas palabras hemos recordado antes. «La guerra de Vuestra Magestad con Portugal aceleraría aun mas el descontento público en Inglaterra, y haría comprender á esa nacion ambiciosa que la gloria castellana ha tomado vigor nuevo bajo el reinado de Vuestra Magestad, y que si los Ingleses han amenazado á Cádiz en momento en que aquella ciudad habría sido respetada por las naciones más feroces, Vuestra Magestad no ha dejado impune ese acto desleal y contrario á la humanidad».

Plan de Mazarredo.

Pero más aún que la guerra de Portugal tenía preocupado á Napoleón la suerte de Malta y del ejército de Egipto. Aquella plaza no era posible resistiese por más tiempo si no se la socorría; y el tratado de El-Arich, que mucha parte del ejército criticaba y varios generales, como Desaix y Dabout, querían eludirlo embarcándose para Francia teniéndolo por deshonroso é innecesario aún, servía al primer Cónsul para demostrar que *si él hubiera permanecido en Egipto, aquella soberbia colonia seria todavia francesa, como si se hubiera quedado antes en Francia, no se hubiera perdido la Italia.* Si esto servía á Napoleón para hacer ver que de él estaban de tiempo atrás pendientes los

destinos de la *Gran Nación*, pero dejando á descubierto su responsabilidad, así por la expedición de Egipto, que ningún otro había inventado, como por su vuelta á Francia sin que nadie tampoco más que sus ambiciones se la hubiera impuesto, le estimulaba más y más por días y horas á procurar el socorro de la privilegiada isla que tan apretadamente bloqueaban los Ingleses y el de unas tropas, no sólo expuestas á la acción de las turcas que ya campaban en el delta del Nilo, sino que también á verse prisioneras en las naves inglesas que vigilaban aquella remota, malsana é incomunicada costa. Ya hemos visto el empeño que había formado en la salida de las dos escuadras aliadas con esos destinos, empeño siempre burlado por el general Mazarredo que, sin oponerse á que el primer Cónsul lo satisficiera, pretendía empezase por la asamblea de las naves en Cádiz y la reconquista de Mahón. Porque, en su concepto, Brest no era punto á propósito para atender á las necesidades á que Napoleón quería en primer lugar, y ni era acertado ni prudente el llevar todas las fuerzas navales á Malta cuando, pudiéndose dividir por ser inferiores las inglesas en el Mediterráneo, además de estorbar su acceso á las que tenían en el Océano, se lograría el recobro de la isla de Menorca. Mazarredo decía que, una vez en Cádiz las escuadras é incorporados á ellas los barcos del Ferrol, deberían adelantarse á Malta 15 navíos franceses, suficientes para asegurar el socorro y su vuelta á Tolón. Los restantes franceses y españoles, en número de 41, exigirían el enorme armamento de 80 navíos ingleses para el crucero necesario si hubiesen de vigilar á aquellas escuadras, los puntos más importantes por ellas amenazados y sus propias costas, lo cual representaba esfuerzos y gastos inmensos. Si ese proyecto no merecía la aprobación del Cónsul, Mazarredo debía aprovechar el primer viento favorable para salir de Brest y dirigirse á Cádiz; resolución que consideraba la más patriótica y de fácil ejecución procurando no comprometerse en un combate

con los Ingleses sino en la mayor extremidad [1]. No desaprobaba Napoleón el plan de dirigirse á Cádiz las escuadras, y eso se ve en todos sus despachos, pero quería que, una vez allí, fueran reunidas á Malta; y, aun cuando no lo dijera, es fácil de comprender que, en lugar de retirarse seguidamente á Cádiz, como manifestaba, se proponía hacerlas alargarse á Egipto, su pesadilla constante en las difíciles circunstancias en que se hallaba el ejército francés encerrado en el Delta. Pero, además, él, que no cesaba de estimular al almirante español á la salida de las escuadras de Brest, le declaró entonces que era necesario más de un mes para el armamento completo de los navíos franceses, y le retuvo en París, temeroso de que el día menos pensado se le escapara con los españoles de Brest. Allí estaba en tan precisos momentos Luis Buonaparte, enterándose, de parte de su hermano, de cuanto ocurría en aquel puerto, por más que, como escribió Mazarredo á Urquijo, no pudiera comprenderse el fin de la comisión confiada á un joven de 22 años, jefe de escuadra que nada podía entender de lo que viese de marina para formar un juicio que fundara informe, y «á la verdad, añadía nuestro ilustre Almirante, que es demasiada señal de lo poco sólido de las ideas del principal en la materia» [2].

1 ¿Qué mejor prueba de que no son difíciles esas escapadas por el mar que la verificada en aquellos días por el general D. Baltasar Hidalgo de Cisneros desde Palermo, donde se hallaba con los navíos *Niño y Astuto*, la fragata *Santa Rosa* y el místico *León*? Salió del puerto siciliano el 4 de Octubre de 1800, y atravesando el Mediterráneo por entre los cruceros ingleses, siempre al acecho de los nuestros y de los franceses que procuraban comunicar con la guarnición de Malta y el ejército de Egipto, ancló felizmente en Alicante el 15, á pesar de que nuestros buques estaban, como decía en su parte, á medias tripulaciones y disminuyéndose más cada día, del mal estado de los aparejos y cascos y la proximidad de una estación rigurosa.

2 «Hallé prudente, así continúa Mazarredo, no decir cosa alguna al primer Cónsul contra su indicación de que todas las fuerzas unidas fuesen á Malta, cosa verdaderamente inútil, pues los 15 navíos que yo señalo no pueden tener tropiezo, y pasando con los 4 que hay en Malta á Tolon, se formaría allí una escuadra respetable, siendo más ventajosa la division que resulta de 19 allí y 41 en Cádiz, que tenerlos todos unidos aquí (Brest), porque fuerza á llamar la atencion grande del enemigo á dos parajes, siendo lo mismo 41 que 60 al

Todo eso se conoce que tenía disgustado á Napoleón; y aun cuando pareció dirigir principalmente sus miras á los asuntos del continente, para lo que le suministraba una gran fuerza su brillante y fructuosa victoria de Marengo, sin alejar su atención de las operaciones navales, buscó, no en Mazarredo sino en Gravina, el instrumento de sus futuros proyectos en esa dirección. Y como Mazarredo lo comprendiera, temiendo, y algún motivo tuvo para ello, que su teniente en Brest se atemperase á las disposiciones del Cónsul, que se creía dueño de nuestra escuadra y se negaba á dejarla salir para España, dió á Gravina la orden de no moverse del puerto más que en casos verdaderamente extraordinarios y siempre por tiempo muy limitado, de horas. Súpolo Napoleón y exigió en Noviembre de 1800 por medio de su ministro Talleyrand que se levantase tal orden con el pretexto de, según el prefecto marítimo de Brest, hacerse necesaria la salida de algunos buques para proteger la entrada en el puerto de un convoy amenazado por los Ingleses; pero Mazarredo, no sólo se mantuvo inflexible, sino que alcanzó la aprobación de su conducta por el Gobierno, el cual le pasó el 18 de aquel mismo mes la real orden siguiente que copiamos íntegra por lo mucho que importa para el estudio de los sucesos posteriores.

«No solamente, dice la real orden, ha encontrado el Rey muy justas y fundadas las observaciones de V. E. y los pasos dados con ese Gobierno sobre traer la escuadra de su mando á Cádiz, sino que viendo S. M. que con pretexto de negociaciones y de ser contraria á ellas la ida de V. E. á Brest se ha querido detenerle, cuando si los enemigos se hubiesen de alarmar más deberían hacerlo con la salida de la

efecto en Cádiz, y porque yendo todos á Malta se malograría el encuentro posible con fuerzas que llegasen sucesivamente inferiores á los 41 que quedasen reunidos delante de Cádiz. Pero estas razones no le hubieran hecho fuerza entonces y las hubiera tenido por mera contradiccion á su pensamiento y tal vez contrarias á lo que he dispuesto yo mismo anteriormente de union y masa de fuerzas, por no hacer la distribucion debida de circuntancias y objetos.»

expedicion á Santo Domingo, de la cual ese Gobierno no ha dicho una palabra á S. M. me manda decirle que inmediatamente que reciba esta, se despida, vaya á Brest, tome el mando de su escuadra y se venga á Cádiz, en donde se ha extinguido ya la epidemia».

«Para esto es escusado decir á V. E. que aproveche la primera y más segura ocasion; es ocioso igualmente indicarle los medios y modos de que debe valerse, pues el Rey tiene plena confianza en el celo y pericia que le adornan; pero sí deberé advertir á V. E. que procure hacer la cosa de modo que evite al menos en apariencia, todo aire de resentimiento de ese gobierno, á quien puede V. E. decir que, no habiéndose adoptado el plan propuesto de la Martinica y Trinidad, y resolviendo ellos su expedicion separada, no quedando por consiguiente buques prontos con que hacer otra, V. E. no puede sufrir ya más detencion; que el Rey su amo no se halla en disposición de hacer más gastos en un pais extranjero; que los ingleses le amenazan é invaden sus costas; que las tiene sin escuadras en el mayor peligro; que en Portugal se hallan muchos navíos con tropas de desembarco sin que se sepa á dónde ni cómo irán; que la epidemia se ha llevado en Cádiz la tripulacion entera de los buques que allí había para su defensa provisional; en fin que aun para el rompimiento con la corte de Lisboa la escuadra nos es precisa, es indispensable, si se verifica, y que de todos modos V. E. tiene que venirse. Tal vez propondrán á V. E. nuevos planes, ó esperanzas lisongeras con que entrenerle; pero V. E. sabrá rechazarlas con modo. En suma, el viaje de V. E. se ha de verificar, viniendo V. E. mismo en la escuadra hasta Cádiz, á no ser que la Inglaterra tratase seriamente de paz al momento de recibir V. E. esta orden, lo que no es probable, y que el embajador lo supiese sin quedarle duda, y que ambos estuviesen VV. EE. persuadidos de que esta venida podría perjudicarnos».

«V. E. amontonará las razones de gastos insoporta-

bles, de la inutilidad de la permanencia en Brest y de la imposibilidad de sostener allí la escuadra este invierno, de la urgente necesidad que hay de ella aquí, en fin, cuanto haya que decir para dulcificar esta resolución, que siempre les ha de ser amarga, á pesar de que por tanto tiempo nos han hecho su víctima».

Misión de Luciano Bonaparte.

No necesitaba Napoleón más que el conocimiento, que tardó poco en tener, de aquella orden para declarar la guerra á Urquijo, de cuya adhesión y docilidad iba ya dudando de algún tiempo atrás. Y como disponía de medios más que suficientes para imponerse por su carácter de aliado, por la fuerza de sus armas, el prestigio que le daban sus victorias incomparables y más todavía por la debilidad de nuestros soberanos y su gratitud en aquellos días, se puso con el ahinco en él característico á la obra de derribar al desatentado ministro que así se atrevía á resistirle. Era Urquijo de esos hombres que, ensoberbecidos con su rápida elevación, la entienden, á poco de obtenerla, tan merecida como justa. Creía además haber logrado en el corazón de los Reyes, en el de la Reina sobre todo, un lugar preeminente que nadie le disputaría por entonces; y, fiado en tan deleznables garantías, se arrojaba á luchar con las influencias más grandes y más legítimas dentro y fuera de sus atribuciones oficiales, no moderadas por la prudencia y la modestia que las hiciera respetar en su persona sin ofensa al amor propio y al decoro de los demás. Sus ideas políticas, ya lo hemos dicho, se acercaban mucho á las de los revolucionarios franceses más exaltados, como adquiridas en el trato con los filósofos de aquel tiempo durante sus viajes á París y Londres, razón del aprecio y del favor que había obtenido del conde de Aranda. Las religiosas adolecían de igual origen y causas semejantes; y si las políticas le hacían continuar sus relaciones con los jacobinos de la República vecina, como Azara manifestaba, las religiosas producían los decretos de que hemos hecho mención al morir Pío VI y que tales per-

turbaciones introdujeron en la disciplina del clero español, y las ardientes polémicas que se hizo necesario acallar en la prensa y el púlpito. El Nuncio de Su Santidad en Madrid hacía ver su digusto, después, sobre todo, de la elevación de Pío VII al solio pontificio, por los que él llamaba atropellos á la más alta autoridad de la tierra para los verdaderos católicos, y el Santo Oficio había principiado á formar una sumaria reservada sobre las opiniones de Urquijo, fundándola en la traducción, que hiciera, de *La Muerte de César*, tragedia de Voltaire, como todo el mundo sabe, precedida ahora de un discurso preliminar sobre el origen del teatro español, discurso ni acertado ni prudente. La conciencia del rey Carlos se iba, con eso, alarmando y hubiera tomado una resolución quizás prematura si no le tranquilizara Godoy que en aquella ocasión, mejor que en ninguna otra, demostró el influjo que ejercía en el real ánimo y en la opinión de la corte; otra prueba, y palmaria, de la sinrazón con que tan frecuentemente consignan sus Memorias el apartamiento en que se mantenía por entonces de los negocios públicos. Porque llamado, como en tantas otras ocasiones, por el Rey para que le aconsejara, Godoy supo aquietarle ofreciéndole visitar al Nuncio y convenir con él en la manera de dar una completa satisfacción al Papa, sin menoscabo, por supuesto, de la dignidad de la corona que se rebajaría de despedir á un ministro por exigencias de gobiernos extranjeros, cualesquiera que fuesen su autoridad, su prestigio ó fuerza. Y, con efecto, avistándose el entonces, como antes y después, favorito de nuestros reyes con el Legado de Su Santidad, y celebrada una conferencia que, de darse fe ciega á la versión publicada después, revelaría en el Príncipe de la Paz condiciones, más que de diplomático consumado, de insigne canonista y hasta teólogo, resultó la avenencia más perfecta entre las dos grandes potestades, la espiritual del Pontífice romano y la del Monarca español. La idea de satisfacer al representante de Cristo en la tierra con la publicación de la Bula *Auctorem*

Fidei, condenatoria de las Actas del Concilio de Pistoya, privada desde 1794 del plácito ó pase real en España, desarmó completamente al Nuncio hasta felicitar á Godoy abrazándole con el mayor entusiasmo, y al mismo Papa que en una expresiva carta llegó á llamarle *Columna de la Fe*, confirmando en Carlos IV, su opinión de que no era dable hallar ministro que igualara á su valido en lo sabio, hábil y leal. Así se salvó por el pronto Urquijo de una destitución que, sin embargo, no podía retardarse, por la misma flaqueza que debía forzosamente producir en su situación el concepto de la falta de fe religiosa que se le atribuía.

Añádase á todo eso la ira que suscitó en Napoleón el conocimiento de la real orden dirigida á Mazarredo el 18 de Noviembre, y se comprenderá el poco trabajo que le costaría la desgracia de Urquijo. En España ya Luciano Buonaparte, parece que recibió órdenes que, aun cuando no consten en la correspondencia de Napoleón, serían transmitidas, siquier indirectamente, al nuevo embajador en el camino, cuando, desde Vitoria y á fin de apresurar su viaje tomó la posta, y á caballo y con un solo criado en su compañía se presentaba en San Lorenzo del Escorial sorprendiendo á todos, á la Corte, al Rey y á sus ministros.

Caída de Urquijo.

¿Qué había sucedido para de tal modo y con tan extraordinarios procedimientos presentarse un hermano del primer magistrado de la Francia, ministro del Interior, personaje, en fin, de tanta talla, en la residencia de nuestro soberano? Pues era que Urquijo, aconsejado sin duda, había querido resistir el nombramiento de Luciano, considerándole por sus ideas personales y las del que con él venía en concepto de secretario suyo, M. Desportes, de antecedentes exageradamente revolucionarios, con misión que se le hacía sospechosa cuando, según la costumbre de siempre y cual exigía la etiqueta, no se había anunciado con antelación al gobierno español. No nació de él la idea de tamaño atrevimiento como el de hacer á Napoleón revocar una orden,

tanto más meditada cuanto que se refería á asuntos de alta política en que iba á tratar nada menos que un hermano suyo, sino que debió arrancar de Godoy, ya que existe una carta de éste á la reina María Luisa donde, con fecha de 17 de Noviembre, la pone de manifiesto, así la irregularidad de la conducta del primer Cónsul como los peligros que esa conducta entrañaba para el gobierno español. «Sin perder tiempo, la decía, me parece que pudiera despacharse un correo diciendo al embajador que el nombramiento de este sujeto no dejaba de causar novedad á VV. MM., pues no habiendo precedido causa manifiesta, y estando tan de acuerdo S. M. con el gobierno francés, no podía menos de resentirse la sinceridad, ni de quejarse la confianza; que en el sujeto nombrado, además de no reunirse las cualidades que por notoriedad exige su empleo, sólo tiene la particular y apreciable de ser hermano del señor Cónsul; circunstancia tanto más nociva cuanto por ella vendría á tener aceptacion en muchas casas de Madrid, y á trastornar por este medio la tranquilidad pública...» [1]

Como la nota de Urquijo á nuestro embajador en París lleva la fecha del día siguiente al de la carta de Godoy y contiene las mismas ideas y parecidos conceptos, claro es que está calcada en ella y revela su origen en los consejos del Príncipe de la Paz, seguidos puede decirse que *ad pedem literae*.

Bien cara costó á Urquijo la tal nota. Á los pocos días del de la llegada de Luciano Buonaparte al Escorial, aparecía en la *Gaceta* el Real decreto siguiente: «Hallándose vacante el empleo de Secretario de Estado y del Despacho por separacion de D. Francisco Saavedra, he venido en nombrar para él á D. Pedro Ceballos Guerra. Tendreislo entendido para

1 ¡Qué cosas se permitía Godoy escribir á la Reina! En el párrafo anterior á ése dice que las resultas del nombramiento de Luciano «serían fatales, ya por las relaciones de ese hombre, y ya por el fanatismo de cuatro prostitutas y otros iguales bribones que atacan el pudor y la autoridad...» Aquí del apóstrofe de Horacio á los Pisones.

su cumplimiento.=Palacio 13 de Diciembre de 1800.= A D. Joseph Antonio Caballero.»

No paró en eso la desgracia del caído ministro, sino que fué desterrado á la ciudadela de Pamplona, de la que parecía haberse hecho prisión de Estado, para, como el ilustre Floridablanca, responder á cargos sobre malversación de caudales públicos y otros excesos de índole semejante. Y gracias á que entre esas acusaciones era la más grave la de que esos fondos distraídos del Erario habían sido destinados á subvencionar á los agentes franceses que mediaron en las negociaciones para el tratado sobre Toscana; porque Napoleón, sabedor de ello, montando en cólera al comprender el descrédito que iba á resultar para los que habían intervenido en el asunto, hizo escribir á su hermano para que se echara tierra, como suele decirse, á expediente tan bochornoso, quizás, para sus mismas criaturas, cuya impureza debía constarle ya de antiguo [1].

Relevo de Mazarredo.

Á la desgracia de Urquijo sucedió la separación de Mazarredo del mando de la escuadra de Brest. Napoleón, aun desencantado de las esperanzas que le prometían sus combinaciones marítimas por los resultados hasta entonces estériles que le habían dado, no se conformaba con dejar al ejército francés de Egipto en la situación, asaz precaria, en que se hallaba, después, sobre todo, del fracaso del convenio

1 D. Modesto Lafuente acompaña su narración con la nota siguiente, tanto más fundada cuanto que ya sabemos cómo las gastaban los mediadores de la Convención y el Directorio en esa clase de negocios. «Los agentes franceses (dice á este propósito un escritor español de aquel tiempo) que manipulaban en este asunto conocieron muy luego el vivo empeño de la reina María Luisa por mejorar la suerte de su hermano, y se propusieron sacar ellos mismos provecho de esto. Ofreciendo su cooperación eficaz para el logro de las intenciones del Rey Católico, intimaron que era menester dar gratificaciones cuantiosas en caso de que el negocio se llevase á cabo..... Á la vista tenemos testimonios auténticos y circunstanciados de los manejos que hubo en esta negociación. Nos abstenemos de publicarlos, no tanto por miramiento á los personajes que tuvieron parte en ellos, como por la dignidad de la historia..... Confieso de buena fe, decía el ministro Urquijo á D. José Martínez de Hervás, que aunque sé mucho de corrupción de mundo, no deja de sorprenderme la excesiva que veo, pero como es menester jugar con las cartas que haya..... etc.»

de El-Arich y del asesinato de Kleber, mil veces más funesto que cuantas privaciones y trabajos había sufrido. Era raro el día en que no dictara órdenes que se dirigiesen á conseguir, si no era posible el regreso de aquellas tropas, de cuyo mando se había encargado el general Menou, el alivio, al menos, de su suerte; pero tratando siempre de hacerlo con los medios y recursos que pudiera proporcionarle su leal y consecuente aliada la España. El 22 de Diciembre, por ejemplo, hacía que Talleyrand escribiese á su embajador en Madrid que una vez, por lo menos, al mes expidiese de nuestros puertos un barco, mejor si fuese marroquí ó americano, que llevara á Egipto periódicos franceses, ingleses y españoles, así como fusiles, balas de cañón de todos calibres, pistolas y sables, semillas, medicamentos, fondos de cuando en cuando que luego se pagarían á los negociantes españoles, y especialmente vino. En esas expediciones y en alguna que también saldría de Tolón deberían embarcarse oficiales franceses comisionados para conferenciar con Menou, y otros de artillería é ingenieros que irían á servir en aquel ejército. En 9 de Enero de 1801 solicitaba el paso de 30 ó 40 oficiales por España para que en uno de nuestros puertos pudieran embarcarse con destino á Egipto; pero todo el consuelo que mandaba al nuevo jefe de las tropas allí bloqueadas era el de que *las escuadras de Brest y Rochefort*, que eran las que en caso habrían de traerle á Francia, comenzaban *á ponerse en situación respetable*. El que Napoleón daba á España para que sobrellevase pacientemente las cargas que la imponía y el desairado papel que la obligaba á hacer, era enviar un correo con la noticia de haber recibido una carta muy amistosa y de puño y letra (de la main) del emperador de Rusia, y de que iban muy bien las relaciones de Francia con las potencias del Norte.

Pero vean y admiren nuestros lectores la receta que seguía á tan grata nueva. Decía el despacho de 27 de Enero de 1801, á que nos vamos refiriendo: «Que la influencia de

Rusia y Francia decidiría á Prusia, y entonces la Inglaterra quedaría sin comunicación alguna con el continente;»

«Que las tres potencias aliadas, Francia, España y Holanda, deberían aprovechar aquella circunstancia para dar un golpe que hiciera cambiar el aspecto de la guerra;»

«Que él (Napoleón) deseaba que el ministro de Su Majestad Católica en París, ó un general de marina tuviera poderes necesarios para hacer operar á los buques españoles de Brest según las circunstancias; y que *Mazarredo no le inspiraba ninguna confianza;*»

«Que era indispensable que aquellos quince navíos reunidos á los quince franceses y á los bátavos pudiesen operar en masa y según los movimientos que intentaran los Ingleses en el Báltico.»

«La paz del continente, añadía, parece asegurada; la República va á tener ejércitos numerosos con que operar.»

«Uno se reunirá en Batavia, uno en Brest, uno en Burdeos y otro en Cette y Marsella.»

«Las fuerzas navales de las tres potencias, reunidas y combinadas con los movimientos de las potencias del Norte, pueden emprender:»

«1.° Una expedición contra Irlanda;»

«2.° Una contra el Brasil y la India;»

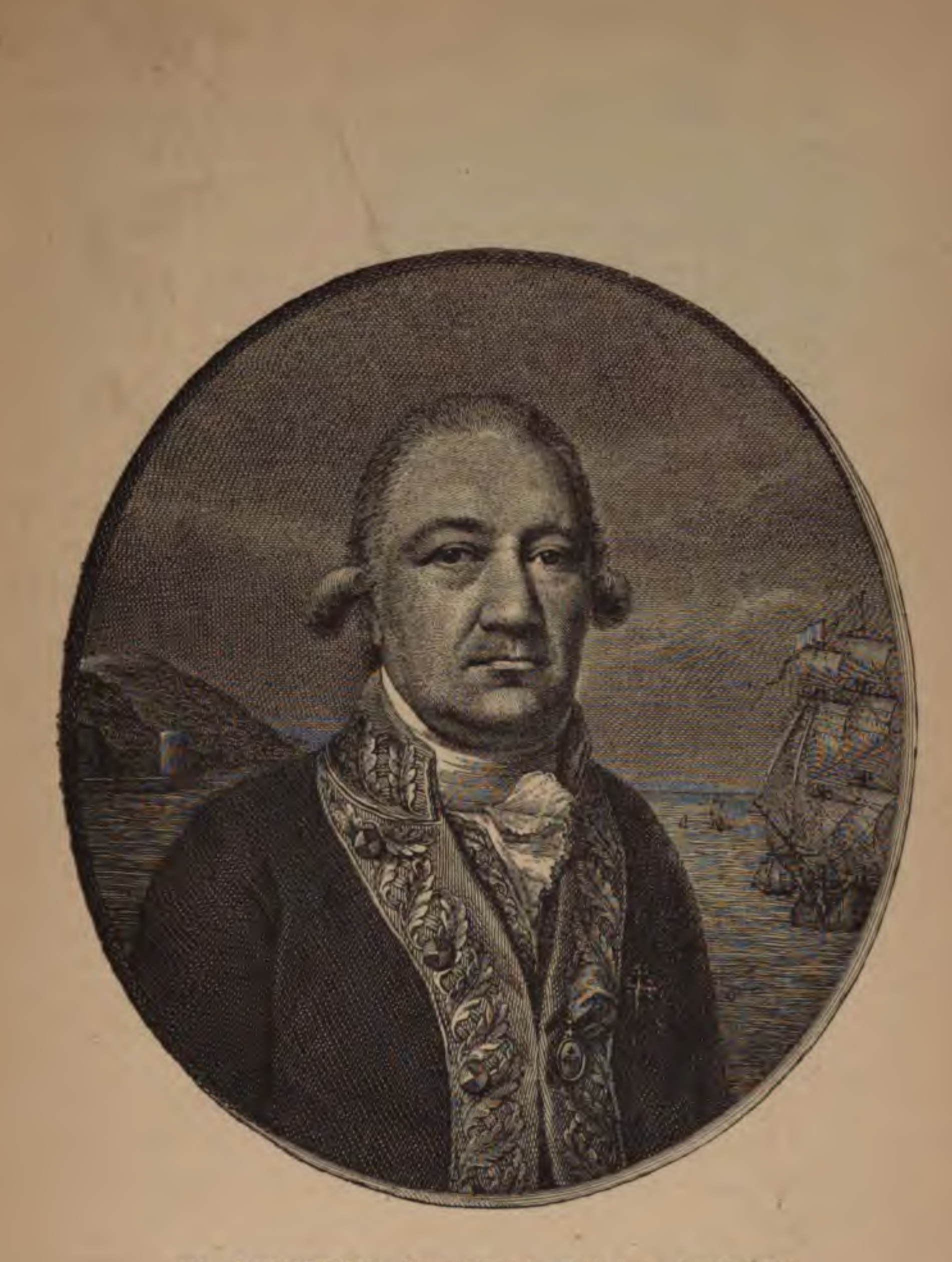
«3.° Una contra Surinam, la Trinidad y las islas de América;»

«4.° Varias expediciones en el Mediterráneo.»

«No pedimos á España para las dos primeras expediciones, más que el disponer de los quince navíos que hay en Brest.»

«Desearíamos que hiciera preparar en el Ferrol, para la tercera, cuatro navíos y dos fragatas con 2.000 hombres de desembarco que ocuparan la Trinidad.»

«En cuanto á las expediciones en el Mediterráneo, deseamos que España haga armar cuantos navíos y fragatas tenga en Cádiz, Cartagena y Barcelona. Mientras los Ingle-



EL TENIENTE GENERAL DE LA ARMADA
DON JOSÉ DE MAZARREDO

ses sean atraídos á las costas de Egipto ó al mar Negro, se puede presentar la coyuntura de atacar á Mahón.»

«En resumen:»

«Dar conocimiento al Príncipe de la Paz del plan general de la campaña;»

«Insistir en estos cuatro puntos:»

«1.° Que el ministro de España en París quede autorizado para hacer que la escuadra española opere en su totalidad ó en parte;»

«2.° Que cuatro navíos y dos fragatas se preparen en el Ferrol con 2.000 hombres de desembarco y seis meses de víveres para atacar en unión con las escuadras francesa y bátava á Surinam, la Trinidad y las islas de América;»

«3.° Que España arme los navíos que tiene en Cádiz, Cartagena y Barcelona para poder aprovechar las circunstancias que van á presentarse y las dificultades en que se va á encontrar la Inglaterra, amenazada en el Archipiélago por los Rusos y en los mares del Norte por las potencias coaligadas, poniéndola en la imposibilidad de sostener mucho tiempo en el Mediterráneo una fuerte escuadra.»

«4.° Hacer en Barcelona preparativos, sea reuniendo allí algunas tropas, sea fletando algunos barcos de transporte, para amenazar á Mahón.»

«Desearía que el embajador de la República redactase y firmara con el Príncipe de la Paz un convenio concebido en estos ó parecidos términos:»

«Artículo primero. El Primer Cónsul de la República fransa y Su Majestad Católica convienen en el plan marítimo siguiente.»

«Art. 2.° Cinco navíos españoles, de los quince que hay en Brest, con un número igual de franceses y bátavos, saldrán para una expedición al Brasil ó la India.»

«Art. 3.° Diez navíos españoles, de los que hay en Brest, con un número igual de franceses y bátavos, se hallarán siempre dispuestos á amenazar la Irlanda y á servir confor-

me al plan que puedan adoptar las potencias del Norte.»

«Art 4.° Cuatro navíos del Ferrol, dos fragatas y 2.000 hombres estarán prontos á partir hacia fin de ventoso para reunirse á una escuadra francesa y bátava y dirigirse á reconquistar Surinam y la Trinidad y cruzar por las islas de América.»

«Art. 5.° La escuadra de Cádiz será armada de modo que pueda darse á la vela en el mes de ventoso y, si las circunstancias fuesen favorables, reunirse á la escuadra francesa en el Mediterráneo, combinar sus movimientos con la escuadra rusa y obligar por lo menos á los Ingleses á tener en el Mediterráneo el mayor número posible de navíos. Se harán preparativos en Barcelona y Mallorca para atacar á Menorca.»

«Art. 6.° La República francesa tendrá un ejército en Holanda, en la Bretaña, en la Gironda, en el Mediodía y en Córcega, á fin de poder aprovechar las circunstancias.»

«El Rey de España tiene en Cartagena y Barcelona diez fragatas; nos proporcionaría una satisfacción si nos vendiera, cediera ó prestase tres ó cuatro.»

Pero si es de admirar, no el plan sino el cúmulo de planes marítimos y militares que encierra ese despacho del Primer Cónsul, desacertadísimos, algunos, ante la preponderancia naval de la Gran Bretaña en la generalidad de los mares, temerarios, otros, y todos más que prácticos, parto de una imaginación sobreexcitada por los obstáculos opuestos á la realización, por que tanto se suspiraba en Francia, de la paz, aturdirá á los Españoles que presuman de espíritu de dignidad y de carácter independiente, otro despacho, el de 13 de Febrero, que les hará sonrojarse de la vergüenza que han de inspirarles la arrogancia del dictador francés y las humildes complacencias del nuestro gobierno de aquel tiempo [1].

1 Sentimos mucho detenernos tanto en este asunto, acabando, quizás, con la paciencia de nuestros lectores, pero no creemos que sea fácil dar una idea exacta de la situación á que había bajado España por las torpezas y debilidad de sus gobiernos sin los detalles interesantes que van á ofrecérseles, y del des-

«El ministro de Marina, dice Napoleón á Talleyrand, da al contraalmirante Dumanoir la orden de ir á España y tomar vuestras instrucciones antes de ponerse en camino.»

«El objeto de su viaje es:»

«1.° El de visitar los puertos del Ferrol, Cádiz, Cartagena y Barcelona y enviarme los datos necesarios sobre la situación actual de la marina española;»

«2.° Tratar de cuanto se refiera á la ejecución del convenio que hemos hecho con España, en cuya virtud debe darnos seis navíos de línea;»

«3.° Acelerar la marcha de las tres fragatas á Liorna y de una escuadra, la mayor posible, al Mediterráneo.»

«Dirigiréis rectamente el contraalmirante Dumanoir al embajador de la República en Madrid con instrucciones para no hacer nada sino por el conducto de aquel embajador.»

«Haréis conocer á este último el objeto del viaje del contraalmirante Dumanoir para que le secunde con todos sus medios.»

«Cuando Su Majestad Católica haya designado las tres fragatas que han de trasladarse á Liorna, el contraalmirante Dumanoir irá al puerto para apresurar la salida de ellas.»

«El embajador de la República hará comprender al minisnisterio español que es en fin preciso, á cualquier precio que sea, que nos hagamos dueños del Mediterráneo;»

«Que los quince navíos españoles que están en Brest y los quince franceses que se arman allí, con la presencia de un ejército en la costa, obligarán siempre á Inglaterra á mantener cuarenta navíos en aquellos sitios para oponerse á esa escuadra;»

«Que la Inglaterra necesitará oponer al menos doce navíos á los quince bátavos que estarán luego prontos;»

parpajo, que así debe decirse, con que Napoleón disponía de nuestros recursos, infiriendo además á nuestra patria una ofensa indisculpable con la intervención tiránica de sus agentes en cuantos ramos abrazaba nuestra administración.

«Que necesitará nada menos que treinta navíos para bloquear el Báltico, lo cual da ochenta buques de guerra;»

«Que Francia tendrá quince en el Mediterráneo antes del equinoccio.»

«Si el Rey de España reune quince navíos para unirlos á los franceses, los Ingleses que van á tener cerrados los puertos de Lisboa, Sicilia y Nápoles, no quedarán en estado de sostener treinta navíos en el Mediterráneo.»

«En tal caso, no pongo en duda que evacuarán Mahón, hallándose en la imposibilidad de mantenerse en el Mediterráneo.»

«De los quince navíos que debe armar España, podría darnos tres de los seis que nos están destinados y no tendría entonces que armar más que doce, lo cual está al alcance de sus fuerzas y puede hacerlo.»

«Para tomar nuestros tres navíos, podríamos enviar en dos fragatas una parte de las tripulaciones.»

«Si eso es posible, se hace necesario que sea independientemente de los tres navíos que España debe enviar al Brasil, lo cual le será tanto más fácil cuanto que cediéndonos tres de los quince que tiene en Brest, las tripulaciones podrían servirle para armar los otros.»

«El embajador de la República debe, pues, ejercer toda su influencia para que las escuadras del Ferrol, de Cartagena y Cádiz se armen para obrar de concierto con los quince navíos franceses que no tardarán en hallarse en el Mediterráneo.»

«Si es necesario, los navíos armados en el Ferrol podrán pasar inmediatamente á Cádiz, y en cuantos planes se determinen el contraalmirante Dumanoir se trasladará á los puertos é instruirá perfectamente al Gobierno de aquello sobre que pueda contar.»

«Si en el tratado de paz con Portugal, la cláusula de entregarnos los tres navíos que nos bloquean en Alejandría queda admitida, el contraalmirante Dumanoir podrá designar al embajador cuáles son esos tres navíos.»

«El contraalmirante Dumanoir podrá determinar con el almirante español las medidas que hayan de tomarse para conducir á Tolón los tres navíos españoles.»

«En fin, si la corte de España se aviene á darnos cuatro ó cinco de las fragatas que conserva desarmadas en sus puertos, el contraalmirante Dumanoir será enviado para que no tome sino fragatas buenas, andadoras y que nos puedan ser útiles.»

«Recomendaréis á nuestro embajador que haga comprender á la corte de España cuán vergonzoso es permitir bloquear todas sus costas por una ó dos fragatas, y cuán difícil debería ser para Inglaterra sostener una flota numerosa en el Mediterráneo si hubiese en el Estrecho una fuerte escuadra que se apoderase de los convoyes procedentes de Londres» [1].

«Repetid aún á nuestro embajador que según lo que acabamos de hacer cediendo la Toscana al Duque de Parma, y lo que podríamos hacer algún día poniéndole en el trono de Nápoles, tengo derecho á esperar más energía en los armamentos marítimos.»

«Deseo que nuestro embajador obtenga una condecoración para Gravina, de quien estoy muy satisfecho, y *el llamamiento de Mazarredo que es un bo'o* (une ganache).»

El que compare un despacho con otro hallará todo género de contradicciones cometidas en tan corto espacio de tiempo como el de 17 días, fantasías militares que sólo por ser navales pueden disculparse en tan eminente estratego, y genialidades que, rayando en despóticas, hacen augurar la tiranía verdaderamente oriental que, gloriosa y todo como nunca hasta entonces, pesaría, como nunca también, sobre la Francia con los sacrificios más onerosos y sangrientos. No

1 No hacía mucho que había escrito que era una gran vergüenza el que una sola fragata inglesa estuviera bloqueando el puerto de Liorna, cortando todas sus comunicaciones. Pues bien, Liorna estaba en poder de los franceses y muy cerca de otros puertos y arsenales como la Spezzia, Génova y sobre todo Tolón.

hemos de hacer observar esas contradicciones ni lo quimérico de esos proyectos, hoy distintos de los de ayer, á que, como antes dijimos, estimulaba á Napoleón la impotencia para vencer á su eterno enemigo, el leopardo inglés: la más ligera lectura de esos escritos impone lo suficiente para que nos evitemos tal trabajo. Sólo llamaremos la atención sobre la insistencia y la saña con que se ceba en la personalidad del General Mazarredo, cuyo patriotismo y cuyos conocimientos náuticos y talento son para el Primer Cónsul, como antes para el Directorio, el estorbo, el obstáculo más sólido á sus ideas de manejar nuestras escuadras como si fueran francesas, ya que teníamos la más considerable en Brest, mejor en clase de rehén que en condiciones de aliado pero independiente y libre en sus destinos y acción. Para superar esos obstáculos tiene Napoleón en sus manos la suerte del Duque de Parma, en que nuestros monarcas cifran su mayor ventura desentendiéndose de sus deberes políticos por los afectos de su corazón, y no vacila en amenazar sin pudor alguno, con ella, seguro de que así y con la costumbre, ya antigua, de la esclavitud de España respecto á Francia, los dominará hasta hacer de ellos sus más humildes instrumentos. Y si lo consigue al vengarse de Urquijo por sus pujos de independencia tratándose del destino de nuestra escuadra de Brest; ¿cómo no cuando el objeto de sus iras era un general que ni siquiera podría hacerse respetar por el empleo de las fuerzas de su mando, prisioneras en tal caso mejor que libres en su acción?

¿Quién había de decir al infalible é inexorable dictador que aquellos dos hombres, Urquijo y Mazarredo tan maltratados por él y por él tenidos como rebeldes á sus voluntades é ineptos, iban á ser luego de las personalidades más conspicuas y útiles para sostener el trono de su hermano predilecto en España? Entonces llamaba á ese mismo Urquijo, cuyo nombramiento para el Ministerio constituiría para José *la más hermosa proclama que pudiera hacer;* y llamaba á Maza-

rredo para conferenciar con él, le hacía buscar en Vizcaya para conferirle el ministerio de Marina y señalarle para el empleo de Capitán General, concediendo que lo había merecido cuando iba en 1799 con la escuadra aliada á Brest, y, por fin, mandaba se publicase en los periódicos «que el almirante Mazarredo había sido presentado al Emperador en Bayona y que en los tres días que había permanecido en aquella ciudad había pasado muchas horas con Su Majestad, quien, al despedirle, le envió con el gran mariscal de palacio su retrato enriquecido con brillantes.»

¿Cómo éso teniéndole en 1801 por tan torpe y, como antes hemos dicho, por *un bolo*? [1].

Paz de Luneville.

La separación de Mazarredo coincidió con sucesos que inspiraban á nuestros Reyes interés superior al de la desgracia de uno de sus más eximios vencedores, cuyo sobresaliente mérito no sabrían ni se les permitiría apreciar en su justo valor. El resultado de aquellos sucesos en que el Austria, Nápoles y sus aliados habían sentido la necesidad de ajustar con Francia una paz que la misma Inglaterra comprendía era imposible impedir desde la jornada de Marengo, fué el convenio de Luneville, no muy diferente del de Campo-Formio en sus más importantes artículos. Habíanle discutido y luego firmado Cobentzel, á nombre del Emperador de Austria, y José Buonaparte, al de la República francesa; y si el plenipotenciario austriaco acataba naturalmente las instrucciones de su gobierno, á cuyo frente seguía Thugut, tan aborrecido de Napoleón, el francés no hacía sino ejecutar las terminantes y minuciosas de su hermano, tejido sutilísimo de pensamientos, artes y manejos diplomáticos que causa la mayor admiración en cuantos, después de tanto tiempo, lo observan y examinan. En él se ve franca la trama para el establecimiento de los límites que han de darse á la Francia,

1 Mazarredo paró poco en Cádiz al ser separado del mando de la escuadra de Brest y se retiró á Vizcaya, su patria, donde le cogieron los acontecimientos de 1808.

base de una labor la más complicada respecto al destino de las demás pequeñas potencias que formaban la Coalición, unas suprimidas, otras modificadas y alguna recibiendo aumentos, no por los servicios que hubiera prestado, sino por consideraciones á otras de quienes se esperase muy superiores ventajas para las combinaciones ulteriores que sin cesar le andaba sugiriendo el demonio de su ambición al que ya se consideraba el *Deus ex machina* de los destinos de la Europa [1]. ¿Deseaba Cobentzel que Nápoles y el Papa aparecieran representados allí por él, que cuidaría de sus intereses? José tenía orden de exigirle la presentación de los poderes que se le hubieran dado; y por toda respuesta á sus insinuaciones daba la de que Francia se entendería con ellos. ¿Se le interpelaba acerca del Rey de Cerdeña? José respondía que no eran los Franceses los que le habían abandonado cuando había podido recuperar su trono, y se negaba á comprometerse en nada que se refiriese á las pretensiones del Emperador, así porque no se tenía confianza alguna en Thugut, su primer ministro, como porque era antes necesario ponerse de acuerdo con Pablo I, tan mimado entonces por el Primer Cónsul. Las instrucciones, en cambio, de éste, fechadas veinte días antes de la celebración del tratado, eran de aquello más obscuro y vago que puede inventar la diplomacia más refinada y maquiavélica. Continuar el protocolo, discutir hasta la redacción del tratado definitivo, pero no firmar nada hasta que se recibiese la aquiescencia del Emperador de Rusia; batallar porque el Duque de Toscana se colocase en Alemania; no referirse ni al Papa, á los Reyes de Nápoles y Cerdeña, ni á las repúblicas Cisalpina y Suiza más que para asegurar que no serían nunca un peligro para las naciones vecinas; y sólo hacer ver que se abrigaba el pensamiento de

1 Estas consideraciones y otras más provoca la lectura de la correspondencia de Napoleón con su hermano José, que no tenía que hacer sino respetar sus órdenes para revelarse con la autoridad diplomática que dan siempre unas instrucciones hábiles y la fuerza, sobre todo, de quien las comunica.

crear en Toscana una soberanía para el Infante de España Duque de Parma.

Así, descorriendo un día el ministro francés el velo formado por tales nebulosidades y cediendo el imperial, acosado por la necesidad y no cohibido por la Gran Bretaña, se celebraba el 9 de Febrero de 1801 el tratado de Luneville, primer paso para la paz general, que ya se veía próxima, gloriosísima para la Francia y sobre todo para Napoleón. El Emperador por sí ó en nombre del imperio germánico cedía la Bélgica y toda la orilla izquierda del Rhin y renunciaba á la Lombardía, donde iba á formarse un Estado independiente; el Austria, en cambio, conservaría los Estados de Venecia hasta el Adige, cuyo thalweg iba á constituir la línea divisoria desde su salida del Tirol al mar; al Duque de Módena se le daba el Brisgau por unirse su anterior dominio á la República Cisalpina; el de Toscana renunciaba á sus Estados para darlos al Duque de Parma, indemnizándole plenamente en Alemania; la Francia entregaría Kehl, Cassel y Ehrenbreitstein con la condición de que después no se aumentaran sus fortificaciones; serían indemnizados en Alemania los príncipes desposeídos de sus posesiones de la izquierda del Rhin; las repúblicas, por fin, bátaba, helvética, cisalpina y ligura, reconocidas como independientes, tendrían el derecho de adoptar la forma de gobierno que creyeran más conveniente [1].

Si en los primeros momentos pareció satisfacer ese tratado á los Reyes de España, no tardó la Reina en hallarlo vago en una parte y deficiente en otras. Lograba ver á su hija coronada, y eso la producía la mayor de sus satisfacciones; pero, ignorando la suerte que cabría á su hermano el Duque de Parma, tan apegado, como lo hemos visto, á un país de cuyos habitantes era extraordinariamente querido, no

1 Dice un escritor francés: «Este artículo, aunque conforme con los principios del derecho público y natural, era, sin embargo, germen inevitable de discordias, y pronto se presentó la ocasión de probarlo: lo que es justo no siempre es prudente en política.»

descansaría hasta obtener del Primer Cónsul la continuación de aquel Ducado con su carácter de independiente como hasta entonces. No estaba en esos ánimos Napoleón que tenía entre manos otros muy distintos proyectos; pero la insistencia de María Luisa y el deseo en aquél de no romper ni enfriar siquiera una alianza de que tanto partido se proponía sacar, sirvieron para nuevas negociaciones, llevadas á ejecución por personas bien conocidas de nuestros lectores, aunque distintas de las que han figurado en este capítulo como responsables de los sucesos más salientes á que hace referencia.

La responsabilidad, con todo, en que pudieran incurrir ante la historia, no es de las que deban afectar á sus nombres á punto de que hayan de aparecer anatematizados para siempre, sin defensa ni reparación alguna. Un gobierno interino y, peor que eso, intervenido en casi todos sus actos por influencias tanto más poderosas cuanto más ocultas y amparándose para sus manejos en un apartamiento hipócrita que impedía poderlos resistir y menos aún rechazar, ¿cómo había de tener fuerza para, á la vez, defenderse de la acción avasalladora de un hombre como el ya en aquellos días omnipotente dictador que se había dado la Francia? Ni Saavedra ni Jovellanos habían logrado sobreponerse á esas influencias y cayeron abrumados, cuando no del peso de las calumnias echadas á volar por las pasiones más ruines y vergonzosas, del de enfermedades contraídas fuera de toda causa natural que hace muy sospechosa, si es que no está suficientemente probada, la que privó á España de los talentos y del patriotismo de aquellos varones insignes. Pues bien, si á una acción de la política interior, no muy desemejante, se añade la procedente del exterior que el tiempo vendría á ofrecer como incontrastable, así por las violencias del que la ejercitaba como por la debilidad de las que habrían de resistirlas, se hace necesario y justo convenir en que Urquijo y sus colegas en el *Ministerio interino* sucumbirían irremediablemente y sin la consideración y el respeto que sus ante-

cesores merecían por sus virtudes y su vasta inteligencia.

Con más elementos contaba Cevallos, aun cuando sólo le sirviera de apoyo para su gestión gubernamental en circunstancias tan difíciles el parentesco que le unía al nunca olvidado de sus soberanos y protectores Príncipe de la Paz, buscado ya por Napoleón para apoyo, acaso inconsciente, de sus ambiciosos planes; pero, aún así, le veremos pasar como desatendido para la historia de aquel tiempo, tan necesitado en España de caracteres enérgicos y previsores.

CAPÍTULO V

CAMPAÑA DE PORTUGAL

Consecuencias de la paz de Luneville.—Reposición de Azara.—Sus gestiones en favor de la Casa de Parma.—Deferencias de Napoleón.—Viaje de los Infantes á París.—Su marcha á Italia.—Su instalación en Florencia.—Nuevos proyectos de Napoleón.—Los marítimos.—Los terrestres.—La guerra con Portugal.—Estado militar de Portugal.—Declaración de guerra.—Habilidad de Godoy.—Se organiza el ejército español de invasión.—Intrusiones de Napoleón.—Principio de las operaciones.—Acción de Arronches.—El campo de Espada.—Rendición de Campo Mayor.—Operaciones en las demás fronteras.—Tratados de paz.—Con España.—Con Francia.—Indignación del Primer Cónsul.—Combate de Algeciras.—El desastre del Estrecho.—Nuevo tratado de Francia y Portugal.—Preliminares de Londres.—Paz de Amiens.

Ya hemos dicho que María Luisa, aunque llena de gozo por la creación de la monarquía destinada á su yerno en Italia, se preparaba á trabajar para que Napoleón, tan complaciente en asunto de tal importancia para ella, extendiese la acción de sus favores hasta la de mantener el Ducado de Parma con el mismo carácter de independencia que, así como por milagro, había salido á salvo de la general borrasca en que naufragaron los principados que tenían su asiento en la región superior de aquella pe-

nínsula. Eso de crear una soberanía para el hijo despojando al padre de la suya, heredada y legítima, debía alarmar los escrúpulos de la reina de España, puesto que, así, despachaba á su propio hermano de la que era cuna de ambos desde las sangrientas guerras que, á mediados del anterior siglo, habían producido el establecimiento de la dinastía borbónica en los encantados valles del Taro y del Pó. Porque el Primer Cónsul, sea por sentirlo así, sea fingiendo temer la influencia de una Archiduquesa en el ánimo del Duque, había resuelto despojar al Infante D. Fernando, concediendo á su hijo, el también Infante D. Luis, la nueva soberanía de Toscana [1]. Esa resolución tenía todas las apariencias de irrevocable, según se explicaba el general Bonaparte en todas sus conferencias con nuestro embajador y especialmente con el encargado de negocios de Parma en París, Sr. Bolla, con quien se manifestaba sumamente sentido de la conducta de la Duquesa, que albergaría en su corazón todos los rencores que se quisiera hacia el gobierno francés, y eso nada tiene de extraño, pero que, separada casi siempre de su marido, mal podía influir con ellos en su conducta política. La mujer no abandona fácilmente sus propósitos, no ya si han de llenar las ambiciones que en ellos funde, sino hasta los de sus caprichos, por fútiles que sean; y cuando esa mujer es reina y la esposa de Carlos IV, ya se sabe que no ha de cejar un punto para satisfacerlos completamente. La oposición del Primer Cónsul; la tenacidad, sobre todo, que mostraba por mantenerla, debía consistir en la falta de habilidad de nuestro embajador; y se nombró, para sustituirle, al mismo Azara tan torpemente destituído por Urquijo. Esperábase que el ilustre diplomático, que tan estrechas relaciones había tenido con los generales franceses en Italia, amigo, puede decirse, de Napoleón que tales condescendencias tuviera con él en los

Reposición de Azara.

1 Decía Napoleón, pero sin motivo justificado, que la Duquesa equivalía en Parma á una guarnición enemiga por su odio á la Francia.

asuntos referentes al Pontificado y en cuantos hacían relación al Duque de Parma, lograría convencerle y, no siendo esto fácil, ablandarle para que no amargara el placer que nuestros Reyes, sus tan fieles aliados, habían tenido con la cláusula del tratado de Luneville referente á los intereses y ambiciones de sus hijos.

Azara, pues, abandonó su retiro de Barbuñales; y después de una corta estancia en Madrid, adonde había sido llamado por el Príncipe de la Paz, que está visto no andaba tan retraído de los asuntos públicos como se empeña en hacernos creer en sus Memorias, y de recibir las instrucciones que son de suponer para este caso, se dirigió á Francia. Azara fué, con efecto, recibido en París con las mayores demostraciones de afecto, tanto por parte de Napoleón como de Talleyrand, también su amigo, y de todo el cuerpo diplomático allí residente, que le conocía y estimaba por sus prendas de carácter, su capacidad, sobre todo, y experiencia.

Sus gestiones en favor de la Casa de Parma.

Sus primeras impresiones al conferenciar el 23 de Abril de 1801 con el Primer Cónsul, no fueron favorables para el éxito de las negociaciones que se le habían encomendado en Madrid [1]. Napoleón se mostró inflexible respecto al mantenimiento del infante D. Fernando en Parma, al que debería renunciar para que su hijo ocupase el trono de Toscana. Don Luis, á su vez, iría á París donde habría de ser coronado y recibir una constitución para el gobierno de sus nuevos estados. Entraba en los planes del Cónsul hacer como si dijéramos un recorrido del mapa de la alta Italia, redondeando las repúblicas allí establecidas á costa del territorio de Parma; y para disculpar sus planes, se desató en conceptos calumniosos sobre la Duquesa, á quien achacaba pensamientos y actos que nunca había tenido ni ejecutado. Por cierto que sus opiniones acerca del

1 « En cuanto á Azara, escribía Napoleón á Talleyrand, podéis traerlo mañana á las nueve; hablaremos un rato con él de todos los asuntos que se refieren al Duque de Parma. »

mérito del Duque y de su hijo eran bien erróneas, atribuyendo al primero una absoluta sumisión á las voluntades de su mujer, lo cual no era cierto por haber sido siempre muy celoso de su autoridad, y al segundo, talentos que muy luego le negaría, quizás con exageración [1]. Á pesar de eso, Napoleón no rechazó terminantemente la pretensión de que el Duque de Parma continuara por entonces en sus estados; dejando ese cabo suelto en sus relaciones con España para, sin duda, aprovecharlo en las futuras contingencias que necesariamente había de provocar tanto y tanto asunto de los que traía entre manos y para cuya resolución tenía que contar con nuestra amistad y alianza. Aún se alargaron á más sus complacencias para con los soberanos españoles, á quienes veía tan interesados por la fortuna de su hija, añadiendo á la Toscana los llamados *Presidios*, Orbitello con su inmediato *Porto-Ercole* y el Principado de Piombino, donación en otro tiempo española á la Casa de los Buoncompagni y que ahora sería cambiado por la parte toscana de la isla de Elba, cuyo mejor surgidero, Porto Longone, fué así á quedar en poder de la Francia. Napoleón atendía á todo y hasta llamó la atención de nuestro embajador sobre los uniformes que habría de usar la fuerza española que acompañara al rey de Toscana, y la nacionalidad de las demás tropas que hubieran de guarnecer aquel país. Liorna tenía que estar libre de todo insulto como otros puntos del litoral, aunque no tan importantes; y para eso era conveniente en concepto del Primer Cónsul que, como al reconocimiento del soberano por las demás potencias, se comprometía á defender el nuevo reino de extrañas agre-

Deferencias de Napoleón.

1 «Sé, le dijo á Azara, que es príncipe muy instruído y amable.» Su padre sí que lo era.

«Veis, cuenta Thiers que dijo Napoleón públicamente á varios miembros del Gobierno, lo que son estos príncipes de la antigua sangre y sobre todo los educados en las cortes del Mediodía. ¿Cómo confiarles el gobierno de los pueblos? Por lo demás, bueno es haber mostrado á la Francia ese tipo de los Borbones. Así se habrá podido juzgar si esas antiguas dinastías están al nivel de las dificultades de un siglo como el nuestro.»

siones, se eligiera entre una brigada de Franceses, con el general que se creyese mejor, y la legión polaca que operaba en Italia con el ejército republicano; y eso mientras se reclutaban tropas nacionales que hicieran innecesaria la intervención extranjera. Prevaleció al fin el destacamento polaco, aunque en un principio los generales Grouchy y Murat cuidaron de tomar las medidas más convenientes para la instalación de los Infantes en su reino, enviándoles también al general Clarke con el carácter de ministro plenipotenciario, pero, en realidad, para que, como veremos luego, los aconsejara y dirigiese [1].

Una cosa muy importante se observa en la ejecución de cuantas medidas exigía el cumplimiento de las estipulaciones concluídas con Azara por el Primer Cónsul, y que revela la autoridad que había éste adquirido en Francia y el uso ilimitado que hacía de ella. Por término de esas negociaciones, en que había reinado una cordialidad que, si honra á Azara por su celo, honra aún más á Napoleón por su benevolencia para con España ó por sus habilidades para atraérsela á sus intereses, firmaron en Aranjuez Luciano Bonaparte y el Príncipe de la Paz, el tratado de 21 de Marzo entre cuyos artículos más importantes se acordaba que: «Siendo de la familia real de España, la casa que va á ser establecida en la Toscana, será considerado este estado como propiedad de la España, y deberá reinar en él perpetuamente un infante de la familia de sus reyes.» Y se añadía luego: «En el caso de faltar la sucesión del príncipe que va á ser coronado, será ésta reemplazada por otro de los hijos de la casa reinante de España.» Pero al ir á poner en ejecución esas cláusulas obsérvase, repetimos, por quien estudie detenidamente sus consecuencias, que, sin mostrarse Napoleón deferente en absoluto con los ruegos del rey

1 Por cierto que al entrar los Polacos en Toscana llevaban banderas francesas que les había hecho entregar Moreau Saint-Méry, lo cual disgustó sobremanera á Napoleón.

Carlos para que se deje al infante D. Fernando en la posesión de su Ducado de Parma, toma medidas tan detalladas y terminantes respecto á la suerte de aquella bellísima comarca italiana que muestran una atención verdaderamente extraordinaria á los deseos de nuestros soberanos. El despacho de 7 de Abril, dirigido á Talleyrand por el Primer Cónsul, dice así: «Enviad el tratado de 21 de Marzo de 1801 con España al ciudadano Moreau Saint-Méry en Parma, quien lo comunicará oficialmente á la regencia que, desde entonces, queda disuelta. El infante podrá irse á Florencia, á Venecia, ó á su casa de campo; continuándosele el mismo tratamiento hasta que se arregle definitivamente todo. El palacio de Colorno y todos los muebles, plata, alhajas y papeles, se pondrán en poder del conde Ventura á nombre de su país.»

«La administración del país seguirá tal como está, pero haciéndose todo en nombre del administrador general; los impuestos, las rentas, etc., el día en que muera el infante, pertenecerán á la República francesa, pero antes de la muerte, al rey de Toscana. Por lo demás, hacer las cosas lo más generosamente posible: no nos pertenece nada más que la soberanía del territorio desde el momento de la muerte. El regimiento que componía las tropas del infante pasará al servicio del rey de Etruria, trasladándose á Toscana para dirigirse á Florencia.»

«Seguirán pagándose todas las pensiones de retiro y las deudas que son cargas del país. Los guardias de Corps y cuanto componía la Corte quedarán en Colorno haciendo su servicio al lado de las princesas hijas, y serán pagados hasta la llegada del rey de Etruria á Florencia.»

«El general Murat enviará su regimiento de caballería y una media brigada de infantería con un solo general de brigada para el mando de las tropas, manifestándole que el ciudadano Moreau Saint-Méry es el administrador del país, cuyas medidas deberá apoyar.»

«Enviar un solo comisario de guerra para la administra-

ción de las tropas que el ciudadano Moreau Saint-Méry hará pagar con las rentas del país.»

«Hacer saber á M. Azara las medidas que se han tomado á fin de que informe de ellas á su gobierno.»

«Haced decir que no queremos nada de aquel país.»

«La cuestión es saber si lo reuniremos á la República italiana ó al reino de Toscana. Si el rey de España quiere que se una á Toscana, es preciso que nos dé las Floridas.»

Con eso Napoleón mantenía los puntos de vista que había dado á conocer á Azara en su primera conferencia, contrarios al deseo de Carlos IV al primer golpe de vista, pero conformes si, como esperaba el Primer Cónsul, se accedía á conceder á la Francia los territorios americanos que por un contrasentido, sólo explicable en la ambición de gloria y de prestigio que devoraba al héroe Corso, no hacía mucho tiempo parecían despreciar sus predecesores en el gobierno de la República vecina. Ahora su adquisición era uno de los más ardientes empeños que manifestaba.

Viaje de los Infantes á París

Pero la exigencia más peregrina de Napoleón y cuyo objeto, acaso, y consecuencias no supo nadie medir entonces, fué la de que los nuevos soberanos, al trasladarse á sus estados, pasaran por la capital de Francia, teatro poco antes de las bárbaras ejecuciones que acabaron con la rama principal de la dinastía borbónica. ¿Para qué habían de presentarse en París dos infantes de España, parientes tan próximos del infeliz Luis XVI? ¿Para qué? Para servir de espectáculo al pueblo francés siguiendo al carro de la revolución, montado por el triunfador que, otro César, soñaba ya con un asiento más alto aún que el de los ungidos del Señor, vencidos por él ó próximos á caer á sus pies. Y, con efecto, pocos meses después de haber hecho las concesiones á que acabamos de referirnos en favor del rey de España, que no otra cosa era el que dispensaba al Infante heredero del Ducado de Parma, se dirigía éste á París con su esposa, la hija predilecta de María Luisa.

Tan de antemano estaba ese paso meditado, que el pensamiento databa de la fecha del tratado de Luneville, época en que los infantes herederos de Parma se hallaban en Madrid; pero, una vez firmado el de Aranjuez, la idea se tradujo en resolución que, como dice un historiador, fué tomada *militarmente* por Bonaparte, con lo que se desvanecieron las dudas que abrigaba la corte de Madrid sobre la manera de que hiciesen los Príncipes su viaje, si por mar ó por tierra. El Rey quería que sus hijos se embarcasen en Barcelona, pero Napoleón creyó que la guerra con los Ingleses y la política en Francia aconsejaban el paso de los Infantes por París, cuya presencia suavizaría los rozamientos que pudiera producir la creación de nuevos reinos donde los revolucionarios suponían no deber ya existir ninguno. Dice Muriel en su manuscrito: «¿Quería por ventura (Napoleón) hacer ver á los franceses y á todos los potentados de Europa que, lejos de tener nada que temer de la familia de los Borbones, se bajaba ésta hasta mendigar su protección? ¿Ó se proponía preparar los ánimos de los franceses para que aprobasen la dominación monárquica que él meditaba ya, mostrándose á ellos, no solamente como creador de un rey, sino también como su padrino y director, cuidadoso de instruirle en el arte de gobernar su reino? ¿Fué su intención hacer ver que el partido republicano era débil, y obligarle á que fuese testigo de los festejos con que el representante é hijo predilecto de la revolución francesa, recibía en la capital á un príncipe de la antigua dinastía, elevado á la dignidad real? En fin; ¿quiso tranquilizar á los reyes de Europa, haciéndoles ver que la anarquía había cesado en Francia, y que la intención de Bonaparte era reconstruir el edificio social sobre fundamentos estables?» [1].

1 Este último pensamiento parece inspirado en el de Thiers al decir: «Le halagaba también, á la vista de todo el mundo, desplegar en París, teatro recientemente de una revolución sangrienta, una pompa y una elegancia digna de los reyes. Todo eso debía marcar aún mejor el cambio repentino que había operado en Francia su reparador gobierno.»

No se mostró Napoleón lo resuelto que le pintan sus admiradores respecto á la clase de recibimiento que habría de hacerse á los Infantes en París, y menos en cuanto á los convites y espectáculos con que iba á festejárseles, principalmente en la parte con que él en persona debería contribuir. Cuando se le supone libre de todo género de escrúpulos ó temores ante el juicio que pudieran formar los Franceses, sobre todo los parisienses, de su conducta en caso tan extraordinario como el de aquella visita, impuesta ó no, de los regios huéspedes, se padece una equivocación que resulta patente con la lectura de la correspondencia oficial de nuestro embajador en aquella capital. Todo ese arreglo minucioso de los obsequios proyectados para los Príncipes de Parma, tan ejecutiva y desembarazadamente fijado al decir de algunos historiadores, fué obra de no pocas ni cortas consultas con Azara que, en el deseo de que quedase airoso el soberano á quien representaba en circunstancias tan delicadas para su mayor decoro, la facilitó desvaneciendo algunas, no infundadas, preocupaciones del Primer Cónsul, ya simplificando el ceremonial de las entrevistas señaladas, ya quitando á ciertas fiestas el carácter que pudiera comprometer al representante de una república ante la majestad de unos monarcas que no era fácil inspirasen grandes simpatías allí donde poco antes se habían tan bárbaramente atropellado la institución real y sus símbolos más augustos. Sobre el modo de recibir la visita de los Infantes en la *Malmaison*, el de

La Reina de Etruria en unas Memorias que vieron la luz pública en Francia algo después de la Restauración, dice: «El Príncipe de la Paz que fué á visitar á mi marido en momentos en que yo me hallaba con él, le habló de nuestra próxima marcha y le dió á entender que el Rey mi padre había decidido que pasáramos por París. Añadió que el Primer Cónsul le había manifestado ese deseo, *para ver* (se le escapó esta palabra) *qué efecto produciría en Francia la presencia de un Borbón.*»

«Mi esposo y yo temblamos ante aquella noticia, nos pareció evidente que nadie se cuidaba del riesgo en que se nos ponía por satisfacer á Bonaparte, llevándonos á un país en que pocos años antes se había ejecutado matanza tan atroz en nuestra familia. Cuanto pudimos decir en ese punto fué inútil y se nos obligó á emprender la marcha á París.»

hacer los otros cónsules y ministros las suyas, el de los convites en la casa de Azara, donde se alojarían, disculpándose públicamente el Primer Cónsul y su mujer de no asistir á ellos con su permanencia en el campo y sus muchas y graves ocupaciones, así como sobre la manera de devolver él esa visita y de presentarse en los teatros ó lugares públicos á que asistieran Sus Majestades; acerca de si habrían de verse una ó más veces, de ceremonia ó de confianza, sorprenderse ó no en la mesa para comer en alguna ocasión juntos, de si se les harían honores ó permanecerían en París de *incógnito;* sobre los detalles al parecer más insignificantes; sobre todo, mostró Napoleón unas dudas y unas vacilaciones que revelaban la dificultad que hallaría en la representación de un papel muy comprometido ciertamente en su situación política y en la del país que gobernaba [1].

Los Reyes de Toscana llegaron á París el 25 de Mayo por la noche, causa de que no fueran recibidos en la Malmaison hasta el día siguiente. El acto fué solemne aun apareciendo SS. MM. con el solo título de Condes de Liorna, según antes se había convenido. Napoleón se presentó rodeado de toda su casa militar, ya muy numerosa y lucida, acogiendo en sus brazos al joven monarca que, sin atender á etiqueta alguna, se había arrojado en ellos. Poco más de media hora duró la entrevista á solas, tiempo más que suficiente para que el Grande hombre midiera y aquilatara con exactitud el mérito de su interlocutor y el de la princesa su compañera, á quien encontró muy superior en condiciones de talento y de perspicacia, así política como social, á su

1 Azara dice en uno de sus despachos: «Tratamos además de la visita que debía hacer el Cónsul á SS. MM. en que insistí con eficacia que me pareció conveniente á la clase y dignidad de las personas. Le hallé acerca de esto lleno de dudas y dificultades, que me hubieran sorprendido, si no estuviera yo persuadido interiormente de los temores que agitan su ánimo cada vez que ha de poner los pies en París. La cuestión, siendo, pues, tan delicada, quedó medio indecisa, pero convino en que el día 15 después de la parada vendría á visitar á Sus Majestades.»

regio esposo. La escena debió ser curiosa por las circunstancias en que se representó, pero no grata para un español que la presenciara. Porque el efecto producido en el ánimo del Primer Cónsul, según ya hemos indicado, no pudo ser peor si ha de creerse á los que después dijeron haberlo oído de sus labios. Parecióle nuestro Infante de Parma *un triste rey indolente*, amigo tan sólo de diversiones, y esas, más de niño que de hombre llamado á gobernar á otros. «El buen Azara, decía Napoleón, que es hombre de mérito, hace cuanto puede, pero pierde el tiempo. El Príncipe le trata con altivez. Todos estos príncipes se parecen. Éste se imagina que ha nacido verdaderamente para reinar. Trata mal á los que le sirven: ya había dicho el general Leclerc en Burdeos que era *falso* y *avariento*. Viniendo ayer á comer aquí, tuvo un insulto de mal de corazón. Estaba sumamente descolorido cuando entró; le pregunté qué tenía, y me respondió; mal de estómago. Por los de su servidumbre se supo que padecía con frecuencia dicho accidente. En fin, es un hombre vano y adocenado. Le he hecho varias preguntas y no ha podido responder á ellas. Su mujer tiene juicio y finura. Los de su servidumbre la quieren. Algunas veces, aparentando estar ocupado en otra cosa, observo y escucho al marido y á la mujer. Ella le dice ó le indica con los ojos lo que ha de hacer. Como quiera que sea, no deja de ser político haber traído á un príncipe á las antesalas del gobierno republicano y haber mostrado cómo se hacen los reyes jóvenes, que no lo sabían. No hay por qué quedar aficionado á las monarquías» [1].

Las fiestas con que Napoleón obsequió á los nuevos soberanos, sus huéspedes, fueron magníficas, y espléndida parti-

1 De las Memorias de Capefigue sobre el Consulado. ¿Pues no decía Napoleón que el Príncipe era un hombre muy instruído? Y si efectivamente reunía esa y otras condiciones de que le consideraba antes adornado, ¿hubiera sido prudente lo que ahora creía político? Tan exageradas son las noticias posteriores que Capefigue atribuye á origen napoleónico como las anteriores en uno ú otro sentido.

cularmente la que les ofreció Talleyrand, cuyo gusto, más del antiguo régimen en que había vivido el célebre Obispo de Autun, en vías ya de secularizarse, que del republicano, asaz grosero hasta la época del Consulado, produjo en su residencia de Neuilly un espectáculo de los más deslumbradores. Decoraciones fantásticas en los jardines y en las galerías del palacio; emblemas artísticos, estatuas admirables y banderas; todo representando la alianza de Italia, España y Francia en un fondo resplandeciente de luz y de colores y que representaba la gran plaza de Florencia y del alcázar que irían luego á habitar los regios convidados, daban á conocer el interés que se ponía en mostrar al mundo que la gran República entraba en los caminos del refinamiento de las costumbres, ya perdidas, de la antigua corte de Versailles, y el de fomentar más y más la amistad de España, su única y sincera aliada, halagando el orgullo y las codicias de nuestros soberanos [1]. Los convites del Cónsul y los de otros ministros y el del mismo Azara, fueron también muy brillantes; pero no dejarían en parte de causar algun tedio á nuestros príncipes, porque, al decir de la Infanta en sus ya citadas Memorias, si se le desvanecieron los temores que en un principio la habían asaltado, hallábase enferma de tercianas desde su llegada á París, y *á un punto*, asegura, *que se vió obligada á guardar cama casi constantemente*. Del Infante, ya se explica Napoleón cuál era el estado de su salud; de

1 Á propósito de aquella fiesta, dice Thiers: «Por la noche y en medio de una brillante iluminación, apareció de repente Florencia, representada con un arte que sorprendía. El pueblo toscano, bailando y cantando en la célebre plaza del *Palazzo Vechio*, ofreció flores á los jóvenes soberanos y coronas triunfales al Primer Cónsul. Aquella magnificencia había costado sumas considerables: era la prodigalidad del Directorio, pero con la elegancia de otro tiempo y esa decencia, enteramente nueva, que un Señor severo se esforzaba en imprimir á las costumbres de la Francia revolucionaria.»

Rosseeuw Saint-Hilaire dice á su vez: «Por espacio de un mes que duró la estancia de aquellos huéspedes coronados, todo fué fiestas, y el Primer Cónsul pudo así ensayar en la opinión el efecto de aquellas reales cuya tradición deseaba la Francia reanudar.»

modo que las fiestas no le harían tampoco lo feliz que se ha querido suponer.

Su marcha á Italia.

Por más que el pueblo de París no se mostrara contrariado con la visita de los reyes de Toscana, y aún se entregase, más distraído que apasionado, á toda clase de conjeturas políticas al ver cómo se los presentaban en los teatros y demás espectáculos, por vía de ensayo al sentir de los maliciosos, Napoleón comprendió que no se les podía detener hasta la fecha, ya próxima, del 14 de Julio, aniversario el más significativo de la Revolución. Y el 24 de Junio dirigía á Talleyrand el despacho siguiente: «Os ruego, Ciudadano Ministro, que hagáis saber á M. Azara mi deseo de que el Conde de Liorna (ya hemos dicho que así se convino en llamarle durante su permanencia en París), se halle el 14 de Julio más allá de Chambéry. No conviene que sea testigo de las fiestas que se celebren ese día en todas las grandes municipalidades de la República.» La orden, además de prudente, era harto imperativa; y los soberanos de Toscana se apresuraron á satisfacer los deseos del Primer Cónsul partiendo para sus estados el 1.° de Julio después de haber hecho sus despedidas y cambiado, con Josefina particularmente, todo género de cumplimientos, ofertas y regalos de retratos y joyas, tan espléndidos como delicados.

Nadie ha parado mientes en las contrariedades que experimentaron los reyes de Etruria, que ya se comenzaba á dar este nombre al nuevo reino, en su largo camino; y, por el contrario, todos los historiadores los han hecho viajar sin tropiezo alguno hasta su establecimiento en Florencia. En uno de los coches del Primer Cónsul y acompañados por el general Grouchy salieron, con efecto, de París, libres ya de todo cuidado y esperando reponerse luego de la fatiga de tanta fiesta: pero el camino era largo y el viaje incómodo para quienes no disfrutaban de cabal salud, y hubieron de detenerse más tiempo del calculado en Parma, en el seno de la familia del Príncipe, preocupada con las recientes mudanzas

y la incertidumbre de su porvenir. El tierno infante, hijo suyo, había sufrido en la marcha tanto más cuanto que su nodriza se puso también enferma. Ya se temía su fallecimiento; pero el reposo y los cuidados lograron que al cabo de tres semanas pudieran todos trasladarse á Florencia, adonde llegaban el 12 de Agosto de 1801. El general Murat, al decir de Napoleón en sus despachos, había tomado todas las medidas para la instalación de los Reyes en sus estados. Si eso ha de entenderse en el sentido de que los ocupasen sin oposición alguna material, es cierto; pero no en lo que se refiere al decoro debido á personas, excelsas ya por su nacimiento y posición, y que, sobre todo, iban á representar allí la más alta magistratura y un rango hasta entonces completamente desconocido. El palacio estaba desnudo de todo género de muebles, llevados, algunos, por los Duques al abandonar el país, y el resto por los agentes franceses que lo habían ocupado en aquel interregno; haciéndose necesario recurrir á la nobleza de la ciudad para que sus soberanos tuviesen candelabros con que alumbrarse, asientos y camas en que descansar y hasta vajilla en que comer. «Es la primera vez, decía la Reyna, que una hija del rey de España, acostumbrada á ser servida en platos de oro y plata, se ha visto en la precisión de comer en los de loza.» Eso era lo de menos; lo más importante fué que el pueblo toscano que esperaba verse libre de la ocupación militar francesa, vejatoria siempre, se encontró con que la nueva corte, sola, como llegaba, y sin noticias siquiera de que fueran en pos tropas españolas, la prolongaría aún más, y hasta se figuró que ella misma sería instrumento y sólo instrumento de la política constantemente invasora y anexionista de Napoleón. Por mucho que Murat, que allí conoció á nuestra infanta, á quien después en Madrid habría de comprometer tanto con su protección; por más, decimos, que Murat procuró disculpar aquel abandono y proveer á su remedio, la primera impresión de los soberanos de Etruria en Florencia fué muy desagradable; y eso,

Su instalación en Florencia.

unido al peor estado de salud del Rey, á un aborto de la Reina y á la presión que luego empezó á ejercer el general Clarke, les creó una posición tan triste como embarazosa para el desempeño de su misión en Italia.

Nuevos proyectos de Napoleón.

Las fiestas dadas en París á los reyes de Toscana no distrajeron á Napoleón de otros varios é importantes asuntos que ocupaban sin cesar su mente ofreciendo alimento á sus ambiciones. Nuestros historiadores han creído, sin embargo, que aquella visita provocó en él la idea de un enlace con la familia real de España. Fundados en un párrafo, realmente curioso, de las Memorias de Godoy, han supuesto que el Primer Cónsul, á pesar de su ardiente amor á Josefina, pero deseando tener sucesión, había proyectado casarse con la infanta María Isabel, hija de Carlos IV. No queremos poner en duda la veracidad del Príncipe de la Paz en ese punto. Concedemos que la entrevista y la conferencia con Luciano Buonaparte sean ciertos; pero ¿no serían resultado de un pensamiento espontáneo, ni consultado ni advertido siquiera á su hermano Napoleón? Porque es muy extraño que en el Memorial de Santa Elena, eco que pasa por ser de las espontaneidades, no pocas imprudentísimas, del Emperador de los Franceses en su destierro, ni en escrito alguno que tenga procedencia semejante, se haga la menor mención de tal y tan trascendental proyecto. Creemos que la posición de Primer Cónsul, y ésa poco arraigada todavía, no era para provocarlo en él, y que el afecto entrañable que profesaba á su primera mujer no daría aún lugar á cálculos que deben tenerse por prematuros cuando sólo muchos años después y en condiciones muy distintas se les observa abrirse paso al corazón y á las ambiciones de hombre tan pensador y egoísta [1]. En nuestro concepto, y lue-

[1] Era el 10 de Junio de 1817 y decía Napoleón: «Josefina era la gracia personificada (la grázia in persona). Cuanto hacía era con una gracia y una delicadeza singulares. No la he visto hacer nada sin elegancia en todo el tiempo en que hemos vivido juntos: Tenía gracia *même en se couchant.*»

go lo explanaremos, nada autoriza á pensar de otro modo.

Entre esos asuntos, varios é importantes hemos dicho, llamaban especialmente la atención del Primer Cónsul los tratados particulares con algunos países á consecuencia del de Luneville sobre levantamiento de secuestros de bienes que pertenecían á súbditos del Emperador ó á individuos de las márgenes del Rhin, emigrados ó no, sobre reformas en la constitución de las repúblicas italianas y suiza y bátava, nuevas organizaciones militares para la ocupación de la Bélgica y otras comarcas fronterizas, negociaciones con Roma para nombramiento de arzobispos y obispos, así como para fijar la situación de los clérigos llamados constitucionales, y sobre cuestiones de hacienda y administración; no olvidando nada, absolutamente nada de cuanto pudiera interesar al buen gobierno de la República en la nueva era pacífica en que había entrado. Pero dos eran los asuntos que más le preocupaban; el referente á la suerte que cabría al ejército encerrado en el Delta del Nilo que bloqueaban los Ingleses, y el de la guerra de Portugal que, en su sentir, obligaría á los aborrecidos insulares á firmar una paz que sería la del mundo entero.

Los marítimos.

En esos dos asuntos debían intervenir los Españoles; para el primero, en concepto de auxiliares con sus escuadras, y, para el segundo, como los más interesados en el buen término de una lucha que arrebatara toda su influencia á la Inglaterra en parte alguna de nuestra Península. Ya hemos recordado la priesa que se dió el Primer Cónsul á aprovecharse de las condescendencias del Gobierno español en cuanto al servicio de nuestras fuerzas marítimas, aunque sin fruto por no observar las estipulaciones del convenio secreto de 13 de Febrero de 1801, en que puede decirse que se ponían á su disposición las naves españolas. Quince navíos, de los que cinco españoles, debían trasladarse al Brasil y la India bajo el mando de un general español; treinta, de los que diez españoles, á las

órdenes de un almirante francés amenazarían desde Brest con un desembarco en Irlanda, y se aprestarían en el Ferrol otros cinco para con 2.000 hombres y en unión de dos escuadras francesa y bátava dirigirse á Trinidad y Surinam. El resto de nuestras fuerzas navales operaría con las francesas en el Mediterráneo, y el Primer Cónsul organizaría cinco ejércitos en Brest, Batavia, Marsella, Córcega y la frontera de España, destinado, este último, á formar una segunda línea contra Portugal [1].

Los terrestres.

De cuanto se estipuló en ese convenio que, á pesar de *no intervenir* para nada Godoy en las gestiones del Gobierno, firmaron él y Luciano Buonaparte en Aranjuez, sólo tuvo inmediata aplicación lo referente á Portugal, acordado antes en otro documento diplomático semejante, que lleva la fecha de 29 de Enero anterior y que había suscrito el ministro Cevallos con el hermano también del Primer Cónsul. Este tratado llevaba aparejados compromisos más graves aún para España; porque á la repugnancia de haber de combatir á una nación hermana, parte de nuestra misma nacionalidad, se añadía la natural en Carlos IV de hacerlo á sus propios hijos los regentes de aquella monarquía, sin que, además, se lograra, pues así era de esperar, poner término al conflicto tan torpemente provocado con la Gran Bretaña. Once artículos abrazaba el tratado, en los que, á vuelta de una excitación amistosa de nuestro gobierno al de Portugal y el señalamiento de un corto plazo para acceder á las condiciones que se le imponían para hacer la paz con Francia, se acababa por declararle la guerra. Esas condiciones eran la de separarse de la alianza con Inglaterra, negarla la entrada de sus buques en Lisboa abriéndosela á los Franceses, entregar una ó más provincias como prenda de restitución de

1 Aun cuando por los varios despachos que hemos transcrito puede conocerse el uso que Napoleón quería hacer de las escuadras franco-españolas, véase el apéndice núm. 7, cuyo estudio hará comprender las diarias y radicales variaciones que imponía á sus proyectos cuando el enemigo estaba fuera de su alcance.

la Trinidad, Malta y Menorca al hacerse la paz general, é indemnizar los daños y perjuicios causados ó por causar.

De no lograrse esas satisfacciones, Francia proporcionaría á España un contingente de tropas de 15.000 infantes con sus trenes correspondientes, pudiéndose aumentar si se creyera necesario. Esas tropas operarían segun los planes que fijara el general español, comandante en jefe de todos los ejércitos, regresando á Francia si S. M. C. lo creía conveniente, bien por haber comenzado las hostilidades ó por la conclusión de la paz antes de que hubiesen entrado en operaciones. Sin embargo, las tropas francesas se pondrían inmediatamente en marcha, puesto que el plazo señalado al Gobierno portugués para decidirse á la paz ó á la guerra era sólo de quince días [1].

La guerra con Portugal.

Y, con efecto, antes de hacerse el convenio preparaba el Primer Cónsul los medios para su ejecución, ya dando, según hemos indicado, instrucciones á su hermano Luciano, ya dirigiendo á España al general Saint-Cyr para que se encargara de la dirección de la guerra, faltando así á una de las más formales estipulaciones que se acababan de acordar. Es cierto que esa determinación tenía sus puntas de hipócrita, porque se decía en ella: «Le haréis saber que la intención del Gobierno es la de que se encargue de la dirección de la guerra contra Portugal. El Príncipe de la Paz, que ha tomado el mando en jefe, no es militar, lo que obliga á que se envíe un oficial tan distinguido. El ge-

1 Los demás artículos se referían al trato que habrían de recibir las tropas francesas en España y á sus relaciones con nuestras autoridades.

Véase el tratado integro en el apéndice núm. 8.

Se ha escrito, es verdad que generalmente por historiadores españoles, de regalos hechos por Napoleón á Godoy y al mismo Carlos IV, diciendo de éste que había envidiado los de su favorito. En la correspondencia del primero sólo consta sobre eso una resolución, la de 9 de Abril de 1801, en que, habiendo pedido Luciano, en recompensa de los dos tratados que acabamos de mencionar, el retrato del Primer Cónsul para el Príncipe de la Paz, contesta su hermano lo siguiente: «Yo no enviaré nunca mi retrato á un hombre que tiene á su predecesor en un calabozo y que emplea los mismos medios que la inquisición. Podré servirme de él, pero no me merece más que desprecio.»

neral Saint-Cyr deberá arreglarse á las indicaciones del embajador en España y evitar todo choque con el orgullo castellano [1]». Como de costumbre en él, Napoleón dió las órdenes más apremiantes para la reunión en España del cuerpo de ejército que, como auxiliar, nos enviaba, mandado por el general Leclerc que se puso inmediatamente en marcha á la frontera lusitana de Ciudad Rodrigo, á la que tardó, sin embargo, bastante tiempo en abocarse. Pero aún anduvo más diligente el Gobierno español, receloso de que, adelantándose los Franceses y penetrando en Portugal, pudieran crearle un grave compromiso; que todo era de temer de la política invasora y enérgica del Primer Cónsul. El Príncipe de la Paz, á quien se encomendó la organización y el mando en jefe de las tropas que habrían de hacer la guerra, comprendió, en efecto, las dificultades de que estaba preñada cuestión tan grave desde el momento en que no era España sola la que hubiera de resolverla, como habría sucedido antes al romperse las relaciones diplomáticas de Portugal con la República francesa por falta de cumplimiento del tratado de 1797, en que nos ocupamos anteriormente, no ratificado por el Príncipe Regente. Con el empeño de evitar esas dificultades, no había cesado Carlos IV en la tarea, tan de atrás comenzada, de hacer comprender á sus hijos la necesidad de avenirse á las pretensiones de la Francia, si injustas en el fondo, ineludibles si habría de conseguirse el aislamiento completo de la Gran Bretaña en lucha ya tan larga y obstinada. Pero rechazados sus buenos oficios por el Regente y sin disculpa ya los términos dilatorios que, con tanto fruto en ese punto, había hasta entonces empleado para conjurar una lucha para él tan repugnante, el rey Carlos hubo de resolverse á emprenderla y, en tal caso, á buscar en el modo de hacerla su pronto desenlace y los resultados más convenientes á sus benévolos fines.

1 Despacho núm. 5.339 de la correspondencia de Napoleón; su fecha, la de 4 de Febrero de 1801. Está dirigido al general Berthier.

Estado militar de Portugal.

La cosa era bien fácil, porque el estado de Portugal, el militar especialmente, no podía ser más precario. La guerra del Rosellón había servido para demostrar de nuevo lo que todo el mundo ha proclamado siempre, el valor de los Portugueses, mas no para aumentar la fuerza de su ejército, pues que muy pequeña parte de aquellas tropas habían vuelto al suelo patrio, ni el prestigio de sus generales que habían representado papel muy subalterno en la campaña. El Conde de Linhares, al reorganizar todos los ramos de la administración pública, atendió principalmente á la marina, con la que Portugal figuró airosamente junto á las escuadras de la Gran Bretaña en Malta y Alejandría, á punto de atraerse las iras de Napoleón que no dejaría de vengar la que él llamaba afrenta hecha á la República [1]. Pero el ejército quedó en lo que el eximio patriota portugués Accursio das Neves considera abandono, al que mal podía poner remedio su aliada la Inglaterra, empeñada en acabar de una vez con la expedición francesa de Egipto. Portugal contaba con 24 regimientos de infantería de línea como en 1762, pero con fuerza muy corta, nada maniobrera á pesar de las enseñanzas del célebre Conde de Lippe y de las mal llamadas asambleas del campo de Azambuja. La caballería, organizada en 12 regimientos de á 4 escuadrones, no había logrado nunca reunir más de 4.000 caballos. La artillería contaba con 4 regimientos de á 10 compañías en que andaban mezcladas las de bombarderos, zapadores, minadores y artilleros para el servicio de las piezas, cuando no podían movilizarse en un país falto, en general, de caminos á propósito para su arrastre. Lo más disponible, aun cuando escasísimo de fuerza para un trance formal, era la legión llamada de Alorna, compuesta de las 8 compañías únicas existentes de infantería ligera, dos escuadrones de caballería y una batería de á caballo. El cuerpo de ingenieros estaba

1 «Vendrá tiempo, dijo, en que la nación portuguesa pagará con lágrimas de sangre esa afrenta que hace á la República francesa.»

formado sólo de oficiales, muy instruídos por cierto, pero sin tener apenas en qué ocuparse por falta de recursos si no era en las dos plazas de Almeida y Elvas, las casi solas en que Portugal fiaba la defensa de su frontera.

La fuerza acaso más sólida con que en aquellos tristes días podía contar Portugal, era la que habían allí establecido, como hemos dicho, los Ingleses para la defensa de Lisboa y la entrada del Tajo; esto es, del magnífico surgidero de sus naves. Componíase de cuatro regimientos de infantería muy escasos de personal, los de Dillón, Castrís, Mortemart y Loyal-Emigrant, cuyos nombres están bien elocuentemente revelando no haberse formado de tropas inglesas sino de las que el Gobierno británico reclutaba en todas partes, de desertores, sobre todo, y emigrados. Unas cuantas piezas de artillería y un destacamento, ese sí, de dragones ingleses, completaban la que en Portugal era llamada *La Legión extranjera* de Frazer, su general.

Se trataría de reforzar ese ejército; llegaría á organizarse, como luego veremos, uno regular, siempre escaso para el empeño á que se había comprometido el Gobierno portugués; se pondrían en estado, siempre también mediano y pasajero, de defensa algunos de los puntos fortificados en épocas ya lejanas, abandonados después á la acción de los elementos; pero iba á echarse también de menos el espíritu gallardo de aquellos mismos tiempos que valió al reino la independencia y la libertad de que aún goza. «Leeremos, dice Latino Coelho, cómo el abatimiento y decadencia del espíritu público en un pueblo de muy atrás habituado á la servidumbre, relajaron su fibra, antes enérgica é impulsiva, hasta el extremo de que viera casi apático y desarmado la irrupción de los castellanos de Godoy» [1].

Declaración de guerra.

En esa situación, si no sorprendió al Gobierno portugués porque cada día le llegaban los avisos y

1 *Historia politica e militar de Portugal* desde os fins do XVIII seculo até 1814.

consejos más apremiantes, y aun se le había señalado un plazo para atenderlos, le cogió, por lo menos, el Manifiesto de 27 de Febrero de 1801 en que Carlos IV le declaraba la guerra. Grande era el sacrificio que se imponía el Rey de España como soberano peninsular, opuesto á la fusión de las dos monarquías ibéricas, y como padre; pero al estado á que habían llegado las cosas, ya no era posible sufrir por más tiempo los desaires recibidos de quien, por otra parte, se había hecho aliado, y nada platónico, del mayor entonces de entre los enemigos de España. «Así, decía el Manifiesto: ha visto toda Europa con escándalo, ser sus puertos (los de Portugal) el abrigo seguro de las escuadras enemigas, y unos ventajosos apostaderos, desde donde sus corsarios exercían con fruto sus hostilidades contra mis naves, y las de mi aliada la República; se han visto los buques portugueses mezclados con los de los enemigos formar parte de sus esquadras, facilitarles los víveres y los transportes, y obrar con ellos en todas sus operaciones de la guerra que me hacían; se han visto sus tripulaciones de guerra y su oficialidad de mar, insultar á los franceses dentro del mismo puerto de Cartagena, y autorizarlo la corte de Portugal negándose á dar una satisfacción conveniente, y en el Ferrol cometer iguales excesos contra mis vasallos. Los puertos del Portugal son el mercado público de las presas españolas y francesas hechas en sus mismas costas y á la vista de sus fuertes por los corsarios enemigos, al paso que su Almirantazgo condena las presas que mis vasallos hacen en alta mar, y llevan á dichos puertos para su venta. Mis buques no han hallado en ellos sino una mezquina acogida. En el río Guadiana ha cometido la soldadesca portuguesa los mayores excesos contra mis pacíficos vasallos, hiriéndoles y haciéndoles fuego como se haría en plena guerra, sin que el gobierno portugués haya dado señal alguna de su desaprobación. En una palabra, el Portugal con el exterior de la amistad se puede decir que ha obrado hostilmente contra mis reynos en

Europa é Indias, y la evidencia de su conducta excusa el referir los hechos infinitos que podrían citarse en apoyo de esta verdad.»

Á este memorial de agravios y después de poner de manifiesto los pasos dados por el Rey de España y las amonestaciones por él dirigidas á Su Majestad Fidelísima y al Regente, su hijo, para apartar á Portugal del camino tan temerariamente escogido en su pertinaz intento de ayudar á la Gran Bretaña en aquella guerra, sucedía en aquel importante documento la exposición de las resoluciones que no podían dejar de adoptarse. «En ese estado, continuaba así el Manifiesto, apurados todos los medios de suavidad; satisfechos enteramente los deberes de la sangre y de mi afecto por los Príncipes de Portugal; convencido de la inutilidad de mis esfuerzos; y viendo que el Príncipe Regente sacrificaba el sagrado de su Real palabra, dada en varias ocasiones acerca de la paz, y comprometía mis promesas consiguientes con respecto á la Francia por complacer á mi enemiga la Inglaterra; he creido que una tolerancia más prolongada de mi parte sería un perjuicio de lo que debo á la felicidad de mis pueblos y vasallos, ofendidos en sus propiedades por un injusto agresor; un olvido de la dignidad de mi decoro desatendida por un hijo que ha querido romper los vínculos respetables que le unían á mi persona; una falta de correspondencia á mi fiel aliada la República francesa, que por complacerme suspendía su venganza á tantos agravios; y en fin, una contradicción á los principios de la política que dirige mis operaciones como Soberano»..... Añadía luego y ya para concluir: «La corte de Portugal ha respondido en los mismos términos que siempre, y ha enviado un negociador sin poderes ni facultades suficientes, al mismo tiempo que se niega á mis últimas proposiciones; é importando tanto á la tranquilidad de la Europa reducir á este gobierno á ajustar su paz con la Francia, y proporcionar á mis amados vasallos las indemnizaciones á que tienen tan fundado dere-

cho; he mandado á mi Embaxador salir de Lisboa, y dado los pasaportes para el mismo fin al de Portugal en mi corte, resolviéndome, aunque con sentimiento, á atacar á esta potencia, reunidas mis fuerzas con la de mi aliada la República, cuya causa se ha hecho una misma con la mía por el comprometimiento de mi mediación desatendida, por el interés común, y en satisfacción de mis agravios propios; y á este efecto declaro la guerra á la Reina Fidelísima, sus Reynos y súbditos, y quiero que se comunique esta determinación en todos mis dominios para que se tomen todas las providencias oportunas para la defensa de mis estados y amados vasallos y para la ofensa del enemigo.»

Habilidad de Godoy.

Esa ruptura que tantas censuras ha motivado, era ineludible si habrían de satisfacerse los compromisos que llevaba consigo la política adoptada al romper con la Inglaterra á los cuatro días, puede decirse, de ser la amiga más íntima de España en su lucha con la República francesa en las diferentes fases ó formas de gobierno que había ofrecido desde los principios de la Revolución que la divorciara de los gobiernos monárquicos de Europa. Hasta el sesudo Campomanes disculpaba á la Francia en sus pretensiones, que creía justas, de apartar á Portugal de su alianza con la Inglaterra, cuanto más á España que debería extenderlas á conquistar para sí una nación adherida á intereses tan contrarios y cuya posición geográfica aconsejaba fuera nuestra como lo había sido antiguamente. Pero el consejo que debió acabar con las vacilaciones de Carlos IV, fué, nos parece, el de su amado Príncipe de la Paz, á quien, como ministro antes y en el mal fingido retraimiento que tanto se afanaba en proclamar después y siempre, apelaba, tomándolo por el más justo, desinteresado y sabio. Quince páginas ocupa en las Memorias la exposición de las causas que el célebre favorito encontró para aconsejar la guerra á su soberano. Dispensaremos á nuestros lectores de su estudio que se haría inacabable de ir presentándoles los argu-

mentos que contiene, aun cuando varios son lo lógicos que deben suponerse en la conducta de quien había llevado á España á la fatal alianza con la República francesa. Eso que es muy difícil armonizar las opiniones que antes emite contra Saavedra y Urquijo, tan dóciles y sumisos á las voluntades del Directorio y del Consulado, con declarar la guerra á Portugal, siquier fuera luego para hacerla lo blanda y hasta teatral en que por fin paró. El de que era ya inexcusable y, de consiguiente, debía hacerse y precipitarla para que los Franceses no llegaran á tomar parte en ella, evitando así las ingerencias que inmediatamente intentaría Napoleón que, al decir que Godoy al Rey, «de un solo ovillo hacía nacer mil en sus proyectos colosales, sin que tuviese cuenta con los medios, por injustos y violentos que éstos fuesen para llegar al fin de su política, y el de que no importaba que estuviéramos, como los portugueses, mal dispuestos, porque las tropas españolas saben hacer milagros, y la lealtad probada de nuestro clero, proporcionaría los recursos necesarios:» esos eran los argumentos empleados por Godoy para decidir á Carlos IV. «Invadamos el Portugal, le dijo por fin, sin perder la coyuntura del momento, y evitemos, si es posible, que los Ingleses tengan tiempo para venir á socorrerle: evitemos también, si nos es dable, que los Franceses tengan tiempo de venir á ayudarnos y á mezclarse con nosotros; seamos dueños en nuestra casa cuanto pueda estar de nuestra parte.»

Lo que produjo esa conferencia, además de la resolución de la guerra, fué que el capitán general Príncipe de la Paz se encargase del mando del ejército y de gobernar las operaciones que habrían de producir la victoria de las armas españolas y la sumisión del Gobierno portugués, otro tratado de paz, por conclusión, más fácil, sin embargo, y ventajoso que el de Basilea. Ya tenemos, pues, al Guardia de Corps, que no había hecho un solo día de servicio fuera de las reales habitaciones, dirigiendo una guerra internacional, y con el

firme y, en verdad, hábil y patriótico propósito de impedir que tomaran parte en ella sus aliados los Franceses, que ya se vanagloriaban de ser los primeros soldados del mundo, casi los *invencibles* de siete años después. Y hay que hacerle justicia en esa parte; aquella guerra, por más que se la haya tratado de ridiculizar, fué llevada con grande energía y produjo un resultado completamente nuevo en la historia de nuestras diferencias con Portugal, un jirón, al cabo, que España no había hasta entonces logrado arrancar del regio manto de sus señores. Porque, aun incorporado el reino entero á España desde la gloriosa jornada de 1580, había, al separarse de nuevo, recuperado las provincias todas del tiempo de su constitución, sin perder nada de ellas en las diferentes luchas habidas después, por justas que hubieran sido de nuestra parte.

Se organiza el ejército español de invasión.

El Príncipe de la Paz, una vez investido del mando del ejército con el título de Generalísimo, mostró una actividad que no era de esperar de él en los preparativos de la campaña, acabándolos tan pronto, que, al comenzar Mayo, andaban organizándose á lo largo de la dilatada frontera lusitana tres ejércitos que llegaron á constituir la para aquellos tiempos enorme fuerza de 60.000 hombres de todas armas. Uno de 10.000 debía acometer la invasión por el Miño á las órdenes del Marqués de Saint-Simón, tantas veces citado en las campañas de la República, y otro de igual fuerza, con el general Iturrigaray á la cabeza, amenazaría desde Ayamonte apoderarse del Algarbe y secundar, en caso necesario, al cuerpo principal que iba á mandar Godoy en el Alentejo, compuesto, bien se comprende, de más de 30.000 hombres, la flor y nervio, como dice el Conde Clonard, del ejército español [1]. En un solo punto

1 Aquel ejército se componía de una vanguardia con la mayor parte de las tropas ligeras, mandada por el general Marqués de la Solana, cuatro divisiones á las órdenes, respectivamente y según sus números, de los generales don Diego Godoy, D. Francisco Xavier Negrete, D. Ignacio Lancaster y el Marqués de Castelar, con caballería también muy numerosa y suficiente artillería de

de la frontera no aparecieron las tropas españolas, el más propio, eso sí y ventajoso, para la invasión y sometimiento de Portugal, en Ciudad Rodrigo; pero fué porque había sido elegido por los Franceses para la asamblea de sus tropas, más acaso por hallarse próximo á su país, que por la importancia que le diera Napoleón, según pudo verse algunos años más tarde, en el de 1807. Badajoz debía tener para Godoy más de un atractivo, aun siendo el militar el primero en tal ocasión. Era su patria; y, queremos hacerle justicia, debió empujarle por ese camino la memorable jornada del Duque de Alba, sin hacerse cargo de que el héroe castellano contaba con la escuadra del Marqués de Santa Cruz, para pasar á la orilla derecha del Tajo por cerca de Lisboa. Es verdad que Godoy esperaba, y no sin razón, que, vistas las condiciones en que se hacía aquella guerra, no se extendería hasta más allá de Abrantes, objetivo, probablemente, el más lejano de sus proyectadas operaciones. Porque, lo que decía el 14 de Mayo en una proclama dirigida á las tropas, muestra elocuentísima que dió entonces de desconocer completamente el arte de comunicar al soldado el propio entusiasmo, el convencimiento de su fuerza y la noble aspiración á la gloria militar, ese arte que es una de las primeras cualidades del hombre de guerra destinado al mando de los ejércitos. «Ya estoy al frente de vuestras banderas, les decía, bizarros Españoles para conduciros á la gloria de las victorias; un pueblo tenaz aunque débil, es el obstáculo del bien

campaña. Entre los demás generales los había con gran crédito adquirido en la guerra anterior con Francia, Carrafa, el Duque del Infantado, Morla y otros, y entonces lo alcanzó en todo el ejército el coronel del regimiento de la Corona, D. Joaquín Blake, que con tan varia fortuna habría de distinguirse en la de la Independencia.

Si fuera verdad lo que tantas veces consigna en sus Memorias Godoy del deplorable estado en que los ministerios que sucedieron al primero suyo tenían al ejército, sería, con efecto, de admirar el cómo reunió y organizó el en 1801 destinado á la invasión de Portugal, y más aún la actividad y el sigilo con que lo hizo ante los ojos del Embajador francés, tan interesado en dar á Napoleón noticia de todo y, como siempre exigía, con todos los detalles posibles.

común; buscamos la paz que este enemigo nos aleja; toda la Europa tiene parte en nuestro interés y mira con empeño y deseo nuestros felices sucesos: vamos, pues, amados compatricios, vamos, hijos queridos, á desarmar prontamente nuestro contrario...» [1].

Intrusiones de Napoleón.

En lo que Godoy se manifestó, repetimos, habilísimo fué en la actividad desplegada para los preparativos de la guerra y en la prontitud y la energía con que la inició. Por los últimos artículos del tratado de 29 de Enero, hecho á instigación del Primer Cónsul, la mayor de las garantías para concluir con la libertad de que gozaban los Ingleses en Portugal, la de abrigar sus escuadras en los mejores puertos del reino, habría de consistir en la ocupación de algunas de sus provincias, que, al mismo tiempo, serviría para el recobro de las islas de Trinidad y Menorca que España había perdido desde el principio de la guerra, y el de Malta que acababan también de arrebatar á la Francia las fuerzas navales de la Gran Bretaña, que la tenían bloqueada desde el momento en que la había dejado Napoleón para trasladarse á Egipto. Esa ocupación, puede decirse que indefinida, puesto que sólo podía terminar con la paz general, habría de ser necesariamente un estorbo para cualquier tratado particular al hacerse la de Portugal y España; y esto era precisamente lo que deseaba Napoleón, tan firme en tal y tan maquiavélico propósito que, sabiendo el arribo á Lorient del Sr. Araujo, Ministro plenipoten-

1 Lo más peregrino, sin embargo, de esa proclama es la explicación de las causas de nuestros reveses en las anteriores guerras con Portugal. Así las revela: «... las guerras anteriores contra este mismo pueblo han sido desgraciadas, no sólo por su éxito, sino por los accidentes: el enemigo, que acostumbrado á la fuga rara vez presentaba la batalla, sabía fingirse muerto, cubriéndose del modo posible en el campo de batalla, y apenas nuestros batallones se retiraban mirando con compasión los estragos de su valor, estos mismos fingidos cadáveres volvían á ofenderle por su espalda de suerte que no hubo General ni individuo alguno exento del riesgo de tal alevosía. Este aviso, amados guerreros, quiere daros vuestro Xefe y vuestro Protector, para evitar que el fuego de vuestro valor pueda reducirse al espantoso tormento con que os acecha enemigo de tal calidad.»

ciario de Portugal, recordarán nuestros lectores, cerca de la República y de cuyas aventuras en París dimos cuenta, le envió á decir el 13 de Mayo que Madrid era el lugar señalado para las negociaciones y que el Gobierno francés no se separaría de las bases propuestas por Su Majestad Católica. Pero á fin de que no fuera á creerse que se negaba á escuchar propuestas de una potencia estando en guerra con ella, al mismo tiempo que daba instrucciones para que, entre otras cosas, se contestase á Araujo que no era París sino Madrid, como acababa de decir, donde se llevarían á cabo as negociaciones de la paz, mandaba á Talleyrand que se le añadiese: «Que el Portugal hasta entonces era una provincia inglesa; que el primer paso para la reconciliación con Francia, sería el de embargar todos los barcos ingleses y prohibir la entrada de otros en los puertos de Portugal hasta la paz general; que, habiendo hecho los Ingleses grandes conquistas en Francia y España, ayudados por lasflotas portuguesas, sería preciso que la provincia de Entre-Douro-e-Minho, la de Tras-os-Montes y la de Beira recibiesen guarnición, mitad de Españoles y mitad de Franceses, hasta la paz general para servir de equivalentes á las conquistas de los Ingleses.» Además pedía 20 millones de indemnización por los preparativos hechos para la guerra; y para que resalte una vez más la buena fe que usaba Napoleón desde los principios de su carrera dictatorial y olvidándose de cuanto había hecho escribir en ese mismo despacho, lo terminaba así: «El ciudadano Decrés quedará autorizado para firmar los preliminares fundados en esos artículos; y, una vez firmados, podrá dar al Sr. Araujo los pasaportes para que se traslade á París.

Ya se ve, pues, á Napoleón intentando entrar en relaciones directas con los Portugueses en un asunto que parecía haberse encomendado exclusivamente al Gobierno español. Cuantas precauciones tomara éste para evitar esas ingerencias, serían pocas; y el Príncipe de la Paz prestó un gran

servicio con apresurar tanto los armamentos é invadir el Portugal con la celeridad y la energía con que lo hizo. No le concedía el Grande hombre esas cualidades; como negaba otras muchas al soldado español, aceptando por buenos los informes que recibió de algunos de sus emisarios que, como Franceses, creían y han creído siempre, que el suyo es el excelente, emprendedor, sufrido y disciplinado cual ningún otro del mundo [1]. Y tanto se equivocó, que cuando llegaban á Madrid sus órdenes de 1.° de Junio, para que se pusieran las operaciones de la guerra bajo la dirección de Saint-Cyr ó que se le entregasen 10.000 españoles que con los 15.000 franceses, de los que aún no habían llegado 8.000 á Ciudad Rodrigo, se dirigieran á la ocupación de Oporto, la guerra había terminado y se estaba firmando el tratado de paz entre España y Portugal.

Principio de las operaciones.

El Generalísimo español tenía, con efecto, reunidas el 14 de Mayo sus tropas en los puntos señalados para sus asambleas á lo largo de la frontera, y las dirigía en Badajoz la proclama á que antes nos hemos referido, más que de un jefe experimentado en el arte de las batallas, propia del que ignora todavía el de encender en el ánimo del soldado el sacro fuego que ha de asegurar sus éxitos más brillantes. Y sin embargo, aquellas tropas, en las que se contarían tantos de los héroes del Rosellón y el Bidasoa que nunca podrían olvidar las eminentes cualidades de Ricardos y Caro, iban á vencer también ahora, regidos por quien, no en el duro tráfago de la guerra, sino en las aulas de la corte y en las lides de amor había debido aprender su nuevo oficio. El día 20 eran dueños de Olivenza y encerraban á los Portugueses que cubrían la línea del Caya en el robusto recinto de la plaza de Elvas, en cuyos jardines exteriores cogieron nuestros soldados los ramos de naranjas que habían

1 Decía Napoleón á Saint-Cyr: «Vuestro ayudante de campo me ha dado sobre las tropas españolas noticias que no son muy satisfactorias, lo cual me ha decidido á reforzar el cuerpo de ejército francés.»

de dar nombre á aquella guerra, presentados luego á la Reina en una ceremonia tan ridícula como pretenciosa de grandeza y fausto. El 21 se había rendido Jeromenha con las mismas condiciones que Olivenza; y Campo Mayor quedaba bloqueada, rechazando su gobernador Díaz Acebedo, como el de Elvas, Xavier Noronha, las intimaciones que le dirigió el general D. Ignacio Lancaster, apoyándolas con el fuego de algunas piezas de campaña, únicas de que por el momento podía disponer. Alguna mayor importancia ofreció el combate del 29 en Arronches, donde los generales D. Manuel de Lapeña y marqués de Mora derrotaron á un gran cuerpo de Portugeses, «matándoles, según decía el parte, 150 hombres, hiriéndoles 80 y tomándoles 200 prisioneros, con 4 oficiales, un cañón con su tiro y carro de municiones, gran cantidad de armas,» un rico botín y, por último, la plaza.

Accion de Arronches.

Este choque y los movimientos á que dió lugar privaban á Campo Mayor de todo ulterior socorro y mantenían á Elvas completamente incomunicada y hasta envuelta, sin esperanza alguna si el ejército portugués no recobraba las posiciones de los días anteriores. Pero, en vez de la reacción que eso haría suponer, las tropas portuguesas se retiraron apresuradamente al Tajo, abandonando en los caminos parte de su material y no pocos víveres que aprovecharían los Españoles, faltos ya de ellos según iban internándose en el país. Sólo quedaban á retaguardia las citadas fortalezas de Elvas y Campo Mayor que pudieran motivar alguna precaución en el ejército español, pues que Estremoz era, al mismo tiempo, objeto de un ataque por parte del Marqués de Castelar que con la división de su mando debería también observar á Villaviciosa y á Evora sobre su izquierda y en las comunicaciones con Olivenza y Jeromenha, donde mandaba las fuerzas enemigas el general Forbes, tan conocido de los Españoles. San Vicente, Barbacena y Santa Olalla fueron ocupadas el 23, 24 y 25 por Lancaster, relevado al frente

de Campo Mayor, por la cuarta división de Negrete y reforzado en sus nuevos empeños por la Vanguardia que ya hemos dicho regía el infatigable y entendido Marqués de la Solana, que se adelantó aún más el último de aquellos días persiguiendo á los Portugueses con sus guerrillas hasta más allá de Monforte. Tan encendidos iban Lancaster y Solana en su avance, que el 1.° de Junio eran dueños de Assumar y Alegrete, poniéndose frente á la excelente posición de Porto da Espada, donde se habían reconcentrado los Portugueses para hacer un extremo y poderoso esfuerzo. El brigadier Bernardino Freire de Andrade, tan reputado por lo enérgico y activo, ocupaba aquel campo en observación, antes, de las avenidas de nuestra plaza de Valencia de Alcántara, y ahora cubriendo las fuentes del Caya, en cuyo valle asentaban las poblaciones portuguesas acabadas de nombrar. Pero vista la situación á que habían llegado las cosas el día 1.° de Junio, se concentraron junto al campamento de Freire y en derredor del cuartel general, establecido en Portalegre, la mayor parte de las fuerzas teniendo á su retaguardia la caballería y en Crato la división extranjera de Frazer. ¡Maniobra inútil! Porque no estaban para resistir los ánimos en el campo portugués, y apenas los acometieron la Vanguardia y la cuarta división españolas, algún regimiento de la primera y la caballería de la tercera, todo él se puso en retirada abandonando sus abundantes depósitos de víveres, armas y municiones. El Duque de Lafoens se dirigió á Alpalhão y Gavião para acogerse, como lo hizo, al Tajo, en cuyas aguas había establecido puentes que mantuvieran expeditas sus comunicaciones con Abrantes en la margen derecha de aquel caudaloso río.

El campo de Espada.

Quedaba junto á aquel campo la pequeña plaza de Castello de Vide que mal podía defenderse después de tal desastre; y su gobernador se dejó imponer por la presencia de un batallón y un escuadrón que él y los suyos supusieron ser parte de un gran golpe de fuerzas de todas armas ante las que sería

imposible toda resistencia [1]. Detrás, ya lo hemos dicho, continuaban sin expugnar Elvas y Campo Mayor, bloqueada la primera por no tener los Españoles todavía reunidos medios propios para formalizar el sitio, y apretando ya el de la segunda que no los exigía tan numerosos y potentes.

Rendición de Campo Mayor.

Ya hemos dicho también que la división Negrete, al relevar á las de Vanguardia y segunda, había sido encargada del sitio de Campo Mayor. Esto se verificaba el 21 de Mayo; y en la tarde de aquel mismo día y después de un prolijo reconocimiento se plantaba en paraje oportuno una batería que entonces se llamó *de incomodidad*, ya que se esperaba no sería necesario un ataque formal con la construcción de obras de sitio y la artillería correspondiente. La batería rompió el fuego la mañana del 24 causando algún

1 Es muy curiosa la relación que envió Godoy de la toma de Castello de Vide, y la copiamos porque explica perfectamente la índole de aquella guerra y las condiciones especiales en que se hizo. «El día 2, se dice en aquel parte, se comisionó por aquellos Generales (Lancaster, Solana y Castelar) al Teniente Coronel D. Ramón Orell para acometer á Casteldavide con el batallón de voluntarios de Barbastro de su cargo, y un esquadron de Borbon al mando del Teniente Coronel Vizconde de Zolina: emprendió su comision á las quatro de la madrugada del 2, y á la una de su tarde se presentó delante de la plaza tomando posiciones confusas que pudieran aparentar mayor fuerza que la que llevaba. Intimó desde luego por su Sargento mayor D. Miguel de Alcega al Gobernador de la plaza, precedidas algunas contestaciones, que con repugnancia le hizo desde la muralla el Mayor de la misma plaza, pero que venció Alcega con prudencia y tino. El Gobernador contestó con bastante firmeza, aunque no tanta que no conociese Alcega que á un amago más enérgico cedería al fin salvando así su compromiso con el vecindario. Informado Orell, se adelantó con 100 hombres hasta la explanada, y desde allí amenazó á las gentes que coronaban la muralla con el furor de 4.000 españoles resueltos á tomar la plaza á todo trance sin perdonar ningún género de estrago; con lo que consiguió se presentase en la puerta el Mayor de la plaza, á quien sin oir mandó imperiosamente le entregase y llamase á su Gobernador, haciendo señal á su escolta en este momento para que se apoderase de la puerta, como lo executaron. Entró Orell imponiendo sorpresa en los habitantes y en la guarnicion, despreciando sus gritos y representaciones, y se dirigió á la casa del Gobernador, ordenando que se le presentara prontamente, lo que se verificó; y en el acto ajustó una capitulación, cuya copia acompaña. Había en la plaza 18 cañones de varios calibres, quatro obuses, muchas municiones, cabrias, armas de fuego y blancas, tiendas de campaña y otros muchos efectos de parque, cuyas relaciones no están aún concluidas.»

estrago en la ciudad, á cuyo gobernador creyó Negrete deberle dirigir después una segunda intimación que fué, como la primera, rechazada. Por éso y sabiendo el Generalísmo que la concentración de los enemigos en Arronches tenía por principal objeto el de socorrer á Campo Mayor, mandó reforzar la división sitiadora con la tercera de Castelar, situándola en la parte por donde irían aquellos que, como ya expusimos, fueron atacados y vencidos por Solana y Lancaster antes de que pudieran realizar su intento. Campo Mayor insistía, sin embargo, en su defensa arrostrando el fuego de otra batería que, más próxima que la anterior, produjo gran ruina en los muros y principalmente en los edificios de la población con las 6 piezas de á 24, 4 de á 16 y un mortero de á 12 que la formaban. Fué necesario, aun así, aumentar el fuego en los días del 2 al 6 de Junio; pero, más que eso en nuestro concepto, el que llegasen al gobernador noticias exactas de los progresos que había hecho nuestro ejército y de que ya se hallaba operando sobre el Tajo, para que el general Díaz Acevedo se aviniera á capitular después de 16 días de una resistencia que bien puede calificarse de honrosa si se compara con la que oponían las demás plazas y, sobre todo, las tropas del ejército de operaciones. El Generalísimo atribuía la pronta rendición de la plaza, que se entregó cuando tenía «quasi apagados sus fuegos, destruidos sus parapetos que miraban á las baterias de ataque y haber recibido más ó menos daño todos los edificios de su vecindario, de que muchos estaban en ruínas,» á que «la incomodidad, encierro ó exposicion en que semejantes baterias tienen á la guarnicion y vencindario produce más breve y menos sangriento y costoso efecto que los ataques en regla.» No; á lo que debió achacar éxitos tan rápidos fué á la manifiesta debilidad que semejante lucha causaba en unas tropas, como las portuguesas, cuyo general en jefe se resistía á tomarla en serio, considerándola tan impopular en España como en su país, unidos por vínculos tan estrechos, y provocada tan sólo

por la vanidad de Godoy y su ansia de pasar por un gran capitán [1]. En cuanto al sistema recomendado para la toma de plazas, ¿hubiera dicho Godoy lo mismo después de los sitios de Zaragoza y de Gerona en 1808 y 1809?

Á la conquista de Campo Mayor siguió la de Ouguella en el mismo día 6 de Junio, último de la campaña; porque el Gobierno portugués, viendo á su ejército en completa retirada y acogiéndose á la derecha del Tajo después de una intentona frustrada para recobrar sus depósitos de Niza y Flor da Rosa, donde sufrió la derrota quizás más considerable de la guerra, se resolvió á negociar una paz que bien comprendía iba á ser mucho más onerosa de proseguirse todavía las operaciones [2].

Operaciones en las demás fronteras.

No habían sido más favorables para él las ejecutadas en la frontera de Galicia ni en la del Guadiana. En aquélla, el general Goméz Freire jefe de

1 Un pasquín que se fijó en las calles de Lisboa decía: «Se ha perdido entre Portalegre y Abrantes un niño de cerca de ochenta y dos años con una bota de terciopelo (sufría de gota). Se suplica á los que lo hayan encontrado lo presenten en la oficina de anuncios.»

Thiers atribuye, por supuesto, esa debilidad á la presencia de los Franceses en Ciudad Rodrigo, y véase cómo lo explica. «Aun cuando la guerra parecía fácil, debía, con todo, temerse un peligro, el de que se hiciese nacional por parte de los Portugueses. El odio que éstos sentían contra los Españoles hubiera podido producir ese lamentable resultado si la proximidad de los Franceses, establecidos á algunas marchas por retaguardia no hubiera hecho caer todas aquellas veleidades de resistencia.»

La prueba de que los Portugueses tenían noticia exacta de las fuerzas de Leclerc es que el Marqués de Alorna, que se había situado á su frente y construído algunas obras de fortificación en Guarda y un camino para comunicar con Abrantes, se mantuvo tranquilo, y el general Dordaz, que debía apoyarle, se corrió, por el contrario, hacia Castello Branco y Villavelha al saber los progresos de nuestro ejército en Alemtejo.

2 Dice Accursio das Neves: «Desde Gavião se hizo una expedición para salvar los depósitos de Crato, una expedición compuesta de 600 hombres y 80 caballos; pero inútilmente porque fué sorprendida en Flor da Rosa y hecha casi toda prisionera por fuerzas superiores. Los papeles franceses dieron á esta acción tal importancia que en alguna de sus obras se habla de ella como de una gran batalla.» Godoy dice que los Portugueses tenían 4 compañías de granaderos, 2 de cazadores, 25 caballos portugueses, 40 dragones ingleses y 4 piezas, que también quedaron en poder de nuestras tropas.

E. M. de La Rosière, pretendió apoderarse de Monterrey, y saliendo de noche con un grueso cuerpo de infantería y caballería se encaminó por el valle del Tamega á aquel punto que consideraba poco vigilado y sin temor alguno. Pero los guías equivocaron la ruta, error extraordinariamente craso tratándose de distancia tan corta y en país tan conocido, error, sin embargo, que salvó á los Portugueses; porque, avisados á tiempo los nuestros de su intentona, les armaron una emboscada al frente de Monterey y los hubieran escarmentado de no retirarse con la mayor precipitación á sus cantones al, tomando el verdadero camino, chocar sus avanzadas con las españolas. En el Guadiana las operaciones se redujeron á un cañoneo no muy sostenido de las baterías de una y otra orilla, reforzado en la nuestra por el fuego de las lanchas cañoneras que tenía allí apostadas el general Iturrigaray, cuyas tropas experimentaron algunas pérdidas y, entre ellas, la muy de lamentar del teniente coronel de artillería D. José Power, oficial de gran mérito á quien derribó muerto una bala de cañón, disparada desde una batería establecida por los Portugueses contra las nuestras de Ayamonte.

Tratados de paz.

La situación de Portugal se había hecho *consternadora*, así lo reconoce un historiador de esa nación, presente á aquellos acontecimientos que, en su patriotismo, deplora con la mayor amargura. Érale necesario recurrir á las negociaciones antes de que tomaran parte en la campaña los Franceses que, no teniendo la fuerza que se les suponía y aún se les ha querido atribuir después, se mostraban, sin embargo, impacientes por penetrar en el Reino hacia Coimbra y Oporto. Así es que el 6 de Junio se celebraba en Badajoz un armisticio que á los dos días se convertía en dos tratados de paz; uno, entre Portugal y España, que firmaron Luis Pinto de Sousa, vizconde después de Balsemão, y el Príncipe de la Paz, y otro entre aquel mismo Estado y la República francesa, en que estampó su firma Luciano Buonaparte junto á la del diplomático portugués.

Grandes sacrificios hubo de hacer el Gobierno lusitano para obtener la paz en circunstancias tan apuradas; pero, aun así, no fueron lo enormes que de tratarse entre naciones animadas de otros sentimientos que los en que se inspiraban las dos que comparten el dominio de la Península ibérica.

Con España.

En el tratado con España se estipulaba, además de la devolución de las presas respectivas, la clausura de los puertos de Portugal á los navíos de la Gran Bretaña y la restitución de cuantas plazas y poblaciones hubieren conquistado los Españoles en aquella guerra, excepto la plaza de Olivenza, su territorio y pueblos desde el Guadiana, de suerte que este río fuera el límite de los respectivos reinos en aquella parte que únicamente toca al sobredicho territorio de Olivenza. Añadíase á eso la prohibición de depósitos de contrabando que pudieran perjudicar al comercio é intereses de la corona de España, sin perjuicio para las rentas reales de la de Portugal ni para el consumo del territorio respectivo en que se hallaren. Los artículos del V al VIII inclusive se referían á la indemnización á los vasallos del rey de España de los daños y perjuicios que se reclamaran en justicia, causados por los del de Inglaterra y de Portugal durante la guerra con ambas potencias, al reintegro de los gastos no pagados por las tropas portuguesas al retirarse de la guerra con Francia terminada en 1795, á la conducta que debería observarse al cesar las hostilidades así respecto á contribuciones como á la evacuación de los territorios ocupados, y al tratamiento para con los prisioneros y enfermos ó heridos que se restituyeran á su país. El art. IX, ofrecía una importancia que exige mención especial. Se decía en él: «S. M. Católica se obliga á garantir á S. A. Real el príncipe regente de Portugal la conservación íntegra de sus estados y dominios sin la menor excepción ó reserva.» Era esto tanto como echar por tierra el más importante plan de Napoleón, que, como saben nuestros lectores, consistía en ocupar algunas provincias portuguesas que sirvieran, al hacerse la paz general, de

garantía para la restitución de Malta y de Menorca y la Trinidad á sus anteriores dueños. Godoy dice en sus Memorias que ese artículo, dirigido al parecer contra las invasiones de Inglaterra, iba realmente á evitar que los Franceses, por su parte, intentasen invadir el Portugal ellos solos si el Primer Cónsul, como podía darse, no aprobaba el convenio ajustado por su hermano.

Pero la cláusula que más honor hace á aquel tratado y de consiguiente á su negociador, es la segunda de que ya hemos dado cuenta, la en que se estipuló la anexión á España de Olivenza y su territorio en la orilla izquierda del Guadiana [1]. Basta ella sola para desnudar la guerra de 1801 del manto del ridículo con que se la ha querido cubrir por los detractores de Godoy y por los que sólo en los resultados de gran bulto encuentran la gloria y el verdadero fruto de los acontecimientos militares ó políticos. Que se trasladen, sin embargo, con la memoria á las regiones de la historia de nuestras luchas con Portugal y vean si, fuera de la grande, mejor dicho completa y trascendental hazaña del duque de Alba, ha sacado España de ellas ventaja que ni moral ni materialmente compense la serie de reveses que, valiéndose de sus propios recursos, de sus alianzas, de cuantos medios les han proporcionado nuestros errores y discordias, nos han hecho sufrir los Portugueses en la defensa de su territorio desde su constitución en reino independiente dentro de la península de que ocupa parte tan considerable. Fué necesario que llegasen momentos tan angustiosos como los del primer año del presente siglo para que privado Portugal del auxilio,

1 Más honor aún le hace la previsión que revela su despacho de 21 de Junio, manifestando implícitamente la conveniencia de anexionar á España aquel pedazo de tierra portuguesa. «Jurumenha, dice, se ha rendido á las armas de V. M.; y con esta presa se quita el depósito de contrabandistas que protegía el tal lugar; Guadiana es el límite natural, pues Olivenza (el río) y la demarcación contigua es sola una ribera sin agua en el verano. Este rincón es fertilísimo: los habitantes de Alconchel, Cheles, Valverde, Barcarota, y en fin todos los pueblos quedan exentos de la opresión del enemigo, Badajoz cubierto por esta parte, y otras muchísimas consecuencias que el tiempo hará conocer.»

pocas veces negádole, de la Gran Bretaña en la ocasión precisamente en que se sacrificaba por ella, cediese en lo que más podía lastimarle, en la pérdida de un pedazo, siquier pequeño, del suelo patrio. Pero, por lo mismo, tal sacrificio constituye una gloria indisputable para Godoy, á quien no hemos de negársela nosotros por duros y hasta inexorables que nos hayamos mostrado con sus ambiciosos y ruines procedimientos para obtener los favores de que fué objeto y la influencia de que hizo uso tan fatal para su país. Así es que las diatribas que tanto se le prodigaron por el espectáculo de las revistas militares pasadas por Carlos IV y María Luisa en las inmediaciones de Badajoz, alardes impropios del motivo y la ocasión que los provocaba, si eran justas, lo eran en cuanto á los móviles de su promovedor y al olvido total de las conveniencias que imponía una corte como la española, tan severa hasta entonces [1].

1 La *Gaceta*, al dar cuenta de las fiestas celebradas en honor de los Reyes en su visita al ejército en Badajoz, decía: «Á las cinco y media de la tarde del dia siguiente (30 de Junio) pasaron SS. MM. al campo de Santa Engracia, donde las mismas tropas estaban formadas en batalla y divididas en vanguardia, primera y segunda líneas al frente de sus respectivos campamentos. Al costado derecho de las líneas salieron á recibir á SS. MM. el Generalísimo con los Generales de la Plana mayor y agregados á ella, Estado mayor y sus Edecanes. El Rey descendió del coche, y tomó un caballo. Á la Reyna nuestra Señora, que no gustaba de recorrer las líneas en coche, se le presentó un carro triunfal graciosamente adornado, que desde luego aceptó y ocupó S. M. Las tropas inmediatas se avanzaron con aclamaciones á conducir el carro y S. M. accedió á darles esta complacencia, prueba de su confianza: así continuaron SS. MM. recorriendo las líneas y revistando sus tropas entre continuas aclamaciones y vivas, mudándose los conductores del carro á cada batallón.»

Alcalá Galiano comenta así la tal revista: «En tanto el Príncipe de la Paz se creía un conquistador lleno de gloria, y deseoso de dar á aquella campaña ciertos colores de caballería, presentó la reina al ejército en unas como andas hechas de ramas y flores, siguiendo el rey á corto trecho y dió en público á la primera como trofeo de su victoria un ramo de naranjas cogido en el territorio portugués conquistado. Tan indigno y ridículo espectáculo en que una señora de tan alta esfera y de cerca de cincuenta años de edad así se presentaba al público haciendo gala de sus flaquezas; y un privado de poco seso ostentaba neciamente su poder ridiculizándose á sí y consigo propio á su ejército por celebrar tan pobres hazañas; y un rey y esposo asistía á tal espectáculo con muestras de verle satisfecho llenaron de indignación y desprecio los ánimos de quienes veían ó sabían miserias consideradas como afrenta del trono español

Con Francia.

El segundo tratado, de igual fecha que el anterior, esto es, el que hemos dichofi rmaron Luciano Buonaparte y el mismo Pinto, contenía clausulas naturalmente diferentes, como celebrado entre naciones cuyos intereses en aquella contienda no se parecían á los que se ventilaban entre España y Portugal más que en el común de excluir á la Inglaterra de toda ingerencia en los asuntos de nuestros hermanos de la Península y á sus naves del abrigo que les habían ofrecido hasta entonces los puntos del litoral lusitano. Eso y una indemnización de 20 millones constituían lo más esencial del convenio y las seguridades de una amistad cordial con la República y sus aliados. La irritación del Primer Cónsul al conocer esas estipulaciones fué extrema y la reveló inmediatamente con aquellos rasgos de violencia, característicos suyos y de que, al decir, de un historiador francés, se hacía un arma de combate para sus maniobras di lomáticas. Sus acusaciones iban en primer lugar dirigidas á Luciano que había tan neciamente hecho un convenio que Napoleón calificaba de opuesto á sus mandatos, al hecho con España y á los intereses de la República, tan comprometidos en aquella ocasión. Teníalo por uno de los reveses más graves que hubiera sufrido en su magistratura, no estando acostumbrado su nombre á aparecer más que en cosas útiles para la nación y honrosas para el pueblo francés. Quería reforzar el ejército de Leclerc con 10.000 hombres, preparados ya en la frontera para su entrada en España; y agregándoles, como ya

Indignación del Primer Consul.

y de la nación misma. Entre esta fué llamada guerra de las naranjas la de que se va ahora tratando, contribuyendo tanto como otra cosa alguna al general descontento.»

En Badajoz habría por lo menos tradición del alarde presenciado por Felipe II en aquel mismo campo y con demostraciones que, queriéndolas imitar quizás Godoy, resultaron parodia ridícula y hasta indigna, vista la desproporción de las figuras que en una y otra ocasión tomaron parte en el espectáculo. Puede conocerse el alarde de 1580 en el tomo de documentos inéditos que con la correspondencia del Duque de Alba y Felipe II publicaron D. Miguel Salvá y los Marqueses de Miraflores y Pidal.

había dicho, 10 ó 12.000 españoles, se deberían ocupar las tres provincias portuguesas antes citadas. De todas maneras, desaprobaba el tratado hecho por su hermano, que, á lo más, podría servir de protocolo, ya que se acordaba en él que no cesarían las hostilidades hasta que fuera ratificado; sirviendo, en caso, para emprender uno con Inglaterra entendiéndose con Lord Hawkesbury, pero siempre sobre las bases designadas al Sr. Araujo cuando tan inopinadamente se presentó en Lorient. Al mismo tiempo hacía escribir al general Saint Cyr, manifestándole que el Gobierno francés no aceptaba el tratado ni podría hacer la paz mientras no ocupasen sus tropas dos ó tres provincias que sirvieran de equivalencia al gran número de colonias conquistadas á sus aliados por los Ingleses, y que, concertando con Godoy un plan de campaña en unión con fuerzas españolas, marchara con todas las francesas sobre Oporto y ocupase las provincias inmediatas; en el concepto, se le dijo, *de que no habia enviado á Madrid un general tan distinguido para que no se hiciera caso de él y gentes novicias en el arte de la guerra desdeñasen sus consejos*.

En cuanto al Príncipe de la Paz, desatábase Napoleón en injurias contra él y en amenazas contra sus protectores.

De aquél, decía en su despacho del 7 de Julio: «Sabreis por ellas (cartas de España) que el Príncipe de la Paz, que ha conquistado nueve fortalezas y reñido no se cuántas batallas, toma con nuestro Embajador el tono de un Suwarow.» Y en otro de dos días después: «He leído el billete del general Príncipe de la Paz; es tan ridículo que no merece una contestación formal; pero si ese príncipe, comprado por la Inglaterra, arrastrara al Rey y á la Reina en sus providencias contrarias al honor y á los intereses de la República, *habría sonado la última hora de la monarquia española*.»

Aquel debió ser el primer toque de aviso á los gobiernos españoles de la terrorífica tempestad que amenazaba

para poco después á la monarquía que luego acabaría, con efecto, por destruir el gigante en la plenitud ya de sus fuerzas.

Godoy, ensoberbecido con sus triunfos de Portugal, más fáciles de lo que él pretendía hacer creer y de lo que consideraban sus ciegos protectores, y asegurado con la ratificación dada por ellos al convenio de Badajoz, respondió á las primeras impugnaciones de Napoleón y á los pasos que dió Saint Cyr para anularlo con una nota, la del 26 de Julio, en que, después de decir que la paz ajustada, con la aprobación del Rey y publicada ya, era irrevocable, habiéndose hecho, además, de acuerdo con el plenipotenciario francés y con el objeto y condiciones que se habían antes convenido entre las dos potencias aliadas, demostrábase que Portugal no había revelado *la obstinación* que se había también convenido en vencer con las armas para cerrar sus puertos á las naves inglesas. La ligera resistencia opuesta en tan corta campaña no debía interpretarse como tal obstinación, *por todo lo cual el carácter de aquel negocio era ya tal, como si el Portugal hubiese consentido desde los principios á las proposiciones de los dos gabinetes aliados*. Añadíanse luego razonamientos sobre los beneficios que proporcionaría aquel tratado á Francia y á España para apresurar el término de la guerra con la Gran Bretaña, todos expresados con frases que, á la par que enérgicas, debieron ser convincentes para el Primer Cónsul según el silencio con que fueron contestadas. Uno de esos razonamientos era: «que la cuestión del Portugal no merecía la pena de que la Francia hiciese pender de ella la amistad tan radicada que unía á las dos naciones; que en mantener lo hecho iba el honor de la corona, mientras la Francia en respetarlo, sin perder cosa alguna, probaría á todo el mundo, lo primero su moderación en evitar la guerra cuando no es justa y necesaria; lo segundo, que su alianza no era mando; y que en fin S. M. Católica, sobre todas estas razones, tenía ansia de aliviar sus vasallos del

peso de la guerra y de evitarles las molestias que las tropas extranjeras, por mas bién disciplinadas y mas amigas que éstas fuesen, causaban siempre á las familias y á los pueblos con sus estaciones y tránsitos» [1].

Esto era, y después se indicaba, exigir la evacuación de nuestro territorio por las tropas francesas, huéspedes enojosos, cuya acción se había conseguido impedir con la rapidez de las operaciones de nuestro ejército y cuya vuelta á Francia se trataba ahora de apresurar alegando penurias y no surtiendo los suministros que necesitasen sino por un plazo, al fin del cual hasta llegaron á suspenderse.

Parece que conducta semejante por parte del Gobierno español debía exasperar aún más al Primer Consul que sólo esperaría complacencias y actos de la más servil humildad como hasta entonces. Había reconocido la obligación de que todos los gastos del ejército francés corriesen de cuenta de la República, prometiendo el reembolso de los adelantos hechos por España; había recomendado á Leclerc tomase las medidas convenientes para la observancia más severa de la disciplina en las tropas de su mando, consiguiéndolo á punto que Godoy confesara que era inmejorable, perfecta; manifestaba en sus notas á Azara, en la del 15 de Agosto particularmente, un afecto y un respeto á Carlos IV que decía traducirse en sus concesiones al rey de Etruria y al duque de Parma, y la mayor confianza en su lealtad y firmeza; pero en cuanto acudía á la punta de su pluma el nombre del favorito, iban desapareciendo la magnanimidad, la calma y hasta la paciencia en que parecía haber querido inspirarse para sus escritos á nuestro embajador en París y al suyo en la corte española. Manifestaba á Azara que se trataba en España de llevar á su colmo el disgusto de los oficiales franceses y de suscitarles todo género de contrariedades, y que se había llegado á proponer á Leclerc la diseminación de sus tropas por varias provincias, *proposición injuriosa para unas banderas que ja-*

1 Memorias de Godoy.

más habían consentido el menor insulto [1]. La queja era fundada y el Príncipe de la Paz se jactaba de ello luego, haciéndola conocer la información dirigida á los Cónsules por el general Rivaud en que probaba de una manera palmaria el mal trato que se daba en España á los soldados franceses. Á su hermano le hacía ver Napoleón la indignación que sentía por la conducta *extravagante é insolente* de Godoy; mandándole que presentase sus quejas al Rey y á la Reina sin ocultarles que las sufría, «pero que ya estaba vivamente impresionado por el tono de desprecio y de falta de consideración que se tomaba en Madrid, y que de continuar poniendo á la República en la necesidad de soportar la vergüenza de los ultrajes que se le hacían públicamente ó de vengarlos con las armas, *se podrían ver cosas que no se esperaban.*» Afortunadamente Azara seguía en París y empleó su grande influencia con el Cónsul hasta conseguir calmarlo y, por el pronto, hacerle hasta olvidar las imprudencias, eso sí patrióticas, de nuestro arrogante Generalísimo [2].

Combate de Algeciras.

Es verdad que por aquellos días absorbían por completo la atención de Bonaparte las noticias que á cada momento le llegaban de la campaña en que se había visto comprometido un destacamento de la escuadra del almirante Ganteaume, que desde Tolón se dirigía á reunirse en Cádiz á la que se estaba formando en este arsenal con los seis navíos españoles cedidos á la Francia. Se había tratado de hacer un gran esfuerzo para sacar de Egipto el ejército francés que se temía hubiera muy pronto de sucumbir según lo vano de las anteriores tentativas, lo pertinaz de los ataques de que era objeto por parte de Turcos é Ingleses, y falto, desde la muerte de Kleber, de un jefe que mantuviera

1 Godoy lo confiesa en sus Memorias. «Yo no habría sabido nunca, dice, hambrear á aquellos bravos; pero aunque le costase mucho á mi delicadeza, mi patria era primero, y preferí por ella tomar figura de mezquino.»

2 Es tan curiosa una de las conferencias de Azara con Napoleón que nos ha parecido deber trasladar á este libro su contenido, tal como resulta de los papeles de nuestro ilustre compatriota. Véase el apéndice núm. 9.

por más tiempo su dominación en el Delta. No ya para extender esa dominación, como era el pensamiento de Bonaparte, ni para dar esperanzas de permanecer respetado en la región más envidiada de aquel emporio de riqueza, adivinado por Alejandro y produciendo hoy las mismas codicias que antes, tenía el ejército francés medios suficientes, bloqueado tan estrechamente, como estaba, y bajo la dirección del general Menou, hombre inteligente, instruído y celoso, pero inexperto, irresoluto y, en fin, sin condiciones militares que le hicieran temer de los enemigos y apreciar de sus soldados. Sabía perfectamente todo eso el Primer Cónsul; y de ahí el empeño de sacar á sus antiguos camaradas de un país imposible ya de mantener y en que, por este mismo convencimiento desde los desastres de San Juan de Acre y de Abukir y por sus ambiciosas miras políticas, había abandonado á un destino que calculaba sería en último término fatal é irremediable.

En el tiempo á que nos vamos contrayendo y mientras ponía en ejecución los proyectos de que hemos dado cuenta, valiéndose de la grande escuadra franco-española de Brest y de las con que contaba del Ferrol, Cádiz y Cartagena al tenor del último tratado de San Ildefonso, el Primer Cónsul ordenó á Ganteaume una nueva salida, la tercera, en dirección de Egipto. Verificóse, efectivamente, el 25 de Abril, aun teniendo que enviar á Tolón tres navíos con los enfermos que una dolencia pestilencial declarada á bordo de la escuadra obligaba á volver á Francia, y llegó á una playa inmediata á Alejandría, la cual hubo luego de abandonar apresuradamente ante los Ingleses que se presentaron de improviso á su vista con fuerzas muy superiores á las de su mando. Pero mientras volvía á Tolón, el almirante Linois que mandaba los tres navíos destacados de las costas de la isla de Elba, desembarazado ya de los enfermos, se daba á la vela hacia Cádiz para reunirse á los seis navíos cedidos por nuestro Gobierno y que andaba gobernando el almirante Dumanoir, á otros cinco del

Ferrol y acaso á la escuadra de Bruix, si le era posible á éste salir de Rochefort. Con eso se formaría una flota de más de veinte navíos, capaz de hacerse dueña del Mediterráneo y abastecer superabundantemente al ejército de Egipto; operación, después de todo, tardía ya, puesto que ese ejército capitulaba el 27 de Junio sin esperanza en los propios recursos ni en el socorro, tantas veces frustrado, de su Gobierno [1].

Linois, á pesar de vientos en un principio contrarios, embocó el Estrecho; y sabiendo cuan próxima se hallaba la flota inglesa destinada á observar el puerto de Cádiz, se acogió el 4 de Julio al surgidero de Algeciras. Su posición allí era, como no podía menos, peligrosa, tanto por la proximidad de la escuadra enemiga, dueña de la salida del Estrecho desde sus posiciones, como por hallarse frente á frente de un establecimiento, el de Gibraltar, que podría abastecerla de cuanto la fuera necesario para combatir en punto tan cercano, en sus mismas aguas puede decirse. Á pesar de todo, su valor, el compromiso honroso en que se veía y el apoyo que esperaba de las fortificaciones de Algeciras y de las fuerzas sutiles de aquel puerto, le inspiraron la resolución generosa de arrostrar el peligro y las responsabilidades de un combate que, por lo desigual, debía temer pudiera serle funesto.

El día 6, con efecto, el almirante Saumarez doblaba á las siete de la mañana la Punta Carnero y entrando en la bahía aunque con viento contrario se dirigía hacia la escuadra francesa. La británica se componía de siete navíos, uno de ellos, *El Superbe*, muy retrasado en su marcha, y una fragata con varias embarcaciones menores que acudieron de Gibraltar para ayudarla en su ataque; la francesa, ya lo hemos dicho, de tres navíos, *El Formidable*, *El Desaix* y *El*

1 Se convino en que las tropas francesas se retirarían con los honores de la guerra, con armas y bagajes, su artillería y caballos, con cuanto poseía, para ser transportadas á Francia y alimentadas en la travesía por cuenta de Inglaterra. Los egipcios que quisieran seguir al ejército podrían hacerlo y aun vender sus bienes.

Indomptable, con la fragata *Muiron*, que les había servido de aviso en su marcha. La línea francesa se hallaba establecida entre la batería de Santiago al Norte, en que se apoyaba *El Formidable*, y la de la isla Verde al Sur, á cuya inmediación también se puso *El Indomptable*, con *El Desaix* y *La Muiron* en medio, y las cañoneras españolas mezcladas entre aquellos buques ó en situación de poderles prestar los servicios necesarios, propios de su condición. La primera de las baterías montaba cinco piezas de á 18; la segunda, siete de á 24, y las lanchas iban también armadas de artillería y con tripulaciones tan decididas como numerosas [1].

El almirante inglés lanzó sobre *El Formidable* uno de sus navíos, *El Pompey*, que, poniéndose á tiro de fusil, y según una versión española al de pistola, de su adversario, trabó con él un combate que, por lo encarnizado, parecía hacerse rápido y decisivo. El francés se defendía con tan buena fortuna, que otro inglés, *El Hannibal*, creyó deberse dirigir al socorro de su compatriota, ya muy maltratado y con todo su aparejo perdido. Los Franceses, escarmentados de la hábil maniobra de Nelson en Abukir, habían hecho varar dos de sus navíos para no ser, como en la playa egipcia, envueltos

1 Aquí empiezan las fantasías de Thiers sobre el combate de Algeciras. De esas baterías dice que no eran de gran socorro por efecto de la negligencia española que tenía todas las de la costa sin artilleros ni municiones. Esto no puede ser cierto hallándonos en guerra con los Ingleses y en punto como Algeciras, tan expuesto, por su proximidad, á las agresiones que no dejarían de intentarse desde Gibraltar si no lo veían en disposición y estado de defensa. Á tal extremo lleva sus exageraciones el célebre historiador en ese camino, que añade en su versión que, viendo el poco efecto de la batería de Santiago, hizo desembarcar artilleros del *Formidable* para que fuera más rápido y eficaz su fuego. Tenemos á la mano los partes detallados de todas las autoridades marítimas y terrestres de Algeciras, varias relaciones inéditas del suceso y la del ingenuo Sr. Olavide, cuya crónica del combate del Cabo de San Vicente hemos hecho conocer á nuestros lectores, y en ninguno de tan importantes documentos se conmemora tal circunstancia. Hay más: en el parte publicado por la *Gaceta de Madrid* se dice que esas baterías *fueron las que decidieron el suceso*, y que á la de Santiago se debió el apresamiento del navío inglés, *El Hannibal*.
¡Dar sus artilleros para las baterías! Para las de su navío las querría en combate tan desigual y en circunstancias tan apuradas.

y cogidos entre dos fuegos, en la previsión, por supuesto, de, si salían venciendo de tal compromiso, poderlos poner á flote al subir la marea. Así es que, al intentar *El Hannibal* acercarse á la costa y envolver al *Formidable* que, además del *Pompey*, estaba combatido del *Venerable* que fué á su socorro, varó también y, cogido entre los fuegos de la batería de Santiago, el de las cañoneras españolas que se le echaron encima, y el del *Formidable*, tuvo al poco tiempo que arriar su pabellón. *El Desaix* había logrado éxito igual al tomar parte en la lucha del *Formidable*, á cuyo lado estaba, con *El Pompey*, el que también arrió su bandera, pero logrando luego á favor de las embarcaciones menores ser remolcado á Gibraltar sin caer prisionero como *El Hannibal*. Eran ya dos los navíos ingleses puestos fuera de combate. *El Audacious*, no logrando acercarse al *Desaix*, se paró frente al *Indomptable* que con *La Muiron* se había retirado al abrigo de la Isla Verde, el fuego de cuya batería, unido al suyo, tuvo á raya al navío inglés y á otros dos de su misma nación á quienes el viento no dejaba maniobrar con la holgura necesaria para unir sus esfuerzos á los del primero. En resumen; que á las once de aquel día, tan glorioso para la marina francesa, *El Pompey* era retirado; á las doce y media, se rendía *El Hannibal;* á la una y cuarto, viraban los demás navíos ingleses con *El César*, que era el almirante, desarbolado, y todos con grandes averías, para á las tres y media fondear en Gibraltar, dejando como de descubierta al menos maltratado y á algunos de los buques que habían servido para el transporte de municiones y otros auxilios desde la vecina plaza británica [1].

Las pérdidas fueron considerables en las dos escuadras combatientes; valuándose la de los Ingleses aproximadamente en unos 900 hombres y la de los Franceses en 500, de los que 200 muertos y, entre éstos, los capitanes Lalon-

1 Los navíos ingleses eran: *César*, de 84 cañones; *Pompey*, de igual número de piezas, y *Venerable*, *Spencer*, *Audacius* y *Hannibal*, de 74.

de y Moncousu del *Formidable* y del *Indomptable*. También fueron de importancia las bajas sufridas por los Españoles. Además de las baterías de Santiago y la Isla Verde, y aun las de San García y Punta Carnero, que también hicieron algún fuego al paso de los buques enemigos por su frente, tomaron parte en la acción siete lanchas cañoneras, iniciándolo desde las dos cabezas de la línea francesa, donde se habían establecido desde que se vió á aquéllos dirigirse á combatirla [1]. Con decir que de las siete, fueron cinco echadas á pique, las 2, 4, 8, 12 y 13, se comprenderá si sería ó no eficaz su ayuda; pudiéndose añadir que, además del alferez de navío Lobatón que mandaba la núm. 12, fueron muertos tres patrones y dos marineros, y heridos cuatro soldados y cinco marineros, con varios también de los sirvientes de la artillería de nuestros fuertes de la costa [2]. También sufrió bastante la población de Algeciras, á la que dirigieron sus fuegos algunos de los buques ingleses en los momentos en que no podían dañar á los franceses, causando, según uno de los partes, no poco daño en sus edificios y casas.

El desastre del Estrecho.

Pero no fué allí donde el almirante inglés vengó la derrota que acababa de experimentar, tanto más vergonzosa cuanto que esperaba aquel día emular las glorias del vencedor de Abukir. Presentándosele seis días después una ocasión favorable para vengar su afrenta del 6 de Julio, logró aprovecharla con resultados tan funestos para nuestra marina, que no es fácil se olviden jamás en la historia de sus reveses, con haber sido tan frecuentes como terribles en aquellos primeros años de la presente centuria.

Al saberse en Cádiz, con la victoria de Algeciras, la situación comprometida en que quedaba la escuadra francesa en

1 Sus capitanes eran, según sus números 2, 3, 4, 7, 8, 12 y 13, D. Adrián Valcárcel, D. Francisco Berminghan, D. Rafael Domínguez, D. José de la Puente, D. Bernardo Roxas, D. Jerónimo Lobatón y D. Nicolás Abreu.

2 ¿Merecen esos sacrificios el desprecio con que Thiers menciona la cooperación prestada en tan gloriosa función por las lanchas y las baterías españolas á sus compatriotas los Franceses?

aquella bahía, se aprestaron varios buques, entre ellos *El San Antonio*, uno de los que se habían cedido á Francia, montado ya por marineros suyos; y el 9 zarpaban á las órdenes del General D. Juan Joaquín Moreno, *hombre*, al decir de Galiano, *en quien no faltaba buen valor*, *pero sí juicio*, llegando felizmente á incorporarse con los de Linois. Y como entre las varias relaciones que tenemos á la vista de la jornada de aquella escuadra al volver á Cádiz, ninguna nos ofrece las garantías de acierto que la de un oficial de marina, testigo de tan triste suceso, vamos á copiarla íntegra, ya que, además, es tan lacónica como expresiva.

«Nuestra Escuadra, dice, compuesta de 5 Navíos, y de 4 Franceses, de los que venían en vandolas los tres de la accion de Algeciras del día 6, zarpó de aquel fondeadero el 12 formada en línea de Combate, que respetaron los enemigos. Sobrevino bonanza, que retardó la operacion de embocar el Estrecho, que no se logró hasta el anochecer, en que dieron la vela 5 Navíos Ingleses de Gibraltar, á los que parece se agregó otro de Levante en aquel momento.»

«Refrescó el viento en el Estrecho, con lo que se acercaron los Ingleses, que venían por nuestra retaguardia, y arrojaban carcasas para descubrir la posicion verdadera de nuestra Escuadra; y aun uno de ellos se introduxo en medio del *Real Carlos* y del *Hermenegildo*, que venían á la cola de la línea, disparó una andanada á cada uno, y procuró retirarse ó pasar de largo. Resultó, que recibiendo *El Hermenegildo* la descarga en su banda de estribor, y *El Real Carlos* en la de babor, orzó cada uno sobre la banda en que había recibido el daño, para responder con toda la Artillería del costado; pero puestos contra proa los Navíos con viento fresco, se abordaron, teniéndose uno á otro por enemigo, y se hicieron un terrible fuego á boca de jarro, haciéndose uso de Granadas de mano y frascos de fuego, hasta que al cabo de media hora ó algo menos, se incendió *El Real Carlos*, y á su luz se reconocieron, y se aplicaron, aunque en vano, á

apagar el fuego, que se comunicó al *Hermenegildo;* y volaron con corta diferencia de tiempo, habiéndose salvado únicamente un Guardia Marina, D. N. Flórez en la Falúa del *Real Carlos*, con 47 hombres, únicos restos de 2.000, y de 61 entre Oficiales y Guardias Marinas» [1].

«No es nuevo batirse de noche dos Navíos de una Escuadra, pues, aun en tierra, en que es más fácil el desengaño, se escopetean muchas veces los cuerpos de un mismo Exército.»

«El General D. Juan Joaquín Moreno, con su mayor de órdenes Quevedo y 4 Ayudantes, habían salido de Algeciras en *La Sabina*, y también el General Francés Ciudadano Linois, por lo que se salvaron; pero hay muchos duelos, con motivo de una desgracia, tan impensada como funesta.»

«El 13 por la mañana calmó el Levante, y nuestra Escuadra (se halló ?) unida como á 4 leguas al Oeste de Santi-Petri, y cerca de este Castillo el Navío Francés *El Formidable*, á quien atacaban un Navío y una Fragata Inglesa; pero á la hora de principiado el combate, y como á las seis y cuarto de la mañana, perdió el enemigo su Palo-mayor; y aunque el Francés se hubiera apoderado de su contrario, no lo pudo hacer, por causa de otros dos Navíos Ingleses que se acercaron, dieron auxilio al desarbolado, que á corto rato quedó sin Palos; y entretenidos con él, dexaron seguir su camino á *El Formidable*, que entró en Cádiz á las cuatro de la tarde, y después la Escuadra aliada, faltando los dos que se volaron, y *El San Antonio* Francés, cuyo paradero se ignora [2]. Esta Escuadra había salido de Cádiz el 9. Quedó en Algeciras el Navío *Hannibal*, apresado á los Ingleses allí en la acción del 6, y salió falsa la noticia del otro Inglés, que

1 D. Antonio Alcalá Galiano dice que hasta hoy no ha sido posible averiguar á punto fijo cómo vino á suceder tan lastimosa tragedia, no pasando cuanto de ella se refiere de suposición más ó menos fundada, pero es de creer la contarían tal como fué esa tragedia Flórez y sus afortunados compañeros.

2 Fué apresado por los Ingleses.

se aseguró haberse ido á pique en Gibraltar, de resultas de la misma acción» [1].

Nuevo tratado de Francia y Portugal.

La acción de Algeciras, por gloriosa que fuera y aun sirviendo á Napoleón para uno de aquellos alardes que desde Italia venía haciendo de premiar las hazañas de sus subordinados, lo que valió á Linois un sable de honor y una orden por demás lisonjera, fué, al comparar sus ventajas con las pérdidas sufridas á los seis días en el Estrecho, una nueva demostración de la inferioridad naval de las naciones aliadas contra la Gran Bretaña. La conquista de Portugal, al ser repugnada por el Rey de España, no era posible ni, aun siéndolo, valdría á la Francia lo que la amistad del monarca, su tan sincero aliado, ni los riesgos y perjuicios que produciría la irritación de la Inglaterra al verse tan reciamente atacada en un país que tal interés político y militar la inspiraba. Y aunque las notas de Godoy suscitaran en él, no sólo el desprecio que afectaba, sino que un deseo, bien se veía, vehementísimo de vengarse de ellas en su autor y hasta en los soberanos sus protectores, las gestiones conciliadoras de Azara, incansable en su tarea de hilvanar voluntades, y más aún las consideraciones que acabamos de hacer, no muy distantes probablemente de las que él se haría, movieron á Napoleón á autorizar á su hermano para que reanudase sus trabajos pacíficos con el Gobierno portugués, concluyendo un tratado en que sacara todas las ventajas posibles para el interés y el honor de la Francia que tan desairado papel había representado en Ciudad Rodrigo. Y, con efecto, Luciano Buonaparte ajustaba un

1 Esta relación debe estar escrita el día siguiente al de aquella catástrofe, y serlo por el tantas veces citado Sr. Olavide, pues que va unida á una carta suya dirigida el 14 á su primo D. Juan de Oyarzabal y es de la misma letra. Y decimos que debió escribirse el 13 porque en la carta se da ya noticia de la suerte del *San Antonio* manifestando que habían muerto 60 hombres de los 750 que lo tripulaban. En la relación se hallan al final citados los comandantes Ezquerra y Emparan de los dos navíos incendiados, así como todos los demás jefes y oficiales que componían su tripulación y perecieron; en total, 61; 32 del *Real Carlos*, y 21 del *Hermenegildo*.

nuevo convenio con Portugal, el de 29 de Octubre de 1801, que firmó con el plenipotenciario de S. M. F. Cipriano Ribeyro Freyre, no muy diferente del anteriormente rechazado por el Primer Cónsul en cuanto á sus conclusiones políticas pero que costaba á Portugal una indemnización de gastos superior, la de 25 millones de francos, y, según se dijo entonces y luego propalaron ciertas Memorias, otros varios para el bolsillo particular de Napoleón, para el de su hermano, y aun el de su cuñado el general Leclerc [1].

Preliminares de Londres.

Hecha la paz, salieron de España las tropas francesas que habían venido como auxiliares, con gran contentamiento de nuestros compatriotas que veían en ellas huéspedes muy incómodos y el peligro, sobre todo, de que provocaran un día otra de las varias luchas que pudieran estar en la mente de quien, en el concepto general, hacía de la guerra el instrumento más poderoso de su elevación. No era así por fortuna; que á Napoleón, y ya lo demostró al principio de su consulado, la paz le serviría para consolidar una posición tan gloriosa como la ya adquirida por medio de las armas, y necesitaba demostrar á los Franceses que no le eran desconocidas las ciencias de la Política y de la Administración para curar las profundas heridas que había recibido el país en tantos años de guerra, así interior como exterior, que llevaba, y el desgobierno que lo tenía arruinado y malquisto de cuantas naciones cultas le rodeaban. Estaban para estorbar sus proyectos conciliadores sucesos muy recientes, dignos aquí de especial mención. Se había formado una coalición para resistir los intolerables

1 En las Memorias de Fouché, por el párrafo que transcribe Lafuente, y en el *libro rojo* compuesto por Bourrienne, según hace ver Accursio das Neves, aparecen alusiones que revelan que, con efecto, la fortuna de Napoleón creció con el donativo de Portugal en dinero, y en alhajas con los diamantes del Brasil que se le entregaron á la vez que la indemnización de guerra. El ***Plutarco de la Revolución*** facilitaba sobre eso datos sumamente vergonzosos para Napoleón y su hermano, á quien dice se dió la embajada de España para que se enriqueciera con el botín de Portugal.

vejámenes que el orgullo británico imponía á todas las potencias marítimas que, por su posición geográfica ó por su debilidad, se habían declarado neutrales en la lucha gigantesca de tantos años atrás entablada entre las que se disputaban el dominio absoluto de los mares. Los buques dinamarqueses y suecos, particularmente, eran objeto de los más humillantes atropellos, disculpados, cuando se reclamaba contra ellos, con un pretendido derecho de visita que los Ingleses interpretaban según la ley de su capricho ó de su codicia. El comercio, así, se hacía imposible, y, lo mismo que el de Dinamarca y Suecia, el de Rusia, Prusia y Holanda que tampoco podían reconocer ni menos sufrir, sin renunciar á los fueros de su independencia y á sus intereses más apreciables, tales arbitrariedades, cuya justificación, repetimos, se fundaba en la arrogante y absurda contestación que se daba á sus quejas, la de que «Inglaterra debía hacer cuanto pudiese para asegurar su supremacía marítima y que podía cuanto quisiera.» Eso, la ocupación de Malta en vez de devolverla á la Orden ó al Emperador Pablo, nombrado su Gran Maestre, y el ataque y presa de varios buques de los declarados neutros, produjeron un clamoreo general y un armamento naval en Copenhague, que, en vez de arredrar al Gobierno inglés, le decidieron á contener en su origen una sublevación que, de adquirir mayor fuerza y apoyándose en Francia y España, podría crearle una situación muy comprometida. Y no halló medio mejor ni más ejecutivo que el de enviar á Copenhague una gran escuadra, cuyo jefe, Nelson, después de salvar el Sund, metió en aquella capital un Embajador y con él un *ultimatum* para que se deshiciese el armamento allí reunido. Á la negativa que era de esperar, sucedió un combate que las naves dinamarquesas sostuvieron honrosamente con el apoyo de las baterías de tierra, y que no hubiera resultado favorable á los Ingleses sin la hábil estratagema de Nelson haciendo creer al Príncipe Real una muy otra situación de sus fuerzas, con lo que se firmó un ar-

misticio, atribuído, por otra parte, á la noticia, llegada en tales momentos, de la muerte de Pablo I.

La noticia era cierta. Había sido asesinado el Czar, como todo el mundo sabe, en su propio palacio, por sus mismos cortesanos y aun no sin sospechas de que lo supiera el hijo que iba á sucederle en el trono, más inclinado á la paz que su caballeroso pero lunático padre, furioso en aquellos días por el que consideraba despojo de sus derechos á Malta.

La capitulación, además, del ejército de Egipto quitaba á la República un gaje precioso para el tan deseado convenio de paz con la Inglaterra, gaje cuya sustitución veía el Primer Cónsul en la conquista de una parte de Portugal, que no realizada por lo precipitadamente que había España hecho el tratado de Badajoz, le privaba de instrumentos de compensación para sus futuras combinaciones [1].

La retirada, sin embargo, de Pitt de la gestión gubernamental de la Gran Bretaña, convencido de que existía en el pueblo inglés un espíritu pacífico creado por el cansancio de lucha tan dilatada, sin objeto ya y ruinosa, era síntoma de proximidad á pensamientos y á trabajos que aquel gran ministro creía no deber él aceptar y menos emprender sin detrimento de su dignidad política. El Ministerio Addington podía entregarse á ellos sin esa preocupación, ya que repre-

1 La posesión de Egipto era su más bello ideal. He aquí lo que decía en Santa Elena: «¿Qué no sería aquel hermoso país á los cincuenta años de prosperidad y buen gobierno? La imaginación se complace en cuadro tan encantador. Mil esclusas dominarían y distribuirían la inundación en el territorio por todas partes. Los ocho ó diez mil millones de toesas cúbicas de agua que se pierden cada año en el mar se repartirían en todas las zonas bajas del desierto; en el lago de Moeris, el Mareotis y el río sin agua hasta los oasis y más lejos aún por el Oeste; del lado del Este, en los lagos Amargos y todos los sitios bajos del istmo de Suez y de los desiertos entre el mar Rojo y el Nilo; gran número de bombas y molinos de viento elevarían las aguas á los depósitos de donde se las sacaría para el riego; numerosas emigraciones del fondo del África, Arabia, Siria, Grecia y Francia, de Italia, Polonia y Alemania cuadruplicarían la población; el comercio de las Indias habría tomado su antiguo camino por la irresistible fuerza del nivel; la Francia, dueña del Egipto, lo sería, por consiguiente, del Indostán.» ¡Qué imaginación!

sentaba en Inglaterra el partido de la paz á que, bien lo podía observar Pitt, se inclinaba la opinión general. Y se inclinaba por esa intuición propia del pueblo inglés, el más práctico de Europa y rigiéndose, de consiguiente, por principios é ideas que, á lo menos, no proclaman los demás de Europa.

Porque era innegable para los Ingleses que la Francia, en vez de arruinarse con una lucha que parecía, por lo larga y dispendiosa, capaz de acabar con las fuerzas todas vitales de la nacionalidad más robusta, no había perecido sino que, por el contrario, iba prosperando en proporciones pasmosas, desesperantes para sus enemigos, mientras sucumbía la Gran Bretaña bajo el peso de una deuda enorme y de la miseria que afligía á las clases trabajadoras. Su marina, por poderosa que fuera, y era muy superior á las demás, veía cómo en todas partes iba cundiendo la idea de una coalición que si, parcial antes, habían logrado vencer las naves británicas en Copenhague, se haría formidable de unirse con Francia, España y Holanda que mantenían la lucha con ellas. Y aun cuando las ventajas hasta entonces conseguidas en el mar lograron mantener muy alto el honor del pabellón inglés, no quedaban poco compensadas con el sinnúmero de reveses que sus aliados y amigos sufrían en el continente, en que puede decirse que dominaba, sin rival ni obstáculos bastante robustos para resistirle, el hombre singular á quien sonreía la Fortuna en todas sus empresas militares. En vez, por otra parte, de mostrarse más encarnizados cada día en Inglaterra los partidos políticos, y buena muestra de ello eran la caída de Pitt y la irritación de la aristocracia, en Francia parecían acallarse sus discordias y rencores bajo la hábil administración del Primer Cónsul, calmándose la Vendée á punto de extinguirse el fuego de su insurrección con la muerte ó la fuga de sus más esclarecidos caudillos, y de igual modo los jacobinos creyendo que los triunfos de aquel general les servirían también al cabo para el suyo.

Todas estas consideraciones, que no podían escaparse al talento de un hombre de Estado inglés, movieron á Addington á, aprovechando las circunstancias favorables que ofrecían la ocupación de Malta, las desgracias de los Franceses en Egipto y el armisticio de Copenhague, la muerte sobre todo de su mortal enemigo el emperador Pablo de Rusia y el advenimiento al trono de su hijo Alejandro, de espíritu conciliador y pacífico, abrir nuevamente las negociaciones á que estaba dispuesto el embajador francés Mr. Otto que, siguiendo las instrucciones de Napoleón, se mantenía siempre en Londres y comunicando con los miembros del gabinete británico. En tal disposición los ánimos en Inglaterra y Francia, todos deseosos de la paz, no tardaron en entenderse lord Hawkesbury y Otto, adoptando términos que, con ligeras variaciones, introducidas por Napoleón, favorables algunas para sus aliados, fijaron los de un convenio provisional que se celebró el 1.° de Octubre de 1801, llamado *Preliminares de Londres*.

En sus más importantes artículos se estipulaba la restitución á las potencias aliadas de cuantas conquistas marítimas había hecho Inglaterra durante aquella guerra, á excepción de nuestra isla de la Trinidad y de las posesiones holandesas de Ceylán, que quedarían en su poder. Menorca, de consiguiente, sería devuelta á España, Malta á la Orden de San Juan de Jerusalén, la Martinica y Guadalupe á Francia. Inglaterra evacuaría Porto-Ferraio á cambio de que la República devolviese los Estados de Nápoles y Roma; el Egipto volvería á poder de Turquía; se respetaría la integridad de Portugal, y todos los beligerantes canjearían sus prisioneros [1].

1 No especificamos aún más las conclusiones de los Preliminares de Londres porque han de aparecer en su mayor parte determinadas definitivamente en el tratado de Amiens, tan próximo á celebrarse. Pero sí apuntaremos, aunque con la mayor brevedad que nos sea posible, el curso de una negociación que, al concluirse, llevaba fecha muy larga de comenzada, desde antes de la permanencia de los Infantes españoles en París. Celebrado por Inglaterra el

He aquí para España el fruto de su alianza con la República francesa, el que, después de todo, era de esperar de un desacierto tan manifiesto para toda inteligencia regular y medianamente cultivada con la historia de la política europea de los dos siglos anteriores.

Es evidente que al autor de tal desacierto habría de causarle pena y rudo enojo un convenio celebrado, además, sin su intervención y hasta sin su conocimiento. Los mismos transportes de alegría que produjo la noticia de los *Preliminares* en Inglaterra y Francia, serían para el torpe gobernante de nuestra patria un torcedor más cruel aún y bochornoso; y ya que retrocedió de su primer impulso de no reconocer el convenio, dirigió al Congreso en que habría de hacerse el tratado definitivo una protesta enérgica contra la cesión de la Trinidad, tan sigilosa como arteramente acordada.

Interesante en alto grado é instructiva es para los hombres políticos de nuestro país, víctima tantas veces del desinterés y de la sinceridad que siempre han presidido á sus relaciones diplomáticas y á sus alianzas, la polémica, mejor todavía, la lucha que se entabló con el motivo que ahora nos

convenio de 17 de Junio sobre la magna cuestión de los Neutros, Hawkesbury había propuesto á M. Otto el abandono del Egipto por ambas partes, pero conservando los Ingleses la isla de Malta y quedándose, además, con Ceylán y, lo que era más difícil, con la Martinica ó la Trinidad á elección de los Franceses. Como era de esperar, Napoleón rechazó esas proposiciones valiéndose del argumento de que si Francia perdía el Egipto, tenía en su mano la posesión del Portugal con lo que proponía, á su vez, el abandono por la Inglaterra de Malta, la Trinidad y la Martinica. Estas declaraciones fueron apoyadas con la amenaza de un desembarco en Irlanda al que Inglaterra opuso una escuadra de embarcaciones ligeras que Nelson presentó al frente de Boulogne. Con ella bombardeó á la flotilla francesa el 4 de Agosto sin resultado y la atacó la noche del 16 con lanchas bien tripuladas para abordar las enemigas, pero con igual desgraciada suerte, siendo en todos los puntos de la línea rechazadas con pérdida considerable en barcos y hombres. Nelson resultaba vencido por Latouche-Treville; y esa era una gran gloria para la Francia. Pero entretanto, la discusión entablada con Godoy á consecuencia de los tratados de Badajoz produjo en el Primer Cónsul la resolución de ceder la isla de la Trinidad en vez de la Martinica, á que parecía inclinarse antes, y se acordaron sin dificultad los términos ya indicados de los *Preliminares de Londres*.

ocupa entre el Cónsul francés, omnipotente ya, cubierto de gloria y por toda la Europa respetado, y el valido del Rey de España, para quien la razón, que plenamente le asistía, no era arma bastante fuerte para resistir las de su adversario y al mismo descrédito en que había caído.

No bastaba que Napoleón, para demostrar á Godoy su rencor y su desprecio, recordase el despacho en que se negaba á enviarle su retrato, ni que en uno terrible, que la pluma se resiste á transcribir, manifestara después á la Reina que no contase con el apoyo de la Francia mientras tuviera á su lado al Príncipe de la Paz, el mayor enemigo de la República por su inmoralidad y su conducta arbitraria, mandando al embajador que diese publicidad á ese género de confidencias para abrir los ojos al Rey y suscitar en el Príncipe de Asturias el empeño de alejar al valido del gobierno del país y del corazón de sus padres. No bastaba tampoco que atribuyera á ese mismo favorito la pérdida de la Trinidad así como proyectos de, con la Reina, acaparar la regencia si muriese Carlos IV de la grave enfermedad que por entonces padeció, haciendo que el embajador dijera, públicamente también, que Francia no reconocería más que al Príncipe heredero por Rey de España. Á la nota de 23 de Octubre, en que Azara, siguiendo, como ya hemos indicado, las instrucciones de nuestro Gobierno, protestó del sacrificio impuesto á España en los *Preliminares de Londres*, hacía Napoleón contestar el 30 que presentara las autorizaciones que hubiera recibido para dar tal paso, porque el Rey no le había hecho decir nada [1]. Al mismo tiempo nombraba otro embajador para España, y á ese embajador, el general Gouvion-

[1] Los párrafos más expresivos de la nota de Azara eran los siguientes: «S. M. no ha podido ver sin profundo dolor que una aliada por la que ha despreciado sus más caros intereses y aun el bienestar de sus súbditos, la haya sacrificado en el momento decisivo en que debía recoger el fruto de sus servicios y padecimientos.—Desde el momento en que mi Rey se alió con la República ha dado á ésta constantemente pruebas de su amistad y lealtad, empleando toda su marina en servicio de la República, sometiéndola á sus planes,

»fecta integridad de sus dominios, obligacion que ha desem-»peñado durante las negociaciones con toda la fuerza que »le permitían las circunstancias. El rey de España ha reco-»nocido la lealtad de sus aliados, *y ha hecho generosamente »en favor de la paz, el sacrificio que tanto nos esforzamos á »evitarle; y por esto adquiere nuevos derechos á la amistad de »la Francia y un título sagrado al agradecimiento de la Eu-»ropa*. El restablecimiento del comercio consuela ya sus do-»minios de las calamidades de la guerra, y muy en breve un »espíritu vivificador dará á sus dilatadas posesiones nueva »actividad y nueva industria.»

¿Á quiénes cree Godoy dirigirse para que se traguen tales cosas?

Para España ése parecía ser el asunto de mayor interés, moral sobre todo, entre los que habrían de resolverse y concordarse en Amiens. El de la suerte que habría de caber á la isla de Malta fué, sin embargo, el que más hubo de tomarse en consideración. No dejaba de ofrecer dificultades desde el momento en que, interesando tanto á Inglaterra y á Francia para su mayor ó menor influencia en el Mediterráneo, habrían de disputarse la ocupación de un puesto que sólo en poder de la decadente Orden que lo ocupaba hasta la jornada del ejército francés á Egipto, podía serles indiferente militar y marítimamente considerado. La muerte de Pablo I, que parecía deber facilitar una solución conciliadora, la había hecho más difícil, pues que, sin lazo ninguno ya con Rusia ni respeto á derechos tan antiguos que se tenían por caducados para la ínclita Caballería de Jerusalén, aun reconocidos en el convenio preliminar de Londres, se necesitaba buscar quien, por lo menos, los garantizase, pero sin ser estorbo ni apoyo para los que, al disputarse el dominio de aquel mar interior, pretendieran buscar en la isla una fuerza decisiva para obtenerlo. Inglaterra y Francia no tendrían *lengua* propia en la Orden para la mayor independencia de ésta, pero ¿cuál sería la nación que, sirviéndola de garantía,

no se hiciera sospechosa á las demás? Napoleón, á quien nunca dejaban de atormentar sus ambiciones, no atreviéndose á reclamar la ocupación de Malta pero rehusando hasta el menor átomo de influencia en tan magnífica posición á la rival secular de Francia, trató de comprometer al Gobierno español en el empeño de que se nombrase un Gran Maestre de su lengua, proclamando como derecho el que daba al Rey el haber sido la isla donación de uno de sus más poderosos antecesores en el trono. Pero nuestro Gobierno ni abrigaba deseos ni tenía alientos para echar sobre sí tamaña responsabilidad, porque, como decía su inspirador, «el interés de España, conseguida la paz con la Inglaterra, era apartar todo motivo de discordia con aquella potencia, proceder con lealtad y evitar los compromisos que la ambición de Bonaparte nos podía acarrear, intentando hacernos de cualquier modo que esto fuese, instrumentos de su política.» Así, creyó que lo mejor que se podría hacer era que el Rey se declarase Gran Maestre de la Orden, pero solamente por lo que se refiriese á sus dominios, incorporando perpetuamente, así lo declaraba el Real decreto de 20 de Enero de 1802, á la Corona, las Lenguas y Asambleas de España para invigilar sobre su buen gobierno y dirección en la parte externa y dejando el régimen espiritual al Sumo Pontífice Romano. Por grande que fuera la ira que tal disposición produjese en Napoleón, y bien se la hizo ver á nuestro plenipotenciario Azara, el Gobierno español cortó el nudo que parecía enmarañar más y más la labor, ya de sí intrincada, de aquel Congreso, del que, por fin y superados los mil obstáculos que intereses tan opuestos suscitaban, salió el tratado de 27 de Marzo de 1802 que el tiempo acreditó no ser una solución sino un tiempo de pausa tras el que, por esa misma cuestión de Malta ó con pretexto de ella, se renovaría luego, más tremenda y tenaz, la lucha á que se acababa de poner término [1].

En el estado de la opinión por aquellos días se imponía á

1 Véase el tratado íntegro en el Apéndice número 10.

todos la necesidad de la paz, habiéndola hecho en el intermedio de los *Preliminares de Londres* y el tratado de Amiens la Rusia, la Turquía, las Regencias de Argel y Túnez, y la Baviera en fin, así como para poner el sello al acta que iba á proclamar la grandeza de la Francia, sacada del caos en que la tenía envuelta la Revolución por el talento extraordinario y la fuerza, más que hercúlea, de Napoleón.

CAPITULO VI

SEGUNDA ÉPOCA DE GODOY

Godoy recobra su anterior influjo.—Es nombrado Generalísimo.—Napoleón y la infanta Isabel.—Enlace del Príncipe y de la infanta Isabel con María Antonia y el heredero de Nápoles.—El Príncipe de Asturias.—Sus maestros.—Escoiquiz.—Verifícanse las bodas.—Disturbios en Valencia.—Enfermedad de Carlos IV.—Desacuerdo entre Napoleón y Godoy.—Reclamaciones de Napoleón.—Expedición de Santo Domingo.—Nuevas quejas de Napoleón y su carta al Rey.—Nuevos síntomas de guerra.—Situación de España.—Vende Napoleón la Luisiana.—Tratado de neutralidad.—Quejas y reclamaciones de Inglaterra.—El imperio en Francia.—El campo de Boulogne.—Conducta indigna del Gobierno inglés.—Apresamiento de las fragatas españolas en el Cabo de Santa María.—Declaración de guerra.—Proclama de Godoy.

En tanto que la idea de la paz se abría paso por entre todas las naciones, beligerantes y neutras, anhelantes hacía ya tiempo de un punto de reposo en que rehacerse de sus pérdidas consolidando sus instituciones, más ó menos amenazadas en tan general y hondo trastorno, y atendiendo á una reparadora administración, España hallaba, además del de la guerra en que tan torpemente se la había comprometido, no pocos obstáculos que vencer en su mismo seno, capaces de esterilizar los preciados frutos que debiera ofrecer un tratado que, como el de Amiens, inspiraría esperanzas tan fundadas y halagüeñas. La previsora abnegación de Pitt al sentir las palpitaciones de la opinión en su

patria, y los talentos de estadista que Napoleón ponía de manifiesto, admirables en él si no superiores á los militares que, al labrar la suya, hacían la gloria de la Francia, no encontraban en España quien los imitara ni emulase. Es verdad que la guerra no permitía vagar para otras atenciones de las que á la guerra pudieran referirse, tanto más apremiantes cuanto que, interceptada la comunicación con nuestras provincias de Ultramar, se hacía muy difícil, imposible, subsanar la falta de los recursos que de ellas llegaban antes con providencial regularidad. Pero es que, además, los gobiernos que habían sucedido al único capaz de poner algún reparo á una situación que por días se iba haciendo más y más angustiosa con la moralidad y prudencia de sus miembros más eminentes, Saavedra y Jovellanos, no habían atendido sino á la satisfacción de sus pasiones, á las venganzas de su pequeñez y á, por medio de ellas, apartar del alcance del trono cuanto pudiera inspirarle confianza ó consideración. Urquijo, por un lado, inclinándose á las ideas y hasta á los procedimientos de la revolución por sus torpes conexiones con los corifeos que, aun cuando vencidos, trabajaban todavía en Francia por hacerla renacer de sus cenizas, y Caballero, por otro, comprometiendo á la corona por caminos de una reacción desaforada, contraria, por sus exageraciones, á la misma causa religiosa cuyo enaltecimiento pretendía buscar, se habían, al parecer, olvidado de su misión más importante, la única en tales momentos, la de mantener con las armas el honor de la nación cuyos destinos se habían puesto en sus manos. Y hay que reconocerlo, si no la llevaron hasta el fondo del abismo, abierto por las torpezas políticas de su antecesor el Príncipe de la Paz, se debió á la influencia que este mismo hombre, tan fatal y todo para España, siguió con sus habilidades cortesanas ejerciendo en el ánimo de sus soberanos. El apartamiento en que se vió de los asuntos políticos que sin cortapisa alguna había manejado, le produjo muy pronto la nostalgia del poder; el temor

y el despecho de que Saavedra y Jovellanos lograran relegarle á las regiones del olvido y los desaciertos y arbitrariedades, la ingratitud de Urquijo y Caballero, el ansia, sobre todo, de mandar como antes, le movieron á no perder circunstancia ni momento en que, recobrando el favor, más que perdido, enfriado de sus protectores, los Reyes, tornar á sus anteriores satisfacciones de ambición y grandeza. De cortesano y peritísimo en las artes palaciegas dió muestras, en alto grado elocuentes, en aquella ocasión para él tan crítica. La generosidad de Saavedra le proporcionó el, no saliendo de Madrid, trabajar con sus amigos en el ánimo de la Reina que, si desviada al pronto por sus veleidades de la ya costumbre de tener á su lado á quien también sufría de igual viciosa dolencia, no tardó en echar de menos á quien tanto se le parecía en sus condiciones y cualidades morales. Muy luego se estableció entre Godoy y María Luisa una correspondencia epistolar de que se hizo partícipe al Rey, pasando de las quejas y las disculpas á las noticias y consideraciones políticas, y, por fin, á los consejos y á la acción que hemos visto al favorito ejercer en varios asuntos que sólo pertenecían á la de los ministros de la corona. Y si no, véase cómo empezaba esa correspondencia en Septiembre de 1798; esto es á los cinco meses de su exoneración: «Señora, escribía Godoy á la Reina: Un hombre perseguido por la envidia y aborrecido de los injustos no puede reposar en donde sus tiros puedan herirle; yo sé lo que piensan y hablan de mí los mismos que me han obedecido y temido, sé el grado de autoridad á que han llegado; ¿será pues indiscreta mi pretensión? Yo estoy bien en todas partes; la soledad y los muros destruidos harán mi placer; nada quiero con violencia, ni que nadie se incomode por mí; y así, si V. M. conoce lo que debo hacer, y aun tiene sentimientos de benevolencia hacia mí, dígamelo y la obedeceré; otra cosa no hará Manuel; Manuel, aquel hombre que ha dado tantos ratos de placer á VV. MM. no quiere incomodarlos ya ni un momento, pero siempre se-

rá el mismo fiel y leal agradecido vasallo de VV. MM.—Firmaba «Manuel» á secas y por PD., añadía: «Repare V. M. por Dios, ese mal de garganta, cuidado no sea como el fuerte del Escorial».

Gran pena causa la lectura de esa epístola á quien tenga arraigados sentimientos monárquicos, inspirándose en la idea de los miramientos y respetos que merece una institución que todo el mundo cree se pretendía mantener tan alta en aquellos tiempos. Pero el hombre conocía el terreno que pisaba; había calculado el efecto que iba á producir su misiva en el alma á que se dirigía; y tan acertado anduvo, que un mes después, el 29 de Octubre, ya se atrevió á escribir al Rey, indudablemente cuando supo ¿por quién había de ser?, que no serían ni mal recibidos ni desatendidos tampoco los renglones de su carta. Es muy larga y no nos atrevemos á comunicarla íntegra á nuestros lectores; que muy pocos de sus conceptos les darán la medida de las artes que hemos dicho usaba su autor y del candor y escasa aptitud filosófica, social y política que atesoraba el á quien se dirigían. «Gracias, Señor, así comenzaba: V. M. se acuerda de este pobre vasallo y le honra. ¡Ah, señor, qué recompensa le asegura la alta mano por su virtuosa consideración! Sí, sí, Dios dará el premio á V. M. así como me dispensa á mí el alimento para conservarme fiel é inalterable en amarle..... Vivo, señor, vivo para VV. MM.....» Y con ese estilo romántico, aunque de muy mal gusto para otros más delicados, y después de deshacerse en protestas de amor, más romántico todavía y de rasgos con puntas de pretensiones de un conocimiento del corazón humano que sólo podía ser el de Carlos IV, entraba á expresar la serie de proyectos que sin duda le habían inspirado la desgracia presente y la ambición de abrirse paso á los nuevos encumbramientos á que aspiraba. «No nos ocupe, decía, enteramente el giro político exterior (se conoce que para él era una bagatela la guerra con la Gran Bretaña), pues en él no entra la conveniencia de los

países, sino el aspecto de la grandeza (pues entonces ¿para qué provocó esa guerra?); vuelva la España á ser como en tiempo de los Reyes Católicos; no perdamos de vista los resortes que tocaron los Felipes para conducirla á la ruina: acordémonos del último golpe que recibió por la inacción de Carlos II; y vamos á trabajar en el interior: la guerra no se opone á la erección de los establecimientos útiles; siga el sistema de agricultura que yo empecé; eríjanse las academias y colegios militares, que son urgentes para contener la insubordinación y hacer guerreros; restablézcanse las fábricas, y entonces el comercio tomará su acción, nada necesitamos del extranjero, y todo lo que nos trae es nocivo; redúzcase el clero al pie moderado de su instituto; sepárense las clases para que las jerarquías no se confundan; renuévese la ley suntuaria; castíguense los vicios con rigor; quítese la vara de la justicia de manos viciadas y venales; redúzcanse los jueces; y en fin, señor, salgamos del letargo, para que se inmortalice su nombre; nada hacemos si solo se mira á la superficie; nada importan las guerras, si mientras ellas duran fundamos sólidamente la defensa en el interior, produzca la tierra y nútranse los corazones de los buenos principios de religion, entonces sí que no hay enemigos que vencer».

¿Se puede exigir programa más completo y halagador de gobierno á un estadista? ¡Qué de palabras huecas, qué de mentiras y contradicciones, cuánta ignorancia y torpeza! ¡Volver á los tiempos de los Reyes Católicos cuando se veía á tan sabia y robusta monarquía derrumbarse al fondo de un abismo, tan hondo y más vergonzoso aún que el de Carlos II, anatematizado por un favorito cien veces más torpe é insolente que los de aquellos Felipes á quienes achacaba la ruina de España!

Y en cuanto al programa de los mejoramientos que Godoy propone para deshacerse de cuantos enemigos se pudieran oponer á la restauración de nuestra patria, podría decirle otro que Carlos IV, tan ciegamente apasionado de él: «¿qué

has hecho de la herencia de mi padre, cuyo poder era el nivelador que mantenía el equilibrio político en Europa?» «¿cómo en tanto tiempo en que has gobernado esta desdichada nación, cuya salud te fué confiada, no has procurado esos adelantamientos que ahora, en medio de una guerra asoladora y por ti traída, pretendes introducir para alucinarnos con promesas que serías el último en satisfacer?»

Es verdad que por el pronto no hicieron estos manejos todo el efecto que esperaba Godoy; pero, insistiendo en ellos, logró al fin despertar en el Rey y antes, por supuesto, en la Reina, la antigua afición con que le favorecían, y, como ya hemos dicho, fueron confiándole comisiones que demostraron su vuelta á las anteriores influencias, más temibles aún, puesto que se ejercían en secreto, sin responsabilidad y, lo que era peor, con la de otros [1].

Le hemos visto, con efecto, intervenir en los asuntos eclesiásticos que Caballero había embrollado á punto de comprometer la armonía tan necesaria de España con la Santa Sede, inmiscuirse en los de Toscana y Parma, así como en la visita de los infantes á París, aconsejar, y no queremos

1 D. Modesto Lafuente añade á esa correspondencia otras cartas que revelan la vuelta de Godoy al favor real, cartas en que se ve á un vasallo valerse de un lenguaje que pone al alcance del más torpe los fundamentos en que se apoyaba ese favor escandaloso. Todo eso sin abandonar casi nunca el estilo declamatorio y jeremíaco que consideraba más propio para conmover el corazón de María Luisa. Y si no, véase el párrafo siguiente de una de esas cartas. «¡Ah, Señora, qué inútil soy! Nada puedo hacer, y nada deseo más de lo que tengo, pero tengo lo que no merezco: ¡oh juicios eternos! Dios lo ha querido; obedezco, Señora, con resignacion; pero mi alma no se hermana con los miserables miembros de este cuerpo; ellos aman el descanso y la independencia, cuando aquélla les impone ejercicios de obligación; el espíritu se resiste, señora, y ya no piensa Manuel en su existencia: los ojos se me bañan expresándome con una amiga en el lenguaje de la realidad: ahora sí, ahora sí, señora, que se ven las cosas á ojos claros, ahora ya se moderó el calor de mi buen celo, es ya otro mi lenguaje, y convencido de no haber sabido ejercer bien los dones que me dispensó la naturaleza, ansío, Señora, por el perdon... denme VV. MM. su perdon, impónganse como buenos reyes la obligación de reparar los males, acudan á ellos, y absuélvanme de los descuidos que pude haber tenido».

Decía que había leído las cartas de San Jerónimo, y procuraba, á lo visto, mostrarse tan penitente como él.

repetir más, cuantos pasos dió la corte para hacer los que pudiéramos llamar pinitos de independencia respecto al destino de nuestras escuadras, y tomar, por fin, el mando del ejército de Portugal con el título de *Generalísimo*, conducirlo á su fácil victoria, establecer las bases de la paz de Badajoz y mantenerlas á pesar de las iras y las amenazas de Napoleón. Ese título que parecía circunscrito al mando y dirección de las tropas que invadieron el vecino reino, si hacía comprender la confianza que á Carlos IV inspiraban las condiciones militares de Godoy y ponía de manifiesto la vuelta de éste al favor real, se hizo, después del triunfo, extensivo á todo el ejército español de tierra y al de mar, constituyendo al que habría de llevarlo hasta 1808 en una entidad tan poderosa y tan venerada como la del mismo soberano. El decreto en que se instituyó dignidad tan alta, el de 10 de Octubre de 1801, decía: «Persuadido que para la uniformidad necesaria en las providencias que exigen el gobierno de mis ejércitos y armada y su regeneración, es menester que todas partan de un mismo centro; y teniendo la mayor confianza en vuestra extensa capacidad y celo por mi servicio, como os manifesté en mi decreto de 6 de Agosto de este año; he venido en ampliarlo, declarandoos como os declaro, *Generalísimo de mis armas de mar y tierra*, que os deben reconocer por jefe superior, y dirigiros todos sus recursos, pues de vos deben depender los sistemas de direccion y economía de todos los cuerpos, los cuales es mi real voluntad os hagan, sin excepcion alguna, aunque estén en la corte ó sean de mi Casa Real, los honores que os corresponden como tal jefe; y para que seais distinguido por este superior carácter, usareis de faja color azul, en lugar de la roja de los generales..... etc.»

Es nombrado Generalísimo.

¿Se quiere mayor prueba de confianza y de la vuelta, como hemos dicho, al goce del favor real que esa torpe, vergonzosa é inconcebible abdicación del poder y de los honores y prerrogativas de la soberanía en un tiempo, sobre todo, en que

revestía los caracteres de institución emanada y amparada de la Divinidad? ¿Qué iba á ser desde entonces el Rey para los llamados á defender la patria y, con ella, el trono, la religión, las instituciones todas que constituyen el amor, el respeto, más aún, la veneración de los pueblos?

Después de eso, la suerte de la nación española y la de cuantos se interesaran por su esplendor dependía del capricho de aquel hombre, del hombre que amenazaba ya á los que de él murmurasen *con el bastón*, *único castigo* decía en una carta, *que siendo de mi mano pudiera estarles bien.*

Napoleón y la infanta Isabel.

En un asunto, sin embargo, dejó de salir airoso; en uno, si no desatendido por los historiadores, privado de los detalles que han dado lugar á ser puestos en duda su provocación y desenlace. Nos referimos al proyecto de matrimonio entre el Primer Cónsul y una de nuestras infantas, calificado por algunos de quimérico, prueba, según otros, de las ambiciones personales despertadas en el que ya se consideraba como raíz de una restauración que pronto pudiera hacerse robusta y duradera. Talleyrand, con sus ingeniosas adulaciones, le había puesto en la pista de nuevos y deslumbradores destinos al ofrecerle sus cálculos y reflexiones acerca de la suerte de la República y de su sustitución con la de un poder que, de personal, debería lógicamente convertirse en hereditario, fundando con él una de tantas dinastías como recordaba la historia, establecidas por la fuerza de las armas. Para llegar á esa meta, se ofrecía un estorbo, el amor de Napoleón á su mujer Josefina, tan llena, como él decía, de gracia, poseedora, con efecto, de grandes y seductores atractivos. ¿Se resolvería el ambicioso á atropellar ese obstáculo y revelar una parte, por lo menos, de sus pensamientos, poniendo, así, en guardia á sus enemigos políticos y á los que por convicción ó por interés desearan mantener las conquistas sangrientas y costosas de la revolución? Estas reflexiones, quizás, y el orgullo serían la causa del secreto con que se emprendiera la negociación de asunto tan delicado y de la re-

serva en que después se ha mantenido. Porque parece indudable que, por arranque espontáneo de Luciano Buonaparte, como hemos dicho en el capítulo anterior, ó por odio, según hay quien presume, de su familia á la Beauharnais, el hermano de Napoleón deslizó en nuestra corte la idea del matrimonio del Primer Cónsul con la infanta Isabel. Tratándose del modo de apartar al rey de Nápoles de la estrecha amistad que mantenía con la Gran Bretaña y dando Godoy seguridades de inutilizarla, por lo menos, con un doble enlace entre las casas hermanas de España y las dos Sicilias, Luciano «con la sagacidad, dice Godoy en sus Memorias, y la delicadeza que sabía hacer entrar en sus razones y discursos y afirmándole que le hablaba tan solo como amigo», se explayó en mil divagaciones sobre el estado en que Napoleón había conseguido poner á la Francia que, acostumbrada al régimen monárquico, podría exigirle el sacrificio de sus ideas y hasta el de sus afecciones más sagradas y más íntimas, empujándole á un nuevo enlace de familia. Ya engolfado en ese mar de ideas, parece que Luciano le dijo á Godoy: «Me ha hablado V. de enlaces que en mi juicio no cuadrarían de modo alguno ni á los intereses ni á la gloria de la España: la princesa María Isabel, que es todavía una niña (tenía 13 años) podría ser un lazo más entre Francia y España. Mi hermano por sí solo es ya una gran potencia; día podrá venir en que sea rogado de otras partes; pero su política mirará á España en todo tiempo como la compañera de la Francia, que deberá partir con ella su grandeza y ayudarla á sostener el equilibrio de la Europa». Estas palabras y las misteriosas que Napoleón dirigió á los reyes de Etruria durante su estancia en París, y á Azara en alguna de las frecuentes conferencias que con él celebraba, dieron, sin duda, cuerpo á que Godoy tomara después en serio tal asunto. Por el pronto, su sorpresa fué grande al escuchar una proposición que tomó por contraria al honor, la moral, la religión y también á la política de España que, de ese modo, quedaría uncida al carro de la

Francia y puesta al arbitrio de hombre tan poderoso como el Primer Cónsul. Así es que, agradeciendo mucho tal propuesta y elogiando hasta lo sumo las cualidades y la merecida elevación alcanzada por Bonaparte, Godoy se hizo el perdidizo entre el humo de tantas lisonjas y cortó la conversación con palabras vagas, sin conexión, al fin, con el objeto que parecía perseguir su interlocutor.

Y no hay más que pudiéramos llamar oficial en ese arduo asunto de cuya noticia sólo son eco vago é indeterminado las que dan nuestros historiadores, alguno de los que la presta fe completa tomando por enteramente verídica la transmitida por el Príncipe de la Paz y considerándola fundada en proyectos, al parecer suyo, maduros de Napoleón. Nosotros, no nos cansaremos de repetirlo; aun sin dar importancia al silencio de su Correspondencia ni al del Memorial del conde de las Cases, á pesar de las referencias españolas y una que conocemos francesa, creemos que la idea emitida por Luciano Buonaparte no debió serle inspirada más que por sus propias opiniones y su deseo [1].

1 En la obra, tantas veces citada, que lleva el título de «Vie de Napoléon racontée par lui même...» al referirse á la alianza de España y Francia, se dice: «Para poner el sello á esas relaciones, Luciano imaginó mi divorcio para casarme con la infanta Isabel de España. Ese enlace con la familia de los Borbones hubiera indudablemente ofrecido grandes ventajas: me pareció, sin embargo, que presentaría sus inconvenientes, y la princesa era demasiado joven para que yo me decidiese á él. Y juzgando que el paso dado por Luciano no había sido impuesto más que por su odio á Josefina, le mandé que no se ocupara más de ello.»

En estos últimos días de 1892 ha visto la luz en París un libro, *L'Ambassade Française en Espagne pendant la Revolution* (1789-1804), en que su autor, M. Geoffroy de Grandmaison, al referir la estancia de Luciano Bonaparte en Madrid, considera iniciada esta cuestión por María Luisa y Godoy y la recuerda en estos términos: «¿Es á esa ignorancia (la de los usos diplomáticos) á la que debe atribuirse la extraña idea que germinó en la cabeza de Luciano? ¿Fué la Reina, como se ha pretendido, quien se le adelantó en la de un proyecto sobre el que quiso entenderse secretamente con su hermano? ¿Pretendía Godoy comprar con sus complacientes oficios de intermediario las buenas gracias del Primer Cónsul? Sea la que quiera de estas tres hipótesis, nuestro embajador comunicaba en Abril de 1801 á Bonaparte una declaración muy confidencial del Príncipe de la Paz sobre la infanta Isabel, incitando á Bonaparte á repudiar á Josefina para casarse inmediatamente con aquella joven princesa

Enlace del Príncipe y de la infanta Isabel con María Antonía y el heredero de Nápoles.

Ese diálogo, del que acabamos de estampar el párrafo más sustancioso, desagradó, como era de suponer, á Carlos IV, é hizo que lo que hasta entonces había sido en él un pensamiento vago pero prematuro para asegurar su sucesión en el trono y dar mayor fuerza á los ya tan apretados vínculos de su familia, se convirtiese en idea fija y necesidad de realizarla cuanto antes, no fueran á estorbar la ejecución las cada día más apremiantes exigencias del poderoso jefe de la Francia. Esa idea no era otra que la de unir á su hijo primogénito con la princesa María Antonia de Nápoles, y al heredero del trono de las Dos Sicilias, viudo no hacía mucho de la archiduquesa María Clementina Josefa, con nuestra infanta Isabel, la solicitada por Luciano para el Primer Cónsul. El afecto entrañable de D. Carlos á su hermano el rey de Nápoles, el empeño, como acabamos de decir, de afirmar cada vez más los lazos de una familia que tan rudo golpe acababa de recibir en Francia, y el deseo también de apartar la rama italiana de la política de Inglaterra, formando entre España, Etruria y Nápoles una como coalición borbónica que se hiciera respe-

de trece años. Hay que observar que no existe el menor rastro de esos proyectos en los archivos de Estado; ni parece que Bonaparte hubiese respondido á la proposición cuyo mérito se quería atribuir exclusivamente su hermano. Cabe dudar el que la Corte de España buscara alianza tan rara; y sería preciso demostrar, aun suponiendo la realidad de tal paso, que se hubiera dado formalmente. Es, sin embargo, curioso el hacer que consten los comienzos de la campaña emprendida por los que rodeaban á Napoleón para conducirle al divorcio. Luciano fué, de seguro, uno de los primeros en comprenderlo como posible; su propuesta de 1801 es un globo de ensayo, síntoma característico de la envidia que se tenían mutuamente los Beauharnais y los Bonaparte, envidia muy próxima al odio y cuyas explosiones se velaron frecuentemente, como en el caso presente, por parte de los hermanos del Emperador con estrategia tan hábil como pérfida.»

Todo esto que expone M. de Grandmaison valiéndose de cuanto ha encontrado en las Memorias de Luciano, de Miot de Melito y de madame de Rémusat, viene á confirmar más y más nuestra opinión en ese asunto, en el que, sin vacilar un momento, se puede dar fe á la versión publicada por el Príncipe de la Paz, salvando así la dignidad de nuestros Reyes en tal ocasión, excesivamente prematura por la posición todavía de Bonaparte para concesiones de ese género.

tar en contiendas futuras, le movían á unir estrechamente las tres casas, desentendiéndose de ese modo de las para él ofensivas proposiciones del embajador francés.

Á la vez hubo de desentenderse también de proyectos anteriores, casi compromisos contraídos con la casa de Sajonia, una de cuyas princesas, rica en extremo, además de esmeradamente educada, debía casarse con nuestro príncipe de Asturias. No se oponía el Primer Cónsul, al ser consultado por Azara, que llevó de Madrid el encargo de ganar su voluntad al mismo tiempo que la del Elector, padre de la novia; pero, dejada la realización de pensamiento tan excelente para después de la paz de Amiens, de tal modo se agriaron las cuestiones suscitadas con motivo de la política empeñada por Napoleón al otro lado del Rhin y en el Elba, que el proyecto quedó en suspenso y, si no deshecho, casi casi olvidado. También quedó como postergado el de casar á la infanta Isabel con el príncipe de Baviera; éste, más por andar el Alemán en tratos con el Emperador, en cuya familia creía encontrar mejor acomodo, que por repugnancia de la Real nuestra, á no ser que Bonaparte estuviera ya revolviendo en su mente la idea, anteriormente discutida, de su enlace con la hija de Carlos IV.

El Príncipe de Asturias.

Y aquí tenemos que dar á conocer, puesto que empieza á figurar históricamente, la persona del entonces Príncipe de Asturias, el tan discutido Fernando VII. Nacido el 14 de Octubre de 1784, tenía cerca de 18 años cuando en el Palacio Real de Madrid se resolvió su casamiento. Oponíase á él Godoy, fundándose en lo poco adelantado que se hallaba D. Fernando en cuanto á cultura intelectual, efecto, á su entender, de la mala dirección que se había dado á sus estudios, por más que á él principalmente se hubiera debido la elección de la alta servidumbre y de los maestros del Príncipe. Para Godoy debía haber, además, otra razón y potísima. Fernando le manifestaba una aversión que no podía ocultársele, y menos á María Luisa que, observándole de más

cerca, descubriría el rencor que se iba creando en el corazón de su primogénito hacía el Valido desde que pudo comprender los motivos del favor de que gozaba en la Corte. Habíase criado el Príncipe enfermizo y, por ende, triste y débil, con el peligro de entregarse en su niñez, y más en su adolescencia, al influjo de las pasiones que pudieran inspirarle el profundo disgusto y el odio que le produciría la constante vigilancia de tal persona como Godoy, atizado por sus primeros ayos y maestros. Con eso había comenzado á hacerse desconfiado y miedoso, á no amar á sus padres, que suponía indiferentes, á lo menos, á las muestras que él les diera de su cariño en los primeros años, y manifestándole luego, la Reina sobre todo, un desvío que naturalmente habría de considerar como afrentoso y hasta cruel. Injustos pudieron ser los que supusieron que Godoy habría intentado los medios de que el Príncipe quedara sumido en la ignorancia para mejor dominarlo después; pero es lo cierto que su elección de maestros fué lo más desacertado que cabe imaginar. Sus maestros. Porque si el primero, destinado á formar su corazón, fué el célebre P. Scio, á Floridablanca se debió, no á Godoy; y ni D. Francisco Xavier Cabrera, obispo de Orihuela y Ávila, que le sucedió á su muerte, ni el marqués de Santa Cruz, honor de la grandeza, como le llamaba después el Valido, lograrían sobreponer su influencia á la del famoso canónigo D. Juan Escoiquiz, personaje que, al ser elegido, logró alucinar con sus hipócritas maneras y falsa ciencia á todos, á los Reyes particularmente, para quienes el carácter eclesiástico de que estaba revestido le hacía más y más recomendable. «La ambición trabajaba el alma de Escoiquiz, Escoiquiz. ha dicho un historiador de Fernando VII, aunque no se traslucía en su rostro, y poseía el arte de la intriga, devorado por las pasiones» [1].

1 «Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España». Aunque aparece sin nombre de autor se sabe lo fué D. Estanislao de Kosca Bayo. Fué impresa en Madrid el año de 1842.

Sus aspiraciones se elevaban á nada menos que á representar en España el papel de Cisneros, haciéndose dueño de las voluntades de su regio discípulo para en su nombre gobernar esta pobre nación, que suponía rebajada con el poder de un favorito á quien, sin embargo, no se había descuidado en ganar con sus más humildes y hasta vergonzosas adulaciones. Faltábanle, empero, además de la virtud austera y sublime del incomparable Regente Cardenal, su talento, su sólida instrucción y el arte de regir á los hombres y á los pueblos entregados á su dirección y gobierno. Era Escoiquiz, más que instruído, pedante, creyendo que con la publicación de algunos opúsculos sobre los deberes del hombre, con traducir malamente del inglés las obras de Young y Milton y más tarde haber compuesto el desdichado poema de «Méjico conquistada», se había colocado á la cabeza de los más distinguidos poetas y publicistas de España [1]. En su concepto, no le quedaba sino poner de manifiesto las condiciones de gobernante, que creía poseer, para proclamarse el más sabio de nuestros estadistas antiguos y modernos; y el profesorado con que se le brindaba en los salones de Godoy, á que con frecuencia acudía, iba á satisfacer por completo su ambición haciendo al mismo tiempo la felicidad de España. Su recurso más eficaz era el disimulo, y con su falsa modestia, sus bajezas y malas artes logró ser Sumiller de Cortina en la Capilla Real, engañar después á los Reyes, como al Favorito, y obtener, por fin, la misión de educar al heredero del trono.

La misma confianza obtuvieron ó habían obtenido antes el duque de San Carlos y un general ya citado en esta historia, D. José Álvarez Faria, pariente, como ya dijimos, del Prín-

1 Al salir Godoy de su primer ministerio, Escoiquiz presentó al Rey una «Memoria sobre el interés del Estado en la elección de buenos ministros», diatriba asaz transparente contra el Valido, á quien nuestro buen canónigo creyó derrumbado para siempre del poder; mas no tardó, como veremos, en sentir los efectos de su temeridad y el escarmiento de sus desapoderadas ambiciones.

cipe de la Paz, que le dedica los más calurosos elogios en sus Memorias. Pero si en éste no, como es de suponer, en los demás ayos ó maestros que tuvo el príncipe Fernando influyeron las ambiciones y más aún el despecho de ver, puede decirse que á la cabeza del Estado, á un hombre sin merecimientos ni título alguno para posición tan encumbrada. ¿Qué había de resultar? Lo que hemos expuesto en otro escrito dedicado á reseñar las vicisitudes que accidentaron la estancia de Fernando VII en Valençay. «Receloso ya de por sí y retraído; con el apartamiento en que se le tenía de los negocios públicos y hasta del cariño de sus padres... y viéndose rebajado ante la figura, entonces descollante, del favorito, objeto, así como del odio, de la adulación de casi todos, altos y bajos ¿qué de extraño se enseñorearan de Fernando la astucia, el disimulo y aquella frialdad de corazón de que tanto se le acusa? Si toda la historia de aquel monarca rebosa de actos en que se muestran estas condiciones suyas, también podrían ponerse de manifiesto causas y causas que las provocaran, y habría mucho que discutir para echar la culpa sobre los que la mereciesen, sobre el rey, si obedecía á su índole, ó sobre los que pudieron obligarle á dejarse llevar de ella.»

«La educación vino después á completar la obra de la naturaleza, sus ayos y maestros, lo mismo que cuantos le rodeaban, llevados por sus deberes ó atraídos á su lado por ser, después de todo, un sol que, más tarde ó más temprano, había de entrar en la órbita que le marcaban su nacimiento y sus destinos, sufrían, como él, de los desdenes de la fortuna; y en sus lecciones y en su conducta le mostraban sólo caminos de odio y de rencores, enseñándole, sin embargo, á ocultarlos á sus enemigos con las sombras de una hipocresía, disculpada por su situación verdaderamente excepcional. No brillaban, además, por sus talentos y dejábanse arrastrar de sus pasiones, que aparecían mezquinas al disfrazarse con un disimulo que ellos llamaban prudencia y re-

sultaba falacia que habría de comunicarse á su egregio discípulo.»

Y esta opinión que nos sirvió para justificar la conducta de D. Fernando en la prisión á que en 1808 lo sujetó el emperador de los Franceses, nos servirá siempre para explicar los tan distintos y muchas veces contradictorios actos á que se entregó en su reinado, así como los juicios, la mayor parte apasionados, á que hubieron de someterle sus cronistas é historiadores coetáneos, objeto, algunos, de sus iras, de sus favores no justificados, otros, todos presa de las ideas opuestas reinantes en su época.

De sus estudios poco puede decirse, pues que, en tal estado de ánimo discípulo y profesores, no habrían de ser muy aprovechados. Así es que, al tratarse de su boda, el Valido le acusaba de ineducado y el Rey concedía fuerza á opinión tan desfavorable á un príncipe de 18 años. Ya que tan corto era, así lo dijo á Carlos IV, el fruto que hasta entonces habían dado, aconsejaba Godoy que se hiciera viajar al Príncipe dos ó tres años, bien acompañado para que, visitando el gran mundo, pudiera estudiar sin tedio y, por el contrario, con un interés que le moviera á contento y le estimulase á adquirir conocimientos que le pusieran al nivel de los soberanos instruídos cuyo trato fuera á cultivar en ese tiempo [1]. Pero al rey, primero, y aun hace pensar después el silencio de la Reina que á ella no gustó el consejo y, si no fué rotundamente desechado, ese mismo silencio puso de manifiesto que no se aceptaba. Bien conocía D. Carlos que no era la situación de Europa para ofrecer seguridad alguna de que aprovechara su estudio político á un príncipe inexperto, en

1 No sólo el que esto escribe, sino que otros historiadores han tenido por sospechoso el consejo de Godoy. D. Modesto Lafuente dice, en nota también: «Este consejo del Príncipe de la Paz, por más protestas que en sus Memorias haga de las rectas intenciones y miras que á darle le animaron, no podía menos de ser interpretado por los que le consideraban ya poco afecto y aun enemigo del príncipe Fernando, como un medio y un pretexto para alejarle de la Corte y del lado de sus padres, quedando él así desembarazado de quien suponían que miraba como un estorbo á sus fines.»

quien podrían hallar albergue las ideas nuevamente provocadas con la Revolución, así en el corazón como en la conciencia de gente moza, no educada aún para rechazarlas resueltamente. Las religiosas, sobre todo, no bien arraigadas todavía, corrían tan gran peligro en concepto del Rey como el que habían atravesado en Francia difundiéndose las más disolventes por los confines de aquella república, atea en sus principios y no corregida aún de sus desvaríos á pesar del cuidado que ponía Napoleón para conseguirlo. Hasta temía separar de su lado al Príncipe, no fuera una elección equivocada de las personas que deberían acompañarle á hacer dañoso el remedio que se buscaba á su ignorancia.

Verifícanse las bodas.

Las bodas fueron, por consiguiente, resueltas y para época próxima con el fin de evitar los graves compromisos á que expondría la torpe manifestación de Luciano Buonaparte. Verificáronse, con efecto, en Aranjuez el 4 de Octubre de 1802, habiendo sido antes Barcelona el punto de reunión de las regias familias, que se celebró con fiestas espléndidas y con un regocijo de que participaron los habitantes de la ciudad condal, regocijo tanto mayor cuanto que se supo no haber sido aprobada la del príncipe de Asturias por el Favorito, á quien la opinión pública se iba ya manifestando osca considerándole enemigo del que con su sola presencia provocaba las más ruidosas manifestaciones del amor y entusiasmo populares. Era la ilustre princesa dama de singular talento, esmeradamente cultivado con estudios á que en España no se daba la importancia debida, superiores en fruto al obtenido por su consorte, á quien, por su genio, además, vivo, espiritual y dominador, llegó á cautivar como ninguna otra de las tres que la sucedieron en su regio tálamo [1]. El conocimiento, que luego obtuvo, de la

La princesa de Asturias

[1] No la pinta así Alcalá Galiano que dice de ella: «La nueva princesa de Asturias no carecía, según afirman, de talento, aunque su educación no pudo ser la mejor. Amaba á su marido, y le dominaba, y, siendo ambiciosa y no de buena índole, aunque por otro lado de virtud, le inspiraba horror á una corte corrompida y deseos de poner freno al desorden existente mezclándose en el

oposición que Godoy había hecho á su enlace con D. Fernando y el de las influencias de que gozaba persona de quien se le había enseñado á desconfiar, las instrucciones, sobre todo, que había recibido de la reina de Nápoles para que observara las gestiones de la corte y se las comunicase al momento, crearon en la princesa un espíritu de odio al Favorito de sus suegros y un desvío á éstos que se hizo muy pronto transparente á cuantos la rodeaban y al público mismo que tenía puestas sus más halagüeñas esperanzas en el influjo que pudiera ejercer sobre su marido. No tardó, así, á formarse un partido político opuesto al dominante por entonces en la Corte, partido representado por las príncipes de Asturias y dirigido principalmente por Escoiquiz que supo asociar á él personajes tan conspicuos é influyentes como los duques del Infantado y de San Carlos, los condes de Teba, Orgaz y Villarejo, é infinitas otras notabilidades de Madrid y aun de las provincias, á las que se enviaron emisarios qne preparasen la opinión, la del vulgo mismo, que así aprendió á abominar de los que rodeaban al valido de los reyes, cada dia más odiado de las muchedumbres.

Disturbios en Valencia.

Aún tuvo Godoy que mediar como consejero oficioso, no responsable, en otro asunto de gran trascendencia sin duda y que entonces y después le sirvió de tema para, como en todo, alardear de tacto político y de la necesidad de sus servicios. Nos referimos á la sublevación de Valencia, felizmente sofocada, en concepto del Valido, sin derramamiento alguno de sangre y sin rastro siquiera de justicias ni venganzas, pero dejando, en el nuestro, por los suelos el principio de autoridad y el decoro del gobierno. No sabemos

gobierno. Sabedora de esto la Reina le cobró odio violento, y el pueblo por esto mismo dió en adorarla y en creerla un dechado de perfección, con lo cual avivó el aborrecimiento de que eran blanco los dos esposos jóvenes y desdichados por parte de sus padres y del valido omnipotente.»

Hemos leído atentamente una correspondencia de la princesa con alguno de sus servidores en que aparece su juicio sobre diversiones y fiestas celebradas en el Palacio Real de Madrid, juicio que revela bastante instrucción, buen talento y un gusto artístico verdaderamente italiano.

si por demostrar celo en obsequio del Príncipe de la Paz cuando, *no alcanzándole el día y la noche*, como él dice, *á su tarea de organizar las tropas*, y proveerlas de todo lo necesario para su entrada en operaciones, ó si por creer llegada la ocasión de aumentar el contingente del ejército regular, el ministro de la Guerra, D. Antonio Cornel, dió órden de levantar seis cuerpos de milicias en Valencia y otros puntos de aquel reino, libre hasta entonces por sus fueros de tal carga. Cornel había mandado allí, y creyó haber persuadido á las personas más influyentes en el país de las ventajas que podrían obtener de entrar en la carrera militar y hacerse partícipes, con los demás españoles, de los honores y privilegios de que se goza en ella. Pero no contó con que el pueblo, que difícilmente habría de alcanzarlos en el mismo grado, preferiría mantener las exenciones salvadas tan trabajosamente por los valencianos tras su vencimiento en la guerra de sucesión. Estalló, con efecto y al comenzarse la obra de la nueva organización que se pretendía dar á los servicios militares en aquellas provincias, estalló, repetimos, el descontento; y creyendo poder ahogarlo en su principio con el rigor, sólo se logró encender los ánimos de aquellos naturales y dividirlos en dos bandos; el transigente, dirigido por los magnates á la cabeza de sus clientes ó servidores, y el que por espíritu de independencia y provincialismo, por orgullo disculpable en país exento de tal género de gabelas, se formó instantáneamente para protestar de tan gravosa innovación. Á los actos de severidad por parte del primero, que tenía de su lado á las autoridades, y á los de oposición por la de los reclamantes, sucedieron el empleo de las armas y el derramamiento de sangre que enardeció más y más las pasiones, á punto de verse inminente una guerra civil y acaso una de secesión, como ahora se dice, secundada por Aragón y Cataluña y aún quizás por el Primer Cónsul previendo que, así, debilitada España, quedaría sujeta á sus voluntades, si ya no entrañaba su mente la idea de someterla á diferente órden de gobierno ó, como

más tarde, á diversa dinastía. Las disensiones creadas con motivo de los tratados de Badajoz y la estancia y aumento de las tropas francesas en la Península hacían temer cualquier intriga de hombre, tan emprendedor y á la vez maquiavélico, cual Napoleón Bonaparte. Aunque ese recelo quedó desvanecido con las indagaciones hechas en Valencia por los agentes del gobierno, mejor dicho, del Príncipe de la Paz, no faltaban en Madrid quienes aconsejaran al Rey el envío de fuerzas bastante numerosas con que imponerse y escarmentar para siempre á los rebeldes. No era Godoy de los que así pensaban; y aconsejando al Rey caminos de prudencia, recibió de S. M. el encargo de poner remedio á un mal cuyo contagio, de extenderse á las demás provincias que compusieron la llamada coronilla de Aragón, podría hacerse gravísimo y hasta incurable.

No era el médico muy hábil que digamos; y la prueba mejor en este caso es la receta con que se decidió á buscar el remedio. «Felizmente, dice en sus Memorias, un pliego de papel me fué bastante para hacer caer las armas de las manos de millares de individuos, donde se llegó á creer que bastaría á duras penas para conseguirlo un ejército numeroso». Era un pliego de papel, en efecto, el que hizo pública en la *Gaceta* la abdicación más explícita de los principios de autoridad y de decoro en el gobierno de una monarquía que pasaba por ser de las más autoritarias y dignas de Europa. Porque, «respondiendo el ya Generalísimo al Rey de la fidelidad del pueblo de Valencia, y refiriendo en honor suyo los servicios que contrajo en la guerra de los Pirineos con sus tropas ligeras y sus cuerpos de voluntarios del mismo modo que Aragón, la Cataluña y la Vizcaya, pueblos todos exentos del servicio de milicias, pedía á S. M. que depusiese toda idea desventajosa al buen concepto que en España y en la Europa tenían los valencianos, no debiendo perjudicarles la osadía y la mala fe con que algunos malévolos habían querido extraviarlos; disculpables también aquellos, por el error y mala

inteligencia con que algunas autoridades, llevadas de su celo, se permitieron ir más lejos de los lindes que el gobierno les tenía fijados por sus instrucciones en materia de milicias, y en un tiempo que hallándose pendiente la nueva organización de los ejércitos de mar y tierra, que S. M. le había fiado (á Godoy), se debían aguardar los nuevos planes que se diesen, sin hacer innovaciones». Y añadía después en sus Memorias: «Y á propósito de milicias decía al Rey, que mi intención no era ponerlas donde no hubiesen existido ni se acomodasen bien con las ocupaciones y habitudes de los pueblos, en consecuencia de lo cual debía rogarle que si mi modo de pensar merecía el honor de su augusta aprobación, se dignase dar por nulo cuanto erradamente y sin órdenes positivas del gobierno se había practicado en Valencia sobre asunto de milicias, declarando al mismo tiempo conservar su amor y su real benevolencia á aquellos pueblos para volverles su reposo».

«Hízolo así, exclama el Valido, y todo fué calmado como por encanto.»

¿Quién no lo ha de creer, si se daba la razón á los rebeldes y casi casi se les pedía perdón? Y el mismo que así echa por los suelos la dignidad del trono, todavía se atreve á establecer un paralelo entre esa conducta de debilidades, abdicación y desdoro con la tan enérgica y severa observada por el conde de Aranda en el motín celebérrimo de Squilace, comparación de que supone resultarle una de sus mayores y merecidas glorias. La conducta de Aranda es, en su sentir, tiránica, *de suplicios*, *muertes secretas en las cárceles, cuestiones de tormento*, *juzgados especiales, sentencias arbitrarias y desapariciones de personas y familias con destino ignorado;* la suya, prudente y hábil, *sin llamar verdugos ni mover las armas*, *asegurando la tranquilidad sobre el cimiento incontrastable del amor y la lealdad excitada por la clemencia.*

Coincidía la sublevación de Valencia con los *Preliminares de Londres*, motivo de alegría en los Enfermedad de Carlos IV.

Españoles y en su gobierno, pero con otro, además, que de infausto y trascendentalísimo, como pudo llegar á ser, se hizo de mayores satisfacciones todavía. Había enfermado el Rey de dolencia tan grave y peligrosa, dolor de costado, que había infundido en todos el temor de un desenlace ó término funesto. No duró mucho la enfermedad, como suele suceder en las agudas de la índole de aquélla, pero sus síntomas y desarrollo en los primeros días pusieron en alarma, como á los fidelísimos vasallos de Carlos IV, á la Reina, al Valido y á la Corte toda que la supo inmediatamente.

Se ha compuesto sobre el motivo de aquel triste suceso una que no sabemos si calificar de historia ó de novela, tal es la falta de datos para clasificarla con exactitud. Se trata de averiguar qué fundamento puede tener una relación de Muriel acerca de manejos realizados ó no junto al lecho del augusto enfermo para inspirarle y hacerle firmar un testamento señalando á María Luisa y á Godoy para regentes del reino hasta que el Príncipe de Asturias se hallase en disposición de tomar las riendas del gobierno, y acerca también de pasos dados por Azara para que el Primer Cónsul supiera y tratase de impedir tan ilegal y escandaloso desafuero. El Rey se sintió enfermo la noche del 8 al 9 de Septiembre de 1801; pero, opuestamente á lo que había sucedido á su padre, fuéronle tan pronto y con tal acierto aplicados los remedios, que á la noche siguiente aparecía el principio de su alivio á pesar de lo rudo de la invasión de la dolencia. El día 10 podía darse el peligro por conjurado y el 12 se levantaba de la cama, con lo que, y continuando la mejoría, el 14 se mandaba celebrar en todas las iglesias principales de España el pronto y completo restablecimiento de S. M. C. Corto, pues, fué el tiempo que duró la enfermedad y menor el en que se temió un triste desenlace, mucho más breve, de consiguiente, el en que se pudiera creer necesario dar aviso á un embajador español en el extranjero de ambas circuns-

tancias [1]. Y, sin embargo, el historiador acabado de citar asegura *con el testimonio de persona fidedigna* que el consejero D. Bernardo Iriarte, hermano del célebre fabulista y del negociador del tratado de Basilea, había escrito á Azara la enfermedad del Rey, añadiéndole lo del testamento en los términos que acabamos de indicar como atropello el más ultrajante para D. Fernando, que por entonces iba á contar 17 años, tres más de los que las leyes exigían para reinar en nuestra patria. Dice también Muriel que Azara enseñó la carta á Napoleón, quien le aconsejó escribir al duque de San Carlos que él reuniría un ejército de 50.000 hombres, de 100.000 si fuese necesario, para sostener los derechos de D. Fernando, y que se entendiera con el embajador francés, á quien se dirigirían las instrucciones convenientes. Añade Muriel que Azara escribió, con efecto, á San Carlos; que enseñó la carta á Napoleón que, sin duda, la dió su plácito; pero que cuando iba á mandarla á Madrid llegó á París un correo con la noticia del restablecimiento del Rey. El Primer Cónsul, al saberlo, parece que dijo á Azara: «Las cosas mudan ya de aspecto», y la carta quedó sin curso en poder del diplomático español, de donde, al morir éste poco tiempo después, fué á parar, de mano en mano, de las de otro de sus hermanos, D. Felix, á las del Duque á quien estaba destinada en Madrid. Esto sucedería ya en 1808, cuando la revolución de Aranjuez, produciendo la abdicación de Carlos IV y la ruina de Godoy, hizo que volviese San Carlos al lado de Fernando, ya proclamado Rey, con la influencia á que le daban derecho sus servicios y el destierro sufrido por su adhesión.

Hay alguno, el historiador Lafuente por ejemplo, que pone en duda y con argumentos no destituídos de razón todo ese tejido de cartas, conferencias é intrigas que aduce Muriel

1 Ya hemos visto en época posterior cometerse la imprudencia de enviar á todas las cortes la noticia del fallecimiento de un soberano, español también, que aún vivió bastante tiempo después.

en su manuscrito para dar á conocer los vituperables manejos de María Luisa y de Godoy en los que ya creían últimos momentos del Rey. No es fácil disipar esa duda en el ánimo de los lectores una vez invadido por ella; y nosotros hemos estampado en el capítulo anterior algunos párrafos de un despacho de Napoleón que dan alguna luz en este asunto y la razón acaso á Muriel en su interesante y curiosísima narración. Es verdad que era algo más tarde, en 1.° de Diciembre, pero no fué mucho; y conservando acaso la impresión causada por la carta de Iriarte, que le hubiera prestado Azara, el Primer Cónsul hacía escribir al embajador francés en despacho que ya hemos citado: «Que vaya frecuentemente á hacer la corte al Príncipe heredero.»

«Que si en esas circunstancias y hasta que el gobierno le haya enviado instrucciones, muriese el Rey, declare públicamente que la Francia no reconocerá más que al príncipe heredero por rey de España.»

«Que trate de procurarse, añadía, una correspondencia secreta con el Príncipe.»

Algo revelan estas instrucciones sobre el estado de ánimo del Primer Cónsul, preparado, nos parece, por denuncias, por noticias á lo menos, de lo que pasaba en la Corte española durante la enfermedad del Rey, de fecha tan reciente. No creemos muy aventurado el decir que la narración de Muriel tiene, si no completa exactitud, mucho de verosímil, mejor aún, de verdadera en su parte más esencial [1]. Terrible es lo del testamento; pero si se lee detenidamente el discurso de Godoy al manifestar su oposición al casamiento de don Fernando, declarándolo ineducado é incapaz de manejarse por sí solo en el nuevo estado que quería dársele, no es extraño que María Luisa, dominada por el desamor que ya sentía hacia su hijo y por los argumentos de Godoy, que no habría cambiado de opinión, se aviniera á dar un paso tan peligroso é injusto como el que Muriel denuncia en su manuscrito, de

1 Las Memorias de Godoy no dicen una sola palabra sobre este asunto.

tanta autoridad para los mismos que de él disienten en el asunto de que ahora se trata.

Desacuerdo entre Napoleón y Godoy.

Bien se ve que existía ya, y eso desde la celebración de los preliminares de Londres y más después del tratado de Amiens, un marcado desacuerdo entre los Gabinetes de París y de Madrid, mejor dicho, entre Napoleón y Godoy. Aquél estaba engreído, y bien podía estarlo, con los triunfos alcanzados por su extraordinario genio militar y con los que iba obteniendo en la pacificación interior de la Francia, así la moral de las conciencias como la material restablecida por medio de una administración tan sabia como no se había conocido desde los tiempos de Enrique IV y su célebre ministro Sully; aquel, repetimos, se consideraba árbitro indiscutible en todas las grandes cuestiones europeas, pudiendo disponer de la aquiescencia de los demás gobiernos á los planes que no cesaba de revolver en su poderosa mente y de su cooperación para ejecutarlos cuando y como quisiera. No podía Godoy presumir de tales excelencias; pero la posición recobrada en la Corte de España, más alta aún desde sus éxitos de Portugal, como guerrero, y los de la pacificación con la Sante Sede y Valencia, como político, adulado por cuantos le cercaban y de los Reyes mismos, considerándole, lo hemos dicho cien veces, el mejor de los generales y el más hábil de los estadistas, de tal manera le habían infatuado y ensoberbecido que, más que un ministro, parecía un soberano según el tono y el desenfado con que trataba los asuntos de Estado más arduos y trascendentales. Es verdad que no ya ministro, cual hacen suponer algunos que han historiado aquella segunda época de su gobierno, sino un lugarteniente del Rey, un *Alter ego*, es lo que aparece en ella, dictando providencias á los secretarios encargados del Despacho en los distintos ramos de la administración pública. En una palabra; el verdadero soberano de España fué desde 1801 el príncipe de la Paz que sólo compartía su acción gubernamental con la Reina, ésa sí,

ejerciéndola para satisfacer *sus propósitos personales*, como dice uno de sus más conspicuos cronistas, por no expresar otra idea, bochornosa quizás para la fama de aquella princesa. Napoleón, como vamos á ver muy pronto, se lamentó al Rey varias veces del exceso de influencia que había adquirido sobre su ánimo el Príncipe de la Paz, y de la arrogancia con que trataba á quienes, como él, árbitro ya de los destinos de la Francia, tenían fuerza más que suficiente para vengarse y, al hacerlo, causar graves daños á la nación española [1].

Ya hemos dicho que Napoleón había añadido á sus timbres de general los no menos gloriosos de restaurador del orden social y de la administración de la República, poco tiempo antes vencida, desorganizada y presa de todo género de excesos y turbaciones, del Terror, en fin, expresión la más elocuente del abatimiento y decadencia de un pueblo. Y no en lo que su poderosa iniciativa le hacía emprender dentro de las facultades otorgadas al Consulado, sino que hizo aceptar en los Cuerpos Colegisladores, reunidos en Abril de 1802, proyectos de ley que ningún otro en su caso se hubiera atrevido á presentarles; tanto debían repugnar á los hombres que acababan de sostener ideas opuestas con la exageración revolucionaria de los días anteriores, al movi-

1 Esta creencia era y sigue siendo general. Sin embargo, he aquí lo que Godoy dice en sus Memorias: «Distinguido siempre por el rey con las mayores muestras de su amistad y confianza, no permitiendo Carlos IV que se diese ningun paso en los negocios exteriores sin mi acuerdo, tratando y figurando de su orden con los ministros extranjeros; consultado tambien y oido muchas veces con suceso en los asuntos interiores, puesto en fin á la cabeza del ejército y la armada, y encargado de su arreglo y sus mejoras, fácil era juzgar que yo era todo en el gobierno y que el poder se hallaba concentrado entre mis manos. Mas no era así en verdad: nada se despachaba, ni aun los mismos asuntos de las reformas militares, que no fuese por el orden y las vías ordinarias de los respectivos ministerios. Carlos IV preguntaba y escuchaba siempre á todos sus ministros, ningún asunto era tratado ó decidido á excusas de ellos, y si bien el rey defería á mi parecer con más frecuencia en los negocios de política, digan cuanto quisieren sus contrarios, jamás cerró sus ojos ni aun conmigo, ni hizo nunca de habitud ó á ciegas lo que yo le aconsejaba: lejos de ser así, como se verá muchas veces todavía, siguió consejos en asuntos los más graves, harto diferentes de los míos.»

miento reaccionario que esos mismos proyectos representaban. El Concordato, firmado el 15 de Julio de 1801 y que se celebró en Nuestra Señora de París, aun entre la mofa de muchos de los concurrentes á la fiesta [1]; la amnistía concedida á los infinitos emigrados que, ó habían combatido á los ejércitos de la Revolución ó perecían en el extranjero privados de sus bienes, pero sintiendo todavía más la ausencia de sus hogares; el plan de enseñanza, tan contrario á los que pudiéramos llamar estudios laicos, más aún, de grosera é impía instrucción, tantos años hacía impuesta por la perversidad; la institución de la *Legión de Honor*, tan admirada después, hasta haber logrado atravesar años y décadas en tal número por entre las vicisitudes más varias y trascendentales, siempre respetada y siempre apetecida; esos y otros muchos proyectos de más ó menos interés político ó social, fueron aprobados en una legislatura de mes y medio, si corta, una de sus excelencias, grandemente aprovechada para la felicidad de la Francia. Bien se lo agradeció ésta, pues en Agosto de aquel mismo año un plebiscito, que suscribieron tres millones y medio de Franceses, declaró á *Napoleón Bonaparte Primer Cónsul perpetuo*, haciendo además que el Senado le manifes-

1 La Duquesa de Abrantes y Bourrienne nos han dejado memoria de lo que sucedió en la ceremonia del concordato en Nuestra Señora. Cuenta la mujer de Junot que, preguntado el general Delmas por Napoleón sobre lo que le había parecido la fiesta, le contestó: «Ha sido una bella arlequinada; pero serían necesarios para que estuviese mejor 1.000.000 de hombres que han vertido su sangre para destruir lo que acabais de restablecer.»

Bourrienne dice por su lado: «Muchos de los que asistieron á aquella ceremonia demostraron en su cara y con sus gestos más disgusto é impaciencia que satisfacción y recogimiento. Oíanse aquí y allí murmullos que anunciaban el descontento; el cuchicheo que yo podría calificar de conversaciones, interrumpía á veces el servicio divino, y estaban muy lejos de ser comedidas las expresivas frases que se escuchaban. En fin, no sé por qué fatalidad se apoderó el hambre de varios de los asistentes; pero es lo cierto que se vió á algunos volver la cabeza para romper con los dientes pedazos de chocolate; y aseguro haber visto comer pan en la iglesia, sin empacho y sin poner atención á lo que allí pasaba.»

Delmas, por supuesto, Lecourbe, Monnier y algunos otros generales cayeron en desgracia de la que no volvieron más que ofreciendo después sus servicios en circunstancias difíciles.

tara *la confianza, el amor y la admiración* que hacia él sentía el pueblo francés [1].

Aparecía, pues, en Francia un remedo del antiguo régimen, del á que estaba acostumbrada de tantos siglos atrás, y en el resto de Europa se vió también con gusto, puesto que no habría que temer para en adelante, mientras durase por lo menos, la propaganda republicana que en tal alarma tuvo á todas las monarquías en la era revolucionaria que acababa de hundirse en la impotencia y el descrédito. Todo, así, se volvía felicitaciones para el Grande hombre que había devuelto el reposo y la tranquilidad á pueblos y gobiernos al restañar la sangre y devolver gloria y prosperidades á su patria. Rusia felicitaba al héroe francés; Prusia llegaba en sus plácemes á desearle la soberanía, y ésa, hereditaria; la Sede romana le mostraba su afecto como á pacificador de Europa y restaurador de la religión, proscripta, despojada y escarnecida hasta su elevación al poder; Austria, la misma Inglaterra, ¿qué más? la reina Carolina de Nápoles, la Archiduquesa, su mortal enemiga, la que parecía no poder perdonarle los reveses sufridos por su patria y por la nueva á que la ligaban familia, honor y poderío, le daba su parabién reconociendo sus extraordinarios talentos.

Y con ese hombre, con ese coloso pretendía nuestro Príncipe de la Paz entablar una lucha, ya que no armada, política y diplomática, dándose, entonces y después, aires de salir vencedor en liza tan desventajosa para él.

Al poco tiempo de haberse celebrado la paz de Amiens comenzó Inglaterra, donde no cesaban los partidos políticos

1 Algunos historiadores, uno español sobre todo, copiado por otros, y el francés Saint-Hilaire, han escrito que desde el momento de obtener Napoleón el consulado perpetuo dejó de firmar con su apellido para hacerlo con su nombre. No es exacto. Por primera vez en su correspondencia se le ve firmarse NAPOLEÓN el 28 floreal del año XII (18 de Mayo de 1804) al anunciar á los Cónsules Cambacères y Lebrun las dignidades que, como Emperador de los Franceses, les ha señalado, la de Archicanciller al primero de ellos y la de Architesorero al segundo. Durante su cargo de Primer Cónsul perpetuo siempre se firmó BONAPARTE.

de buscar armas con que hostilizarse, á entorpecer la acción tranquilizadora de Napoleón en Francia, alentando su gobierno á los emigrados contra él ó zahiriéndole su prensa cuanto le era posible en sus providencias y aun en las que suponía ser sus intenciones [1]. Irritado, como era de esperar, el Primer Cónsul pretendió del Gabinete inglés impusiera á varios de los periódicos la moderación que aconsejaban las buenas relaciones existentes entre ambas naciones, y desairado en su pretensión, atendida la libertad de que siempre ha gozado la prensa en el Reino Unido, prohibió la entrada de todos ellos en Francia, con excepción de uno solo que el embajador le había expuesto demostraba el comedimiento y la moderación que faltaban en los demás. Ya que nada conseguía del Gobierno de la Gran Bretaña, pretendió también del español que en la *Gaceta* y *El Mercurio* se insertaran los artículos que *El Moniteur* y los demás papeles franceses estampaban, todos, como es de suponer, encomiásticos del Cónsul y su administración, y *se callarán*, decía el embajador Beurnonville, que había sustituído á Saint-Cyr, *muchas cosas que ofenden á Francia.* Godoy se resistió, del mismo modo que el ministro inglés, á acceder á las exigencias de Napoleón, motivando su repulsa en la conveniencia de mostrarse completamente imparcial en las querellas que se iniciaban entre Francia é Inglaterra, por lo que seguiría insertando, como hasta entonces, en nuestros periódicos oficiales cuanto se escribiese de importante en

Reclamaciones de Napoleón.

1 El primer motivo de disentimiento entre Napoleón y el Gabinete inglés aparece haber sido la presencia del conde de Artois ante un regimiento con los distintivos de una condecoración francesa, del antiguo régimen por supuesto. Un despacho, el 6512, de 27 de Diciembre de 1802, lo prueba exigiendo del ministro Lord Withworth haga salir del Reino á los príncipes franceses.

Poco antes, en Agosto, según dice Godoy en sus Memorias, trató Beurnonville de convencerle de la conveniencia de que el rey de España propusiera al conde de Provenza la renuncia de sus derechos mediante el resarcimiento de sus bienes. Negóse á hacerlo nuestro Generalísimo; y entonces apeló el Primer Cónsul á la mediación de Prusia, cuyas proposiciones fueron categóricamente rechazadas por los príncipes emigrados.

uno y otro país, sin distincion ni diferencia y sin apreciaciones tampoco que hicieran presumir inclinación hacia ninguno de ellos.

De ahí pasó Napoleón á dirigir reclamaciones en otro sentido. Ya se quejó de que no se le permitía extraer de nuestro país pesos duros para el servicio de Santo Domingo y las Antillas francesas, ya de vejaciones hechas por el gobernador de Alicante á los tripulantes de un buque republicano, de no haberse levantado algunos secuestros de presas conducidas por barcos franceses á puertos españoles, de seguir todavía en nuestros presidios algunos de los prisioneros de las campañas de 1793 á 95, de confiscaciones en Méjico, de cuantos motivos pudieran delatar los expedientes que se hicieron extraer de los archivos de los ministerios [1]. En ocasiones se quejaba tambien de haberse levantado en España fuerzas de milicias y aun de las regulares del ejército con destinos desconocidos y de que ninguna no-

1 Para que se comprenda lo injusto de la reclamación en cuanto á la de los prisioneros destinados á presidio, vamos, aun cuando parezca prematuro, á reproducir aquí un parte del conde de Santa Clara, capitán general de Cataluña en 1805, que revela cuán distinto es el carácter español de lo que Napoleón lo hace aparecer en su despacho. Dice así el parte: «Excmo. Sr.: Quando los 114 prisioneros Españoles, de que hablo á V. E. en otro oficio de este día, hubieron de embarcarse en Malta, sentían separarse de 27 franceses camaradas suyos de prision, y dexarles sumergidos en tal dureza, desnudez y extrema miseria, que se aproxima (segun refieren) á la esclavitud. Á impulso de aquel espíritu bizarro, característico de la nacion, se esforzaron á libertar á toda costa del yugo á sus compañeros; y llegando al momento del embarco, introduxeron á los muchachos franceses en arcas de sus equipages, á los hombres entre sus colchones y cois, y como fardos conduxeron á bordo á los 27 franceses. Encerrados todos baxo de escotilla, agregaron 3 de estos á cada rancho, y partiendo con ellos su escasa racion, los han sustentado 13 días que duró la navegacion, quitándose de la boca parte de su preciso alimento. Temían, con razon, ser descubiertos en el acto del desembarco; pero notando algunos franceses que el Ayudante enviado por mí para la entrega, hablaba su idioma, secreta y prontamente pudieron insinuarle su peligrosa situacion, implorando su amparo. Dió el Oficial Inglés, encargado de la conduccion, sus listas al Ayudante para desembarcarlos por ellas individualmente; pero éste, advertido, se prestó á recibirlos en peloton, aparentando confiarse en la buena fe del Oficial Inglés, á quien entregó recibo firmado de los 114, y confundidos con éstos, saltaron en góndolas los 27 franceses, de que tengo la honra de incluir á V. E.

ticia le daba su embajador. En otra (4 de Agosto de 1803), hacía pasar á Azara una nota, cuyo primer párrafo decía: «El Primer Cónsul me manda hacer saber á V. E. que está muy cerca de colmarse la medida de los ultrages que se permiten en España contra la Francia de cuatro meses á esta parte». Esos ultrajes eran el secuestro por los Ingleses de dos barcos franceses en la bahía de Algeciras, el de que cuatro buques de guerra se habían hallado expuestos en la Coruña á los ataques del enemigo, tratándolos, decía Napoleón, los Españoles como si fueran berberiscos, y, por fin, el que hacía suponer *la impertinencia de decir que se armaban 100.000 hombres de milicias que no se destinarían ciertamente á combatir á las escuadras inglesas*. Napoleón exigía que se diese satisfacción á esas quejas so pena de que se vengasen *con la ruina de la monarquía española*, haciendo, por supuesto, licenciar los 100.000 milicianos y dirigir hacia Gibraltar y Coruña las tropas enviadas á Cataluña, Navarra, Vizcaya y otras provincias más ó menos próximas á la frontera francesa.

Expedición de Santo Domingo.

¡Qué pronto había olvidado Napoleón el servicio que acababa de prestarle España para su grande, aunque malograda, expedición de Santo Domingo! Ya recordarán nuestros lectores y, de todos modos, lo saben, que aquella isla fué cedida á Francia en el tratado de Basilea, lo que, unido á haberse sublevado la parte francesa proclamando la libertad de los negros, y éso horrorizando al mundo con los atropellos más abominables, el martirio, los espantosos asesinatos de los blancos, sus señores, y la ruina de los que lograron salvarse huyendo de aquel, antes emporio de riqueza, teatro luego de fuego, desolación y sangre, inspiró á Napoleón el pensamiento de recobrarla

una lista, y llegaron á tierra sin que hayan tenido noticia siquiera los Ingleses que los han conducido. Ocurrencia original, antes cierta que verosímil, y que no es creible á menos de verlos á todos en este lazareto, adonde habiéndoles yo mismo preguntado con interés quiénes de los Españoles fueron autores de tal pensamiento y empresa, me han respondido unánimes unos y otros, que todos á la vez en igualdad de voluntad y de resolucion.»

cuando creyó podría hacerlo, esto es, al terminar la guerra con la Gran Bretaña.

El gobierno de la isla había parado desde los principios de la insurrección en manos del negro Toussaint Louverture, de fama perdurable en la historia de las Antillas por su talento, excepcional en las gentes de color, su también extraordinaria energía y por los actos de valor, de ingenio y de abnegación que le crearon una autoridad entre los suyos que nadie osó disputarle. Hábil político, á la par de esas cualidades de un hombre verdaderamente superior, se hizo allí una soberanía arrojando á los Ingleses de puntos de que se habían últimamente apoderado y sujetando la parte española, más que con las armas, aunque tenía un ejército bien organizado, haciendo creer á nuestros oficiales que recibía la colonia en nombre y por encargo de la Francia, como delegado de la República para hacer efectivo el convenio ya referido de 1795. Tan hábil político, repetimos, se mostró y administrador tan entendido, que al poco tiempo de haber tomado las riendas de aquel gobierno, que hasta llegó á declarar personal, vitalicio y hereditario en imitación al Primer Cónsul, la isla estaba lo floreciente y rica de antes [1].

Mas era necesario que fuese reintegrada á su metrópoli, y Napoleón, hecha la paz de Amiens, dispuso la formación de una poderosa escuadra que, llevando á su bordo las tropas de desembarco que se creyeran conveniente, ocupase los puertos más importantes de la isla para, en seguida, dominarla toda. De esa escuadra, que contribuirían á formar divi-

1 Dice Thiers en su «Historia del Consulado y del Imperio»: «Procurando siempre imitar al Primer Cónsul, había organizado para sí una guardia, un séquito y un palacio como de Príncipes. Recibía en él á los propietarios de todos colores, especialmente blancos, y maltrataba á los negros que no ofrecían un aspecto decente. Horroroso á la vista aun con su uniforme de teniente general, tenía sus aduladores y cortesanos; y, es triste decirlo, logró más de una vez que mujeres blancas que pertenecían á antiguas y ricas familias de la isla, se le prostituyesen para obtener su protección. Sus cortesanos le persuadieron que él en América era el igual del general Bonaparte en Europa, y que debía procurarse su misma situación.»

siones procedentes de Brest, Rochefort, Cádiz y Tolón, error manifiesto cuando se pretendía sorprender con su llegada á los Dominicanos, disculpado, sin embargo, con la incertidumbre en que se hallaba el Primer Cónsul respecto á la firma del tratado de paz con la Gran Bretaña, constituyó parte una española compuesta de cuatro navíos y una fragata á las órdenes de Gravina, el marino, entre los nuestros, preferido y mimado de Napoleón [1].

Las operaciones fueron ejecutadas tal como les habían sido prescritas á los almirantes, con las dilaciones, empero, que debían esperarse debiéndose combinar entre escuadras de puntos de partida tan distantes y el general Leclerc, que regía las tropas y habría de encargarse del mando general de la isla. El 5 de Febrero era tomada por asalto, en que tomaron parte nuestros marinos, la ciudad del Cabo que incendiaron los negros de Christophe mientras la división Rochambeau se apoderaba del *Fort Dauphin*, no lejos de aquélla, en la vasta bahía que forma la costa occidental.

En los días sucesivos fueron cayendo en poder de los Franceses Port-au-Prince y Léogane, que no supo defender el feroz Dessalines; todo el departamento del Sud, que mandaba Laplume, ofrecía su sumisión, y la parte española se entregaba del mismo modo al general Kerversau y al capitán de navío Magón. De manera que el día 10 no quedaban á

1 Los navíos eran *El Guerrero, El San Francisco de Paula, El San Pablo* y *El Neptuno:* la fragata era *La Soledad.* No fueron tropas de desembarco, pretextando nuestro gobierno para negarlas «la necesidad en que se hallaba España de mantener sus fuerzas al completo, visto que la paz con Inglaterra no era todavía negocio asegurado.» «En cuanto á la escuadra surta en Brest, dice Godoy, por no negarlo todo, no oponiéndose á nuestro interés que parte de ella acompañara á la francesa y la ayudase á conducir las tropas y á proteger el desembarco, puesto que por parte nuestra nos era necesario remudar nuestros cruceros en América, visitar nuestros puertos, ahuyentar el contrabando, y proteger el movimiento que tomaba ya nuestro comercio, se concedió que á las fuerzas de la Francia se añadiesen de las nuestras cuatro navíos y una fragata.»

Thiers, ni siquiera las menciona al historiar la expedición de Santo Domingo.

Toussaint más que 5 ó 6.000 hombres con los generales Maurepas, Christophe y Dessalines, encumbrados con sus tesoros en las más intrincadas selvas y los montes más ásperos de la parte francesa donde tenía su morada el inflexible Dictador, *el primero de los negros*, como él decía en contraposición á Bonaparte, á quien llamaba *el primero de los blancos*.

Fué preciso poner en ejecución planes nuevos para conseguir la sumisión completa de los insurrectos; y ya que no dió resultado el de enviar á Toussaint sus hijos, llevados de Francia, donde se educaban, para que, cediendo á sus tiernas instancias, aceptara las favorables condiciones que se le ofrecieron, se emprendió una gran operación, la de marchar á la vez de todos los puntos ya ocupados para envolver á los negros en los Gonaives y acabar allí su resistencia. Verificóse, con efecto, desde el día 17 y con tal éxito que, después de haberles tomado los fuertes de Saint-Marc y de la Crête-à-Pierrot, y de sometidos Maurepas, Christophe y Dessalines con las mismas condiciones que antes Laplume y Clervaux, á quienes se les conservaban sus grados y bienes, lo hizo el mismo Toussaint Louverture, al que se le señaló para punto de residencia la magnífica suya de Ennery en el interior de la isla.

La jornada había resultado todo lo feliz y brillante que podía desear el Primer Cónsul para gloria de la Francia y la de su cuñado Leclerc, que seguidamente se dedicó á restablecer el orden y la administración en la colonia, asolada por los negros que no se mostraron más humanos en esta insurrección que en la precedente sacrificando á cuantos blancos pudieron alcanzar ó llevarse á sus guaridas é incendiándoles sus propiedades y moradas. Luego recordaremos el fin que tuvo, harto funesto para esa misma gloria y para el heroico caudillo que la había ejecutado tan brillantemente en su primera parte que necesitamos tomar de nuevo el hilo de la anterior narración en lo referente á nuestra patria.

Nuevas quejas de Napoleón y su carta al Rey.

Se conoce que el Gobierno, esto es, Godoy, puesto, como suele decirse, entre la espada y la pared, entre Inglaterra y Francia, no se atrevía á pronunciarse por una ni por otra; y Napoleón, que había hecho á Talleyrand darle cuenta detallada de cuantos motivos de queja decía tener, dirigió al rey D. Carlos la carta que trasladamos á nuestros lectores como muestra asaz elocuente de la ira de que estaba poseído el *Grande Hombre* contra el Príncipe de la Paz y del anhelo que sentía por derribarle de las alturas de su privanza. He aquí íntegro tan importante documento: «La Malmaison, primer dia complementario del año XI (18 de Septiembre de 1803).—He hecho saber al gobierno de V. M., por medio del embajador Beurnonville, la necesidad en que me hallo de procurar la defensa de los navíos franceses que los accidentes del mar han conducido á los puertos de España, amenazados de igual suerte que los de Algeciras y con la de ser entregados al enemigo por los agentes del Príncipe de la Paz.»

«En circunstancias tan imprevistas, créome en la obligacion de llenar un último deber cerca de V. M., rogándole que abra los ojos ante el abismo que las intrigas de la Inglaterra han cavado bajo el trono que su casa ocupa hace cien años. En efecto; permítame V. M. decirle que Europa entera está tan afligida como indignada de la especie de destronamiento en que el Príncipe de la Paz se complace en presentar á V. M. ante todos los gobiernos. Él es el verdadero rey de España, y preveo con pena que, obligado á hacer la guerra á ese nuevo Rey, tendré la de haber de hacerla al mismo tiempo contra un Príncipe que, por sus cualidades personales, hubiera proporcionado á sus súbditos la felicidad y habría adquirido la gloria de mantener la paz si hubiese querido reinar por sí solo; porque yo no dudo de que, por consecuencia de esa misma política, se aconseje á V. M. reunir tropas que se opongan á la entrada de un cuerpo de ejército que me vería obligado á enviar á los puertos de España para

poner las escuadras que los azares del mar han conducido á ellos al abrigo de las fuerzas enemigas y armar las baterías del Ferrol, hoy enteramente desarmadas.»

«El resultado de esas reuniones y de esas asambleas de fuerzas será la guerra entre los dos Estados, y yo no puedo ocultar á V. M. que cuando el Príncipe de la Paz vea á la monarquía en peligro se retirará á Londres con sus inmensos tesoros, y V. M. habrá hecho la desgracia de su pueblo, de su corona y de su dinastía.»

«Pero si V. M., continuando en dispensarme la confianza que me ha dispensado otras veces, me pide el remedio á desgracias tan próximas, no puedo darle más que una respuesta en la que reconocerá mis sinceros y amistosos sentimientos hacia V. M., que vuelva á subir á su trono, que aleje de sí á un hombre que poco á poco se ha hecho dueño de todo el poder real y que, conservando en su rango las bajas pasiones de su carácter, no se ha elevado nunca á la alteza de ningun sentimiento que le pueda proporcionar verdadera gloria, no ha vivido más que para la satisfaccion de sus propios vicios y se verá siempre dominado por la sed del oro.»

«Debo creer que se habrán ocultado de tal manera los acontecimientos á V. M. que esta carta le será, por decirlo así, enteramente nueva, y me conmueve realmente la pena que preveo le producirá; pero, en fin, ¿no es mejor en tan importante circunstancia que V. M. conozca con claridad el verdadero estado de los asuntos de su reino?»

«Me he lamentado muchas veces de la situacion en que se halla V. M., y ha sido necesaria una complicacion tan grave de los males presentes y de los peligros próximos para que haya tomado sobre mí el cumplimiento de un deber tan enojoso ante V. M.» [1].

1 Esa carta fué traída á Madrid por el ciudadano Hermann, empleado en el Ministerio de Relaciones exteriores y de toda la confianza de Talleyrand, y después de apurar Godoy cuantos medios le ocurrieron, como á María Luisa

El guante estaba tirado y de un modo bastante brutal, lo cual prueba la ira de que se hallaba poseído quien ya creía no encontrar en Europa contrapeso á sus influencias. Y tanto era así, que lo que con el soberano español, hacía con el regente de Portugal y con la reina Carolina de Nápoles, con cuantos, monarcas ó ministros, se atrevían á resistir sus exigencias, razonables ó no. Una polémica suscitada entre Lannes, embajador en Lisboa, con el ministro Almeida, produjo la retirada del ilustre general francés, demasiado imperioso, y, como consecuencia del desaire supuesto por habérsele dado los pasaportes, una carta de Napoleón exigiendo del regente la destitución de Almeida. Las razones que se le opusieron eran tan poderosas, aunque dadas con la moderación que debía esperarse, que Almeida quedó presidiendo el ministerio portugués y Lannes recibió la orden de volver á su puesto, en el que fué luego sustituído por otro general, el célebre Junot, duque después de Abrantes, menos sesudo que su antecesor y colega. Las gestiones incesantes de la reina Carolina en favor de los Ingleses merecieron también una carta del Primer Cónsul, tan preñada de amenazas y de consejos

y á Cevallos, para impedir que llegase á manos de Carlos IV, le fué entregado á éste por Beurnonville. Pero el Rey, á quien se había logrado imbuir la idea de no leerla, devolviéndosela al embajador sin abrirla siquiera, ejecutó con tal puntualidad el encargo, mejor que consejo, que se le había dado, que defraudó inconscientemente las esperanzas que, al dictarla, concibiera Napoleón de sólo con ella derribar al Favorito.

¿Se comprenden tal candidez ni olvido mayor de su dignidad en un soberano?

Dijo el Rey á Beurnonville: «He recibido la carta del Primer Cónsul, porque no hay otro remedio, pero os la devolveré sin haberla abierto. Dentro de pocos dias sabreis que este paso ha sido inútil, porque el Sr. Azara tiene encargo de terminarlo todo en París. Yo estimo al Primer Cónsul: quiero ser su fiel aliado y proporcionarle todos los recursos de que mi corona puede disponer.»

El libro, ya citado, de *L'Ambassade Française en Espagne pendant la Révolution* consigna este hecho en términos tan parecidos que pueden darse por iguales. Y añade: «No hallando en su aturdimiento palabras con que responder, Beurnonville perdió toda su presencia de espíritu: le impuso el aire de autoridad del rey, quedó estupefacto ante la audacia de la reina y confundido con el giro dado á la conferencia.»

como las de que acabamos de hacer mención, cuyos resultados no fueron, sin embargo, lo satisfactorios á que aspiraba su autor [1].

Nuevos sistemas de guerra.

Pero hay que convenir en que la situación de Francia iba siendo de día en día más difícil, especialmente desde que en Inglaterra un partido político había hecho bandera de su oposición á los planes de engrandecimiento que se dejaban presumir en el Primer Cónsul. El Gabinete inglés había enviado á París á Lord Withworth, mejor que con el objeto de asegurar la paz con el de encender de nuevo la guerra. «Cada viento que sopla del lado de Inglaterra, le decía Napoleón, no me trae sino odio y animosidades, ¿cómo quereis que no me exaspere?» En aquella conferencia no se afirmaron las relaciones pacíficas anudadas en Amiens, sino que, por el contrario, la irritación de que estaba poseído el levantisco jefe de la Francia, le llevó á declaraciones que, para producir el efecto que él buscaba, era necesario las hubiera escuchado otro diplomático menos prevenido para obtener el opuesto. Las que se referían á la suerte del Egipto pusieron en cuidado al Gobierno británico y le confirmaron en su propósito de no ceder la isla de Malta, que deseaba conservar siquiera diez años, y eso con compensaciones, además, tan ultrajantes como la cesión por parte de Napoleón de la isla de Lampedusa, la salida de las tropas francesas de Holanda y Suiza y una indemnización en Italia al rey de Cerdeña [2].

1 En la carta á la reina Carolina se venía á decir lo que á su cuñado Carlos IV: «¿Cómo quiere V. M. que yo considere el reino de Nápoles en sus relaciones geográficas y políticas cuando veo á la cabeza de todas las administraciones á un hombre extraño á ese país (Acton) y que ha centralizado en Inglaterra sus riquezas y todas sus afecciones? Entretanto, el reino de Nápoles se gobierna menos por la voluntad y las ideas del soberano que por la de su primer ministro.» Añadíale que podría tener que arrepentirse de semejante conducta.

Mucho es que no sacara á relucir en su carta á la famosa Lady Hammilton.

Pero esta carta es de miel comparada con la escrita el 2 de Enero de 1805 y que tomaremos después en cuenta.

2 Por cierto que una de esas declaraciones, imprudentemente hecha al en-

Rechazadas las pretensiones de Inglaterra, Napoleón se preparó á la guerra, ocupando en parte el reino de Nápoles é invadiendo el Hanover, cuyas tropas se vieron obligadas á capitular en Artlemburgo. Estas medidas, que se hicieron aparecer como atentatorias á los principios, por todos reconocidos, del derecho público, llevaron la alarma á todas las potencias continentales de Europa; á Rusia, entre ellas, por manifestarse interesada en la suerte de Holanda; al Austria que, aun temerosa de un rompimiento inmediato, demostró su disgusto en notas, eso sí, poco enérgicas, y á la Prusia que, sin querer abandonar su reciente sistema de neutralidad que tantas ventajas le estaba produciendo, preveía los rozamientos que le había de atraer la invasión del territorio alemán por las tropas francesas.

Situación de España.

España se encontraba en una situación de todo punto excepcional. Ligada á Francia por tratados que parecían deberse dar al olvido, según eran de antiguos, y haber la reciente paz interrumpido su acción, tan variable como las circunstancias en tiempos tan agitados, tenía que mantenerse benévola con la Gran Bretaña por temor á la repetición de desastres como los que había sufrido en la última guerra. ¿Á quién satisfacer con ventaja para la propia nación? ¿Á la Francia que amenazaba con un poderoso ejército, pretextando la necesidad de sujetar á Portugal á sus miras y haciendo llover quejas, reclamaciones y exigencias de imposible satisfacción, ó á Inglaterra que, considerando como falaces y fruto de torpes sutilezas de un gobierno inferior á las supremas necesidades de su misión, las protestas de amistad que se la dirigían, amenazaba también con repe-

viado inglés en tono profético ha resultado errada en estos últimos tiempos. Díjole «que no valía la pena de turbar la paz del mundo y aparecer como agresor la conquista de un país (Egipto) que pronto ó tarde caería en poder de Francia, fuese por la disolución del imperio turco, fuese por un arreglo con la Puerta.» Por el pronto los que dominan en Egipto son los Ingleses que se resisten á soltarlo, y no lleva trazas de que, por uno ú otro modo, pase, como decía Napoleón, á manos de la Francia.

tir sus crueles hazañas de antes en Europa y las Indias españolas?

La paz había traído el abandono de todo género de armamentos, atento nuestro Gobierto á cicatrizar las heridas de la guerra en lo que más había sufrido, la agricultura, la industria y el comercio, y, como consecuencia, la Hacienda y el crédito nacionales. Por lo mismo que en tan corto espacio de tiempo como el transcurrido desde la paz de Amiens habían mejorado esos ramos de prosperidad á punto de subir la amortización de los valores reales á 250 millones de reales, pagándose también los intereses de la Deuda con una puntualidad desconocida hacía varios años, por lo mismo era de la mayor importancia continuar sin interrupción la obra de la apertura de fuentes de riqueza que sólo la paz, y sólida, hace brotar en un país, sobre todo como España, feraz, pero inexplotado. Desgraciadamente, por aquellos días cayeron en nuestro suelo calamidades ni previstas ni de facil remedio. Lluvias copiosas y pertinaces, como nunca en muchos años, destruyeron las siembras hechas en el otoño de 1803 y llevaron á los pueblos una miseria espantosa y, tras ella, su inseparable cortejo, las enfermedades y el contagio. La fiebre amarilla, sofocada, al parecer, en Andalucía al tiempo de su aparición en el año 1800 y luego en 1801, brotó de nuevo, esparciéndose por todo el litoral desde Alicante y Cartagena hasta Cádiz, para después extender sus estragos por los feracísimos valles y hermosas ciudades de Córdoba y Granada. Nada bastó para atajar mal tan grave; y sólo á fuerza de cordones sanitarios se le pudieron cerrar las puertas de Castilla y demás provincias, ya bastante apartadas de aquel teatro de desolación y muerte. Godoy se mostró entonces verdaderamente próvido; porque así como no dejó sin socorro á los incomunicados de Andalucia y Levante, enviándoles dinero, medicamentos y facultativos en número considerable, proveyó á los castellanos que luchaban con el hambre y las tercianas, de provisiones abundantes, granos para

nuevas siembras y tal cantidad de quina que, al decir suyo, quedaron vacíos los almacenes de la Real familia, así de las ricas especies de quina de que estaban surtidos, como de los demás remedios oportunos para combatir tan penosa epidemia [1]. Ayudóle el clero con un celo y abnegación ejemplares, distinguiéndose el arzobispo de Toledo, cardenal Borbón, *su queridísimo hermano político*, cual dice en sus Memorias, en las que, sobre todo, elogia al Rey, á quien atribuye estas palabras: «No; la mejor quina y más eficaz, para mis queridos labradores enfermos; cada vida de ellos que se salve será un aumento de la mía, por sus bendiciones que recibiré yo en pago de esta buena obra» [2]. Cuanto se había hecho por el restablecimiento del crédito, el auxilio de los caudales que

1 Debe haber aquí alguna exageración, porque cuatro años después y en los que la guerra con la Gran Bretaña nos tuvo incomunicados con la América del Sur, donde se produce la quina, existía en los sótanos del Palacio Real tal cantidad de ese medicamento que Napoleón se llevó hasta 2.000.000 de francos en especie, y para la campaña de Alemania, donde acampó su ejército en terrenos muy bajos y pantanosos, pidió á José, su hermano, le remitiera otro tanto, que, con efecto, le fué enviado desde Madrid.

2 Si no fuera posterior este rasgo de Carlos IV ¿qué no hubiera escrito el conde de Villalobos que, en su *Elogio* á aquel soberano, decía en 1792 á la Real Sociedad Económica: «Pero estas qualidades no se limitan á solo ciertos objetos, con ellas es Carlos como el sol, que da movimiento á la naturaleza, y como el resorte de todas las ruedas del grande Relox del Estado, impelidas suavemente á una sola direccion, que es atender á la prosperidad del Reino en todas sus partes?»

He aquí con qué colores pinta Godoy el cuadro que ofrecía en aquel año de 1804 Europa, y España particularmente. «Año aquel tambien de monstruos y prodigios que parecían hacer preludio á los tremendos males venideros. Si las creencias populares de este género de anuncios pueden hallar escusa en la tiniebla espesa que oculta el porvenir á los tímidos mortales, más que nunca debieron encontrarla en el semblante de aquel lóbrego bisiesto. Meteoros espantosos asombraban por todas partes á los pueblos, hachas de fuego, torbellinos de llama, lluvias de color de sangre, trastorno de estaciones, frios y bochornos repentinos, fetos y engendros nunca vistos, inquietud de la tierra, agitacion de sus entrañas, montañas desgajadas, poblaciones hundidas, lugares sumergidos, abismos nuevos entreabiertos...»

¿No es verdad que cree uno estar leyendo la narración de los espectáculos tremebundos y de los prodigios presenciados y sentidos por el infeliz Moteczuma, anuncios espantables de la ruina del imperio mejicano? Y todavía para aumentar el horror que deben experimentar los lectores á tan épico relato,

la paz permitió viniesen de América y los derechos alzados que se exigieron por la introducción de los productos del extranjero para proteger los nacionales, cuanto pudo procurarse de ventajas para la industria y el comercio, se hubo de emplear en alivio de las provincias azotadas por tales calamidades, y particularmente también para atender, si era posible, á los compromisos contraídos antes, y que luego crecerían en los tratados hechos y por hacer con la Francia.

Vende Napoleon la Luisiana.

Porque Napoleón no se cansaba de exigir á nuestro Gobierno sacrificios de todo género, de hombres y barcos, sobre todo de dinero, que era de lo que más necesitado se vería en la nueva guerra que declaró á la Gran Bretaña al negarse Pitt categóricamente á devolver la isla de Malta á los caballeros de la Orden (12 de Mayo de 1803). Tan necesario le era ese elemento, perfectamente llamado verdadero nervio de la guerra, que, no teniéndolo en cantidad suficiente, rehusando el adquirirlo con la elevación de los tributos en Francia y sin esperanza, acaso, de procurárselo entre sus aliados, se resolvió, *con la mayor pena* decía á Barbé-Marbois, su ministro de Hacienda (du Trésor Public), á vender á los Estados Unidos de América la rica colonia de la Luisiana, cedida á España, según ya dijimos, en 1763 y recuperada por los Franceses en el tratado de San Ildefonso de 1.° de Octubre de 1800. Las negociaciones para la venta pasaron en un principio secretas, como que se había también convenido en que, si Francia volviese á renunciar á la posesión de aquel territorio, sería para entregarlo de nuevo á España y sólo á España; pero, no ocupado por las tropas del general Víctor, destinadas, al menos así se decía, á tal comisión, luego se traslució el objeto de lo que más obedecía á cálculos y necesidad del Primer Cónsul que á desidia suya para enseño-

añade Godoy lo de las matanzas ejecutadas en Santo Domingo, el asesinato del duque de Enghien y, por complemento de desgracias, la elevación de Pitt al Ministerio en Inglaterra.

rearse oficial y positivamente de tan rica colonia. Manifestó el Gobierno español su oposición á la venta, pero cuando estaba ya para realizarse; y aun cuando se quejó amargamente de tamaña arbitrariedad y falta tan patente de buena fe, hubo en Febrero de 1804 de levantar, como dice Barbé-Marbois en su *Historia de la Luisiana*, su oposición á tal contrato á pesar de las razones sólidas en que la fundaba el ministro español, «proponiéndose por esta resolución dar una nueva prueba de su benevolencia y amistad en favor de los Estados Unidos» [1]. «¿Qué remedio se podía adoptar en tales circustancias?» Así explica Godoy su conducta de entonces: «Negar la entrega de la Luisiana á los Franceses era aventurar el trono de la Etruria, romper la guerra con la Francia y tenerla muy probablemente con los Estados de la Union en América. Cierto, para la guerra con la Francia nos hubieran asistido los Ingleses, pero no podía esperarse la misma concurrencia contra los Anglo-americanos, ni los Ingleses la ofrecieron. Aun asistida de ellos que la España hubiese sido, todo el mundo sabe bien cuál era y de qué modo la alianza y la asistencia inglesa. De otra parte, bien observado el continente, no resollaba nadie; todas las potencias devoraban en silencio sus disgustos y pesares».

Así se consumó aquel nuevo atropello de Napoleón, á quien valía la suma de ochenta millones, que comprendió le serían más útiles que la ocupación de una colonia que, después de todo, no habría de servirle para nada en la guerra en que se hallaba ya comprometido.

Tratado de neutralidad.

Por más que Godoy trabajó por distraer al Primer Cónsul de sus exigencias ofreciendo la mediación de España para un arreglo pacífico entre las dos

1 Esas son palabras que D. Pedro Cevallos escribió á Mr. Pinkeney, ministro de los Estados Unidos que con Livingston, que lo era en París, y Monroe, que llegó de América para obtener á toda costa aquella cesión, no se cansaba de exigirla á buenas ó á malas.

Entre los infinitos despachos de Napoleón á Barbé-Marbois, que constan en u *Correspondencia*, no hay uno solo que se refiera á este asunto.

rivales beligerantes y buscando acomodamientos para mantener la neutralidad, á que aspiraba, en tan terrible y larga contienda como preveía entre ellas, no le fué posible ni tampoco á Azara, incansable, á pesar de lo delicado de su salud, en prestar los más generosos oficios á la patria y al Rey, no les fué, no, posible impedir ni dilatar siquiera la celebración de un tratado, el de 9 de Octubre, secreto, es verdad, en un principio, pero que no pudo escaparse á la perspicaz policía del Gabinete inglés [1]. Dirigía ya Pitt la política de la Gran Bretaña, inhabilitado Addington por sus opiniones demasiado pacíficas para dominar la belicosa que iba haciéndose casi general, y desengañados los industriales y mercaderes ingleses de las escasas ventajas comerciales que les había producido el tratado de Amiens, de que esperaban obtener el monopolio de sus producciones en la mayor parte del globo. Decidido, pues, el hábil y enérgico Pitt, *enemigo personal*, como dice un historiador, *de la Francia y del Primer Cónsul*, á reanudar la lucha que por tanto tiempo había sostenido con ellos, puso también la vista en España espiando todos los movimientos de su política, con lo

1 Echóse después una gran parte de la culpa en tan denigrante tratado á nuestro embajador en París, D José Nicolás de Azara, que, si alguna cupiera imputársele, sería la de haber evitado el rompimiento con el gobierno del Primer Cónsul valiéndose de la amistad que siempre le había inspirado. Tal fué el disgusto que le produjeron el Tratado y los cargos, siquier secretos ó disimulados, que se le hacían en los círculos políticos de Madrid, á que no contribuyó poco Godoy para su propia disculpa, que envió su dimisión, reforzada luego con una carta al Rey manifestándole que, si no se le aceptaba la renuncia, llegaría hasta á retirarse sin su consentimiento. Reconvínole al pronto don Carlos, pero no con la dureza que días después por otra carta, sarcástica y dura y destemplada, que Azara había también escrito al Príncipe de la Paz. Por fin, el 19 de Noviembre se hacía saber á Napoleón en un pomposo escrito que el Rey relevaba á Azara del ministerio que le había confiado cerca de su persona en París.

Un mes después, el 16 de Enero de 1804, nuestro ilustre compatriota moría, «su mano, como dice un historiador francés, en las del Primer Cónsul, que hasta sus últimos momentos le trató, más que como embajador, como amigo.»

Los restos del célebre diplomático aragonés fueron trasladados á Balbuñales, su patria, donde se halla su enterramiento.

Le sustituyó en la embajada D. José Martínez Hervas.

que no tardó en conocer el citado convenio que vamos á trasladar íntegro á nuestros lectores.

TRATADO DE NEUTRALIDAD

Artículo 1.° S. M. el rey de España dará órdenes para que los gobernadores de Málaga y de Cádiz y el comandante de Algeciras, que se han hecho culpables en el ejercicio de sus funciones contra el Gobierno francés, sean destituidos de sus empleos.

Art. 2.° S. M. el rey de España se obliga á proveer á la seguridad de las embarcaciones de la República que han conducido los sucesos del mar actualmente y puedan conducir en lo sucesivo á los puertos del Ferrol, de la Coruña y de Cádiz. Dará sus órdenes para que se adelante cuanto sea necesario para la reparacion y armamento de estos buques, y subsistencias de sus tripulaciones, proveyéndolo todo en sus almacenes por cuenta de la república francesa.

Art. 3.° El primer cónsul consiente en que las obligaciones impuestas á España por los tratados que unen á ambos Estados, se conviertan en un subsidio pecuniario de seis millones cada mes, que se darán por España á su aliada, contándose desde la renovacion de las hostilidades hasta el fin de la presente guerra.

Art. 4.° El subsidio de seis millones que S. M. C. se obliga á dar en compensacion de sus empeños se entregará de mes en mes, á saber: en especies desde que empezó la guerra y en el mes corriente, y despues en doce obligaciones sucesivas pagaderas al fin de cada mes, y las cuales se adelantarán por el tesoro público de Francia á sus ejércitos en cada uno de los años que dure la presente guerra. Tambien se han convenido que sobre los seis millones por mes

que forman el subsidio de España, retendrá S. M. C. todos los meses dos millones, que conservará en depósito para el pago de las sumas que se podrán reconocer en la liquidacion general de los adelantos hechos por España á favor de la Francia en los puertos de Europa y de las Colonias.

Art. 5.° En consecuencia de lo que se acaba de convenir, la parte del subsidio vencido que debe pagarse en especie en todo el próximo brumario, comprendiendo los meses de prairial, messidor, thermidor y fructidor, subirá á la suma de diez y seis millones que se entregarán á la Francia. Los otros ocho millones quedarán en depósito en manos de S. M. el rey de España para responder del objeto espuesto en el artículo precedente. Y por consecuencia del mismo arreglo, las obligaciones sucesivas de mes en mes se proveerán por adelantado, á saber: por el año XIII, quince días despues de la ratificacion de este convenio, y por cada uno de los años que seguirán, en messidor del año precedente, solo llevarán la suma de cuatro millones por mes, quedando en el depósito los otros dos millones del subsidio en cada mes para el uso indicado. Entiéndase que el subsidio efectivo de cuatro millones pagaderos cada mes, no podrá entrar en balanza alguna de compensacion por ninguna especie de gasto, debiéndose entregar siempre al tesoro en dinero, á vista de las obligaciones libradas.

Art. 6.° En consideracion á las cláusulas estipuladas, y en tanto se cumplan, la Francia reconocerá la neutralidad de España, y promete no oponerse á ninguna de las medidas que podrán tomarse con respecto á las naciones beligerantes en virtud de los principios generales y de las leyes de la neutralidad.

Art. 7.° S. M. C., deseando prevenir todas las dificultades que podrían suscitarse con motivo de la neutralidad de su territorio, en caso de una guerra entre la república francesa y el Portugal, se obliga á hacer dar á esta potencia, y en virtud de un convenio secreto que se hará, la suma de un

millon por mes, en los términos y modo especificados en los artículos 4.° y 5.° del presente convenio, y por medio de este subsidio se consentirá la neutralidad de Portugal por parte de la Francia.

Art. 8.° S. M. C. concede el paso, libre de derechos, á los paños y manufacturas francesas que se espiden á Portugal. Y por lo que respecta á las reclamaciones de la Francia relativas á los intereses y derechos de su comercio en España, se ha convenido en hacer, en el trascurso del año XIII, un convenio especial que tendrá por objeto facilitar y alentar respectivamente el comercio de ambas naciones.

Las ratificaciones del presente convenio se cangearán en París diez y ocho dias despues de firmarse.—París 26, vendimiario, año XIII de la república francesa (19 de Octubre de 1803).—José Nicolás de Azara.—Ch. Mau. Talleyrand.»

Lo humillante de ese tratado, así en las formas que revestía como en su espíritu y consecuencias, no tenía, sin embargo, comparación con lo torpe de un procedimiento imposible de ocultarse y que ya hemos dicho no escapó á la perspicacia del primer ministro del rey de Inglaterra. Y como no podía resistir á la lógica, llamándose de *Neutralidad*, un convenio en que se otorgaban auxilios tan considerables, y nada menos que de dinero, á uno de los beligerantes sin comunicarlo siquiera al otro, claro es como la luz del día que éste, al descubrirlo y conocer su importancia, habría de protestar de él, con la voz, primero, de su representante en España y, después, con cuantos medios tuviera á su disposición, sus artes de siempre y las inmensas fuerzas de que disponía. Si Napoleón había apoyado sus quejas é imposiciones con la virulencia de los despachos dirigidos á los ministros del rey Carlos, con sus amenazas de represalias en Italia y la más imponente todavía de establecer en Bayona un ejército numeroso á las órdenes del general Augereau, destinado, al parecer por su suerte, á combatirnos siempre y en nuestro propio territorio, Pitt, e

Quejas y reclamaciones de Inglaterra.

Napoleón británico, como le llama Rosseeuw Saint-Hilaire, habituado, como el francés, á atropellar por todo antes de ceder en sus propósitos, no se quedaría atrás, ni en lo de las reclamaciones y amenazas, ni en realizar las que le sugirieran su rudo carácter y sus maquiavélicos procederes. Comenzó por acusar al Gobierno español de haber celebrado el convenio en que se comprometía á pagar á Francia un subsidio tan considerable, con destino, que no podía tener otro, de sostener la guerra con la Gran Bretaña, por lo que él, de su parte, exigía otro subsidio equivalente. Se quejó, después, de los armamentos que se habían emprendido en los puertos españoles y de sus colonias, y de que se recibiera en ellos á los corsarios franceses para librarse de la persecución que se les hacía y para que pudieran vender sus presas. Y tras otras reclamaciones más ó menos importantes, fundadas ó no, que de todo había, se elevó á exigir que el rey de España garantizase la independencia de Portugal contra los ataques que hacían esperar todas sus noticias y la reunión de tropas francesas en la frontera de los Pirineos.

Era, como dijimos antes, poner á nuestro Gobierno entre la espada y la pared. Godoy lo ha dicho. «El odio de la Francia y la Inglaterra se juntaban á un mismo tiempo en contra mía con el odio de los príncipes y de mis enemigos interiores.» De las batallas del Favorito con estos últimos ya trataremos luego; en cuanto á las que se veía obligado á reñir con Napoleón y con Pitt, en que no le podía ser eficaz el auxilio de sus protectores, los reyes, hubo de limitarse en su defensa á ver de contemporizar con tan poderosos y terribles adversarios, otorgándoles concesiones tras concesiones que, al mostrar una gran debilidad de carácter y una mayor carencia de fuerzas, no sirvieron para evitar los males con que amenazaban. Se hicieron cesar los armamentos en el Ferrol y se dió orden para no reforzar más los cruceros que se habían establecido en América al saberse la entrada de Pitt en el ministerio británico; se mostraron á M. Hoo-

kham Frere, el embajador de Inglaterra, las cartas del ministro de Hacienda francés en que se probaba la falta de pago del subsidio acordado con el Primer Cónsul; se prohibió la venta de las presas marítimas hechas por los corsarios franceses y holandeses; se dieron, para acabar, todo género de satisfacciones, con mengua, lo mismo que en el tratado de *Neutralidad* con la República, del decoro, de la dignidad, del honor del Gobierno español y el de su Rey.

Todo en vano, porque Pitt deseaba la guerra; había sustituído á Addington para hacerla, y sus reclamaciones y exageradas exigencias no iban dirigidas más que á hacer imposible un acomodamiento que la evitase.

El imperio en Francia.

Tuvo lugar, con todo, por entonces un suceso, el más trascendental quizás de los mil, tan importantes como variados, que registra la historia de los tiempos modernos, la transformación de la República francesa en un Imperio, tan robusto desde su origen y tan imfluyente, que dió ocasión á que la Europa pudiera mantenerse en la paz, tan felizmente restablecida dos años antes en las conferencias y el tratado de Amiens.

Una mañana de Mayo de 1804 apareció el Senado en Saint-Cloud con brillantes trenes y una numerosa escolta á ofrecer al vencedor de las Pirámides y Marengo el título glorioso de EMPERADOR DE LOS FRANCESES. Napoleón, al aceptarlo, terminó su elocuente discurso con estas hermosas y memorables palabras: «No estará mi espíritu con mi posteridad el día en que cese de merecer el amor y la confianza de la *Gran Nación*.

Azara había resultado profeta al escribir dos años antes á nuestro Gobierno: «Hecho esto (el Consulado perpetuo), no parece que habrá obstáculo para que siga adelante el proyecto de pedir la facultad de nombrar el sucesor, y aun de mudar el título, tomando el de Emperador ó cosa equivalente.» Y es que Azara conocía muy bien al hombre, cuyo trato frecuentaba de tanto tiempo atrás, y conocía al pueblo

francés, entusiasmado con las victorias que tanta gloria le habían proporcionado, con la restauración de la paz religiosa, la seguridad personal y una administración como nunca de sabia y práctica, y que, agradecido ahora, se manifestaría más generoso todavía y espléndido que los cuerpos todos legislativos y consultivos del Estado. Ni los arrebatos de su carácter, que acaso le llevaban á una nueva guerra, más terrible, por lo que podía calcularse, que las anteriores, ni el recentísimo, en todos conceptos abominable, de la ejecucución del duque de Enghien, le hicieron perder nada de la popularidad adquirida con sus triunfos sobre los enemigos de la Francia y sobre la Revolución. La Gran Nación esperaba abatir el orgullo de su rival eterna, y las conspiraciones urdidas y los atentados cometidos para privarla de su héroe la habían encendido, por el contrario, en el anhelo generoso de salvar una vida tan preciosa de las asechanzas de los conspiradores y del puñal y el veneno de los asesinos. Así es que su elevación al imperio causó un entusiasmo general entre los Franceses, que creyeron entrever, y no en lontananza, aquel *Imperio de Occidente* que la tradición, la leyenda y, por fin, la historia, habían hecho tan grande, popular y gloriosa [1].

Dueño, puede decirse, de la Francia, ningún obstáculo

1 Talleyrand que, como hemos visto, decía que *era necesario hacer un soberano que pudiera llegar á ser perpetuo, y, por fin monarca hereditario,* grados que, con efecto, fué recorriendo Napoleón, á quien él aconsejaba, dice 16 páginas después en sus Memorias: «Ese acontecimiento (el de armarse la Inglaterra al resistir la entrega de Malta) precipitó en Bonaparte la resolucion de transformar el consulado vital cio en monarquía hereditaria. Los Ingleses habían echado á las costas de Bretaña algunos emigrados leales y muy emprendedores y Bonaparte se aprovechó de aquella conspiracion en que vió la ocasion de envolver á la vez á Dumouriez, Pichegru y Moreau, sus tres rivales de gloria para hacerse dar por el Senado el título de Emperador. Pero ese título, que hubiera igualmente obtenido usando de moderacion y prudencia, aunque quizás más tarde, paró en ser el premio de la violencia y del crimen. Subió al trono, pero á un trono manchado con la sangre de la inocencia, y con una sangre que antiguos y gloriosos recuerdos hacían cara á la Francia.»

Si Napoleón hubiera llegado á leer estos renglones, de seguro que habría exclamado: «¡Cria cuervos..., etc.!»

halló Napoleón para variar los organismos todos de la República y adaptarlos á la nueva forma de gobierno, muy de antemano prevista y preparada, pedida ya por la Francia que sólo deseaba por aquellos días esplendor y grandeza, sin renunciar, por eso, á los principios fundamentales de la libertad. Porque las ideas que Napoleón dejaba traslucir en materia de gobierno, que él suponía representativo, eran las de la conveniencia de un sistema de elecciones bien meditado para asegurar en la cámara popular una representación que conviniera á todos los intereses, la igualdad de los ciudadanos, una nobleza, no heredada, sino adquirida con grandes servicios militares ó políticos y transmisible tan sólo por dos ó tres generaciones en el Senado, la independencia de los tribunales, con un código penal y la censura para la prensa, una religión, también nacional é independiente, decía entonces, de los sacerdotes extranjeros. Con tales máximas no era posible la conservación de la forma republicana, y cuando creyó que la opinión estaba ya madura, preparó, como ya hemos dicho, el cambio para proporcionar á los Franceses una soberanía efectiva, una débil representación nacional y un ejército que les diera lo que ellos ambicionan más, gloria, su ensueño de siempre, gloria y grandeza. «La revolución terminada por fin, se supone que decía, llegaba á hacerse inconmovible con una dinastía estable. La República no había satisfecho más que á las opiniones y el Imperio iba á garantir los intereses y las opiniones.»

Su aristocracia se formó con los de la familia imperial, que declaró príncipes, y grandes dignatarios con atribuciones propias en sus encargos respectivos, como el de gran Elector, para convocar al Senado, al cuerpo legislativo y á los colegios electorales, que confirió á su hermano José, el de Archicanciller, encomendando á su colega Cambacères, el de Architesorero á Lebrun, y así otros que él llamaba *cuerpos intermediarios*, creados como jerarquía que separase al Emperador del pueblo para la mejor administración de éste

y garantía de sus derechos. El Senado se compuso de 80 miembros elegidos por él mismo y por el Emperador; al Cuerpo legislativo, que antes votaba las leyes sin discutirlas, se le devolvió el uso de la palabra; y el Tribunado, que no tardó á desaparecer, quedó, entretanto, así como un consejo de Estado, eso sí, vergonzante é inútil. Se instituyó también un tribunal, puede decirse supremo, para sentenciar los delitos de conspiración ó los de todo género cometidos por los príncipes, ministros y altos dignatarios. La apariencia, como se ve, era la de un sistema representativo, la esencia, empero, la del absolutismo; porque, como dice un historiador, «no son las ruedas las que constituyen la fuerza de una máquina, sino la potencia que la voluntad humana les imprime». Y añade ese mismo, el autor de la «Historia popular de Francia»: «Napoleón no hallará en el Senado, en el cuerpo legislativo ni en la aristocracia de que se rodea uno solo que le contradiga en la prosperidad; pero ¿hallará quien le apoye en sus días de desgracia?»

Para esa reconstitución de la monarquía, siquier hubiera de parecerse muy poco á la antigua, que era el más bello ornamento de los reyes de Francia en su trono tantas veces secular, se hacía imprescindible devolverle varios de sus atributos y distinciones; y aun cuando dejó para más tarde, para cuando nuevas victorias hubieran acreditado al imperio, la creación de titulos y grados que las recordaran y transmitiesen á la posteridad más remota la memoria también de los héroes que las hubieran alcanzado y de los sabios legisladores ó estadistas que á ellas contribuyesen con sus talentos, no quiso dilatar la institucion de una que, sustituyendo á las anteriores condecoraciones, resumiera todos sus honores ya que no privilegios para no herir la susceptibilidad de los que no se avenían á renunciar al espiritu de igualdad, conquista la más sólida de la revolución. É instituyó la *Legión de Honor*, el reparto de cuyas primeras medallas se verificó el 14 de Julio de 1804, aniversario, que continúa todavía celebrándose,

de la toma de la Bastilla, con gran pompa en el cuartel de Inválidos [1]. Aquella ceremonia se dedicó á la distribución de las condecoraciones concedidas á los primeros personajes del Imperio; pero fué más grandiosa aún é imponente la celebrada el 16 en el campo de Boulogne, donde, sentado Napoleón en la célebre silla de bronce del rey Dagoberto, establecida en un altozano que dominaba el campamento de las tropas y permitía distinguir las radas de Boulogne y de Vimereux y en lontananza las costas opuestas de la vieja Inglaterra que se proponía conquistar, donde, repetimos, distribuyó las señaladas á los oficiales y soldados más valientes del ejército. Aquella debió ser una fiesta militar como nunca se habría visto, siendo el teatro en que se daba el más apropiado para excitar el entusiasmo de unas tropas que veían en su incomparable iniciador el único hombre capaz de ejecutar la hazaña que sólo otros tiempos, ignorantes de los medios defensivos de esta época habían consentido acometer con éxito á César, y con eso hemos dicho todo, y después al normando Guillermo el Conquistador [2].

1 Fueron larguisimos los debates en que se fijó la forma que se habría de dar á la tan ambicionada condecoración. Porque no representara una cruz, signo entonces no respetado en una sociedad que acababa de venerar á la *diosa Razón*, que, así, bien pudiera calificarse de atea, se formó la medalla de la *Legión de Honor* con cinco brazos, tal como subsiste todavía, por más que en el lenguaje corriente haya muchos que la denominen, aunque impropiamente, *cruz*.

Instituída en 19 de Mayo de 1802, no obtuvo la boga que después hasta la época del Imperio á que nos estamos contrayendo. Entonces se puso en la corona de roble y de laurel, que forma el centro de la condecoración, el busto del Emperador con la leyenda: *Napoléon, empereur des Français*. En el reverso aparecía un águila con la divisa: *Honneur et patrie*. Al tiempo de la Restauración, se cambió el busto de Napoleón por el de Enrique IV con la inscripción *Henri IV, roi de France et de Navarre*, y el águila fué sustituída por tres flores de lis que en 1830 se cambiaron á su vez por dos banderas tricolores. En 1848 la *Legión de Honor* volvió á ser lo que en su origen: recobró su forma primitiva.

2 He aquí el paralelo que se quiere suponer hecho por Napoleón en la ya citada obra de «Vie de Napoléon racontée par lui-même,» paralelo absurdo según acabamos de indicar. «César, dice, vencedor de las Galias atacaba con legiones romanas á las tribus salvajes y divididas de Bretaña; disponía de una

El campo de Boulogne.

En aquellos momentos reñía un obstinado combate con las naves inglesas que bloqueaban el puerto una division de la escuadrilla del Havre, la cual sostuvo valientemente el choque hasta que el viento obligó al enemigo á retirarse y logró ella entrar triunfante en la rada con el aplauso de más de cien mil espectadores que habían estado admirando su proeza. Esa acción y la también naval del 26 de Agosto, en que quiso tomar parte el Emperador á pesar de las reflexiones y ruegos de su ministro de Marina que hasta intentó, aunque en vano, desviar la canoa que montaba á su lado, hicieron creer á Napoleón que había conseguido producir en Inglaterra una seria alarma y en las fuerzas de mar y tierra francesas la esperanza, mejor aún, la seguridad de un triunfo completo y la del éxito más glorioso en su gigantesca empresa.

Y, sin embargo, hay muchos, muchísimos que dudan de que tal proyecto, el de la invasión de Inglaterra, fuese realmente formal y fijo en la mente de Napoleón y no el pensamiento de atemorizar al Gobierno del Reino Unido en tanto que organizaba un ejército formidable para, como él decía, sujetar al mundo. Era, es verdad, dificilísima, casi quimérica, la operación de embarcar 150.000 hombres, 10 ó 15.000 caballos y 3 ó 400 piezas de artillería, para cuyo transporte se necesitarían 200 navíos de línea si sólo se contase para

flota superior en número, en lo fuerte de sus buques y en el arte de manejarlos á las malas barcas de los Bretones. Iba seguro de llegar y con la retirada segura, mucho mejor, iba á una victoria cierta. Yo, por el contrario, iba á atacar á la nación más industriosa, la más altanera del globo; á una nación reina de los mares que dominaba con 140 navíos de alto bordo armados, con 15.000 piezas de artillería; á una nación de 15.000.000 de habitantes; y por poco que se prolongara la guerra, debía contar, aun deduciendo la Irlanda, que me opondría por lo menos 200.000 hombres, sin experiencia, es cierto, poco aguerridos, pero animados por el amor á la patria. La expedicion de César era un juego de niños, la mía era empresa de titanes; esta es la única comparacion que puede hacerse entre ambas. Verdaderamente, yo no iba á someter y á ocupar como él á la orgullosa Albion; iba á destruir sus astilleros, sus arsenales y sus fábricas, y despues á volverme á Francia y presentarme á la Europa en una actitud victoriosa que me autorizaria para imponerla la paz.»

ello con los buques de guerra, fuerza naval que no poseía la Francia. En sustitución de esa fuerza, imposible de obtener, Napoleón recurrió á un arbitrio cuyas proporciones no se creyó en Inglaterra alcanzaran nunca los armamentos verificados en Boulogne, Etaples, Wimereux y Ambleteuse, cuyos puertos ó surgideros llegaron á contener más de 2.000 embarcaciones, de las que se consideraron como más propias para efectuar el desembarque de tal masa de soldados y material de guerra en la costa opuesta del Canal. Pero ¿podrían tales medios de transporte resistir el empuje ni el fuego de la formidable escuadra que iban á hallar atravesada en su, de todos modos, aventuradísimo camino? Corto era el trayecto, es verdad, pues que en seis horas podía recorrerse; malo, sin embargo, por las corrientes del Estrecho que lo hacen en todas estaciones incómodo y hasta peligroso á veces aun para los barcos de mejores condiciones marineras, por lo que convendría aprovechar las calmas, si la expedición se verificara en verano, y la densa niebla que suele invadir aquellos mares, si en invierno, dos equinoccios, quizás mejor, en que los buques enemigos, dispersados por la tempestad, no podrían volver á reunirse en el corto tiempo de calma que la suele suceder. Los almirantes franceses se mostraban divididos en sus opiniones: Decrès creía posible la expedición pero con el sacrificio de cien barcos y diez mil hombres en un choque con la escuadra enemiga, pérdida, decía Napoleón, nada extraordinaria en cualquier batalla campal; y Bruix, que la consideraba factible, valía por su talento y su actividad para crear, organizar y disponer la escuadrilla de barcos, peniches y cañoneros, ideada. El primero fué, pues, nombrado ministro de Marina y el segundo obtuvo el mando de la escuadrilla, para así completarse en la misión que se les confiaba. Aquél, denunciaba como muy grandes las dificultades que iban á oponerse á la empresa y criticaba los proyectos inventados para superarla; Bruix las estudiaba con gran meditación, buscando, siempre con espe-

ranza, los medios más propios para triunfar de ellas. Sin una dirección única y sumamente enérgica, aquellos dos hombres no se entenderían nunca; con la de Napoleón, se completaban, según acabamos de decir, para la ejecución de un plan tan vasto, tan complicado y tan peligroso.

La mal llamada escuadrilla, á no ser por la composición de sus elementos navales, consistia en más de 2.000 barcas, chalupas ó peniches y cañoneras que montaban el enorme número de 5.000 piezas de artillería y que se organizaron en tantas divisiones como cuerpos de ejército eran los destinados á la expedición. Éstos eran siete, y aunque algunos, el 1.°, el 2.° y el 7.° se hallaban acantonados en Hanover, Holanda y Brest, todo estaba dispuesto para que en el momento preciso se reunieran á los 3.°, 4.°, 5.° y 6.° que se habían concentrado en los puntos de embarque entre Ambleteuse y Montreuil. Las proporciones, pues, dadas á un armamento tan extraordinario, los medios que se habían necesitado para hacerlo efectivo y los gastos enormes que exigió, no podían conducir á sólo una ficción para causar la alarma que produjo en Inglaterra; representaban, sí, esfuerzos, como nunca se habían desplegado, para una acción titánica, la de un genio verdaderamente superior, de esos que solemos llamar antiguos.

Por supuesto que esa acción ocupó y preocupó de tal manera á Napoleón que ni las negociaciones diplomáticas con las demas potencias, ni la expedición de Santo Domingo en sus últimos y dificilísimos trances, ni sus reyertas con los Gobiernos de España, Portugal y Nápoles, los mismos cambios de situación y política en Francia, tan trascendentales como el del consulado temporal en perpetuo y el de éste al imperio, la confección de tantos decretos, leyes y constituciones, lograron distraerle de su pensamiento favorito, el de la invasión de Inglaterra. Y como su presencia en los sitios y lugares donde se encontraba el ejército y se disponía la escuadra, era de todo punto precisa para organizar

convenientemente las tropas y para que no se interrumpiesen los trabajos de construcción de las naves y su armamento, eran también muy frecuentes sus viajes á Boulogne, donde no pocas veces se embarcaba para presenciar y dirigir los combates con que se quería adiestrar á los marinos y artilleros franceses para arrostrar y vencer con sus cañoneras la furia de los navíos británicos [1].

Conducta indigna del Gobierno inglés.

En ese tiempo y cuando antes de la consagración del Emperador por el Papa que, suceso hasta entonces nunca visto, se había trasladado á París para el 2 de Diciembre de aquel año dar la extraordinaria prueba de su abnegación ungiendo al advenedizo general francés en la que, en su orgullo insano, pretendía ya fuese la capital del mundo, España, apremiada por las exigencias, ya malamente toleradas á la Francia y las intolerables de Inglaterra, recibía uno de esos crueles y sangrientos insultos que, quisiera ó no, tuviera ó no fuerzas para vengarlo, habría de llevarla á otra lucha más desastrosa aún que la anterior.

Habían doblado el cabo de Hornos cuatro fragatas espa-

1 Como para muestra del estilo grandilocuente, á la par que poético, de Napoleón en sus cartas, trasladamos á nuestros lectores la bellísima que escribió á Josefina en una de sus excursiones al campamento.

«Pont-de-Briques, 2 thermidor an XII (21 juillet 1804).»

«Madame et chere femme, depuis quatre jours que je suis loin de vous, j'ai toujours été à cheval et en mouvement sans que cela prît nullement sur ma santé.»

«M. Maret m'a instruit du projet où vous ètiez de partir lundi: en voyageant á petites journées, vous aurez le temps d'arriver aux eaux sans vous fatiguer.»

«Le vent ayant beaucoup fraîchi cette nuit, une des nos canonnières qui étaient en rade a chassé et s'est engagée sur des roches á une lieue de Boulogne; j'ai tout cru perdu, corps et biens; mais nous sommes parvenus á tout sauver. Ce spectacle était grand: des coups de canon d'alarme, le rivage couvert de feu, la mer en fureur et mugissante, toute la nuit dans l'anxieté de sauver ou de voir périr ces malhereux! L'âme était entre l'éternité, l'Océan et la nuit. A cinq heures du matin tout s'est éclairci, tout a été sauvé, et je me suis couché avec la sensation d'un rêve romanesque et épique; situation qui eût pu me faire penser que j'était tout seul, si la fatigue et le corps trempé ni avaient laissé d'autre besoin que de dormir.»

NAPOLÉON.

ñolas que, uniéndose á otras dos que las esperaban en Montevideo, debían conducir á la metrópoli 4.736,153 pesos fuertes, de los que sólo pertenecían al Estado 1.307,634, siendo los demás de tripulantes de la escuadra ó de particulares. Por averías sufridas en el terrible promontorio citado, quedaron dos de aquellas fragatas en el Plata, dándose al mar en demanda de Europa el 9 de Agosto de 1804 las otras cuatro, *La Medea*, *La Fama*, *La Clara* y *La Mercedes*, á las órdenes del jefe de escuadra D. José Bustamante, no pocas veces citado en esta historia como uno de los más insignes exploradores del Pacífico algunos años antes [1].

La navegación fué feliz hasta cerca del cabo de Santa María, en el extremo meridional del territorio portugués, que las fragatas avistaban el 5 de Octubre, si bien en tan largo trayecto hubieron, por los chubascos y los calores de la línea, de enfermar muchos de los tripulantes, gente la mayor parte nueva y sujeta á las privaciones que tantas veces hemos dicho se experimentaban por entonces en nuestra Armada. Precisamente uno de los que cayeron enfermos y lo estuvo durante casi toda la navegación, fué Bustamente, que iba en *La Medea*, encargándose del mando á veces, según el curso de la dolencia, Alvear que llevaba toda su familia en *La Mercedes*, de donde, al sustituir á Ugarte, se había trasladado con uno de sus hijos.

Ya á la altura del cabo, *La Clara* hizo señal de tres velas que luego resultaron ser cuatro, todas de guerra; y, aun cuando sin desconfianza alguna por la paz que aún se mantenía con la nación inglesa, se dieron las órdenes de zafarrancho y las, que también se ejecutaron inmediatamente, de formar en línea de combate, *La Fama* en cabeza, *La Medea* y *La Mercedes* en el centro y *La Clara* á retaguardia. Al avistar

1 Sírvenos de guía en esta narración la Historia de D. Diego de Alvear y Ponce de León, Mayor General que hubo de ser en aquella flota por enfermedad del jefe de escuadra D. Tomás Ugarte, historia que el año último de 1891 ha publicado su hija doña Sabina de Alvear y Ward con los papeles que dejó el insigne marino y las cartas y libros que de él han tratado, inéditos algunos.

las naves que, con efecto, eran fragatas inglesas y de gran porte, las españolas largaron sus insignias y banderas; pero no tardaron en sospechar algo al ver que la mayor de aquéllas, puesta de través á *la Medea*, después de preguntar por el puerto de salida y el de su destino, que se le dijo era el de Cádiz, disparaba un cañonazo y con bala que aun se quiso creer en nuestra escuadra sería para que se la aguardara y se contestase á nuevas preguntas que pretendiera hacer. Efectivamente, pronto llegó al costado de *la Medea* un bote con un oficial inglés que, con gran sorpresa de Bustamante, le dijo de parte de su Comodoro, Sir Graham Moore, que éste había recibido la orden de retener las fragatas españolas y llevárselas á Inglaterra, por lo que y en consideración á no estar declarada la guerra, se debía evitar la efusión de sangre y conformarse á la referida disposición de su soberano [1]. Bustamante, que contestó al oficial en inglés si podría arribar á otro puerto, ya que en Cádiz se hallaba bloqueada una escuadra francesa, á lo que no se le supo responder, reunió á los jefes, y éstos, con él, decidieron sostener el honor de su pabellón á todo trance, negándose á las pretensiones del Comodoro inglés y hasta á dirigirse á puerto alguno que no fuese de nuestra península.

Apresamiento de las fragatas españolas en el cabo de Santa María.

A una señal, pues, del comandante enemigo, dada por medio de otro cañonazo con bala, comenzó el combate, rompiéndose el fuego por la fragata inglesa próxima á *la Mercedes*, que contestó con una

1 «A eso de las nueve, dice el Diario de Alvear, llegaría el bote al costado; y subiendo el Oficial inglés, dijo en pocas palabras al General por medio de intérprete, de parte de su Comodoro, se hallaba con orden de S. M. B. para retener esta división y llevarla á Inglaterra, aunque fuese á costa de un reñido combate, para cuyo solo y único objeto había venido con aquellas cuatro fragatas de gran fuerza, bien pertrechadas y marineras, tres semanas antes, en relevo de otra división que había estado con igual encargo; y que así, no estando declarada la guerra entre las dos naciones, ni teniendo orden de hacer presas, ni de detener ningunas otras embarcaciones, le parecía á su Comodoro debíamos evitar la efusión de sangre y dar cumplimiento á la enunciada resolución de su Soberano, siendo un partido decidido y de que no podía prescindir, etc.»

descarga cerrada de fusilería y artillería; «y, respondiendo toda nuestra división, dice el citado Diario, con una prontitud y oportunidad que no podía aguardarse de tales circunstancias, se hizo en aquel momento el fuego general» [1].

El combate era muy desigual, teniendo en cuenta, para considerarlo así, el estado, tantas veces descrito, de nuestra Marina, el de paz en que se creían los tripulantes de las fragatas españolas y la clase de transporte y carga que llevaban, así como, por el lado contrario, la disposición en que iban las inglesas para el cumplimiento de un mandato que entrañaba todas las energías, las responsabilidades y peligros de la guerra. Eso y la catástrofe, media hora después de comenzar la acción, de *la Mercedes*, que saltó por los aires con horrísono estruendo, cubriendo á los demás buques de una espesa lluvia de ruinas y humo, acabaron pronto con la esperanza de salvarse, que sólo creían los nuestros encontrar en su heroica y honrosa resolución. *La Fama* se retiró forzando vela, perseguida después por dos de las enemigas, que la alcanzaron por fin y apresaron, y *la Medea*, metida entre otras dos mucho más poderosas por su porte y el grueso calibre de su artillería, enteramente desmantelada y sin gobierno, se vió en la dura necesidad de arriar su bandera, como hubo muy luego de hacerlo *la Clara*, cargada por las demás inglesas [2].

1 Los nombres de las fragatas inglesas eran: *Indefatigable, Medusa, Lively* y *Amphion*.

2 He aquí cómo Alvear explica la rendición de la Medea. «*La Medea,* digo, no es extraño se viese en la dura necesidad de arriar su bandera, como lo dispuso nuestro General, de común acuerdo, á eso de las diez y media, oído uno por uno el voto de todos los oficiales, Comandante y Mayor, que no discreparon: sin dejar de tener presente en medio de aquel conflicto que, agotados todos nuestros esfuerzos, ni se podía ni convenía diferir más aquel acto, no tanto porque la fragata principal de barlovento que teníamos bien conocida y era un navío rebajado que en otro tiempo había batido y hecho varar á otro navío francés de 80 cañones, se nos acercaba con profundo silencio y probabilísima dañada intención de decidir el asunto al abordaje, cuanto por no dejar llegasen las cosas inútilmente á un tal extremo de tenacidad no estando declarada la guerra, como se nos había asegurado, y poner de este modo de peor

Media hora después pasaron alguna tropa y marinería de los enemigos á bordo de las fragatas españolas, de las que, á su vez, fueron trasladados muchos de sus tripulantes á los barcos ingleses, excepto el general Bustamante, Alvear y algunos otros oficiales, el Capellán y algún médico, á quienes se permitió continuar en *la Medea*. Aun permanecieron varios días junto al teatro de tan traidora acción las fragatas, trabajando los apresadores para poner las nuestras en disposición de navegar hasta su nuevo destino, el puerto de Plymouth, en el que estaban el 19 por la tarde para en seguida sufrir cuarentena hasta el último día de aquel mes, por considerarlas infestadas de la fiebre amarilla que supuso la junta de Sanidad entrañar las fiebres que nuestros compatriotas habían adquirido en la navegación, debidas á los chubascos y á los calores del Ecuador.

El Comodoro y sus oficiales demostraron, lo mismo al tiempo del apresamiento que en la navegación á Inglaterra, la pena que les causara un acto tan desusado de hostilidad, y mayor aún para con Alvear en la desgracia suya; disculpándose con la obligación de cumplir órdenes que ni podían sospechar al abrir, como se les había prescrito, ya en el mar los pliegos que las encerraban. También trató el Comodoro de disculpar á su Gobierno con las mismas especiosas razones en que Pitt fundaba sus quejas y amenazas en los despachos ó notas dirigidas al nuestro; conviniendo, sin embargo, en que ni debían tenerse por prisioneros de guerra, sino como detenidos, los españoles de las fragatas apresadas, ni temer por la suerte de los caudales que llevaban, pertenecientes, y lo eran en su mayor parte, á particulares. El vicealmirante Young, jefe de aquel departamento marítimo, llegó á más, poniendo nuestros buques bajo el mando de sus

condición el derecho de S. M. á estas fragatas y fondos y caudales que conducen, puesto que sólo irán detenidas á los puertos de la Gran Bretaña, y de ningún modo en calidad de presas, como se nos anunció, siendo el único punto que se ha disputado con las armas y perdido de nuestra parte, etc.»

comandantes y oficiales legítimos, si bien vigilados por un corto destacamento inglés que continuó á bordo de ellos, y señalándoles un sueldo, si bien exiguo, ya que la Administración británica se había apoderado y hecho cargo de todos los fondos existentes en los barcos.

También el Gobierno inglés pretendió cohonestar tan escandaloso atropello ante la Europa entera, que unánime lo vituperó, con haberlo cometido para sólo tener las fragatas en depósito y como garantía de la neutralidad de España en la guerra con Francia; disculpa que se avenía muy poco con otros actos de la misma índole que ejecutó en varias embarcaciones mercantes y hasta en alguna que transportaba tropas de uno de nuestros puertos del Mediterráneo á las Baleares. Pero el atentado era tan brutal, que no otro nombre merece, y tan injusto, que á nadie convencieron los razonamientos en que se pretendió fundar, así en las Cámaras como en los periódicos de Inglaterra.

En España produjo la indignación que era de esperar de un pueblo tan celoso de su dignidad y tan propenso á tener, no decimos la prudencia, sino el disimulo por vituperable y hasta infame cobardía [1]. Y si á eso se añade que ese pueblo se veía azotado por el hambre, ficticia ó no, pero terrible y desoladora para él, por la infección y cien otras calamidades, por el disgusto, en fin, que además habría de producirle el espectáculo de un Gobierno todo inepcia y debilidad, desmoralizador y corrompido, se comprenderá cuál se fundieron las diversas opiniones que lo dividían en una sola potente y ruidosa, la de, con alianzas ó sin ellas, vengar aquella bárbara y desleal injuria. En la Corte produjo una consternación

1 Publicóse aquel año en Madrid un escrito, aunque no extenso, si muy fundado, para probar la injusticia y la indignidad de tan escandaloso atentado y que se titulaba: «Conducta de España comparada con la de Inglaterra en el presente rompimiento.»

También la prensa del Reino Unido anatematizó por el órgano de algunas de sus publicaciones un acto que éstas no vacilaron en calificar de ilegal y de bochornoso para la fama de su Gobierno. Hay que hacerla esa justicia.

bien explicable en las condiciones de su existencia y en la lucha que estaba manteniendo para conservar la paz, temiendo las iras de Napoleón, cada día más exigente en sus proyectos de alianza, y no menos las del inexorable Pitt en los suyos de impedirla y, cuando no, castigarla. Vacilaba en sus ideas y en sus resoluciones, contenida por la necesidad de mantener la paz en los momentos precisamente en que esperaba confiadamente salir de sus apuros financieros, á pesar de las miserias y males que veía en su derredor, y empujada, de otra parte, á la guerra por la clamorosa opinión, incesante desde el momento en que pudieron observarse las vacilaciones en que se mantenía el Gobierno. Trabajó éste por obtener una satisfacción completa que la soberbia inglesa se negaba á darle, respondiendo Pitt con su genial altanería, y su embajador en Madrid, aun proclamándose amante de nuestro país, con tanta dureza como descortesía, á un punto, los dos, que no pudo prescindirse de la guerra, declarándola en el siguiente Manifiesto, tan notable por los sólidos y juiciosos razonamientos en que se apoyaba:

Declaración de guerra.

«El restablecimiento de la paz, se decía en él, que con tanto gusto vió la Europa por el tratado de Amiens, ha sido, por desgracia, de muy corta duración para el bien de los pueblos. No bien se acababan los públicos regocijos con que en todas partes se celebraba tan fausta nueva, cuando de nuevo empezó á turbarse el sosiego público, y se fueron desvaneciendo los bienes que ofrecía la paz. Los Gabinetes de París y Londres tenían á la Europa suspensa y combatida entre el temor y la esperanza, viendo cada día más incierto el éxito de sus negociaciones, hasta que la discordia volvió á encender entre ellos el fuego de una guerra que naturalmente debía comunicarse á otras potencias, pues la España y la Holanda, que trataron juntas con la Francia en Amiens, y cuyos intereses y relaciones políticas tienen entre sí tanta unión, era muy difícil que dejasen al fin de tomar parte en los agravios y ofensas hechos á su aliada.»

«En estas circunstancias, fundado S. M. en los más sólidos principios de una buena política, prefirió los subsidios pecuniarios al contingente de tropas y navíos con que debía auxiliar á la Francia en virtud del tratado de alianza de 1796; y tanto por medio de su ministro en Londres, como por medio de los agentes ingleses en Madrid, dió á conocer del modo más positivo al Gobierno británico su decidida y firme resolución de permanecer neutral durante la guerra, teniendo por el pronto el consuelo de ver que estas ingenuas seguridades eran, al parecer, bien recibidas en la corte de Londres.»

«Pero aquel Gabinete, que de antemano hubo de haber resuelto en el silencio, por sus fines particulares, la renovación de la guerra con España, siempre que pudiese declararla, no con las fórmulas ó solemnidades prescritas por el derecho de gentes, sino por medio de agresiones positivas que le produjeran utilidad, buscó los más frívolos pretextos para poner en duda la conducta verdaderamente neutral de la España, y para dar importancia al mismo tiempo á los deseos del rey británico de conservar la paz, todo con el fin de ganar tiempo, adormeciendo al Gobierno español y manteniendo en la incertidumbre la opinión pública de la nación inglesa sobre sus premeditados designios, que de ningún modo podía aprobar.»

«Así es que en Londres aparentaba artificiosamente proteger varias reclamaciones de particulares españoles que se le dirigían, y sus agentes en Madrid ponderaban las intenciones pacíficas de su soberano. Mas nunca se mostraban satisfechos de la franqueza y amistad con que se respondía á sus notas; antes bien, soñando y ponderando armamentos que no existían, y suponiendo (contra las protestas más positivas de parte de la España) que los socorros pecuniarios dados á la Francia no eran sólo el equivalente de tropas y navíos que se estipularon en el tratado de 1796, sino un caudal indefinido é inmenso que no les permitía dejar de considerar á la España como parte principal de la guerra.»

«Mas como aún no era tiempo de hacer desvanecer del todo la ilusión en que estaban trabajando, exigieron como condiciones precisas para considerar á la España neutral, la cesación de todo armamento en estos puertos y la prohibición de que se vendiesen las presas conducidas á ellos; y á pesar de que una y otra condición, aunque solicitadas con un tono demasiado altivo y poco acostumbrado en las transacciones políticas, fueron desde luego religiosamente cumplidas y observadas, insistieron, no obstante, en manifestar desconfianza, y partieron de Madrid con premura, aun después de haber recibido correos de su corte, de cuyo contenido nada comunicaron.»

«El contraste que resulta de todo esto entre la conducta de los Gabinetes de Madrid y de Londres bastaría para manifestar claramente á toda la Europa la mala fe y las miras ocultas y perversas del ministro inglés, aunque él mismo no las hubiese manifestado con el atentado abominable de la sorpresa, combate y apresamiento de las cuatro fragatas españolas, que, navegando con la plena seguridad que la paz inspira, fueron dolosamente atacadas por órdenes que el Gobierno inglés había firmado en el mismo momento en que engañosamente exigía condiciones para la prolongación de la paz, en que se le daban todas las seguridades posibles, y en que sus buques se proveían de víveres y refrescos en los puertos de España.»

«Estos mismos buques que estaban disfrutando la hospitalidad más completa, y experimentando la buena fe con que la España probaba á la Inglaterra cuán seguras eran sus palabras y cuán firmes sus resoluciones de mantener la neutralidad; estos mismos buques abrigaban ya en el seno de sus comandantes las órdenes inicuas del Gabinete inglés para asaltar en el mar las propiedades españolas: órdenes inicuas y profusamente circuladas, pues que todos sus buques de guerra en los mares de América y Europa están ya detenidos y llevando á sus puertos cuantos buques españoles en-

cuentran, sin respetar ni aun los cargamentos de granos que vienen de todas partes á socorrer una nación fiel en el año más calamitoso.»

«Ordenes bárbaras, pues que no merecen otro nombre las de echar á pique toda embarcación española cuyo porte no llegase á cien toneladas; de quemar las que estuviesen varadas en la costa, y de apresar y llevar á Malta sólo las que excediesen de cien toneladas de porte. Así lo ha declarado el patrón del laud valenciano de cincuenta y cuatro toneladas, que pudo salvarse en su lancha el día 16 de Noviembre, sobre la costa de Cataluña, cuando su buque fué echado á pique por un navío inglés, cuyo capitán le quitó sus papeles y su bandera, y le informó de haber recibido las expresadas órdenes de su corte.»

«A pesar de unos hechos tan atroces, que prueban hasta la evidencia las miras codiciosas y hostiles que el Gabinete inglés tenía meditadas, aun quiere éste llevar adelante su pérfido sistema de alucinar la opinión pública, alegando para ello que las fragatas españolas no han sido conducidas á los puertos ingleses en calidad de apresadas, sino como detenidas hasta que la España dé las seguridades que se desean de que observará la neutralidad más estricta.»

«¿Y qué mayores seguridades puede ni debe dar la España? ¿Qué nación civilizada ha usado hasta ahora de unos medios tan injustos y violentos para exigir seguridades de otra? Aunque la Inglaterra tuviese, en fin, alguna cosa que exigir de España, ¿de qué modo subsanaría después un atropellamiento semejante? ¿Qué satisfacción podría dar por la triste pérdida de la fragata *Mercedes* con todo su cargamento, su tripulación y el gran número de pasajeros distinguidos que han desaparecido, víctimas inocentes de una política tan detestable?»

«La España no cumpliría con lo que se debe á sí misma, ni creería poder mantener su bien conocido honor y decoro entre las potencias de Europa, si se mostrase por más tiem-

po insensible á unos ultrajes tan manifiestos, y si no procurase vengarlos con la nobleza y energía propias de su carácter.»

«Animado de estos sentimientos el magnánimo corazón del Rey, después de haber apurado para conservar la paz todos los recursos compatibles con la dignidad de su corona, se ve en la dura precisión de hacer la guerra al rey de la Gran Bretaña, á sus súbditos y pueblos, omitiendo las formalidades de estilo para una solemne declaración y publicación, puesto que el Gabinete inglés ha principiado y continúa haciendo la guerra sin declararla.»

«En consecuencia, después de haber dispuesto S. M. se embargasen por vía de represalia todas las propiedades inglesas en estos dominios; que se circulasen á los virreyes, capitanes generales y demás jefes de mar y tierra las órdenes más convenientes para la propia defensa y ofensa del enemigo, ha mandado el Rey á su ministro en Londres que se retire la legación española, y no duda S. M. que inflamados todos sus vasallos de la justa indignación que deben inspirarles los violentos procederes de la Inglaterra, no omitirán medio alguno de cuantos les sugiera su valor para contribuir con S. M. á la más completa venganza de los insultos hechos al pabellón español. Á este fin les convida á armar en corso contra la Gran Bretaña, y á apoderarse con denuedo de sus buques y propiedades con las facultades más amplias, ofreciendo S. M. la mayor prontitud y celeridad en la adjudicación de las presas con la sola justificación de ser propiedad inglesa y renunciando expresamente S. M. en favor de los apresadores cualquiera parte de valor de las presas que en otras ocasiones se haya reservado, de modo que las disfruten en su íntegro valor, sin descuento alguno.»

«Por último, ha resuelto S. M. que se inserte en los papeles públicos cuanto va referido, para que llegue á noticia de todos; como igualmente que se circule á los embajadores y ministros del Rey en las cortes extranjeras, para que todas

las potencias estén informadas en estos hechos y tomen interés en una causa tan justa, esperando que la Divina providencia bendecirá las armas españolas para que logren la justa y conveniente satisfacción de sus agravios.»

Proclama de Godoy.

No había de hacer menos que el Rey y su ministro de Estado, el Generalísimo de las Reales armas, á quien se encomendó la dirección de la nueva guerra contra la Gran Bretaña; y en una *Proclama á la nación española y al ejército*, que se publicó ocho días después, el 20 del mismo Diciembre, apeló al patriotismo de todos para escarmentar de una vez para siempre á los que volvían á insultar nuestra gloriosa bandera con sus *robos, traiciones y asesinatos*. Decíales á los *Marinos:* «trescientos hermanos vuestros hechos pedazos, mil aprisionados traidoramente, excitan vuestro honor al desagravio»; á los *Soldados del ejército:* «igual número de vuestros compañeros desarmados vergonzosamente, privados de sus banderas y conducidos á una isla remota, donde perecerán tal vez de hambre, ó se verán obligados á tomar partido en las falanges enemigas, os recuerdan vuestros deberes.» Se dirigía seguidamente á los *Españoles todos* diciéndoles: «muchos pacíficos é indefensos pescadores, reducidos á la miseria, y sus pobres mujeres y sus tiernos hijos maldiciendo á los autores de su ruina, excitan vuestra compasión é imploran vuestro auxilio. Por último, millares de familias que esperaban el sustento preciso en el año más calamitoso, y que se lo ven arrebatar pérfidamente, claman *venganza, venganza*... Corramos á tomarla como el Rey lo manda, y la justicia y el honor lo exigen.»

Esto es lo mejor y más elocuente de la proclama, que no cedía en lo larga al Manifiesto del Rey; porque, extendiéndose luego en consideraciones, todas vulgares, sin novedad alguna, y en llamamientos, tanto como al patriotismo, y aún más, á los intereses de aquellos á quienes se dirigía, persiguiendo, por ejemplo, el contrabando, sólo provechoso á los

enemigos, suponíalos vencidos. «Veremos, decía, humillado ese orgullo insoportable y perecerán, rabiando sobre montones de fardos y de efectos, repelidos de todas partes, esos infractores del derecho de gentes y esos tiranos de los mares.»

La frase no puede ser más chabacana ni más impropia para alzar el ánimo y los corazones de los Españoles á la reparación que su honor y sus deberes exigían en trance tan rudo como el á que se veían constreñidos con una nación, la eficacia de cuyo poder y de sus inmensos recursos no hacía más de dos años que habían tan dolorosamente experimentado.

Basta lo expuesto para que pueda comprenderse el espíritu de aquella *Proclama* que, si no era, como acabamos de decir, para enardecer en el santo fuego de la patria á sus lectores, siendo Españoles, éstos compensarían tal deficiencia con el entusiasmo y más todavía con la abnegación que les es característica y revelan aún en las circunstancias más tristes. Más adelante hemos de recordar, sin embargo, el último párrafo del documento que estamos comentando por pertinente, mejor dicho, por haber sido estímulo á proyectos, bien poco juiciosos, por cierto, y que obtuvieron el fracaso que merecían.

La guerra estaba declarada. Aparejada con ella vendría la alianza, realmente no interrumpida, con la nación francesa, á la que, bien claro se ha visto, nos unían los antiguos tratados, el de San Ildefonso principalmente, modificado no hacía mucho y dando uno de sus mejor buscados pretextos á los Ingleses para sus abominables fechorías, pero que al declararse la guerra, quedaría subsistente y tan obligatorio como antes.

CAPÍTULO VII

TRAFALGAR

Situación de la Corte de España.—El cuarto del Príncipe de Asturias.—Escoiquiz.—Prepotencia de Godoy.—Contrata de M. Ouvrard.—La Zamacolada.—Defiéndese Godoy sirviendo á Napoleón.—El gran proyecto de Napoleón contra Inglaterra.—La consagración.—Ofrecimiento hipócrita de la paz.—Nuevo plan marítimo.—Operaciones en las Antillas.—Vuelta de las escuadras á Europa.—Combate de Finisterre.—Juicio de aquella acción.—Villeneuve se mete en Ferrol y Cádiz.—Desístese de la expedición á Inglaterra.—Conducta leal de España.—Intentonas contra Gibraltar.—La guerra en el Continente.—La escuadra combinada en Cádiz.—Fuerzas de los beligerantes.—Salen de Cádiz las franco-españolas.—Batalla naval de Trafalgar.—Torpezas de Villeneuve.—El combate.—Muerte de Nelson.—Gravina herido.—El desastre.—Galiano y Churruca.—Retirada de los aliados á Cádiz.—Pérdidas.—Consecuencias.

CUANTO más crecía la influencia de Godoy, y ya hemos visto que se había hecho omnipotente, más rudos, si bien más tenebrosos también, se fueron haciendo, á su vez, los asaltos en que se pretendió acabar con ella, minando primero sus cimientos, ya que para llegar á su fábrica se necesitaba ir con mil y mil precauciones y con cautela y hasta estratagemas singulares. El Favorito, al reconquistar los corazones de Carlos IV y María Luisa, había conseguido avasallarlos al punto que hemos visto: al de hacerse imprescindible para toda gestión política, militar y

aun de familia dentro de la Real, soberana y gloriosa de nuestros Monarcas, tenidos por de los más linajudos de Europa. Lo de menos, aun con ser tanto, era el haber entrado á formar parte de esa familia obteniendo la mano de la hija de un Infante, siquier decaído de rango tan excelso por razón de su casamiento desigual, mal llamado en ese caso de conciencia. Importaba más el dominio que había llegado á tener en la Casa Real y el ultraje que con él infería, no sólo á los Reyes con el escándalo de su valimiento, sino que á los demás ilustres miembros que la componían. Los Príncipes de Asturias se encontraban, de ese modo, en una situación tan humillante, que se hacía insoportable para caracteres sin cesar agriados, cuando debían suponerse muy cerca del Trono que, por instrumento, en su concepto, tan vil, veían puede decirse que secuestrado y en peligro de que se les arrebatase también á ellos. Con eso, y ayudados por el partido que ya dijimos se formó á su sombra y en el que, además de los próceres que también nombramos, tomó parte el Clero, los frailes en particular, excitados por la noticia de que el Favorito había hecho impetrar de la Santa Sede una bula para la reforma de los institutos monásticos, se hizo también una opinión político-internacional, contraria, naturalmente, á la que imperaba entonces en la Corte [1]. Y como ésta se había aliado á Francia por sus

El cuarto del Príncipe de Asturias.

1 Dice la historia atribuída á Bayo: «Cada fraile se convirtió en un misionero furibundo, en un clarín sonoro de la fama que llamaba á las banderas del Príncipe á sus afiliados y anatematizaba y fulminaba rayos sagrados contra el de la Paz y sus partidarios. Y cuando llegaron á descubrir que el Ministro había osado impetrar de Roma una bula para reformar los institutos monásticos, creció hasta tal punto el encono, que se desataron en improperios y calumnias... Las valientes pinceladas con que Tácito dibuja los desórdenes de Mesalina y de Popea quedaban oscurecidas al lado de sus impúdicas pinturas.»

Véase, en cambio, quiénes decía Godoy eran los que le combatían: «Tenía éste (el Gobierno), y yo con él, en contra suya y mía, todos los envidiosos, que eran muchos, todos los hombres nulos de entre la multitud de pretendientes y aspirantes á los favores de la Corte; los que vivían de abusos y temían las reformas que se estaban preparando; cuantos se hallaban lastimados en la

nuevas aficiones, por miedo y últimamente por el ultraje inferido á nuestra bandera en el trance fatal del Cabo de Santa María, el partido del Príncipe buscó el triunfo de sus aspiraciones en las victorias de la Gran Bretaña, por cuya causa ya sabemos trabajaba la Princesa en connivencia con su madre la reina Carolina de Nápoles. En poco tiempo se hizo formidable este partido, como representante de una causa cuyo entronizamiento se descubría en horizontes no remotos, y alimentado, además, por el odio que inspiraba el Valido, contra el que se andaba levantando en la capital misma de la Monarquía y en las provincias una que pudiera calificarse de cruzada, según se veía alistarse en sus filas al elemento clerical, el más influyente en todas las clases de la sociedad española de entonces.

Escoiquiz. Capitaneaba el partido Fernandino aquel célebre Escoiquiz, preceptor que el mismo Godoy había dado al Príncipe, desterrado al poco tiempo de su entrada en Palacio por sus manejos, más políticos que profesionales, del cargo á que había sido llamado, pero que desde Toledo, donde residía, estaba en comunicación constante con su discípulo, ya por cartas que se cruzaban con harta frecuencia y mensajes con agentes de los dos conocidos, bien personalmente trasladándose disfrazado á Madrid. En esa correspondencia, epistolar ó verbal, el canónigo depositaba en el corazón de los Príncipes todo el veneno que contenía el suyo, que, como producto de la ingratitud y de una ambición sin límites, excitadas por el ansia de vengar las que él consideraría injus-

Iglesia y entre sus muchos dependientes, porque se hacía servir el rebozo y lo supérfluo de sus rentas á las urgencias del Estado; los que tenían diminución en su fortuna ó en su poder y su influencia, puesta que fuese mano en la mejora de las leyes, y por añadidura y por refuerzo todos los enemigos de las luces. Aun entre los amigos de éstas contaba yo, con harta pena mía, si no por enemigos, á lo menos por descontentos, á los que, ansiosos de lo bueno, sin atender las circunstancias que después han visto y han tocado dolorosamente por sí mismos, creían que me tardaba.»

«Á tantos elementos de oposición y de discordia se juntaban todavía los partidarios de Inglaterra...» ¡Pues es una friolera!

ticias y tropelías del Privado, no triaca, ponzoña sería que despertara los más crueles recelos y el odio y los rencores contra aquél, y desvío también y hasta malquerencia hacia sus protectores los Reyes. El Palacio Real se hizo así nido de discordias, tanto más lamentables cuanto que eran de familia, y antro de conjuraciones; unas, reales, efectivas, para desacreditar á los partidos opuestos; otras, imaginadas, á fin de defenderse de proyectos que el odio hacía creer como dirigidos nada menos que contra el poder y aun la vida del Soberano. Porque Escoiquiz, de su parte, armado con un motivo verdadero, el de la oposición de Godoy al matrimonio de Fernando, inventaba mil otros para aumentar los rozamientos que un día más que otro iban produciendo en Palacio un estado de discordia que luego habría de declararse lucha abierta, con escándalo general y con muy grave daño para el país y el Trono. Él despertó en Fernando la idea de solicitar del Rey autorización para entender en los negocios del Estado, que mal podía permitirle quien á solicitud igual había recibido la más rotunda negativa de su padre. Era muy distinto el caso. Carlos III no consentía á su lado favoritos que, como Godoy, pudieran suscitar recelos y odio en el corazón de su primogénito; y por lo mismo irritó más la repulsa á Fernando, que veía alzarse entre él y su padre un obstáculo, que el vengativo maestro pretendía hacerle aparecer como ambicionando la Corona que sólo á él correspondía de derecho. En su *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje del rey D. Fernando VII á Bayona en el mes de Abril de 1808*, Escoiquiz empieza así el capítulo I: «Nada diré de la primera causa de los horribles males que ha padecido la España, esto es, de D. Manuel Godoy y de sus excesos, tan notorios para todos nuestros Españoles y aun para todo el orbe, y me fixaré desde luego en la época, en que llegado aquel hombre, tan pérfido como despreciable, al colmo de su elevación, despertó con su ambición desenfrenada en todos los Españoles, y particularmente

en el Príncipe de Asturias, la justa sospecha de que aspiraba al Trono.»

Prepotencia de Godoy.

No: por más que excitara las ambiciones de Godoy el espectáculo de Napoleón ocupando el Trono de los Capetos, eran muy distintas las circunstancias en que se hallaban España y Francia, y más desiguales aún el mérito, los servicios y el prestigio, sobre todo, que rodeaba al nuevo César, comparados con la inepcia y el descrédito en que había caído el Guardia de Corps, transformado en Generalísimo y Príncipe por virtud de una fortuna más humillante que honrosa. Éste, luego lo veremos, aspiraba, es cierto, á la dignidad Real, á tal elevación llegaron sus ambiciones, pero en escala no tan extensa y proponiéndose alcanzarla por el favor de los Reyes que, empeñados en su encumbramiento, se prestarían á toda clase de sacrificios por hacérselo obtener. Á tal punto habían llegado la pasión de la Reina y la ceguedad del Rey, que cuanto más combatido veían á su Privado, más porfiaban por alzarlo sobre los demás, amigos ó detractores suyos; llegando á nombrarle Almirante con el tratamiento de Alteza Serenísima y á apoyar después sus pretensiones á la Regencia, si no lograba la Corona, de Portugal.

Contrata de M. Ouvrard.

Godoy y los partidarios que tenía en la Corte han asegurado que sus enemigos, en el colmo ya de la desesperación, continuaron suscitándole dificultades, aumentando principalmente, en cuanto podían, los efectos del hambre, facticia ó no, á que nos hemos referido en el capítulo anterior. Para vencerlas, adoptó Godoy una medida que ha dejado rastro hasta tiempos muy próximos á los nuestros, la de contrata y empréstito, que á eso se reduce después de todo, la conocida con el nombre de M. Ouvrard, un negociante francés, favorecido antes por Barras y Napoleón, abastecedor más tarde de los ejércitos de Fernando VII, de D. Miguel de Portugal y de D. Carlos en nuestras luchas civiles, y tan mal pagador, sobre todo, que se resignó á una dilatada

sima prisión antes de satisfacer á sus acreedores, aun teniendo dinero de sobra para hacerlo. La contrata acordada por Godoy después de haberla consultado con el Consejo de Castilla, que entendía en la anona ó provisión de víveres, obligaba á Ouvrard á depositar en nuestros puertos hasta dos millones de quintales de granos, de trigo en su mayor parte, y al precio, éste, de ochenta y ocho reales el quintal, con el aumento, además, de los derechos de exportación de Francia, que el Emperador se apresuró á elevar hasta la cantidad de cuatro francos. La ventaja, aun así, era notable para España, donde los acaparadores y logreros hacían pagar á doscientos reales quintal, y eso los que pretendían pasar por más desinteresados. De la publicidad de esa contrata resultó, al decir de Godoy, y es cierto, «que comenzó á verse trigo en los mercados como por encanto, y los aprisionados granos salieron poco á poco de su encierro, temerosos y chorreados los primeros días, después como una lluvia.» «Los precios, añade en sus Memorias, descendieron sucesivamente hasta sesenta reales el del trigo, cuarenta el del centeno y el de maíz á treinta. De los atravesadores y logreros quedaron muchos arruinados; los demás detenedores sufrieron grandes pérdidas, obligados como se hallaron los más de ellos á vender por debajo de los precios ordinarios de otras veces.»

Pero apartando á los Príncipes de Asturias de la acción de una tan bárbara conjura como la de concitar los ánimos contra el Privado por medio del hambre, los conspiradores causaron harto mal, porque con la reaparición de los cereales en el mercado, la contrata de Ouvrard resultó onerosísima. Godoy no se ha detenido á explicarnos en sus Memorias el texto entero de aquella contrata, en que se hallaban incluídas condiciones de muy otra índole que las del abastecimiento de géneros alimenticios en la Península. Da cuenta detallada de esas condiciones el libro publicado por el mismo Ouvrard, muy anterior al del Príncipe de la Paz y que con-

tiene un largo capítulo referente á ese asunto [1]. En él se puede ver que en 26 de Noviembre de 1804 se estipuló que para la compra de los 2.000.000 de quintales de trigo al precio de 26 francos el quintal contando con su extracción de Francia, M. Ouvrard exigió la garantía de nuestro Gobierno y la explotación del Nuevo Mundo, firmando un acta sin ejemplo, dice el autor, cuyas disposiciones eran las siguientes:

«1.º Sociedad con S. M. Carlos IV para durante la guerra de España con Inglaterra, bajo la razón Ouvrard y Compañía.

»2.º Autorización á cuenta de esta Sociedad, también durante la guerra con Inglaterra, para introducir en todos los puertos del Nuevo Mundo todas las mercancías y géneros necesarios al consumo, y para exportar de esas mismas colonias, y en el mismo tiempo, todos los productos del país y todo el oro y la plata que procedan de ellas.

»3.º S. M. C. se obligaba á poner á disposición de la Sociedad cuantas licencias fuesen necesarias para la expedición de barcos de Europa á las Américas, según las indicaciones de M. Ouvrard, único gerente de la Sociedad.

»4.º Incluíase la condición de dividir por partes iguales, entre S. M. C. y M. Ouvrard, los beneficios que resultaran de todas las operaciones de la Sociedad.

»Era quizá, añade el famoso negociante en sus Memorias, el primer ejemplo de un acta de sociedad celebrada entre un Rey y un particular, acta tan útil para el uno como honrosa para el otro.»

Así parece como disimulado el tan célebre contrato de los trigos en el concepto general de sus fines más esenciales; pero existía otro convenio simultáneo en que, según carta de Ouvrard al ministro de Hacienda francés M. Barbé Marbois, escrita el mismo día 26 de Noviembre, se encargaba aquél de

1 *Memoires de G. J. Ouvrard sur sa vie et ses diverses opérations financières.* La tercera edicion es de 1826.

verificar adelantos á la caja Real de consolidación, con la facultad de introducir pesos duros en Francia, «operación, le decía, tan conveniente al Ministerio de V. E.» De modo que á una autorización tan solicitada por el Gobierno inglés, á quien se había negado en plena paz, se añadía la creación de una Sociedad que abrazaba en su mayor amplitud el comercio de la América española con Europa respecto á toda clase de importaciones y exportaciones de mercancías y metales preciosos.

¡Y eso considera Godoy lograr sin persecuciones ni procesos el fracaso de la conspiración del hambre que, después de todo, dice haber sido facticia!

«Noticias que recibo de Madrid me enteran de que M. Ouvrard ha hecho lo que ha querido. Espero que me anunciaréis pronto que las obligaciones han entrado en cartera.» Esto escribía Napoleón el 18 de Noviembre á Barbé Marbois, demostrando el interés que él tomaba en un asunto que tenía por muy beneficioso también para el Imperio. Y tan es así, que en su *Correspondencia* aparecen varios despachos referentes á ese contrato, del que se aprovecha, no sólo para aumentar los ingresos del Tesoro público, sino que también para hacer fácil el aprovisionamiento de víveres en las escuadras que tenía encerradas ó en operaciones por los puertos españoles. De todos modos, el Príncipe de la Paz accedió á cuantas pretensiones quiso formularle Ouvrard, hasta la de, luchando con la Nobleza y el Clero, propietarios casi exclusivos del terreno, intentar una desamortización á que parecía oponerse la opinión general del país, sobresaltado aún con los excesos de la revolución en ese punto, desamortización que aprobó S. S. Pío VII en Fontainebleau por medio de una bula en que autorizaba la venta de bienes eclesiásticos en España y el Nuevo Mundo. En fin, no hubo condición onerosa ni humillante que Ouvrard no impusiera á Godoy para sacarle del atolladero en que le puso el hambre de 1804, que, si efectivamente no fué verdadera, revela la

avaricia de los logreros que la provocaron y el ningún patriotismo de los conspiradores á quienes la atribuye el Privado, si es cierto que se valieron de ella en su contra.

Otro obstáculo de muy distinta especie se opuso también aquel año á la marcha gubernamental de Godoy y á su preponderancia en los Consejos de la Corona: el que ofreció el motín de Bilbao, conocido generalmente por *La Zamacolada*. En aquella villa, cada día más floreciente por la riqueza mineral que entraña el terreno de sus inmediaciones, la industria naval que se fomenta en su ría y el carácter emprendedor de sus habitantes, se ha hecho de mucho tiempo atrás vital la construcción de un buen puerto, aun rechazándola ó dificultándola por lo menos las condiciones de la barra que forman los arrastres de arena y piedra amontonados en la desembocadura del Nervión. Godoy había favorecido la empresa, solicitada por el Señorío, de un fondeadero en Avando, por lo que, agradecida la provincia y esperando mayor protección todavía, le había impuesto el nombre de *Puerto de la Paz*. Pero Avando no era Bilbao, puesto que pertenecía á lo que allí se llama tierra de Infanzonado, hostil siempre á la invicta villa y hasta despreciándola por su origen, el género de sus intereses, sus aspiraciones de dominio y sus costumbres peculiares. Para los del interior del país, Bilbao no ha sido nunca Vizcaya, y esa misma anteiglesia de Avando lo ha demostrado en estos últimos tiempos resistiéndose á formar parte del Municipio bilbaíno, del que no la separa más que el río. Don Simón Zamacola, un escribano muy popular en el país por sus sentimientos, quizá exagerados, de provincialismo, fué el primer motor de aquella obra con que se creía perjudicar á Bilbao en sus intereses comerciales, y que, ó por recomendaciones ó por ignorancia, protegió Godoy, á punto de decir en sus Memorias que *la había tomado bajo su amparo*. Pero no se contó con la energía característica de los bilbaínos que, al verse así perjudicados, apelaron á cuantos recursos pudieron hallar á

La Zamacolada.

mano, de buena ó de mala ley, al de esparcir, sobre todo, la voz de que se pretendía atentar á los fueros, ya que no fué posible hacerlo al terminar en 1795 la guerra de la República. Con eso llegó á crearse en Vizcaya un desacuerdo tal entre las autoridades del Señorío y el comercio, un desórden tan espantoso, que hasta la vida de las personas más influyentes se vió comprometida, haciéndose necesario el envío de fuerzas del ejército para restablecer la tranquilidad. El ministro Caballero la buscaba con el castigo de los causantes de tan escandaloso alboroto, y éstos lo hubieran pagado caro sin la intervención del general Mazarredo, retirado, según ya dijimos, á Bilbao después de sus polémicas con Napoleón y con el Gobierno que así creía adularle mejor, y la del exministro Urquijo, que también se encontraba allí, recién salido de su prisión de Pamplona. Dos personas así perseguidas, de las que una, principalmente, lo había sido con tan marcada é imprudente falta de justicia, ayudaron al Gobierno á devolver la paz á Vizcaya y á suavizar los castigos que aquél se había propuesto imponer, logrando que se redujeran á multas y destierros á los principales alborotadores. ¿Á qué impulso obedecían éstos? Se ignoró siempre. Godoy decía que iba dirigido contra él y era obra del partido del Príncipe de Asturias, capitaneado por Escoiquiz.

«¿Quién cambió las ideas?—dice en su libro.—¿Quién alteró los ánimos? No fué dado saberlo en aquel tiempo; ninguno dió la cara; los mismos bilbaínos estaban divididos, unos en pro y otros en contra del Gobierno; un gran número de reos y de testigos, preguntados, ni aun sabían dar razón de los motivos que causaron aquel alarde sedicioso, en que los más entraron como máquinas, creyendo vagamente algunos de ellos que se trataba de sus fueros. Y así fué que, en pocos días, la presencia tan sólo de un corto número de tropas, que fueron enviadas con un ministro del Consejo, puso fin á los disturbios. Los hombres de Aranjuez se alabaron

también más adelante de haber urdido aquella trama con sólo el fin de derribarme.»

Godoy tenía que defenderse de tales asechanzas y ataques, y se defendía, con efecto, procurando atraerse la protección del recientemente proclamado Emperador con todo género de complacencias y con adulaciones las más refinadas. Puso, así, á disposición del nuevo César seis toisones de oro, nada menos, para que los distribuyese según su voluntad, así como cinco grandes cruces de Carlos III, alguna de las cuales iría á adornar el pecho del mariscal Augereau, enemigo nuestro en cuantos campos de batalla hubimos de disputar á los Franceses, y otras á quienes, como Moncey y Lefebre, nos habían también combatido ó combatirían muy pronto. El Emperador correspondió enviándonos seis grandes cordones de la Legión de Honor, el primero, naturalmente, para el Príncipe de la Paz, demostrando así que habían desaparecido del corazón del grande hombre la ira y el desprecio que hemos visto le inspiraba antes. ¡Cuáles no serían las pruebas de respeto y admiración que le daría nuestro Generalísimo cuando en una *nota* del 26 de Julio de 1805 para M. Lacepéde, encargaba Napoleón se le dijese: «Entretanto, deseo que (Godoy) sepa que su carta me ha producido una satisfacción, *m'a fait plaisir*, y que en todo tiempo puede contar con mi afecto, *mes bons sentiments*.» Es verdad que se trataba de una nueva expedición contra Portugal, á la cual parece que ya no se oponía Godoy y para la que Napoleón proponía, mejor que el envío de 60.000 Franceses, que consideraba demasiados, 16.000, que se unirían á 60.000 Españoles, suficientes, en su sentir, para sujetar á Portugal [1].

Defiéndese Godoy sirviendo á Napoleón.

Á la acción, precisamente disimulada, del cuarto de los Príncipes de Asturias, oponía Godoy la suya, acusando á la Princesa de sus declaraciones en la Corte de Nápoles y espiando sus actos todos, á punto de que, no creyendo bas-

1 *Correspondencia de Napoleón I*, tomo XI, página 37.—26 de Julio de 1805.

tante hábil su policía,. buscaba en la pericia del jefe de la francesa, M. Fouché, instrumentos ó planes con que hacer eficaz la de Madrid. Escribía Napoleón á aquel su Ministro: «Podéis mandar al Príncipe de la Paz un proyecto de policía, si tenéis alguno bueno. Por mi parte, si yo tuviera que hacer alguno, me vería muy perplejo, porque no sé lo que eso quiere decir y rara vez he visto que todos esos planes *que se piden* sean útiles para algo» [1]. ¡Cuál no sería el género de esas dilaciones de Godoy, que Napoleón le contestaba directamente en Febrero de 1806!: «Nada que venga de la reina de Nápoles me admira; he temblado, sin embargo, con la sola lectura de vuestra carta.» Y añadía inmediatamente: «Siento un verdadero consuelo al saber que Sus Majestades gozan de buena salud. No dudéis nunca del interés que por vos me tomo y del deseo que tengo de daros pruebas de mi protección, como del afecto y de la amistad que me inspira el Rey.»

Bien se ve cómo había cambiado Napoleón de algún tiempo atrás, en que no cesaba de amenazar á los Soberanos españoles y á su Favorito; pero no tardaremos en observar otro cambio, es verdad que producido por una insigne torpeza del mismo á quien ahora lisonjeaba el Emperador, perdonándole todas las anteriores.

El gran proyecto de Napoleon contra Inglaterra.

Disculpa tenían, con todo, tales y tan bondadosas variaciones en el Emperador de los Franceses. Se trataba en un principio de realizar el grandioso pensamiento de un desembarco en Inglaterra, á la que Napoleón se empeñaba en reducir á potencia de segundo ó tercer orden para que no volviese á turbar la paz del mundo ni á impedir, sobre todo, la supremacia de la Francia en él.

Pendía la conquista del Reino Unido de una acción puramente naval, la que llevase á dominar, aun cuando fuera tan sólo por cuatro ó cinco días, en el Paso de Calais, en el brazo de mar que separa á las dos naciones, eternas rivales

1 *Despacho de* 15 *de Agosto de* 1805.

desde la constitución política de Europa en los organismos, que son la mayor y más sólida garantía del equilibrio en que ha de fundarse la existitencia pacífica y, por lo tanto, floreciente de todas. Para conseguir ese, siquier efímero, dominio, necesitaba Francia la acción de las escuadras españolas; y no bastando la natural y directa, vencida hasta entonces por la superioridad de las inglesas, buscaba Napoleón el modo de burlar la vigilancia y la pericia de los almirantes enemigos por medio de combinaciones que los desorientasen y, así, los desarmaran.

Su primer proyecto se fundó en la idea, de realización, para él inmediata, de reunir las flotas aliadas en el Canal de la Mancha, con lo que la de Brest, de 21 navíos, la de Rochefort, de cinco, el que anclaba en Cádiz y los cinco del Ferrol, con 10 que se les unirían de Tolón, podrían perfectamente resistir la acción de las británicas de Nelson y Conrwallis si se lograba burlar la vigilancia de alguno de aquellos almirantes en sus operaciones. Un desembarco en Irlanda distraería á los Ingleses que bloqueaban algunos de los puertos de la costa francesa, especialmente en invierno, con un golpe atrevido de mano y arrostrando valientemente los peligros de un huracán de los que con tanta frecuencia se desencadenan en aquellos mares. Latouche-Tréville, el marino más osado que tenía Francia, encargándose del mando de la escuadra de Tolón y fingiendo dirigirse á Egipto, pasaría el Estrecho de Gibraltar, recogería el navío de Cádiz y, sin parar mientes en el Ferrol, se engolfaría en el de Gascuña para unirse á Ganteaume, frente á Brest, y continuar á la Mancha. Napoleón había estudiado muy detenidamente tan arriscada operación hasta en sus menores detalles, consultándola con su ministro de Marina, no tan confiado como él, y esperaba, de ejecutarse cual se la había propuesto, los más felices resultados [1]. Pero no contaba con otro género de

1 Le decía Decrés: «Si queréis confiar un gran proyecto á un hombre, es preciso que le veáis, le habléis y animéis con vuestro genio. Esto es aún más

obstáculos: con los que le opondría su mala suerte en cuanto se refería á sus proyectos marítimos. Creía poderlos superar con medidas á cual más enérgicas, pensando en la eficacia de las que tomaba en sus operaciones campales; pero aun extremando su actividad en el aumento de fuerzas en todos los arsenales, en el aprovisionamiento de los buques y en suplir la falta de los tripulantes con buenos soldados del ejército, Ganteaume, como dice Thiers, en Brest, Villeneuve en Rochefort, Gourdon en el Ferrol y Latouche en Tolón, se quejaban de no tener medios suficientes [1]. Su mayor desgracia, sin embargo, consistió en que Latouche-Tréville, que había adquirido en Santo Domingo una enfermedad que le fué incompletamente curada, fallecía el 20 de Agosto en Tolón el día antes de darse á la vela, relevándole muchos días después Villeneuve, que tenía talento, es verdad, y era valiente, pero también impresionable y exagerándose siempre las dificultades de su situación, cualquiera que fuese. Hízosele necesario á Napoleón modificar sus planes, y los fijó en la acción principalmente de Ganteaume, quien, desde Brest, debería verificar la expedición de Irlanda con cerca de 20.000 hombres de desembarco para, revolviendo sobre el Canal, proteger el paso de la escuadrilla de Boulogne, mientras los almirantes Villeneuve y Missiessy se dirigirían á América para, desorientando á los Ingleses, que de seguro irían en pos de ellos, volver á Europa y juntarse á Ganteaume en la Mancha.

necesario con nuestros marinos, desmoralizados por los reveses, siempre dispuestos á morir como héroes, pero pensando más en sucumbir noblemente que en vencer.»

1 Eso que, como asegura el mismo historiador, «Francia tenía entonces cerca de 45.000 marineros disponibles: 15.000 en la flotilla, 12.000 en Brest, de 4 á 5.000 entre Lorient y Rochefort, 4.000 entre el Ferrol y Cádiz y sobre 8.000 en Tolón, sin contar algunos miles en la India. Podíanse añadir 12.000 hombres, acaso 15.000 á ese total, lo que elevaría á 60.000 el número de los hombres embarcados.» Á la flota de Brest se le agregaron 4.000 quintos. Ganteaume prefería los quintos á los soldados ya hechos, que repugnaban una nueva y segunda educación.

Esta magna operación exigía un plazo largo y se dejó para el invierno de 1804, trabajando entretanto en la también magna tarea de conocer las intenciones de las grandes potencias continentales, sorprendidas, como es de suponer, con proyectos tan gigantescos como los de Napoleón y no poco recelosas de la dirección que iban tomando sus desapoderadas ambiciones. Pensaba además el Emperador de los Franceses en su consagración como tal en Nuestra Señora de París, proyecto que habría de ofrecer también algunas dificultades, pues que no se había visto en Francia ceremonia semejante desde que en 754 fué el papa Esteban II á colocar la corona de los hijos de Meroveo en la cabeza de Pepino, padre de Carlomagno, dando eso origen á los Estados de la Iglesia y al poder temporal, por consiguiente, de los Pontífices Romanos. Napoleón era raíz y cabeza de una dinastía nueva y no debía ser menos que el jefe y fundador de la Carlovingia, de memoria tan gloriosa.

Rusia, esto es, el emperador Alejandro, se había enfriado en sus relaciones con Napoleón desde que, constituyéndose en mediador suyo para con la Inglaterra, vió rechazadas sus proposiciones sobre la evacuación de la Holanda, Italia y Suiza por las tropas francesas. El odio que le había inspirado hacia la Gran Bretaña el bombardeo de Copenhague se apagó al verse representando papel tan airoso como el de mediador entre dos tan poderosas naciones; y el desacuerdo que no pudo ahogar entre ellas, la negativa de Napoleón á indemnizar al rey de Cerdeña con el territorio de Génova que, por el contrario, fué anexionado á Francia, la ocupación del Hannover y la violencia de Baden con la captura del Duque de Enghien, llevaron al Czar al partido inglés y le resolvieron hasta á negar su reconocimiento al nuevo Emperador de los Franceses. Menos escrupuloso el de Austria, no opuso dificultades á tal acto, como lo ejecutaron Prusia, Dinamarca y España; pero la indecisión, por un lado, de la Turquía, enojada todavía por la expedición de

Egipto, y los aprestos formidables que hacía Napoleón organizando aquel *grande ejército* que se preparaba á pasear sus victoriosas águilas por todo Europa, iniciaron en varias de las potencias que la componían el pensamiento de otra coalición más formidable que las anteriores contra Francia.

«No era necesaria, dice Talleyrand en sus Memorias, sino la más vulgar prudencia para en la nueva guerra en que se hallaba comprometido Bonaparte con Inglaterra y que exigía el empleo de todos sus recursos, no emprender nada que pudiera excitar á las potencias del Continente á hacer causa común con su enemiga. Pero la vanidad le hizo atropellar de nuevo por todo. No le bastaba el haber sido proclamado, con el nombre de Napoleón, Emperador de los Franceses, ni le bastaba haber sido consagrado por el Soberano Pontífice; quería además ser Rey de Italia para ser Emperador y Rey como el jefe de la Casa de Austria. De consiguiente, se hizo coronar en Milán, y, en vez de tomar sencillamente el título de Rey de Lombardía, eligió el más ambicioso y, por lo mismo, más alarmante de Rey de Italia, como si abrigara el designio de someter á su cetro la Italia toda; y para que no cupiera duda sobre sus intenciones, Génova y Luca, donde sus agentes habían hábilmente esparcido el terror, le enviaron sus diputaciones, por cuyo órgano la una se le entregaba, la otra pedía un Soberano de su nombre y las dos, con formas distintas, constituyen desde entonces parte de lo que por primera vez se dió en llamar el *Grande Imperio*.»

»Las consecuencias de esa conducta fueron las que era natural prever. El Austria se armó y la guerra continental se hizo inminente...»

Su consagración. Entretanto ardía el nuevo César en deseos de verse consagrado por el Papa que, agradecido á la obra restauradora de la Religión, recientemente llevada á cabo en Francia, y esperando aún quizá la restitución de las provincias que se habían arrebatado al patrimonio de San Pe-

dro, se resolvió á trasladarse á París, después, por supuesto, de consultado el Sacro Colegio, y según su consejo, haber exigido varias condiciones favorables para la Iglesia, que autorizaran su condescendencia para con los católicos de todo el orbe y para con las potencias europeas. No fueron tampoco insignificantes las dificultades que se opusieron á la pretensión del Emperador en el seno del Consejo de Estado, en el que, por el contrario que en Roma, se suscitaron escrúpulos y repugnancias hacia lo que creía pudiera traer al nuevo Imperio la dominación ultramontana y un acto que haría considerar la Corona que iba á representarlo, como dada por el Papa, en vez de obtenida por el voto del pueblo francés.

Pero, en fin, superados todos esos obstáculos por el prestigio de Napoleón en Italia y sus elocuentes discursos en Francia [1], y recibido en París el plebiscito, por el que más de tres millones y medio de ciudadanos Franceses, sobre cuatro millones que tenían voto, le conferían el Imperio, se fijó la consagración para el *Dos de Diciembre*, día que tanto habría de figurar en los fastos de la dinastía napoleónica.

No hay para qué describir en esta historia el acto de la consagración ni las ceremonias con que se celebró y las fiestas que lo ilustraron. Algo hemos dicho de él y del arranque, realmente cesáreo, de colocarse el mismo Napoleón sobre su cabeza la corona imperial, no queriendo recibirla de un sacerdote, aun cuando ese sacerdote fuera nada menos que el representante de Cristo en la tierra. En cuanto á lo magnífico é imponente de la ceremonia, vamos, sin embargo, para darla mejor á conocer de nuestros lectores, á transcribir la relación que nos dejó la Duquesa de

1 He aquí el grande y decisivo argumento usado por Napoleón en el Consejo de Estado:

«Señores, exclamó, deliberáis en París, en las Tullerías; pero suponed que deliberáis en Londres, en el Gabinete británico; que sois, en una palabra, ministros del Rey de Inglaterra y que se os anuncia que el Papa cruza los Alpes en estos momentos para consagrar al Emperador de los Franceses; ¿veríais eso como un triunfo para la Inglaterra ó para la Francia?»

Ante ese argumento todo el mundo enmudeció en el Consejo.

Abrantes de las impresiones que en ella experimentó: «¿Cuál es, dice, el alma (porque es el alma á quien interrogo) que puede echar en olvido tal día? He visto después Nuestra Señora (de París); la he visto en suntuosas y solemnes fiestas...; pero jamás he recordado cosa parecida al golpe de vista de la coronación de Napoleón. Aquella bóveda, con sus arcos góticos y sus vidrios iluminados, resonaba con el canto sagrado de los sacerdotes. Á lo largo de sus antiguos muros, cubiertos de magníficos tapices, se veían formados por su orden todos los Cuerpos del Estado, los Diputados de todas las ciudades, la Francia toda, en fin, que, representada por sus mandatarios, imploraba la bendición del cielo para el que ella estaba coronando. Aquellos millares de plumas flotantes dando sombra á los sombreros de los Senadores, de los Consejeros de Estado y de los Tribunos; aquellos Tribunales de la judicatura con su rico y á la vez severo traje; los uniformes brillantes de oro, y después el Clero con toda su pompa; todo, todo deslumbraba, mientras que en las galerías del piso superior de la nave y del coro, mujeres jóvenes, hermosas, resplandecientes de pedrería y al mismo tiempo vestidas con esa elegancia que sólo á nosotras pertenece, formaban una guirnalda encantadora á la vista.»

¿No habría allí, como en la ceremonia del Concordato, descrita por esa misma espiritual cronista, alguno que volviese la cara para tragarse un mendrugo en lo más brillante de la fiesta?

Y continúa Mdme. Junot: «Napoleón se apeó también, como el Papa, en el palacio arzobispal para allí revestirse de las insignias imperiales. Ciñóse la cabeza con una corona de laurel de oro, llevándose por delante la maciza corona modelada por la de Carlomagno. Desde que tomó asiento en la iglesia frente al altar y en un modesto sillón, comenzó la ceremonia. Pío VII hizo la santa unción en la frente, los brazos y las manos del Emperador, bendijo la espada y se la ciñó, le dió el cetro y se acercó para coger la corona De

repente, Napoleón, que observaba todo, le separó suavemente y tomando la corona con resolución se la puso, él mismo, en su cabeza. Un temblor de sorpresa y de admiración sobrecogió á la multitud vivamente impresionada.» «En aquel momento, dice la de Abrantes, Napoleón estaba verdaderamente hermoso. Su fisonomía, tan expresiva siempre, revelaba un fuego y un movimiento muscular especiales en aquel instante único de su vida.»

¡Aduladora!

Ofrecimiento hipócrita de la paz.

Lo que sí parece es que tantas grandezas debieron inspirarle el temor de verlas desvanecerse en días no lejanos, porque pocos después declaraba solemnemente en el Cuerpo Legislativo sus propósitos de no anexionar nuevos territorios al Imperio y ofrecía la paz á la Gran Bretaña, cuyo Gobierno, por medio de lord Mulgrave, se desentendió de tal propuesta, ya que Jorge III, á quien había escrito Napoleón, no pudo contestarle por la enajenación mental que padecía [1].

Pero al mismo tiempo, con fecha igual, el Emperador escribía á Carlos IV felicitándole por su declaración de guerra á los Ingleses, atropelladores ardientes de su dignidad, y aconsejándole que manifestase la resolución de defender su Trono haciendo armar sus flotas, exigiendo de sus ministros la actividad y la energía de ejecución necesarias para salvar su Imperio y mostrarlo con gloria á los ojos de la posteridad. Decíale también que tenía 30 navíos, que debía apresurarse á armar; que no le faltaban marineros y sólo sí dinero, pero que podría hallarlo vendiendo los bienes de la Orden de Malta, que había incorporado á su Corona, y exigiendo del

1 La carta de Napoleón es del 2 de Enero de 1805 y principia así: «Llamado al Trono de Francia por la Providencia y los sufragios del Senado, del pueblo y del Ejército, mi primer sentimiento es un voto por la paz. Francia é Inglaterra están malgastando su prosperidad: podrán luchar durante siglos: pero sus Gobiernos ¿cumplen así con el más sagrado de sus deberes? Y tanta sangre vertida inútilmente y sin la perspectiva de objeto alguno, ¿no les acusará en su propia conciencia? Yo no me considero deshonrado al dar el primer paso...»

Clero y de las Ordenes todas del Estado contribuciones ó donativos patrióticos. El Rey, la Reina, los Príncipes, Princesas y Grandes debían ser los primeros en dar ejemplo al pueblo español, *altivo, generoso* y *bravo*, que, de seguro, respondería al llamamiento de su Soberano. Ni dejó de escribir también al rey de Nápoles haciéndole ver que estaba mal aconsejado al seguir un sistema político opuesto á los intereses de su Casa, así como á la Reina, manifestándola cómo, á pesar del odio que sentía contra la Francia, no le aconsejaban un poco de prudencia siquiera y una dirección política más conforme con sus intereses, la experiencia de los reveses anteriores, el amor á su esposo, á sus hijos, á su familia toda y sus súbditos. Decíale al fin de la carta: «Reciba V. M. este consejo de un buen hermano: llame á los jefes de las milicias, no provoque especie alguna de armamento, despida á los Franceses que la excitan contra su patria, haga volver de San Petersburgo un ministro cuyos pasos tienen sólo por objeto el de echar á perder los asuntos de Nápoles y exponer á V. M. á inminentes peligros; quite de su lado á M. Elliot, que no trama sino complots de asesinato y provoca todos los movimientos de Nápoles, y no preste su confianza más que al jefe de su Casa y, me atrevo á decirlo, á mí, no haciéndose tan enemiga de sí misma que pierda un reino que ha sabido conservar en los grandes trastornos en que han perecido tantos Estados.»

Nuevo plan marítimo.

Sus votos por la paz, bien se ve, no hacían descuidar á Napoleón los necesarios preparativos para la guerra. Su proyecto de desembarco en Inglaterra se hacía á cada momento más difícil de realizar por la vigilancia que los barcos enemigos ejercían sobre los puertos en que se resguardaban las escuadras francesas, impotentes, aun unidas con las españolas, para tal jornada en un plazo inmediato. Apoyándose, pues, en las confidencias que le enviaba Godoy respecto al uso que hacía la Princesa de Asturias de su influjo sobre el ánimo de Fernando y de las no-

ticias que éste la comunicaba acerca de los sucesos que iban preparando el tan cacareado desembarco, Napoleón ideó un plan, si de larga ejecución, de éxito, por lo mismo, más probable.

Ya no había que pensar en la reunión sucesiva de las escuadras del Mediterráneo, primero, y las del Océano, después, á lo largo del litoral de nuestra Península, para que juntas dominasen el Paso de Calais: el retroceso de Villeneuve á Tolón y la proximidad de Nelson la hacía impracticable. Era necesaria una operación que desorientase á los Ingleses por tiempo considerable y á largas distancias para que, perdiéndose en la inmensidad de los mares, no pudieran conocer el objetivo de las naves imperiales y menos alcanzarlas, una vez presumido, en el plazo necesario á Napoleón, tanto más precioso, cuanto más remoto. Y resolvió dirigir las escuadras de Tolón, Cádiz, Rochefort y Brest á las Antillas, donde, maniobrando con habilidad, lograría atraer á las británicas á la defensa de sus posesiones, la de Trinidad sobre todo, mientras las francesas regresaban á Europa á levantar el bloqueo del Ferrol y establecer su dominio en el Canal de la Mancha. Para mejor conseguirlo, Godoy debía desorientar al Príncipe de Asturias con noticias que la Princesa enviaría á su madre sobre el destino de aquellas escuadras, haciéndolo suponer muy diferente del verdadero que se les había impuesto. Y Godoy lo hizo tan bien, que, al salir Missiessy con la escuadra de Rochefort, en Enero, y Villeneuve con la de Tolón, en Marzo, para, reuniéndose á la española en Cádiz, tomar el mismo rumbo que aquélla, el de la Martinica, Nelson estaba firmemente convencido de que sólo se trataba de distraérsele con la primera de aquellas expediciones para mejor verificar la dirigida contra él en el Mediterráneo. El príncipe Fernando, por curiosidad propia ó por recelos de su esposa, quiso saber de Godoy el objeto de tan grandiosos armamentos, y el Favorito les señaló el de atacar, por un lado, las posesiones

inglesas de las Indias Orientales y, por el otro, emprender de nuevo la ocupación de Malta y del Egipto [1]. La confidencia voló de Madrid á Nápoles con la rapidez y la oportunidad que se querían, y Nelson, que espiaba á Villeneuve desde las costas de Cerdeña, hizo, al recibirla, rumbo á Egipto, no sin antes fingir que, desorientado por completo, tenía que recorrer cuantos puntos pudiera visitar el almirante francés al zarpar su escuadra de Tolón. La estratagema dió, sin embargo, el resultado apetecido y al comenzar el mes de Mayo, Nelson embocaba el Estrecho de Gibraltar para, tomando lenguas en todas partes, lanzarse á través del Océano en seguimiento de las naves aliadas, que el 14 de aquel mes verificaban su concentración en la bahía de Fort-Royal de la Martinica, objetivo primero de su misteriosa jornada. Las escuadras francesas se componían de 17 navíos, 10 fragatas y algunos bergantines ó bricks; la española, al mando de Gravina, de seis navíos, el *Argonauta*, el *América*, el *San Rafael*, el *Firme*, el *Terrible* y el *España*, la fragata *Magdalena* y unos pocos buques menores.

Operaciones en las Antillas.

Como la misión secundaria de aquellas fuerzas, la que había de dar pretexto, aparente al menos, á tamaña expedición, era la de reforzar las guarniciones de las Antillas francesas y reocupar la española de la Trinidad, comenzaron los aliados á desempeñarla, atacando la roca llamada del *Diamante*, que domina á la primera de aquellas

1 «Cuanto me preguntaba, dice en sus Memorias, era el secreto del estado de que pendía en gran parte el buen suceso de la guerra; yo no debía exponerlo por complacer al Príncipe, de quien lo habría tenido ciertamente la Princesa. Excusarme de responder era un desaire manifiesto; decirle la verdad sabiendo su flaqueza, habría sido una falta imperdonable. Yo no sé si habrá alguno que me culpe de haber dado á Su Alteza noticias inexactas, puesto yo en aquel conflicto de respeto y de deberes. Respondí que los planes eran vastos, si bien podrían cambiarse, según vinieran los sucesos; que la escuadra de Rochefort salía para las Indias Orientales, y que la de Tolón iría al Egipto, quietas las demás escuadras españolas, francesas y holandesas y dispuestas para dar un golpe combinado, cuando llegase el tiempo, sobre Irlanda. Como era de pensar, la princesa María Antonia no tardó en arrancarle mi respuesta ni en escribirla á Nápoles.»

Islas y que, guarnecida por los Ingleses, impedía nuestras comunicaciones y comercio. El asalto era arriesgado, pero pudo efectuarse el 6 de Junio, cabiendo á los Españoles el honor de ser los primeros en verificarlo con uno de los barcos de la escuadra, á cuyo bordo había algunas tropas también de nuestra nación. Iba á seguirse con la conquista de otros puntos, también usurpados por los Ingleses, y se les había á éstos apresado algunos barcos mercantes, cuando, noticias arrancadas á un oficial hecho prisionero, portador de pliegos que arrojó al mar, hicieron saber que Nelson acababa de llegar á la Barbada y fueron á trastornar todos los proyectos de los aliados. El almirante Villeneuve, preso siempre de la terrible preocupación de su inferioridad técnica y material de fuerzas respecto á Nelson y sus recursos navales, se resistió á medirse con él como se lo pedían sus subordinados Franceses y Españoles, y en lugar de combatir, tomó el rumbo de Europa. Ya quiso Gravina detenerse en las Antillas á recuperar la Trinidad, que parece se encontraba todavía indefensa; pero el temor á la responsabilidad que se haría pesar sobre él si abandonaba á Villeneuve en la ejecución de plan tan vasto como el del Emperador, le hizo resignarse y seguir la estela de las escuadras francesas. La inglesa de Nelson se perdió en busca de ellas hasta que, de vuelta de las bocas del Orinoco á la Barbada, supo el regreso de Villeneuve á Europa, continuando en su seguimiento con tal diligencia, que llegó á las costas españolas mucho antes que las naves aliadas, sus enemigas. Éstas, por el contrario, andaban perezosas en una navegación que tal premura exigía para llenar los deseos del Emperador, que las esperaba en la Mancha con el ansia que es de suponer. Como que en su plan entraba el de que las escuadras francesas se presentaran al frente de Boulogne en Junio, y en ese mes andaban todavía por las Antillas procurando reforzar la guarnición de unas y el recobro de otras, vacilante su jefe entre combatir á Nelson,

Vuelta de las escuadras á Europa.

cuando tuvo certeza de su proximidad, ó huirle con el pretexto de cumplir la orden de regresar á las costas del Atlántico en Europa [1]. Así ocurrió que mientras la flota aliada perdía tiempo en hacer presas, que por ricas que fueran no compensaban el retraso que produjo su caza, Nelson la adelantaba, departía detenidamente en Gibraltar con el almirante Collingwood, conviniendo con él en dirigir avisos de todo á Calder, que bloqueaba el Ferrol, y á Coruwallis, situado frente á Brest, y por fin se dirigía á Irlanda, eso sí, sin haber visto ni una sola vez al enemigo en más de siete meses que llevaba de observarlo y perseguirlo [2].

Combate de Finisterre.

El 22 de Julio, por fin, avistaban los Franco-Españoles de Villeneuve las costas de la Península en el paralelo de Finisterre y no lejos del Ferrol, pero encontrando á la vez á la escuadra inglesa que, con el almirante Calder, su jefe, bloqueaba aquel puerto, reforzada con cinco navíos que se le habían enviado desde Portsmouth en previsión del peligro que pudiera correr.

No cabía rehuir el combate en tal encuentro y menos siendo la escuadra aliada superior en el número de navíos á la enemiga, y Villeneuve procedió inmediatamente á entablarlo con el ardor que le distinguía cuando sólo se trataba de pelear. Los navíos franceses eran doce y seis los españoles: total 18 con algunas fragatas; los ingleses eran diez y seis con más cinco embarcaciones de menor porte; la diferencia, mejor dicho, la ventaja por parte de la flota británica estaba

1 «El almirante Ganteaume (se suponía que hubiera podido dirigirse también á América) tiene la orden de llegar en Junio con mis escuadras reunidas y esos 4.000 hombres al frente de Boulogne.»

Despacho de Napoleón al general Lauriston en 2 de Marzo de 1805.

2 Á propósito de esta navegación, dice Thiers: «Se disponía (Nelson) á remontar á la Barbada y á dejar allí las tropas que había cogido tan sin motivo y á volver á Europa con 11 navíos. ¡Qué actividad! ¡Qué energía! ¡Qué empleo tan admirable del tiempo! Es aquélla otra prueba de que en el guerra, y en la marítima mejor que en la terrestre, la calidad de las fuerzas vale más que la cantidad. Nelson, con 11 navíos, navegaba confiadamente por un mar en que iba temblando Villeneuve con 20, tripulados, sin embargo, por marineros heroicos.»

en su calidad por más hábil y experimentada en la práctica del arte naval [1]. Al formar los aliados tratando de situarse á barlovento de los Ingleses, éstos, enamorados de la maniobra envolvente que tendían siempre á ejecutar desde que había dado tan grandes resultados á Rodney y Nelson, quisieron repetirla entonces; pero Gravina, no Villeneuve, que se alaba de ello en su parte á Napoleón, Gravina, repetimos, logró impedirla aun en el pequeño desorden que creó en toda la escuadra la disposición del almirante francés con intento igual ó parecido, aunque dejando en reserva la división de Rocheford que regía Magón [2]. Esa situación colocó á los navíos españoles en vanguardia con el *Argonauta* á la cabeza, en que Gravina ostentaba su insignia, la primera siempre en mostrarse al enemigo. Pero la niebla que cubría el mar hasta sus horizontes más remotos estorbaba la vista de unos á otros navíos de los combatientes, y sólo á favor de alguna que otra clara podían distinguirse lo suficiente para no desaprovechar sus fuegos, que desde las cuatro próximamente de la tarde comenzaron á cruzarse. Aun así, la posición de los barcos españoles, por lo avanzada, los expuso á ser los más combatidos; y, no ayudados por los franceses, especialmente por las fragatas, más maniobreras y en bastante número para atender á toda la línea, se vieron á las manos con los navíos ingleses, hacia los que fueron empujados á caer á sotavento y, de consiguiente, en la situación más desfavorable. El *San Rafael*, combatido por dos ingleses, de los que uno de tres puentes, por mucho y bizarra-

1 El orden de batalla en que formó la escuadra franco-española era el siguiente: *Argonauta*, que montaba Gravina; *Terrible*, *España*, *América*, *San Rafael* y *Firme*, españoles; *Plutón*, *Montblanc*, *Atlas*, *Algeciras*, *Berwick*, *Neptune*, *Bucentaure*, *Formidable*, *Intrépide*, *Scipión*, *Achille*, *Swiftsure*, *Indomptable* y *Aigle*, franceses. Villeneuve llevaba su insignia en el *Bucentaure*.

2 El Dr. D. Josef Ruiz y Román, cura del Sagrario en la Catedral de Cádiz, decía en la oración fúnebre de las exequias de Gravina el 29 de Mayo de 1806: «¿No es constante aquel valor intrépido con que burlando su sabia maniobra la hostilidad de Calder, acomete á su esquadra, no desiste en batirla, la persigue, y aun es vencedor? Aun cuando yo callara, ¿no lo hablarían por mí el proceso y sentencia que acaba de sufrir aquel vicealmirante?»

mente que se defendió y aun causando enormes pérdidas á sus enemigos, cayó en poder de ellos destrozado y cuando su capitán, D. Francisco de Montes, cubierto de heridas, hubo de postrarse en su camarote [1]. El *Firme* se fué también sobre la línea inglesa y, como el *San Rafael*, se vió inmediatamente rodeado de enemigos, que le obligaron á arriar la bandera; é igual suerte hubiera corrido el *América*, colocado en situación semejante, sin el arranque generoso del capitán francés M. de Cosmao que, con el navío *Plutón* de su mando, se lanzó á socorrerlo, sacándolo á salvo de entre las garras, puede decirse, de los muchos adversarios que lo tenían rodeado. Los demás navíos franceses pelearon flojamente, como que redujeron su acción á un cañoneo de barco á barco, estéril por completo para el resultado de la batalla, tal como debía esperarse de la superioridad de sus fuerzas. Y era que la división del almirante Magón continuaba inactiva á retaguardia sin que Villeneuve, dueño de emplearla para cualquiera maniobra que, hecha hábilmente, habría quizá decidido el éxito, echara mano de tan importante reserva, según se lo aconsejaba y pedía aquel valeroso jefe. Es verdad que la niebla impedía, en parte, las resoluciones que cupiera tomar de distinguirse bien los enemigos, y el que pudiesen transmitirse las órdenes por medio de las señales de otras ocasiones; pero otro hombre, con menos va-

1 Al describir este combate el vicealmirante Pavía en la biografía de Montes, dice: «Cuando el *San Rafael* hubo caído en la línea enemiga, lo rodearon un navío de tres puentes, dos de línea y una fragata, y no dejaron de molestarlo con repetidas descargas de metralla y fusilería, en cuyo caso, teniendo el *San Rafael* 20 pulgadas de agua en la bodega, la mitad de la tripulación y guarnición muertos ó heridos, entre ellos seis oficiales, partidas las bergas de trinquete y seca, rendidos los tres palos, que sucesivamente se fueron viniendo abajo, muchos cañones desmontados, con dos balazos en el timón, que dificultaban el gobernarle, y varios á lumbre de agua, determinó el jefe que ejercía el mando (el segundo del navío) arriar el pabellón honrosamente defendido.»

En qué estado quedaría el *San Rafael* que, marinado trabajosamente á Plimouth, fué necesario darle al través por ser imposible su carena y considerarlo inútil para género alguno de servicio.

lor acaso, pero con superior serenidad y sangre fría que Villeneuve, siempre sumido en las más crueles vacilaciones, habría sacado mejor partido del denuedo de sus marinos y de la resolución caballerosa de Gravina y sus Españoles. Aun así, en el combate entablado, como hemos dicho, de navío á navío, el inglés *Windsor* hubo de retirarse en un estado lamentable que le hubiera hecho rendirse sin el auxilio de algunas fragatas que, desempeñando hábilmente su peculiar servicio en tales trances, corrieron á salvarle, y otros varios sufrieron grandes averías, aunque sin correr peligro igual, gracias á la parsimonia del almirante francés, que parecía atender más á la conservación de sus naves que al destrozo de las contrarias. En vano, á la par que Magón solicitaba la orden de maniobrar sobre el flanco de los enemigos, pedían Lauriston, siempre al lado de Villeneuve, según se lo tenía ordenado Napoleón, y varios otros capitanes, que calculaban la posibilidad de salvar al *San Rafael* y al *Firme* cediendo al viento, esto es, dejándose llevar hasta ellos, pedían, repetimos, casi unánimes dirigirse unidos todos á socorrer á sus aliados; Villeneuve conservaba su puesto, inactivo y abismado en su constante y aterradora preocupación. En esto llegó la noche y aflojó el fuego de cañón, á punto de que al poco tiempo el móvil campo de batalla, sumido en la oscuridad, no dejaba siquiera adivinar cuál sería la escuadra vencedora, cuál la vencida. La inglesa se retiraba satisfecha con la presa de los dos navíos españoles, que se llevó á remolque como algunos de los suyos inutilizados en el combate, y la combinada, cuyos oficiales, al presenciar tal espectáculo al amanecer del día siguiente, bramaban de ira y pedían la renovación de la lucha y la persecución de los ingleses, se limitó á mantenerse breve rato en sus posiciones para luego meterse en los puertos de la vecina costa de Galicia.

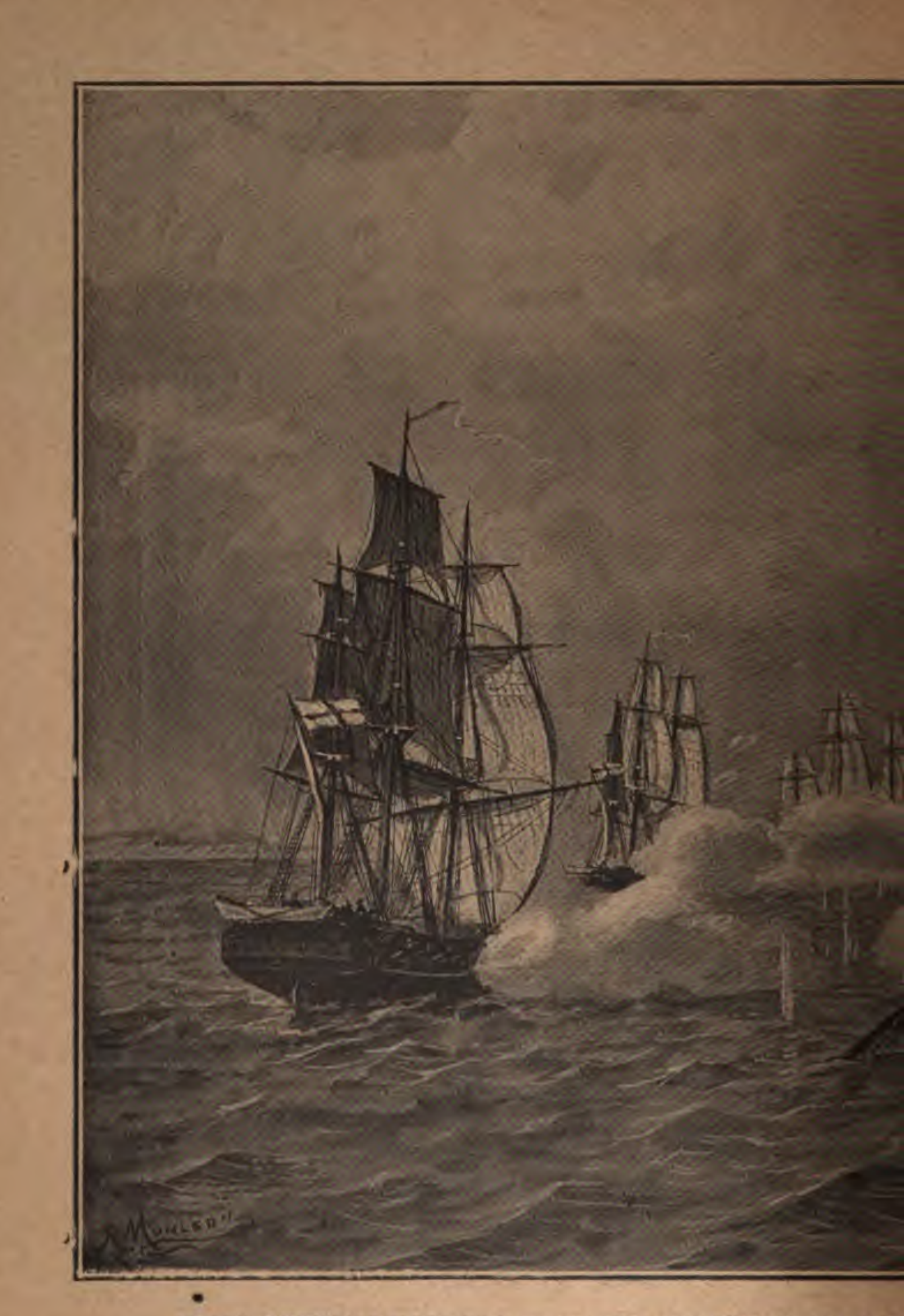
Napoleón, aún engañado por el parte de Villeneuve á punto de considerar como victoriosa á la *Juicio de aquella accion.*

escuadra franco-española, escribía al desgraciado almirante en su despacho del 13 de Agosto: «Señor vicealmirante Villeneuve: He visto con gusto que en el combate del 3 Thermidor, varios de sus navíos se han conducido con el valor que yo debía esperar de ellos. Os felicito por la hermosa maniobra (la de Gravina) que hicisteis al principio de la acción y que trastornó los proyectos del enemigo. Hubiera yo deseado el empleo, por vuestra parte, del mayor número de vuestras fragatas en socorro de los navíos españoles que, hallándose combatiendo los primeros, debían precisamente tener mayor necesidad de él. Habría de igual modo deseado que al día siguiente de la acción no hubierais dado al enemigo tiempo para poner en seguridad sus navíos *Windsor, Castle* y *Malta*, así como los dos españoles, que, hallándose destrozados, harían su marcha embarazosa y pesada. Eso hubiera dado á mis armas el brillo de una gran victoria. La lentitud de esa maniobra ha dejado á los Ingleses el tiempo necesario para enviarlos á sus puertos [1].»

Las frases, aunque dulcemente expresadas por no aturdir demasiado al infeliz Villeneuve, constituyen el juicio que mereció á Napoleón un combate cuyas consecuencias habrían de acabar con su grandioso plan de la invasión de Inglaterra. Es necesario, con todo, poner bien de manifiesto la conducta del almirante francés para que así se comprenda mejor la que poco después observó en Trafalgar.

Demasiado conocía Villeneuve el carácter resuelto de Gravina y el ardor y el espíritu de emulación de los marinos españoles que iban á sus órdenes. Aun en el estado de penuria en que se hallaba la nación, elocuentemente revelada en el de unos barcos que carecían hasta de lo indispensable para su completo armamento y la comodidad de sus tripulantes, el arrojo con que habían éstos asaltado el fuerte del Dia-

1 Con la misma fecha escribía el Emperador á Decrés, entre otras cosas: «¿Por qué se queja Villeneuve de los Españoles? Se han batido como leones.»
Y no les hace sino justicia. Para adularlos, podría escribirlo á Godoy, pero no á Decrés.



APRESAMIENTO DE CUATRO FRAGATAS ESPAÑOLAS EN PLE

Napoleón, algunas de las cuales hemos transcrito un poco antes, y el empeño con que sin cesar un momento le aguijoneaba Lauristón, puesto á su lado precisamente para no dejarle caer en sus preocupaciones y decaimiento de espíritu peculiares siempre que no se veía excitado en su valor personal por el zafarrancho de combate. Mas cuál era el rumbo que iba á tomar, nadie en la escuadra se atrevería á calcularlo, porque cada día, á cada hora, cambiaba de opinión; y estaba aparejando su escuadra y saliendo la española del Ferrol, y ni él, Villeneuve, ni menos Lauristón, el que pudiéramos llamar su adjunto, escribían á Francia cuál sería con seguridad. Mientras el almirante escribía al Emperador que iba á encaminarse á Brest y la Mancha, Lauristón enviaba á Decrés una carta por demás aflictiva sobre el estado de ánimo de su jefe y auguraba la resolución en él de dirigirse á Cádiz. Crítica era la situación de Francia en aquellos momomentos en que se andaba elaborando la nueva coalición contra ella. Se sentía próxima otra lucha, cuya mayor gravedad se trataba de eludir conteniendo en lo posible la acción, ya inminente, de Rusia y procurando atraerse la de Prusia ó, á lo menos, su neutralidad, con alicientes tan apetitosos como el de la anexión del Hannover; se hacía necesario, sobre todo, un golpe verdaderamente hercúleo, por parte de Napoleón, que impusiera á todos sus adversarios del Continente, y urgía, por tanto, descargarlo cuanto antes sobre Inglaterra, la instigadora incansable de cuantas tramas, rebeliones, insultos y atropellos tenían á la Europa en alarma, é instable todavía y vacilante al Imperio francés, recientemente fundado. Y en tal situación y en circunstancias tan críticas; cuando el nuevo César esperaba de un instante á otro poder repetir la hazaña del romano, que sólo dependía, en su concepto, de la presencia de las naves de Villeneuve en el Canal, para cuyo anuncio tenía apostados en todas las alturas de la costa emisarios, vigías y hasta oficiales de Marina armados de los

Desístese de la expedición á Inglaterra.

mejores aparatos ópticos, un despacho de aquel desdichado almirante al ministro Decrés manifestándole, eso sí entre mil dudas todavía, su resolución de marchar á Cádiz, fué á desbaratar tan brillantes proyectos y dirigir las ambiciones de Napoleón al triunfo sobre sus enemigos del Continente, puestos ya en armas y encaminándose resueltamente al Rhin.

Conducta leal de España.

Tan burlado como el emperador de los Franceses quedó el rey de España con la determinación del almirante Villeneuve. Porque en su deseo de ayudar á Napoleón, con lo que también servía á su propia causa, nuestro Gobierno había procurado poner en la mar cuantos medios y recursos estuvieran á su disposición. El Ferrol y Cádiz eran los dos arsenales más utilizables en una campaña de que habría de ser teatro exclusivo el Atlántico; y si de Cádiz sacó Gravina en un estado relativamente espléndido la escuadra que acompañó á la francesa á las Antillas, en el Ferrol, encerrada y todo por el bloqueo de la inglesa de Calder, creó una, puede decirse que nueva y con todos los elementos necesarios para obrar activamente, el general Grandallana, relevado del Ministerio de Marina, que desempeñaba desde el año de 1803, para misión que exigía tantos conocimientos y experiencia tan aprovechada. En poco tiempo armó, con efecto, diez navíos, que luego se unieron á los de Gravina para, con Villeneuve, trasladarse á Cádiz en la fatal jornada que tan triste desenlace había de ofrecer en las aguas de Trafalgar. También se habían activado los armamentos en Cartagena, y por aquellos días anclaban en su puerto cuatro navíos y buen número de embarcaciones menores que regía el jefe de escuadra D. José Justo Salcedo, con la misión de inquietar incesantemente á los Ingleses, interrumpiendo en lo posible sus operaciones por el Mediterráneo. Las del Océano tenían naturalmente su base en Cádiz desde el comienzo de su expedición á las Antillas hasta la vuelta de la escuadra franco-española á Europa, y, sobre

todo, desde que Villeneuve, contra todas las órdenes de Napoleón, la abrigó en aquella bahía [1].

El Gobierno español, repetimos, se había propuesto, y ya hemos recordado también los motivos que tenía para hacerlo el que llevaba sus riendas, secundar con ahinco, hasta con entusiasmo, los planes de Napoleón, y no omitió diligencia ni gasto alguno, dentro de sus propios recursos, en su tarea de cooperar á la gigantesca del *Primer Francés*, como le llamada Toussaint Louverture. Esa cooperación, claro es que debía redundar también en ventaja propia, esto es, en interés de España, tan comprometida en aquella difícil y arriesgada lucha con su más poderosa enemiga.

Intentonas contra Gibraltar.

Tan es así, que Godoy andaba desde el principio de la guerra con la Gran Bretaña persiguiendo la idea nada menos que de apoderarse de la plaza de Gibraltar por medio de un acto que él consideraba estratagema hábil y practicable, siendo solamente tan ineficaz como torpe. Á los treinta y cuatro días de la catástrofe de las fragatas en el cabo de Santa María, esto es, el 8 de Noviembre de 1804, dirigía Godoy al general Castaños, comandante entonces del Campo de San Roque, una comunicación reservada en que se le anunciaba esa idea ó proyecto,

1 Godoy se empeña en manifestar que el Emperador propuso á nuestra Corte dirigir á Cádiz la escuadra combinada, temiendo un ataque de los Ingleses á aquella plaza. Esto es completamente inexacto. No hay un solo despacho en la correspondencia de Napoleón que no revele el ansia que le devoraba porque sus escuadras dominaran el Paso de Calais, para él, así, desembarcar en Inglaterra. Creemos haberlo demostrado hasta de sobra; pero si aún hay alguno que pueda conceder asenso en esta parte á las Memorias del Príncipe de la Paz, lea el Despacho de 4 de Septiembre, día en que la escuadra estaba ya en Cádiz, donde, después de dirigir á Decrés los cargos más graves contra Villeneuve, á quien llama cobarde, ignorante y traidor, le acusa de que ***en lugar de ir á Brest, se ha encaminado á Cádiz, violant ainsi ses instructions positives***

Como ese podríamos aducir mil datos iguales; porque el único pensamiento de Napoleón por aquellos días era el de sofocar la conspiración que se urdía contra él en toda la Europa Septentrional, y creía conseguirlo de un solo golpe con el que intentaba dar á la Inglaterra en su mismo territorio, proyecto que ya hemos dicho era tan formal como grandioso.

del cual esperaba el Generalísimo *el justo desagravio* que exigía el honor de España por insulto tan irritante y bárbaro como el que Inglaterra acababa de inferirle. El plan está de manifiesto en un papel que llevaba aparte el emisario portador de la comunicación, que lo era el coronel D. Joaquín Navarro, y que transcribimos íntegro por lo curioso y, lo diremos, disparatado y hasta extravagante. «Apuntaciones.» Así se leía en lo alto del tal papel. «En Cádiz hay armados tres navíos de guerra; uno ídem armado en urca y dos fragatas y una urca. En Cartagena una urca.—Barbastro está en Archidona: su fuerza novecientos once hombres; es un buen cuerpo.—Barbastro irá al Campo con pretexto del Cordón.—Castaños debe estar prevenido para obrar con su tropa, luego que cuatrocientos desterrados de Ceuta, ó los posibles hasta cuatro mil que hay, sorprendan la ciudad de Gibraltar, cuya guarnición será de tres mil hombres; ofreciendo á los presidiarios lo que hay en la plaza que no sea militar, y además su libertad, irán á la empresa sin resistencia: este golpe, si no sale cual se desea, no nos compromete, pues no obra la milicia, y nos libramos de ese número de vagos.»

«Ese papel, decíamos en un escrito encaminado á hacer público semejante proyecto, no resiste á examen de ningún género, y sobrarían los comentarios si nos decidiéramos á comunicarlos á nuestros lectores.» [1]

Algo cambió pocos días después tan descabellado plan; y el 26 de aquel mismo mes se dirigió á Castaños otro despacho con la noticia, además, de que un paisano, D. Domingo Soriano, acompañado del sargento de minadores D. Juan Ruiz, se presentarían á él para comunicarle el nuevo con todos sus detalles. Se reunirían en Gibraltar más de 700 hombres resueltos que, apoderándose de los cuarteles, le-

1 *Nieblas de la Historia patria... Una intentona ignorada contra Gibraltar.* La primera edición se publicó en 1876. La segunda, perfectamente ilustrada, lo fué en Barcelona el año de 1888.

vantando después el puente levadizo y abriendo los rastrillos, facilitarían á las tropas la entrada en la plaza y la ocupación de todas sus defensas. «Y si V. E., añadía el despacho, hallase conveniente servirse de los desterrados de Ceuta para que tomen la vanguardia, podrá mandar que se reunan en número conveniente.»

Y añadíamos también nosotros en el mencionado escrito: «Tenemos, pues, ya por medio un proyectista, en quien habrá que ver muy luego un petardista del peor género.»

Castaños, tan astuto y cauto siempre, logró dar largas al asunto con el pretexto de los obstáculos que ofrecían la falta de fondos para la marcha de Barbastro, detenido por eso en Marbella, y la interpretación de las comunicaciones que se cruzaban á su vista entre Godoy y Navarro, su emisario. Pero fueron llegando nuevas tropas á reforzar el Campo, guarnecido entonces por un batallón de Gerona; dirigíanse también á Algeciras dos buques corsarios que conducirían brulotes, cuatro cañoneras y varios otros materiales de guerra que había pedido el Soriano, asegurando apoderarse del terrible Peñón, que precisamente recibía por aquellos días el refuerzo de dos regimientos de Infantería y 500 artilleros mandados por el general Fox, hermano del célebre orador conocido por el Demóstenes de Inglaterra. ¿Cómo había Castaños de confiar en el éxito de una empresa dirigida por hombre tan oscuro, á cuya cooperación se destinaban tales canallas como los presidiarios de Ceuta, siquier el Valido les honrase con el título de *desterrados*, y conociendo la vigilancia constante que ejercían los Ingleses para impedir una sorpresa? Pues qué, ¿no se había intentado ya, á raíz de la pérdida de aquella plaza, por el famoso cabrero Susarte, y con resultado tan infeliz como el obtenido después, en 1782, á pesar del formidable ejército que la sitiaba, la imponente escuadra y las inolvidables *Flotantes* con que se pretendió asaltarla y rendirla?

Godoy la daba por ganada pocos días después, y atendía

solícito á ocuparla con más de 2.000 infantes que la pusieran á cubierto de un nuevo ataque por parte de los Ingleses. Al mismo tiempo, y para desorientar al Gobierno de la Gran Bretaña, hacía Godoy dirigirle nota tras nota sobre el atropello de las fragatas en el cabo de Santa María, dándole, empero, toda clase de seguridades respecto á los deseos de paz que abrigaba España. Pero pasaba el tiempo sin que, por un lado, las conferencias de Soriano con sus amigos de Gibraltar dieran esperanzas de éxito inmediato, ni se lograra, por otro, reunir en Algeciras los recursos auxiliares de su magna empresa, que los temporales reinantes el primer mes de 1805 tenían detenidos en las sinuosidades de la bahía de Cádiz. La impaciencia de Godoy ó la picardía del proyectista decidieron la descabellada resolución de arrojar algunas bombas á Gibraltar, á lo que afortunadamente se opuso Castaños comprendiendo que acto tan inesperado haría se aumentase la vigilancia del presidio inglés que, además, se entregaría á á ejercer rigores y represalias que inutilizaran la acción de los conspiradores, si es que pensasen seriamente en alguna. Hay quien supone que la resolución nació de Godoy, que desearía dar muestras de su adhesión á los planes del Emperador, esperando de él nada menos que el Principado que ya barruntaba se acabaría por proponerle, como luego se hizo en el reparto ya previsto del Portugal. De todos modos, no tardó Castaños en desenmascarar al Soriano que, entretanto, se regalaba en grande con los fondos que iban sucesivamente proporcionándosele y en compañía de una mujer que, á pesar de su título de legítima esposa de aquel mal sujeto, resultó ser una desvergonzada concubina. En Marzo del año últimamente citado se le aprisionaba, con efecto, y de cuantas noticias pudieron recogerse de él y de sus propias declaraciones se vino en conocimiento de que las promesas, planes y confidencias en que fundaba sus seguridades para la sorpresa y conquista de Gibraltar eran una pura farsa, de que sólo un Godoy podía hacerse, al mismo tiempo que cómplice

inconsciente, víctima torpe con el país, cuyo Gobierno tan desgraciadamente ejercía.

¿Se creerá por eso que el Príncipe de la Paz desistiría de nuevos proyectos tan absurdos como aquél para apoderarse por iguales medios de Gibraltar?

Nada de eso: en 30 de Septiembre de aquel mismo año de 1805 dirigía Godoy otra carta al general Castaños en que estampaba estas frases, tan enfáticas y pretenciosas como las que siempre solía usar: «Martí entregará á usted esta carta, le dará noticias de lo ocurrido y causas de su viaje; precaución prudente, confianza cauta y presteza en el momento, es cuanto encarga á usted mi deseo del mejor éxito y estimación de su persona: nada añado, pues la instrucción á boca será más enérgica y el comisionado está bien en todo.»

Esa instrucción no era otra que la de una nueva intentona contra Gibraltar, para la que se contaba, como en la precedente, con confidencias en el interior de la plaza y con la cooperación nada menos que de un coronel H..., á quien afortunadamente nadie llegó á ver. Castaños, que ya recelaba de todo, hasta concluyó por suponer que se le espiaba suponiéndosele frío en secundar los sabios proyectos del Generalísimo su jefe; y, haciendo reconocer á Martí por su ayudante de campo, se lo llevó, además, á su propio alojamiento. Pero el coronel H... no parecía; el secretario de Fox, á quien también se consideraba agente de la nueva conspiración, no daba señales de serlo; y en las varias conferencias que Castaños celebró en la línea con los representantes de la autoridad inglesa para el canje de prisioneros, no llegó nunca á convencerse de que el nuevo proyecto pudiera ofrecer ni asomo siquiera de la menor probabilidad de certeza ni mucho menos de éxito. El combate de Trafalgar dió triste y lógico remate á tales y tan torpes intrigas [1].

1 Godoy no recuerda en sus Memorias para nada estas intentonas contra la plaza de Gibraltar, avergonzado sin duda de ellas y más aún de los procedimientos usados, á pesar de lo alto y patriótico de la empresa á que se refieren.

La guerra en el Continente.

Ya dijimos que el almirante Villeneuve, en lugar de dirigirse á Brest y la Mancha, según las instrucciones que á diario recibía de Napoleón, creyó deber acogerse con toda la escuadra aliada, puesta á sus órdenes, en la bahía de Cádiz. La noticia de tal resolución, también lo hemos indicado, llenó en el Emperador la medida de las extrañas contemplaciones que usó para con el jefe de sus flotas en los varios despachos de su correspondencia inspirándose en una benevolencia que sorprende. Estalló, por fin, su ira homérica; y el almirante Decrés, que había aconsejado la elección de Villeneuve para tan difícil mando y seguía protegiéndole, hubo de sufrir las primeras explosiones.

Pero calmado acceso tal de furor, Napoleón, viendo burlados todos sus planes de desembarco y conquista en su tenaz enemiga la Inglaterra, volvió los ojos al Continente, según dijimos antes, y ya para demostrarla que muy pronto volvería á verse sola en la contienda, tales serían los golpes que iba á asestar á sus aliadas, las grandes potencias del Norte, en que ponía sus esperanzas. Ayudóle en eso, tanto como la fortuna cerniéndose sobre las nuevas águilas imperiales, la precipitación del Austria, que, sin esperar la llegada á su campo del emperador Alejandro y sus 100.000 rusos, ni á que se decidiera la Prusia á hacer parte de la coalición, dirigió sus tropas á cruzar el Inn y la Baviera, para, ocupando luego la Suabia, acercarse al Rhin.

Napoleón aprovechó ese error; y, levantando el campo de Boulogne, puso el grande ejército al frente del enemigo con tal presteza y tan superior habilidad, que en nada ceden á las tan celebradas del Dictador romano, cuyos laureles parecían también quitarle el sueño. Ni bastó á impedir esa celeridad una dolencia repentina, eso sí pasajera, de que se vió Napoleón acometido en Strasburgo, porque á los pocos días se encontraba en Carlsruhe y Stuttgard, de donde ya escribía que Mack, según marchaba, sería cogido en Ulma *comme un vilain*. Efectivamente, el 20 de Octubre el general austriaco

salía de aquella plaza para entregar su espada á Napoleón, que presenció el desfile de 30.000 hombres, que con otros tantos, hechos también prisioneros en combates anteriores, componían la casi totalidad del ejército, tan imprudentemente adelantado por el curso del Danuvio superior. De modo que el ejército francés, que había roto la marcha desde Boulogne y su vasto campamento el 2 de Septiembre, se abría paso mes y medio después al corazón del Austria, y eso, con tal masa de tropas, en combinación tan extensa y complicada como la que operó, y con el enorme material de guerra de que se hacía siempre acompañar el emperador Napoleón.

Pero, como él decía en su proclama del día siguiente al de la rendición de Ulma, no era posible detenerse allí; había que emprender una segunda campaña, porque *al ejército ruso, que el oro de la Inglaterra transportaba desde las extremidades del mundo, era preciso hacerle experimentar suerte igual á la del austriaco.* Y después de tomar las precauciones más exquisitas para asegurarse su comunicación con Francia y prevenir los peligros que pudieran amenazarle desde Italia y el Tirol por su flanco derecho y de Moravia y Polonia por el izquierdo, partía el 26 de Octubre de Munich para, siguiendo el curso del Danuvio, ocupar sólidamente Viena y lanzarse luego sobre el grande ejército de los emperadores de Austria y Rusia, venciéndolo tan ejecutivamente, como es sabido, el 2 de Diciembre en la eternamente memorable jornada de Austerlitz.

No es extraño que al describir aquellas operaciones exclame un historiador tan entusiasta como Thiers: «¡La historia no ofrece en parte alguna espectáculo igual; en veinte días, del Océano al Rhin, y en cuarenta del Rhin á Viena!»

¿Qué sucedía mientras tanto en las costas de España?

La escuadra combinada en Cadiz.

Las escuadras franco-españolas acogidas á Cádiz, según ya hemos dicho, por la torpeza y preocupaciones del almirante Villeneuve, ni siquiera habían tenido el pequeño

desquite de batir á los cruceros ingleses que bloqueaban aquel nuestro magnífico puerto. Sin comprender el papel que se le había designado en el grandioso drama de la destrucción de Inglaterra para el avasallamiento después de toda Europa, ignoraba también que, aun teniendo por probable, ya que no por seguro, su sacrificio con una gran parte de los barcos de su mando, llenaba cumplidamente la misión que se le encomendara, la cual se dirigía á un solo pero ineludible objeto, el de abrir al Emperador por pocos días el camino del Reino Unido á través del Canal de la Mancha [1]. Napoleón comprendió que ya no debía esperar cosa de provecho para sus planes de quien ó no los comprendía ó no era capaz de la abnegación que se necesitaba para ejecutarlos, y mandó se le relevase del mando de las escuadras aliadas con el almirante Rosily, á quien el 17 de Septiembre daba las más precisas instrucciones para penetrar en el Mediterráneo, dirigirse á Nápoles, desembarcar en la costa próxima las tropas que iban en la escuadra para que se uniesen al general Saint-Cyr, y después de apresar cuantos convoyes y barcos ingleses navegasen hacia Malta, recalar, por fin, en Tolón; contando siempre el Emperador *con vuestra actividad*, le decía, *vuestros talentos, vuestro valor y adhesión á nuestra persona en la importante misión que os confiamos*.

1 En las Memorias de Godoy se dice que durante la estancia de las escuadras en Cádiz se presentó en la corte el general Gravina que, al dar cuenta del estado de las cosas en aquel puerto, dió las más detalladas noticias sobre las condiciones personales del almirante francés. «Pintábale valiente y esforzado, pero irresoluto y tardo para el mando; pesando el pro y el contra como quien pesa el oro; queriendo precaver todos los riesgos, hasta los más remotos, y no sabiendo dejar nada á la fortuna. En cuanto á su pericia, decía que Villeneuve aventajaba á muchos de su tiempo, pero apegado enteramente á las teorías y á los recursos de la vieja escuela de marina, muy difícil de acomodarse á las innovaciones de la marina inglesa, porfiado en sus ideas é inaccesible casi siempre á los consejos que diferían de sus principios y sus reglas.»

En lo que se equivocaba Gravina, ó por mejor decir le habían hecho equivocarse, es en lo de que el Emperador había hecho el *principal* encargo de atender á la conservación de las escuadras, porque lo desmienten terminantemente varios despachos de su Correspondencia. Á lo que Napoleón aspiraba era á tener, costase lo que costase, franco el paso á las costas de Inglaterra.

Pero Decrés, amigo íntimo, ya se ha dicho, de Villeneuve, por evitarle el grave disgusto que suponía le iba á producir con la noticia de su relevo, se limitó á anunciarle tan sólo la marcha de Rosily, pero sin darle á conocer la causa, esperando que bastaba esa noticia para que se hiciera inmediamente á la mar [1]. No se escapó á la penetración del desgraciado almirante lo que era natural leyese entre renglones, como suele decirse, de la carta de Decrés, á quien contestó inmediatamente lamentándose del desconocimiento en que estaban los marinos de París de los medios de que él podía disponer, terminando su carta con estas fatídicas palabras: «Por lo demás, si la marina francesa no ha faltado más que de audacia, como se pretende creer, pronto se verá satisfecho el Emperador, que puede contar con los más ruidosos acontecimientos.»

Fuerzas de los beligerantes.

Y se preparó á salir de Cádiz antes de que, llegando Rosily, se encontrase él deshonrado con relevársele del mando en circunstancias tan críticas y de tan grave responsabilidad.

No se habían descuidado los Españoles en mejorar las condiciones de los barcos de la escuadra y en reforzarla con cuantos no se hallaban todavía incorporados á ella, separando á la vez alguno que, por efecto de los combates anteriores, no ofreciera seguridades de resistir la campaña que como tan próxima y ruda se consideraba ya. Así es que eran 15 los navíos, de los que uno, el *Santísima Trinidad*, el mayor de los construídos por entonces en Europa, montaba 136 piezas de artillería; dos, el *Santa Ana* y el *Príncipe de Asturias*, en que iba Gravina, tenían 112; el *Rayo*, 100, y

1 Dice Thiers á propósito de esto: «... entre un amigo desgraciado, cuyas faltas no desconocía, y el Emperador, cuyas voluntades consideraba imprudentes, Decrés cometió con demasiada frecuencia un error: el dejar las cosas á sí mismas en vez de cargar con la responsabilidad de dirigirlas.» Aquí es donde Thiers revela la jactanciosa pretensión de que en lo de Trafalgar nadie sabe lo que él. «No hay, dice por nota, más verdad que la que yo expongo aquí.» Y añade: «En aquel triste suceso no existe nada más allá de lo que se va á leer.» Ya lo veremos.

los demás de 64 á 84. Acompañaban á esta escuadra cinco fragatas y dos bergantines para hacer el servicio á que todo el mundo sabe se destina este género de embarcaciones, el de avisos y remolques, á veces, en el combate [1].

No necesitamos recordar el estado en que debía hallarse aquella escuadra; bastante nos hemos detenido en describirlo en la relación del combate del cabo de San Vicente; y aun cuando aquel escarmiento provocó en nuestro Gobierno el empeño de mejorar, así el material como el personal de los buques dotándolos con alguna mayor largueza que hasta entonces, dejaban, sin embargo, mucho que desear para un trance como el en que iban á encontrarse muy pronto. Pero de eso á lo que Thiers dice al comparar nuestros buques con los turcos, *soberbios en apariencia*, *pero inútiles en el peligro*, en cuanto á la *desnudez* de los arsenales, la *flaqueza desesperante* de las tripulaciones, sin instrucción alguna, sin la costumbre del mar, incapaces de medirse con las inglesas, y, por fin, respecto á la oficialidad, que añade no valer generalmente más que la marinería; de eso, repetimos, á lo que expone nuestro eterno detractor, hay una distancia que bien pudieron medir sus compatriotas días antes en el combate de Finisterre, donde el valor, la abnegación y la habilidad, si brillaron en algún lado, fué en el de los Españoles, y po-

1 Poseemos un número bastante considerable de documentos originales que se refieren á la batalla naval de Trafalgar, que mucho nos equivacaremos si no pertenecieron al entonces capitán de navío Don Juan Darrac, porque, entre ellos, hay la copia de una Real orden expedida por el Generalísimo dando las gracias á Gravina y demás jefes de los buques españoles que se hallaron en el combate de Finisterre, trasladada á Darrac como capitán del *América*.

Ofrecen estos papeles tanto mayor interés cuanto que están escritos uno ó dos días después del funesto de Trafalgar, según puede calcularse por el en que se halla estampada la relación de los navíos, así españoles como franceses que allí combatieron, con las averías que experimentaron y accidentes de su regreso á la costa, en aquellos que no se fueron á pique ó quedaron en poder de los Ingleses. Al manifestar en el encabezamiento el tiempo que hacía, dice: «cuio dia estaba claro y el 22 amaneció con temporal que aún sigue.»

Puede verse en el Apéndice n.° 11, cuya lectura recomendamos especialmente á nuestros lectores.

nemos y hemos puesto por juez á Napoleón, no en el de los Franceses, cuyo almirante se mostró sin resolución en el mando y torpe, y cuyos comandantes, exceptuando el valeroso Cosmao, vieron con la mayor indiferencia el peligro que corrían nuestros navíos y la presa de dos de ellos. No vamos tampoco á entrar en el escabroso terreno de las vindicaciones y represalias, por justificadas que las haríamos aparecer. Tan espigado está ese campo, que sería imposible hallar dato, argumento, ni corolario que no hayan sacado á luz nuestros historiadores en obsequio á la verdad. Pero si hiciese falta un solo ejemplo para responder cumplidamente al célebre *novelista* del Consulado y el Imperio, ahí está el elocuentísimo del mismo combate del 21 de Octubre de 1805, en que nadie verá, si no está obcecado por la pasión, más que un denuedo que rayó en heroísmo, una abnegación sublime hasta el sacrificio y cuanta pericia cabía ante la incontrastable de los Ingleses, pero todo eso en grado muy superior por parte de nuestros compatriotas que por la de sus aliados.

Éstos llevaban 21 navíos, cuyo estado nos describe el mismo Thiers de un modo que hace ver la injusticia de sus juicios sobre los españoles. Vamos á dar cuenta de algunos de sus conceptos: «Villeneuve, dice, hizo los preparativos de una nueva salida, desembarcó las tropas para que descansaran y los enfermos para curarlos. Se ayudó con los medios más empobrecidos de España (pues, ¿y aquella desnudez de nuestros arsenales?) para reparar sus barcos, cansados de tan larga navegación (la misma de los nuestros), para procurarse por lo menos tres meses de víveres (pero ¿es que había para eso en Cádiz?) y organizar, en fin, las diversas partes de su flota. El almirante Gravina, *por consejo suyo*, se deshizo de sus malos barcos, cambiándolos con los mejores del arsenal de Cádiz. Todo el mes de Septiembre se consagró á estos cuidados. La flota *ganó allí mucho en cuanto á su material;* el personal quedó como estaba antes. Las tripulaciones francesas habían adquirido alguna experiencia durante

una navegación de cerca de ocho meses (las nuestras no): estaban llenas de ardor y abnegación. Algunos de los capitanes eran excelentes [1]. Pero entre los oficiales se hallaban muchos (un trop grand nombre) sacados recientemente de los mercantes, que no tenían ni los conocimientos ni el espíritu de la marina militar. Sobre todo, la instrucción respecto de la artillería estaba demasiado (beaucoup trop) descuidada. Nuestros marinos no eran tan buenos artilleros como han llegado á serlo en estos últimos tiempos, gracias al cuidado especial que se ha puesto en esa parte de su educación militar. Lo que faltaba también á nuestra marina era un sistema de táctica naval apropiado á la nueva manera de combatir de los Ingleses.»

Esto es, que le faltaban las mismas cosas, si no más, que á la escuadra española.

De los 21 navíos franceses, cuatro eran de 80 cañones y los demás de 74, y entre éstos el *Bucentaure*, que montaba Villeneuve.

La escuadra inglesa, la que se reunió en Trafalgar en las horas del combate, puesto que algunas después, pero en el mismo día, le llegaron cinco navíos más, constaba de 29, de los que dos, el *Britania* y el *Victory*, en que ondeaba la insignia del almirante Nelson, tenían 100 cañones cada uno, seis tenían 98 y de 64 y 74 á 80 los demás [2].

Ya hemos explicado anteriormente las razones de la gran superioridad de la marina británica sobre las demás de Europa, razones expuestas con elocuencia y datos irrecusables en el manuscrito, varias veces citado en este libro, del ge-

1 En ese concepto nos hace el honor de citar á Gravina, Alava, Valdés, Churruca y Galiano como dignos de los mejores tiempos de la marina española.

¿Por qué, al ponderar el mérito de los capitanes franceses, no cita los nombres de los que crea pudieran rivalizar en grandes condiciones de instrucción y pericia con esos españoles?

2 En el mismo apéndice núm. 11 puede verse la relación de los navíos que componían la escuadra inglesa con la nota también de las averías que sufrieron y su destino ulterior.

neral Grandallana. Si en la construcción y aparejo de sus barcos habían los Ingleses de aprovechar cuantos adelantamientos se realizaban cada día, en su buen mantenimiento no cedían tampoco á nadie, observando la más rigurosa disciplina é imponiendo una instrucción á sus tripulaciones tan sólida como constante. En el manejo de la artillería se mostraban incansables y, por tanto, maestros; sabiéndose por entonces en Cádiz que el almirante Collingwood había estado ejercitando á sus artilleros sin descansar un solo día en las aguas de Gibraltar. Pero en lo que no tenían rivales era en su táctica naval, en sus métodos de combate, puestos en práctica desde que Rodney los había acreditado tanto, sobre todo en la guerra de América á fines del siglo último. Nelson, al imitar las maniobras de su ilustre compatriota, había completado esos métodos y se había hecho temer á tal punto de sus enemigos, que ya hemos visto, y los Franceses son los primeros en confesarlo, que para Villeneuve era el almirante inglés su eterna pesadilla, la sombra que, como la de su propio cuerpo, le seguía constantemente, siempre amenazadora y en todos conceptos terrible hasta hacerle perder serenidad, valor y cuantos sentimientos de espíritu y honor militar albergaba antes en su corazón y su alma.

Algo tenía aquella táctica naval en sus principios fundamentales de la practicada por Epaminondas en sus batallas campales de Leuctres y Mantinea, sistema militar conocido ahora con el nombre de orden oblicuo y al que Federico y Napoleón debían sus más esplendorosas victorias. El fin era cortar la línea de batalla enemiga para flanquearla después ó envolverla por el lado que más conviniese desde la brecha en ella abierta, por la que, introduciéndose fuerzas considerables, pusieran á las contrarias entre dos fuegos y combatirlas hasta obligarlas á rendirse ó perecer. Eso hace exclamar á Thiers:

«Los Ingleses habían, pues, operado en el mar una revolución muy semejante á la que Napoleón acababa de

operar en tierra» [1]. Y si no es completamente exacto el juicio del historiador francés, porque la revolución que atribuye á su ídolo era mucho más antigua y no la practicó siempre para mal suyo, explica, de todos modos, cómo ha llegado á comprender cuáles eran las reglas tácticas que procuraron á los Ingleses la superioridad que no puede negarles sobre la marina francesa. Varias otras instrucciones completaban la esencial de su táctica en la inglesa, terminantemente preceptuadas en las escritas que deberían observar sus generales y comandantes de barco en los combates, tan sabias y comprensibles, que se hace muy extraño que no llegaran á copiarlas y hacerlas practicar á los suyos los Franceses y Españoles [2].

Salen de Cádiz las franco-españolas.

Habíase diferido por algunos días la salida de las escuadras aliadas al mar, deseoso Gravina de tener noticias más dignas de fe que las hasta entonces recibidas respecto á las fuerzas y á la situación de los Ingleses junto al Estrecho de Gibraltar. También habían contribuído á retenerlas en Cádiz los vientos, nada favorables á una operación que, como la salida de los puertos estando cerca el enemigo, exige celeridad, conjunto y protección recíproca entre todos los elementos de una flota. [3] Pero

1 Y añade seguidamente: «Nelson, que había contribuído á esa revolución, no era un espíritu superior y universal como Napoleón: le faltaba mucho para eso; era hasta muy limitado en las cosas extrañas á su arte. Pero tenía el genio de su profesión; era inteligente, resuelto y poseía en grado muy alto las cualidades propias para la guerra ofensiva: la actividad, audac a y golpe de vista.»

No se puede privar á nadie del derecho vulgarmente llamado del pataleo.

2 Antes de la batalla de Trafalgar había Grandallana hecho conocer y comentado esas instrucciones. Su voz se había perdido en el desierto.

3 Thiers habla de un consejo de guerra celebrado por Villeneuve días antes, y en que, resueltos los oficiales más valientes de ambas escuadras á secundar los planes de Napoleón, comprendían, sin embargo, que de presentarse inmediatamente al enemigo en el mal estado de sus barcos, se cometería una imprudencia de las más peligrosas y que serían batidos por la escuadra inglesa, de fuerza igual ó superior, cuando no habrían tenido tampoco tiempo para hacerse á las maniobras durante algunas horas.

El general Escaño describe ese consejo en su carta, poco después, á Mac-

el 20 de Octubre, ya que el 19 no pudieron hacerlo muchos, salieron todos los buques de la escuadra combinada y, vencidas las contrariedades que les opuso el viento, no poco vacilante en sus rumbos, lograron organizar su marcha con arreglo al plan del almirante francés y á las instrucciones que les tenía dadas y les prescribió luego. Villeneuve había subdividido la escuadra en dos: una que llamaba de batalla y otra de reserva; distribuyendo la primera, cuyo mando tomó en persona, en tres divisiones de á siete navíos cada una. Dumanoir, desde el *Formidable*, mandaría la división de retaguardia, y Alava, desde el *Santa Ana*, la vanguardia. La de reserva, compuesta de doce navíos y dividida en dos de á seis, iría regida por Gravina, llevando á sus órdenes á Magón embarcado en el *Algésiras*. En sus instrucciones había recomendado que, en todo caso, fiaba las maniobras al deber de honor, impuesto á sus capitanes, de acudir al fuego. Luego veremos quiénes fueron los ganosos de acudir á tan honroso llamamiento y cómo la ejecutaron.

No se hicieron esperar mucho las noticias, en cuya busca se habían adelantado algunos buques, sobre el paradero de

Donell, comandante del *Rayo*. Después de exponer las razones con que fijó la cuestión de salir ó no las escuadras de Cádiz ó de defenderse de la inglesa en la bahía, dice: «... hizo ver las ventajas que podrían resultar de una fuerza sutil bien organizada, como había sucedido otras veces; concluyendo con la consideración de que las órdenes superiores no podían obligar sino á lo posible, pues nunca servirían de excusa en el caso de un descalabro, que vería seguro si se mandaban levar las anclas. El contraalmirante Magón tomó la palabra para refutar al mayor (Escaño), y en su acalorada respuesta se expresó poco covenientemente; el delicado y pundonoroso Galiano quiso hacerle retractar algunas expresiones; se acaloraron los ánimos, y levantándose el general Gravina, pidió se votase, sin más discusión, si debía ó no salir del puerto la escuadra combinada, careciendo de una fuerza superior que contrarrestase la desventaja en que se hallaba; la votación dió por resultado que se debía permanecer fondeados, y en su consecuencia se mandaron apostar las divisiones de buques menores en los puestos que antes ocupaban, con las tripulaciones y guarniciones de la escuadra y se situaron los navíos en la forma conveniente.»

El parte, las correspondencias posteriores y el diario de Escaño encierran los datos más fidedignos é importantes de la triste jornada de Trafalgar, y se hallan en el «Elogio» de aquel general, por D. Francisco de Paula Quadrado.

la escuadra enemiga. El francés *Achille* las dió de haber descubierto 18 navíos ingleses; y como coincidían con las de nuestros espías de Gibraltar, que consignaban la marcha de cinco ó seis de los de la flota de Nelson en dirección de Malta, el almirante Villeneuve creyó haber alcanzado la suerte de encontrar á su tan temido adversario con fuerzas inferiores á las suyas y, de consiguiente, la de vencerle. «Un rayo de esperanza, dice Thiers, se abrió paso al alma de Villeneuve; pero debía ser el último.»

Esto sucedía en la tarde del 20; y durante la noche se dieron las órdenes para formar la línea de batalla. Tres divisiones de á siete navíos cada una debían componerla, llevando en reserva otras dos de á seis. Iba á vanguardia el general Álava; en el centro, Villeneuve; á retaguardia, Dumanoir, y Gravina mandaba el cuerpo de reserva con la primera división y con Magón á la cabeza de la segunda. Al avistar al enemigo, la línea que marchaba alineada con el navío que iba más á sotavento viró por redondo en demanda del Estrecho, con lo que al anochecer se pudo formar idea del número y posición de los Ingleses que se iba á combatir. Pero en vez de los 18 que se habían anunciado y que los barcos avisos calculaban por sus observaciones de aquella tarde, se notó á la mañana siguiente, la del fatal día 21 de Octubre, que eran 29, según ya hemos dicho, acompañados de cuatro fragatas y otros seis bajeles menores, de los que tan delicados é importantes servicios suelen prestar á las escuadras en los grandes combates [1].

Batalla naval de Trafalgar.

El viento era del O.; las olas se elevaban mucho pero sin romper; el sol apareció brillante y á la vista del cabo de Trafalgar la flota enemiga á barlovento, en las condiciones más favorables para desarrollar su pe-

1 Thiers señala 27 navíos á los Ingleses, los mismos que Godoy en sus Memorias; en el parte oficial dado por Escaño el 22 se dice que eran 28, de los que ocho de tres puentes; pero el lector podrá observar que eran 29 en la relación anterior, conforme á la lista que hemos hecho estampar en el Apéndice núm. 11. También Ferrer de Couto dice que eran 27.



EL NAVÍO «SANTA ANA»

EN QUE EL GENERAL DON IGNACIO MARÍA DE ÁLAVA ARBOLÓ SU INSIGNIA DE 2.º JEFE DE LA ESCUADRA ESPAÑOLA EN EL COMBATE DE TRAFALGAR

culiar sistema táctico. Venía formada en dos grandes columnas, que Nelson mandaba en jefe: una bajo su inmediata dirección, y la otra bajo la del vicealmirante Collingwood; pero sin esa rígida y pudiéramos decir ceremoniosa ordenanza que en ninguna parte menos que en el mar puede ni debe observarse si la acción ha de ser lo rápida y enérgica que conviene. La velocidad es el primer factor para los ataques navales y, una vez obtenida por el favor del viento ó por lo hábil de las maniobras, el arrojo, rayano á la temeridad, hace formidable el choque rompiendo la línea enemiga, aislando los elementos que la forman y envolviéndolos en el fuego y los estragos del combate. En ese espíritu se inspiraban las instrucciones de Nelson, y acabó por comunicarlo á sus subordinados con aquella arenga tan lacónica y elegante como expresiva que hizo correr por la escuadra: «La Inglaterra espera que cada uno hará su deber»; invocación digna de los héroes de Salamina.

Torpezas de Villeneuve.

Aquellas columnas llegaron muy pronto sobre la línea franco-española, dirigiéndose principalmente contra el centro y retaguardia, movimiento que hizo á Villeneuve temer se tratara de cortarle la comunicación con Cádiz, cuya bahía era la única esperanza suya en la preocupación constante, abrumadora, que le asaltaba, lo mismo á la vista que lejos de su, más que terrible, fascinador adversario en aquella campaña. Y, para evitarlo, dispuso que la escuadra virase por redondo á un tiempo, de lo que resultó un cambio radical en su formación, quedando á vanguardia la división Dumanoir, y el cuerpo de reserva, del mando de Gravina, á retaguardia, y que arribase para su alineación la flota con la señal, que se hizo en seguida, para que ciñese el viento el navío de la cabeza [1]. El trastorno fué completo:

[1] El parte de Escaño, ya citado, ha servido de guía á cuantos historiadores españoles han descrito la batalla de Trafalgar, á punto de copiarlo algunos al pie de la letra en sus más importantes párrafos. Los hay que los transcriben íntegros sin citar siquiera á su verdadero autor.

tenía que pasar mucho tiempo para organizarse en su mismo desorden, por más diligencia y habilidad que empleó nuestro almirante; y sus consecuencias se hicieron muy pronto sentir [1]. Lo que ya debía hacerse, y así lo aconsejó también Gravina, era estrechar las distancias en la línea, llevando á ella cuanto antes los navíos extraviados por la torpe disposición de Villeneuve, y que quedaban á sotavento, para impedir el paso de los Ingleses por los claros que habían dejado [2].

Á las doce, minutos menos, se vió, con efecto, á los enemigos emprender su maniobra ya de costumbre, favorecida ahora por la torpe que aún no habían concluído los aliados. Adelantándose el *Royal-Sovereing*, que llevaba la enseña de Collingwood, á los demás navíos de su escuadra, se entró por entre el *Santa Ana*, español, que lo recibió con un fuego sumamente nutrido de su artillería, y el francés *Le Fougueux*, que, aun tratando de cerrar el paso al británico, llegó tarde para conseguirlo. Entonces el *Santa Ana* y el *Sovereing* se acometieron con tal furia, que al poco tiempo los dos quedaban desarbolados y sin gobierno útil para seguir maniobrando: si el inglés con destrozos y bajas enormes, el

1 Se está viendo en Thiers, por más que quiera ocultarlo, el concepto que, como Napoleón, tenía de Gravina. «Se estaba en el caso, dice, de echar de menos como nunca la posición independiente y al viento que tenía poco antes la escuadra de reserva, posición que en aquel instante la hubiera permitido maniobrar contra uno de los grupos de la flota inglesa.»

2 Para que se conozcan los puntos por donde los navíos ingleses rompieron la línea de los aliados, ponemos aquí la situación de éstos en ella, en el orden de vanguardia á retaguardia en que entonces quedaron: Neptuno, *Scipión*, Rayo, *Formidable*, *Duguay-Trouin*, San Francisco de Asis, *Montblanc*, San Agustín, *Héros*, Santísima Trinidad, *Bucentaure*, *Neptune*, San Leandro, *Redoutable*, *Intrepide*, San Justo, *Indomptable*, Santa Ana, *Fougueux*, Monarca, *Pluton*, Bahama, *Aigle*, Montañés, *Algésiras*, Argonauta, *Swift-Sure*, *Argonaute*, San Ildefonso, *Achille*, Príncipe de Asturias, *Berwick*, San Juan. La fragata *Cornélie* estaba detrás del *Formidable*; la *Hortense*, del *Bucentaure*; la *Rhin*, del Santa Ana; la *Hermione*, del *Swift-Sure*, y la *Thémis*, del Príncipe. El bergantín *Turet* se situó detrás del Santísima Trinidad, y el *Argus* del *Achille*.

Los buques franceses se señalan con bastardilla.

español con el general Alava gravemente herido y muchos otros oficiales, entre ellos el capitán de bandera D. José Gardoqui, fuera de combate. Poco después hicieron otro tanto varios de los demás navíos que seguían las aguas del *Souvereing* sobre el centro de nuestra línea, y no mucho más tarde se hallaba ésta cortada entre el *Achille* y el *San Ildefonso* por Nelson, que había encontrado obstruídos otros portillos á que se dirigió de primera intención. Por fin era doblada la retaguardia, en la que se hizo aún más general el combate por el mayor número de buques comprometidos en él desde los primeros momentos.

¿Á qué entrar en la descripción de una lucha desde entonces parcial de buque á buque, descripción cuyos variadísimos episodios, envueltos y confundidos en el tecnicismo del material y de las maniobras, no harían sino distraer á nuestros lectores del singular atractivo de su, aunque fatal, glorioso desenlace? El combate.

La escuadra combinada se halló en el caso de que cada navío de los suyos fuese combatido por tres ó cuatro y aun más de los enemigos; con tal habilidad se conducían éstos y con tal torpeza los aliados que, por otra parte, carecieron del auxilio que debía prestarles su vanguardia manteniéndose alejada del combate, á pesar de las repetidas, imperiosas y urgentes señales que se le hacían para que cumpliese con su deber. El *Bucentaure*, con Villeneuve á su bordo, y el *Trinidad*, que habían impedido á Nelson el paso de la línea, causando en el *Victory* no poco estrago, vieron cómo, sin embargo, el navío inglés y el *Temeraire* á su lado. la rompían, seguidos de otros varios de su nación, y trababan á sus espaldas un combate muy difícil de resistir por lo desigual del número y de la calidad de sus fuerzas. Por valerosa que fuese la conducta del *Redoutable*, que cubrió el claro dejado por el *Neptune*, era imposible que su acción se hiciese bastante eficaz para evitar el triunfo de los que le acometían, del *Victory*, principalmente, y del *Temeraire*, que lo verifi-

Muerte de Nelson.

caban con la furia característica de los Ingleses en el mar. Al *Redontable*, sin embargo, le cupo en suerte el producir á los enemigos la desgracia mayor que podían experimentar, la que nunca han lamentado bastante, la herida que pocas horas después sumergía en el oscuro piélago de la muerte á su gran almirante, el incomparable Nelson, el que si en Aboukir había hecho fracasar todos los planes de Napoleón sobre el Egipto, en Trafalgar le arrebataba cuantas esperanzas pudiera abrigar de su proyectada invasión en el seno de su mortal enemiga la Inglaterra. Parece que el comandante del *Redoutable* concibió el pensamiento de abordar al *Victory;* pero cuando dictaba sus disposiciones para hacer practicable el paso de su buque al mucho más elevado del enemigo, que era de tres puentes, y cuando una bala, salida de las cofas del francés, hería mortalmente á Nelson, con lo que es de considerar se iba á hacer más fácil el asalto, una espantosa descarga de la artillería del *Temeraire* derribó de las gavias á los 200 marineros franceses que, con su comandante, el primero, estaban para darlo [1].

Perdida esa esperanza, no quedaba ya al *Bucentaure* y al *Trinidad*, que seguían luchando allí cerca con los varios navíos ingleses que hemos dicho los rodeaban, más que la de que pudiera llegar en su socorro la vanguardia, á la que el almirante francés no cesaba de hacer señales por cuantos medios le iban quedando, pues que caían uno tras otro los palos de su buque sobre la cubierta, impidiendo las maniobras

1 Nelson, herido en el hombro izquierdo, cayó de rodillas en el puente, y, procurando sostenerse en una de sus manos, dijo al capitán del *Victory:* «Hardy, los Franceses han acabado conmigo.»—«Todavía no», le contestó Hardy.—«Sí; soy muerto», añadió Nelson. Se le llevó á la enfermería del navío, pero perdido ya el conocimiento. Lo recobró, sin embargo, por algunos momentos y en uno de ellos: «Anclad, decía, anclad la escuadra al terminar la jornada.»

Por poco propia que haya podido parecer la comparación del sistema naval de Nelson con el campal de Epaminondas, todavía nos atrevemos á exponer aquí la de la muerte del héroe británico con la del tebano. Epaminondas dejaba dos hijas, Leuctres y Mantinea; Nelson de ó otras dos, Aboukir y Trafalgar, no menos dignas de glorioso recuerdo en los fastos de la Historia.

y hasta los servicios necesarios para la defensa. Desatendidas las señales por Dumanoir, desobedecido, por consiguiente, Villeneuve y privado del recurso de un bote para trasladarse á otro barco donde proseguir la lucha, tuvo que resignarse á permanecer en el *Bucentaure*, defendiéndolo con la energía de quien ve perderse en sus manos depósito como el que le había confiado el Emperador, la vida y, más aún, su honor y reputación. «Eran las cuatro y cuarto, dice Thiers, no llegaba socorro alguno, y el almirante se vió obligado á arriar su bandera. Un bote inglés fué á buscarle para conducirle á bordo del navío *Mars*, donde se le acogió con los miramientos debidos á su rango; débil compensación de tan grande infortunio» [1].

1 Y añade seguidamente: «Había encontrado aquel siniestro desastre que tanto había temido hallar, ora en las Antillas, ora en la Mancha. Lo encontraba donde creía evitarlo, en Cádiz, y sucumbía sin el consuelo siquiera de perecer en el cumplimiento de una gran idea.»

¡Buen epitafio!

«¿Adónde vais?», dicen que repitió la bocina de Dumanoir dirigiéndose al *Neptuno*. «Al fuego», contestó Valdés. El *Intrepide* siguió el ejemplo del *Neptuno*, mientras el *Formidable*, el *Montblanc*, el *Duguay-Trouin* y el *Scipion* hacían rumbo al mar opuesto al del combate.

Un tripulante del *Príncipe*, que escribía dos días después en Cádiz, dice á propósito de Valdés: «El *Neptuno* fué á socorrer el *Trinidad* al último. Se batió con un extremo valor: los franceses que lo han visto pelear no cesan de elogiarlo muchísimo, y aseguran que llegó á batirse con tres navíos hasta desarbolar de los palos de popa, y entonces, con sólo el trinquete, intentó largarse: llegó el navío inglés *Minotauro*, y acabó de batirlo y lo amarinó. Los Ingleses, remolcándolo, se vieron precisados á abandonarlo después de haberse roto el remolque; fondeó sobre el castillo de Santa Catalina y hoy amaneció dado al través de resulta de la misma causa que lo libertó.»

Por cierto que el autor de esta carta da á Valdés por muerto al fin del combate. Ya se sabe que curó de las graves heridas que había recibido y llegó á ser capitán general de la Armada.

En 1888 se publicaron unas *Memorias y Recuerdos del Barón Hyde de Neuville*, un legitimista francés que en 1806 se embarcó en Cádiz para los Estados Unidos y que cuenta lo que él supo del combate de Trafalgar hasta por sus mismos compatriotas de la escuadra de Rosilly, acogida en aquella bahía. De ellas traducimos lo siguiente:

«Hacíanse sobre todo muchos cargos á su jefe de estado-mayor (de Villeneuve) que, sin haber hecho un solo disparo de cañón, abandonó la línea con cuatro navíos y se fué á hacerse prender en el cabo de San Vicente, mientras que un capitan español, M. de Valdey (Valdés), que estaba á sus órdenes,

Inmediato al *Bucentaure*, ya lo sabe el lector, tocándole y enredado el aparejo á veces con el suyo, combatía el *Santísima Trinidad*, con la fortuna, sin embargo, de que acudiese en su auxilio el *Neptuno*, mandado por D. Cayetano Valdés que, formando parte de la división de vanguardia, comprendió las señales que se la hacían y voló al puesto de honor á que se le llamaba. Y he aquí por qué ventura va el valeroso marino español á prestar su auxilio al mismo agigantado barco que había salvado en el combate de San Vicente. Pero el *Trinidad*, desarbolado por el fuego de tres navíos enemigos, que le habían dedicado todo el que cada uno de ellos podía dirigirle, consumidas las municiones, inutilizada ó muerta más de la mitad de su gente, fuera de combate su oficialidad y gravemente herido su comandante D. Francisco Javier de Uriarte, tuvo también que rendirse para luego perecer con sus ya pocos tripulantes en la horrorosa tempestad que siguió á la batalla.

Ya hemos dicho que de la escuadra de Collingwood, el *Souvereign*, seguido de algunos otros navíos, había roto la línea de los aliados por entre el *Santa Ana* y el *Fougueux*. Tres de los demás navíos ingleses doblaron la retaguardia donde se hallaban el *Berwick* y el *San Juan*, y rompieron el fuego sobre éstos y el *Príncipe de Asturias*, que montaba Gravina, jefe, como es sabido, del cuerpo de reserva, convertido en retaguardia por la desgraciada maniobra de Villeneuve al descubrir ya cerca á los enemigos.

Gravina herido

Un testigo de toda excepción, el general Escaño, describe el terrible episodio de que fué protagonista el *Príncipe de Asturias* con tal exactitud, que nos

volvió al fuego enviándole á decir que la órden del almirante en jefe estaba por encima de la suya y que en el combate él no veía otro camino que aquel que conducía al combate. Aquel bravo oficial hizo prodigios de valor y todos reconocían que la flota española, regida por el almirante Gravina, secundó en cuanto le fué posible á Villeneuve: éste se mostró quizá excesivamente valiente, pues que se le vió constantemente en el fuego.»

En el Apéndice núm 12 se inserta íntegra la carta sobre la conducta y suerte de los navíos franceses y españoles.

ha parecido prestar un verdadero servicio á nuestros lectores y hacer un acto de lealtad histórica trasladándoles el párrafo en que á él se refiere el tan sabio como esforzado marino español. «Al mismo tiempo, dice, fuimos atacados por una división de tres navíos, que doblaron al *San Juan* y *Berwick*. Poco después vimos desarbolado de los palos mayor y trinquete, á uno de los que nos hacían más fuego; otro de ellos rindió la verga de velacho y mastelero de gavia; pero al momento se repararon estas averías, y dejó claro á otros que ocuparon su lugar. Así continuamos sin cesar el fuego hasta las dos, que batiéndonos impunemente por la proa un navío, al parecer de los que habían venido de vanguardia, arribamos al N. 1/4 N. E. con viento O. calmoso, á fin de presentarle el costado. Esta maniobra y el acierto de nuestros fuegos le precisó á ceñir por babor á muy corta distancia, y á separarse sin contestarnos; mas nos había ocasionado, con la que puede llamarse su lluvia de fuego, una terrible desgracia. Nuestro general en jefe, D. Federico Gravina, cayó gravemente herido. El mayor continuó mandando y renovando el cañoneo; á las tres, cuando por nuestro sotavento de vuelta encontrada vimos al navío *Argonauta* sin bandera y sin hacer fuego á otro enemigo que parecía escoltarlo, dispusimos que el ayudante de la mayoría, D. Teodomiro López, pasara á examinar su situación y á tomar el mando en caso necesario, con prevención de que contase con que le sostendríamos. Esto no pudo verificarse por el momento, pues el vivo fuego en que estábamos empeñados no lo permitía; pero á las tres y media se realizó, y arribamos, tanto para sostener al *Argonauta*, como para asegurar el palo mayor, que estaba sin estay y sin la mayor parte de sus jarcias. Entonces el objeto principal de nuestros fuegos era el navío que escoltaba al *Argonauta*, y otro de tres puentes, que con muchas averías nos presentaba la popa por la banda de babor. A las cuatro continuábamos batiéndonos de este modo, cuando un navío de tres puentes inglés pasó por un

grupo de los que se hallaban por nuestra aleta de babor, y descargó sobre nuestra popa, á tiro de metralla, todos sus fuegos.

El mayor general fué herido en la pierna izquierda; fué preciso retirarlo, pero en cuanto se le hizo la primera cura mandó se le volviera á colocar sentado en su puesto sobre cubierta. Debilitado por la pérdida de sangre, cayó desmayado; mas pronto volvió en sí, y no divisando la bandera nacional, ordenó que se izase sin demora, y reasumió el mando. Serían muy cerca de las cinco, y aun continuaba batiéndonos con ventaja el navío de tres puentes que hirió al mayor, y otro sencillo que nos hacía fuego por la izquierda. En esta crítica situación descubrimos á los navíos *Neptune* y *San Justo*, que venían á nuestro socorro, lo que, visto por los enemigos, les obligó á retirarse. Poco después divisamos al *San Leandro*, y le pusimos la señal de que nos tomase á remolque. Esto no lo pudo verificar, y continuamos remediando la jarcia para asegurar los palos. La escuadra á esta hora nos demoraba la mayor parte, por nuestro través de babor, interpolada con los enemigos; el *Achille* con fuego en su palo trinquete, el *Aigle* abordado con otro inglés, que suponemos fuese el *Dreadnougth*, y varios desarbolados. Á las cinco no se veía fuego por ninguna parte, y navegaban para incorporársenos el *Asis*, *Montañés* y *Rayo*, cuando notamos se renovaba el fuego en un pelotón de navíos de barlovento, y se mandó que todos los que estuviesen en disposición de batirse se dirigiesen á sostener á los que se hallaban con desventaja; y en seguida pusimos la señal á la fragata *Thémis* para que nos remolcase. No tuvo efecto lo primero, porque cesó enteramente en todos los puntos el combate, y porque en su consecuencia se puso á las cinco y cuarto la señal de unión. Continuamos en demanda de Cádiz remolcados por la fragata, gobernando al N. y N. N. E. con viento bonancible del O. S. O. Este se llamó luego al S. y nos impidió entrar en el puerto, siéndonos preciso dar fondo á

la una y cuarto en las inmediaciones, lo cual ejecutaron también los demás buques que nos seguían.»

Como los combates parciales que acabamos de traer á la memoria, tenían lugar muchos otros en toda la extensión ocupada por las escuadras rivales. Rota la línea de la combinada ó envuelta por la inglesa, cada navío ó cada grupo de uno y otro lado de los contendientes andaba á las manos con los que había hallado al paso ó pretendían impedírselo. El fuego se había hecho general, sin que fuera lo regular y uniforme que entre las líneas que constituían la manera antigua de las batallas navales durante su primero y entonces más solenme é importante período. En esta de Trafalgar, ya lo hemos dicho, prevalecía por parte de uno de los beligerantes el sistema táctico ya acreditado, y recienmente en Aboukir, sin que los Franceses, por no ver nunca nada bueno al otro lado de sus fronteras, ni los Españoles por su innata indolencia, procurasen adoptarlo ni buscar medios propios para su contrarresto, para disminuir, para amortiguar en lo posible su eficacia. Así es que á los pocos momentos de haberse roto las líneas de batalla en que se hallaron las escuadras, aquéllas no ofrecían otro espectáculo que el de una laberíntica mezcla de navíos de las tres naciones, chocándose furiosamente y tratando de destruirse sin otro plan ya ni concierto que el instintivo y libre de reunirse los más inmediatos entre sí para acabar con el que encontraran solo y desamparado de los demás de su nación. El desastre.

Lo mismo que el *Bucentaure* y el *Trinidad*, el *Santa Ana*, el *Príncipe de Asturias* y otros navíos que hemos citado, se vieron asaltados por los Ingleses los demás de la escuadra aliada. El *Fougueux* había tenido que rendirse después de perder gran parte de su tripulación y de resistir dos ó tres asaltos de los Ingleses que lo abordaron. El *Plutón*, que regía el generoso y valiente Cosmao, trataba de lanzar sus hombres al abordaje del *Mars*; pero batido, á su vez, por otro navío inglés de tres puentes, logró escapar de sus tiros

para reunirse al *Algésiras*, en que el contraalmirante Magón estaba maniobrando con su habitual destreza para cerrar uno de los boquetes por donde veía á los enemigos penetrar la línea. La atravesaba, con efecto, el *Tonnant*, francés antes, pero apresado en Aboukir, al que Magón trató de abordar con la misma desgracia que la del *Redontable* al intentar el asalto del *Victory*, y siendo, por el contrario, maltratado, deshecho, puede decirse, y víctima del más enérgico abordaje por el mismo navío inglés que él había pretendido escalar. Fuera de combate el mayor número de sus oficiales y marineros, caídos sus mástiles todos, desmontadas las baterías y, por fin, muerto Magón, el *Algésiras* rindió su pabellón, tan valientemente defendido hasta el último extremo en su castillo de popa. Pero entre los navíos franceses, el que más se distinguió, ya que no por la eficacia de su acción, por su heroico fin, fué el *Achille*, cuyos tripulantes prefirieron á la entrega los estragos de la voladura de su barco.

Galiano y Churruca.

De propósito hemos dejado sin mención hasta ahora la conducta y la suerte de los dos navíos españoles, cuyos capitanes, con Gravina, representan la pérdida más grave sufrida por nuestra patria en aquella fatal jornada. Respecto á Don Dionisio Alcalá Galiano, brigadier, capitán del *Bahama*, uno de nuestros marinos que el *imparcial* y *generoso* Thiers libra de la negra mancha de ineptitud que echa sobre los demás, y por cuya opinión en el consejo celebrado en Cádiz se comprende cuán pocas esperanzas abrigaría de éxito en aquel combate, entró en él con la resolución que le inspiraba la arrogante idea de que ningún Galiano se había jamás rendido al enemigo. Eso que desde el momento en que se trabó la pelea, el *Bahama* se vió acometido por dos y muy luego por tres de los barcos ingleses que habían cruzado la línea con el *Victory* ó doblado la retaguardia por el *San Juan*. No tardó Galiano en recibir una fuerte contusión en una pierna y al poco tiempo una gravísima herida en la cara, causada por una astilla que los pro-

yectiles enemigos hacían saltar por todas partes en el navío. Mas no por eso permitió que se le retirara, como pretendían los que le miraban cubierto de sangre, porque, situado otro navío enemigo por la aleta de sotavento del suyo y acribillándolo á balazos impunemente, dispuso arribar un poco, á fin de hallarse más libre para devolver al ofensor el daño que le hacía. Pero con la arribada, declinaba el *Bahama* de la línea y parecía como si tratara de retirarse ó huir; y, no pudiéndolo tolerar Galiano, ordenó orzar para de nuevo establecerse en el puesto á que le llamaban su denuedo y su pundonor. Ya allí, cada instante más solo por los estragos que hacía la artillería inglesa en los que le rodeaban, pero impávido siempre y dando aliento á los demás, le acertó una bala, también de cañón, en la cabeza y llevándose toda la parte superior de ella, acabó con uno de los que el patriotismo español ha designado con el honroso título de los HÉROES DE TRAFALGAR. «El cadáver, ha dicho su hijo, el celebérrimo orador, fué recogido al instante, procurando encubrir la desgracia á la tripulación que no estaba á sus inmediaciones. Poco después arrió bandera el *Bahama*, destrozado horrorosamente, muertos algunos de sus oficiales, y los demás, con rara excepción, heridos. Al cuerpo del comandante se dió por sepultura el mar, digno lugar de reposo en la muerte para quien tanto en él se había señalado durante su vida.»

El comandante del *San Juan Nepomuceno*, D. Cosme Damián Churruca, que, como ya hemos dicho, ocupaba el último lugar en la línea de combate, no pudiendo por su posición impedir el paso de los navíos de Collingwood por su retaguardia, se vió acometido sucesivamente por los que se iban deslizando sin contrarresto para ayudar en el centro á los de su nación, que intentaban abrirse paso en él ó se lo habían ya abierto. Pero eso no estorbó para que cinco de esos navíos enemigos se detuvieran á cañonear al *San Juan* por su mura de babor, quedando tres, especialmente, uno

entre ellos de tres puentes, para batirle enérgicamente por los dos costados. Por si eso no bastaba, y no logrando acabar con la gallarda resistencia que les oponía el *San Juan*, á las dos de la tarde se les unió el *Dreadnought*, arrimándose al costado del navío español para á medio tiro de pistola cañonearlo mejor por la aleta y la popa, y poco después volvían los otros dos que se le habían separado antes. De modo que el *San Juan*, al acercarse la hora de las tres, se estaba batiendo con seis navíos ingleses á la vez, si resueltos á terminar su obra de destrucción, con el ánimo también Churruca de no rendir su bandera y desplegando todos los talentos y el valor de que estaba dotado, así como la serenidad y pertinacia, innatas en la raza guipuzcoana á que pertenecía. Él mismo dirigía las punterías de los cañones en los momentos que le dejaba libre el cuidado de las maniobras que, bocina en mano, disponía por el ámbito de su buque, de todas partes acosado por los enemigos. «Ni la lluvia de metralla que cubría el navío, dice el Sr. Ferrer de Couto en su historia del combate, ni la imposibilidad del socorro movía su ánimo intrépido, superior á los reveses de la fortuna; y si no podía batir á cada uno de los enemigos, por su número, con una sabia economía de sus tiros y una actividad proporcionada, tuvo siempre en respeto fuerzas tan considerablemente superiores, sin que los Ingleses pensaran un momento en intentar el abordaje. Así se sostenía Churruca, cuando al volver de proa, donde acababa de apuntar un cañón, cuyo tiro desarboló á un navío enemigo que le batía por aquel punto casi impunemente, le alcanzó una bala de cañón en la pierna derecha, dejándola casi desprendida á corta distancia de la ingle. Cayó el héroe del *San Juan*: había cumplido con su patria [1]»!

1 Se comprende el empeño que ha de observarse en Churruca de dirigir las punterías de los cañones del navío, porque precisamente en aquellos días se había impreso un brillante escrito suyo de Principios de Balística que lleva este título: *Instrucción sobre Punterías, para el uso de los Baxeles del Rey, escrita de orden superior por el Brigadier de la Real Armada D. Cosme Da-*



HÉROES DE TRAFALGAR

Esa desgracia tenía que influir decisivamente en una tripulación que veía su navío desarbolado del todo y acababa de perder, entre otros muchos oficiales, á sus dos comandantes Churruca y Moyua; así es que poco después arriaba la bandera que tan brillantemente había defendido.

La densa nube de humo que cubría la línea toda del combate, ocultaba á la vista de los almirantes los movimientos que pudieran hacer los buques de sus respectivas escuadras, y la muerte, las heridas ó la rendición de los que al principiar la lucha las mandaban; reducía la esfera de acción de los que debían sustituirlos á la pequeña de los navíos más inmediatos, ya que cada uno tenía que fijar toda su atención en acometer al que batallaba á su frente ó á defenderse de él y de cuantos acudían á abrumarle con sus fuegos, cuando no con sus abordajes ó asaltos. El horrísono estrépito, además, de tantos miles de piezas de artillería; el caer de los mástiles y el velamen sobre las cubiertas de los buques impidiendo las maniobras hasta desembarazarlos de tan grave y abrumador estorbo; el espectáculo de tanto estrago, el cuidado de los heridos y el también interesante de las reparaciones indispensables y del momento; todo eso, que es un mundo en tales circunstancias, hacía que aquel, por sus ingentes proporciones, extraordinario combate se convirtiese en el más desordenado, de lances que bien pudiéramos llamar particulares, casi, casi, personales, entre los que más parecían gigantes disputándose el cetro de los mares, que artefactos creados para difundir por el globo las ideas religiosas, la industria, el comercio, los bienes todos de la civilización.

¡Cuánto acto, pues, de heroísmo y de abnegación quedó sepultado en tan sangrienta y estupenda pelea! Contra la

mián de Churruca. La obra es excelente y las tablas que contiene son las primeras de su especie que se habían publicado hasta entonces (1805).

Á su lado pereció también otro marino distinguido, paisano y amigo suyo, el capitán de fragata D. Francisco de Moyua que, como Churruca, había recibido de Napoleón el regalo de un par de pistolas, que hoy guarda en San Sebastián con el respeto de una reliquia su sucesor el marqués de Rocaverde.

pasión del despecho y la parcialidad, al parecer patriótica, pero injusta y hasta torpe y grosera del escritor que no reconoce más glorias que las del país de su nacimiento, se levanta en el nuestro la voz de la verdad, justificada con hazañas que, si no únicas en aquel día nefasto, son por sí solas, y en medio de tamaño desastre, capaces de honrar al pueblo más valiente y generoso. No se registrará en la historia de la escuadra española de Trafalgar un solo acto de debilidad, la deserción de un navío de su puesto de honor, el haber desoído llamamiento alguno, remoto ni próximo, en auxilio del hermano ni del aliado. ¿Podría haber dicho otro tanto el esclarecido Thiers de la conducta de algunos, pocos, por fortuna, para su honra, pero bastantes para haber influído en la suerte del combate, de entre sus compatriotas? No; porque él mismo, aun dejándose llevar de sus peculiares exclusivismos para disculpar la punible conducta de Dumanoir con maniobras y reveses que ni verosimilitud reconocen, acaba por confesar que «allí, abnegándose (en se dévouant), podía salvar algunos buques ó añadir muertes gloriosas á las que debían consolarnos de una gran derrota». Y continúa: «Desanimado por el fuego que acababa de sufrir su división, consultando á la prudencia antes que á la desesperación, no hizo nada. Tratado por la fortuna como Villeneuve, debía, por haber querido evitar un desastre glorioso, encontrar en otro lado uno inútil.»

No; el contraalmirante Dumanoir no merece tanto honor como el de esas reconvenciones, tímidas y disculpadas antes: lo que merece son las terribles censuras que le dirigieron cuantos acaso hubiera salvado un poco más de abnegación por su parte. Dice el Sr. Ferrer de Couto: «No hacemos á los capitanes de los navíos que siguieron al contraalmirante la injusticia de suponer que no estuviesen animados de los mismos sentimientos que los que acudieron á tomar parte en la lucha; pero siempre quedará en pie la ignominia echada sobre los nombres de sus bastimentos, porque, en el peligro

general las consideraciones para esquivarlo no tienen gran fuerza contra la opinión de los valientes.»

Retirada de los aliados á Cádiz.

Ya nada podía contener los progresos que desde el principio del combate habían hecho los Ingleses, bien por la habilidad y energía de su almirante, bien por la torpeza del que mandaba la escuadra combinada, así como por la desigualdad de las fuerzas en cuanto á las dotaciones de sus navíos, su instrucción y pericia. Así lo comprendieron lo mismo los Franceses que los Españoles y, marcando sus respectivos jefes el rumbo á Cádiz, fueron tomándolo sus navíos según podían hacerlo, emprendiendo la retirada ó zafándose de las garras de los enemigos los que ya debían considerarse en la precisión de rendirse ó arriar sus banderas. Pero no acabó ahí su desgracia: la borrasca prevista por Nelson en los momentos de su muerte fué pronunciándose al concluirse el combate, sorprendiendo á varios de los barcos que, por lo maltratados, no podían navegar ó habrían de ir á remolque en dirección al puerto. Seis navíos españoles y cuatro franceses fondeaban en Cádiz al amanecer del 22, que principió chubascoso y acabó con rachas ya tan fuertes, que varios buques, dispuestos á salir en busca de los más averiados, á quienes se haría imposible arribar sin socorro, tuvieron que permanecer en la bahía, doblar sus amarras y calar los masteleros para no irse sobre la costa. Continuó el temporal, ya desencadenado, y haciendo sufrir muchos desperfectos á los navíos ya anclados, lo que produjo en todo Cádiz las preocupaciones más graves sobre la suerte de los demás, y la ansiedad y los temores que son de presumir en los habitantes de una ciudad que tantos hijos y vecinos tan amados tenía en la escuadra [1].

1 He aquí el espectáculo que dice D. Antonio Galiano ofrecía días después el camino de Chiclana á Cádiz, que recorrió con su madre en busca de noticias sobre el paradero del *Bahama* y la suerte de su comandante. «Nunca olvidaré aquel viaje, dice en sus Memorias el insigne orador, ni de olvidar es, porque el espectáculo que presenciamos era de nada común horror, aun para indiferentes, y de imponderable espanto y pena para quienes tenían ó juzga-

La vuelta de los navíos era demasiado lenta para calmar tanta ansiedad y temores tan fundados, como que hasta el 26 no pudo darse por terminada la tarea de espiar, como dicen los marinos, y remolcar á la bahía los navíos que no fueron á chocar y perderse en la costa. El día antes se acercó á Cádiz una fragata inglesa, uno de cuyos botes conducía pliegos de su almirante, que quedó cruzando con la escuadra delante del puerto para el canje de prisioneros y heridos que se hizo con dos fragatas nuestras y un bergantín francés. Aun en medio de esos parlamentos y cambios que se sostuvieron por varios días, los Ingleses trataron de apoderarse el 29 del navío *Argonauta* que había quedado fuera; pero el fuego con que contestó al de los cuatro que le acometieron, apoyado por el de las baterías de tierra y la aproximación de nuestras fuerzas sutiles, que salieron en su auxilio, obligó á los enemigos á incorporarse á su escuadra, que el 1.° de Noviembre se dirigió á Gibraltar para reparar también sus averías.

Pérdidas. No eran pocas, en verdad; que el valor y la tenacidad que desplegaron las fuerzas aliadas habían producido bajas enormes á las de los Ingleses. Pero sin ser mucho más numerosas las personales de los Españoles y Franceses, ofrecían carácter más grave y consecuencias mucho más funestas.

España tuvo que lamentar la pérdida irreparable de Gravina, que murió de sus heridas poco después (el 2 de Marzo

ban casi seguro tener parte principal en aquellas tragedias. Entre la isla de León y Cádiz, al bajar, según costumbre, á la playa, se descubrían las olas altísimas, rompiendo en la orilla, y mar adentro, negras y amenazadoras las nubes y cubierto el suelo de destrozadas reliquias de buques arrojadas á tierra por el empuje de las aguas y del viento, de modo que á cada paso embarazaban el tránsito al carruaje trozos de jarcia, de arboladuras, de cascos, todo hecho trizas por las balas, y de trecho en trecho algunos cadáveres en el estado doble horroroso que da llevar días de muerto, serlo por balas y haber pasado en el agua largas horas.»

La descripción hecha por Galiano es de lo más interesante y patético, como de hombre de tantos talentos.

siguiente); la de sus insignes brigadieres Churruca, Galiano y Alcedo; de los capitanes de fragata Moyua y Castaños, y de muchísimos otros oficiales, dignos también de que sus nombres lleguen á la posteridad consignados en una historia, empero, de un carácter que no sea lo general de la presente. Todos ellos forman la falange distinguidísima que, como hemos dicho anteriormente, ha recibido de la opinión el título de Los Héroes de Trafalgar, que, de seguro, llegará, transmitido de generación á generación, hasta las edades más remotas, tan glorioso como merecido. Entre los heridos se contó al general Álava, los jefes de escuadra Escaño, Hidalgo de Cisneros, Valdés, Uriarte, Jado Cagigal y Vargas, los capitanes de navío Gardoqui, Argumosa, Pareja, Olaeta, Romery, los de fragata Somoza y Brandáriz, 39 oficiales y guardias, 5 oficiales del ejército y sobre 1.300 hombres de las demás clases.

Perdiéronse tres navíos apresados por el enemigo; otros tres se fueron á pique durante el combate, y cuatro que el temporal arrojó sobre las rocas de la costa; los demás hasta quince quedaron tan estropeados, que necesitaron grandes reparaciones y muchísimo tiempo para verse en disposición de salir nuevamente al mar.

Consecuencias.

Pero esas pérdidas, con ser tan graves, no significan lo que la de la influencia que ejercía nuestra Marina en los destinos militares y políticos de Europa desde la época de su regeneración. En Trafalgar concluyó la que, á pesar de su visible decadencia desde algunos anos tan sólo de dirigir Carlos IV el Gobierno de España, aun conservaba, ya que no para dominar los mares, sí para mantener la balanza entre los dos grandes poderes marítimos que se disputaban la primacía. Ese uso principalmente había hecho Carlos III de nuestras numerosas escuadras, y á él se debía el papel que representó, así en los consejos como en los sucesos que tuvieron lugar en su reinado. Las torpezas de su hijo, peor aún, el abandono en que dejó intereses tan

importantes confiándolos á manos inhábiles é inexpertas, á las de un hombre que carecía de todo género de dotes para conservarlos, cuanto menos para fomentarlos, ensayándose, en casos tan difíciles y en tareas tan arduas, para lo que exige larga preparación y grande y ya adquirida autoridad, llevaron la marina española á servir otros intereses, á alianzas en que sólo se ventilaban y favorecían los ajenos sin probabilidad, ¿qué decimos?, sin esperanza siquiera de ir á defender los propios en las aventuradísimas empresas en que se la comprometió. Y allí, en Trafalgar, como antes en las Antillas y en Finisterre, se vió cuán poco importaba á nuestros aliados la suerte de los que habían buscado para instrumentos sólo de sus ambiciosos planes [1].

El desastre había sido tan abrumador para los Franceses como para los Españoles; pero bien se dice que no se consuela el que no quiere consolarse, y los Franceses hasta presumieron de haber igualado con la conducta de algunos de sus navíos las glorias adquiridas por el Ejército en la brillante jornada de Ulma, una de las más sabias y felices de su Emperador. Eso que Napoleón, en vez de imitar la conducta de nuestro Gobierno premiando el valor y la abnegación que, aun cuando sin fortuna, habían desplegado nuestros marinos, exigió el más profundo silencio sobre un combate que trastornaba sus grandiosos proyectos de invasión en Inglaterra, aquellos con que esperaba obtener una paz que le haría el árbitro indiscutible de la suerte del mundo. De ese modo creía que, aturdidos los pueblos y Soberanos del Continente con los rudos golpes que les había asestado y esperaba seguir asestándoles, se cuidarían muy poco ó nada

1 Dice Thiers: «Muy pronto el viento adquirió mayor violencia, y á los horrores de una sangrienta batalla sucedieron los horrores de una tempestad espantosa, como si el cielo hubiese querido castigar á las dos naciones más civilizadas del globo, las más dignas de dominarle útilmente para su unión, por los furores á que acababan de entregarse.»

Y ¿qué deja para España, la nación que en el momento á que se refiere sacrificaba su mejor escuadra por servir á las ambiciones de su patria?

de acontecimientos que, como marítimos, interesaban sólo á la potencia que no habría por eso de compartir con ellos las desgracias de que estaban amenazados y menos ayudarles para evitarlas.

Pero, adiós para unos y otros, Franceses y Españoles, todo género de empresas navales por ninguno de los mares, obligados, como se verían, en adelante á resguardar las escuadras en sus puertos para que no fuesen presa de los enemigos, resueltos á no dejarse arrebatar el cetro de Neptuno tan heroica y costosamente conquistado.

En cuanto á España, la rota de Trafalgar produjo, además, el abandono completo del material que nos quedaba, á punto de reducirse el servicio de nuestros buques de guerra al de meros pontones, aprovechándose únicamente los de menor porte para la defensa de los arsenales.

«Para hacer el armamento que fué destruído en Trafalgar, dice Alcalá Galiano, había sido necesario apelar á esfuerzos extraordinarios, dedicando á aquel gasto y á los demás de la guerra los fondos de amortización, un tanto sobre las fincas pertenecientes á la Iglesia, concedido al Rey por el Papa, un empréstito de cien millones de reales en acciones al modo que los vales transmisibles por endoso, y en fin, el producto de algunas contribuciones nuevas. Todo ello estaba gastado sin haber dado más fruto que desventuras y pérdidas graves, y el Erario estaba exhausto, viéndose el Gobierno en tanto ahogo cuanto en cualquiera otra época de las peores pasadas. Agregábase estar completamente cerrado el paso á los caudales de América y temerse la pérdida de ésta, contra la cual estaban preparando los Ingleses expediciones.»

Esto en lo que se refiere á España; que, en cuanto á Francia, Rosseeuw Saint-Hilaire nos ha dicho para quién resultó ser aquel desastre justo castigo de sus ambiciones y temeridades. «Trafalgar, exclama, no es sino un lamentable accidente sobre el que echa un velo el conquistador, y que harán tantos triunfos olvidar muy pronto. Pero en el fondo,

ese desastre, harto fácil de prever, no debe imputarse á Villeneuve; todo él es obra de Napoleón. Obligado, á pesar suyo, á renunciar á la invasión de Inglaterra, quiso medirse con ésta en un terreno en que reina como soberana: en el Océano. Quedó vencido, como debía ser; justo castigo de aquella loca presunción que le cegaba acerca de la inferioridad de sus flotas, que él creía al nivel de sus ejércitos. Su escuadra, la de su aliado y hasta el sin ventura Villeneuve, suicidándose para no sobrevivir á su derrota, todo debía sacrificarse á su orgullo insensato, exaltado hasta la demencia por éxitos inauditos hasta la hora bien próxima del castigo.»

FIN DEL TOMO II

APÉNDICES

NÚMERO 1.°

NUEVO TRATADO DE SAN ILDEFONSO DE 18 DE AGOSTO DE 1796

Tratado.

S. M. Católica el Rey de España y el Directorio ejecutivo de la República francesa, animados del deseo de estrechar los lazos de la amistad y buena inteligencia que restableció felizmente el tratado de paz concluído en Basilea en 22 de Julio de 1795 (4 de thermidor, año III de la República), han resuelto hacer un tratado de alianza ofensiva y defensiva, comprensivo de todo lo que interesa á las ventajas y defensa común de las dos naciones; y han encargado esta negociación importante y dado sus plenos poderes para ella, á saber: Su Majestad Católica el Rey de España al Excmo. Sr. D. Manuel de Godoy y Álvarez de Faria Rios Sánchez Jarzosa, Príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma y del Estado de Albalá, Grande de España de primera clase, regidor perpetuo de la villa de Madrid y de las ciudades de Santiago, Cádiz, Málaga y Écija, y veinticuatro de la de Sevilla, caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro, Gran cruz de la Real y distinguida Española de Carlos III, comendador de Valencia de Ventoso, Rivera y Acenchal en la de Santiago, caballero Gran cruz de la Real Orden de Cristo y de la religión de San Juan, consejero de Estado, primer secretario de Estado y del Despacho, secretario de la Reina, superintendente general de Correos y Caminos, protector de la Real Academia de las Nobles Artes y de los reales gabinetes de Historia Natural, Jardín Botánico, Laboratorio Químico y Observatorio Astronómico, Gentilhombre de Cámara con ejercicio, capitán general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real Cuerpo de Guardias

de Corps, etc.; y el Directorio ejecutivo de la República francesa al ciudadano Domingo Catalina Pérignon, general de división de los ejércitos de la misma República y su embajador cerca de S. M. Católica el Rey de España; los cuales, después de la comunicación y cambio respectivos de sus plenos poderes, de que se inserta copia al fin del presente tratado, han convenido en los artículos siguientes:

I Habrá perpetuamente una alianza ofensiva y defensiva entre S. M. Católica el Rey de España y la República francesa.

II Las dos potencias contratantes se garantizan mutuamente, sin reserva ni excepción alguna y en la forma más auténtica y absoluta, todos los Estados, territorios, islas y plazas que poseen y poseerán respectivamente; y si una de las dos se viese en lo sucesivo amenazada ó atacada, bajo cualquier pretexto que sea, la otra promete, se empeña y obliga á auxiliarla con sus buenos oficios y á socorrerla luego que sea requerida, según se estipulará en los artículos siguientes.

III En el término de tres meses, contados desde el momento de la requisición, la potencia requerida tendrá prontos, y á la disposición de la potencia demandante, quince navíos de línea, tres de ellos de tres puentes ó de ochenta cañones y doce de setenta á setenta y dos, seis fragatas de una fuerza correspondiente y cuatro corbetas ó buques ligeros, todos equipados, armados, provistos de víveres para seis meses y de aparejo para un año. La potencia requerida reunirá estas fuerzas navales en el puerto de sus dominios que hubiese señalado la potencia demandante.

IV En el caso de que para principiar las hostilidades juzgase á propósito la potencia demandante exigir sólo la mitad del socorro que debe dársele en virtud del artículo anterior, podrá la misma potencia en todas las épocas de la campaña pedir la otra mitad de dicho socorro, que se suministrará del modo y dentro del plazo señalado, y este plazo se entenderá contando desde la nueva requisición.

V La potencia requerida aprontará igualmente, en virtud de la requisición de la potencia demandante, en el mismo término de tres meses, contados desde el momento de dicha requisición, diez y ocho mil hombres de infantería y seis mil de caballería, con un tren de artillería proporcionado, cuyas fuerzas se emplearán únicamente en Europa ó en defensa de las colonias que poseen las partes contratantes en el golfo de Méjico.

VI La potencia demandante tendrá facultad de enviar uno ó

más comisarios, á fin de asegurarse si la potencia requerida con arreglo á los artículos antecedentes se ha puesto en estado de entrar en campaña en el día señalado con las fuerzas de mar y tierra estipuladas en los mismos artículos.

VII Estos socorros se pondrán enteramente á la disposición de la potencia demandante, bien para que los reserve en los puertos ó en el territorio de la potencia requerida, bien para que los emplee en las expediciones que le parezca conveniente emprender, sin que esté obligada á dar cuenta de los motivos que la determinan á ellas.

VIII La requisición que haga una de las potencias de los socorros estipulados en los artículos anteriores bastará para probar la necesidad que tiene de ellos, y para imponer á la otra potencia la obligación de aprontarlos, sin que sea preciso entrar en discusión alguna de que si la guerra que se propone hacer es ofensiva ó defensiva, ó sin que se pueda pedir ningún género de explicación dirigida á eludir el más pronto y más exacto cumplimiento de lo estipulado.

IX Las tropas y navíos que pida la potencia demandante quedarán á su disposición mientras dure la guerra, sin que en ningún caso puedan serle gravosas. La potencia requerida deberá cuidar de su manutención en todos los parajes donde su aliada las hiciese servir, como si las emplease directamente por sí misma. Y sólo se ha convenido que durante todo el tiempo que dichas tropas ó navíos permanecieren dentro del territorio ó en los puertos de la potencia demandante, deberá ésta franquear de sus almacenes ó arsenales todo lo que necesiten, del mismo modo y á los mismos precios que si fuesen sus propias tropas y navíos.

X La potencia requerida reemplazará al instante los navíos de su contingente que pereciesen por los accidentes de la guerra ó del mar, y reparará también las pérdidas que sufriesen las tropas que hubiere suministrado.

XI Si fuesen ó llegasen á ser insuficientes dichos socorros, las dos potencias contratantes pondrán en movimiento las mayores fuerzas que les sea posible, así de mar como de tierra, contra el enemigo de la potencia atacada, la cual usará de dichas fuerzas, bien combinándolas, bien haciéndolas obrar separadamente, pero todo conforme á un plan concertado entre ambas.

XII Los socorros estipulados en los artículos antecedentes se suministrarán en todas las guerras que las potencias contratan-

tes se viesen obligadas á sostener, aun en aquellas en que la parte requerida no tuviese interés directo, y sólo obrare como puramente auxiliar.

XIII Cuando las dos partes llegaren á declarar la guerra de común acuerdo á una ó más potencias, porque las causas de las hostilidades fuesen perjudiciales á ambas, no tendrán efecto las limitaciones prescritas en los artículos anteriores, y las dos potencias contratantes deberán emplear contra el enemigo común todas sus fuerzas de mar y tierra, y concertar sus planes para dirigirlas hacia los puntos más convenientes, bien separándolas ó bien uniéndolas. Igualmente se obligan en el caso expresado en el presente artículo á no tratar de paz sino de común acuerdo y de manera que cada una de ellas obtenga la satisfacción debida.

XIV En el caso de que una de las dos potencias no obrase sino como auxiliar, la potencia solamente atacada podrá tratar por sí de paz, pero de modo que de esto no resulte perjuicio alguno á la auxiliar, y que antes bien redunde en lo posible en beneficio directo suyo, á cuyo fin se enterará á la potencia auxiliar del modo y tiempo convenido para abrir y seguir las negociaciones.

XV Se ajustará muy en breve un tratado de comercio, fundado en principios de equidad y utilidad recíproca á las dos naciones, que asegure á cada una de ellas en el país de su aliada una preferencia especial á los productos de su suelo y á sus manufacturas, ó á lo menos ventajas iguales á las que gozan en los estados respectivos las naciones más favorecidas. Las dos potencias se obligan desde ahora á hacer causa común, así para reprimir y destruir las máximas adoptadas por cualquier país que sea, que se opongan á sus principios actuales y violen la seguridad del pabellón neutral y respeto que se le debe, como para restablecer y poner el sistema colonial de España sobre el pie en que ha estado ó debido estar según los tratados.

XVI Se arreglará y decidirá al mismo tiempo el carácter y jurisdicción de los cónsules por medio de una convención particular; y las anteriores al presente tratado se ejecutarán interinamente.

XVII Á fin de evitar todo motivo de contestación entre las dos potencias, han convenido que tratarán inmediatamente y sin dilación de explicar y aclarar el artículo VII del tratado de Basilea, relativo á los límites de sus fronteras, según las instruc-

ciones, planes y memorias, que se comunicarán por medio de los mismos plenipotenciarios que negocian el presente tratado.

XVIII Siendo la Inglaterra la única potencia de quien la España ha recibido agravios directos, *la presente alianza sólo tendrá efecto contra ella en la guerra actual, y la España permanecerá neutral respecto á las demás potencias que están en guerra con la República.*

XIX El canje de las ratificaciones del presente tratado se hará en el término de un mes, contado desde el día que se firme.

Hecho en San Ildefonso á 18 de Agosto de 1796.—(L. S.) *El Príncipe de la Paz.*—(L. S.) *Pérignon.*

(Siguen las ratificaciones, plenipotencias y canjes.)

Publicado en el mi Consejo el citado Real decreto, acordó su cumplimiento y pedir esta mi cédula. Por la cual os mando á todos y cada uno de vos en vuestros respectivos distritos, lugares y jurisdicciones, veáis el tratado de alianza ofensiva y defensiva que queda inserto, concluído y ratificado entre mi Real persona y la República francesa, y le guardéis, cumpláis y ejecutéis inviolablemente; y hagáis guardar, cumplir y ejecutar en todo y por todo como en sus artículos se contiene, sin contravenirle, ni permitir que se contravenga en manera alguna, antes bien, en los casos que ocurran, daréis las órdenes y providencias que convengan para su puntual observancia, etc., etc.

NÚMERO 2.°

Florencia 6 de Julio de 1796.

Querido Bernardo: Esta carta te la entregará el conde Pierachi, ministro del Papa, que ya te tengo anunciado. El secretario, Francisco Evangelisti, ha estado conmigo en esta comisión y es mozo de prendas muy amables. No necesito recomendarte uno ni otro, porque van fiados enteramente en ti. Acabo de recibir carta de nuestro jefe (el ministro de Estado), en que me dice cómo te se recomiendan los negocios de Roma; conque así, todo está puesto en tus manos. Te han enviado una plenipotencia para tratar, y á mi me han enviado otra semejante, pero son inútiles, porque yo he hecho ya lo que habia que hacer aquí, que es fijar una mala tregua, y estos jefes franceses no tenian facultades para más. Son gente furiosa y quieren á toda costa la destrucción del papado y de Roma. La cosa no está acabada ni ajustada, y temo que suceda alguna gran ruina; y lo que es más, preveo que yo seré la víctima. El pueblo y todo el estado Romano está alborotado. En varias partes han tomado las armas, y cuando vean llevarse sus estatuas, cuadros, etc., habrá sin duda gran conmoción. Ya amenaza con mil pasquines quemar el palacio de España. Te repito que yo seré víctima infeliz por haber trabajado tanto para salvarlos. Sin embargo, voy á Roma mañana, y suceda lo que Dios quiera.

El único remedio será que hagas concluir presto la paz con el Directorio, mejorando las condiciones del armisticio, que en realidad son muy duras. Sólo la interposición eficaz de nuestro amo y tus pasos pueden calmar el estado tan violento en que está esto. El Papa y la gente sabia de Roma reconoce que debe

su salvación al tratado de armisticio, pero hay un partido que exalta las cabezas del pueblo y fomenta el más ciego fanatismo.

Ya sabes el grande interés que tienen en nuestra casa en conservar la Santa Sede de Roma. Han adelantado ya varios oficios por medio de Pérignon, que deberán haber ablandado al Directorio. Aprovecha, pues, de ello para sacar el mejor partido posible suavizando las condiciones. Ya han logrado satisfacer la vanidad de humillar al Papa y á Roma. Que se contenten con los cinco millones que voy á entregar esta semana, pues los otros diez es físicamente imposible, porque no los hay. Algún trigo y otros géneros podremos dar. En fin, hablarás con Pierachi y Evangelisti.

Lo que pasa en Italia no tiene ejemplo. Los Vándalos y Godos eran niños de teta. Por donde los Franceses pasan son lo mismo que el fuego. La República gana poco en ello, y quienes todo lo roban son los empleados. La atrocidad y el furor caminan con ellos. Desacreditan el nombre francés hasta el fin del mundo. Entran prometiendo respetar las propiedades, y éstas son las primeras que invaden, quitando á los particulares cuanto tienen, apoderándose de los Montes de Piedad, de los depósitos, de los caballos, de los coches, etc. El General no respira más que fuego y sangre. Del Po para acá no han disparado un fusil, y con todo, llaman esto conquista y tratan al país peor que si lo fuera; en una palabra, hacen odiosa la revolución y el nombre francés. En Liorna no los tratan mejor, y con pretexto de descubrir los efectos ingleses, han arruinado enteramente aquella plaza y toda la Toscana, que ha sido su primer amiga. El Gran Duque se conduce como un héroe. Los Boloñeses son los que han llamado á los Franceses, y en cambio no sé si les dejarán ojos para llorar; importan ya veinte millones lo que han sacado de aquel pequeño país.

Les lisonjean diciéndoles que les harán República soberana é independiente, y ellos han enviado dos diputados á esa para que apoyen su tonta pretensión. De Nápoles nada sabemos de positivo, porque aquélla es arca cerrada para nosotros, ni se sabe lo que quiere decir el armisticio firmado por Belmonte. Ahí tienes al marqués del Gallo, que te podría informar de todo; pero dudo que lo haga.

En mi tratado se estipuló que las dos provincias de Bolonia y Ferrara, ya ocupadas, quedarían en posesión del ejército francés y lo demás en tregua. Bonaparte ha invadido después la provin-

cia de Romagna, ha echado de allí al Legado y ha puesto contribuciones extraordinarias.

He reclamado, como puedes creer, y para remediar algo he tenido que hacer un nuevo tratado con el furibundo Bonaparte aquí en Florencia. Por él se obliga á sacar sus tropas de aquella provincia; en cuanto á las contribuciones impuestas, nos remitimos á la decisión del Poder ejecutivo. Es imposible que este apruebe las tales contribuciones, por no haber habido la menor razón para imponerlas. A ti te toca mostrarte firme sobre este artículo. En fin, Pierachi y su secretario te informarán de todo, apóyalos y protéjelos. Yo me vuelvo mañana á Roma, en donde me aguardan, de seguro, una infinidad de disgustos de nueva invención y que serían largos de contar.

Tu afectísimo amigo,

NICOLÁS.

P. D. Si no consigues que el Directorio mande provisionalmente á estos Vándalos que evacuen y dejen en paz el estado del Papa, cuándo se haga la paz estará todo abrasado y Roma saqueada, porque los pueblos irritados se van levantando y darán pretexto para que los generales los quemen y abrasen. Bonaparte ha faltado evidentemente á lo convenido invadiendo la provincia de Romagna después del tratado.

***

AL SEÑOR DON NICOLÁS DE AZARA, EN ROMA

París 14 de Julio de 1796.

Tratando de Roma, te diré que me hallo ya con órdenes y con pleno poder del Rey para negociar, concluir, firmar, etc., únicamente con el Ministro que envíe el Santo Padre; seguramente los deseos é intenciones de nuestro soberano son los más santos. Los míos los compararé á los tuyos, y en verdad concurren todo género de motivos y razones para que vayamos de buena fe y que nuestros deseos sean los más sinceros. Pero si me preguntas cuáles son mis esperanzas, te diré anticipadamente que *ningunas*. Ó no se hará nada, ó se hará sólo lo que estos señores quieran y manden, porque son los amos, porque no se detienen en miramientos ningunos, sabedores de que no hay fuerzas que oponerles. Llegó su hora feliz. Ésta la preví yo y la anuncié cuando las testas coligadas no veían sino triunfos, victorias y desmem-

bramientos de la Francia. No dudes que mientras les sople el viento le aprovecharán bien, y no se les cae de la boca que si hubo tiempos en que los Papas, sin embargo de ser tan santos, obligaban á los Reyes á tenerles el estribo y también hacian líneas divisorias de los imperios, han seguido otros tiempos en que deberán contentarse los Papas con que les dejen ser obispos de su rebaño, sin mezclarse en políticas ni vanidades del mundo.

Por lo respectivo á la mediación de España, el vulgo de Europa creerá (y debe creerlo) que es de mucho peso en los negocios de otros; pero yo, que lastimosamente lo toco cada día, me veré precisado (en confianza contigo) á decir lo contrario, y así, amigo, si malo ha sido tu armisticio, peor me temo que sea mi tratado; aunque si logramos evitar que las armas francesas entren en Roma á atropellar princesas y cardenales, habremos asido con la mano la estrella polar.

Lo de Parma, que era negocio de arreglarse en un cuarto de hora, lleva ya dos meses de negociación y estamos aún en el A, B, C, sin poderte dar más razón sino que la cosa va como estos señores lo disponen.

Estoy muy distante de aprobar lo que se hace en Liorna, ni en el modo ni en la substancia; pero en esto se verifica aquello de *todos son buenos y mi capa no parece*. Como he sostenido en mi vida algunas guerras contra Ingleses, no puede olvidar que Liorna (con su pretendida neutralidad) nos hacia más daño que Gibraltar y Mahón juntos. Las cosas se pagan tarde ó temprano.

Tuyo,

CAMPO.

***

En una de las cartas á Azara, de fecha posterior, dice el mismo marqués del Campo que no cree posible tratado alguno entre el Papa y la República, mucho menos siendo el Rey mediador; pues quieren que Roma pague aún mayores contribuciones que las ya impuestas y además que ceda territorios. «La continuación de triunfos y victorias ha cegado á los miembros de este Gobierno, dice escribiendo al Príncipe de la Paz, en términos de no ver ni sus propios intereses, ni su gloria, ni su felicidad para lo venidero. Ya no se sujetan á aquellos miramientos usados y necesarios en todas circunstancias. Ciegos de orgullo, adoptan planes tan vastos, ya en Alemania y ya en Italia, que son quiméricos y propios para adquirirse el odio universal.»

NÚMERO 3.°

Número de buques de que se componía la escuadra al mando del Teniente General de la Armada, D. José de Córdova, á la salida de Cartagena de de Levante, en 1.° de Febrero de 1797.

NAVÍOS	COMANDANTES	GENERALES
Trinidad.......	B. D. Rafael Orozco.......	T. G. D. José de Córdova.
Concepción.....	Idem D. José Escaño........	Idem Conde Morales de los Ríos.
Príncipe.......	Idem D. Antonio Escaño....	Idem D. Juan Moreno.
San José.......	Idem D. Pedro Pineda......	G. E. D. Francisco Winthuisen.
Mexicano......	Idem D. Francisco Cruzat...	Idem D. Pedro de Cárdenas.
Conde de Regla.	Idem D. Gerónimo Brabo...	Idem Conde de Amblimont.
Bahama........	C. N. D. José Aramburu....	Idem D. Domingo de Nava.
Salvador.......	B. D. Antonio Yepes.	
Neptuno.......	Idem D. José Lorenzo Goicoechea.	
San Nicolás.....	Idem D. Tomás Geraldino.	
San Pablo......	Idem D. Baltasar Cisneros.	
Soberano......	Idem D. Juan Yáñez.	
Pelayo.........	C. N. D. Cayetano Valdés.	
Santo Domingo.	Idem D. Manuel Torres Valdivia.	
Conquistador...	Idem D. José Butler.	
Nepomuceno...	Idem D. José Boneo.	
San Genaro....	Idem D. Felipe Villavicencio.	
Terrible.......	Idem D. Francisco Uriarte.	
Oriente........	Idem D. Juan Suárez.	
San Isidro.....	Idem D. Teodoro Argumosa.	
San Ildefonso...	Idem D. Rafael Maestre.	
San Fermín....	Idem D. José de Torres Campo.	
Firme.........	Idem D. Bruno Ayala.	
San Antonio...	Idem D. Salvador de Medina.	
Glorioso.......	Idem D. Juan de Aguirre.	
Atlante........	Idem D. Gonzalo Vallexo.	
San F. Paula...	Idem D. José Guimbarda.	

FRAGATAS	COMANDANTES
Casilda..............	C. F. D. Ramón Herrera.
Perla...........	Idem D. Francisco Moyua.
Mercedes....	Idem D. José Vasco y Vargas.
Paz.........	Idem D. Santiago Irizarri.
Dorotea.....	Idem D. Manuel Guerrero.
Guadalupe....... .. .	Idem D. José de la Encina.
Teresa.....	Idem D. Pablo Pérez.
Matilde.......... ..	Idem D. Manuel Victoria. (Graduado de C. N.)
Diana........... ..	Idem D. Juan José Varela.
Atocha.........	Idem D. Francisco Parexa.
Ceres..........	Idem D. Ignacio Olaeta.
Flora..........	Idem D. Joaquín Rodríguez de Rivera.
Brígida.........	T. N. D. José González.

URCAS DEL REY

Santa Paula........ .	T. N. D. José Eléxaga.
Santa Balbina........	Idem D. Diego Ochando.
Anunciación	Idem D. José Herrera.
Santa Justa.........	Idem D. Francisco Escals.
Bergantín Vigilante...	Idem D. Francisco de Córdova.

NÚMERO 4.°

MEMORIAS DE LADY HAMILTON

Nelson tocó, según se habia propuesto, al puerto de Nápoles sólo para obtener noticias y pedir la cooperación de algunas embarcaciones ligeras que le hacian falta. Para eso empleó al capitán Troubridge; y aqui nos vemos en la desagradable necesidad de copiar una historieta de la vida de Nelson, arreglada bajo la dirección de Lady Hamilton poco después de la muerte del héroe. Por lo que se desprende de esa relación, la misión de Troubridge era muy distinta de la que se queria suponer, teniendo por objeto positivo el de impetrar permiso para proveer la flota de viveres y agua en cualquiera de los puertos de Sicilia. «Con esta mira, dice el autor de esa relación, el Capitán desembarcó en Nápoles á las cinco de la mañana, levantándose inmediatamente Sir William Hamilton para tratar del asunto con el Rey de las Dos Sicilias y el general Actón, quienes, después de detenidas deliberaciones, acordaron no poderse hacer nada que pusiera en peligro la paz con la República francesa. Lady Hamilton, entretanto, anhelante por saber cuál seria la decisión que se iba á tomar, según lo que habia oido al capitán Troubridge, sobre la importancia que tendria para la escuadra británica, asi como para la seguridad de Sicilia y Nápoles, el que no se cerrasen sus puertos á los únicos que eran capaces de protegerlos contra la fuerza y la perfidia del general Bonaparte, y sin consultar más que á su recto juicio y á su bien intencionado corazón, pensó en el modo de procurarse un ser de orden superior, silfide, encantador, mago ó persona instruida en las ciencias secretas, de las que hay tantas en Nápoles y en otras partes, que las profesan y dicen tener colección de caracteres *talismánicos*

con tal poder ó influencia mágica en favor del que las ejerce para aquel caso; que en cuanto el Gobernador siciliano ó napolitano vislumbrara el más ligero rayo del místico encanto, quedaría incapaz de mirar á otro objeto que no fuera el que el portador presentase á su ofuscada vista, ni de oir otro propósito que el que aquella misma persona dirigiese á su atónito oido, obligando, á la vez, su lengua á enmudecer con la amenaza de una muerte ineludible. Poseedor así de tal tesoro, Sir Horatio (Nelson) se hizo inmediatamente á la mar; pero como la posesión del talismán tenia que permanecer en profundo secreto hasta la época en que habria de usarse, continuó la misma clase de correspondencia entre ambas partes que si no se hubiera concedido tamaño favor al héroe por una amiga encantadora.»

El lenguaje en que está contada esta historia corresponde perfectamente al crédito que debe dársele; porque en ningún cuento árabe se halla quizá ficción tan extravagante. Pero es necesario completar la fábula según la sola autoridad que queda. Después de contar la infructuosa pesquisa de Nelson en su primera visita á las costas de Egipto y su vuelta á Sicilia, tanto para su abastecimiento como para encontrar al enemigo, el escritor nos da esta extraordinaria relación:

«Tales instrucciones fueron enviadas al Gobernador de Siracusa, á pesar de la preponderancia de los intereses de Francia en aquel período, que hubiérale sido difícil ni aun enterarse de ellas y probablemente no se habría obtenido sino corto ó ningún refuerzo de género alguno, aun de lo mucho que era necesario, á no haberse experimentado los beneficiosos efectos de la poderosa influencia de Lady Hamilton, puestos en juego secretamente en el único lugar en que no se había hecho impenetrable por las insinuaciones amenazadoras del entonces Embajador francés en Nápoles. Fué la ayuda que se procuró por virtud del talismánico don recibido de Lady Hamilton, sin el cual no hubiera (Nelson) podido en tiempo razonable haber perseguido á la flota francesa y regularmente no habría dado nunca con ella, como reconoció solemnemente, poco tiempo antes de morir, haciéndolo objeto de un codicilo anejo á su testamento, en el que expresamente *legaba á aquella señora el reconocimiento de su país.*

Es verdad que aquel grande hombre la recomendó tanto á la gratitud de la patria, é igualmente cierto que ella continuó durante su vida, pero sin corresponder á su crédito, engañando al Gobierno, que la concedió una pensión proporcionada á los ex-

traordinarios servicios que ella supuso haberle prestado en aquella y otras ocasiones. En un memorial dirigido al Ministro hacía ella observar: «La flota misma, puedo decirlo en verdad, no podía ir á Sicilia; pero por lo que yo afortunadamente logré hacer con la Reina de Nápoles y á favor de sus secretas instrucciones, se obtuvo cuando de ello dependía el aprovisionamiento de la escuadra en Sicilia, y con él cuanto tan gloriosamente sucedió en el Nilo.»

———

NÚMERO 5.°

PARTES SOBRE EL ATAQUE DE FERROL EN AGOSTO DE 1800

Gaceta extraordinaria del domingo 31 *de Agosto de* 1800.

Por extraordinarios que el Comandante general interino del departamento de Marina de Ferrol, D. Francisco Melgarejo, despachó con fechas 25, 26 y 27 del corriente, ha tenido el Rey las noticias siguientes sobre el desembarco hecho por los Ingleses en la playa de Doniños, situada en las inmediaciones de dicho departamento:

«Por la mañana del dia 25 descubrió el vigía de Monteventoso, á distancia de cuatro á cinco leguas, una esquadra y convoy que seguian por la costa como para montar cabo Prioyro (Prioriño). A poco rato de este primer reconocimiento pudo ya numerar hasta 87 buques, sin poderse asegurar con certeza de su porte y fuerza, á causa de la calima y cerrazon del horizonte. La esquadra y convoy siguió para el S. con viento floxo del N. hasta la una de la tarde que, hallándose al NO. á distancia de dos á tres millas, se puso de la vuelta del E. y prolongó de N. á S. entre la playa de Doniños y la de los Rios, contándose entónces 10 navios, cuatro de ellos de tres puentes, siete fragatas, siete balandras y los restantes buques mercantes de transporte, que por sus maniobras indicaban querer efectuar un desembarco de tropas en la expresada playa de Doniños.

»Con efecto, á las cuatro de la tarde de aquel dia dió fondo en dicha ensenada la esquadra y convoy enemigo, siendo su primera diligencia destacar 10 lanchas con gente de desembarco, que lograron sin oposicion, protegidas de dos balandras y una

fragata, que batió la bateria situada en aquel paraje, sin quedar al corto destacamento que lo guarnecia, otro recurso que la huida. Seguidamente pusieron en tierra dos cañones de batallon y lo restante de las tropas, las quales marcharon sin detencion á apoderarse de las alturas.

»Informado el Comandante general del departamento de todos estos hechos por los repetidos partes que en el propio dia 25 recibia del vigia de Monteventoso, y no pudiendo dudar de qual fuese el intento de los enemigos, pasó puntuales avisos al Comandante general del Reyno de Galicia, al Conde de Donadío, Comandante de los campos volantes, y al Gobernador de la plaza, á fin de que todos concurriesen eficazmente á su defensa y á la del arsenal, que era conocidamente el objeto contra quien se dirigia la empresa de los enemigos. Para esto franqueó el mismo Comandante quantos auxilios pendian de su arbitrio despues de cubiertos los puestos de la marina y tomadas quantas disposiciones exigian tan críticas circunstancias, y que estaban establecidas en el plan de defensa que se acordó por disposicion del Ministerio de la Guerra en junta de guerra presidida por el Capitan general de dicho departamento D. Felix de Tejada el año de 1797. La esquadra del mando del Teniente general D. Juan Joachin Moreno puso al instante en tierra 500 hombres de tropa, procurando al mismo tiempo situarse del modo más conveniente; y despues de tomadas estas providencias para contener al enemigo, y la de mandar reunir dentro del arsenal toda la maestranza, peones y demás trabajadores, para tenerlos armados y dispuestos á acudir donde se hiciese más necesario su auxilio, con otras oportunas disposiciones que se tomaron, de acuerdo con el mismo Comandante general de la esquadra, despachó el interino del departamento D. Francisco Melgarejo, á las nueve de la noche, un correo extraordinario para informar á S. M. de todo lo ocurrido hasta aquel punto.

»El primer movimiento de los enemigos fué tomar las alturas de Brion y Balon, que dominan el puerto y la plaza; pero el destacamento de los 500 hombres de la esquadra llegó á tiempo de poderles dificultar el paso, conteniéndolos en su marcha, á pesar de su corto número con respecto á las considerables fuerzas con que marchaban los Ingleses. Vista esta inferioridad, dispuso Melgarejo que inmediatamente se reuniese este cuerpo con los demas del exército y marina que se habian apostado en la altura de Brion, á las órdenes del Mariscal de campo Conde de Dona-

dío, por ser aquel el punto más ventajoso para poder rechazar á los enemigos.

»En esta noche del 25 se armó parte de la maestranza, auxiliando con ella los castillos de la ria, y con el peonage se acudió á dotar las lanchas y todos los demás buques menores, que se facilitaron de la esquadra con particular diligencia, en los quales se envió á todas las fortalezas los socorros más urgentes que se sacaron de los almacenes de marina y buques de la esquadra, para surtir oportunamente todos los puestos de tierra y lanchas cañoneras. Igualmente dispuso el Comandante general del departamento que se sacase de la Graña quantos víveres fuesen posibles segun la urgencia, y se trasladasen al arsenal, rezelándose que los enemigos pudiesen apoderarse de ellos, como sucedió efectivamente. Pero las muchas atenciones que ocurrian en aquel conflicto no dieron lugar á que se extraxese el todo de los repuestos que se contenian en dichos almacenes. Sin embargo, con lo que se logró sacar de ellos se socorrieron las tropas de tierra y marina, suministrando al Gobernador de la plaza y al Comandante de los campos volantes todo lo que necesitaban.

»La noche del 25 pasó sin ocurrencia particular, hasta que al amanecer del dia inmediato fué atacada la altura de Brion, donde se hallaban nuestras tropas, por las de los enemigos, muy superiores en número, y despues de un recio y obstinado choque consiguieron éstos desalojar á aquéllas, que se retiraron á la plaza de Ferrol, quedando dueños del puesto con dos cañones violentos que habian conducido.

»Viendo Melgarejo que se reunian los enemigos en número de 6 á 7Ꝺ hombres en la misma altura, aparentando dirigirse á la plaza, mandó habilitar inmediatamente en el arsenal una bateria flotante con 8 cañones de á 24 al cargo del Capitan de fragata D. Antonio Pilon, la qual se hallaba concluida y apostada antes de las doce del dia, como asimismo el bergantin *Vivo* en la ensenada de Serantes, punto preciso por donde debian pasar; con cuyos fuegos y el que hicieron por su parte con el mayor acierto las lanchas cañoneras, se logró contener á los enemigos.

»Al mismo tiempo que el Comandante general del departamento tomaba estas activas providencias para frustrar los proyectos del enemigo, daba igualmente otras para franquear al Gobernador varios auxilios de artilleria sacada del navio *San Fernando* y para transportar á un almacen de la costa de enfrente toda la pólora, despues de repartida la necesaria para el servicio corriente.

»El Comandante general interino del Reyno de Galicia Don Francisco Xavier Negrete reforzó inmediatamente la guarnición de la plaza con un batallon del regimiento de África y otro del de voluntarios de Aragon, ascendiendo el total de aquella con este aumento á unos 3ꝏ hombres, con víveres y cartuchos de fusil.

»En este dia se dirigió otro cuerpo enemigo considerable á atacar el castillo de San Felipe, que habria sido tomado, á no impedirlo el incesante y acertado fuego de las lanchas cañoneras de la esquadra y las cuatro de la ria de Ares; pero los enemigos persiguieron á nuestras tropas hasta la villa de la Graña, en donde habiendo penetrado, saquearon los almacenes de la provision de víveres.

»Á las cuatro de la tarde de este mismo dia se vió retirar á los enemigos hácia la playa de su desembarco.

»El conde de Donadio quedó situado aquella noche en la puerta de Canido, punto por donde más bien podia rezelarse el ataque, no obstante de que todas las noticias confirmaban la retirada de los Ingleses, y su reunion en la laguna de Doniños, abandonando todas las alturas de que se habian hecho dueños.

»En estas circunstancias despachó el Comandante general del departamento el segundo extraordinario á las nueve de la noche. Con el del dia siguiente 27 confirma en efecto el reembarco de todas las tropas enemigas á la una de aquella noche. Á su retirada incendiaron todos los montes y casas que hallaron en su tránsito, incluso la vigía de Monteventoso, llevándose quanto ganado pudieron robar, y por la mañana dieron la vela la esquadra y convoy. Por declaracion de un marinero frances que se hallaba prisionero en los buques enemigos, y pudo escaparse, se sabe que el total de éstos constaba de seis navíos de guerra, entre ellos tres de tres puentes, cinco fragatas, varios buques menores, y hasta 70 transportes, que conducian 15ꝏ hombres de tropa de desembarco. El mismo añade que el motivo de su pronta é inesperada retirada era la fuerte resistencia que contra sus esperanzas habian hallado, no obstante de su gran superioridad, habiendo tenido 1ꝏ muertos, y entre ellos un Teniente general y un Coronel, con 800 heridos; que sus ideas eran tomar el castillo de San Felipe para atacar despues la plaza, y entrar luego con su esquadra para apoderarse de la española que habia en el puerto; pero vista la defensa que hacia aquel fuerte, y la mortandad que causaba en ellos el vivo y bien dirigido fuego de las

lanchas cañoneras que los sostenian, determinaron desde luego su retirada, que empezaron á practicar desde las dos de la tarde en el mayor desórden, rezelosos de ser atacados en ella. Dice tambien que segun habia oido, aguardaban otro convoy mucho mayor, el qual se estaba preparando en los puertos de Inglaterra con el propio objeto. En las dos acciones ocurridas en la tarde del dia 25 y madrugada del dia 26 tuvimos 75 heridos de todos cuerpos, y muertos, por parte de la Marina, el teniente de navio D. Agustin Matute, y el alferez de fragata D. Miguel Godoy, que se portaron con bizarria.

»El Comandante general del departamento hace un particular elogio de la actividad y acierto con que el Mariscal de campo Conde de Donadio dirigió todas las operaciones de esta defensa en la parte que tuvo á su cargo; asi como tambien de la conducta y providencias tomadas por el Gobernador de aquella plaza, y de la prontitud y zelo con que el Comandante general interino del Reyno de Galicia acudió al socorro y refuerzo del departamento con las tropas que al efecto destacó desde la Coruña. Finalmente celebra y recomienda la intrepidez con que asi las tropas y oficialidad de exército y marina, como la marineria, maestranza y demás trabajadores del arsenal han concurrido juntamente á rechazar á los enemigos, despreciando su gran superioridad de número.

»S. M., que ha sabido todo esto con un gozo extraordinario, ha mandado manifestar en su Real nombre á D. Francisco Melgarejo lo complacido y satisfecho que está de su distinguida conducta, como de las atinadas medidas que tomó; y no ménos de la del Comandante general del Reyno, de D. Juan Moreno, demás Oficiales generales, sus subalternos, tropas y demás individuos de la Real Armada, concurriendo con admirable porfia y zelo al logro de rechazar con escarmiento al enemigo, arrostrando los peligros con firmeza y denuedo, juntamente con los xefes, oficiales y tropa del exército del mando de Donadio, de que igualmente está muy satisfecho, reservándose atender á unos y otros, asi que se reciban noticias más circunstanciadas: bien que desde luego ha mandado S. M. se de por via de gratificacion el importe de los sueldos ó haberes correspondientes á dos meses á cada uno de los individuos de tropa, marineria, maestranza y demás de esta clase que concurrieron á la defensa.»

Suplemento á la Gaceta del viernes 12 de Septiembre de 1800.

«De las noticias que acaban de recibirse y ha comunicado por conducto del Comandante general del exército y Reyno de Galicia D. Xavier de Negrete, el Mariscal de campo Conde de Donadio, Comandante de los campos volantes que desde 1797 hay establecidos para defender la plaza, arsenal y puerto de Ferrol, resulta lo siguiente, que se anuncia como suplemento á la Gaceta extraordinaria de 31 del mes próximo pasado.

»Noticioso el Conde de Donadio de que en el dia 25 de dicho mes ponia el enemigo tropas en la playa de Doniños [1], y creido de que se dirigian á las alturas de Cobas y Sanjurjo, destinó para que tomasen aquellas avenidas los dos batallones de la division de granaderos y cazadores de los regimientos provinciales de Galicia, al mando del brigadier D. Joseph Meneses; y al Marques de Valladares, con el regimiento provincial de Orense, á las que hay desde Serantes á la altura del Balon; contando con que se apostarian en las de la Graña las tropas que facilitaria la Real Armada, y que en efecto habia dispuesto el Comandante general de la esquadra surta en el puerto, D. Juan Joachin Moreno, lo executasen unos 600 hombres del regimiento de infanteria de Asturias, del de Ordenes y de Marina, de los de las guarniciones de la esquadra al mando del capitan de navio D. Ramon Topete, y sus segundos los de fragata D. Juan Mesias y D. Joseph Meneses, con prevencion de que estuviesen á la órden de Donadio; los enemigos subieron á las alturas de Brion y la Graña, lo que disputaron con mucha firmeza y denuedo dichos oficiales y tropas, á pesar de su excesiva inferioridad numérica, habiendo logrado á lo ménos el que no continuasen su marcha á las alturas del fuerte de San Felipe [2], situado sobre la márgen derecha de la canal de entrada al puerto: cesado el fuego de una y otra parte al obscurecer, replegóse Topete hácia la Graña, y el enemigo lo hizo cubriendo los caminos por donde habia subido: el capitan de fragata D. Juan Doral encontró en su marcha con algunas partidas enemigas y se incorporó con su tropa á Topete.

»Donadio presenció este obstinado ataque desde el Balon, pues hallándose allí, como centro de las tres posiciones, lo cortado y fragoso del terreno no le permitió llegar al punto de la Graña hasta despues de concluida la accion.

1 Habia en ella una bateria con ocho cañones de á 24, montados y cargados.
2 Tenía montados y cargados veintiséis cañones de á 24, tres de á 22 y uno de á seis.

»Reunido á las tropas de ella, reforzadas con las de Doral, las conduxo al mismo terreno de la accion; mandó se le incorporasen el tercer batallon del regimiento del Rey y una compañia de granaderos del de Guadalaxara, que estaban en Ares; con estos refuerzos y el de 500 hombres de tropa más que le facilitaron el Comandante general interino del departamento, D. Francisco Melgarejo, y el de la esquadra, y unas partidas descubridoras de la plaza, formó Donadio el designio de atacar al enemigo al amanecer del dia siguiente 26, pareciéndole imposible llegase á tiempo el batallon de cazadores apostado en las alturas de Cobas. Para realizarlo mejoró su posicion; reunió cuatro compañias de granaderos, una del regimiento del Rey, otra del de Guadalaxara, y las dos del de Asturias que estuvieron en la accion del dia anterior, dándolas por alas para cubrir sus flancos las de fusileros del Rey y las de Asturias, siendo los xefes de ellas D. Rodulfo Gautier, comandante de dicho batallon del Rey, y D. Francisco Fulgosio, sargento mayor del de Asturias; y formó segunda linea con toda la tropa de auxilio de la marina, al mando del brigadier de la Real Armada D. Pedro Landa, que llegó, como el capitán de fragata, D. Diego de Pazos, á las alturas con los últimos socorros. Dichas tropas de primera línea atacaron con admirable serenidad, union y valor á las enemigas, obligándolas á abandonar con grande estrago la ventajosa posicion que tenian, no obstante de ser más que triplicadas sus fuerzas. Hecho dueño de las primeras alturas Donadio, se vió precisado á prolongar su primera linea para evitar le rodease el enemigo, como lo intentó por la izquierda; y habiendo prevenido á Landa que avanzase con la mayor parte de sus tropas, lo executaron con igual frescura y espiritu que las primeras; pero teniendo á su frente 9ꝏ hombres el enemigo, no llegando las de su mando á 2ꝏ, y considerando podia ser cortada la division de granaderos y cazadores provinciales, como el regimiento de Orense, determinó retirarse á la plaza de Ferrol para hacer en ella el último esfuerzo de defensa, ó volver á tomar posicion en la campaña, segun lo permitiesen las circunstancias; y habiendo reforzado el castillo de San Felipe con una compañia de Guadalaxara, dispuso su retirada por la baxada agrísima de la Graña, y la verificó sin que el enemigo le incomodase. Llegado á aquel pueblo, se embarcó la mayor parte de la tropa en los barcos que oportunamente envió la Marina, y la restante siguió al propio destino por tierra, y previno á Meneses y á Valladares, que igualmente

se retirasen con las de sus mandos por los parages que les indicó.

»Las seis lanchas de la esquadra armadas en cañoneras y mandadas por el capitan de fragata D. Francisco Bizcarrondo, y las cuatro que vinieron de Ares al de D... (no lo mencionan), se situaron con tal acierto, que su activo fuego, el de los castillos de San Martin [1] y la Palma y los del macho del de San Felipe, impidieron que el enemigo se aproximase á las alturas que dominan á este último fuerte.

»Luego que llegaron los refuerzos que oportunamente envió el Comandante general del Reyno así que por la vigia de la torre de Hércules de la Coruña supo los movimientos de la esquadra y convoy enemigos, trató Donadío con el ingeniero comandante D. Juan Casanovas de ocupar las alturas de Chamorro para contener á las tropas enemigas y mantenerlas distantes de la plaza; y aunque convinieron en el modo de hacerlo, habiendo observado movimientos en aquellas que indicaban reembarco, ó que tal vez serian para mejorar de posicion, ó descender por la playa á las entradas del llano de Cartaboix para executar un golpe de mano sobre la plaza, resolvió permanecer en ella, avanzando al valle de Serantes el batallon de voluntarios de Aragon, á más de las partidas que tenia en las alturas de Chamorro y otros puntos para descubrir el movimiento del enemigo, como al alto de Cartaboix la division de granaderos provinciales; de cuya suerte se pasó la noche del 26.

»Al amanecer del 27 dispuso que el batallon de voluntarios á la orden de su comandante D. Manuel de Peñas reconociese el campo y lo halló abandonado por haberse embarcado el enemigo, el qual se hizo á la vela á las seis de la tarde, habiendo abandonado en las playas de Cobas y de Doniños una porcion de tabloneria, picas, sacos, tres lanchas y un bote. Sin embargo se continuaron las mismas precauciones, permaneciendo dicho batallon en las alturas de Doniños, Balon, Sanjurjo y otras, que reforzó á la noche con el primer batallon del regimiento de Africa á la orden de su coronel D. Antonio Senra, que quedó encargado de todos; y á la de Cobas fué el segundo de Guadalaxara mandado por su Teniente coronel D. Ventura Montero; y á Cartaboix la tropa de los batallones de marina mandada por D. Juan Doral; y en esta situación se pasó la noche.

1 Tenía montados y cargados nueve cañones de á 24, y lo mismo el de Palma, y á este tenor se hallaban las demás baterías de costa y canal del puerto.

»Tuvimos los muertos y heridos que manifiesta el siguiente estado en ambas acciones de las alturas de la Graña:

REGIMIENTOS	OFICIALES						TROPA				
	1.ª acción.			2.ª acción.							
	Muertos.	Heridos.	Contusos.	Muertos.	Heridos.	Contusos.	Muertos.	Heridos.	Contusos.	Extraviados.	TOTAL.
Asturias embarcado.... . ..	1				1		1	24			25
Idem desembarcado					1		11	15			26
Marina embarcada.....	1	3					2	15			17
Idem desembarcada	1	1		1		1	13	25			38
Tercer batallón del Rey.....				2	:		2	8			10
Guadalaxara.					1		1	2		4	7
Ordenes embarcado...... .. .								1			1
División de Granaderos... .											
Orense....		1					1	1	1	1	4
Total.............. .	3	5		3	4	1	31	91	1	5	128

»Los oficiales muertos en la primera son: el coronel graduado y capitan de granaderos de Asturias D. Severo de Oliver y el teniente de navio D. Agustin Matute. Los heridos, los alféreces de navio D. Manuel Luengas y D. Antonio Balzona, y los de fragata D. Rafael Basabe y D. Tomas de Gana, y el teniente de granaderos de Monterey D. Joseph Yañez. Los muertos en la segunda, el alferez de fragata D. Miguel Godoy, el ayudante mayor del Rey D. Miguel Planes y el cadete D. Ramon Pardo; y heridos los primeros tenientes de Asturias D. Joseph de Zayas y D. Andres Ortiz, el comandante del tercer batallon del Rey D. Rodulfo Gautier y el subteniente de granaderos de Guadalaxara D. Teodoro San Martin.

»De los elogios con que finaliza Donadio su parte se infiere que en toda la seguida de operaciones de los cuerpos de tropas volantes, del arsenal, esquadra y plaza, han tenido los xefes intima union en sus deliberaciones. Que todos, con un desvelo y afan extraordinario, han contribuido á las providencias de ataque y defensa. Que á esta union, al valor, actividad y disciplina de los oficiales de exército y armada, tropas de estos cuerpos y maniobras de la marineria y maestranza, se debe el suceso glorioso de haberse reembarcado el enemigo, con el desengaño bien á su

costa, de haberse executado su empresa tan absurdamente como la concibió.

»Igualmente ha sabido S. M. con distinguido aprecio y agrado los vivos deseos que han mostrado los naturales del Reyno de Galicia en escarmentar al enemigo, anhelando con ardor ocasiones en que poder oponérsele y resplandecer, á exemplo de sus mayores, en su constante amor y lealtad, como en el interés que toman por el bien del Real servicio y de la causa pública.

»Asimismo ha merecido su Real aprecio el zelo activo con que el brigadier de Marina D. Rafael Clavijo, Comandante general de los correos marítimos, habilitó cuatro de las lanchas cañoneras de la plaza de la Coruña, que puso á su disposicion D. Francisco Xavier Negrete, y dos brulotes para incendiar la esquadra y convoy enemigo en los dias que se mantuvieron fondeados en la ensenada de Doniños; aunque la falta de viento al anochecer no permitió realizar la operacion.

»Consiguiente, pues, á lo enteramente satisfecho que se halla S. M. de la conducta que han tenido los individuos de tierra y mar, como se dixo en la referida Gazeta extraordinaria, se ha servido conceder á las viudas, hijos, padres pobres ó madres viudas de los que han muerto en la defensa ó muriesen por haber sido heridos en ella, en defecto de unos, por el órden que se expresan, dos mesadas íntegras de los sueldos ó haberes de los fallecidos, por una vez; y en adelante, cada mes, los dos tercios de dichos sueldos ó haberes, comprehendiéndose en esto á los oficiales militares y demas á quienes por separado disfruten pension en los Montes pios sus viudas é hijos, y entendiéndose con éstos hasta la edad de diez y ocho años; y se reserva su Real piedad acordar gracias á los que por las heridas queden imposibilitados de poder continuar el servicio, segun las noticias que se reciban del estado en que queden y familia que tengan; é igualmente ha concedido S. M. á los oficiales é individuos de tropa que formaban el bizarro destacamento que sostuvo la accion del dia 25, y á los de la denodada y valerosa primera línea de tropa que atacó al enemigo el dia 26, la gracia de vestir en la manga de la casaca un Escudo de distincion; y ha mandado que se le hagan presentes, como los de las lanchas cañoneras, de la plaza, castillos y demas, para atenderlos en sus ascensos oportunamente.

NÚMERO 6.°

TRATADO PRELIMINAR Y SECRETO

entre la República francesa y S. M. C. respecto á la aumentación de estado en Italia de S. A. R. el señor Infante Duque de Parma, y á la retrocesión de la Luisiana.

La República francesa, habiendo manifestado hace ya mucho tiempo á S. M. C. el Rey de España el deseo de volver á ser puesta en posesión de la Colonia de la Luisiana; y S. M. C., habiendo por su parte demostrado siempre gran solicitud en procurar á S. A. R. el Duque de Parma un aumento de territorio que pusiese sus Estados de Italia en un pie más conforme á su dignidad, los dos Gobiernos, después de haberse comunicado su fin sobre estos dos objetos de interés recíproco, y permitiéndoles las circunstancias contraer sobre este particular las obligaciones que les aseguren, en cuanto esté al alcance de cada uno de ellos, esta satisfacción mutua, han autorizado á este efecto:

La República francesa al ciudadano Alejandro Berthier, general en jefe, y S. M. C. á D. Mariano Luis de Urquijo, caballero de la Orden de Carlos III y de la de San Juan de Jerusalén, su consejero de Estado, embajador extraordinario y plenipotenciario nombrado cerca de la República Batava, y primer secretario interino del despacho de Estado; los cuales, después de haberse transmitido sus respectivos poderes, han convenido en lo siguiente, salvo posterior ratificación de artículos:

Artículo 1.° La República francesa se obliga á procurar á S. A. R. el señor Infante Duque de Parma un aumento de territorio en Italia que haga ascender sus Estados á una poblacion de un millón á un millón doscientos mil habitantes, con el título

de Rey y todos los derechos, prerrogativas y preeminencias correspondientes á la dignidad Real; y la República francesa se obliga á obtener á este efecto el consentimiento de S. M. el Emperador y Rey y el de los demás Estados interesados, de modo que S. A. el señor Infante Duque de Parma pueda, sin contestación, ser puesto en posesión de dicho territorio cuando se efectúe la paz entre la República francesa y S. M. I.

Art. 2.° El aumento de territorio que se debe dar á S. A. R. el señor Duque de Parma podrá consistir en la Toscana, en caso que las actuales negociaciones del Gobierno francés con S. M. I. le permitan disponer de ella. Podrá consistir igualmente en las tres Legaciones Romanas ó en cualquiera otra provincia continental de Italia que forme un Estado por sí sola.

Art. 3.° S. M. C. promete y se obliga por su parte á devolver á la República francesa, seis meses después de la total ejecución de las condiciones y estipulaciones arriba dichas, relativas á S. A. R. el señor Duque de Parma, la colonia ó provincia de la Luisiana con la misma extensión que tiene actualmente bajo el dominio de España y que tenía cuando la Francia la poseía, y tal cual debe estar según los tratados pasados sucesivamente entre España y los demás Estados.

Art. 4.° S. M. C. dará las órdenes oportunas para que la Luisiana sea ocupada por la Francia al momento en que los Estados que deban formar el aumento de territorio del señor Duque de Parma sean entregados á S. A. R. La República francesa podrá diferir la toma de posesión, según le convenga. Cuando ésta deba efectuarse, los Estados directa ó indirectamente interesados convendrán en las condiciones ulteriores que puedan exigir los intereses comunes ó el de los habitantes respectivos.

Art. 5.° S. M. C. se obliga á entregar á la República francesa en los puertos europeos de España, un mes después de la ejecución de lo estipulado relativamente al señor Duque de Parma, seis navíos de guerra en buen estado, aspillerados para 74 piezas de cañón, armados y equipados, y prontos á recibir equipajes y provisiones francesas.

Art. 6.° No teniendo las estipulaciones del presente tratado ninguna mira que pueda perjudicar y debiendo dejar intactos los derechos de cada uno, no es de temer que ninguna potencia se muestre resentida. Sin embargo, si así no sucediese y los dos Estados se viesen atacados ó amenazados en virtud de su ejecu-

ción, las dos potencias se obligan á hacer causa común para rechazar la agresión, como también para tomar las medidas conciliatorias que sean oportunas para mantener la paz con todos sus vecinos.

Art. 7.° Las obligaciones contenidas en el presente tratado no derogan en nada las enunciadas en el tratado de alianza firmado en San Ildefonso el 18 de Agosto de 1796 *(2 fructidor, año 4)*. Antes, por el contrario, unen de nuevo los intereses de las dos potencias y aseguran la garantía estipulada en el tratado de alianza en todos los casos en que deban ser aplicadas.

Art. 8.° Las ratificaciones de los presentes artículos preliminares serán transmitidas en el término de un mes, ó antes si fuese posible, contando desde el día en que se firme el presente tratado.

Y para que conste, los infrascriptos Ministros plenipotenciarios de la República francesa y de S. M. C., en virtud de nuestros poderes respectivos, signamos y firmamos los presentes artículos preliminares y los sellámos con nuestros sellos.

Hecho en San Ildefonso el nueve Vendimiaire del año nueve de la República francesa (primero de Octubre de mil ochocientos).—*Alejandro Berthier.—Mariano Luis de Urquijo.*»

NÚMERO 7.°

AL CIUDADANO TALLEYRAND, MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

París 7 pluvioso año IX (27 de Enero de 1801).

Deseo, ciudadano Ministro, que enviéis un correo á Madrid.

Haréis saber al ministro de la República, que S. M. el Emperador de Rusia me ha dirigido una carta autógrafa, tan atenta como amistosa, y que las relaciones entre Francia y las potencias del Norte están ya bajo el mejor pie;

Que la influencia de Rusia y Francia decidirá á Prusia, y que entonces la Inglaterra quedará sin comunicación alguna con el Continente;

Que las tres potencias aliadas, Francia, España y Holanda, deben aprovechar esa circunstancia para dar algún golpe que haga cambiar el aspecto de la guerra;

Que deseo que el ministro de S. M. C. en Paris, ó un general de Marina, obtenga los poderes necesarios para hacer operar los navíos españoles que están en Brest, según las circunstancias; que Mazarredo no me merece ninguna confianza;

Que es indispensable que esos quince navíos, reunidos á los quince navíos franceses y á los bátavos, puedan operar juntos y según las operaciones que intenten los Ingleses en el Báltico.

La paz del Continente parece resuelta: la República va á tener numerosos ejércitos con que obrar.

Un ejército se reunirá en Batavia, uno en Brest, otro en Burdeos y otro en Cette y Marsella.

Las fuerzas navales de las tres potencias, reunidas y combinadas con los movimientos de las potencias del Norte, pueden emprender:

1.° Una expedición á Irlanda;
2.° Otra al Brasil y la India;
3.° Otra á Surinam, la Trinidad y las islas de América;
4.° Varias expediciones en el Mediterráneo.

No pedimos á España para las dos primeras expediciones más que el disponer de los quince navíos que tiene en Brest.

Deseamos que prepare en Ferrol, para la tercera, cuatro navíos y dos fragatas con 2.000 hombres de desembarco para que ocupen la Trinidad.

En cuanto á las expediciones en el Mediterráneo, deseamos que España haga armar todos los navíos y todas las fragatas que tenga en Cádiz, Cartagena y Barcelona.

Mientras los Ingleses sean atraídos á las costas de Egipto ó al mar Negro se puede presentar la ocasión de invadir Mahón.

Así, resumiendo:

Dar al Príncipe de la Paz conocimiento del proyecto general de la campaña;

Insistir sobre estos cuatro puntos:

1.° Que el ministro de España en París sea autorizado para hacer que la escuadra española opere en totalidad ó en parte;

2.° Que se preparen en Ferrol cuatro navíos y dos fragatas con 2.000 hombres y seis meses de víveres para atacar, en unión con las escuadras francesa y bátava, Surinam, la Trinidad y las islas de América;

3.° Que España arme los navíos que hay en Cádiz, en Cartagena y Barcelona, á fin de poder aprovechar circunstancias que puedan presentarse y el embarazo en que se va á encontrar Inglaterra, amenazada en el Archipiélago por los Rusos y en los mares del Norte por las potencias coaligadas, lo que la pondrá en la imposibilidad de sostener largo tiempo una escuadra en el Mediterráneo;

4.° Hacer preparativos en Barcelona, sea reuniendo allí algunas tropas, sea fletando algunos barcos de transporte, para amenazar á Mahón.

Desearía que el embajador de la República redactara y firmase con el Príncipe de la Paz un convenio, concebido poco más ó menos en estos términos:

Artículo 1.° El Primer Cónsul de la República francesa y Su Majestad Católica convienen en el siguiente plan de campaña marítima:

Art. 2.° Cinco navíos españoles de los quince que están en

Brest, con igual número de franceses y bátavos, saldrán para una expedición al Brasil ó la India.

Art. 3.° Diez navíos españoles, de los que están en Brest, con igual número de franceses y bátavos, estarán siempre dispuestos á amenazar la Irlanda y á operar conforme á un plan que podrá ser adoptado por las potencias del Norte.

Art. 4.° Cuatro navíos del Ferrol, dos fragatas y 2.000 hombres estarán prontos á partir, á fines de ventoso, para reunirse á una escuadra francesa y bátava y reconquistar Surinam y la Trinidad y hacer un crucero en las islas de América.

Art. 5.° La escuadra de Cádiz se armará de modo que pueda hacerse á la vela en el mes de ventoso, y si las circunstancias fueran favorables, reunirse á la escuadra francesa en el Mediterráneo, combinar sus movimientos con la escuadra rusa y obligar, por lo menos, á los Ingleses á mantener en el Mediterráneo el mayor número posible de navíos. Se harán en Barcelona y Mallorca preparativos para atacar á Menorca.

Art. 6.° La República francesa tendrá un ejército en Holanda, en Bretaña, en el Gironda, en el Mediodía y en Córcega, para poder aprovechar las circunstancias.

El rey de España tiene en Cartagena y en Barcelona diez fragatas; nos podría hacer el favor de vendernos, ceder ó prestar tres ó cuatro.

Bonaparte

NÚMERO 8.°

TRATADO DE 29 DE ENERO DE 1801 PARA LA GUERRA DE PORTUGAL

Artículo 1.° S. M. C. expondrá por última vez sus intenciones pacíficas á la Reina Fidelísima, y le fijará el término de quince días para que se determine. Pasado este término, si Su Majestad Fidelísima se niega á hacer la paz con Francia, se tendrá la guerra por declarada.

Art. 2.° En el caso que S. M. F. quiera hacer paces con Francia, se obligará: 1.°, á separarse totalmente de la alianza de Inglaterra; 2.°, á abrir todos sus puertos á los navíos franceses y españoles, prohibiendo que entren en ellos los de la Gran Bretaña; 3.°, á entregar á S. M. C. una ó más provincias, correspondientes á la cuarta parte de la población de sus estados de Europa, como prenda de la restitución de la isla de la Trinidad, Malta y Mahón, ó á resarcir los daños y perjuicios sufridos por los vasallos de S. M. C., y á fijar los límites de los términos que proponga el plenipotenciario de esta potencia al tiempo de las negociaciones.

Art. 3.° Si la paz no se realizase, el Primer Cónsul auxiliará á S. M. C. con 15.000 hombres de Infantería, con sus trenes de campaña correspondientes y un cuerpo facultativo para el servicio de éstos, bien armados, equipados y mantenidos completamente por la Francia, la cual deberá reemplazarlos lo más pronto que sea posible, según lo exijan los acontecimientos.

Art. 4.° Como el enunciado número de franceses no sea el mismo que se halla estipulado en el tratado de alianza, el Primer Cónsul le aumentará hasta el que determina dicho tratado, si así lo pidiese la necesidad. S. M., no creyendo necesario por ahora el número de tropas que está estipulado, se limita provi-

sionalmente al socorro que queda dicho, sin derogar por esto el tratado, haciéndose cargo de las dificultades, y que la guerra contra el Emperador no podrá menos de favorecer á la Francia.

Art. 5.° Hecha que sea la conquista de Portugal, Su Majestad Católica quedará obligada á ejecutar el tratado que la Francia propone al presente á la Reina Fidelísima, y para que sea cumplido en todas sus partes, el Primer Cónsul se prestará á diferir su ejecución por dos años, y si este término no bastase, á que Su Majestad Católica perciba de la parte de aquel reino que haya de ser unida á sus Estados las sumas convenidas, las cuales S. M. C. podrá quizá suplir con las que saque de otras provincias, ó á tratar amistosamente acerca del modo de ejecutar las expresadas condiciones.

Art. 6.° Si la conquista no abrazase todo el reino, y sí sólo una parte suficiente para resarcir los perjuicios, en tal caso, Su Majestad Católica no pagará nada á la Francia, ni ésta podrá reclamar el pago de los gastos de la campaña, puesto que está obligada á mantener sus tropas en concepto de potencia auxiliar y aliada.

Art. 7.° Este socorro será considerado del mismo modo, si después de haberse principiado las hostilidades S. M. F. viniese á hacer la paz, y en este caso el Primer Cónsul verá cómo ha de reintegrar á S. M. los gastos de la guerra por otro medio ó en otros países, siendo cierto que esta guerra no podrá menos de tener influjo inmediato en las negociaciones en general, y acrecentará al mismo tiempo las fuerzas de la Francia.

Art. 8.° Las tropas francesas obrarán desde su entrada en España conforme á los planes del general español, comandante en jefe de todos los ejércitos, sin que los generales franceses alteren sus ideas. S. M. espera, conociendo la sabiduría y experiencia del Primer Cónsul, que dará el mando de dichas tropas á sujetos que sepan acomodarse á los usos de los pueblos por donde pasen, hacerse amar y contribuir así al mantenimiento de la paz; pero si ocurriese algún disgusto (lo que Dios no quiera), ocasionado por uno ó por muchos individuos del ejército francés, el comandante francés les hará regresar á Francia al punto que el general español le haya declarado ser conveniente, sin discusión ni contestación, que se deben tener por ociosas, puesto que el buen acuerdo es la base del bienestar que se anhela por ambas partes.

Art. 9.° Si S. M. C. creyese no tener necesidad del auxilio

de las tropas francesas, ya sea que las hostilidades hayan comenzado, ó que deban ser determinadas por la conquista, ó por la conclusión de la paz, en tal caso el Primer Cónsul conviene en que las tropas vuelvan á Francia sin aguardar sus órdenes, luego que S. M. C. lo juzgue conveniente y advierta de ello á los generales.

Art. 10. Siendo de tan grande interés la guerra de que se trata, y de muy más grande todavía para Francia que para España, puesto que ha de tener la paz de la primera, y que la balanza política se inclinará de su lado, no se aguardará al término que fija el tratado de alianza para enviar las tropas, sino que se pondrán en marcha, pues el término señalado á Portugal es solamente de quince días.

Art. 11. Las ratificaciones de este tratado se verificarán en el término de un mes, contado desde la firma, etc.

Madrid 29 de Enero de 1801.—*Pedro Cevallos.*—*Luciano Bonaparte.*

NÚMERO 9.°

Se alcanza fácilmente el efecto que produciría tal lenguaje en el ánimo de Bonaparte. «Esta nota, dijo, es una *declaración de guerra.*» Nuestro embajador, Azara, que hubo de entrar en explicaciones con el Cónsul sobre asunto tan arduo y que podría traer muy funestas consecuencias, refiere las ansiedades que sufrió, y da cuenta después de la conversación que hubo entre él y el primer magistrado de la República.

«¿Es posible, amigo Azara, me dijo el Cónsul, que sus amos de Ud. estén tan cansados de reinar que quieran exponer su trono, provocando una guerra, cuyas resultas pueden ser las más funestas?» «No quieren ciertamente, repliqué yo, antes al contrario, no aspiran sino á provocar la paz y felicidad de sus reinos; este cuidado tan sólo es el que les ocupa día y noche.» «¿Pues cómo no he de tener yo por una declaración de guerra la nota que el ministro español ha presentado á mi embajador en Madrid, en la que se me atribuye una violación de territorio, se me notifica el retiro de la escuadra de Brest y se me amenaza de hacer la paz con el enemigo común?» «Tengo copia de dicha nota, dije yo, y no la interpreto tan criminalmente como Ud. La idea de mi Ministerio es hacer ver demostrativamente el estado infeliz á que se ve reducida la Monarquía por su fidelidad en cumplir lo prometido y la imposibilidad en que está de continuar si no toma las medidas que apunta, y si no se remedian los gravámenes que el ejército francés causa en España.» «Sobre este último punto creo haber satisfecho plenamente, dijo el Cónsul, en las notas que Talleyrand ha entregado de mi orden, y particularmente en la última que he querido leer yo mismo y aprobarla, y no me parece que deja la menor duda sobre mis disposiciones, las más cordiales por la España, y los deseos que tengo

de vivir en la más estrecha amistad con el Rey, pues conozco que la naturaleza y el interés deben mantener eternamente unidas dos naciones que por su situación tienen que sostenerse mutuamente. Cuando una ruina universal amenaza á la familia de los Borbones con un total exterminio, me he declarado yo el amigo de la rama principal que queda de ella y he trabajado para mantenerla y extender su dominación, procurándole un nuevo trono; y en esta precisa circunstancia me amenaza con una declaración de guerra.» A todo satisfice yo con cuantas razones y protestas podía sugerirme mi celo y el conocimiento de las cosas. Continuó el Cónsul repitiéndome de modo más tranquilo y amistoso las razones que cree tener para no haber ratificado el tratado de Badajoz, y que no obstante el agravio que piensa haberle sido hecho en precipitar nuestra ratificación, está dispuesto á concluir su paz, bajo la mediación del Rey, con las condiciones que me propuso; que ha dado las órdenes á su hermano al intento, y que si se llega á firmar el tratado, inmediatamente retirará el ejército de España.

Me dijo, finalmente, que el general Leclerc le escribía haber recibido un oficio del Príncipe de la Paz proponiéndole que dividiese su ejército para tener más proporción de alimentarle y alojarle, lo cual, en máxima de guerra, era lo mismo que exponerse á ser batido y pasado á cuchillo con más facilidad. Yo mostré todo el horror de semejante sospecha y la infamia que en sólo pensarlo se hacía al honor y lealtad española. Volvió el Cónsul á protestar en el modo más expresivo que deseaba vivir en muy estrecha amistad con nosotros, para lo cual sacrificaría cuantos enredos y chismes pudiesen nacer; pero que no disimulará nunca y romperá con España siempre que ésta trate con Inglaterra. Encargóme mucho que lo escribiese yo así, pues era resolución irrevocable. Me dijo, además, que la amenaza de retirar la escuadra de Brest le parecía absurda militarmente, porque no se halla en estado de emprender tal retiro, y que aunque lo estuviera, nunca podría ejecutarlo á la vista de una escuadra enemiga, tan superior en fuerzas, que impediría salir del puerto hasta el menor barco; pero si contamos sacar la escuadra de Brest, asegurados por algún tratado con el inglés, no era él tan imbécil que nos lo hubiera de permitir.

NÚMERO 10

TRATADO DE AMIENS: TEXTO ESPAÑOL

Artículo 1.° Habrá paz y amistad entre el rey de España y sus sucesores, la república francesa y la bátava de una parte, y de otra el rey de Inglaterra y sus sucesores.

Art. 2.° Se restituirán, sin rescate, los prisioneros mutuamente.

Art. 3.° S. M. B. restituye al rey de España y república francesa y bátava las colonias que en esta guerra hayan ocupado sus fuerzas, á escepción de la isla de la Trinidad y las posesiones holandesas en Ceylán.

Art. 4.° S. M. C. cede la isla de la Trinidad en toda propiedad.

Art. 5.° La república bátava cede sus posesiones de Ceylán en toda su propiedad.

Art. 6.° El Cabo de Buena Esperanza queda á la república bátava en toda soberanía: los buques de las potencias contratantes podrán aportar a él sin pagar más derechos que los buques holandeses.

Art. 7.° Los territorios y posesiones de S. M. F. quedarán en su integridad, bien que en cuanto á sus fronteras en Europa se ejecutará lo estipulado en el tratado de Badajoz. Los límites entre las Guayanas francesa y portuguesa seguirán el río Arawari, cuya navegación será común á las dos naciones.

Art. 8.° Los territorios y posesiones de la Puerta Otomana deben quedar en su integridad, como estaban antes.

Art. 9.° Queda reconocida la república de las Siete Islas.

Art. 10. Las islas de Malta, Gozzo y Comino serán restituidas á la órden de San Juan de Jerusalén, en la que no habrá en adelante lengua francesa ni inglesa. Las fuerzas británicas evacuarán la isla y sus dependencias dentro de los tres meses si-

guientes, ó antes si es posible. La España, Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia protegerán la independencia de Malta, Gozzo y Comino. Sus puertos estarán abiertos al comercio de todas las naciones, escepto las berberiscas.

Art. 11. Los franceses evacuarán el reino de Nápoles y el Estado Romano, y los ingleses á Puerto Ferrajo y los puertos é islas que ocupen en el Mediterráneo y el Adriático.

Art. 12. Las cesiones y restituciones se harán en Europa dentro de un mes; en América y Africa dentro de tres y en Asia dentro de seis.

Art. 13. Las fortificaciones se entregarán en el estado que estaban al tiempo de firmarse los preliminares.

Art. 14. Los secuestros de los bienes pertenecientes á las respectivas potencias ó súbditos de las potencias contratantes se alzarán luego que se firme este tratado.

Art. 15. Las pesquerías de Terranova, islas adyacentes y golfo de San Lorenzo, se pondrán en el pie en que estaban antes de la guerra.

Art. 16. Los buques y efectos que se hayan tomado pasados doce dias después del cange de los preliminares en el canal de la Mancha y mares del Norte se restituirán de una y otra parte: este término será de un mes en el Mediterráneo y Océano hasta las Canarias y el Ecuador, y de cinco en las demás partes del mundo.

Art. 17. Los embajadores, ministros y agentes de las potencias contratantes gozarán de los privilegios que gozaban antes en dichas potencias.

Art. 18. A la casa de Nassau, que se halla establecida en Holanda, se le procurará alguna compensación.

Art. 19. El tratado comprende á la Sublime Puerta, aliada de S. M. B.

Art. 20. Se entregarán recíprocamente por las partes contratantes, siendo requeridas, las personas acusadas de homicidio, falsificación ó bancarrota fraudulenta, cuando el delito esté bien averiguado.

Art. 21. Las partes contratantes ofrecen observar de buena fe estos artículos.

Art. 22. El presente tratado se ratificará dentro de treinta dias, ó antes si es posible.—José Nicolás de Azara.—José Bonaparte.—Schimmelpennick.—Cornwalis.

NÚMERO 11

TRAFALGAR

Resultado de la esquadra combinada de 33 Nabios, 5 Fragatas y 2 Bergantines (los 15 Españoles), que salió de este Puerto del 19 al 20 del corriente; y el 21 se batió con la Inglesa cerca del Cabo Spartel, cuio dia estaba claro y el 22 amaneció con temporal que aun sigue:

NAVIOS	CAÑONES	
Príncipe.......	112	General Gravina: Mayor Escaño: Comandante Ore. Entró el 22 con sus Palos en mal estado, y en la noche se le caió el Palo mayor y el de Mesana: Gravina herido en un brazo, y Escaño en una pantorrilla, ambos de cuidado: el casco y la cubierta alta en mal estado: la toldilla la abatió el Palo. Está en Bahya.
Justo..........	74	Comandante Gaston: entró el 22 con pocas aberias: estubo quatro dias empeñado en la costa del Puerto: tocó el fondo y picó el Palo maior y el de Mesana: está en Bahía.
Montañes......	74	Comandante Alcedo: entró el 22 con pocas aberias: estubo quatro dias empeñado en la costa del Puerto: picó el Palo de Mesana: su Comandante murió en el combate; y Castaño, su Segundo, el dia que entró: está en Bahía.
Leandro.......	64	Su Comandante Quebedo: entró el 22, y fondeado se le bino abajo el Palo Mayor y el de Mesana: Desarboló al 2.º General Ingles de tres puentes: sufrió fuego de dos: tubo pocos muertos: su casco inservible está en Bahya.
Asis...........	74	Comandante Flores: entró el 22 con algunas aberias en todo: la noche del 25 se fué desamarrando á la costa del Puerto; se ahogaron 5 hombres y se hizo pedazos.
Rayo..........	100	Comandante Makdeo de Nelk: entró el 22 con pocas aberias en el casco, pero bastantes en la arboladura. Salió el 24 para auxiliar: se sotaventó en la noche: desarboló y se perdió en Arenas gordas: perdió 25 hombres.
Santa Ana.....	112	General Alava: Comandante Gardoqui: entró el 24 sin

NAVÍOS	CAÑONES	
		palo alguno: fué desarbolado en el combate: lo marinaron por el tiempo y corrió á arbitrio del temporal procurando tomar el puerto, y frente de San Sevastian un Nabio Ingles le hizo arriar bandera: estubo á bordo y lo llevaba á remolque, pero biendo que salia el Rayo y otros Buques lo dejó: Alava erido en la caveza, de cuidado, lo mismo el Comandante: está en Bahya.
Neptuno.......	84	Comandante Baldés: entró el 24 lo mismo que el Santa Ana: Baldés mortalmente erido, su Segundo murió la noche del 25; por el temporal se fué á la costa, perdió 45 hombres y se hizo pedazos.
Trinidad.......	136	Gefe de Esquadra Cisneros: Comandante Uriarte, heridos ambos: desarboló de todo, y se abrió haciendo fuego con las 8 baterias: fué marinado el 22 por causa del temporal: tubo 130 muertos, 280 eridos y lo quemaron los Ingleses el 24 porque se hiba apique sin remedio.
Argonauta.....	84	Comandante Pareja: un Inglés en el combate lo apresó y marinó en mui mal estado: se ignora donde esté y se cree se habrá hido apique.
Monarca.......	74	Comandante Argumosa, herido: fué desarbolado de todo, y por el temporal lo marinaron y se perdió en la torre de la Yguera costa del Poniente: se cree perdió mucha gente.
San Agustin....	74	Comandante Caxigal: echó apique uno Inglés se le pegaron dos de tres puentes al fin del combate y se cree se fué apique sin salvarse nadie.
Nepomuceno...	74	Comandante Churruca, y su Segundo murieron: desarbolado del todo pasó por aqui el 23 al 24, y no se buelto aber, ni los Ingleses dan razón: se cree perdido en la costa del Poniente.
Bahama........	74	Comandante Galiano, murió: desarboló de todo; pasó por aqui el 23 al 24, y no se ha buelto aber ni los Ingleses dan razón: se cree perdido en la costa del Poniente.
San Ildefonso...	74	Comandante Bargas: desarbolado pasó por aqui el 23 al 24, y se conserva fondeado á 4 leguas.

FRANCESES

Argonauta.....	74	Entró el 22 con pocas aberías: la noche del 25 se empeñó en la costa del Puerto: ha estado alli quatro dias, y perdió el palo maior y el de Mesana. Está en Bahia.
Neptuno.......	80	Entró el 22 con pocas aberias: está en Bahia.
Heroe.........	74	Lo mismo en todo.
Pluton.........	74	Entró el 22 con menos aberias: está en Bahya; y el nuebo General Rosilly ha arbolado en él su insignia al medio ó palo maior.
Indomptable....	80	Entró el 22 con menos aberias: la noche del 26 se desamarró y se perdió totalmente en la playa cerca de Rota: solo se han salvado 150 ombres: tenia 180 del Boucentauro.
Aljeciras.......	80	Entró la noche del 23 desarbolado del todo: fué marinado y capituló no ser prisioneros ni unos ni otros: su Vice Almirante Magon, murió: está en Bahia.

NAVÍOS	CAÑONES	
Boucentauro...	80	Entró la noche del 23 desarbolado: fué apresado en el combate con su General Villeneuve (que está bueno): fué represado por la gente, y se fué apique en los Cochinos (esto es en unas peñas sobre la boca de Cadiz). Saltó la gente en otros buques y dicho General quedó en poder de los Ingleses.
Aguila....	74	Desarboló de todo: fué marinado y estubo 3 dias fondeado frente á Torregorda, y ya sin auxilios picó amarras, y bajo de temporal se bino á Cadiz el 26, y baró en la barra del Puerto: se duda pueda salir: su Comandante murió.
Fogoso.........	74	Este Buque dicen que es uno que se sumergió en la costa de Conil sin salvarse nadie.
Monte blanco...	74	Lo mismo que el anterior en todo.
Berwich	74	Perdido en la costa del Poniente: y según relaciones de alguna de su gente, no llegan á 25 los salvados.
Aquiles........	74	Se boló en el combate y nadie dice se salbase gente alguna.
Intrépido.......	74	Se ignora el paradero, y se han visto el 24 quatro
Duguaytrouin..	74	Franceses con los Ingleses y no se han visto mas.
Scipción.......	74	Dicen que Dumanoir (General 2.° de los Franceses)
Formidable....	80	con 3 ó 5 Navios pasó el Estrecho de Gibraltar.
Svvift-Sure....	74	Nada se sabe, ni los Ingleses dicen de este General:
Reductable.....	74	lo más cierto es lo primero.

Las cinco Fragatas y dos Bergantines están en Bahia.

NOTA

Los Ingleses no marinaron ni once nabios hasta el dia 22. Contaron si con todos los desmochados.

Batieron con 29 Nabios; que en el momento del combate se reunieron 1 de tres puentes y otro de 80; y se asegura que al concluir la accion se les agregaron mas. Al concluirse el combate tenian ellos 11 desarbolados. Confiesan que no saven de 9 de sus Nabios y ellos saben bien los que hay en la costa perdidos que no bajan de 9 de las tres naciones.

Dos Fragatas y dos Bergantines Franceses han estado desde el 28 hasta oy conduciendo eridos y prisioneros de un Nabio desarbolado que está á 4 leguas y que habian echo Hospital.—Cadiz 31 de octubre de 1805.

Antes de ayer llegaron de Lebante, ó Mediterráneo 5 Nabios: uno de ellos de tres puentes con biento flojo del E. y vela abordada: benian sobre las Puercas: abatió al Argonauta Frances que benia á la Espia para dentro: cerca de los Cochinos empezaron a hacerle fuego: El Argonauta hizo por una codera ó los presentó el costado, y con seis cañones bajos los despidió bien dirijidos, que con los fuegos de la Plaza fueron huyendo, y el último de tres puentes le dió dos descargas cerradas: El Argonauta le dirijió otras dos con seis cañones, y tan bien dirijidas que se bieron no dejar uno de recivir en su costado, y haviendo un pedazo de casco de Bomba cortado la drisa de la bandera se fueron al momento.

Nota de las averías y pérdidas que ha experimentado la esquadra Inglesa, de resultas del combate del dia 21 de Octubre de 1805, con la combinada Francesa y Española, en las aguas de Cádiz.

NAVÍOS	CAÑONES	
Victory........	100	Desarbolado de todos sus Palos, en el acto de cortar la linea combinada: herido el Vice-Almirante Nelson, habiendo muerto á las siete horas de concluido el combate.
Prince of Wales	98	Á pique en el combate.
Britania........	100	Se fué á pique en el combate.
Dreadnought...	98	Acribillado á balazos todo el Casco.
Temeraire.....	98	Mocho ó sin ningun Palo: los del Navío Frances el Aguila le cayéron sobre la Cubierta, y le matáron mucha gente.
Neptune.......	98	Á pique ámbos, y los Palos del primero, y Timon del segundo, se han hallado en la Playa de Conil.
Prince..........	98	
Queen.........	98	Desarbolado del Mastelero de Velacho y Mesana, en Gibraltar, con el Casco muy maltratado.
Donegal.......	80	Desarbolado, en la Costa de Berbería.
Canopus.......	80	Mocho, y arrimado á la machina en Gibraltar.
Tigre....	80	Á pique en la Playa de Santa María.
Tonnant.......	80	Quemado por la Esquadra, á 5 ó 6 leguas al NO. de Cádiz.
Spencer...... .	74	Entró en Gibraltar remolcado por una Fragata, pidiendo auxilio.
Le Spartiate....	74	Á pique despues de acabado el combate en la Costa de Rota.
Defence........	74	Sin Palo mayor, en Gibraltar.
Stwisure.......	74	Desarbolado del Mastelero de Velacho, en Gibraltar.
Orion..........	74	Desarbolado, en la Costa de Africa.
Leviatan.......	74	Á la vela, desarbolado de Gavia.
Zealous........	74	Con averías en su Casco, en Gibraltar.
Conqueror.....	74	Á la vela.
Revenge.......	74	En Gibraltar, el segundo sin la Berga de Gavia.
L'Achile.......	74	
Minotaur.......	74	Varado en la Costa de Conil, y San Lucar.
Colossus.......	74	Idem.
Mars..........	74	Á la vela.
Bellerephon....	74	
Poliphemus. ...	64	Á la vela, sin Palo de Mesana.
Esparciata.....	74	Á pique despues del Combate, en la Costa de Rota [1].
Carnate........	74	En Vandolas, á la vela.

NOTA

Navíos que se reunieron á los anteriores á las cinco de la tarde del día 21.

Duque de Yorck	90	Á la vela.
Real Soberano..	100	Perdido en la Costa, con 4000 libras esterlinas, que conducia á Malta.

1 Está repetido en la relacion y con el nombre de *Le Spartiate*.

NAVÍOS	CAÑONES	
Ligero.........	80	Remolcado por una Fragafa Inglesa.
Relámpago.....	74	Á la vela, en conserva de una Fragata Sueca.
Aguila.........	74	A la vela.

OTRA. *El Mayor General Bic-Keston, fué herido á principio del combate, y murió á las tres horas de él.*

Han salido de Gibraltar un Navío de 100 Cañones, tres Fragatas y una Corbeta para el Oeste, á proteger los Navíos varados y desmantelados.

Esta Relacion está sacada por la remitida de Gibraltar, por el Almirante Collingwood, y datos de los Buques entrados en Gibraltar. Es regular que los Ingleses no ponderen sus pérdidas, y que éstas sean mucho mayores que lo que resulta de sus relaciones, en que se ve, sin embargo, que su Esquadra ha sido destruida, y segun algunas cartas de Cádiz, que se refieren á lo que dicen los Oficiales Ingleses, han perdido en ella de 7 á 8(?) hombres: pérdida que con gran dificultad podrá reparar la Inglaterra.

Esta relación se publicó en Madrid.—Librería de Ramos, calle de Carretas, frente á la de Majaderitos (hoy Cádiz).

NÚMERO 12

24 Octubre.

Amigo: Ya habrá Ud. sabido el suceso desgraciado de nuestra Esquadra. Desde la noche del 20 avistamos los Enemigos por sus señales, cohetes y tarros de mistos á corta distancia. Hasta el Amanecer no empezaron su arribada en popa sobre nuestra línea, y formados en dos columnas, cuias cavezas eran Colingwood y Nelson, su ánimo fué (y lo verificaron) cortar nuestra linea en barios puntos; pues de estas dos columnas salieron divisiones á aumentar los puntos de corte. De resulta de estos cortes se travó un combate horrible y general, indistintamente, unos por barlovento y otros por el lado opuesto con todos aquellos que no pudieron efectuar el corte.

El combate empezó á las doce con viento floxo, y los enemigos eran 29 Nabios (de los quales 9 de tres puentes), 5 Fragatas y 2 Goletas.

Colingwood cortó por la popa del Santa Ana y logró desarbolarlo; pero á su arribada desarboló éste al Enemigo y siguieron batiéndose en esta situacion mas de tres horas hasta ser marinado el nuestro.

Nelson buscó á Villeneuve, que se defendió soberbiamente aun despues de quedar desmochado, animó mucho su gente y queria mas bien matarse.

El Príncipe, que era 3.° por la cola, impidió el cortar la línea por su Proa á un Nabio Ingles sencillo, que de resulta quedó á barlovento rascando nuestro costado, haciendo un fuego bivo, y reciviendo otro maior. Esto empeñó á los Enemigos á doblar por nuestra cola, lo que verificaron.

La vanguardia de nuestra Esquadra, que sufria poco al principio, rebiró y tomó parte en la accion. En fin quasi todos estubieron en el fuego y con mucha bizarria.

Jamas hubo combate mas sangriento desde un siglo acá. A las 6 ¼ cesó, quedando buenos 3 ó 4 Nabios Ingleses y otros 3 ó 4 que mantenian sus gavias izadas. Los demas, lo mismo que los nuestros, ó enteramente desmochados, ó llenos de grandes averias en las vergas, masteleros, ó sin algun palo.

En nuestro Nabio, Gravina roto un brazo y Escaño bien erido en el combate, a la fin fueron obligados á retirarse á la enfermeria. Manifestaron una intrepidez y serenidad sin igual, y digna del concepto que tienen. De esto puede Ud. deducir si el Buque en que estaban hizo su deber ó mas. Asi resultó que no hubo un cabo para sujetar los palos y vergas acrivilladas á balazos. El casco lo estaba igualmente y 150 eridos ó muertos.

Como estábamos en el Meridiano de Cádiz, á 5 leguas y con el Prático que con prevision del suceso no se havia dejado salir de á bordo, nos dirijimos al fondeadero que cojimos agatas de noche, quedando mui afuera.

El dia siguiente cerca de las diez entró un temporal del SE. y de resultas desarbolamos de los dos palos de popa que apenas se havian podido asegurar.

Al tiempo de hir al fondeadero se nos reunieron el Rayo, Leandro, Justo, Asis y Montañes, y ademas 4 á 5 Nabios franceses con sus Fragatas y Bergantines; una Fragata francesa nos dió remolque hasta el fondeadero, pues no podiamos largar ninguna vela, ó por mejor decir, ni marcarla ni sujetarla: todas estaban rifadas.

El Comandante del Montañes es *Rubalcaba:* Alcedo perdió su caveza de un balazo, y Castaños ya habrá muerto seguramente; Londoño gravemente herido; Bobadilla, me parece ha muerto.

El Neptuno fué á socorrer el Trinidad al último: se batió con un extremo valor; los Franceses que lo han visto pelear no cesan de elojiarlo muchisimo, y aseguran que llegó á batirse con 3 Nabios, hasta desarbolar de los Palos de popa, y entónces con sólo el trinquete intentó largarse; llegó el Nabio Inglés Minotauro, y acabó de batirlo y lo amarinó: Los Ingleses remolcándolo se vieron precisados á abandonarlo despues de haverse roto el remolque; fondeó sobre el castillo de Santa Catalina y oy amaneció dado al través, de resulta de la misma causa que lo livertó. Valdés quedó inútil á la fin del combate y hoy ha muerto [1]: So-

1 No murió.

moza me dicen que seguirá la misma suerte... ¡Qué de victimas y desgracias! Dignas de mejor suerte y no de un sacrificio tan previsto. Eulate está bueno y ablé con él.

El Asis desarboló el mismo dia que nosotros; oy amaneció al través en la Costa: se han livertado quasi todas las tripulaciones de los dos menos los eridos. Flores quedó muerto en el combate.

En el Santa Ana, Alaba tres eridas y Gardoqui, quanto menos, quedará cojo por una metralla que le pasó la pantorrilla. Este Nabio se libertó del mismo modo que el Neptuno, y, de consiguiente, han quedado prisioneros oficiales y marineros Ingleses.

Lo mismo le ha sucedido al Bucentauro y Algeciras, en los quales parece que se sublevó la gente despues de estar amarinados: el 1.° se ha hido ya á pique frente la muralla de Cádiz salvando la gente. A Villeneuve se lo havian llevado los Ingleses.

El Aguila y el Fogoso están sobre la Costa de Sancti Petri, y por el mismo motibo abandonados de los Enemigos. No puede usted imaginar qué bientos y chubascos del 2.° y 3.er Quadrante han reinado desde el dia siguiente al combate. En bahia apenas se ha podido dar algun socorro: uno de estos Nabios está ya barado; y aseguran que una Fragata Inglesa se ha perdido sobre la costa nuestra con todo el equipaje. El Aquiles se quemó durante la fin del combate despues de haverse bien batido y de haver quedado desarbolado. Mucha gente ha sido salvada por los Ingleses.

El Algeciras, en donde hiba Magon, que ha muerto, ha echo prodigios de valor: estubo abordado largo tiempo con el *Tonante* Inglés, y sostubieron el combate mas sangriento imaginable, con armas de chispa y blancas, sin dejar el cañon con que se chamuscaron ambos costados.

El Aguila hizo otro tanto: Al San Juan qué benia por nuestra popa se le bió hacer un fuego terrible hasta que le cayeron sus dos palos.

En fin, todos manifestaron mucho valor; pero los Ingleses á esto añadian su pericia marinera y la de sus buenos artilleros, lo que decidió el combate en su favor y les hará decidir por mucho tiempo del mismo modo.

Creo que muchos se habrán desengañado de que no sólo consiste en las hipótesis de ataque ó recíproco sosten.

El Ildefonso está fondeado seis leguas mas allá de Rota, sin duda amarinado y abandonado por los que lo remolcaban.

Los prisioneros Ingleses que han quedado represados en los Buques que tengo dichos, han referido que en su Esquadra hubo señal del fallecimiento del General Nelson.

El San Juan por nuestra popa hizo un fuego terrible, pero en medio de varios que lo batian fué desarbolado.

El Trinidad fué uno de los que se quedaron mochos.

Los demas, de 14 á 16 Nabios, han quedado en el campo de batalla y de consiguiente perdidos.

¡Qué combate! ¡60 Nabios, y quedar desmantelados mas de 40! ¡Y de qué modo! 14 estaban tan rasos, que no se beia ni el menor loquete.

Adios, yo no tengo caveza; ya beo la confusion de cosas que te he escrito, y asi lo dejo.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

LA ALIANZA CON FRANCIA

Págs.

CAPÍTULO II

LA GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA

CAPÍTULO III

MINISTERIO DE DON FRANCISCO SAAVEDRA

Págs.

CAPÍTULO IV

EL MINISTERIO INTERINO

CAPÍTULO V

CAMPAÑA DE PORTUGAL

CAPÍTULO VI

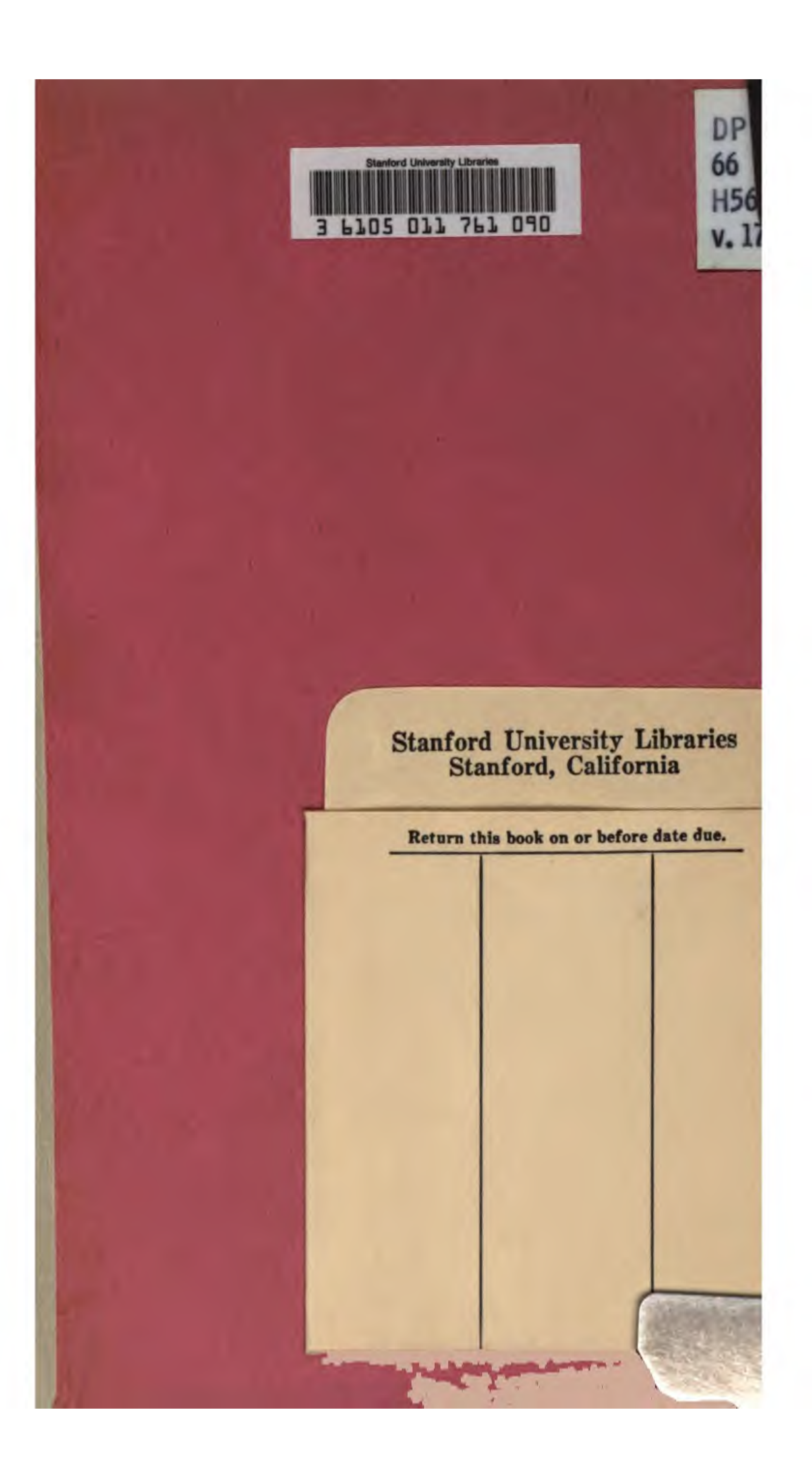
SEGUNDA ÉPOCA DE GODOY

CAPÍTULO VII

TRAFALGAR

APÉNDICES

PLANTILLA DE LÁMINAS


Stanford University Libraries
3 6105 011 761 090
DP
66
H56
v.17
Stanford University Libraries
Stanford, California
Return this book on or before date due.

